COMPENDIO DE HISTORIA ECONÓMICA DEL PERÚ

Luis G. Lumbreras Peter Kaulicke Julián I. Santillana Waldemar Espinoza

1
TOMO

ECONOMÍA PREHISPÁNICA



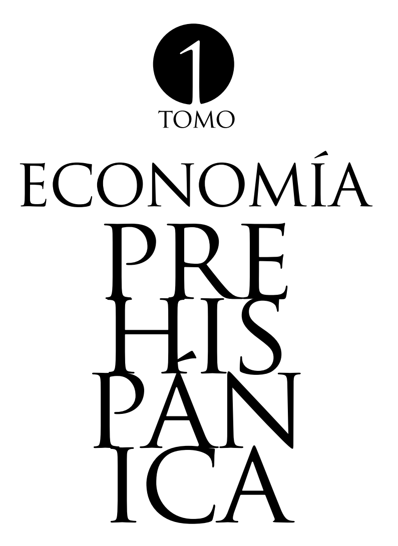
IEP

COMPENDIO DE HISTORIA ECONÓMICA DEL PERÚ



COMPENDIO DE HISTORIA ECONÓMICA DEL PERÚ

LUIS G. LUMBRERAS   PETER KAULICKE   JULIÁN I. SANTILLANA   WALDEMAR ESPINOZA



CARLOS CONTRERAS
editor



IEP **Instituto de Estudios Peruanos**

Serie: Historia Económica, 1

© Banco Central de Reserva del Perú
Antonio Miró Quesada 441-445, Lima 1
Telf. (51-1) 613-2000 / 613-2525
E-mail: webmaster@bcrp.gob.pe
www.bcrp.gob.pe

© IEP Instituto de Estudios Peruanos
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. (51-1) 332-6194 / 424-4856
E-mail: publicaciones@iep.org.pe
www.iep.org.pe

ISBN: 978-9972-51-223-0
ISSN: 2071-4246

Impreso en el Perú
Primera edición, noviembre de 2008
1,000 ejemplares
Segunda edición, octubre de 2010
1,000 ejemplares

Hecho el depósito legal
en la Biblioteca Nacional del Perú: 2008-15251

Registro del Proyecto Editorial
en la Biblioteca Nacional N.° 11501130800929

Participaron en la edición:
Carla López, Mario Popuche, Camila Bustamante, Silvana Lizarbe, Mercedes Dioses

Producción de esta edición:
Gino Becerra, Silvana Lizarbe y Odín del Pozo

Promoción y distribución: Elizabeth Andrade

Compendio de historia económica del Perú I: Economía prehispánica /Carlos Contreras, ed.; Luis Guillermo Lumbreras, Peter Kaulicke, Julián I. Santillana y Waldemar Espinoza Soriano. Lima: BCRP; IEP, 2008. (Serie: Historia Económica, 1)

HISTORIA ECONÓMICA; SOCIEDAD ANDINA; ÉPOCA PREHISPÁNICA; ÉPOCA PRECOLOMBINA; INCAS, TAHUANTINSUYO; PERÚ

W/05.01.01/H/1

Contenido

Prefacio

Con esta publicación, el Banco Central de Reserva del Perú (BCRP) da inicio a un programa editorial dedicado a promover y difundir el conocimiento sobre el pasado económico del país. Dicho programa comprende dos series: la publicación del *Compendio de Historia Económica del Perú*, en cinco tomos, que irán apareciendo a lo largo de los años 2008-2010; y la publicación de libros independientes sobre diversos temas vinculados con la historia económica peruana, que hayan aparecido en otros idiomas, que estén ya agotados, o que se encuentren aún inéditos por estar referidos a investigaciones recientes.

El *Compendio* presenta un recorrido por el pasado económico del país, desde sus antecedentes más remotos, hace unos veinte mil años, hasta fines del siglo XX. Para el Directorio del BCRP, impulsar esta obra es una tarea importante y plenamente consistente con su mandato institucional. Por su envergadura y objetivos, el *Compendio* busca trazar un amplio panorama en la línea de las vastas creaciones historiográficas que, en el Perú y en el extranjero, han contribuido a la formación de las conciencias nacionales. Al consolidar y ampliar los aportes que han sido realizados en este campo, el *Compendio* proporciona una cantera de información sobre la producción, los recursos naturales, el mercado financiero y la política económica, que pueda servir para el análisis histórico-económico y para la investigación académica. A la vez, y en relación más directa con la misión del BCRP, los esfuerzos orientados a establecer una disciplina macroeconómica pueden ser mejor comprendidos —y aceptados— por una población informada y educada en materia económica. De manera no menos fundamental, es deseable que los responsables de la política económica tengan en cuenta la

perspectiva histórica para evitar incurrir en los errores del pasado, enriquecer su trabajo a la luz de las experiencias exitosas y, en general, entender mejor el contexto social y cultural en el que viven y operan. En suma, las lecciones de la Historia pueden servir para comprender mejor el rol de la política económica en el crecimiento y el desarrollo.

Agradecemos a todos los autores que han aceptado colaborar con este proyecto, al Instituto de Estudios Peruanos, con quien compartimos la coedición, así como a todas las personas que desde diferentes especialidades hacen posible que este esfuerzo se haga realidad.

Julio Velarde
Presidente del Directorio del
Banco Central de Reserva del Perú

Introducción

¿Por qué dar a luz un compendio de la historia económica del Perú, en los albores del siglo veintiuno? Al iniciar, con la aparición de este tomo sobre la *Economía prehispánica*, una obra de varios tomos dedicada a dar cuenta del pasado material y financiero del país, quisiéramos reflexionar sobre el papel de la historia económica en el debate nacional, dar cuenta de los esfuerzos anteriores en recopilar de una forma panorámica nuestro pasado económico y, finalmente, proponer lo que serían las claves o consideraciones básicas sobre el período prehispánico, o de autonomía (como alguna vez le llamó Pablo Macera), de nuestra historia, que es sobre el que versa este tomo.

Retomando la pregunta inicial, creemos que por lo menos tres razones justifican esta empresa académica y editorial en este momento. La primera sería que un buen conocimiento de los antecedentes de un proceso, hace que las personas, tanto como las sociedades, puedan tomar mejores decisiones para el futuro. La sociedad y economía presentes son el producto de la sociedad y economía del pasado, que de forma incesante, e imperceptible para la mayoría de las personas, va moldeando las transformaciones que vivimos. En Economía suele hablarse de "la prisión de las condiciones previas", para referirse a la manera, a veces efectivamente férrea, como una sociedad queda condicionada para su toma de decisiones, por las que en el pasado asumieron sus ancestros. Aunque la expresión pueda resultar exagerada, trasunta bien la idea de que, al menos en cierta forma, el pasado de una sociedad pone límites a las opciones de política que ella pueda adoptar para su evolución futura. Este planteamiento sobre la importancia del pasado, que en general es válido para cualquier dimensión de una sociedad o nación, adquiere mayor fuerza todavía en el caso del ámbito de la economía, puesto que en él los

cambios suelen darse de forma acumulativa más que repentina, y es ordinario que los hechos producto de las circunstancias terminen creando patrones que luego se vuelven resistentes al cambio.[1]

En los últimos cincuenta años, los vaivenes en materia de política y modelos económicos por los que hemos pasado los peruanos, han sido tan grandes, que creemos que un conocimiento de nuestra historia económica es el mejor orientador para formarse un juicio propio y guardarse contra entusiasmos excesivos por las novedades que se ofrecen a nuestros ojos. Tal sería, ante todo, el objetivo que inspira esta empresa: contar con un adecuado referente para contrastar las nuevas tendencias y los logros y flaquezas de la economía peruana en los albores de un nuevo siglo.

Desde otra perspectiva, también nos motivó apreciar la gran cantidad de monografías y trabajos eruditos sobre diversos episodios y facetas de la historia económica del Perú, acumulados a lo largo de los últimos decenios. Artículos sobre la economía de los Incas, sobre las estrategias empleadas por el Estado durante la época colonial para impulsar la minería, sobre las políticas arancelarias asumidas después de la Independencia, o tras la guerra con Chile, por mencionar solamente algunos temas, fueron apareciendo en libros y, sobre todo, en revistas especializadas, publicadas no sólo en el país, sino en los lugares más diversos del mundo y en lenguas a veces distintas al castellano. Hacía falta una obra que consolide en una especie de nueva síntesis, tales avances y los ponga a disposición del público interesado. La carencia de dicha síntesis podría debilitar el flujo de esos estudios, como en cierta forma ha venido sucediendo ya, por el largo tiempo transcurrido desde la publicación entre nosotros de los últimos compendios de historia económica.

Ello nos conduce a nuestra tercera razón para esta empresa: ha corrido más de medio siglo desde que se publicó la última visión panorámica de la historia económica del Perú. El primer libro en usar este título fue el de Luis Esteves, quien en 1882, en plena crisis de la ocupación del país por las fuerzas extranjeras con ocasión de la guerra del salitre, publicó unos *Apuntes para la historia económica del Perú*.[2] Más que de una historia económica, se trataba de la presentación de algunos datos cuantitativos, más bien recientes, sobre los principales sectores de exportación de la economía peruana de dicha época (el salitre, el guano, el azúcar, la minería), a los que el autor añadía algunas

1. Douglas North, *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.

2. Lima: edición del autor. Existe una reedición facsimilar hecha por el Centro Peruano de Historia Económica y el Centro de Estudios de Población y Desarrollo, en Lima, en 1971, a cargo de Pablo Macera.

consideraciones históricas. Más incisivo resultó el libro de José M. Rodríguez, de algunos años después: *Estudios económico financieros y ojeada sobre la hacienda pública del Perú y la necesidad de su reforma* (Lima: 1895), en el que su autor realizó un recorrido del tema de las finanzas públicas desde la época colonial, con un especial detenimiento en el lapso transcurrido desde la Independencia.[3] Ambos libros correspondieron a lo que podríamos llamar la literatura crítica sobre el guano, que fue una tendencia muy acusada durante los años de la guerra con Chile y el tiempo inmediato posterior.

El libro que verdaderamente funcionaría como el primer manual o libro de texto de la historia económica del Perú, apareció ya en el siglo veinte: *Bosquejo de la historia económica del Perú*, de César Antonio Ugarte.[4] Pocos años atrás se había creado el curso de "Historia Económica y Financiera del Perú", en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de San Marcos, ocupando Ugarte el cargo de Profesor Titular de la materia. Su libro se preparó sobre la base de sus apuntes de clase. Sigue un ordenamiento cronológico, dedicando a los períodos prehispánico y colonial un espacio mucho menor que el correspondiente a la vida republicana. La presentación de este último período va subdividida, a su vez, en el tema de la política seguida para el fomento de las actividades económicas y en el tema estrictamente financiero. El análisis del autor concluye en 1895, con el inicio del gobierno de Piérola.

Cuando César A. Ugarte fue nombrado primer Superintendente de Banca y Seguros, en 1931, lo sucedió en la cátedra de Historia Económica, don Emilio Romero. Sería este quien desarrollaría de forma más extensa y rigurosa el conocimiento que se tenía del pasado económico de la nación en la primera mitad del siglo veinte. En 1937 dio a luz una *Historia económica y financiera*, suerte de borrador o anticipo de su magnífica *Historia económica del Perú*, en dos volúmenes, de 1949.[5] La *Historia económica* de Romero fue el libro de texto en el que se educaron las generaciones de los años cincuenta al setenta. A diferencia de los libros anteriores, las épocas prehispánica y colonial cobraron en su obra una personalidad propia, destacando especialmente la revaloración que Romero hizo de la organización financiera del

3. Después de ello, Rodríguez colaboró con Pedro Emilio Dancuart, en la edición de los *Anales de la hacienda pública del Perú* (Lima: Ministerio de Hacienda, 1902-1926, 24 ts.) que vienen a ser una historia de nuestras finanzas públicas, acompañadas con piezas documentales seleccionadas, desde finales de la época virreinal, hasta 1895.

4. Lima: 1926. Existe una reedición del libro de Ugarte, por Delva Editores, de 1977.

5. La edición de 1949 fue publicada en Buenos Aires.

virreinato, así como su exploración de las raíces de nuestro sempiterno centralismo, en la manera de funcionamiento de nuestro esquema tributario.[6]

En los años setenta y ochenta se popularizaron las publicaciones sobre historia económica y social en el Perú. A los trabajos del Centro Peruano de Historia Económica, dirigido por Pablo Macera en la Universidad de San Marcos, de la Biblioteca Peruana de Historia, Economía y Sociedad, de los profesores Javier Tord y Carlos Lazo, del Centro Latinoamericano de Historia Económica y Social, dirigido por Javier Tantaleán y Heraclio Bonilla, y del Instituto de Estudios Peruanos, impulsado por José Matos Mar y el mismo Bonilla, se sumaron los aparecidos en revistas como *Allpanchis*, *Hisla* y *Análisis*, para no mencionar a los autores y revistas del extranjero. No hubo, sin embargo, el trabajo de síntesis que de esa generación se reclamaba. Pensamos que todo ello vuelve necesario el esfuerzo que ahora iniciamos, bajo el patrocinio del Banco Central de Reserva.

El Compendio de Historia Económica del Perú estará organizado en cinco tomos, que van clasificados a su vez cronológicamente. El primero, que ahora presentamos, comprende la era prehispánica; esto es desde el poblamiento del territorio andino hasta la irrupción de los españoles en el inicio del siglo XVI; el segundo comprenderá el período colonial temprano, correspondiente a los siglos XVI y XVII; el tercero abordará el período colonial tardío, desde 1700 hasta la Independencia; el tomo cuarto corresponderá al primer siglo de vida republicana, mientras que el quinto y último se enfocará en el siglo veinte. Dentro de cada tomo figurarán capítulos dedicados a los distintos sectores de la vida económica: el mundo agrario, la minería, la industria, las finanzas públicas, sin descuidar la información demográfica y todo aquello que influye en el funcionamiento de los mercados (moneda, precios, crédito, transporte, entre otros temas). Para la preparación de los textos han sido convocados distinguidos especialistas, que por añadidura tienen la no siempre frecuente capacidad de comunicar sus hallazgos a un público no erudito. Se pidió a los autores limitar a un mínimo las referencias de pie de página y las discusiones excesivamente técnicas (sin que esto vaya en desmedro de una presentación de los puntos de debate historiográfico), de modo de hacer la lectura fluida y llevadera para los no especialistas.

Este primer tomo tiene la difícil tarea de recoger el lapso que va desde la ocupación del territorio peruano por el género humano, hace unos veinte mil años, hasta los inicios del siglo dieciséis después de Cristo. Echando cuentas,

---

6. El libro de Romero fue reeditado en 1968 y ha vuelto a serlo recientemente (2006) dentro de la serie Clásicos Sanmarquinos de la Universidad de San Marcos.

semejante lapso equivale al 98 por ciento de nuestro pasado. Si recurriésemos a la conocida analogía de comparar esos doscientos siglos con las veinticuatro horas de un día, tendríamos que a lo largo de toda la madrugada, la mañana y buena parte de la tarde los hombres aún vivían de la caza de animales y la recolección de plantas y mariscos. Recién hacia las cuatro de la tarde comenzarían los primeros avances en la agricultura y ganadería. La cerámica haría su aparición en los Andes centrales hacia las siete y media de la noche, y recién después de las ocho aparecería Chavín. Cuando el señor de Sicán reinaba en Lambayeque correspondería a las once y diez de la noche, y el imperio incaico habría caído en manos de los españoles poco antes de las once y media.

El elemento común de esta larga era fue el aislamiento en el que vivió la población respecto del resto del mundo. Quizás no un aislamiento total, porque algunas hipótesis se han lanzado acerca de contactos de las gentes andinas con pueblos mesoamericanos, o de la Polinesia; pero a nivel de lo práctico no hubo intercambio comercial ni de otro tipo con otros pueblos del mundo. En la medida que el contacto posterior ocurrió de forma traumática para el país, se entiende que algunos historiadores hayan calificado a esta era, positivamente, como el período de "la autonomía". Autonomía es una palabra simpática. Se opone a dependiente, que tiene una carga o connotación negativa. Sin embargo, también podríamos calificarla como el período del aislamiento, que, en cualquier caso, era la otra cara de la autonomía. Ser autónomos es bueno, pero estar aislados no lo es, porque acentúa la vulnerabilidad y hace perder las oportunidades de aprendizaje que da el intercambio. El desafío del Perú a partir del siglo dieciséis, ha sido cómo mantener su autonomía, sin volver a caer en el aislamiento.

Aislados y sin depender de nadie, hasta hace cinco siglos los habitantes de este suelo debimos inventar nuestros propios artefactos y crear nuestra propia cultura. Los logros no debieron ser escasos, porque al momento de la conquista o invasión europea, el territorio que hoy ocupa el Perú sumaba entre cinco y nueve millones de habitantes, según los cálculos más prudentes y rigurosos. Mantener esa densidad de población en un país de poca tierra agrícola y sin comercio que atrajese alimentos desde otras regiones del mundo, exigió una organización económica compleja y eficaz. Explicarla es precisamente la tarea de los autores de este tomo.

El tomo va dividido en cuatro capítulos. El primero, a cargo de Luis G. Lumbreras, se ocupa de las bases territoriales de la cultura de los pueblos asentados en el área andina. Se trataría de la fase conocida como el período Arcaico o Pre-cerámico (ver cuadro cronológico sobre las distintas formas de ordenar el período prehispánico, presentado después de esta Intro-

ducción). Realizando un recorrido desde veinte mil años antes de nuestra era o antes de Cristo, hasta aproximadamente el año 1700 a.C, el autor estudia el proceso de asentamiento de los grupos humanos en las distintas regiones de los Andes centrales, así como la manera como fueron interactuando con la naturaleza. Durante este período los hombres domesticaron las plantas y los animales, abriéndose paso el proceso que la arqueología bautizó como "la revolución neolítica". El segundo capítulo corre a cargo de Peter Kaulicke, y se ocupa del período conocido como Formativo, que corre entre los años 1700 y 200 (aproximadamente) a.C. Se trata de la fase en que la agricultura y la ganadería se consolidan, dando paso a una mayor producción de excedente económico. Aparece la cerámica y las formaciones estatales, como lo ejemplifica el caso de Chavín, en la sierra norte.

Julián Idilio Santillana presenta en el tercer capítulo el desarrollo acontecido durante los períodos de desarrollo "clásico", llamados también Intermedio Temprano, Horizonte Medio e Intermedio Tardío. Se trata de la fase que comúnmente asociamos con el desenvolvimiento de "las culturas" (Nazca, Moche, Huari, Chancay, Chimú) y lo que sería el florecimiento de las civilizaciones andinas, evidenciado en una refinada alfarería, textilería y orfebrería. El horizonte inca corresponde al cuarto capítulo del libro, a cargo del historiador Waldemar Espinoza. Aunque se trata del período que ocupa la menor extensión temporal (menos de un siglo, aproximadamente entre los años 1470-1532 d.C.), es el que resulta mejor conocido, por juntarse a la evidencia arqueológica, el testimonio escrito de los primeros testigos europeos que llegaron a conocer personalmente el Tahuantinsuyu o imperio inca. Durante este último período el desarrollo político habría alcanzado su mayor grado de complejidad, lo que tuvo un lógico correlato en el campo de la organización económica.

Es quizás importante retener algunos elementos centrales para una mejor consideración del conjunto del período prehispánico. El medio geográfico adquiría un papel crucial, puesto que venía a determinar directamente las posibilidades de subsistencia de los grupos humanos. El asentamiento de estos en determinados lugares, así como sus migraciones, obedecían a la cambiante dotación de recursos animales y vegetales. Estos respondían a su turno a los cambios climáticos y de la morfología terrestre. Tal como los autores del tomo lo destacan, la historia de este período es en buena parte resultante de los cambios de temperatura, de régimen pluvial, de huaycos y sequías que asolaron a la región andina a lo largo del tiempo. Esta fragilidad en relación a la naturaleza, creó un tipo de organización política cuya función debía ser preservar la subsistencia de la población frente a las contingencias de la geografía y del eventual ataque de grupos vecinos que luchaban por el acceso a

los recursos. Se trataba de ordinario de Estados militaristas, ávidos captadores de excedentes, que dejaban poco espacio a la libertad individual o civil, según la entenderíamos ahora. Esta característica no debe sorprendernos, en la medida que era la consecuencia de condiciones materiales que exigían la presencia de una organización capaz de movilizar con rapidez y eficacia el esfuerzo de una parte importante de la población hacia obras de infraestructura hidráulica o militar.

De otro lado, las posibilidades para la actividad comercial eran muy reducidas. La falta de ríos navegables y la imposibilidad del uso de la rueda, por la fragosidad del territorio andino o la falta de firmeza del suelo de los desiertos en las regiones costeras, volvían el transporte una actividad limitada a muy cortas distancias. Esto era todavía más cierto, porque no existían animales como los de Europa y Asia, que pudiesen conducir grandes cargas. Unicamente se contaba con la llama, cuya capacidad porteadora no superaba a la de un hombre. En consecuencia, las cosas debían consumirse "in situ", prácticamente en el lugar donde eran recogidas o producidas. Por ello, la organización económica era básicamente de autoconsumo, lo que no excluía por cierto la especialización de ciertos miembros de las aldeas o grupos étnicos, en las tareas de gobierno o administración religiosa; así como también, conforme el excedente fue acreciendo, en los oficios de ceramista, curandero u orfebre.

Esta falta de comercio se compensaba con la estrategia que el extinto antropólogo rumano, John V. Murra, llamó "el control vertical de pisos ecológicos", que implicaba una organización destinada a que la comunidad o "etnia" dispusiese de tierras en diferentes zonas ecológicas, a fin de conseguir la autosuficiencia en los bienes que le eran vitales.[7] A partir de un núcleo o "piso central" se mantenían así "colonias" en otros pisos, desde donde podía traerse productos ganaderos, marítimos o de tierra caliente. Caravanas de hombres o de llamas trasladando productos de una región a otra debieron ser así parte del paisaje andino prehispánico, y aún en tiempos más recientes.

Que no hubiese comercio como una actividad privada o cotidiana, no significaba, empero, que no existiesen intercambios importantes. En su trabajo dentro de este tomo, Waldemar Espinoza señala los trueques o permutas que se hacían, tanto dentro de las comunidades aldeanas, o incluso entre las regiones de sierra y selva alta o "montaña". El océano Pacífico permitía también un comercio de más larga distancia, que vinculaba la actual costa ecuatoriana con la costa central peruana.

---

7. Puede verse el estudio de Murra en la compilación más reciente de sus trabajos: John V. Murra, *El mundo andino. Población, medioambiente y economía*. Lima: IEP-PUCP, 2002.

En un pequeño pero sustancioso libro, el premio nobel de economía de 1972, John Hicks, observó que el estudio de la economía en los tiempos anteriores a la modernidad se volvía tanto más fascinante, cuanto intrincado, por el hecho de que era mucho más difícil para el investigador separar los hechos económicos del resto de hechos de la sociedad.[8] El mundo de hoy se erigió sobre la base de separar las actividades mercantiles de las demás, de modo que casi siempre tengamos claro cuándo estamos "trabajando", "produciendo" o en suma, "ganándonos los frejoles" y cuando —a despecho de que estemos realizando un gran esfuerzo físico— estamos realizamos actividades de entretenimiento, acción cívica, religiosa o familiar, o simple "ocio". En el pasado esta distinción no existía y las actividades económicas se confundían dentro de instituciones que eran fundamentalmente sociales y políticas.[9] Por ello, tampoco debe llamarnos la atención que los autores de este tomo, para esclarecer los temas económicos deban referirse a la arquitectura, la religión o las formas del poder.

Las fuentes principales para el conocimiento de la era prehispánica son los restos materiales, estudiados preferentemente por la arqueología. Por lo que este tomo recoge preferentemente el aporte de los arqueólogos. Para el estudio de la etapa más cercana a la irrupción europea, las *crónicas* o relatos de los primeros observadores europeos que pusieron por escrito sus impresiones y la memoria transmitida oralmente por los hombres andinos, suelen desplazar en importancia al testimonio material, por lo que en este caso se confió a un historiador el capítulo respectivo.

Cada capítulo va acompañado de algunas imágenes que ilustran los lugares u objetos referidos en el texto, o cuando esto no fue posible, algunos muy semejantes. La investigación para ello fue realizada por Carla López Medina, egresada de la especialidad de historia, quien también se encargó de estandarizar la presentación editorial de los capítulos. Asimismo, preparó los cuadros cronológicos y los mapas que aparecen dentro del tomo. Finalmente, agradezco al personal del Banco Central de Reserva por su decidido apoyo y al del Instituto de Estudios Peruanos, por el cuidado editorial puesto en este libro. Que la lectura os sea propicia.

Carlos Contreras
Lima, octubre 2008

---

8. John Hicks, *Una teoría de la historia económica*. Madrid: Aguilar, 1974.

9. Sobre ello, incidió también Karl Polanyi, *La gran transformación. Los orígenes económicos y sociales de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Claridad, 1947, a cuyas ideas alude Peter Kaulicke dentro de su capítulo dentro de este libro.

A. CUADRO CRONOLÓGICO DE LAS CULTURAS PREHISPÁNICAS

Años	Etapas	Norte		Centro		Sur	
		Costa	Sierra	Costa	Sierra	Costa	Sierra
1532 d.C. 1440 d.C.	**Horizonte Tardío**	Inca	Inca	Inca	Inca	Inca	Inca
1400 d.C. 900 d.C.	**Intermedio Tardío**	Chimú Sicán Tardío-Medio	Cajamarca IV	Chancay	Wanka II-I Chanca	Ica Nazca Epigonal	Killke
900 d.C. 550 d.C.	**Horizonte Medio**	Sicán Temprano Wari Moche V	Wari Cajamarca III	Chancay Pachacámac	Wari	Wari Atarco Soisongo	Wari Lucre Kurawa
550 d.C. 200 a.C.	**Intermedio Temprano**	Moche IV-I Gallinazo Vicús	Cajamarca II-I Recuay	Lima	Kotosh Huarpa	Nazca IV-I	Waru Paqallam
200 a.C. - 1000 a.C.	**Horizonte Temprano**	Salinar Cupisnique Paita	Kunturwasi Pacopampa Chavín	Ancón Huachipa Garagay	Rancha Chupas Wichgana	Paracas	Qaluyu Chanapa Marcava
1000 a.C.- 1700 a.C.	**Período Inicial**	Negritos Guañape	Huaca Loma Pandanche Lauricocha III	La Florida Chira-Villa Paraíso	Huaricoto Las Haldas Gavilanes	Hachas Otuna Cabeza Larga	Pikikallep
1700 a.C. - ¿15000? a.C.	**Pre-Cerámico**	Huaca Prieta Amotape Paijanense	Lauricocha II-I Kotosh Mito Piruro	Bandurria Chilca Asia Chivateros	La Galgada Guitarrero Telarmachay	Santo Domingo Pozo Santo	Chinchorr Toquepa

Elaboración: Carla López.

B. SISTEMAS CRONOLÓGICOS EMPLEADOS PARA LA PERIODIZACIÓN DEL ANTIGUO PERÚ

Fechas aproximadas	Rowe (1960)	Lumbreras (1969, 2008)		Kaulicke (1994,	
1532	Horizonte Tardío	Imperio Tawantiinsuyo		Horizonte Ta	
1476					
1440	Intermedio Tardío			Intermedio Ta	
1000		Estados Regionales			
900		Imperio Wari			
600	Horizonte Medio			Horizonte Me	
550		Desarrollos Regionales			
200	Intermedio Temprano			Intermedio Tem	
100 d.C.					
0					
100 a.C.				Formativo	Ep
200 a.C.					
400 a.C.	Horizonte Temprano	Formativo	Formativo Superior		Fo
700 a.C.					Fo
1000 a.C.			Formativo Medio		Fo
1200 a.C.	Período Inicial		Formativo Inferior		
1500 a.C.					Fo
1700 a.C.	Pre-cerámico	Arcaico	Arcaico Superior o Protoformativo		
2000 a.C.				Arcaico	Ar
3000 a.C.					Ar
5000 / 6000 a.C.			Arcaico Inferior		Ar
7600 a.C.					Ar
8000 a.C.				Lítico o Pre-cer	
¿15000? a.C.		Lítico			

Elaboración: Carla López.

Los orígenes de la sociedad andina

Luis Guillermo Lumbreras

Introducción

América es uno de los últimos espacios del planeta ocupados por la especie *Homo sapiens*, hace quizá veinte mil o más años. Veremos a continuación cómo ocurrió la ocupación del territorio peruano por los seres humanos; las condiciones del medio y el territorio que debieron enfrentar los migrantes, así como quiénes eran y cómo vivían los primeros habitantes.

Ya no hay duda razonable de que el ser humano llegó aquí —a América— plenamente formado: con sus cualidades biológicas plenamente desarrolladas. Era como nosotros: *Homo sapiens.* Pero esos primeros habitantes, al igual que los pobladores de los demás continentes en ese tiempo, no disponían de las condiciones particulares que los hacen diferentes a otros. Esas diferencias surgieron aquí y acullá, como resultado de la experiencia peculiar que cada cual tuvo con su historia.

Gracias a los descubrimientos científicos, sabemos que el ser humano es producto de una larga evolución biológica y social, que se inició hace varios millones de años en el África. El incremento de la especie condujo a su progresiva expansión por el mundo. Avanzó primero hacia el Asia y Europa, luego migró y ocupó todos los espacios de la Tierra hasta donde le fue posible llegar. En realidad, continúa haciéndolo hasta nuestros días. Muchas islas del Pacífico fueron recién visitadas, y a veces ocupadas, en el siglo XIX o el XX. Según sabemos, las islas Galápagos, frente al Ecuador, fueron visitadas por primera vez hace apenas mil años por gente que procedía de las costas que están entre Guañape y Manabí, en Perú y

Ecuador; al igual que la isla de Pascua, frente a Chile, que fue ocupada por viajeros oceánicos recién en ese tiempo. Es probable, sin embargo, que no queden más espacios vírgenes en el planeta.

A medida que la humanidad crece, se expande. Este crecimiento va de la mano con la capacidad humana de crear sus propios medios de desarrollo, y es imparable. Cuando ocupa un territorio, lo invade hasta agotar todo lo que puede consumir. Si sus instrumentos son pocos o insuficientes, busca nuevos y domina la tierra y todo lo que hay en ella. Es una propiedad de la especie *Homo sapiens*, a la que pertenecemos. No existe ningún otro ser vivo con esta capacidad. Debido a eso, ocupado ya el espacio terrestre, intenta ahora avanzar sobre el espacio sideral; ya llegó a la Luna y ahora está sobre Marte...

La llegada del hombre a América fue solo parte de esta carrera expansiva. Dentro de ella, estamos todos los que somos habitantes del planeta Tierra. Somos parte de esa historia. En un momento dado —con seguridad hace más de 15,000 años—, la expansión asiática había llevado a la gente hacia el norte de ese continente, cubriendo el oriente asiático desde los trópicos del sur hasta los fríos del Ártico. Solo desde allí fue posible pasar a pie hacia América, continente que está separado por inmensos océanos por todos lados, a excepción del frente ártico, en el extremo norte del mundo.

En ese tiempo, había un "puente" terrestre —que se ha llamado Beringia— que unía Kamchatka y Alaska, en la actualidad penínsulas que están a uno y otro lado del estrecho de Bering. El estrecho se formó al final de la Edad de los Hielos, al elevarse el nivel del mar, por el deshielo de los glaciares. Las islas del mar de Bering son las cumbres más altas de Beringia, ya que sus valles y llanuras quedaron cubiertos por el mar.

Los primeros habitantes se instalaron en esos valles y estepas de Beringia. Se trataba de los mismos habitantes que ocuparon territorios con paisajes semejantes en Chokotka o cualquier otro lugar de Kamchatka. Por ello, les debía ser igualmente "familiar" ir hacia los valles del Yukón, los bosques del noroeste norteamericano o las estepas canadienses. El avance asiático que fue de sur a norte se transformó en uno en la dirección opuesta en América. A lo largo de milenios, la gente ocupó el norte del continente y, luego de cruzar el istmo de Panamá, fue invadiendo también el sur. De ese modo llegó hasta aquí el ser humano.

No debemos imaginar este proceso de ocupación del territorio como una ansiosa migración continua de la gente. Eso no tiene sentido. Cuando hablan los arqueólogos de oleadas migratorias, no están pensando en

dramáticas huidas de migrantes, yendo en caravanas tras la búsqueda de nuevas tierras. Si alguna vez ocurrió eso, debió ser más bien excepcional. Las cosas eran más simples; del mismo modo y forma como el África, Asia o Europa fueron íntegramente ocupadas a lo largo de decenas de miles de años. La migración es parte de la vida de los cazadores y recolectores.

Hubo un momento en la historia de todos los pueblos, en que las actividades de subsistencia se restringían a la apropiación y consumo de los recursos de vida —animales, plantas, o minerales—, tal cual ellos estaban en la naturaleza. Debido a las limitadas capacidades heredadas naturalmente por nuestra especie, solo había que disponer de instrumentos que facilitaran tal apropiación. Los instrumentos permitían ampliar esas capacidades y adquirir otras que no se tenían: por ejemplo, recursos para cortar o hendir materias duras; mientras que la carencia de colmillos poderosos o garras, podía ser suplida por piedras, maderas o huesos duros, con puntas o filos.

Así se inició la historia de la humanidad, y es en esa etapa en la que llegaron los primeros pobladores. El progresivo ascenso de la capacidad de crear instrumentos es una medida importante en el registro de la evolución del ser humano. Sin duda, el uso de recursos naturales externos a nuestro cuerpo, como piedras o palos para cazar o alcanzar algo, no es una habilidad exclusiva de nuestra especie. Entre los simios existen habilidades similares. Está probado que los chimpancés pueden habilitar ramas largas para cazar hormigas y que, además, usan habitualmente piedras para triturar las cortezas de ciertos frutos para comer y que, en sus guerras internas o entre bandas, pueden usar piedras o palos como armas adicionales a sus manos y dientes. Se sabe también que no todas esas habilidades son genéticamente transmitidas y que requieren de un cierto entrenamiento individual que los jóvenes chimpancés reciben de sus mayores.

El ser humano se diferencia de las demás especies de animales por su capacidad de convertir la habilidad de crear instrumentos en un recurso susceptible de ser transmitido socialmente, de unos individuos a otros, a lo largo de generaciones. Debido a esta habilidad, las técnicas —que son los procesos de creación y uso de los instrumentos— son heredables, como lo son los recursos biológicos, genéticamente transmisibles en todas las especies vivas. Las técnicas, es decir, las maneras de hacer y usar los instrumentos, se almacenan en la memoria colectiva mediante códigos sociales similares a los códigos genéticos. Aquellos códigos son transmitidos socialmente a cada uno de los individuos que participan del grupo social donde tales códigos están almacenados.

Dichos códigos sociales, extra somáticos, son las palabras, cuya articulación estructural es el lenguaje. El lenguaje no es otra cosa que la capacidad de registrar en la memoria toda la realidad objetiva cognoscible mediante palabras, las cuales son abstracciones o códigos de dicha realidad. De algún modo, la humanidad pudo expandirse en todo el mundo gracias a estas habilidades, que se iniciaron con la creación de instrumentos útiles para cazar y recolectar animales y plantas enteramente naturales, que continuaron con la intervención intencional en los procesos de su reproducción —que es lo que llamamos "domesticación"— y que avanzaron hacia el progresivo dominio de las leyes naturales reguladoras de la existencia del planeta. Hoy, el planeta está enteramente "antropomorfizado", aun en los lugares donde los seres humanos, por causas propias, mantuvieron su condición de cazadores o recolectores hasta nuestros días.

Los seres humanos vivían inicialmente en África, luego se expandieron hacia Asia, Europa y, finalmente, a América. Eran cazadores y recolectores; es decir, tenían un desarrollo del tipo que todos los pueblos tuvieron en sus inicios. Ni más ni menos, aun cuando ya habían pasado millones de años desde su configuración como seres humanos. Esa es la forma de vida más generalizada —o menos especializada— entre los humanos y, de algún modo, está próxima a las condiciones "naturales" de la especie. Desde luego, sostener esta afirmación implica olvidar los varios millones de años que separan a cualquiera de los cazadores-recolectores migratorios —*Homo sapiens*— de la forma de vida de sus antepasados australopitecos, que sería una fase de la evolución humana en la que algunos de nuestros más alejados antepasados tenían una vida "natural", con instrumentos muy simples, aunque obviamente socializados, como los de la llamada "industria de Olduvai".

Los cazadores y recolectores vivían en pequeños grupos, a los que llamamos "bandas". Son similares a las bandas que también poseen nuestros parientes primates, especialmente los chimpancés. En este tipo de asociación viven juntos uno o más varones adultos, un conjunto de mujeres y los hijos de ellos. Son grupos de cooperación simple que tienen la función de garantizar la reproducción de la especie, su subsistencia y la seguridad de cada uno de sus miembros frente a cualquier peligro.

Esta relación de coexistencia entre seres humanos diferentes (hombres, mujeres y niños), crea condiciones de convivencia, con deberes y derechos sobre ellos y sobre los bienes de consumo a los que tienen acceso. Son condiciones que deben ser acatadas por todos sus miembros. Los grupos

pueden ser de 6, 10, 20 o más miembros, dependiendo de las facilidades de subsistencia del lugar donde les toca vivir y de su capacidad de reproducción, lo que incluye la cantidad de mujeres fértiles del grupo. Esa es la forma elemental de la institución que reconocemos como "familia".

Las bandas no son estáticas, a menos que se establezcan límites para la procreación. Crecen, aumentan en número de miembros, de año en año. Las bandas muy numerosas no son prácticas, ni para las tareas de caza ni para la distribución de las presas para el consumo, porque pueden fácilmente agotar los recursos naturales accesibles. Por ello, deben ser numéricamente moderadas. Frente al incremento de los miembros, la solución es dividirse, y eso es así también entre los primates.

Cuando los hijos varones se hacen adultos, se separan para formar nuevas bandas. Así, los jóvenes forman sus bandas con nuevas mujeres, a las que algunas veces deberán robar. Asimismo, deberán ocupar nuevos territorios, generalmente vecinos; o, en el caso de que estén ya ocupados por otras bandas, migrar a lugares más alejados. El nuevo lugar debe reunir ciertos requisitos, de preferencia, similares a los que tenía el sitio de origen, con plantas y animales conocidos, lo que hará posible mantener las costumbres habituales y usar los mismos instrumentos.

De otro modo, la migración exigirá algunos cambios e incluso la creación de nuevos instrumentos que, desde luego, solo será posible después de un período de conocimiento de las exigencias del nuevo ambiente. En condiciones favorables, estos cambios permitirán la aparición de nuevas formas de vida; pero, en condiciones de dificultad mayor, debe provocar migraciones de las bandas hacia otros territorios, o conflictos con quienes ocupan zonas próximas a las que les eran habituales, incluidas sus bandas originarias.

Así, una vida normal de las bandas genera una expansión que mantiene una relación constante con el número de su progenie. Cada generación es parte de una expansión; su límite es el agotamiento de los territorios "libres". De esta manera, centenas de generaciones fueron ocupando, tanto este como los demás continentes, durante milenios. Son decenas o centenas de "minioleadas", que se mueven en muchas direcciones, mantienen sus hábitos donde sea posible y los adaptan o alteran, según las circunstancias.

Esto está muy lejos de imaginar oleadas masivas de migrantes en la búsqueda de un "nuevo continente". También descarta tanto la vieja idea de la migración de cazadores que pasó de un continente a otro por "una sola vez" (A. Herdlicka), como aquella que en la misma línea hablaba de más

de una "oleada" (Paul Rivet, Méndez Correa y otros). Es más simple y realista —dado que conocemos el modo de vida de muchas comunidades de cazadores y recolectores— pensar que la ocupación del continente fue parte del proceso de desplazamiento de la especie *Homo sapiens* por el planeta, proceso por el cual ocupó cuanto espacio vital le fue accesible.

I. El poblamiento del Perú por cazadores y recolectores (¿ ? – 8000 a.C.)

El período del que nos ocupamos aquí es generalmente identificado como "Lítico", correspondiente al "Paleolítico" del Viejo Mundo; pero, aunque cronológicamente se corresponde con el "Paleolítico Superior" europeo, es incorrecto asumir su condición de homotaxial.[1] Entre otras razones, porque el "Paleolítico Superior", cuyo referente paradigmático es el de Europa occidental y central, implica un proceso previo —larguísimo— de conocimiento de las condiciones ambientales de los bosques y praderas de la Europa templada, diferentes a las de otras partes del mundo y sobre todo a las de los Andes.

Los ocupantes del territorio americano, cuyos antepasados eran los habitantes del Asia septentrional, vivieron durante milenios en condiciones similares a las de sus predecesores en la América ártica y subártica. Pero, a medida que se fueron alejando de las tierras frías del norte, tuvieron que aprender a vivir en nuevos espacios, especialmente diferentes, como los del trópico y el Ecuador. Estos nuevos espacios condicionaron sobremanera sus costumbres, exigiéndoles soluciones creativas y acordes con los recursos naturales disponibles para lograr su supervivencia. Sus antecesores eran los cazadores y recolectores "superiores" del Asia.

Así pues, los antepasados de los primeros habitantes de los Andes habían vivido en las estepas y los bosques fríos de Canadá y los EEUU, y luego en los bosques templados de California u Ohio para, luego de haber ocupado los desiertos del trópico de Cáncer, establecerse en México y Centro América y avanzar hacia los bosques húmedos del istmo de Panamá, pasando a los territorios que ahora son de Colombia. Esta migración de-

1. Semejante en la composición y orden de los estratos geológicos, los cuales tienen la misma posición relativa, pero no necesariamente contemporánea, por proceder de eras o regiones diferentes.

moró cientos y hasta miles de años, de modo que, cuando se proponían ocupar los bosques y páramos de Colombia y Venezuela y luego avanzar hacia la Amazonía o la región andina, era gente que ya contaba con una larga experiencia acumulada por sus abuelos en las tierras tropicales americanas. Quienes llegaron al Perú, eran americanos con muchos siglos de existencia sobre este continente y muy diferentes en sus formas de vida de sus ya lejanos parientes del Asia septentrional.

1. Los primeros pobladores

Como ocurre en todo el continente americano, la información sobre los más antiguos pobladores de los Andes es escasa y fragmentaria. No cabe duda de que llegaron durante el Pleistoceno,[2] pues hay evidencias de la coexistencia de seres humanos con los animales de ese período, hoy extintos. Las pruebas de la edad de los hallazgos más antiguos son insuficientes y no satisfacen del mismo modo las expectativas de todos los prehistoriadores.

Los hallazgos excavados por Richard S. MacNeish y su equipo multidisciplinario en la cueva de Pikimachay, en Ayacucho, son aún motivo de debate, aun cuando muchos asumen su valor testimonial. En Ayacucho, MacNeish ha identificado dos épocas de una ocupación humana asociada con restos de animales extintos, las cuales bautizó con los nombres de Pacaicasa y Ayacucho, en ese orden de antigüedad.

El primer y más antiguo período —Pacaicasa— ha sido encontrado en asociación con restos de megaterios, caballos y cérvidos extintos. Se identifica por unos núcleos toscos de piedra ("choppers" o machacadores toscos) y por unas grandes lascas delgadas, aparentemente trabajadas de manera muy simple y ruda. Como señalaba el propio MacNeish, desde cuando definió la fase por primera vez, "son un conjunto nebuloso, en su mayoría manufacturado en toba volcánica, probablemente extraída de las paredes de la cueva misma".[3] De acuerdo con su descubridor, la fase Pacaicasa se iniciaría alrededor de 21 mil años antes de nuestra era y habría durado hasta cerca de los 14 mil años. Las fechas radio-carbónicas indican que esto es probable y, aun conservadoramente, es una edad que cabe dentro de lo que podría esperarse para las más antiguas migraciones hacia los Andes. Así lo

---

2. "Pleistoceno" es el período climático anterior al "Holoceno", en el cual vivimos. Se caracterizó por condiciones de humedad y temperaturas diferentes a las actuales.

3. MacNeish *et al.* 1970: 31.

cree MacNeish, quien ubica la "industria Pacaicasa" dentro de una "tradición de industrias de núcleos", que correspondería a las primeras "oleadas" de población americana.

Los toscos instrumentos de Pacaicasa estaban aparentemente destinados a la preparación de alimentos, elaboración de pieles de animales, trabajo con cortezas de árboles o actividades similares. No había puntas de proyectil u otros artefactos de piedra con destino especializado en la caza, aun cuando eso no impide pensar que el equipo de caza-recolección pudo estar hecho con materiales perecederos, tales como lanzas de madera.

Sin embargo, muchos prehistoriadores no están conformes con las apreciaciones tecnológicas de MacNeish y su equipo, y piensan que los pocos objetos de piedra que este arqueólogo exhibe no son realmente instrumentos, sino simples fragmentos de roca volcánica con fracturas de origen natural; y que, por lo tanto, no hay pruebas efectivas de la presencia humana en las capas asignadas a la fase Pacaicasa. De ser ciertas estas observaciones y válidos los fechados radio-carbónicos, la cueva de Pikimachay, con restos de caballos y perezosos gigantes, habría permanecido deshabitada hasta por lo menos el decimotercer milenio de la era pasada. Esa es la edad que los prehistoriadores más cautos —y más conservadores— atribuyen a la llegada de los primeros pobladores americanos.

La segunda fase de las excavaciones de Pikimachay, bautizada como "Ayacucho", tiene una única fecha C14 con una edad de 12200 años a.C. Es constituida por piedras adelgazadas e instrumentos de hueso. Según MacNeish, significaría la implantación de una nueva "tradición de instrumentos de huesos y lascas" que, sin embargo, mantendría una cierta familiaridad con la precedente fase Pacaicasa.

La diferencia más importante entre ambas fases reside en el hecho de que en la fase Ayacucho aparecen unas *puntas unifaciales* de piedra y otras puntas triangulares hechas de huesos de animales hoy extintos. Las puntas unifaciales pudieron no cumplir la función de instrumentos para cazar. La industria de tipo "Ayacucho" incluye casi todos los tipos de objetos de la fase precedente, agrega otros nuevos; pero, sobre todo, utiliza materiales más variados, algunos de los cuales debieron ser obtenidos lejos de la cueva.

La similitud con Pacaicasa indujo a MacNeish a pensar que Pacaicasa "no era más que un incompleto ejemplo temprano de los instrumentos de Ayacucho", aunque en sus estudios más recientes se inclina a fijar más la diferencia entre ambas fases, considerándolas incluso como tradiciones de

origen extra continental distinto. Hay otros prehistoriadores que están dispuestos a aceptar los hallazgos de "Ayacucho", pero no existe la misma actitud frente a Pacaicasa.

Junto con los objetos atribuidos a la fase Ayacucho, se encontraron restos de perezosos gigantes de las especies *Scelidotherium* y *Megatherium tarijense*, de caballos (*Equus andium*) y otros animales de especies igualmente extintas, aunque también se hallaron animales que aún existen, como el puma (*Felis concolor*) y varios carnívoros.

Es difícil imaginar cómo vivía esa gente. Obviamente, el paisaje ayacuchano era diferente al actual, que está violentamente deforestado. Por el tipo de instrumentos conocidos hasta ahora, podemos presumir que eran esencialmente recolectores de pequeños animales, con suplementos ocasionales de carne mayor.

Existen pocas informaciones de otras ocupaciones equivalentes a las de Ayacucho, a excepción de algunos hallazgos aislados en la puna de Junín, como el de las cuevas de Panalauca y Uchkumachay, en cuya ocupación más antigua se encontraron restos de un caballo (*Parahipparion*) y un ciervo (*Agalmaceros cf. blicki*) extintos, junto a algunos artefactos. Se presume que eran contemporáneos de la fase Ayacucho, es decir, de una edad anterior a los 10000 a.C.

Por el momento, la única otra secuencia conocida se basa en estudios hechos en la década del 60 por Edward Lanning y sus alumnos en Ancón y el valle del Chillón, al norte de Lima, sobre el litoral marítimo. Esta secuencia costera registra tres fases consideradas pleistocénicas —llamadas Zona Roja, Chivateros y Oquendo— y fue elaborada a partir de los hallazgos hechos en las cumbres de dos cerros que presentan afloramientos de roca metavolcánica. Zona Roja y Chivateros I y II se encuentran estratigráficamente superpuestos en el cerro Chivateros, mientras que Oquendo —que es un conjunto de artefactos diferentes— fue encontrado en otro lugar. Con información básicamente superficial, Edward Lanning[4] y sus estudiantes formularon una secuencia continua con el componente Zona Roja como más antiguo, seguido por Oquendo y luego Chivateros I y II. La inserción de Oquendo se debió a consideraciones tipológicas y no tuvo otro sustento. Las únicas fechas C14 que existen corresponden a la fase Chivateros I y dan una edad cercana a los 8500 a.C.; por lo que se supone que todas las fases

4. Lanning 1963, 1967, 1970; Lanning y Patterson 1967; Patterson 1966.

previas deben ser anteriores al noveno milenio y, por lo tanto, correspondientes al Pleistoceno.

Es menester tener en cuenta que los sitios de procedencia de los objetos estudiados por Lanning son canteras y que los materiales son preformas de objetos en proceso de elaboración, inacabados. Estos objetos fueron abandonados en la cantera misma o en el lugar donde preparaban la materia prima para luego hacer los artefactos. Las piedras que quedaron son las que se rompieron o que fueron desechadas. De otro lado, muchas de las lascas son desechos de talla y, en conjunto, no constituyen una "industria". Por esta causa, no pueden ser atribuidas a un "estadio de prepuntas de proyectil", como se pensó en el momento en que las preformas fueron identificadas como "hachas de mano" u otros utensilios de aspecto paleolítico.[5]

Claude Chauchat ha definido canteras exactamente iguales a las de Chivateros en la costa norte, en asociación con una industria de puntas de proyectil pedunculadas y conocidas como "Paijanense". Sus trabajos, junto con los de Santiago Uceda, César Gálvez y otros, confirman la presunción cronológica de que todo este complejo gira alrededor del octavo o noveno milenio antes de nuestra era, pese a que también estaba en duda el fechado de los instrumentos de Paiján.[6] De cualquier modo, se ubica fuera del Pleistoceno, en la etapa de inicio del Holoceno que coincide con un período de gran desarrollo demográfico en la costa peruana, entre Ica y Piura. Se trata de una época de cambios mayores en la fauna y también en los paisajes. Parece caracterizarse como una etapa de intensa movilidad de la población. Por el momento hay pocos, pero significativos, hallazgos de campamentos de cazadores en la costa y también en la sierra.

Los artefactos de la zona costera de Ancón-Chillón, tanto de Oquendo como de Chivateros, son tallados con golpes directos sobre núcleos de piedra no preparados. En realidad, la mayoría se compone de desechos de talla, núcleos abandonados y algunos instrumentos a medio hacer y rotos. Según Thomas Patterson, en Oquendo habrían existido buriles, que son instrumentos punzo-cortantes; pero, el tipo no corresponde al artefacto que otros prehistoriadores llaman "buril", aunque se le parece.

Dado que los materiales proceden de un nivel propiamente superficial, no se ha podido obtener información sobre la fauna asociada y otros detalles importantes. Solo sabemos que son talleres ubicados en sitios

---

5. Krieger 1964; Bird 1965.

6. Chauchat 1977, 1982.

abiertos, en riscos alejados del mar por unos pocos kilómetros de tierra desértica, y que fueron activamente usados después del Pleistoceno a lo largo de toda la costa. Existen evidencias de ello desde la punta de Santa Elena, en Ecuador, hasta Atacama, en Chile. Es difícil ensayar cualquier reflexión frente a tan débiles informaciones. Si los datos son ciertos, debemos asumir que ya había seres humanos en los Andes, por lo menos desde hace 12 a 14 mil años, con posibilidades de ampliar esa edad por algunos milenios.

Recientemente, en especial en el nordeste de Brasil, se están obteniendo fechados sorprendentemente antiguos sobre los migrantes pleistocénicos. Habida cuenta de que la Amazonía tenía una fisonomía dominada por paisajes de sabana, más que por selvas tropicales, podría ocurrir que aquellos tempranos habitantes del continente no hubieran pasado por la cordillera de los Andes y se hubieran limitado a ocupar las tierras bajas hasta cerca del inicio del Holoceno. Pero una afirmación en ese sentido suena más a una adivinanza que a una inferencia.

Los fechados que se conocen a lo largo de los Andes, desde Colombia hasta el sur de Chile y Argentina, solo se aproximan a los datos que ya se disponen en el Perú y nos señalan los últimos tiempos del Pleistoceno como el período de migración de los seres humanos a este territorio.

De otro lado, la información sobre su forma de vida es también escasa. En Ayacucho y Junín, existen evidencias de la coexistencia de seres humanos con una fauna pleistocénica que estaba en trance de extinción. No es descartable la hipótesis de que esta asociación haya contribuido a la más rápida desaparición de dicha fauna, aunque los cambios climáticos tuvieron un papel indudablemente decisivo, por lo que la participación del ser humano no parece que pueda considerarse significativa.

Todavía no sabemos bien cómo se cazaba a estos animales, aun cuando en otras partes de América hay evidencias de megafauna herida por instrumentos de cazadores. De cualquier modo, es claro para todos los prehistoriadores que la alimentación a base de fauna menor y vegetales era la dominante.

Además, se conoce que vivían en cuevas o abrigos naturales, tal como se prueba con los hallazgos de Pikimachay y Uchkumachay. Lo que no podemos saber aún es la magnitud de la población y otras formas de existencia y sustento, a menos que soltemos la imaginación y, por una arbitraria analogía, asumamos hábitos parecidos a los de los cazadores de otras partes, con un equipo tecnológico equivalente. Pero eso no explica ni agrega nada significativo a nuestros conocimientos.

Todo lo que podemos decir es que la actividad carroñera era característica de esas poblaciones: consumían la carne de los animales que habían sido muertos por ellos o por otras causas, ya sea desbarrancados o golpeados. La mayor parte de los artefactos conocidos servía para trocear o preparar la carne o la piel de los animales, más que para matarlos.

En Monteverde, en el sur de Chile, Tom Dillehay y un grupo de investigadores chilenos encontraron el campamento de unos cazadores de esta época —hacia 12000 a.C.—, cuyos instrumentos líticos conocidos eran apenas unas piedras rotas con uno o más golpes. Pero, en cambio, tenían una variedad de instrumentos de madera para cazar (por ejemplo, lanzas) que estaban junto a los restos, procesados para consumo, de animales tan grandes como los megaterios o los mastodontes.

2. El mundo andino

Queda claro que cuando llegaron a este territorio los más remotos habitantes, los paisajes eran diferentes a los actuales. Diferentes sí, pero no tanto. En realidad, la cordillera estaba ya formada y su tectónica, ligada a los movimientos de la tierra. Asimismo, su altitud y otras características de forma eran las mismas. Las corrientes marinas afectaban a la cordillera de un modo similar, de modo que los desiertos costeros eran básicamente los mismos. La diferencia era climática y dependía de un fenómeno planetario.

La geografía del mundo andino es irregular porque es montañosa. Los territorios llanos son escasos y siempre están asociados a la existencia de antiguos lagos o a procesos aluviales. Y esto es así desde los fondos marinos, donde se inicia la cordillera, empujada por las placas terrestres que presionan el continente de oeste a este. El área andina es un extenso territorio que cubre todo el occidente de América del Sur. Comprende el oeste de Venezuela y recorre íntegramente Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y el frente occidental de Argentina. Por el Oeste, su límite es el océano Pacífico; mientras que por el Este, se pierde en las llanuras del Orinoco (en Colombia-Venezuela), en las tierras bajas del Amazonas (en Ecuador, Perú y Bolivia), en el Chaco (en Bolivia-Argentina) y en las Pampas y Patagonia (también en Argentina).

En realidad, todo el frente occidental de América —de norte a sur— es una cordillera que nace y se forma en el océano Pacífico. Los Andes son la sección meridional de esta ininterrumpida cadena montañosa, que va desde Alaska hasta la Patagonia. En su largo recorrido, la cordillera cruza casi

todo el espectro latitudinal del globo terrestre, desde las proximidades del círculo polar antártico, pasando por la banda equinoccial y el inmenso territorio intertropical, hasta el círculo polar ártico, en el norte.

La extensión de esta cordillera determina una cadena de paisajes que va desde los ambientes fríos y templados, con estepas y bosques de coníferas en los extremos sur y norte, hasta los ambientes ecuatoriales de amplias sabanas y de selvas de climas constantemente húmedos y calurosos, limitados por el siempre presente cordón de los grandes desiertos que dan vuelta al planeta en la banda tropical. Es un espectro de variaciones que la cordillera se encarga de hacer aún más complejo, al crear bandas climáticas escalonadas verticalmente, de modo que aun en la mitad del mundo, donde se concentran los calores equinocciales, se presentan nieves eternas y paisajes de configuración polar.

El Perú ocupa el territorio conocido como Andes centrales. Es una región que se extiende entre los 6 y los 15 grados de latitud Sur, aproximadamente, lo cual la ubica dentro del cinturón tropical de la Tierra. Es el territorio de los Andes donde se presentan las más variadas condiciones de existencia, siendo los paisajes más diversos vecinos muy próximos.

Al norte, los Andes septentrionales, que ocupan la banda ecuatorial, son ahora parte de Ecuador y del sur de Colombia; en tanto que los Andes centro-sur —que comprenden los territorios de Bolivia y los extremos sur del Perú y norte de Chile— forman el macizo más ancho y compacto de los Andes, inmediatamente al norte del trópico de Capricornio. Al sur de esta línea, con la "puna salada" (o de Atacama) como núcleo de cohesión, los Andes meridionales se articulan en torno a una serie de oasis que forman el noroeste argentino y el norte chico chileno, dando inicio al progresivo angostamiento y disolución de la cordillera en la Patagonia, en el extremo sur andino. Allí, los Andes son apenas un biombo que separa las llanuras argentinas del archipiélago chileno.

En el polo opuesto de la cordillera andina, en el extremo norte, los Andes se disuelven en Colombia y Venezuela, en las proximidades del mar del Caribe, manteniendo una cierta continuidad en las Antillas y en América Central, donde las montañas que cruzan Panamá, Costa Rica y llegan cerca a la gran depresión de Managua —en Nicaragua— constituyen una prolongación de los Andes, según dicen los ecólogos y según se desprende de las conexiones históricas entre esos territorios y los andinos propiamente dichos.

En consideración a esto, y debido a que la mayor parte del territorio andino está dentro de la ancha faja tropical —donde se incluyen desiertos,

sabanas y bosques—, es evidente que las formas y dominios del ecosistema obedecen más a las circunstancias de relieve y altitud de las tierras que a su ubicación relativa en la secuencia latitudinal. Se trata de un "mosaico" de paisajes que, además de constituir un macrosistema biótico de carácter endémico —aislado del resto del continente—, genera una red de cruzamientos entre vecinos diferentes. Su aislamiento biótico se debe, principalmente, al papel de "barrera" que desempeña el macizo andino, papel que dificulta el desplazamiento natural de plantas y animales de las tierras bajas del Oriente.

Hay, por cierto, muchos factores, además de la altitud, que intervienen en las condiciones ambientales del territorio andino. En la medida en que la cordillera corre a lo largo de la costa del Pacífico, el rol del mar es fundamental. Las corrientes marinas de "Humboldt" y "del Niño" —una fría y otra cálida— pasan frente a esas costas; sus efectos sobre el litoral tienen un papel notable sobre el clima de la región y, desde luego, sobre las condiciones bióticas del mar y las costas que baña.

El trayecto de la corriente fría de Humboldt, que nace en el Antártico, genera un enfriamiento del frente occidental de la cordillera y, por tanto, de la costa que baña el océano Pacífico. Sus consecuencias se ven en la formación extendida de un desierto longitudinal, que se inicia en el límite norte de los Andes centrales y se prolonga hasta el borde sur de los Andes meridionales. Por esta causa, los Andes tropicales, en su conjunto, tienen una costa desértica que se hace mucho más drástica y extensa en el sur, donde el ancho y altura de las montañas contribuyen a una desertificación que, de otro lado, es general a esa faja de la corteza terrestre, como ocurre en Namibia o el Kalahari en África, en el centro de Australia, en los desiertos del norte de México y sur de EEUU, en el Sahara, Arabia o en la India.

Entre los meridianos 20 y 26, el desierto es absoluto. Luego amengua su dureza y, finalmente, hacia los 30 grados de latitud Sur, aparecen los bosques templados y fríos que acompañan a la cordillera hasta cuando se pierde en el triángulo terminal del continente, frente a la Antártica. La fauna fría del sur llega hasta unos pocos grados al sur del Ecuador, conducida por la corriente fría de Humboldt, de modo que en un país tropical como el Perú, los peces, moluscos y mamíferos marinos son de hábitat casi tan frío como los que viven al sur de Chile.

En los Andes centrales, donde se combinan todos los paisajes, la pluralidad del medio ambiente se presenta dentro de particulares condiciones de articulación territorial, climática y ecológica, gracias a la vecindad de las



Los Andes tropicales en su conjunto tienen una costa desértica que se hace mucho más drástica y extensa en el sur.



En los Andes centrales se combinan todos los paisajes: las estepas o páramos fríos se intercalan con valles templados que se forman por los ríos que nacen entre las nieves de las altas montañas.



Los valles y quebradas interandinos que surcan la cordillera, forman la región "quechua", de ambientes templados.

diversidades. Las estepas o páramos fríos, con su propia cadena de plantas y animales, se intercalan con valles templados o sabanas que se forman en los pliegues trajinados por los ríos que nacen entre las nieves de las altas montañas.

Los españoles, recién llegados al territorio en el siglo XVI, percibieron uno de los fenómenos típicos de estas proximidades paisajísticas, declarando la extraña experiencia de pasar de una estación de invierno a otra de verano en una misma jornada: con frío y lluvias en un lugar; y, en sus vecindades, otro ambiente caluroso y seco. También en una jornada se puede pasar del desierto total al valle irrigado, y de este al páramo frío y sin árboles, desde donde se puede atravesar el bosque húmedo de inmensas arboledas; en muchos casos, sin transiciones, donde un paisaje reemplaza al otro con fronteras rotundas.

En el nivel más alto de la cordillera están las nieves perpetuas, encima de los 5 000 metros de altitud, generalmente rodeadas de pequeños bosques subnivales y una ancha faja de pastos fríos que forman luego el páramo y la puna. El páramo o jalca nace en la vertiente oriental de los Andes, muy tímidamente, al este del Apurímac. Pero recién se define como una ecozona importante a partir de Huánuco, hacia el norte, y llega hasta Costa Rica, constituyendo la forma altoandina típica de los Andes ecuatoriales.

El páramo es un ambiente frío y húmedo permanentemente en las latitudes donde domina. Se prolonga desde los 3,400-3,800 msnm, hasta las nieves. Tiene pocas variantes estacionales, tanto en la temperatura como en las horas de sol (que es de 12 a 13 horas); de modo que las diferencias térmicas son diarias, con su punto más alto de calor hacia el mediodía y su punto más frío en la madrugada, como es típico de toda el área tropical. La oscilación de temperatura anual tiene un promedio de 3º C, aunque varía según las características del relieve y la altitud. En cambio, la variación diaria puede estar entre -3º y 8º C en la noche y 12-20º C en el día, llegando a nevar en algunos lugares todas las noches y a disolverse la capa de nieve cada mañana. De otro lado, si bien el régimen de lluvias no es constante y tiende a variar considerablemente cada año (entre 1,000 y 2,000 mm, y aun más), el páramo se caracteriza por estar persistentemente dominado por un ambiente nublado y húmedo (usualmente por encima del 75% de humedad) que provoca que el suelo esté siempre mojado, sin reposo estacional. La superficie del páramo está cubierta de una vegetación siempre verde, con dominio de pajonales y algunos matorrales aislados que se nutren de los suelos ácidos y permanentemente húmedos del páramo.

Debido a las condiciones descritas, la práctica agrícola es difícil en este medio y la ocupación humana es poco favorable y, en todo caso, dispersa y escasa. El cultivo por el régimen de camellones se usa aquí para la papa, especialmente en los páramos bajos.

La puna es la sección sureña de la alta montaña andina. Reemplaza al páramo o jalca a partir de Huamachuco —donde es una angosta faja en la parte occidental de la cordillera—, ambas zonas coexisten hasta Huánuco y la puna se convierte en el paisaje dominante a partir de la meseta de Junín. Está por encima de los 3,800 msnm en el norte y desciende hasta los 3,500 en el sur; cubierta enteramente de pajonales, con predominio del "ichu" (*Stipa ichu*). Es un ambiente igualmente frío, pero seco —a diferencia de la jalca—, aun en la llamada "puna normal", donde las precipitaciones anuales pueden llegar a los 1,000 mm. Las condiciones de sequedad llegan a un nivel de aridez próximo al desierto en la llamada "puna seca" o "tolar" (que se inicia al sudoeste de Ayacucho y llega hasta el noroeste argentino), con su límite máximo en la "puna salada" que se forma en el entorno del trópico de Capricornio.

Como en el páramo, en la puna se producen fuertes contrastes térmicos cotidianos, que suelen superar los 30º C de diferencia entre la madrugada y el mediodía (por ejemplo entre -10º y 20º C). Este contraste térmico diario se intensifica entre el verano y el invierno, incluso puede superar los 5º C entre mayo y junio —la época más fría— y entre diciembre y enero —la época de más calor—, aunque en términos humanos esta diferencia es poco sensible. En cambio, la alternancia de una estación húmeda a otra seca sí es pronunciada: llueve solo en el verano y con niveles que oscilan entre los 400-700 mm, o aun más en la "puna normal"; 100 y 400 mm, al año en la puna seca; y con precipitación menor a 100 mm, en la puna salada, donde hay extensos territorios con ausencia de lluvia. Muchas veces se precipita en forma de granizo o nieve, pero nunca lo suficiente como para humedecer la tierra sensiblemente, lo que dificulta la vida de animales y plantas.

En la "puna normal", donde llueve por encima de los 400 mm, anuales, hay lagunas, manantiales y cauces de ríos que hacen posible la vida activa de varias especies de plantas y animales; y, por lo tanto, permiten la agricultura y la ganadería. A diferencia de la "puna seca", donde todavía hay algunas lagunas y ríos, pero la actividad productiva tiende a limitarse a la ganadería de animales adaptables a las duras condiciones de su clima. En la "puna salada" no hay ríos ni lagunas, a excepción de algunos oasis próximos a los extensos lagos de sal —los salares— que dominan el paisaje. No

	6 am	7 am	8 am	10 am	12 md	2 am	4 am	6 am	9 am
Aire	4.59	5.48	6.90	8.95	11.04	10.30	7.34	6.00	4.51
Suelo	6.00	6.69	7.17	11.89	16.53	16.96	14.36	12.61	9.05
Roca	5.30	5.30	8.28	15.40	21.03	23.60	16.42	14.15	—

Temperaturas en °C, tomadas en Pasto Bueno (Pallasca) a 3,950 msnm, por A. Weberbauer en 1920. [7]

hay agricultura y el ganado es solo transeúnte, al servicio, normalmente, de los campamentos mineros o de los escasos oasis del inmenso desierto.

En toda la puna, el ambiente suele ser muy seco, con una humedad relativa por debajo del 40% que, en algunos lugares del sur, puede llegar a niveles fatales para cualquier forma de vida. Por encima de los 4,300 msnm, las temperaturas-promedio suelen estar cerca de los 3 y 4° C, con heladas nocturnas diarias, lo que impide el crecimiento de vegetación, salvo condiciones especiales. El frío desalienta el ciclo del nitrógeno, lo que afecta la mineralización de la materia orgánica y hace que, por esta causa, sea lenta la reconstitución de la fertilidad de los suelos cuando se retira la capa vegetal, como ocurre con las cosechas. Los suelos de la puna son pobres y de un espesor que tiene apenas unos 20 o 30 cm, salvo en algunas depresiones pequeñas, donde puede haber un poco más de tierra acumulada.

En la "puna seca" el frío es más persistente, si bien el promedio de temperatura es análogo a la "normal". Los pastos crecen en la estación húmeda y se secan el resto del año, aunque quedan los llamados "bofedales", que son depresiones que mantienen un cierto grado de humedad durante el año, lo cual permite que haya una cobertura estable de pasto verde, aprovechada por los animales en la estación seca. Entre ellos se cuentan, tanto los camélidos como los ñandúes o avestruces andinas (suri), que son los principales ocupantes nativos de este ambiente. Desde luego, estos bofedales de la puna seca son solo un ejemplo de las múltiples variaciones "finas" del medio ambiente puneño, en donde es posible percibir fuertes variaciones térmicas en un mismo lugar, entre el aire, el suelo y los roquedales (v.g., Pallasca).

Aparte de la captación de calor, los microambientes se derivan igualmente de la capacidad de retención de humedad y de la protección frente al calor solar de ciertos lugares, de donde se deriva una suerte de fino mosaico ambiental que permite el crecimiento de diversas plantas, algunas de ellas suculentas. Son especialmente importantes los espacios próximos a las

7. Citado en: Cabrera 1968: 93.

lagunas u otras fuentes de agua, donde viven plantas hidrófilas, aves, peces y anfibios. Eso hace posible que la puna pueda ser poblada de manera constante y extensiva, tanto por pastores como por agricultores de altura, que cultivan especialmente tubérculos y granos.

Esos cultivos son aún más generosos en el territorio llamado "suni" que, en realidad, es una extensión de la puna hacia los ecosistemas templados de la sierra. Son los altos valles, en donde se produce papa (*Solanum tuberosum*), ulluco (*Ullucus tuberosus*), oca (*Oxalis tuberosa*), mashwa o añu (*Tropaelum tuberosum*), quinua (*Chenopodium quinoa) y* cañiwa (*Ch. pallidicaule*), todos ellos cultivos característicamente andinos.

En ambientes de "suni", como el entorno del lago Titicaca, se concentra una considerable población de agricultores y pastores que están consistentemente asociados a los habitantes de la puna, ámbito al que ellos de algún modo pertenecen, aunque haya generalmente mejores condiciones de clima, con temperaturas más altas, en territorio "suni".

Los valles y quebradas interandinos, que surcan la cordillera, forman la región "quechua", de ambientes templados. En realidad, esta región conforma accidentes topográficos de la cordillera que cruzan de manera inconstante los páramos y las punas. En la región del páramo, se encuentra la región llamada "temple", que es apenas una transición hacia las quebradas más profundas llamadas "tierras cálidas".

En los Andes de puna, los niveles o pisos ecológicos diferenciados son más y más variados, sobre todo, en la zona templada o "quechua", dominada por sabanas con estaciones de lluvia bien marcadas, aunque de comportamiento irregular, con más meses y más precipitación hacia el norte y el oriente que hacia el sur y el occidente. Es la tierra de las frutas mesotérmicas, tales como el maíz (*Zea mays*) y el frijol (*Phaseolus vulgaris*), cultivadas a base de una agricultura de temporal. En tanto que en un piso más bajo de las mismas quebradas o valles, hay un ambiente macrotérmico que favorece el cultivo de plantas de clima caluroso, pero seco, en condiciones que normalmente exigen el uso de riego artificial.

Los valles y quebradas de los Andes centrales se asocian a las cuencas de cuatro grandes ríos que desembocan en el río Amazonas y en, aproximadamente, cien de los ríos que desaguan en el océano Pacífico. Las cuencas tributarias de la Amazonía recorren la cordillera de sur a norte y son: el Marañón (Huánuco, Ancash, la sierra de La Libertad, Cajamarca y Amazonas), el Mantaro —que tiene un curso en forma de U, de norte a sur y viceversa— (Junín, Huancavelica y Ayacucho), el Apurímac (parte de

Ayacucho, Apurímac y Cusco) y el Vilcanota (Cusco). El río Santa, que forma el Callejón de Huaylas, es el río más largo de la vertiente occidental y el único de ella que corre de sur a norte, paralelo a la cordillera y a la costa.

Una cuenca independiente es la del lago Titicaca, que se ubica parte en el Perú y parte en Bolivia. Las demás cuencas, que son casi cien, están en la vertiente del Pacífico. Nacen en las montañas occidentales, donde forman cuencas del tipo templado de los Andes, y luego bajan al mar cruzando el desierto. Allí, en el desierto, sus conos de deyección hacen posible la formación de inmensos oasis en forma de valles, que es donde se concentra la mayor parte de la población costeña.

Así como el océano Pacífico es un referente fundamental de los pueblos que ocupan la sección occidental de los Andes, la Amazonía lo es para los del Oriente. Hay un punto de encuentro entre ambas, que en el lenguaje común se identifica como "la montaña". Se trata del sector cordillerano cubierto por una densa floresta tropical, que luego se va descomponiendo para dar paso a las selvas y pajonales de las tierras bajas y planas amazónicas. Es tierra normalmente afecta a densas neblinas y constante precipitación, donde viven los pueblos andinos orientales, cuya historia permanece aún poco conocida. Varios estudiosos han propuesto esta región como el punto de partida del proceso civilizatorio andino, en conexión con la extensa Amazonía, en oposición a los que miran el mar como foco.

3. El Pleistoceno Andino

A este territorio llegaron los primeros seres humanos. Se presume que eso ocurrió hace 20,000 o más años, aunque —como ya está dicho— la distribución de los paisajes era entonces diferente a la que ahora conocemos, sobre todo en la extensión que ocupaban. Esto se infiere de los aún insuficientes estudios que existen sobre el Pleistoceno andino.

Se supone que durante el período tardío del Pleistoceno, conocido en el Perú como Glaciación Andina (s. Kalafatovich) o Glaciación Lauricocha (s. Cardich), con sus fases o estadios Antacallanca, Agrapa, Magapata y Antarragá, el litoral peruano era más ancho, debido a un descenso de casi 100 metros del nivel del mar en la época de máxima glaciación.[8] Además, el

8. Según los estudios de Clark y Lingle (1979), hace unos 13,000 años el nivel del mar estaba a unos 50 metros por debajo del actual; 10,000 años atrás, a 30 metros; y alcanzó su nivel actual hacia el 5000 - 4000 a.C.

clima era igualmente seco —o aun más— que el actual. De cualquier modo, para las poblaciones animales y vegetales de la costa eso debió significar cambios mayores. Ollivier Dollfus, un geógrafo francés, afirma que "en el desierto peruano hubo disminución de las brumas costeñas con aminoramiento de la corriente fría y probablemente algunas raras y copiosas lluvias, relacionadas con el acrecentamiento de los fenómenos de convección entre las altas sierras frías y las llanuras cálidas".[9]

En cuanto a la cordillera misma, los indicadores térmicos señalan una situación más fría en 5º o 7º C, lo que significa que las nieves perpetuas, que hoy están encima de los 4,700 msnm, comenzaban varios cientos de metros más abajo, llegando hasta los 4,000 - 4,500 m de altitud y en períodos previos al estadio Antarragá incluso hasta 3,400 - 3,700 m. Situación que, obviamente, cambia notablemente los paisajes, de modo que el ambiente seco de la puna, que hoy se restringe al centro y sur del Perú, avanzaba bastante más al norte.

Los datos que existen para la costa indican que las aguas frías de la corriente de Humboldt tuvieron los mismos efectos sobre los llanos costeros que ahora hacen que ellos sean un desierto. Al mismo tiempo, esto implica que es presumible una serie de cambios frecuentes o de alteraciones climáticas, que se derivan de las oscilaciones del flujo y reflujo de las corrientes marinas, tal como ocurre ahora. De otro lado, la existencia de un mayor número de glaciares, con sus típicos entornos lacustres de bosques fríos y páramos, hizo posible un mayor número de cursos de agua que, a su vez, conformaron más áreas humedecidas en lo que hoy son desiertos. Eso explica la existencia de restos muy frecuentes de flora y fauna en zonas hoy totalmente desertificadas. Al parecer, la cuenca del río Chillón se ampliaba hasta comprender el actualmente desértico Ancón.

Sin duda las condiciones eran diferentes a las actuales. Eso está confirmado por el hallazgo *in situ* de una fauna constituida por animales extintos, tales como los perezosos gigantes (*Megatherium americanum* y *Mylodon*), los mastodontes o elefantes americanos (*Mastodon andium*, *Cuvieronus sp.*), caballos (*Parahipparium saldose, Onchippidium peruanus* y *Equus curvidens*), cérvidos (*Cervus brachyceros* y *Cervus dubius*), camélidos como la paleollama, felinos dientes de sable (*Smylodon sp.*) y cánidos de varios tipos, entre otros menores.

---

9. Dollfus 1981: 60.

La subsistencia de estos animales, mayormente herbívoros, requería de una flora que hoy solo parcialmente podría satisfacer sus necesidades. Además, sus restos se han encontrado en regiones semidesérticas, como Ayacucho, donde debió existir un mayor número de fuentes de agua, derivadas de glaciares vecinos hoy inexistentes. Esas fuentes estimularon recursos florísticos ausentes en el paisaje de nuestro tiempo. Pero todo esto no implica cambios climáticos dramáticos. Según señalan los especialistas, pueden asumirse diferencias de magnitud, pero con características muy parecidas a las del medio actual. Eso quiere decir que existía un "mosaico" de paisajes similar al actual, con desiertos, bosques y páramos, correspondientes en estructura y efectos; pero, diferentes en extensión y ubicación.

En cuanto a la "megafauna" de herbívoros —mastodontes, megaterios o caballos— hoy extinta, es presumible que redujeran sus posibilidades de subsistencia a medida que la temperatura iba en aumento y cambiaron las opciones del forraje. Al parecer, cuando el ser humano llegó a los Andes, los eventos de regresión glacial y la reducción del frío estaban en proceso de desarrollo. Según Wright y Bradbury, en el altiplano de Junín se puede fechar el inicio del retiro de los grandes glaciares hacia el año 14500 antes de nuestra era. Este proceso debió durar unos tres mil años, lo que quiere decir que hacia el 11000 a.C., se inició un período de aumento de la temperatura promedio en todo el territorio que llegó a sus límites más altos entre el 6000 y el 3000 a.C., época con perfiles paisajísticos semejantes a los de hoy.

Si bien los estudios existentes permiten fijar la presencia humana en coincidencia con el proceso de regresión glacial —entre 14 y 12 mil años antes de nuestra era—, nada hubiera impedido que los cazadores-recolectores llegaran antes de esta época, en plena glaciación. Aun en los períodos de mayor enfriamiento, existían valles y bosques que podían ser utilizados por el ser humano. De cualquier modo, puede presumirse que el proceso de deglaciación, con sus cambios, fue un factor acelerante en el movimiento de los animales y los seres humanos, en una y otra dirección, en busca de zonas de vida.

4. Los cazadores altoandinos

Durante esta transición climática —que hay que entender que se produjo en el curso de miles de años—, los cambios poblacionales y ambientales fueron muchos. Una tendencia de los cazadores fue la de desarrollar unos

instrumentos de piedra más refinados y especializados del tipo que los arqueólogos llaman "puntas", cuya función era la de penetrar en el cuerpo de los animales, ya sea como dardos, como puntas de lanza o como cuchillos.

Existen varios lugares con datación controlada y asociaciones adecuadas que son del período de disolución del Pleistoceno y los primeros milenios del Holoceno. Son buena muestra de ellos el Paijanense en la costa; Guitarrero, en la sierra norte; y Puente, en la región de Ayacucho. En las punas de Junín, hay también una ocupación definida, pero su relación inmediata con eventos importantes de cambio nos induce a tratarlas más adelante.

Cabe, sin embargo, agregar un complejo muy peculiar que tiene algunos problemas de asociación; pero que, con seguridad, pertenece a este tiempo y pudiera ser aun más antiguo, quizá contemporáneo con la fase Ayacucho y los animales extintos del Pleistoceno terminal: el complejo con "puntas cola de pescado". En los Andes, el sitio mejor conocido está en El Inga, en el Ecuador. Su edad se calcula en unos 10 mil años antes de nuestra era. Lamentablemente, la antigüedad de estos restos no tiene sustento suficiente, dado que los hallazgos son superficiales. El C14 provee una edad máxima de ca. 8000 a.C.; y los fechados hechos con la obsidiana oscilan entre 10 y 5 mil años antes de nuestra era. En ambos casos, el rango de variación es alto.

De otro lado, los hallazgos de El Inga no son aislados, aparte de provocativos. El nombre "cola de pescado" se debe a la forma de unas finas puntas de proyectil o dagas-cuchillos que tienen una hoja ancha (como el cuerpo de un lenguado) y un pedúnculo con trazos parecidos a los de una cola de pez. Son piezas muy particulares que revelan un estilo, lo que provoca asumir que todos los que las hicieron tuvieron algún tipo de conexión histórica.

Las evidencias señalan que en Sudamérica se fabricaron "cola de pescado" en obsidiana u otras piedras finas, desde el extremo sur de la Patagonia hasta por lo menos Panamá, tanto en los Andes como en las tierras bajas orientales. En América del Norte, tienen un equivalente en las puntas de la tradición Clovis, tanto por la calidad del trabajo lítico, cuanto por muchos detalles formales. En América del Sur, los contextos de cazadores patagónicos son los que mejor conocemos, tanto en la cueva Fell, en el sur de Chile —donde se encontró por primera vez—, como en la cueva de Los Toldos, en Argentina. Allí, la edad de esta "industria" se sitúa entre los 11 y 8 mil años antes de nuestra era, lo que indica un período Pleistocénico Terminal.

Los hallazgos de este "estilo" en el Perú son escasos y evasivos. En el nivel más antiguo de la cueva de Jaywamachay, en Ayacucho, con una fecha ca. 8000 a.C., se encontró un fragmento de una punta de este tipo, evidencia que indujo a MacNeish a proponer una fase llamada "Huanta". Pero esta propuesta se ha mantenido a la espera de mayor información que permita demostrarla, asumiendo que se trataría de una fase previa al período inmediato posterior, llamado "Puente". Paul Ossa identificó una punta "cola de pescado" en el valle de Moche, mientras que Claude Chauchat y Jorge Zevallos Q. encontraron otra en Piura, pero se trata de hallazgos superficiales. Seguramente, hay muchas más en otras partes y queda la expectativa de encontrarlas en contextos suficientes, no solo para establecer su edad, sino para conocer algo de estos viejos cazadores.

De cualquier modo, si en algún momento se prueba la relativa o absoluta contemporaneidad de estos hallazgos, se puede presumir un desplazamiento extensivo de sus talladores a lo largo y ancho de Sudamérica. En Patagonia, están asociados a la caza de animales pleistocénicos y, aunque en esta región hubo una extinción más lenta de este tipo de fauna, la edad de ca. 10000 a.C., no deja duda de su gran antigüedad, al menos coetánea con su similar norteamericana —la famosa industria de "Clovis"— y el complejo El Llano, que representan la ocupación más antigua de los cazadores de tipo "Paleolítico Superior" en el continente. Si bien las puntas sudamericanas no son iguales a las de Clovis o Cumberland, tienen muchos elementos en común, incluido el detalle de una ligera acanaladura a lo largo del pedúnculo de las puntas de El Inga, que es un detalle tecnológico que estas comparten con las de Clovis y que es un factor diagnóstico de tal "industria".

La asociación de estas puntas con animales extintos, como los mamuts del norte y los mastodontes sureños, puede permitirnos imaginar una población de cazadores de grandes animales, que fueron migrando de norte a sur junto a la megafauna de finales del Pleistoceno. Antes de adelantar cualquier especulación, hay muchos problemas por resolver, entre ellos cuenta el saber si es posible que cazadores similares —aunque no emparentados—, con finas puntas bifaciales y, al parecer, prácticas de pintura rupestre, estaban ya poblando en esa época el Bajo Amazonas, en las tierras llanas del extremo oriental del continente. De cualquier modo, todos ellos eran cazadores experimentados, que ya tenían una larga trayectoria en territorios americanos, cazando grandes herbívoros, caballos y otros habitantes de los bosques y las sabanas.

5. Los "pescadores primitivos" del litoral

El complejo Paijanense es mucho mejor conocido y —según Claude Chauchat— comprende puntas de proyectil pedunculadas, bifaces, raspadores laterales, denticulados e instrumentos de guijarro; esto es, una gran variedad de instrumentos que, con seguridad, tenían propiedades diferenciadas. Se conocen cada vez más lugares donde esta gente desempeñó algún tipo de actividad. Hay campamentos de vivienda, talleres para la elaboración de sus instrumentos y canteras como las de Chivateros. Las noticias iniciales fueron dadas por Rafael Larco Hoyle en la década de los años cuarenta, a base de hallazgos superficiales en la zona de Paiján, en la costa norte. Ahora los estudios incluyen excavaciones y prospecciones en varios lugares de la quebrada de Cupisnique, Chicama, Moche, Casma, etc. Las fechas C14 les conceden una antigüedad de ca. 8000-9000 a.C.

Gracias a los estudios sobre el Paijanense, se tiene también información sobre las características raciales de estos antiguos pobladores americanos. Chauchat y Lacombe encontraron los esqueletos de un niño y un adulto. Estos tenían rasgos antropofísicos distintos a los de otros esqueletos sudamericanos de la época, tales como los de Lauricocha en la sierra de Huánuco, Punin en la sierra del Ecuador, o Lagoa Santa en Brasil. Este descubrimiento deja planteada la posibilidad de diferencias entre los primitivos habitantes americanos, con una diversidad racial que puede implicar tanto diferentes "oleadas" de cazadores, como un proceso vertiginoso de diversificación racial, lo que parece improbable. El adulto de Paiján es alto —1,70 metros— y de tendencia braquicéfala; al contrario de lo que parecería ser la forma general de los primitivos americanos, de tipo dolicocéfalo.[10]

El Paijanense, además, tiene otra característica importante: sus conductores eran cazadores, sí; pero sustantivamente asociados al mar, en donde parece que sus instrumentos sirvieron principalmente para la pesca con arpón. Según Chauchat y Lacombe:

> El hombre paijanense fue un recolector de plantas y de pequeña fauna terrestre, y un pescador. En la costa peruana eso no es extraño, pero nos lleva a una revisión de los planteamientos acerca de la aparición de la explotación de recursos marinos, pues no tuvo lugar en las sociedades ya complejas y

10. Braquicefalia indica cráneo ancho; dolicocefalia, cráneo alargado.

sedentarias del Precerámico Tardío, sino mucho antes, por parte de pequeños grupos nómades y con una tecnología aun paleolítica.[11]

La extensión de una forma de vida similar a la del Paijanense la encontramos hasta cerca de las costas de Lima, donde se ha identificado un complejo bautizado "Luz", que se le parece y, además, es presumible que las canteras y talleres de Chivateros tuvieran algo que ver con ellos.

Hasta el momento, es posible pensar que estamos frente a una forma marítima de cazadores-recolectores establemente asociados al mar, donde sus finos instrumentos de caza —las puntas de tipo Paiján— estaban destinadas, principalmente, a penetrar en el cuerpo de mamíferos y peces dentro del agua. Eso no descarta que cazaran y comieran otros animales terrestres, tales como roedores o lagartijas; y, desde luego, que aprovechasen las plantas que crecían cerca de los cursos de agua, incluidos los algarrobos, juncos y ciertos frutales nativos. También es previsible que sus bandas fuesen más numerosas y pobladas, teniendo en cuenta que la fauna marina era, como es, generosa cerca de las playas y acantilados. No eran, en cambio, consumidores de mariscos y bien pueden haber carroñado ballenas varadas por el mar o consumido la carne de los grandes herbívoros.

Estaban rodeados de desiertos, pero tenían fuentes de agua dulce en las proximidades de las quebradas que, al parecer, eran más que las que hoy cruzan el desierto. Algunas de ellas —como la de Cupisnique, las de Ancón o varias de las que aún existen fuertes marcas visibles en Ancash—, pudieron tener cursos estables de agua, como tienen algunos pequeños ríos actuales en Chilca, Asia, etc.

6. Los cazadores-recolectores interandinos

En este tiempo (9000-7000 a.C.), la sierra estaba habitada por cazadores de fauna terrestre moderna, es decir, de animales que aún hoy existen en los Andes, especialmente roedores, cérvidos y camélidos. Entonces, debemos suponer que, salvadas las diferencias de intensidad de las lluvias y otros factores que aún se presentan azarosamente, la flora y el paisaje, en su conjunto, era similar al actual. Entre estos cazadores se encuentran los

11. Chauchat y Lacombe 1984: 6.

primeros ocupantes de la cueva de Guitarrero, en el Callejón de Huaylas; y del abrigo del Puente y otras cuevas, en la región de Ayacucho. Ambos a una altitud próxima a los 3,000 msnm. En la misma época se estaba ocupando, igualmente, la puna vecina a estos lugares y todos los Andes, desde el extremo norte hasta la Patagonia, donde el ser humano hizo sus primeros avances durante el Pleistoceno.

Los primeros ocupantes de la cueva del Guitarrero, que está en las laderas occidentales de la Cordillera Blanca, eran cazadores que tenían un rango muy restringido y más bien grosero de instrumentos de piedra, hechos casi exclusivamente de lascas. Allí, no existían ni grandes bifaces ni "buriles", como tendrían sus contemporáneos de la costa, aunque había raspadores y unos pocos tajadores, martillos y lascas cortantes. Thomas Lynch piensa que podría compararse con la fase Ayacucho, aunque en Guitarrero se conocen puntas pedunculadas, quizá emparentadas con las de los pescadores del litoral. El fechado C14 ubica esta fase de Guitarrero entre el 9000 y el 7000 a.C. La información de las excavaciones indica que los habitantes de la cueva estaban ya definidamente en tiempos holocénicos, con animales modernos, pues ya para entonces habían desaparecido los mastodontes, los caballos y otros animales.

Los habitantes de la fase I de la cueva de Guitarrero eran, como la mayoría de los cazadores, también recolectores de plantas y de pequeños animales. Aparentemente, el consumo de los camélidos andinos no era, en cambio, significativo; todo indica que estos animales, tanto el guanaco como la vicuña, eran nativos de las estepas del sur. En Cajamarca y más al norte, en contextos arqueológicos de la época, no hay vestigios de ellos, según sabemos por los estudios de Augusto Cardich en Cajamarca y por los del propio Lynch en la sierra de Cuenca, en Ecuador.

Los hallazgos en la cueva de Guitarrero, en los períodos posteriores, inducen a pensar que la actividad recolectora de plantas fue intensificándose, lo cual está ampliamente justificado por el medio ambiente del flanco oriental del Callejón de Huaylas, hoy mismo una de las zonas más fértiles de la sierra peruana. La recolección de plantas de clima templado, con una larga estación lluviosa —entre octubre y abril— y con riego natural permanente, debió permitir un nivel de sustento estable, combinado con la caza de cérvidos, roedores y otros pequeños animales. Es una región pródiga en tubérculos, frutales, legumbres y verduras. El bosque nativo debió proveer leña y materia prima para la fabricación de instrumentos y diversos utensilios.

Mientras esto ocurría en las sierras norteñas, templadas y con suficiente agua, al sur del macizo de Junín, donde los aires son más secos y las tierras áridas, la vida de los valles y quebradas iba por caminos diferentes. Los cazadores tuvieron que adaptar sus costumbres a otras exigencias.

La fase Puente de Ayacucho tiene una edad similar a Paiján y Guitarrero I: entre 9000 y 7000 a.C. Ha sido reconocida en varios lugares de la sierra central, asociada a cazadores de camélidos (guanacos y vicuñas), mismos que desde entonces se convirtieron en los animales principales de caza, complementados con los venados andinos, la vizcacha (*Lagidium sp.*)[12] y otros. Si bien es característica de esta fase la confección de unas puntas de piedra que tienen un ancho pedúnculo —que es casi la mitad de largo de la pieza—, se inicia también una tradición lítica de puntas "foliáceas" (en forma de hoja), que serán características de los cazadores andinos a lo largo de milenios.

Los ayacuchanos eran cazadores-recolectores; pero, a diferencia de sus contemporáneos del Callejón de Huaylas, las condiciones áridas de Ayacucho debían exigir una actividad de caza más intensiva o, en todo caso, una recolección más limitada de plantas del ralo bosque espinoso de la región. La corta distancia que hay entre los diversos "pisos" de la cordillera pudo ser de gran ayuda para el sustento de los cazadores que, en pocas horas de camino, podían disponer de recursos naturales diferentes, desde frutas y raíces del fondo cálido de las quebradas cercanas a la cueva de Pikimachay o al abrigo de Puente —con cérvidos y roedores en los cerros vecinos— hasta camélidos y cérvidos de altura en la puna circundante, próxima a la cueva de Jaywamachay.

Entre el noveno y séptimo milenio de la era pasada, los Andes fueron ocupados de manera extensiva por los cazadores-recolectores, quienes cubrieron prácticamente todos los paisajes existentes en la costa y en la sierra. Algunos rasgos comunes, como la tendencia generalizada en la elaboración de las puntas de proyectil hacia formas foliáceas, puede expresar alguna forma de contactos interregionales, aunque siendo esta una forma funcional de fácil elaboración y de rango universal, no es un indicador explícito de contactos entre ellos. Con o sin contactos, lo más significativo es el desarrollo de una serie de procesos de "toma de posesión" de los cazadores-recolectores sobre el territorio andino: en cada espacio se advierte un progresivo conocimiento de sus recursos y la consecuente

12. Roedor del tamaño de un conejo, con una larga cola curvada, no domesticable.

búsqueda de las formas de aprovecharlos. A esto muchos antropólogos le llaman "adaptación".

La "adaptación" del ser humano es cualitativa y cuantitativamente diferente a la de cualquier ser vivo. Su estrategia consiste en obtener información —acumulada socialmente— con el objeto de adaptar los recursos y condiciones del medio a sus necesidades, no al revés. Para eso, transforma el medio, altera el régimen natural de las cosas, mezcla, combina, desarticula y, con ello, crea medios que no existen naturalmente. Con esos recursos, artificialmente creados, adapta la naturaleza a la condición que él requiere y no se adapta él a ella. Por eso, "su adaptación" puede ser nefasta para la naturaleza, como ocurre ahora en que nuestra capacidad de "adaptarnos" está afectando gravemente el equilibrio biótico de la Tierra.

En esta etapa, el hombre usaba la piedra, el hueso, las pieles y cuanto fuera posible para prolongar sus capacidades biológicas y poder ser un cazador, función para la que no estaba biológicamente preparado. Examina, compara, guarda y transmite experiencias mediante la comunicación social. Lo que hace un individuo, adquiere vigencia cuando es comunicado a los demás y cada uno recibe de los demás lo que todos en conjunto saben. Los antropólogos llaman "cultura" a esta conducta social e indican que la cultura es la forma de adaptación que tiene el ser humano frente a la ecosis de su entorno.

Vista la cultura globalmente, como una forma de conducta de la especie, esto parece posible. Pero, examinada la "cultura", en relación con los condicionantes que ella tiene, ya no es tan evidente; sobre todo si se tiene en cuenta que la "adaptación" cambia históricamente y, desde luego, espacialmente. Lo que se cambió hoy para dominar un aspecto del medio puede ser insuficiente mañana, entonces se desecha o se crea algo nuevo que lo reemplace. El cambio se expresa en transformaciones que atañen al comportamiento humano; pero sus consecuencias materiales concretas son transformaciones en el medio, sea este externo a la población o la población misma que, obviamente, forma parte del medio ambiente.

En las punas de Junín, tanto en el ambiente altiplánico del lago, como en el entorno más alejado, se comenzaron a consolidar espacios humanos diferenciados, formándose cazadores especializados en vicuñas y domesticadores de camélidos: en el Callejón de Huaylas, cultivadores; en Ayacucho, pastores-cultivadores. En la costa —oscuro período— estuvieron en trámite a definirse como pescadores y recolectores de mariscos. El signo de la época es la tendencia hacia diversas formas de asentamiento

sedentario, combinadas con mecanismos de complementariedad alimenticia que, al parecer, incluían algún tipo de trashumancia ligada a los bosques estacionales del desierto costero, llamados "lomas", que florecen 4 o 5 meses al año durante el invierno.

Este es el tiempo en que se ocuparon las cuevas de Lauricocha, en Huánuco, que fueron las primeras en ser exploradas arqueológicamente en el Perú. Es también el tiempo en que tenemos evidencia de las antiguas pinturas rupestres con escenas de camélidos, tanto en Lauricocha como en Toquepala y otros lugares. Son milenios de grandes descubrimientos y opciones que marcaron históricamente a la población andina y que definieron la base material de su existencia.

II. Los procesos de domesticación (Período Arcaico Inferior: 8000 - 3000 a.C.)

El proceso que los cazadores y recolectores de todo el mundo desarrollaron como parte de su vida consistía en el conocimiento y dominio de las condiciones particulares de existencia de las diversas poblaciones asentadas en ambientes diversos y en la creación de nuevos procedimientos para someter cada región a sus necesidades de subsistencia y reproducción.

El Perú está asentado sobre un territorio muy complicado. Para vivir en él, fue necesario intervenir activamente sobre sus condiciones naturales, muchas de ellas adversas para la vida humana. Eso solo fue posible cuando se tuvo dominio sobre esas condiciones; de otro modo, la intervención podía ser nefasta para la naturaleza o los humanos. El Perú necesitó de una rotunda transformación para hacer posible la vida humana, pues de otro modo esa vida podía ser miserable. El resultado de esa intervención es lo que los historiadores llaman "civilización".

Los milenios comprendidos entre el 8000 y el 5000 antes de nuestra era, después del Pleistoceno, tuvieron cambios climáticos menores, tendientes a una temperatura mayor. Se supone que entre el 5000 y 4000 a.C., el calor alcanzó sus más altos registros, lo que favoreció un clima cálido y húmedo; pero, desde entonces, comenzó a declinar hasta alcanzar las características que ahora tiene.[13] Es necesario advertir que todos estos términos generales

13. Los arqueólogos americanistas, en general, han llegado a concordar en denominar "Arcaico" al período que los paleontólogos llaman "Holoceno" y que se inicia

son muy relativos. El mundo andino es precisamente lo contrario de la uniformidad. Cada uno de los paisajes andinos debió responder de modo particular a los cambios climáticos generales. Los condicionantes del clima —la cordillera y los vientos de origen marino— operan de manera independiente en cada uno de sus "pisos" ecológicos, lo que quiere decir que las posibilidades de reaccionar adaptativamente a uno u otro medio, se enfrentan a la necesidad de ensayar más de una adaptación, si tal fuera el caso.

Siempre se puede decir que cualquier forma de resolver la existencia es una manera de adaptarse; pero, del mismo modo, podemos decir que eso mismo no es otra cosa que el dominio sobre las condiciones materiales que nos rodean. La historia de la humanidad es la progresiva transformación del mundo a partir del dominio que tenemos sobre las leyes naturales que lo rigen. Eso se inició en este tiempo en los Andes, algunos milenios después que en el Viejo Mundo que ya había pasado por la generosa experiencia del Paleolítico Superior, algunos miles de años antes de llegar los seres humanos a América.

El conocimiento de las leyes naturales es lento y está sujeto a una multitud de circunstancias, a las que normalmente llamamos "descubrimientos"; pero que no son del todo casuales y casi siempre tienen detrás alguna experiencia acumulada. Muchos descubrimientos no son advertidos mientras no estén asociados a una cadena de otros conocimientos antecedentes: cobran sentido solo en la medida en que nos ayudan a resolver problemas que nos afectan en un momento dado de nuestra existencia. Es así como los descubrimientos más casuales responden de algún modo a alguna forma de causalidad. Solo si tenemos esto en cuenta, la historia adquiere capacidad explicativa.

Luego del proceso de descomposición del Pleistoceno, el mundo andino fue ocupado *in extenso*. Se iniciaron entonces al menos tres formas distintas de organización del trabajo por parte de poblaciones, cuya vida dependía de los recursos naturales enteramente formados: una forma de organización del trabajo estaba sujeta a la captura de animales mayores,

---

luego de la disolución del Pleistoceno, incluyendo en este lapso todos los procesos de adaptación que se dieron en los distintos medios americanos, tanto del norte como del sur. La mayor parte de estos procesos estuvo comprometido con formas de vida de cazadores y recolectores, em simultáneo con procesos de domesticación de distinto compromiso de cambio social. El Arcaico termina con los "Formativos" que normalmente se asocian a la cerámica. No hay un claro deslinde entre "Paleolítico" y "Neolítico", como sí sucede en cientos de lugares del Viejo Mundo.

especialmente los camélidos andinos que habitaban las punas. La caza se hacía con instrumentos preparados para esa actividad.

Una segunda estaba ligada a los ralos bosques de los valles y a las quebradas interandinas, donde los matorrales permitían la recolección de frutas, semillas y raíces comestibles, así como la caza de animales. Con ello se extendía el trabajo a un sector muy amplio de las unidades de la población, incluidos los niños y las mujeres, por medio de instrumentos simples, pero con un cuerpo de conocimientos sobre un número mayor de especies vegetales y animales.

Finalmente, una tercera —la de los habitantes del litoral— debía lidiar con un ambiente desértico, interrumpido por los pantanos y matorrales secos que se formaban en torno a los cursos de agua que bajaban de la cordillera. Obviamente, su trabajo consistía en beneficiar los recursos comestibles del mar, como primera opción de subsistencia.

Cada forma de organización del trabajo dio inicio al proceso de dominio sobre las condiciones particulares de cada una de las regiones del mundo central andino, proceso que hizo que cada cual fuera diferente a sus vecinos.

Las descripciones que tenemos sobre restos de los cazadores cordilleranos se concentraron fuertemente en la sierra central,[14] desde los primeros hallazgos en Chupaca —en el valle del Mantaro— hasta las pioneras excavaciones de A. Cardich en las cuevas de Lauricocha —en Huánuco—, incluyendo los trabajos de Thomas Lynch en el Callejón de Huaylas, los de Engel en el Cañón de Chilca y los proyectos mayores de Ayacucho y la meseta de Junín. Estos hallazgos hicieron posible conocer las diferencias entre los cazadores cordilleranos de la puna húmeda (Lauricocha y Junín), los de la sierra húmeda (Callejón de Huaylas) y los que vivieron en la sierra árida (Ayacucho y punas de Chilca-Lima).

En Junín se pudo apreciar el proceso gracias al cual los cazadores se transformaron en pastores; en el Callejón de Huaylas, se supo del proceso de adopción de cultígenos por los cazadores-recolectores del norte fértil serrano; en Ayacucho y Chilca-Lima, se pudo apreciar la progresiva adopción de plantas y animales domésticos en condiciones áridas, sea que se estuviera o no participando de su domesticación, con claras conexiones con las

14. Véase: Tschopik 1946; Fung 1959; Cardich 1958, 1964-65, 1978; Lynch 1970, 1980; MacNeish 1969, 1979; MacNeish *et al.* 1970, 1975, 1981; Wheeler *et al.* 1976; Wheeler 1975; Matos Mendieta 1980; Matos y Rick 1978-80; Rick 1980, 1983; Lavallée y Julien 1975; Lavallée *et al.* 1995.

vecinas montañas húmedas del oriente. Estos son los más antiguos testimonios sobre el inicio de los procesos de transformación humana del territorio central andino. Ligeramente después, se vieron afectadas en su actividad productiva las bien asentadas poblaciones de pescadores y recolectores del litoral, por la introducción de cultígenos macro y mesotérmicos, con lo cual la "cadena neolítica" se hizo extensiva a la mayor parte del territorio andino. Algo similar estaba también ocurriendo en los bosques húmedos tropicales, tanto de la Amazonía como los del norte equinoccial andino.

Como se puede constatar en la historia universal, este es un proceso generalizado en el mundo. En América del Sur, más de las dos terceras partes del continente se vieron afectadas por procesos similares, originados localmente o impulsados desde las vecindades. Esta universalidad ha inducido a muchos teóricos a proponer la existencia de "focos" singulares de difusión de la agricultura. Este enfoque "difusionista" ha perdido sustento en nuestro tiempo, debido a los avances de la ciencia; aunque no se niega, por cierto, que las tecnologías derivadas de la domesticación, así como muchos cultígenos o animales domésticos hayan podido ser trasladados de uno a otro lado.

1. La domesticación de los camélidos

Los estudios sobre la meseta de Junín han sido de una importancia muy grande para entender lo que ocurrió en la puna con la presencia del ser humano. Gracias a ellos se ha enriquecido la secuencia inicial que fue propuesta por las investigaciones de Augusto Cardich en la puna de Lauricocha. Fueron esos hallazgos los que nos confirmaron por primera vez la larga historia de ocupación de ese territorio por el ser humano. También supimos por ellos de su correspondencia con la serie de eventos climáticos ocurridos a partir de los 8000 años antes de nuestra era, cuando aproximadamente se inicia el Holoceno. Por el momento, nuestra información sobre la historia de la puna procede mayormente de Junín y Lauricocha, con un ambiente de puna más bien húmeda y con un índice de precipitación cercano a los 1,000 mm anuales. En Huarochirí, en las nacientes de la quebrada de Chilca, hay algunos estudios que dan cuenta de la ocupación de cuevas en la puna más seca,[15] en la cordillera occidental.

15. Engel 1970a, 1970b; Beynon and Siegel 1981. Se trata de las cavernas de Quiqché y Tres Ventanas.

Si bien la puna ofrece una cobertura vegetal que puede dar acceso a algunas raíces comestibles y algunas frutas,[16] su ambiente es más bien favorable a la vida de animales esteparios como los camélidos andinos, de los que se conocen dos especies salvajes —la vicuña y el guanaco—: la primera, frágil y pequeña, del tamaño de una cabra grande; y el segundo, más grande y fornido, como un burro o un caballo pequeño; la una, con una lana de fibra fina y larga, el otro, con una más corta. El guanaco es un animal de un hábitat más generalizado y vive desde el nivel del mar —en la Patagonia— hasta cerca del punto de las nieves, en las alturas. La vicuña, en cambio, es un animal cuyo hábitat se limita a la altura y su alimentación está muy ligada al tipo de pastos que en ella crece. Quizá esta sea una de las causas por las que una de sus principales diferencias óseas (aparte del tamaño) se encuentre en la forma y proporción de los dientes incisivos, características que permiten distinguirlos arqueológicamente.

En la puna también vive otro mamífero mayor: el huemul, taruca o tarugo (*Hippocamelus antisensis*), que es el ciervo más grande de los Andes, con una alzada parecida a una cabra. Los otros animales, como la vizcacha (*Lagidium peruvianus*), que es una suerte de conejo con cola parecida a la de una ardilla, o la perdiz (*Nothoprocta ornata* y *Tinamotis pentlandi*) y otros menores, son también importantes para los cazadores, pero en mucha menor medida que los camélidos y cérvidos.

Aunque el clima frío de la estepa puneña es poco atractivo, es muy beneficioso para los cazadores, quienes, en términos de adaptación, tienen posibilidades de reproducir regularmente sus hábitos de abrigo y consumo de alimentos, dado que los cambios climáticos son relativamente menores en términos estacionales. La diferencia entre el verano y el invierno es de lluvia o sequía, más que de calor y frío. Además, la precariedad climática, propia del sur y de los valles más bajos y derivada de sequías periódicas, tiene poca incidencia en la puna norteña, que tiene una condición más estable de clima y recursos.

Por ello, John W. Rick propone que la población puneña se mantuvo conservadora y estable. Su proceso de adaptación a las condiciones de la

16. Frutas como la pequeña tuna "waraqa" (*Opuntia flocosa*) que crece casi a nivel del suelo. Hay arbustos y plantas bajas duras; pero la mayoría en forma de paja (*Stipa ichu*, *S. brachiophylla*), con pequeños relictos con árboles de mediana altura, como los qeñuales (*Polylepis incana*) o los kishwar (*Buddleia sp.*) que crecen en ambientes protegidos de los vientos y que pueden tener hasta más de 5 metros de altura.

puna —que le ofrecía abundante caza— hizo que la población se especializara cada vez más en la vicuña y que lograse un régimen de vida casi sedentario, con desplazamientos regulares dentro de un circuito de caza en la misma meseta de Junín. En la estación húmeda era posible la concentración de las bandas de cazadores en torno a sus cuevas; en la estación seca, en cambio, estas se movilizaban en un circuito más amplio, aproximándose a las zonas de lagunas u otras fuentes de agua adonde los animales acudían para alimentarse.

En realidad no era necesario trasladarse de hábitat, como tampoco lo hacían los animales. Según Rick,[17] este modelo sedentario de vida fue posible debido a que en "la puna, un recurso, los camélidos, podía ser explotado durante todo el año, y tenía una densidad poblacional lo suficientemente alta como para no requerir de desplazamientos... También es posible observar" —afirma— "que el sedentarismo en la puna no produjo un cambio rápido hacia una organización más compleja" ni fue un factor de estímulo para el crecimiento poblacional. Se trata de un "sedentarismo" asociado a una suerte de equilibrio estable entre los recursos animales disponibles y las bandas de cazadores.

Se trataría, realmente, de un modelo adaptativo de la población, sin más alternativa de cambio que los posibles desequilibrios causados por alteraciones del clima o cualquier otro agente externo. El eje del cambio está fuera de la "cultura", la cual se limita a reproducir los mecanismos de adecuación que el medio le permite y a los que está sujeta la población. Esta población ha logrado el equilibrio deseable entre ella y su medio y, por lo tanto, no necesita cambiar... y no cambia. Por eso, según Rick, era una población conservadora.

Al finalizar el Pleistoceno, cuya última glaciación es conocida como Lauricocha, se inició un progresivo calentamiento de la Tierra, con un consecuente retroceso de los glaciares y, por tanto, la liberación de extensos territorios de la cordillera que estaban afectados por el frío. Es en esta fase, llamada "Jalca" por Cardich y que dura aproximadamente 2,000 años, cuando se ocupa la mayor parte de la puna, por cazadores como los de Lauricocha, Telarmachay y Pachamachay. Si bien algunas cuevas como Uchkumachay y Panaulauca parece que ya habían sido habitadas desde fines del Pleistoceno, es claro que el crecimiento poblacional fue rotundo en este tiempo.

---

17. Rick 1983: 192.

La información paleoclimática accesible indica que durante los años 13000 y 8000 a.C., que corresponden a la transición climática, se produjeron varios cambios. El penúltimo período frío —Magapata (13500-11000 a.C.)—, cuando ya estaba ocupada la cueva de Pikimachay en Ayacucho, fue sucedido por una época de temperaturas suaves, bautizado como "Aguarico" (11000-10000 a.C.). Este cambio debe haber afectado de algún modo la estabilidad de las plantas y animales de los valles intermedios, como el de Ayacucho, y permitido la ocupación de territorios más altos, como los de Uchkumachay y Panaulauca en Junín. Es la etapa final de la fase Ayacucho y —presumiblemente— la época en la que hicieron su aparición las puntas "cola de pescado", sea como producto de intercambios o como un nuevo contingente de cazadores migrantes.

Esta fase, de clima más o menos benigno, fue sucedida por la última glaciación —Antarragá (10000-8000 a.C.)— que es la etapa en que los animales pleistocénicos desaparecieron y fueron desplazados por una fauna moderna. Es la época en que los cazadores iniciaron la ocupación extensiva de la puna. Comían carne de camélidos y venados, sin una preferencia mayor por alguno de ellos. El guanaco, la vicuña y los huemules coexisten en la puna, en lucha contra el zorro y el puma. La cuidadosa observación de los seres humanos hizo posible conocer sus hábitos de vida y reproducción, estableciendo un cierto dominio sobre ellos.

Según los datos paleoclimáticos,[18] el estadio Antarragá o "Tardiglaciar" era de clima frío moderado. En este período, los glaciares tendían a bajar hasta cerca de los 4,300 a 4,500 metros de altitud, lo que dejaba varios lugares sin posible ocupación humana. Hacia el 8000 a.C., finalmente, se inició un acelerado proceso de deglaciación (fase Jalca, ca. 8000-6000 a.C.) con un calentamiento ascendente del clima, que llegó a su máximo ca. 5500 a.C. Entonces se inició un *optimun climaticum*, conocido como fase Yunga (ca. 6000-3000 a.C.), con un clima lluvioso y más cálido que el actual.

Durante la fase Jalca, los cazadores de la puna se afianzaron en su hábitat, en condiciones menos frías y más húmedas que las actuales, con menos heladas y con una estepa puneña menos dura y más verde que la

---

18. Toda esta secuencia climática ha sido propuesta por Cardich, pero hay una serie de trabajos más recientes donde los cambios aparecen como menos dramáticos. No es nuestro propósito discutir los problemas paleoclimáticos, pese a que deben ser significativos en el análisis de los procesos de afirmación de los beneficios de la domesticación en cada lugar.

actual. Hubo pequeñas fluctuaciones climáticas que no deben haber afectado a los cazadores.

Tomando en cuenta la detallada información que tenemos sobre la cueva de Telarmachay, podría pensarse que al comienzo no había una preferencia diferenciada de los cazadores por el consumo de camélidos o venados. Esto cambió en los períodos posteriores, donde es claro un creciente aumento del consumo de camélidos. La información de la fase VII, la más antigua de la cueva de Telarmachay,[19] indica que cerca del 65% de los huesos de los animales consumidos por los cazadores pertenecían a camélidos (guanaco y vicuña) y que los venados llegaban al 34%. Se presentó un cambio en las fases siguientes: en la fase VI, el 78 % eran camélidos y 21% cérvidos; al final de la fase V, 86 % eran camélidos y apenas 13 % venados; finalmente, en la fase IV, los camélidos llegarían a ser casi el 90% del consumo. Estos cambios indican que hubo una disminución de venados o un incremento de camélidos. Quizá fue solo un cambio de preferencias por la carne y piel de unos sobre la de los otros, mismo que pudo estar asociado a las condiciones favorables o desfavorables de los procesos de caza. Sea cual fuera la causa, los cambios son evidentes.

Los milenios del sexto al cuarto, donde se ubican las fases VI y V de Telarmachay, coinciden con el *optimun climaticum* —fase Yunga— que, obviamente, fue favorable a los cazadores. Ellos iniciaron su progresiva preferencia por la carne de los camélidos. En realidad, no estaban cuidando de la reproducción de los animales con un programa de preservación de la especie, sino todo lo contrario. Desde el comienzo, en la cueva de Telarmachay, junto a restos de animales jóvenes y adultos, hembras y machos, se encuentran también huesos de animales recién nacidos e incluso fetos, lo que puede significar que mataban a las hembras preñadas. De esto, Daniéle Lavallée y sus asociados deducen que la cueva fue ocupada principalmente durante el verano (período de lluvias, de noviembre a marzo), época en la que se produce la parición de los camélidos. Puede haber ocurrido, también, que la carne más apetecida era la tierna de los más jóvenes que, además, eran más fáciles de cazar. Desde luego, el verano es la época. Pero, concluida la época de parición, desde abril, quedaban los jóvenes y unos

19. La cronología de las fases de Telarmachay es la siguiente: fase VII, 7000-5200 a.C.; fase VI, 5200-4800 a.C.; fase V, 4800-3000 a.C.; fase IV, 3000-1800 a.C., según Lavallée *et al.* 1995.

meses más tarde las hembras preñadas, cuyos fetos las acompañaban durante los once meses de gestación, de verano a verano.

No parece una caza indiscriminada de animales. En los inicios de la fase V, más del 36% de los huesos de camélidos es de neonatos,[20] y en la época tardía de la misma fase, hacia 3700-3000 a.C., pasan a ser casi 57%; es decir, más de la mitad de las piezas. Es una época en la que el consumo de camélidos es dominante. En la fase IV, los neonatos son el 73% de la dieta. En aquel tiempo, el consumo de carne estaba constituido casi exclusivamente por camélidos, pues los venados apenas suplían el 9% del total.

No cabe duda de que todo esto revela un proceso que solo simplificándolo se puede calificar de "adaptación". Si el proceso era solo de caza y todos los habitantes de la puna estaban haciendo lo mismo, se trataría de una masacre de camélidos que debería haber conducido a su extinción, puesto que morían recién nacidos. Pero las evidencias recuperadas en Telarmachay informan otra cosa: cuando el proceso de captura de crías de camélido llegó a su punto más alto, en ese mismo contexto, muchas de los crías muertas y otros adultos ya no eran únicamente guanacos (*Lama guanicoe*) o vicuñas (*Lama vicugna*), pues al parecer una nueva especie estaba presente (en la fase V de Telarmachay, en plena fase Yunga de la historia climática): la alpaca (*Lama pacus*).

La alpaca, a diferencia de las otras dos especies, es doméstica, es decir, producto de selección antrópica. Ha sido creada una nueva especie por el ser humano, quien debido a sus hábitos de consumo que privilegiaba a los ejemplares tiernos, fue progresivamente adaptando las costumbres de las vicuñas salvajes —y seguramente convivió con guanacos— a sus demandas de carnes tiernas. El procedimiento requiere la adopción, reserva y cuidado de las hembras en proceso de gestación (en el invierno), disponiendo así de neonatos "seguros" y abundantes en el verano. No implica algo más que la selección de los animales para el consumo, eliminando a los individuos enfermos o agresivos de las manadas y protegiendo a las hembras preñadas.

Cuando se llegó a la fase IV de Telarmachay (3000-1800 a.C.), el consumo de animales tiernos llegó a ser el 73% de la carne beneficiada. Si asumimos que, para entonces, una buena parte de los animales sacrificados ya eran "producidos" por crianza —y, de este modo, la "masacre" era discriminada—, se puede tener un cierto control sobre la cantidad de animales sacrificados y la garantía de su reproducción. No tuvo que existir ningún

20. Con menos de un año de vida.

“impulso domesticador” ni ninguna “decisión alternativa” frente a una eventual carencia de animales. Es solo el proceso de progresivo dominio humano de las reglas de vida de los animales y el acondicionamiento —también progresivo y no necesariamente consciente— de estas a sus demandas de consumo.

La domesticación de los camélidos apareció como una secuela “natural” del proceso y no como una decisión compleja ni forzada. La vida de los cazadores no estuvo sujeta a cambios “revolucionarios” ni mucho menos traumáticos. Su paso a la condición de pastores no excluyó el mantenimiento de sus viejas costumbres, ni demandó formas de organización muy diferentes a las que tenían ya establecidas.

Seguramente, aparecieron nuevas formas de división del trabajo en el seno de las bandas, con participación más activa de todos sus componentes. En el nivel VI de Pachamachay, entre los milenios sexto y quinto, cuando debieron estar dándose los primeros pasos hacia la creación de la nueva especie, aparecieron los restos enterrados de una mujer joven,[21] junto a un grupo de artefactos que ha sido interpretado como un “ajuar destinado al trabajo de las pieles”. Al parecer estaban dentro de una bolsa colgada de la cintura, que contenía instrumentos de piedra y hueso, en cuyas huellas de uso se ve que tenían esa función. Puede ser la evidencia de una forma de división del trabajo entre hombres y mujeres, en la que ellas realizaban las tareas de transformación de las materias primas en alimentos o utensilios para el consumo. Si eso fue así, podríamos presumir que el trabajo femenino estaba ligado a una estancia más permanente en la cueva o abrigo, y que podrían haber sido las mujeres las encargadas de la conducción de las actividades de crianza de los incipientes rebaños de camélidos en las proximidades de la vivienda, mientras los hombres continuaban sus actividades de caza.

En realidad, el nivel de desarrollo alcanzado por los pastores frente a los cazadores de la puna se sustenta solo en un mayor dominio de los hábitos de vida de sus presas, las cuales pueden ser sometidas a crianza, lo que no es otra cosa que la capacidad de intervenir en el cuidado de su seguridad frente a los predadores y su alimentación, a cambio de la apropiación de su reproducción. Para esta crianza, no se requiere de una infraestructura compleja de corrales ni otros procesos de domesticación; en realidad, la transformación fundamental fue ir criando hábitos sedentarios en los ani-

21. Lavallée *et al.* 1995: 303.

males, lo cual se logró al asegurarles comida en un lugar fijo y al combatir a sus enemigos naturales.

Tanto los guanacos como las vicuñas viven en manadas "definitivas" y "transitorias": las primeras están formadas por un macho, 3-7 hembras y sus crías menores de un año, viven en un territorio que el macho tiende a mantener y defender, y de donde se expulsa a los jóvenes al final del invierno (cuando tienen 10-11 meses de edad); el segundo grupo es el de los expulsados, que viven en territorios marginales hasta que se emparejan y forman su nueva manada. De modo que se trata de fijar un territorio y organizar la coexistencia de las bandas de camélidos respetando su unidad y ayudándoles a tener pasto seguro. Una de las consecuencias de la intervención humana es que las alpacas tienden a pastar preferentemente en áreas húmedas, del tipo de los "bofedales", convirtiéndose así en un animal con hábitos selectivos, que requiere protección frente a los otros animales que buscan también este tipo de ambientes.

La información de cambios provocados en la población humana no es mucha. Cardich advirtió que en Lauricocha se produjo un aumento de la población a partir de su período II (6000-4000 a.C.) y sobre todo durante el período III (4000-2000), cuando fueron ocupadas prácticamente todas las cuevas de la región. Asimismo, logró definir cambios en el equipo instrumental de los cazadores, donde lo más típico fue la reducción del tamaño de las puntas de proyectil. En Telarmachay no ha sido posible encontrar información sobre lo primero; en cambio, sí se advierten cambios similares a los de Lauricocha en lo relativo a los instrumentos de caza. Si bien desaparecieron dos o tres tipos de puntas entre los milenios quinto y cuarto (fases VI y V), aparecieron tres y hasta cuatro nuevas formas en las mismas fases e incluso una nueva en la IV. No se puede negar que se trata de un indicio de cambios en más de una costumbre entre esos cazadores que estaban en camino a convertirse en pastores.

Parece, de otro lado, que los cazadores —que estamos asumiendo que tenían mucha comida disponible y que vivían en "equilibrio" estable con una naturaleza a la que ellos estaban "adaptados"— tenían un desgaste energético superior a sus fuerzas o, simplemente, estaban mal alimentados. La mujer joven, de unos 20 años, y el niño, de unos pocos meses de nacido, que fueron encontrados en los entierros 2 y 3 de Telarmachay VI, presentan configuraciones óseas que hacen presumir desnutrición,[22] la misma que en este

22. Guillén 1995.

caso sería endémica. Otra mujer, de unos 50 años, encontrada en el entierro 1 de la misma época, tenía evidencias de artrosis en el brazo derecho —al igual que otro hueso humano encontrado en otro lugar—, lo que puede ser indicio de una patología derivada de un uso excesivo del brazo, quizá asociado a la preparación de pieles. Si esta fue una de las tareas domésticas a cargo de las mujeres, ellas estarían llevando una vida bastante dura, entre otras causas, por los dolores que se derivan de una artrosis. No parece, pues, que se trate de una población con un eficiente índice de "adaptación", sino más bien con condiciones de vida difíciles y con deficiencias alimentarias; pero habrá que conocer más casos porque, por ahora, la muestra es solo de tres o cuatro individuos y, uno de ellos, incompleto. Ya es bastante especulación para tan pocos testimonios, aun cuando son el 100% de los restos humanos conocidos.

De otro lado, al comentar los hallazgos de restos humanos en la cueva, el informe de Lavallée y sus asociados, provee una noticia muy interesante:

> En los niveles V sup. y IV, diversos fragmentos humanos han sido encontrados en un contexto indudablemente *in situ*, mezclados a otros vestigios: una media mandíbula, un fragmento de vértebra y un omóplato perteneciente a un niño ...; una falange de individuo adulto...; un fragmento de costilla y un fragmento de parietal pertenecientes a individuos adultos ...; un fragmento de vértebra de adulto...; un fragmento de mandíbula de niño ... Estos restos no han podido ser arrojados allí donde los hemos encontrado sino durante la ocupación correspondiente.

Se trata de fragmentos de huesos humanos confundidos con los demás desechos de la actividad doméstica, tales como restos de comida. Los autores del informe piensan que se originan en la destrucción de sepulturas más antiguas al hacer la limpieza de la cueva. Situación que, desde luego, es posible.[23] Pero, no se trata de un hallazgo aislado sino, por el contrario, de uno recurrente en los asentamientos centro-andinos a partir del segundo milenio antes de nuestra era.[24] En las excavaciones de Pachamachay se encontraron restos similares en tiempos del segundo milenio; Elizabeth Wing

23. Lavallée *et al.* 1995: 306. Los niveles arqueológicos V sup. y IV corresponden, aproximadamente, al lapso comprendido entre el 3500 y el 2000 a.C.

24. Lumbreras 1989: 207-216; Rick 1980: 234, tabla 10.1; Wing 1980: tablas 8.1 y 8.6; Bonavia 1982: 397; Uhle 1925.

encontró lo mismo en las fases III y IV de la cueva del Guitarrero, lo que no ocurría en las precedentes; Duccio Bonavia, que encontró una muestra semejante en la costa central, tuvo una reacción similar a la del equipo de Lavallée: "El primer hecho extraño que hemos observado en Los Gavilanes y que se repite en casi todos los sitios precerámicos costeños, es la gran cantidad de huesos humanos dispersos en la basura o entre los restos de construcciones..." y —concluye— que "serían restos disturbados de antiguas sepulturas".

Max Uhle, en 1905, al excavar un sitio de la época "Formativa" en Supe, fue el primero en detectar una asociación de este tipo y dedujo que se trataba de restos de antropofagia. Puede ser que así fuera, pero ocurre que en los setenta años posteriores a Uhle no se hizo nunca más el análisis del material óseo "no cultural" de los sitios arqueológicos y, aun hoy, no se ha generalizado el examen tafonómico que permitiría detectar las huellas que pueden indicar canibalismo, aunque ya se están dando los primeros avances. De cualquier modo, estas serían las huellas más antiguas de estas prácticas, si así fuera.

Más adelante, al comentar los hallazgos de puntas de proyectil, el informe de Telarmachay[25] sostiene que:

> Queda un punto no elucidado y cuya opacidad es tanto más irritante cuanto no se trata de un fenómeno específico de Telarmachay. El aumento progresivo, desde la fase V inf., de la cantidad de puntas de dardo en relación con las otras categorías de herramientas, es difícilmente explicable... Su frecuencia, relativa y absoluta, alcanza su máximo en la fase IV, al momento en que la domesticación está, sin duda alguna, plenamente comprobada, y que el sitio de Telarmachay, lejos de ser un 'campamento de caza especializada' como lo han sugerido algunos, es más bien el lugar donde son guardados, cuidados y utilizados animales domésticos... ¿Debemos evocar, como última hipótesis, la guerra, corolario 'indispensable' de la acumulación de los recursos y los bienes, de la toma efectiva de posesión de un territorio —los pastos— por un grupo, del aumento demográfico como consecuencia de estas innovaciones? Ninguna de estas fuentes de conflicto potenciales nos parece suficiente para el caso que nos ocupa.

Es una pregunta que vale la pena asociar con los hallazgos de huesos humanos en la basura y las deficiencias alimentarias que muestran.

25. Lavallée *et al.* 1995: 359.

Nosotros creemos que se trata de antropofagia, asociada a conflictos guerreros provocados por la definición de los derechos de posesión territorial, cuyo valor agregado es el ganado.

Los pastores no estaban acumulando riqueza; pero, como producto de su trabajo y sus cuidados —que seguramente incluyen la construcción rudimentaria de los corrales circulares que están cerca de la cueva—, se desarrollaban animales que, por tanto, "eran suyos" y no estaban a la libre disposición de los demás cazadores, como ocurre con todos los animales de la puna.

Es la propiedad, figura jurídica que simplifica el reconocimiento de los derechos de libre disponibilidad, uso y goce de los bienes considerados "propios". ¿Puede ser esto causa de conflictos entre cazadores habituados a la caza libre de las presas? Respecto al canibalismo, tema siempre espinoso, parece ser una de las primeras formas —como ocurre en el mundo entero— de resolver el destino de los muertos en las guerras entre sociedades "igualitarias".

La evidencia de Junín muestra la domesticación de las alpacas. Pudiera ser que la domesticación de las llamas se estuviera produciendo simultáneamente en otros lugares o, quizá, allí mismo. Podemos pensar que el encierro promiscuo de guanacos y vicuñas, para tener camélidos tiernos disponibles, pudo ser la causa de una "selección" artificial de la nueva especie, la alpaca. La reproducción del mismo proceso, en condiciones donde solo había guanacos, pudo dar origen a la llama. Entusiasma la idea de que haya sido un proceso sureño, de la región del Titicaca, pero el testimonio aún no aparece.

La sociedad andina logró una de sus intervenciones iniciales sobre la naturaleza viva al crear una especie animal nueva: la alpaca. Por ahora, es esto lo que sabemos. A partir de allí, los animales domésticos se fueron extendiendo por los Andes, pero eso es asunto de otros tiempos. Esto ocurrió en la puna, antes del tercer milenio de nuestra era, durante el *optimun climaticum* andino, sin hambruna ni crisis de ningún tipo, sin toma de decisiones frente a alternativas opuestas, sin exigir cambios sustantivos en el comportamiento de las gentes, solo como parte de un proceso de intensificación en el consumo de ciertos animales, con las condiciones y antecedencias que permitían llegar a ese punto. Los cambios que anteceden y los que ocurren luego son parte de ese proceso; la gente, en su momento, no tuvo ni siquiera que darse cuenta de ellos. Simplemente eran parte de su vida y sus tareas cotidianas.

2. La domesticación de las plantas mesotérmicas.[26]

Mientras esto ocurría en la puna, en las cuencas de los ríos cordilleranos y sus valles —con matorrales y algunos árboles—, los cazadores de puntas foliáceas estaban familiarizándose con otro tipo de recursos y condiciones. Thomas Lynch hizo estudios en dos puntos de la sierra de mediana altura: uno en el piedemonte de los Andes ecuatoriales, de páramo húmedo, en Ecuador; y otro en el Callejón de Huaylas, al pie de la puna normal y, más bien, húmeda de la cordillera Blanca.[27]

En las estribaciones del páramo húmedo, Lynch y Pollock excavaron la cueva Negra de Chobshi que se encuentra en la provincia del Azuay, al norte de la ciudad de Cuenca (a 2,400 msnm). Es un ambiente cordillerano bajo, donde los venados fueron los animales de caza más importantes, aunque la dieta se complementaba con conejos (*Sylvilagus sp.*), perdices y otros animales menores, con ausencia total de camélidos, pues estos no existían en tal latitud. Allí, identificaron una secuencia que comienza aproximadamente el año 7000 a.C. No fue posible extraer información sobre el proceso de desarrollo de los cazadores, debido sobre todo a las dificultades en el examen de la cueva, fuertemente disturbada. Es una pena, porque existe la presunción que en esta región pudo estar ocurriendo alguna forma de domesticación de plantas.

Tampoco se tiene más información sobre la cueva de Cubilán, en el páramo ecuatoriano, estudiada por Matilde Temme, donde hubo cazadores en esta época. En la vecina península de Santa Elena, en la costa de Guayaquil, hay evidencias de domesticación en la fase llamada "Vegas", aunque en circunstancias diferentes a las de la sierra. En cambio, en las excavaciones en la cueva del Guitarrero, en el Callejón de Huaylas (a 2,580 metros de altitud), Lynch encontró que, a partir del octavo milenio anterior a nuestra era —es decir, al comienzo del Holoceno—, los cazadores comenzaron a participar de una serie de eventos muy significativos, ligados a la domesticación de cultígenos mesotérmicos. Eso ocurrió durante las cinco fases de su período Guitarrero II (a-e), que ocupan tanto el período climático Jalca, como parte del Yunga. No sabemos bien cómo se correlaciona la secuencia

---

26. Se trata de plantas asociadas a climas templados.

27. Lynch 1980: Lynch y Pollock 1980. Se llama "foliáceas" a las puntas de proyectil que adoptan formas parecidas a las hojas de laurel o de sauce.

de la cueva con los cambios climáticos, aun cuando es presumible un incremento de las lluvias estacionales a partir del año 6000.[28]

Los habitantes de Guitarrero eran activos recolectores de plantas, con evidencias de un intenso consumo de tubérculos y rizomas, tales como la oca (*Oxalis sp*) y quizá el olluco (*Ullucus tuberosus*); y de leguminosas, como el frijol o poroto (*Phaseolus vulgaris*) y el pallar (*Phaseolus lunatus*). Además, la dieta vegetal incluía frutas, como el ají (*Capsicum chilense*), la lúcuma (*Pouteria lucuma*), el pacae o guaba (*Inga feuillei*), varias cucurbitáceas y otras menores. Son evidencias de una recolección local, accesible en el entorno de la cueva.

La naturaleza de la información recuperable en Guitarrero no permite conocer los detalles del proceso; pero es evidente que algunos productos, como el frijol, estaban en proceso de domesticación. Además, tanto los tubérculos encontrados en la cueva, como las frutas señaladas forman parte importante de la posterior actividad agrícola de los Andes; de modo que, aun estando en condición silvestre o siendo solo objeto de recolección, son parte de un proceso que, paulatinamente, irá a formar parte del cuerpo principal de los productos agrícolas andinos.

Nuevamente, no se perciben cambios espectaculares en la vida de los cazadores, quienes seguían viviendo fundamentalmente de la caza de cérvidos y camélidos, con un componente significativo de consumo de conejos (*Sylvilagus brasiliensis*) y vizcachas (*Lagidium peruvianum*). Al igual que en la puna y a diferencia de la fase I de Guitarrero, en la cual era dominante la caza de cérvidos, a partir de la fase IIa se nota la preferencia por el consumo de camélidos.[29]

La caza en los Andes se desenvolvía con diversas estrategias: por acercamiento a las presas, por emboscada (*kayku)* y por cercamiento (*chaku*). La primera forma es de trabajo individual, seguramente, la más común y la más adecuada para animales como los venados (*Hippocamelus antisensis* y *Odocoileus virginianus*), que tienden a dispersarse o a vagar solitarios por zonas rocosas. Sigilosamente, el cazador se aproxima al animal que está pastando, bebiendo o descansando, y lo ataca.

---

28. Nosotros nos inclinamos a pensar que las fechas del Guitarrero tienen alguna distorsión y que es posible que la fase II sea ligeramente más reciente.
29. Esta es la zona de “frontera” de estas especies: el conejo es de los Andes de páramo y la vizcacha, de puna.

La emboscada (*kayku*) requiere un grupo que puede ser de tres o más cazadores, los cuales asustan al animal y lo llevan hasta lugares de difícil movilidad, donde pueden aproximarse y matarlo. También pueden realizarse emboscadas con animales individuales, pero es más beneficioso con manadas, como las que forman los camélidos. Esta modalidad está representada en una escena pintada en las paredes de la cueva de Chalcarraga, en la puna de Huánuco, donde cuatro cazadores se enfrentan —por delante y por detrás— a una manada de nueve camélidos. En esta imagen, algunos de los cazadores tienen sus lanzas o bastones en las manos y espantan a la manada con los brazos abiertos y en movimiento; mientras tanto, dos animales ya han sido penetrados por los proyectiles, en el cuello y en el lomo (este último está cayendo), otro más cae y "todos huyen".

La cacería por cercamiento[30] o rodeo (*chaku*), que fue una modalidad muy usada en períodos posteriores, consiste en el cercamiento de las manadas por un grupo que va "encerrando" a los animales rodeados, impidiendo que huyan hasta tenerlos lo suficientemente cerca para matarlos con sus lanzas o con golpes de porras o mazos. Esta es una actividad colectiva que requiere normalmente un número crecido de componentes, ya que para hacer el cerco se usan redes u otros artilugios para encerrar a los animales. Parece una forma de caza más reciente.

En el Callejón de Huaylas, en ese mismo tiempo, había lugares donde los cazadores vivían en sitios abiertos, como Quishki Punku, lo que indica la posibilidad de acondicionamientos artificiales de sus campamentos, seguramente, con ayuda de piedras sueltas, ramas de árboles, pieles de animales y paja. Esto se hacía también en los abrigos o cuevas en la puna, con la habilitación de "biombos" construidos a base de postes clavados en el suelo que, seguramente, sostenían pieles u otros materiales "paraviento", destinados a la protección del frío o la lluvia.

Los hallazgos de Guitarrero contienen aún más información sobre la vida de los cazadores de aquella época. Aparte de mostrarnos instrumentos de madera y hueso en buen estado de conservación —tales como cuchillos, punzones o ramas secas que usaron para la producción del fuego—, hay restos de cordeles, cestos y tejidos, que nos permiten reconstruir la evolución de estas técnicas, desde sus formas más elementales hasta su

---

30. Hay documentación gráfica en la cerámica moche, de los primeros siglos de nuestra era, y relatos extensos de los cronistas del s. XVI sobre las cacerías propiciadas por los incas.

formal definición artesanal. Los cordeles eran hechos inicialmente con fibras vegetales, las mismas con las que desarrollaron los primeros tejidos entrelazados (*twining*). Desconocían el algodón, que se incorporó a sus materias primas mucho más tarde, y no aparece el uso de la lana de los camélidos, lo que descarta la posibilidad que la domesticación de estos animales pudo ser inducida por una demanda de esta fibra.

Los textiles de la cueva del Guitarrero son los más antiguos de los que hay noticia en América. Desde los inicios de la fase II (aproximadamente 7000 a 6000 a.C.), se hacían tejidos entrelazados, tanto sueltos como rígidos, que dieron origen a la textilería propiamente dicha y a la cestería. Si se tiene en cuenta —además— que los tejidos encontrados representan la forma más simple de entrelazado, se puede presumir que corresponden a la etapa de su invención, pues tal como señalaran Adovasio y Moslowski: "los tejidos del complejo II de Guitarrero son generalmente mucho más simples y representan el estadio de desarrollo tecnológico más rudimentario que todos los que han sido encontrados en cualquier otro sitio precerámico".[31] En realidad, las bases para los desarrollos posteriores se encuentran en Guitarrero II, incluyendo primitivos trabajos de anillado (*looping*) y otras técnicas textiles elementales.

Es interesante advertir que estos tejidos son funcionalmente cestos o bolsos y que, aparentemente, no hubo telas o lienzos que pudieran usarse para vestir. Frederic Engel ha encontrado una situación similar en la costa central del Perú, en donde —aun antes del uso del algodón— se hacían redes y bolsas de fibra vegetal. En la misma época, se usaban pieles de camélido —al parecer de vicuña— para cubrirse el cuerpo o al menos para cubrir el cuerpo de los muertos, tal como aparece en Paracas.[32] En Telarmachay, el cadáver de una mujer joven, de la fase VI, tenía un grupo de instrumentos de trabajo que aparentemente estaba dentro de una bolsa, que bien pudo ser similar a la de Guitarrero II. Eso significa que, donde sea o quienquiera que descubrió el tejido, difundió rápidamente la manera de hacerlo, convirtiéndose en un utensilio de gran éxito para los cazadores-recolectores de un extenso territorio, a menos que se hubiera reinventado en varias partes de modo casi simultáneo.

Los hallazgos de Lynch y sus asociados nos ponen ante la evidencia de que en los Andes centrales el proceso de domesticación de plantas se inició

---

31. Adovasio y Moslowski 1980: 288 (la traducción al castellano es nuestra).

32. Engel 1960.

casi al mismo tiempo que la instalación de los cazadores-recolectores en las cuencas serranas, en asociación con el aumento general de la temperatura y la humedad. No hay evidencia de ningún traumatismo social y los cultígenos se van integrando a la vida de la gente, de la misma forma como estas plantas se van haciendo dependientes de la manipulación humana, sus ciclos reproductivos, su mejoramiento y diversificación. Son muchos siglos en este proceso. Thomas Lynch invoca el argumento de una posible condición trashumante de los cazadores cordilleranos, favorable al acceso a los recursos de diversos ambientes.

Las evidencias permiten deducir que la gente, en cualquier región, tenía una organización social similar al modelo conocido como "banda" u horda, constituida por un grupo pequeño de personas que operaba como una unidad doméstica ampliada, con uno o más hombres adultos, un grupo de mujeres, los hijos de ellos y, eventualmente, algún allegado. La alianza hombre-mujer pudo ser de cualquier tipo y el sistema de pertenencia al grupo también. Generalmente son sociedades simples, donde las relaciones económicas se resuelven mediante mecanismos de reciprocidad simétrica entre "iguales" y donde las diferencias básicas están determinadas por divisiones según la edad y el sexo. Pero, por ahora, la información es insuficiente para saber más sobre estos niveles de existencia.

Sabemos que vivían en abrigos naturales o que los podían habilitar. De cualquier modo, la vivienda tenía más el carácter de campamento que de asentamiento estable. Desde luego, cada cazador podía ocupar la misma cueva o abrigo a lo largo de toda su vida. Hay abrigos donde no entran juntas —para dormir— más de 10 personas, aunque hay otros mucho mayores, donde además se puede disponer de espacio para varias actividades diferentes. Las tareas domésticas eran normalmente realizadas en los mismos abrigos o en sus cercanías. Esas actividades consistían en la preparación de las piezas de caza, que van desde el descuartizamiento del animal hasta el descarnado, limpieza y tratamiento de las pieles para los fines a los que se pudiesen destinar, y la preparación culinaria de todo aquello.

En la mayor parte de los casos conocidos, parece que las piezas eran trasladadas enteras hasta la misma cueva y allí se realizaba todo ese trabajo. Tal conclusión se desprende de los desechos de actividad que se encuentran en los suelos. Puede ser indicio de que en la cueva quedaba una parte de la banda —por ejemplo, mujeres, niños y ancianos— cumpliendo tareas domésticas que no requerían el traslado a otros lugares, tales como la adquisición de combustible y de recursos para la producción y conservación del

fuego, o bien el lento trabajo de secado y ablandamiento de las pieles. En cambio, se requería salir afuera para cazar y también para obtener materia prima para producir los instrumentos (piedras especiales, madera, etc.). La cueva era el lugar indicado para disponer de huesos para lo mismo.

3. Los cazadores-recolectores del sur árido

La información de Guitarrero solo se refiere a los cazadores que vivían en las cuencas serranas del norte. El Callejón de Huaylas, donde se ubica Guitarrero, está en un valle templado, con laderas bien dotadas de tierras fértiles. Está asociado a montañas muy altas —al pie del nevado Huascarán (6,768 metros de altitud) —, con cursos de agua permanentes y acceso relativamente fácil, a corta distancia, de los productos animales y vegetales de varios ecosistemas. La situación de las cuencas áridas del sur, como la de Ayacucho, es diferente.

Ayacucho es una cuenca asociada a la sección sur del Mantaro. Es un triángulo de tierras de mediana altura —entre 1,800 y 3,000 metros— de unos 100 kilómetros de largo, que está cercado por un cinturón de punas de más de 4,000 metros de altitud. En el fondo, por donde cruzan los ríos que forman la cuenca del Huarpa, hay pequeñas vegas y valles; pero lo característico del paisaje son las laderas, de distinto grado de inclinación, que bajan desde la puna generando —en sus 2,000 metros de descenso acelerado— una multitud de pequeños paisajes, más húmedos los de arriba y más secos los de abajo. Es un triángulo, en forma de anfiteatro, cuya parte más ancha y más alta se encuentra al sur, donde está la actual ciudad de Ayacucho. Allí, la cuenca desciende de las punas bravas de Cangallo y Castrovirreyna. Luego, se va angostando hacia el norte, con cerros cada vez más altos y fondos de ríos cada vez más bajos, hasta Huanta, donde se abre el valle más ancho de la cuenca —al pie de las áridas punas de Huancavelica— hacia el oeste, y las bien irrigadas punas de Iquicha y Tambo al oriente. Allí, la cuenca queda reducida al cauce del río Huarpa, encerrado en una garganta hasta unirse con las aguas del Mantaro, que también ha descendido más de 2,000 metros en unos 300 kilómetros de recorrido desde sus orígenes en las punas de Junín.

Es este el espacio que escogió Richard S. MacNeish, a fines de la década de los años sesenta, para montar un proyecto que permitiese mostrar una secuencia del proceso de domesticación de animales y plantas en los Andes. Era una especie de continuación de un proyecto sobre domesticación de

plantas que él condujo en condiciones similares en el valle de Tehuacán, en México. Uno de los resultados fue el hallazgo de la ocupación pleistocénica de Pikimachay; el otro fue la secuencia del Holoceno con cinco fases "pre-cerámicas": Puente (8500-6500 a.C.), Jaywa (6500-5500 a.C.), Piki (5500-4200 a.C.) y Cachi y Chihua (4200-1750 a.C.).

En la primera fase, se verificó la existencia de una población de cazadores de cérvidos, camélidos y roedores, parecidos a los de la puna y —según sugiere MacNeish— con formas de actividad trashumante que al menos cubrían la cuenca del Huarpa y las punas vecinas. En realidad, se trataría de desplazamientos de una o dos jornadas a pie, entre lugares distantes, y de unas pocas horas entre paisajes diferentes, pero vecinos. Más próximo a un modelo "semi-sedentario", como el que planteó Rick para la meseta de Junín, que a un modelo de trashumancia propiamente dicho. Un grupo de cazadores-recolectores puede vivir en lugares como Pikimachay, cerca de los 2,000 metros de altitud; y, mientras algunos de sus miembros recolectaban frutas y otras plantas en el valle de Pacaicasa, que está al pié de la cueva, otros podían subir por las alturas de Quinua y retornar en dos o tres días con presas de la puna y frutos o animales del ambiente suni. En el invierno —estación seca y fría—, cambia la vegetación en varias partes, pero el valle sigue con agua y los animales se mueven entre la puna baja y la alta: todavía en la actualidad, hay cérvidos y camélidos.

El equipo de MacNeish encontró que en la fase siguiente —Jaywa (ca. 6500-5500 a.C.)—, aparecían algunos indicios de domesticación de camélidos, pues hay restos de esos animales junto a otros desechos de los ocupantes de la cueva, tales como semillas de achiote y restos de *Crescentia cujete*, que pueden ser plantas recolectadas en los pisos más bajos de la cuenca.[33] Es muy poca información, pero suficiente para saber que esta gente estaba en contacto con plantas que luego serían cultivadas. En realidad, solo en el posterior período Piki (ca. 5500-4200 a.C.) hay evidencias más directas de domesticación de plantas, aunque la actividad dominante parece seguir siendo la caza. Hay restos de quinua (*Chenopodium quinoa*), amaranto, ají (*Capsicum sp.*), calabazas y zapallos, junto con evidencias más claras de camélidos domésticos y de cuyes (*Cavia porcellus*).

Es interesante observar que no se reproducen aquí los mismos cultígenos que se encontraron en la cueva de Guitarrero, como si se tratase de dos

33. MacNeish 1969: 26.

experiencias de domesticación diferentes. Se puede suponer que las plantas estaban en proceso de domesticación, aún silvestres, aunque es evidente que los hábitos de consumo son parecidos a los que tendrán los habitantes de la cuenca varios milenios después. Les faltan los tubérculos y el maíz, que en la secuencia de MacNeish aparecen recién en la fase Chihua, del cuarto milenio de la era pasada (3800-1750 a.C.). En Chihua, se agregan, además, la lúcuma (*Lucuma bifera*), los frijoles, el maíz y el algodón (*Gossypium barbadense*). Al parecer, ya eran cultivadores y quizá pastores, aunque seguían viviendo en cuevas y con la caza como la forma principal de adquisición de los recursos de supervivencia.

Algo similar a lo que ocurría en Ayacucho debió estarse produciendo en la cuenca de los ríos que forman las sierras occidentales de los Andes, sobre Huarochirí, Yauyos, Lucanas y otros territorios aun más áridos al sur. Ocurría lo mismo en Apurímac y Cusco. Faltan investigaciones, aun cuando recientemente hay hallazgos iniciales en el Cusco con indicaciones sobre los procesos propios de la época. Son regiones muy ligadas a la puna.

4. Los cazadores de las punas y los desiertos meridionales

La ausencia de papa en los períodos antiguos de Ayacucho es intrigante, aunque puede deberse solo a carencias en la muestra excavada. Cerca, en la puna de Huarochirí, hay papa (*Solanum tuberosum*) junto con olluco (*Ullucus tuberosus*), en una capa de desechos de la cueva de Tres Ventanas. Tanto la papa como el olluco (o melloco) han sido sometidos directamente al C14 y ambos dan fechas alrededor de 6000 a.C. Según John G. Hawkes,[34] un experto en tubérculos, se trata de restos de especies domésticas y destaca el hecho de que la muestra de olluco fechada corresponda a una fase tardía de su domesticación, dado que ya existía este cultígeno en las capas más antiguas, hacia 8000 a.C. Si bien hay discrepancias respecto a las asociaciones excavadas en Tres Ventanas, especialmente en los niveles inferiores, la evidencia directa de la edad de estos cultígenos parece contundente. Hawkes y otros investigadores piensan que la domesticación de estos tubérculos y otras plantas, como la quinua y la cañiwa, puede haberse dado en la región circundante al Titicaca, en el sur, entre Perú y Bolivia.

La domesticación de la papa pudo ser un proceso equivalente al de la alpaca, en el sentido de que su transformación en cultígeno puede ligarse

34. Hawkes 1989: 796.

directamente a las condiciones de su consumo por los recolectores de la puna. Decimos la puna, no solo en concordancia con lo que teóricamente muchos especialistas asumen, sino porque hasta hoy las evidencias más antiguas son de esa región (en Huarochirí), en tanto que en la costa aparecen mucho más tarde, como era de esperar y, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, parece que lo mismo ocurría en las cuencas serranas debajo de los 3,600 metros, tanto en Guitarrero como en Ayacucho. Parece también que es un proceso asociado a la puna árida, pues, al igual que en los sitios más bajos, no hay evidencias de papa en Junín hasta períodos posteriores.

De cualquier modo, parece que se establece una configuración diferenciada entre los Andes del Marañón, que están al norte de la meseta de Junín, y los Andes de puna, que están al sur. En los Andes del Marañón, donde se combinan la puna normal, húmeda y el páramo, se organiza una producción basada en el cultivo de plantas mesotérmicas; en tanto que en el sur árido se organiza una producción de corte microtérmico, del tipo que hemos llamado "cordillerano" en trabajos anteriores.[35] Los cultígenos mesotérmicos tuvieron una dispersión panamericana, como el caso del frejol o frijol; en cambio, los que nacieron en los Andes de puna tuvieron una dispersión casi exclusivamente andina. Con todas las reservas del caso, no es arbitrario considerar que en este medio se pudo dar, alternativamente al de Junín, un proceso de domesticación de camélidos: en un caso daría lugar a la alpaca; y en el otro, a la llama.

5. Los habitantes de las florestas y los páramos

La idea de un centro único de domesticación parece que tiene cada vez menos adeptos. Fue la idea original de los investigadores de los "orígenes" que veían el bosque tropical como el lugar ideal para el nacimiento de este proceso, pero las evidencias son elusivas en dar apoyo a esa idea. Cada vez es más clara una "hologénesis" de la domesticación de plantas y animales. El testimonio arqueológico muestra un proceso más generalizado, derivado del progresivo dominio de los cazadores-recolectores sobre sus circunstancias.

La domesticación aparece como una forma de disponer de los bienes de consumo deseados —como parte de las estrategias de caza o reco-

35. Lumbreras 1969.

lección—, sin implicar soluciones destinadas a resolver desequilibrios o carencias de cualquier tipo. Sus objetivos fueron el acceso a los medios de subsistencia requeridos y la reproducción, bajo su control, de los procesos naturales conocidos; dicho de otro modo, todo aquello que es domesticable es finalmente domesticado, sin necesariamente ser parte de un "programa de domesticación". Las consecuencias de esos procesos pueden o no tener efectos revolucionarios en las sociedades que los adoptan, pero no la domesticación en sí misma. Sin duda alguna, fueron bosques —tropicales o no— los lugares donde el experimento agrícola fue posible. En el bosque húmedo tropical, esto es, en la selva, la caza y la recolección son más difíciles que en los bosques templados o secos, menos densos y con más claros. Eso favorece la búsqueda de un régimen que disminuya la precariedad en el acceso a los bienes de consumo deseables.

Desde luego, la domesticación no es tan simple: requiere introducir alteraciones tanto en el lugar donde se intenta plantar como en las plantas mismas. En el bosque, es un programa de sustitución de plantas dentro de un espacio dado, en el cual se eliminan las que no se desea y se cuida la reproducción de las que se pretende implantar. El procedimiento más simple es el de sembrar las plantas en los mismos lugares donde habitualmente crecen, lo que es solo una forma de recolección selectiva.

La forma más definida de domesticación, propiamente agrícola, es rozar y quemar el bosque en la extensión deseada donde se pretende sembrar. Después de la quema, se limpian los espacios libres de troncos y se plantan allí los tallos, rizomas o semillas deseadas. Esta forma de cultivo existe aún y se le conoce como "conuco", para diferenciarla de otra similar, pero más compleja —llamada "millpa"—, que consiste en limpiar totalmente el área para sembrar, incluidos los árboles. En este caso, la sustitución de las plantas del bosque es total y, en muchos casos, el desmantelamiento será irreversible. Por esta causa, desaparecen muchos bosques; en su reemplazo, se forman sabanas en lugares lluviosos y en otros casos, solo arenales o desiertos.

Se supone que el origen del cultivo en la floresta húmeda tropical se asocia a un proceso de ensayos de sustitución de diverso grado de intervención en el medio. Este proceso llegó a la forma de conuco o millpa, las cuales no son estrategias de cultivo tan simples como parecen, pues, aparte de exigir una organización social dada, requieren de una serie de procesos técnicos que implican conocimientos sobre los suelos, el ecosistema del bosque y los cultígenos a ser intervenidos. Por esta causa, sigue siendo

la estrategia de cultivo que implica menos daños en el bosque húmedo tropical.

La yuca o mandioca, el camote (boniato o batata), la arracacha y otros tubérculos y rizomas son plantas, cuya domesticidad debe asociarse a un proceso de ese tipo. En la cuenca baja de la Amazonía, se han encontrado poblaciones muy antiguas, cerca del octavo milenio, que ya eran, al parecer, cultivadoras. De otro lado, en la costa sur de Ecuador hay claras evidencias de que, entre el 6500 y el 6000 a.C., ya se estaba dando un proceso similar. Dos mil años más tarde, aparecerán en esa zona restos de maíz domesticado.

Desde el punto de vista de la producción, el cultivo en estas condiciones puede ser resuelto por una comunidad de recolectores, sin necesidad de que estos cambien sustantivamente sus hábitos de vida en relación con la caza, la pesca o la recolección. La tecnología compromete un cierto número de conocimientos sobre el ciclo de vida de las plantas y su forma de reproducción, así como una organización básica para el cuidado y mantenimiento de los cultivos e instrumentos más bien simples, tales como un palo cavador y hachas u otros medios para cortar árboles, aparte de un cierto dominio sobre la producción y control del fuego. Una característica de las sociedades "neolíticas", en la mayor parte del mundo, es la aparición de hachas de piedra pulida, lo que también ocurre en algunos lugares del trópico andino. Todo esto puede hacerse con un régimen familiar asociado a una vida aldeana simple, similar a la que todavía hoy se aprecia en el trópico húmedo.

La domesticación de plantas "macrotérmicas", que luego se difundieron por todo el territorio suramericano, debió, pues, tener su origen en las florestas tropicales amazónicas y en las norandinas en los inicios del Holoceno, entre el 8000 y el 6000 a.C. Sin duda alguna, en los valles costeros del Perú o en las cuencas serranas cálidas, donde aparecen más tarde, estas plantas fueron llevadas por personas de un lado a otro, en estado doméstico. Su articulación con las plantas domésticas andinas, que también salían de un proceso similar, fue uno de los exitosos procesos de los milenios cuarto o tercero a.C.

6. Los pescadores y recolectores de mariscos

La situación en la costa desértica, ocupada por los descendientes de los cazadores paijanenses en el norte y por los cazadores apenas conocidos del

sur, está aún poco definida. En el piedemonte andino que mira al mar, vivían unos cazadores-recolectores asociados a unas típicas formaciones vegetales del desierto, que se conocen localmente como "lomas" y que durante el invierno (mayo-setiembre) se cubren de plantas, mientras que en el verano se convierten en desiertos. Los habitantes estacionales de este hábitat podrían pertenecer a un circuito de cazadores trashumantes de las cuencas serranas próximas, que enfrentan un invierno seco, carente de lluvias y con dificultades en el acceso a recursos de subsistencia; o bien podrían ser pescadores del litoral —habituados al consumo de gran cantidad de mariscos— que acuden a las lomas invernales para obtener determinado tipo de plantas o animales.

Las poblaciones costeras, que habitaban caletas y playas abrigadas, se abastecían principalmente de peces y mariscos, aun cuando —según se ve en los registros— siempre completaban su dieta con productos vegetales de las lomas o los oasis y valles que cruzan los desiertos. Es preciso advertir que es presumible que una parte de los establecimientos propiamente costeros de esa época se encuentre ahora bajo el mar, debido al hecho de que, después del Pleistoceno, el nivel del mar subió varios metros y muchas playas quedaron bajo el agua.

Nuestra información sobre los pobladores costeños es irregular y deficiente, pero es evidente que se fue consolidando un tipo de vida de corte sedentario, desde por lo menos el sexto y quinto milenios antes de nuestra era, con una fuerte base marina en las actividades de subsistencia. En este lapso, sin embargo, se agrega el consumo de algunas plantas posiblemente cultivadas, como el pallar (*Phaseolus lunatus*), que se completa con la recolección de frutos locales y de calabazas y zapallos (*Lagenaria siceraria* y *Cucurbita moschata*). Se trata de pescadores y mariscadores que complementaban su dieta con plantas procedentes de zonas próximas a sus aldeas o caseríos. En Ancón (fase Encanto) y Chilca, ambos en la costa central, se han encontrado varios sitios de esta época.

La fase "Encanto", al norte de Lima, está representada por un conjunto de trece sitios que fueron estudiados por Edward Lanning. Este arqueólogo sostiene que la mayor parte de la subsistencia de esta gente consistía en productos de las "lomas", fruto de la caza y la recolección. Además, su subsistencia era reforzada por productos obtenidos en la pesca, realizada por medio de redes y anzuelos hechos de concha o espinas de cactus. También cazaban lobos marinos (*Otaria sp.*) y unos pocos animales terrestres. Los pobladores de Chilca vivían en unas pequeñas casas de forma

circular, cavadas en los montículos de basura. La aldea de Chilca podía agrupar quizá hasta 100 unidades domésticas. En Encanto, en cambio, si bien se trataba de unidades de vivienda mayores que las de los antiguos cazadores del Paijanense, seguían siendo campamentos con población más bien dispersa.

Fréderic Engel ubicó otro lugar, unos 400 kilómetros al sur de Chilca, a orillas del río Grande de Nazca, donde encontró un grupo de casas dispuestas en un terreno en pendiente. Estas casas consistían en estructuras hechas con postes de ramas de sauces o acacias que sostenían unos techos del mismo material. En Chilca también hubo este tipo de vivienda, pero hecha a base de cañas amarradas con sogas de junco. Allí, se encontraron unas 20 o más casas, de las que Christopher Donnan describió en detalle la casa 12, fechada en ca. 3400 a.C. Esta casa era cónica, con un diámetro de 2,40 metros, construida en una depresión circular de unos 35 centímetros de profundidad, a base de cañas (*Gynerium sagitarum*) entrecruzadas, con postes unidos en la parte superior, y cubierta totalmente con fibras de junco (*Cyperus* sp.). En el interior se encontraron varios cadáveres enterrados y, por el tamaño de la casa, se puede presumir que pudo ser habitada por una unidad doméstica básica, constituida por dos adultos y sus hijos. El tamaño del asentamiento confirma el carácter aldeano del asentamiento, con un patrón de vida comunal bastante extenso. El grupo de río Grande de Nazca, aunque ligeramente posterior, presenta muros pequeños y bajos, de guijarros unidos con barro y aparentemente cubiertos con la misma tierra. Estamos todavía dentro del cuarto milenio antes de nuestra era.

Otro detalle interesante es el tratamiento de los muertos. Si bien estos eran enterrados en forma sencilla, se les agregaba un equipo mortuorio distintivo. Así, iban acompañados de dos esteras tejidas de junco y, a veces, de redes hechas con largos flecos y nudos terminales. Algo que puede tener relación con las presuntas prácticas canibalísticas de las que hemos hablado al tratar de Telarmachay, es el hallazgo, en Chilca, de ocho fardos de muertos, cuyos huesos están parcialmente quemados y mezclados con numerosas osamentas humanas o de mamíferos marinos, debajo de una capa de ceniza. En río Grande de Nazca, Engel ha encontrado osarios de individuos que eran arrojados en zanjas cavadas en los arenales, vestidos y con sus útiles de uso diario. Este mismo tipo de enterramiento, de la misma edad, fue encontrado en Cabeza Larga, cerca de Paracas.

Gracias a los enterramientos, se destaca el claro desarrollo de la tecnología textil. Con fibras vegetales —especialmente juncos— se hacían tejidos

entrelazados (*twined*), al igual que en Guitarrero. Esta es una técnica que no requiere de equipo de telar para su realización, pues consiste en dos hilos activos que se cruzan alrededor de uno o dos hilos pasivos. Aquí, el tejido ya era usado para lograr lienzos capaces de cubrir el cuerpo. Simultáneamente, se usaban pieles, importadas de la sierra o de animales cazados en las lomas. Se hacían, además, canastillas, bolsas y otros utensilios para el traslado o la conservación de las cosas. En Cabeza Larga, cerca de Paracas, se encontró un faldellín de junco que debe ser el antecedente de las "waras" con que se vestían los varones en el mundo andino. En realidad, el proceso de hacer lienzos a base de la combinación de fibras, en la costa, puede retrotraerse hasta el octavo milenio, con fibras de junco (*Juncos sp.*), maguey o cabuya (*Foucraea andina*) y enea (*Typha angustifolia*).

Los materiales de Chilca nos permiten también conocer algo de los posibles efectos del desarrollo poblacional de la época. Según Engel, en Chilca solo uno de los cadáveres había logrado una edad madura, alrededor de 50 o 60 años, mientras que la generalidad moría entre los 20 a 30 años y, muchos, en los primeros años de vida. Parece que las posibilidades de vida en períodos anteriores fueron aún mucho más duras y limitadas, dado que, en comparación al período entre el 5000 y el 3000 a.C., se nota un aumento de población.

III. La revolución del tercer milenio (Período Arcaico Superior o Proto-Formativo: 3000-1500 a.C.)

Esta revolución trata de las diversas formas de organización del trabajo y de las relaciones sociales que nacieron de las condiciones diferenciadas que enfrentaron los trabajadores agrícolas. De allí, surgió una clara distinción entre los productores directos de bienes de consumo y los especialistas en la producción de conocimientos y servicios. Fue una época de grandes transformaciones en todos los órdenes de la actividad social. Según lo que estamos aprendiendo sobre la historia antigua del Perú, el tránsito del tercer al segundo milenio de la era pasada fue una etapa de grandes transformaciones en los Andes centrales. Esas transformaciones nacieron del afianzamiento de los logros alcanzados hasta entonces, tanto en el dominio de los descubrimientos tecnológicos, como en lo social y económico. Se presentan como el desenlace inevitable de una serie de procesos acumulados.

El proceso de agrarización o neolitización de los Andes —que hemos visto en el acápite precedente—, sustentado en avances tecnológicos especialmente ligados al manejo de las fuentes alimentarias, abrió las puertas a una nueva forma de relación entre los seres humanos con lazos de sustento sólido en la extensión comunera de las relaciones de parentesco. Esta nueva relación se fundamentó en la necesidad de proteger y afirmar los derechos de las personas sobre los medios y bienes de subsistencia que nacían de su trabajo. En realidad, se inició la tarea de fijar reglas de reconocimiento de los derechos de las personas sobre aquellos medios de vida que —sin dejar de tener fuentes naturales en su base— dependían de una cantidad de trabajo invertido en ellos. Se trata de un nuevo régimen de propiedad, derivado de una nueva forma de producción.

La "propiedad" es el conjunto de reglas de relación entre personas que consiste en reconocer como "propio" lo que nace del trabajo de cada cual: aparece la "tierra cultivada", donde se dan los alimentos de cada comunidad. En los tiempos precedentes, los medios de producción —tanto la tierra como las plantas y animales— aparecían enteramente formados y su posesión dependía de quién tuviera acceso a ellos, aun cuando se establecieran reglas de coexistencia en zonas de caza o recolección con variados modelos de territorialidad; similar, en mucho, a las reglas que tenían también otras especies animales. Con los nuevos procesos de producción, los medios aparecen como producto del trabajo y no como algo natural, incluyendo la disponibilidad de las semillas y el tiempo de trabajo efectivo. La protección de los campos de cultivo contra los predadores naturales u otras poblaciones humanas requería reorganizar las relaciones internas de las unidades domésticas —las familias— y establecer adecuadas reglas de vecindad, con sistemas de afinidad y alianzas que redujeran los riesgos predatorios.

Aunque el azar agrícola estaba siempre presente, se podía predecir —con alguna certeza— la cantidad y calidad de los alimentos disponibles para la comunidad en el curso de los ciclos de cultivo. La posibilidad de contar con un pronóstico estimado reducía la precariedad en el acceso a los bienes que se tomaban de la naturaleza sin previa intervención humana y, al mismo tiempo, establecía que los productos eran parte de una cantidad de trabajo y bienes propios invertidos (semillas). No es simple registrar el consenso en la cuota de derechos que le corresponde a cada cual.

La agricultura solo cumplía una función secundaria o complementaria, allí donde los recursos tenían una reproducción natural suficiente como

para permitir su explotación sostenida y la inversión de trabajo era menor. En cambio, cuando los recursos eran limitados y la actividad agrícola posible, pero trabajosa, la cosecha representaba una ventajosa opción de sobrevivencia. En este último caso, el reconocimiento de los derechos de propiedad era fundamental y exigía formas complejas de relación entre los productores y sus vecinos. Entre los extremos, hay una larga y variada cantidad de condiciones, donde intervienen muchos factores que incluyen la población, las rutas de acceso e incluso las circunstancias de los acontecimientos históricos no previsibles, como pudieran ser las invasiones de otros pueblos o la secuela demográfica o laboral de los desastres naturales.

En los Andes centrales, las condiciones eran muy diversas. En las punas de Junín, en el centro del Perú, los cazadores de camélidos fueron beneficiados por una fauna suficiente como para garantizar una vida de reproducción sostenible a lo largo de varios milenios. Su cambio hacia una forma de explotación doméstica de los camélidos no tuvo implicancias significativas en la forma de vida de las personas que formaron siempre unidades de población reducida, con capacidad para resolver sus demandas alimentarias con unos pocos ajustes.

En la costa central y norte del Perú, en cambio, la situación fue distinta. Allí, la generosidad de la fauna marina permitió el progresivo ascenso de la población en las playas próximas a fuentes de agua dulce. Vivían de la pesca, de la recolección de mariscos y de la caza de mamíferos marinos. Consumían productos vegetales y animales terrestres, accesibles en los conos de deyección de los ríos que bajaban de la cordillera y en algunos puntos verdes alimentados por las aguas subterráneas que cruzaban por debajo de los desiertos: eran plantas espinosas y de matorrales pantanosos; y unos pocos animales del desierto o migrantes estacionales que bajaban eventualmente de las estribaciones de la cordillera o que vivían en el matorral.

Las fluctuaciones del clima nunca fueron —ni son— regulares. Aparte de las esperadas estaciones anuales, el clima está afectado por el desplazamiento de las corrientes marinas del Niño y de Humboldt, cuya periodicidad no ha sido establecida aun en nuestros días. Los cambios climáticos actúan sobre la calidad y cantidad de los productos marinos y también intervienen sobre el régimen de las aguas que alimentan los valles y oasis del desierto, afectando tanto a los pescadores como a los agricultores.[36]

36. Arntz y Fahrbach 1996; Díaz y Ortliev 1993; Díaz y Markgraf (eds.) 1992.

En este estado de cosas, la precariedad estructural solo puede ser compensada por la abundancia de recursos, abundancia que en el mar se logra con el mejoramiento de los medios técnicos disponibles, como la pesca con redes y embarcaciones adecuadas, o mediante el dominio de los indicadores naturales de los cambios climáticos por venir: cambios en la fauna costera o indicadores cósmicos visibles. En la tierra, solo la agricultura es beneficiosa, tanto para obtener fibras y otros apoyos para la tecnología marina, como para ampliar el volumen y calidad de los alimentos. La recolección de plantas nativas y la caza son insuficientes en volumen y calidad. Por eso, cuando la agricultura llegó a ser conocida por los pobladores de la costa, se inició su implantación, aunque de modo lento y más bien tímido, porque eran muchas las exigencias técnicas y poblacionales necesarias para su realización. Sin duda, ayudó la acumulación marinera, tanto de población concentrada como de conocimientos sobre las alternancias climáticas, de donde se deriva un amplio margen de tecnologías al servicio de la producción agraria.

Cuando fue posible aplicar a la agricultura los alcances de la acumulación marinera, se produjo un cambio verdaderamente revolucionario en esta región.[37] En la costa central y, en menor grado, en la costa norte, las tierras de los valles son extensas y con ríos permanentes. La tierra es fértil y generosa si los campos pueden ser irrigados; pero, la irrigación implicaba un ejército estable de trabajadores que redujera las irregularidades del terreno, hiciera los canales, limpiara las acequias y que —además— sembrara, cuidara y cosechara la tierra. En la costa central, había una población suficiente para cubrir las demandas de trabajo sostenido y la tecnología del riego fue perfeccionándose a lo largo del tiempo. Eso comprometía la participación de los productores directos de los bienes de consumo y de otros trabajadores que se ocupaban de una serie de tecnologías especiales, ligadas sobre todo al abastecimiento del agua y a la organización de los ciclos de trabajo.

Desde luego, no era solo un problema de población o de tierras y semillas, ni de disponer de instrumentos adecuados para sembrar, cosechar o construir canales. Para ser útiles, las obras de riego debían cubrir extensiones muy grandes, de varios kilómetros de área, en medio del desierto, lo que implicaba la necesidad de una coordinación eficiente en la construcción,

---

37. Fung 1972; Moseley 1975.

uso y mantenimiento de las obras y los territorios involucrados, es decir, suponía un problema de gestión.

La obtención de alimentos, tanto en calidad como en volumen, dependía de la calidad y cantidad de la fuerza de trabajo disponible. En la costa central y norte del Perú, se trataba de la creación plena de los medios de producción por los trabajadores. De allí se deriva que los territorios debían tener ciertas fronteras definidas por derechos derivados de la habilitación particularizada de los campos. Una nueva forma de relaciones sociales requería regular los vínculos de reciprocidad, restringiéndolos a la comunidad de productores asociados a la tierra, con establecimiento de un "exterior" definido por el acceso a la tierra. De algún modo, la adscripción de los individuos a linajes de parientes no es otra cosa que un registro notarial de los derechos que los individuos de una comunidad tienen sobre los bienes de esa comunidad de trabajadores asociados.

En la costa norte y central de los Andes centrales, pero especialmente en la costa central, esta cuestión tenía una serie de componentes asociados. Las relaciones sociales —comunes en la mayor parte de las sociedades agrícolas—, basadas solo en los productores directos de los bienes de consumo —los agricultores—, eran inadecuadas para el desarrollo de esta parte del territorio. Fue necesario dar lugar a relaciones de nuevo tipo, con "especialistas" que no participaban como trabajadores directos de los campos y que, por lo tanto, no tenían una relación objetiva, directa, con el trabajo agrícola concreto ni con los productos de ese trabajo. Fue indispensable establecer relaciones que reconocieran la asimetría del trabajo de estos dos diferentes tipos de trabajadores: los que producían medios e instrumentos de trabajo y los que producían bienes de consumo.[38]

Queda claro que ambas formas de trabajo son las partes complementarias de un mismo proceso, sin las cuales no es posible la producción. Sin canalizaciones, oráculos calendáricos y programación de los trabajos, es difícil el éxito agrícola. Del mismo modo, el éxito está sujeto a la disponibilidad de mano de obra para la ejecución de las tareas agrícolas concretas y, desde luego, a la calidad y cantidad de tierras disponibles. El éxito de la conducción especializada del trabajo es la garantía de la reproducción ampliada del sistema, pero, desde luego, tiene una serie de condicionantes que reposan tanto en las tecnologías como en la población.

---

38. Lumbreras 1974b, 1986, 1996.

En tanto que se trata de una misma cadena productiva, no se puede ser "dueño" de los medios de producción independientemente de la fuerza de trabajo que los objetiviza. El control, acceso y apropiación de la fuerza de trabajo, mediante tributación, renta de trabajo y formas de reciprocidad asimétrica o redistributiva, es lo nuevo que aparece. Entre los años 2300 y 1800 a.C., los indicios señalan que todo esto estaba así encaminado, aunque de manera diferenciada. Así, mientras que en algunas regiones se desencadenaban procesos orientados hacia la vida urbana; en otras, la línea dominante era la vida rural, de base aldeana o estanciera.

1. Los términos de la diversidad

Como ya está dicho, las poblaciones "neolíticas" andinas reaccionaron de varias maneras a las condiciones impuestas por los desarrollos agrarios previos. A lo largo del extenso territorio andino y en gran parte de las vecindades amazónicas, la agricultura se convirtió en la forma dominante de producción. De esta forma, se generalizó un proceso de neolitización de base agraria, plenamente vigente antes del inicio del tercer milenio de la era pasada, es decir, hace unos 5,000 años. Se puede decir que para el 3000 a.C., toda la banda tropical suramericana estaba ocupada por agricultores y pastores, con pocos relictos conservadores.

La "cadena neolítica", generalizada en los Andes ecuatoriales y tropicales, llegó más tarde a los territorios áridos o húmedos de difícil manejo agrícola, que rodean el trópico de Capricornio —como el Chaco— o la "Terra Firme" del bosque amazónico; y fue aún más lenta su expansión hacia el sur. En el cono sur continental —donde termina la cordillera de los Andes—, se mantuvieron como dominantes o únicas la caza y la recolección, actividades que se combinaron con la pesca en las proximidades del mar u otras fuentes de agua con peces. Hasta nuestros días, los Yaghan, Alakaluf, Selknam y diversos grupos de pobladores de la Patagonia argentina y chilena conducían su existencia en esos términos, al igual que los grupos de lenguas macro-gé del occidente brasileño y varios habitantes del Chaco. En el período del que nos ocupamos, estas tendencias regionales estaban ya definidas y las innovaciones agrícolas posteriores fueron, normalmente, producto de procesos casuales de migraciones, invasiones u otro tipo de influencias externas. Puede, pues, decirse que el tercer milenio definió las tendencias regionales nativas en sus términos propios frente a la perspectiva agraria.

Si bien sabemos que la sedentarización tuvo ciertas formas de manifestarse entre los grupos de recolectores, pescadores y aun de cazadores, no cabe duda de que la agricultura consolidó la tendencia humana de vivir en agrupaciones permanentes con vocación de crecimiento ascendente; por eso, se asocia el sedentarismo con el proceso de neolitización. Por tanto, si bien el sedentarismo no fue una innovación en todas partes, sí se afirmó como una forma de vida más generalizada. El sedentarismo consiste en la opción de vivir juntas varias unidades domésticas o de reproducción, formando familias o comunidades unidas por vínculos de parentesco o cualesquiera formas de legitimación de las relaciones de asociación. Estas comunidades habitan en aldeas o caseríos aglutinados o próximos unos con otros, determinados localmente por la cercanía con las fuentes de trabajo agrícola, en los bordes de los fondos aluviales o en las áreas ricas en pastos con fuentes de humectación, como los bofedales.[39]

El parentesco es el reconocimiento jurídico[40] de las relaciones de reproducción, que se asocian a las condiciones de la producción y establecen los derechos de pertenencia de los individuos a la comunidad a la que está adscrito, en términos del acceso que cada cual debe tener a los beneficios del trabajo y uso de la tierra y, en consecuencia, al consumo y la sobrevivencia. Esos vínculos, entre personas de uno y otro sexo y de diversas edades, a la par que establecen las tareas que cada cual debe realizar como parte de sus obligaciones productivas y reproductivas, señalan también el límite de los derechos de acceso a los bienes que son producto del trabajo común y de los instrumentos. Ser miembro de un "ayllu" o cualquier grupo de parentesco no es tanto un título de afinidad o de consanguinidad, cuanto de adscripción a una serie de derechos y deberes que establecen términos de seguridad patrimonial y de sobrevivencia. En este contexto, expulsar a alguien del seno de su comunidad o no ser reconocido como parte de ella, es equivalente a una pena de muerte.

Con la habilitación de las tierras dedicadas al cultivo, todo este aparato jurídico quedó fijado de una u otra forma en todo el territorio andino, con las variantes que cada región requería.

---

39. Se llaman "bofedales" a las áreas de concentración de humedad, a modo de pozas o pantanos, naturales o artificiales, que favorecen el crecimiento de pastos frescos, verdes.

40. Las relaciones sociales concretas adoptan una condición "jurídica" cuando son socialmente reconocidas en la forma de los "derechos" que tienen unas personas

2. Agricultores de los bosques tropicales

Los habitantes de los bosques húmedos y calurosos tenían una agricultura basada fundamentalmente en la yuca o mandioca (*Manihot utilísima* y *M. esculenta),* complementada con el maíz *(Zea mays)*. Ambas plantas habían sido domesticadas antes del tercer milenio, aunque el cultivo de semillas no logró generalizarse en todas partes, de modo que muchas poblaciones solo optaban por la siembra de tubérculos.[41]

Las prácticas agrícolas en los bosques húmedos, que se encuentran en los flancos de la cordillera de los Andes ecuatoriales y en la vecina Amazonía, están y estuvieron siempre complementadas con la caza de animales del bosque —especialmente roedores y venados—, la pesca y la recolección de raíces y frutos. La agricultura basada en la tala o roza del bosque, con un régimen de traslados necesarios de los territorios de cultivo, obligaba a prácticas seminómadas. Eso se asocia a una cierta división del trabajo y distribución de tareas entre los miembros de la comunidad, según la edad y el sexo, y a formas de parentesco que ligan a las personas a una asociación tribal configurada con relaciones externas, que fijan nexos favorables a los desplazamientos de territorio, para la habilitación itinerante de los terrenos de cultivo.

Los agricultores de los bosques húmedos, siempre verdes, fueron seguramente los de mayores desniveles de desarrollo y también los de más amplia área de apropiación territorial. Tenían una gran movilidad territorial, aun cuando eso no significa que fueran nómades, dado que sus desplazamientos se originaban en la búsqueda y ampliación constante de los terrenos para el cultivo.

La cuenca del río Guayas y las costas próximas a ella, en el flanco occidental de la cordillera ecuatorial de los Andes, es el territorio del bosque tropical del que tenemos más información sobre lo que ocurría en el tercer milenio de la era pasada. Esta región se encuentra en el área septentrional andina, cerca de su frontera con los Andes centrales, lo que hace que sus

---

frente a otras en el marco de tales relaciones. Esta condición jurídica permite aplicar las sanciones sociales que impiden la transgresión de los términos en los que se hayan fijado los límites o ámbitos de tales "derechos". Esos límites son las obligaciones o deberes.

41. Algunos especialistas llaman "semicultura" a la agricultura de semillas; y "vegecultura", a la de raíces o tubérculos. Sanoja 1981.

logros alcancen directamente a los procesos que —simultáneamente— ocurrían en las vecindades centroandinas. Aquí vivían los productores de la cerámica más antigua de los Andes, si bien no de Sudamérica, dado que en la costa caribeña de Colombia, en el Orinoco y cerca de la boca del Amazonas, se han encontrado evidencias de cerámica en los milenios precedentes. Eso no descarta la posibilidad de que la región del Guayas fuera uno de los centros germinales de esta tecnología.

Estamos hablando de 3000 a.C., aunque parece que el descubrimiento o uso de la cerámica en la región del Guayas tenía ya una larga historia.[42] Se identifica esta fase con el nombre de "Valdivia", que es el lugar donde se definió la cerámica por vez primera —por el arqueólogo ecuatoriano Emilio Estrada— y donde vivían pescadores asociados a la península de Santa Elena. La cerámica Valdivia, que ha sido organizada en 8 fases de desarrollo secuencial, cubre en realidad más de un milenio de historia: parte del cuarto, el tercero, y una mitad del segundo milenio. Es entonces cuando es desplazada por una nueva tradición alfarera, que se conoce como "Machalilla", con la cual aparecen también otras modificaciones en el comportamiento de la gente.

Si bien los primeros hallazgos de Valdivia corresponden a pueblos de pescadores, entre 4000 y 1500 a.C., tanto en la costa como en la cuenca del Guayas, los valdivienses formaban una población neolítica bien asentada, con una agricultura que tenía maíz (*Zea mays*), algodón (*Gossypium barbadense*), frijoles (*Phaseolus vulgaris*), pallares (*Phaseolus lunatus*) y calabazas (*Lagenaria siceraria*).[43] La mayor parte de los asentamientos arqueológicos conocidos se concentra en la costa, al oeste de la cordillera Chongón-Colonche desde Manabí, por el norte, hasta el golfo de Guayaquil, la isla de Puná y, en períodos más tardíos, la costa de la provincia de El Oro. Por cierto, están apareciendo asentamientos valdivienses más al norte y al oriente (en San Isidro, al norte de Manabí y en el Cañar-Azuay, en la sierra). Todo parece indicar que las fases más antiguas estaban, en

42. Ziólkowski *et al.* 1994: 149, presenta fechas C14 entre 3792 y 3297 a.C. para la forma cerámica más antigua en el sitio de Real Alto (fase Valdivia I); pero hay sitios vecinos, como San Pedro y otros, con ocupación precerámica contemporánea. Todos coinciden en señalar 3000 a.C. como fecha posible, aunque hay hallazgos que obligan a aumentar la antigüedad de la producción alfarera.

43. Pearsall 1986, 1988.

efecto, más asociadas al litoral del Guayas; y que, a partir de la fase 5-6, se inició su expansión.

En las dos primeras fases, es decir, en el tránsito entre el cuarto y el tercer milenios (se propone un lapso entre 3800-3200 a.C.),[44] aparece claramente definida la formación de la vida aldeana, con pequeñas agrupaciones circulares de unas 15 a 20 casas hechas con cañas amarradas y revestidas con barro, a modo de chozas, de forma más o menos elíptica —de unos 5 x 3 metros—, construidas directamente sobre el suelo. Las casas no se diferencian unas de otras, lo que hace presumir que funcionaba un patrón de relaciones sociales igualitarias, a la par que había una indiferenciación de funciones en los espacios constructivos. Estamos hablando de, probablemente, no más de 100 personas viviendo juntas.

Entre las fases 1 y 2, se advierten algunas variaciones en las técnicas de construir las casas, tales como el uso de zanjas excavadas para fijar los muros de "bahareque" o "quincha"; pero no se observa ningún cambio en la organización del poblado, lo que además es muy similar a lo que ocurría en la precedente fase "Vegas" del milenio anterior.[45] Es un período en el que la producción alfarera era aún incipiente, con solo 3 formas de recipientes: un cuenco abierto, con los bordes adornados; una olla baja, con el borde en forma de labio doblado y adornos en el cuerpo; y un cántaro de cuello alto, también decorado con incisiones. Todos ellos eran recipientes ligados a la preparación y consumo de líquidos.

Hay una época posterior que comprende las fases 2 y 3 de la cerámica, entre el 3200 y el 2500 a.C. aproximadamente, en la que se dieron cambios importantes en la vida aldeana. En el caso de Real Alto, estos cambios se definen por el reemplazo de la planta circular con una rectangular y por el incremento de la población aglutinada, con unas 150 casas dispuestas alrededor de dos plazas con montículos, y la aparición de edificios diferenciados, al parecer de uso comunitario. Hay un crecimiento notable de población aldeana, dado que las casas —de 12 x 8 metros— dejaron de ser chozas unifamiliares pequeñas para pasar a tener la condición de edificios de vivienda para agrupaciones de 10 a 15 miembros y que, además, estaban internamente divididas por una especie de biombo central y tenían accesos laterales en función de los recintos en los que estaba dividida la vivienda.[46]

44. Marcos 1999: 134.

45. Damp 1988.

46. Zeidler 1984.

Todas las evidencias inducen a pensar que vivían juntas tal vez mil o más personas en el poblado, lo que, además, debe implicar cambios en la organización de la estructura de la familia o tal vez de las relaciones que estas pudieron tener con otras. Este incremento de población puede significar que decidieron vivir en la misma localidad grupos familiares que hasta entonces residían en aldeas independientes, en los pequeños caseríos circulares dispersos en el campo; pero puede ser también la expresión de cambios en la estructura de parentesco, con un régimen activo de familias numerosas, ligadas, por ejemplo, a la poliginia o a la poligamia. Desde el punto de vista de la organización del poblado, según algunos arqueólogos, se aprecia una división en mitades —en Real Alto— con cuatro montículos, dos principales y dos menores, en el centro de la aldea, lo que podría llevar a pensar en una organización segmentaria de la comunidad. La aldea ocupaba un espacio en forma de un herraje, abierto hacia el sur y, al parecer, tenía una tendencia a la concentración de la población en aldeas mayores, con un patrón aglutinado y ordenado.

Este cambio fue acompañado con el aumento del tamaño de unas hachas pulidas de piedra que se producían en la zona desde uno o dos milenios atrás y que, en este tiempo, adoptan una forma de "T", lo que debe indicar cambios en las técnicas de apropiación del bosque, que se combinan con la intensificación en el uso de áreas agrícolas en el interior, áreas tales como las vegas y playas del alto río Daule, un territorio propiamente selvático.[47] Hay una clara mejora de la calidad alimentaria: además de las plantas cultivadas y recolectadas y de los peces y moluscos del mar, se practicaba la caza de venados y de otros animales del bosque.

A la par que se advierte este crecimiento de la base alimentaria, hay también un ascenso en otros rubros de la producción y el intercambio de bienes a distancia. Existe evidencia del uso y consumo de la hoja de coca (*Erothroxylum coca*), cuya región natural está a más de 100 kilómetros de distancia de la costa del Guayas.[48] Existen, igualmente, indicios de conexiones con la costa norte del Perú, donde se conocen unos mates grabados con figuras que son parte de los estilos decorativos valdivianos de las fases 3 y 4, asociados a la ocupación precerámica del valle de Chicama, en el asentamiento de Huaca Prieta.[49] La actividad textil fue madurando, tal vez

47. Raymond, Marcos y Lathrap 1980.
48. Klepinger, Khun y Thomas 1977; Marcos 1999: 137.
49. Bird 1963, Bird *et al*. 1985.

al ritmo en el que se daban avances en este terreno en los pueblos centroandinos, advirtiéndose la intensificación de las tareas de hilado. A la par, la producción alfarera se fue ampliando, con cerca de veinte formas diferentes de vajilla y ensayos artísticos bien logrados, que se expresan tanto en el manejo ornamental de la vajilla, como en el modelado de unas figuras humanas —mayormente femeninas— con la representación de madres grávidas y mujeres con vistosos tocados y densas cabelleras. Las "venus" de Valdivia son esculturas de notable fuerza estética.

La época tardía valdiviense, que ocupa las fases 4 a 7 de la cerámica (entre 2600 – 1800 a.C.), se presenta, según Jorge Marcos,[50] como el período en el cual la agricultura intensiva se define plenamente, con el ingreso a prácticas que intervienen en el manejo de los suelos y, especialmente, del agua; en contraposición a la época previa, dominada por la capacidad de rescatar tierras en los bosques. Según parece, el crecimiento económico y social estuvo acompañado por una ocupación más planificada del espacio productivo y, a la par, de un proceso de diferenciación social. Aparece una serie de caseríos en torno a Real Alto, sobre los bancos de los ríos Verde y Real; y, al parecer, se habilitaron depósitos en el poblado mayor para almacenar excedentes.

Hay también una extensiva relación con otras regiones, como se expresa en los vínculos de Valdivia con la vecina sierra del Azuay, donde se desarrollaba una población identificada con una larga tradición alfarera. Ese síntoma de acumulación en el centro poblado más importante se asocia al aumento del tamaño de los montículos de un presunto espacio ceremonial y a la aparición de ciertos indicios de diferencias internas en la población, presumida por la presencia de figurillas de barro que muestran posibles deformaciones craneales. Se puede asumir que todas estas innovaciones acompañan a la definición de un régimen tribal jerarquizado, con shamanes y jefes étnicos de ámbito local o regional. Los arqueólogos encuentran, además, que hay mejora en las técnicas de producción alfarera, dándose inicio al uso de pintura para la decoración de las vasijas, con la aparición de los tonos ante, rojo y negro, combinados, los mismos que serán luego característicos de las tradiciones alfareras posteriores.

El último período —fase 8 de la cerámica— de Valdivia (1800-1500 a.C.) es, en realidad, de tránsito hacia el período "Chorrera", que se definirá

50. Marcos 1999: 137.

luego de un corto lapso de cambios asociados al desarrollo de una alfarería conocida con el nombre de "Machalilla". Lo más notable de esta época es el inicio de un proyecto regional de intensificación agrícola, mediante el uso de una estrategia de creación de campos de cultivo eficientes, que habilita campos elevados en áreas de inundaciones estacionales con el sistema de "camellones" y que encuentra —en las zonas áridas— medios de conservación del agua, aprovechando los procesos naturales de filtración o concentración de las aguas de lluvia.[51] Aquí, se combina la roza y quema de los bosques, habituales procedimientos del medio, con una estrategia de producción de suelos que tendrá una importancia crucial en el desarrollo económico y social de una serie de pueblos a lo largo de la historia, desde el norte de Colombia hasta el oriente boliviano y el altiplano del Titicaca. No sabemos si es el territorio valdiviense el responsable del descubrimiento de esta tecnología agrícola; pero, por el momento, sí son válidas las inferencias de Jorge Marcos y su equipo, referentes a que es, sin duda, el lugar más antiguo conocido: hace unos 4,000 años.[52]

Es una etapa de uso activo de toda el área del Guayas y Manabí, con extensiones hacia el sur y oriente, que se manifiestan en diversas formas de circulación de bienes entre regiones. Los sitios mejor conocidos son los de San Isidro, en Manabí; y San Pablo, San Lorenzo del Mate y Peñón del Río, en la provincia del Guayas. Desde luego, esta fase de la cerámica es también de cambios variados, con la significativa aparición de botellas y de unos cuencos con pedestal, que los arqueólogos identifican como "compoteras".

No existe una información equivalente para el flanco oriental de los Andes ecuatoriales, pero ya se conocen restos tan antiguos como la fase Pastaza, que indican que un mayor número de exploraciones permitirá tener registros históricos similares en la cuenca amazónica.

Los valdivienses eran pescadores, recolectores de mariscos, recolectores-cazadores y agricultores, que habitaban en un medio con condiciones de bosque tropical lluvioso, bosques xerofíticos semiáridos y de manglares. Estas condiciones fueron manejadas por agricultores desde más allá del quinto milenio, en la fase Vegas, de modo que la innovación de la cerámica —que caracteriza a Valdivia— apareció ya en plena vigencia de un modelo

51. Parsons y Schlemon 1987; Marcos 1987.

52. Esa tecnología de cultivo se conoció desde el extremo norte de Colombia hasta el altiplano del Titicaca y la región de Mojos.

neolítico de vida y no fue, por tanto, un indicador del "Neolítico" en los Andes, como en algún momento se tenía presumido. Es más, aun cuando la cerámica pudiera tener antecedencias en Colombia o cualquier otra región, el examen de su manufactura, sus formas y la decoración —que, a simple vista, parecen muy complejas— indica que se trata de un complejo alfarero muy primitivo, al punto tal que todos sus elementos parecen copiados de la cestería, que bien pudo ser la técnica de hacer recipientes que le dio origen. Aun hoy —aunque sin ligazón alguna—, en la región de Santo Domingo de los Colorados, se hacen cestos que reproducen las formas valdivianas a partir de modelos tecnomorfos que incluyen los motivos geométricos característicos de la decoración valdiviense.

El trabajo se resolvía mediante instrumentos muy rudimentarios, hechos con conchas, piedra y madera, fabricados de modo sencillo, por percusión y abrasión. El más complejo de los utensilios era una hacha de piedra pulida, en forma de "T", que se encuentra desde la fase Vegas y que se usó a lo largo de toda la secuencia valdiviense. La pesca se hacía con anzuelos de concha y también con redes. Está probado que el uso del algodón ya estaba generalizado, con el que se produjeron igualmente telas,[53] elaboradas con técnicas de telar. Las formas más rudimentarias —como las que se producían en los Andes centrales— deben haberse desarrollado en las precedentes épocas precerámicas.

La evolución de Valdivia hacia los períodos posteriores no está suficientemente documentada. Hay una fase llamada "Machalilla", que parece haber tenido una notable gravitación local en la sección del litoral, en proceso simultáneo con desarrollos locales diferenciados en las cuencas serranas, tales como los complejos de Chaullabamba y Narrío, en la sierra del Cañar; o el Azuay y los de Cotocollao, en Quito. Sin duda ya no se trata de pueblos asociados a los bosques de los flancos occidentales de la cordillera y menos aún a los de las tierras llanas de la Amazonía, aun cuando los registros conocidos establecen estrechos vínculos de las serranías con sus vecinos de Oriente y Occidente, con formas de vida aldeana de base agrícola. Sin duda, los habitantes ecuatorianos andinos de este tiempo estuvieron íntimamente ligados a sus vecinos amazónicos, más que cualquiera de sus similares de más al sur.

---

53. Marcos 1973.

3. El Arcaico en los valles fértiles del norte

La situación es totalmente distinta más al sur. En el litoral peruano —entre los grados 7 y 12 de latitud Sur—, que comprende los territorios de Lambayeque, La Libertad, Ancash y Lima, pero, sobre todo en estos dos últimos, la implantación de la agricultura en el tercer milenio tuvo una serie de consecuencias que escapan a la fácil definición del proceso agrícola como una "neolitización". Sin duda, la agricultura maduró notablemente en esta región durante el tercer milenio y se convirtió en el factor central de desarrollo, aun cuando la explotación de los bancos de mariscos mantuvo un papel importante en el sustento de los pueblos del litoral. Así, estos pueblos no abandonaron las caletas costeras durante este tiempo en contacto con los agricultores de los valles.

De acuerdo con los datos disponibles, en los inicios del tercer milenio, los pobladores de la costa norte basaban gran parte de su existencia en la explotación de las lomas costeras, en la recolección de mariscos y en la pesca; vivían en aldeas dispersas y de escasa población. Por factores que aún no están claros, se advierte una reducción en el uso de las lomas, con una mayor dependencia de los recursos marinos, lo cual permitió la aparición de aldeas de mayor tamaño. Estas aldeas estuvieron asociadas a un consumo intensivo de mariscos, con un apoyo menor en el de las plantas y animales de las lomas.

A partir de los trabajos pioneros de Junius B. Bird en Huaca Prieta, en 1946, tenemos una nutrida información sobre establecimientos de esta época (3000 – 1800 a.C.) en la costa peruana. El rasgo general de la época es que hubo un fuerte ascenso de la población, con profundos cambios en la organización y capacidad productiva, debido sobre todo al incremento de productos agrícolas en el consumo de alimentos y utensilios, aun entre los pobladores asociados a los bancales de mariscos, al pie del mar.

El cultivo del maíz se fue generalizando, aunque su consumo no parece haber sido muy rotundo, mientras que el algodón se convirtió en el producto de mayor demanda, lo que generó, seguramente, siembras extensivas de esta planta para el uso de su fibra en la elaboración de cuerdas elásticas y bolsas. En un grado de menor intensidad, se consumían legumbres, como el frijol, el pallar, el frijol-guava (*Canavalia ensiformis*) y una serie de calabazas (*Lagenaria siceraria, Cucúrbita ficifolia, C. moschata, C. pepo* y otras), que eran combinadas con frutas estimulantes como el ají (*Capsicum sp.)* y algunos tubérculos, como la achira (*Canna edulis*) o la jíquima (*Pachyrrhizus*

tuberosus), todas ellas plantas de clima templado, a las que se agregaron luego, hacia la mitad del milenio, la yuca o mandioca (*Manihot utilísima*), el camote (*Ipomoea batatas*), el maní (*Arachis hypogaea*) y otras raíces de climas más bien cálidos. A fines del período, se incorporaron también —como resultado de los intercambios y la movilidad de los pobladores— la papa (*Solanum tuberosum*), que estaba asociada a otros medios, y la llama (*Lama glama*), animal doméstico cordillerano. Pero esto ocurrió a lo largo de un milenio, durante el cual fueron creciendo y organizándose los poblados de diversa manera, según veremos.

La alimentación de los pueblos costeños era dominantemente marina, por tanto, basada en proteína animal, es decir, en carnes y grasas de mamíferos, peces y mariscos. En el tercer milenio, se advierte un progresivo abandono del consumo de mamíferos y peces, con una dieta más adicta a los mariscos, a lo largo del período. Este cambio no estuvo determinado por carencias tecnológicas, sino por otros factores que pueden atribuirse a cambios climáticos y otros eventos naturales. Se acompaña a eso un incremento de alimentos de origen agrícola.

En la costa peruana, los cambios climáticos —aparte de los de rango planetario— son relativamente frecuentes, determinados por una serie de fenómenos que se asocian habitualmente a la correlación inestable entre las corrientes marítimas de Humboldt —que viene fría desde el Antártico— y la cálida de El Niño, que viene desde el norte. Ambas se desvían cerca del Ecuador y se juntan o superponen frente a las costas de Piura–Guayas. Desde tiempos inmemoriales, la población nativa distinguió un fenómeno climático asociado a las épocas en que "baja el Niño", en el solsticio de verano, que es cuando se inician las lluvias en la sierra peruana.[54] Lo destacado de este fenómeno es el cambio violento de las condiciones consideradas "normales" en el comportamiento del clima; de modo que, anormalmente, se presentan grandes sequías o intensas lluvias, con las consecuentes inundaciones, mortandad y efectos "imprevistos" en la vida de plantas y animales, con trastornos a veces duraderos en la cadena trófica.[55]

54. El nombre "El Niño" deriva de la Navidad cristiana que coincide con el solsticio de verano del hemisferio sur (21-23 de diciembre). Carranza 1891; Carrillo 1892.

55. Llámase "cadena trófica" a la relación de los componentes orgánicos de un ecosistema, donde unos seres vivos requieren de los otros para alimentarse y sobrevivir. Así pues, si faltan unos, pueden perecer los otros.

Se trata de fenómenos catastróficos de corta duración que se presentan de modo recurrente, pero imprevisto, sin ninguna regularidad, lo que impide cualquier tipo de previsión climática eficiente. De otro lado, son eventos que se producen continuamente, pero de manera oscilante, marcando claramente el carácter irregular de los períodos climáticos estacionales cuya recurrencia coincide con los términos de la oscilación solsticial; es decir, duran entre el solsticio de diciembre y el de junio. El fenómeno se asocia a los cambios en la temperatura del mar y, en verdad, es una anomalía del sistema climático del Pacífico con efectos mundiales. Se piensa que es un fenómeno puramente atmosférico, que produce una oscilación —llamada "onda Kelvin"— del nivel de las aguas entre los extremos oriental y occidental del océano, que puede ser el resultado de erupciones volcánicas, lo que incluiría una cierta relación con terremotos y otros eventos tectónicos que se producen en la cuenca del Pacífico.

Debido a esos cambios, se ven afectados tanto la fauna, como la flora marina.[56] Las variaciones de la temperatura tienen efecto sobre el comportamiento de la biomasa local, de modo que las especies características de aguas frías van a ser reemplazadas por especies de aguas cálidas, lo cual afecta a toda la cadena alimentaria existente. En el Perú, en la segunda mitad del siglo XX, sufrimos la desaparición de la anchoveta, lo que, a su vez, condujo a la desaparición de las aves marinas que se alimentaban de ellas, todo ello sumado a los cambios del fitoplancton, zooplancton y sus nutrientes asociados. Si bien su extinción y mortandad suelen ser rápidos, su recuperación puede no producirse jamás. Los efectos drásticos son los que se dan en la superficie del mar, pues en las profundidades continúan las aguas frías. Por ello, solo las especies que viven cerca de la superficie sufren las consecuencias de El Niño, lo cual se asocia a la influencia de este fenómeno sobre el litoral. En los Enso fuertes se producen violentas precipitaciones sobre el frente occidental de la cordillera, zona desértica que no tiene lluvias habituales. En 1982-83, El Niño provocó en Piura una lluvia que alcanzó los 4,000 mm de agua en unas pocas semanas, lo que originó inundaciones y desprendimientos de tierra de consecuencias graves.

Todo eso, sin duda, tuvo que afectar a los habitantes del litoral cada vez que se producía un "Niño", y los cambios en la fauna marina próxima a las playas debieron exigir cambios en la dieta. Es bastante claro que los

56. Barber y Chávez 1983; Arntz y Fahrbach 1996: 9, 61-63.

efectos de las oscilaciones marítimas afectaban a los habitantes de la costa, que requerían reajustes alimentarios periódicos y, a su vez, cambios en los hábitos de pesca asociados. Pero estas alteraciones, que se presentaban de manera recurrente desde el Pleistoceno, tuvieron que enfrentar, en el tercer milenio, la solución de las consecuencias que tienen estos fenómenos sobre las actividades agrícolas, que en este tiempo fueron asumiendo un rango de mayor intensidad en las poblaciones de pescadores-mariscadores.

La agricultura de la costa requiere de riego. No hay lluvias y, por lo tanto, la tierra solo se humedece por inundación, sea que el agua provenga de los cauces de los ríos que bajan de la cordillera o de los charcos que se forman a partir de la emergencia de aguas subterráneas. Eso impide una agricultura de secano o barbecho, con tierras humedecidas por lluvia. La introducción del maíz como un cultivo importante, si bien fue tardía en la costa, seguramente, fue un factor significativo para generar la exigente política de riego artificial que caracterizó al proceso centro-andino. En la sierra, donde su cultivo podía ser resuelto mediante un régimen de secano, no fue una práctica muy exigente y todo indica que durante el milenio precedente existía en un nivel tecnológico rudimentario.

Si bien no es un tema que tenga vigencia significativa en el debate actual, en las décadas pasadas se discutía con mucho énfasis el tema del origen del maíz y otros cultígenos, en el supuesto que la identificación de su fuente originaria de domesticación podía indicar la procedencia de "culturas" importadas y, desde luego, el maniqueo tema de "los orígenes". En la década de 1970, a raíz de sus estudios en el sitio de Los Gavilanes, de Huarmey, Duccio Bonavia[57] hizo un balance del estado en el que estaba el debate sobre el maíz, que en años posteriores a la década de los años ochenta no avanzó más. Dejando de lado las numerosas referencias anecdóticas, parecería que el balance se inclina a proponer una domesticación independiente andina, nacida en los valles templados de la sierra y, tal vez, con vínculos más al norte, partiendo de una raza muy primitiva de esta planta,[58] llamada "Confite Morocho".

Las evidencias sustentables para tal hipótesis siguen siendo escasas, procedentes de los trabajos de Thomas Lynch en el sitio del Guitarrero, en el Callejón de Huaylas; y los estudios del equipo de Richard S. MacNeish, en

57. Bonavia 1982: 346 y ss. Ver también, Bonavia y Grobman 1978.

58. Bonavia 1982: 369-371.

Ayacucho. En Guitarrero, se ha encontrado maíz en un contexto precerámico fechable entre 5780 a.C. y el primer milenio antes de nuestra era, calculándose que los maíces más viejos pueden datarse hacia 3000-2000 a.C., correspondientes a una época media del complejo III de la cueva del Guitarrero.[59] En Ayacucho, en la fase "Chihua", ubicada entre 4300 y 3100 a.C., se encontraron evidencias de cultivo de algodón, maíz y otras plantas.[60] W. Galinat, especialista en el tema, opinaba entonces[61] que este maíz ayacuchano pertenecía al complejo del "Confite Morocho" y representaba la evidencia de una domesticación independiente. Lo cierto es que, de uno u otro modo, en el tercer milenio el maíz se generalizó como una planta de cultivo tanto en la costa como en la sierra y, tal vez, en los trópicos húmedos.

En cuanto al algodón (*Gossypium barbadense*), que tuvo un importante papel en todo el proceso de "neolitización", según se sabe, se generalizó igualmente en esta época, si bien es evidente que su domesticación se inició antes. Según se sabe, solo existen cuatro especies cultivadas; dos de ellas en América (*G. barbadense* y *G. hirsutum*). El origen de estos algodones ha sido un asunto de mucho interés para los genetistas, desde que han descubierto que estas dos especies son "halopoliploides", especies híbridas que se han diferenciado por una suma de número de cromosomas de un algodón cultivado de Asia y un algodón silvestre de América.[62] La tendencia más favorecida parece orientarse a considerar que hubo una fusión entre una planta silvestre peruana (*G. raimondii*) o un ancestro similar, y una asiática cultivada que puede ser el *G. arboreum*. De otro lado, el *G. hirsutum*, que es mesoamericano, tiene en México una antigüedad de cerca de 5800 a.C., lo que significaría una hibridación muy anterior a las posibles influencias asiáticas y seguramente una domesticación independiente. Eso hace posible suponer que el *G. barbadense*, que se da en los Andes, podría igualmente haber tenido un proceso de hibridación independiente de cualquier

59. Smith 1980: 122. El problema es que el lapso de tiempo de probabilidad C14 es demasiado largo, dado que la fecha del maíz podía ser tanto de 5000 como de 2000 a.C., y en esta última fecha ya había maíz en la mayor parte de la costa peruana y, probablemente, en todo el Perú.

60. MacNeish *et al.* 1981: 223.

61. MacNeish *et al.* 1970: 38.

62. Towle 1961: 64.

influencia asiática. Es interesante advertir que en el Perú existe también una variedad silvestre o más bien no cultivada del barbadense. El algodón jugó un papel importante en el desarrollo económico y social de la costa gracias a la posibilidad de incorporar valiosos instrumentos de trabajo, como son las redes y cordeles de fibras elásticas y duraderas.

La población aumentó notablemente en relación a los períodos precedentes. Se produjo una progresiva concentración poblacional en las caletas próximas a los bancos de mariscos y en los bordes de manchas verdes, con agua dulce, cerca o lejos de los cursos de los ríos. Donde había recursos alimentarios, sean del mar o de la tierra, allí había un poblado.

Las primeras noticias de los asentamientos "neolíticos" sin cerámica fueron dadas por Junius Bird a raíz de sus excavaciones en Arica,[63] a las que, sin embargo, no se les dio un lugar espectable. Lo mismo ocurrió con el asentamiento de Áspero, en Supe, descubierto en 1941-42 por Gordon R. Willey y John M. Corbett[64] que, a la par que mostraba un notable desarrollo arquitectónico, no tenía cerámica. Luego, en 1946, Junius Bird estudió el sitio de Huaca Prieta, en Chicama, y entonces sí llamó la atención de la Academia, que comenzó a definir una edad "agrícola incipiente y precerámica". Desde 1957, con los estudios de Frederic Engel,[65] se inició el hallazgo de innumerables poblados de la época, a lo largo de toda la costa peruana y, más tarde, también en la sierra. Con estos hallazgos, se desmoronó la antigua idea "tecnologista", según la cual, la cerámica era un rasgo infaltable del "neolítico"; luego se confirmó que ocurría lo mismo en el Próximo Oriente y en Mesoamérica y, finalmente, en Egipto y el resto del mundo.

Huaca Prieta es el sitio paradigmático de esta época. Es una suerte de colina alargada, que forma un espolón sobre las playas donde se disuelve el valle de Chicama, casi encima del mar. Por tanto, la mayor parte de los restos depositados por el ser humano en este espolón es de origen marino; y sus habitantes, sin duda, eran gente de mar. El lugar fue excavado en 1946 por Junius B. Bird, como parte de un extenso proyecto conducido por el *Institute for Andean Research* de Nueva York, que se desarrolló mayormente en el valle de Virú. Precisamente, como parte del mismo proyecto, se excavó otro asentamiento similar en Guañape, llamado Cerro Prieto. El

63. Bird 1943, 1946.

64. Willey y Corbett 1954.

65. Bird 1948, 1963; Engel 1957, 1958, 1963.

informe de las excavaciones en Huaca Prieta ha sido publicado recién en 1985, gracias al esfuerzo del arqueólogo John Hyslop, cuando ya Bird había fallecido.[66]

Huaca Prieta es una colina de unos 12 metros de altura, formada por capas acumuladas de basura sobre los restos de edificios abandonados por sus sucesivos ocupantes. Está al borde de un viejo lecho del río Chicama, en las costas al norte de Trujillo, a más o menos unos 4 kilómetros del lecho actual del río y cerca de una pequeña caleta de pescadores que es conocida con el nombre de "El Brujo". Una playa de formación moderna separa el montículo del mar. Se trata de una zona aparentemente difícil para la pesca, con la playa llena de ripio, un mar ligeramente movido y sin abrigos naturales para la protección contra los vientos.

Huaca Prieta, según los registros arqueológicos, tuvo una larga ocupación precerámica, desde el tercer milenio hasta los finales del segundo milenio, es decir entre 3000 y 1200 a.C. aproximadamente. Son dos mil años de vigencia.[67] De acuerdo con la evaluación crítica realizada por Hyslop,[68] si bien no se aprecian cambios drásticos en la larga secuencia temporal del sitio, es posible registrar algunos que pueden ser significativos: en la fase VI, la más antigua, ya se hallan todos los componentes diagnósticos de la época; pero faltan unas casas características de los períodos más tardíos y solo aparecen signos de uso doméstico en determinados espacios, como si se tratara de campamentos. Parece, además, que la importancia de la pesca era muy grande, según se infiere de la abundancia de redes de pesca, anzuelos y huesos de pescado que hay en los depósitos.

En la siguiente fase, V, aparecen las primeras evidencias de decoración, tanto en textiles, como en calabazas. Los tejidos están hechos dentro de la primitiva técnica del "entrelazado" (*twined*) y los diseños son formados mediante el manejo diferenciado de hilos teñidos de azul, con pigmento rojo o simplemente de color natural del algodón marrón o blanco. En los dibujos se representan personajes zoomorfos, principalmente aves con las alas

66. Bird, Hyslop y Skinner 1985.

67. Según mediciones calibradas del sitio, la edad oscila entre 4380 y 2189 a.C. para la mayor parte de las muestras, aunque hay algunos restos cuya edad llega a estar entre 1800 y 1400 a.C. (Ziólkowski *et al.* 1994: 224 y ss.). Bird *et al.* 1985: 53, establecen el rango 3,000-1,200 como de la ocupación precerámica.

68. Bird, Hyslop y Skinner 1985: 245 y ss.

desplegadas y de perfil, serpientes bicéfalas y seres antropomorfos. Los mates son pirograbados y representan personajes antropomorfos y zoomorfos. Es difícil determinar que sean hombres y animales, porque su configuración no es retratista.

La tecnología textil se hizo muy importante a partir de la fase IV y, en especial, durante esa fase: es de esta época que proceden los mejores ejemplares textiles decorados con diseños figurativos y geométricos, y también en este tiempo aparecen nuevas técnicas textiles, luego extensivamente desarrolladas. En la fase IV se producen también cambios en el régimen alimenticio, con una clara reducción en el número de artefactos líticos y el consumo de peces y aves.

La fase III, que se estima próxima al año 2000 a.C., es decir, ya finalizado el tercer milenio, es una época de cambios mucho mayores, en varios aspectos, pero especialmente en los tejidos. La producción textil aumentó y técnicamente se hizo más variada, aun cuando disminuyeron y se simplificaron los tejidos y los mates decorados.

En la fase II, en pleno segundo milenio, esta tendencia continuó, pero se advierte un desplazamiento del consumo de los peces por el de los mariscos, lo que se acompaña de un mayor número de artefactos hechos de conchas. La fase se caracteriza por una mayor simplificación de la decoración textil, que no muestra ya diseños figurativos. Más tarde, aparece la cerámica, dentro de un contexto económico y social similar. En realidad, tal como lo señalaba Bird en sus escritos preliminares, se trata de una población más bien conservadora, con pocas innovaciones tecnológicas, y fuertemente adherida a la explotación de los recursos marinos.

En sus excavaciones, Bird encontró una arquitectura de piedras redondas que formaban muros adheridos a la basura para dar lugar a pequeñas casas, de planta oval o cuadrangular, semisubterráneas. Estas casas parecen haber estado, además, en relación con un gran muro de sostén que aún es visible. Las habitaciones estaban distribuidas sin plan alguno, con pequeñas entradas y escalones para comunicarse con la superficie. Las casas llegan a tener una profundidad de hasta 1,60 metros. Los techos parecen haber sido mayoritariamente sostenidos con vigas de madera, dispuestas de modo similar a una "barbacoa". Estas construcciones ocupan solo la parte superior de la colina, lo cual indica que durante el tercer milenio se fue desarrollando lentamente la tecnología de la construcción en esta zona. Ocurre una situación similar en el valle de Virú, al sur de Trujillo, en Cerro Prieto, un montículo semejante, excavado por W. D. Strong y Clifford

Evans,[69] donde se encontraron casas dispuestas en forma desordenada, hechas rústicamente, con muros de barro amasado con agua de mar.

La lectura de estos sitios norteños indica claramente que el desarrollo social en la primera parte del tercer milenio estaba básicamente constituido —en aquel tiempo— por una forma de vida aldeana que, además, tendía a manejarse con un esquema autárquico de producción y consumo, aun cuando aparecen evidencias de contactos —tal vez por vía marítima— con poblaciones alejadas, como las de Valdivia en la región del Guayas —a unos 500 kilómetros al norte— que, a la sazón, ya eran alfareros. Bird, en la tumba 903, encontró unos mates pirograbados con diseños que recuerdan mucho al estilo de la cerámica valdiviense de las fases 3-4.[70] No había dominio de la tecnología alfarera en el Perú para esas fechas y no lo hubo hasta inicios del segundo milenio, hacia 1800 a.C. En varios lugares están apareciendo testimonios del uso de la arcilla cruda para hacer figuritas modeladas e incluso imitaciones de recipientes de lagenaria en este tiempo, ya sea como resultado de contactos externos con pueblos alfareros, aunque no se reproducía la tecnología de la cerámica, o como formas precerámicas de uso espontáneo y autónomo de la plasticidad de las arcillas. En Áspero y en Caral, en el valle de Supe, y en Bandurria (cerca de Huaral, al norte de Lima), se han hallado muñecos modelados en barro sin cocer, del mismo tipo de unas miniaturas con representaciones antropomorfas, lagenaria y unos recipientes que parecen imitar lagenarias (mates) cortadas o morteros de piedra, que se han hallado en el sitio de Kotosh, en Huánuco, en la fase Mito, igualmente precerámica.

Al parecer, los cambios más notables en Huaca Prieta fueron resultado de sus esporádicos contactos con el exterior, ocupando una posición intermedia entre el Neolítico, con cerámica de los Andes ecuatoriales boscosos, y el complejo desarrollo que se comenzó a dar más al sur, en Ancash y Lima, que rompió el esquema simplista aldeano para organizar uno basado en la formación de grandes asentamientos de tipo urbano.

4. Una revolución en el norte fértil

En efecto, al sur de Trujillo, tanto en la costa como en la sierra, se produjo un gran salto poblacional durante el tercer milenio y los primeros siglos

---

69. Strong y Evans 1952.

70. Bird *et al*. 1985: 71.

del segundo, con significativos cambios sociales y económicos. Todo esto fue provocado por la intensificación de la actividad agrícola que pudo darse gracias al desarrollo de tecnologías anexas al simple cultivo de las plantas, lo cual transformó en amplios campos de cultivo a los fértiles conos de deyección de los ríos costeños y a las laderas hábiles de los Andes del Marañón. Asimismo, condujo a una nueva división del trabajo, donde, al lado de los trabajadores del campo —productores directos de los bienes de consumo— aparecieron los trabajadores de las tecnologías anexas que, a su vez, eran los conductores de las nuevas posibilidades de crecimiento económico y social.

Cerca del valle de Moche, entre Chicama y Virú, se halla un sitio conocido como "Alto Salaverry", que muestra una aldea más o menos compleja, con construcciones mayoritariamente domésticas, semisubterráneas como las de Huaca Prieta y Cerro Prieto, simples y sin orden aparente, que están junto a obras que podríamos considerar públicas o comunales. Estas últimas aparecen como unos complejos rectangulares que sugieren haber tenido una función comunera o supradoméstica, y que combinan recintos con plataformas y tumbas. Se trata de edificaciones de mejor elaboración arquitectónica de las supuestas unidades domésticas y se percibe claramente que su ubicación y construcción implicaron una cierta planificación.

Al lado de todo esto, finalmente, se encuentra un recinto, a modo de patio hundido, de planta circular, al que le atribuimos una función de obsertorio para fines calendáricos. Este tipo de recinto continuará usándose más adelante, siempre vinculado a fines cultistas, asociado a grandes templos o centros ceremoniales, y tiene un importante papel en el nacimiento de los trabajos no agrícolas que acompañan el proceso. Se supone que es un medio de medición precisa de los movimientos del sol y otros astros, en la conexión que tales movimientos tienen con los eventos agrícolas, tales como la llegada del agua por el cauce de los ríos, luego del solsticio de diciembre,[71] o como el ritmo de las actividades a desarrollar en el lapso intermedio, antes y después de cada campaña agrícola.

Si bien se conocen otros asentamientos similares en el área de Trujillo, como el de las Salinas, en el valle de Chao, muy cerca de Alto Salaverry, esta tecnología calendárica se asentó de manera vigorosa en los valles de Ancash y Lima, especialmente en Casma y Supe, donde seguramente se alcanzaron

71. Entre el 21 y 23 de diciembre, inicio del verano en el hemisferio sur.

los más altos niveles de desarrollo de este tiempo, con lugares como Las Aldas y Sechín, en Casma, o como el de Piedra Parada, que muestra el mismo tipo de instalación circular hundida, y los complejos de Áspero y Caral, en Supe. Son los primeros asentamientos urbanos del área andina y, hasta donde llegan los conocimientos actuales, de América.

Desde luego, no es de suponer que todos los asentamientos de la época tuvieran ese mismo modelo, con edificios públicos anexos. Por el contrario, son mayormente aldeas que siguen un patrón similar al de Huaca Prieta y Cerro Prieto.[72] En ese sentido, parece evidente que los agricultores y mariscadores de este tiempo estaban conectados y compartían una serie de formas de vida bastante próxima. Es presumible que tuvieran contactos frecuentes y fuentes comunes de abastecimiento de ciertos productos procedentes de la sierra o de los trópicos húmedos. La actividad agrícola concentraba a los habitantes en las proximidades del valle.

Hay un poblado de esta edad, antes de llegar a Casma, al norte, en el valle de Nepeña, conocido como "Los Chinos", donde hay varios grupos de casas de piedra, la mayoría de ellas subterráneas, agrupadas sin plan en la falda de los cerros que delimitan el valle. Hay allí casas aisladas y grupos de casas, como en Alto Salaverry, hechas de piedras irregulares grandes, unidas con barro, buscando que las caras interiores de los muros sean planas por la disposición de las piedras. Las casas eran indistintamente redondas o rectangulares, semisubterráneas, con una profundidad de hasta 1,5 metros bajo la superficie y de un área promedio de 1,5 por 1,8 metros. Se nota, en algunos recintos, la tendencia a adornar los muros con motivos geométricos, logrados con la ubicación de las piedras en el paramento. El problema es que no se ha hecho, en este lugar, un examen como para saber exactamente la edad y la secuencia interna de sus varios componentes.

En Casma, a unos pocos kilómetros al sur del límite actual del valle, se halla uno de los sitios espectaculares de la época, en la caleta de Las Aldas.[73] Este sitio contiene un vasto complejo de construcciones, correspondientes a edificios de función pública: uno de ellos asume una forma piramidal, al estar formado por hasta siete plataformas, las cuales fueron levantadas cubriendo una colina natural. Las casas aquí no eran subterráneas y

72. Hay algunos arqueólogos que consideran que una sección de los muros que sostienen los basurales de Huaca Prieta era parte de edificaciones ceremoniales que luego fueron reacondicionadas (referencia personal de Michael Tellenbach).

73. Algunos escriben "Haldas".

estaban encima de las rocas, con paredes lo suficientemente fuertes como para sostenerse sin ayuda de los desechos que actualmente las cubren. Sin embargo, la obra más importante en este lugar es del milenio posterior, cuando ya se conocía la cerámica, entre 1800 y 1200 a.C.

Cerca de Las Aldas, al sur, en la quebrada "Culebras", se conoce otro complejo arquitectónico que incluye viviendas de función doméstica y arquitectura pública. Culebras está en el lado sur de una bahía, cerca del cauce de un río actualmente seco. El sitio está completamente enterrado y se pueden notar varios tipos de estructuras: unas consisten en pequeñas unidades cuadradas o rectangulares, hechas con piedras irregulares de campo, con sus caras planas dando al paramento interior de los cuartos, como en Los Chinos de Huarmey. Otro tipo de estructuras consiste en edificios más grandes, pero que tienen además diseños arquitectónicos estructurales de efecto decorativo en las paredes, con nichos rectangulares que ornamentan las caras internas de los recintos. Un tercer tipo, finalmente, está constituido por formas diversas de edificios dispuestos en terrazas bordeadas de bloques de piedra, con piedras grandes levantadas para producir un efecto ornamental. Las terrazas, como en Las Aldas, van pegadas a las faldas de un cerro, desde la mitad hasta la cumbre, apreciándose en la parte central unas largas graderías de piedra, que bajan desde la terraza superior hasta la base misma de la terraza más baja. Hay también pasadizos y construcciones de uso desconocido. Los muros de algunas casas muestran vestigios de recubrimientos con barro y se advierten además superposiciones de pisos. Nuevamente, el examen arqueológico de este sitio es insuficiente, aun cuando es muy clara su pertenencia al período.

A fines del período, el valle de Casma se convirtió en un centro de primerísima magnitud. Allí se logró organizar centros ceremoniales de una magnitud solo comparable con los de los períodos clásicos más tardíos. El mayor fue, sin duda, Sechín Alto, que tenía un largo de casi 2 kilómetros por un ancho de casi 1 kilómetro. Estaba formado por una inmensa pirámide principal, que Julio C. Tello[74] tenía como la obra arquitectónica más grande que se había hecho en la costa peruana en todos los tiempos: tiene una planta de 200 por 350 metros y una altura de casi 35 metros sobre el piso del valle. Frente a la pirámide se extiende una gran avenida, formada por plazas y patios construidos a distintos niveles, con un área de 400 por

74. Tello 1956.

1,400 metros. En el eje del sistema de plazas existen, por lo menos, dos pozos circulares; y la gran avenida está delimitada por un conjunto numeroso de edificios de menor tamaño, también con plataformas, orientados todos de acuerdo con un eje central que mira hacia el noreste.

A este complejo magnífico, se agrega el precioso edificio conocido como Cerro Sechín, en el mismo valle, a unos kilómetros del centro urbano de Sechín Alto. En este lugar, descubierto por Julio C. Tello en 1937, se encuentra uno de los ejemplos más acabados de lo que parece haber sido un ritual de antropofagia, si seguimos el dato de que estas prácticas eran características del período. En un muro de piedra, que rodea una plataforma que contenía recintos de tipo sagrado, aparecen cientos de estelas de forma irregular, en cuya única cara plana, se presentan grabadas las imágenes más rotundas de la desarticulación anatómica de seres humanos: ojos, orejas, cabezas sin ojos, vértebras, omóplatos, pelvis, piernas, brazos, manos, pies y, desde luego, vientres con las vísceras flotando, cuerpos partidos en dos, sangre, dolor. Cada tema en una losa, junto a los sacerdotes o quienes fueran, con sus guadañas o lanzas, elegantemente vestidos, guardaban o miraban los despojos, que estaban cubriendo el muro de más de 3 metros de alto, presididos por dos finos estandartes —tal vez con pieles de bandera— que estaban colocados a cada uno de los lados de una grandiosa escalinata, de varios metros de ancho, que daba acceso a la parte alta de la plataforma. En la parte trasera del templo, una puerta guardada por dos guerreros, daba acceso al interior. ¿Era el acceso para los sacerdotes o tal vez los sacrificados?

El templo no era de piedra, sino de adobes, barro sobre el cual había una serie de figuras pintadas en vivos colores; pero, al parecer, gran parte de esos diseños fueron posteriores al templo de losas grabadas. Incluyen la imagen de unos felinos muy "naturalistas", unos peces fantásticos y personajes similares a los "sacerdotes" de las piedras.

En Supe, se dio un proceso similar al de Casma, aunque con características propias y al parecer de una época anterior. Se trata de la formación de asentamientos muy complejos, como los encontrados en Áspero y Caral, que consisten en poblados con un conjunto de edificios públicos en forma de montículos con plataformas de tendencia piramidal, asociados a viviendas comunes. Robert Feldman[75] excavó la llamada "Huaca de los Ídolos",

75. Feldman 1980.

que es un edificio piramidal en cuya cúspide se encuentra una serie de recintos que han sido asumidos como componentes de un templo o centro de culto. Pero, desde luego, esta pirámide es solo parte de un complejo de edificios similares, dispuestos sobre una colina y sus faldas, en las proximidades al valle de Supe, cerca de su desembocadura. Hay seis montículos mayores, algunos dispuestos en pares y otros aislados, que pudieron haber sido construidos en varios momentos o haber funcionado simultáneamente. Junto a ellos, hay once montículos menores y un área muy vasta con restos de deposición de origen doméstico, que se asocian a las viviendas de quienes ocuparon estos espacios.

Es notable la carencia de orientación única para los edificios supuestamente ceremoniales, los que obedecen más bien a las condiciones topográficas de las falderías sobre las que se asentaron. Al parecer, esta configuración natural fue la que contribuyó también a la agrupación o aislamiento de los edificios. Este hecho pone en cuestión la función de instrumento calendárico para fines de observación astral que se pretende asignar a las primeras obras colectivas, que ya hemos conocido en páginas precedentes. No puede, pues, descartarse que otras obras comunales pudieran tener un destino diferente, tal vez de rango comunitario, como expresión de las nacientes formas de diferenciación social que surgían de las nuevas formas de división del trabajo. Desde luego, el carácter "público" de estas edificaciones no se refiere solo a su presunta función ceremonial o comunal, sino al hecho de que la obra implica un trabajo superior al de la unidad doméstica.

La construcción de los montículos de Áspero y Caral fue hecha con una tecnología bastante rudimentaria y más o menos generalizada en la región central del Perú: se hacía una suerte de "cajón" con muros de mampostería simple, rellenándolo con bolsas hechas de junco o caña brava que formaban una suerte de "canastas", dispuestas una al lado de las otras y retenidas, en sus extremos, con los muros de mampostería que, a su vez, servían de paramento del montículo. El trabajo invertido en estos edificios implica la obtención y traslado de los grandes bloques de piedra reunidos en las "canastas", así como la construcción de las grandes redes o canastas de junco y el levantamiento de los muros perimetrales; es decir, implica una comunidad organizada y relativamente numerosa.[76]

76. Se presume que ese es el origen de los grandes muros que se encontraron en Huaca Prieta, de modo que la formación del montículo no se originó por la

De acuerdo con los fechados radio-carbónicos,[77] la edad de los restos de Áspero coincide largamente con la de Huaca Prieta, oscilando entre 4042 y 2200 a.C., con una ubicación en la mitad del tercer milenio para los restos de la Huaca de los Ídolos. A esto se suma el estudio extenso que se ha hecho en el asentamiento de Caral, por la arqueóloga Ruth Shady, que confirma la riqueza de este proceso, lo que de algún modo adelanta en más de un milenio el origen del proceso civilizatorio andino.

La organización compleja de los asentamientos costeros arcaicos continúa hacia el sur de modo más rotundo, incluyendo una mayor tendencia a la uniformidad. Uno de ellos es el asentamiento de Río Seco, examinado por W. E. Wendt.[78] Se trata de una agrupación de montículos al norte del valle de Chancay, que se ubica casi al borde del mar y en la ribera sur del cauce seco de un río. Junto a unos restos de vivienda, con desechos de plantas cultivadas y de productos del mar, aparecen hasta seis grandes montículos y varios menores, como en Áspero y Caral. Las casas están agrupadas en unidades aisladas, sin orden visible. El montículo más grande, el número 6, tiene una arquitectura hecha a base de grandes bloques de piedra, bloques de coral y huesos de ballena. El montículo 7 contiene varios recintos, siendo el central el más complejo.

A diferencia de los edificios públicos, las unidades domésticas eran sencillas, de planta rectangular, conformadas por muros bajos, de piedra unida con barro, con lo que se cimentaba una estructura de troncos y cañas que sostenían el techo. Según menciona Fréderic Engel,[79] había, además, evidencias y restos de almacenes o depósitos de alimentos, como en Los Gavilanes de Huarmey.

La existencia de almacenes o depósitos de alimentos, construidos en conexión con los poblados, ha sido reforzada por el estudio de pozos excavados en la arena, asociados a materiales depositados a finales del tercer milenio, en el sitio Los Gavilanes, en Huarmey.[80] Los depósitos o "collcas" fueron, en los Andes, la base de sustento y reproducción del sistema

---

deposición, como parecía en un principio, sino como resultado de la construcción de un edificio macizo, para cuyo relleno se utilizaron, tal vez, desechos de basura.

77. Feldman 1980: 246; Ziólkowski *et al.* 1994: 295-296; 465-466.

78. Wendt 1964.

79. Engel 1958.

80. Bonavia 1982.

urbano. En períodos más tardíos, cada centro poblado debía disponer de almacenes, aparte de aquellos que cada familia guardaba para su sustento. Además de ser una reserva para librar las vicisitudes propias del medio, los almacenes se ligan también a la acumulación de excedentes al servicio de un sector diferenciado de los habitantes: los jefes, sacerdotes u otros miembros de la comunidad, que requieren una reproducción social superior a las demandas de su propia vida doméstica o no participan de la producción directa de bienes de consumo. En los depósitos se almacenaban alimentos, ropa y —a veces— bienes de prestigio.

En el valle del Chillón, ya casi en los límites geográficos y temporales de este proceso, en los valles de Lima, se ha identificado el asentamiento conocido como "Paraíso". Está cerca de la boca del río Chillón y a unos 2 kilómetros del mar. Representa la etapa final de un proceso que ha sido segregado en tres fases, ocurridas a fines del Tercer milenio y comienzos del Segundo,[81] a base del registro de la evolución de la tecnología textil. Según los arqueólogos Moseley y Barret, en la fase más antigua, bautizada como "Playa Hermosa", la técnica textil dominante era una de tejidos entrelazados (*twined*) de una sola hebra; mientras que en la segunda, bautizada como "Conchas", los tejidos se hicieron más complejos gracias al agregado de pares de hilos separados; y, en la tercera —"Gaviota"— son dominantes estos últimos. Esta secuencia que, aparentemente funcionó en la costa próxima a Lima, no necesariamente tuvo el mismo orden ni los mismos componentes en otras partes, donde se encuentran todas las técnicas textiles, pero con un orden distinto o sencillamente sin orden ninguno. Es lo que ocurre en Áspero, Los Gavilanes y Huaca Prieta.

De acuerdo con esta pauta cronológica, en las primeras fases, los sitios habrían sido más pequeños, cubriendo solo unos cientos de metros cuadrados, pero al final crecieron hasta cubrir varias hectáreas. Thomas C. Patterson[82] menciona que hubo unas 100 personas viviendo en el área al comenzar el período y unas 1,500 al concluir el mismo, durante la fase Gaviota. Las fases iniciales habrían ocupado el valle bajo entre 2500 y 1900 a.C. y la fase Gaviota entre 1900 y 1500 a.C., época en que llegó la cerámica a la costa central.

Paraíso corresponde a esa última fase: es, además, el asentamiento mayor de la época en Lima. Es un complejo arquitectónico que cubrió

81. Moseley y Barret 1969.

82. Patterson 1971.

entre 50 y 60 hectáreas, con cuartos aglutinados y algunos recintos de carácter público. Las construcciones son de piedras de campo unidas con barro y con los paramentos cubiertos con barro enlucido. En algunos muros, se advierten unos sencillos trazos incisos en el estuco, a modo de "grafitti", que forman figuras no definidas.

Las fronteras del proceso comentado se ubican en los desiertos al sur de Lima y, tal vez, en los mismos valles del Rímac y Lurín. De hecho, más al sur hay un largo trecho de dominio árido, donde los intermitentes y débiles cauces de los ríos de Chilca, Asia y aun Mala, son insuficientes para sustentar una agricultura con alta capacidad de concentración, como sí ocurría en los valles de Supe y Casma, entre otros. En la frontera sur del proceso, se registra un esquema más bien conservador, donde habitaban aquellos a quienes Max Uhle hubiera llamado "pescadores primitivos". De algún modo, se mantuvieron condiciones similares a las que existían en el milenio precedente, aun cuando hay indicios de conexiones de estos pescadores-recolectores con los agricultores del norte.

En el valle de Asia, se logró estudiar una aldea con chozas de junco que, además, tenía un recinto rectangular (llamado "Unidad I") que se presentaba como un pequeño montículo de unos 15 metros de circunferencia y 1 metro de alto. Esas construcciones estaban hechas con muretes hechos de barro, de los que solo subsiste la base que alcanza hasta unos 80 cm de alto, aunque es presumible que no llegaron a ser mucho más altos. Estas paredes encierran un recinto rectangular de 12,5 metros de largo, con cuartos interiores y una entrada al norte. Tiene tumbas en el subsuelo, como ocurre en los sitios de Chilca, y su edad se sitúa a fines del segundo milenio, hacia 1300 a.C.

Es importante advertir que en Asia se encuentran objetos que, obviamente, fueron llevados desde tierras alejadas; uno de ellos es una pieza de *Spondylus princeps* ("mullu") que —como sabemos— es un molusco de aguas calientes, que solo pudo llegar hasta allí gracias a algún intercambio o cualquier otro medio de aprovisionamiento. Desde luego, en la época en que esto ocurría en Asia, es muy probable que el tráfico de "mullu" estuviera ya generalizado en el norte fértil.

Mucho más al sur, los asentamientos conocidos son simples aldeas o caseríos de pescadores, generalmente, cerca de caletas ricas en mariscos. Es el caso de Otuma, un paraje próximo a Paracas, que contiene una estación de pescadores de la época, así como también los caseríos encontrados en Ica, Nasca y más al sur.

5. Revolución en la hoya del Marañón-Huallaga

La sierra norte, entre Ancash y Huánuco —donde se forman los cauces de los ríos Marañón y Huallaga, nacidos en el nudo montañoso de Pasco—, es otra zona que se vio seriamente afectada por el desarrollo agrícola, generando un proceso de agresivo desarrollo económico y social, con formas de conducta que salían de los moldes típicos del "Neolítico". A diferencia de la costa norte, la agricultura dominante no era de riego, sino de secano y barbecho. De modo que, a diferencia de la costa, el estímulo hidráulico no tuvo un papel destacado. También, a diferencia del proceso costeño, el proceso en la sierra parece ser más uniforme.

Todos los indicadores conocidos inducen a definir un patrón serrano con un fuerte componente oriental. Parece que tuvo mucha importancia en los Andes orientales la cuenca alta del Huallaga, ubicada en las vecindades de la Amazonía, aunque su ámbito de desarrollo incluye las cordilleras central y occidental. Se trata de una región templada, con lluvia constante durante el verano —época que dura más de tres meses cada año—, muy favorable para la adaptación de plantas meso y macrotérmicas. Tiene abundancia de frutales diversos y posibilidad de caza de venados, conejos (*Sylvilagus sp.*), vizcachas (*Lagidium peruvianus*) y otras especies menores. La producción de maíz se ve favorecida por el régimen de lluvias, sin la exigencia de redes de riego ni obras complejas de preparación de los terrenos. Del mismo modo, se puede sembrar yuca (*Manihot utilíssima*) sin dificultad y frutales carnosos, como la chirimoya (Annona *cherimolia*), la lúcuma (*Lucuma bifera*) o la palta, avocado o aguacate (*Persea americana*), y frutas delicadas como el pacae (*Inga fueillei*), formando huertas que combinaban los árboles con matorrales de zapallos (*Cucurbita moschata, C. ficifolia*), calabazas (*Lagenaria siceraria*) y plantas silvestres de uso diverso.

Allí, en asociación con poblados de casas hechas con piedra y barro, aparecieron unos edificios de aparente función ceremonial, consistentes en recintos que tenían en el centro un fogón muy elaborado, que incluía sistemas de oxigenación subterránea. El primer sitio de esta naturaleza fue encontrado en 1960 en la cordillera oriental, por la misión japonesa dirigida por Seiichi Izumi,[83] en Kotosh, cerca de la ciudad de Huánuco, en las cabeceras del río Huallaga, en el mismo lugar donde Julio C. Tello había

83. Izumi y Sono 1963.

sugerido que debía hallarse el testimonio de la forma primigenia de la civilización andina. Solo que en los tiempos de Tello, ese "Neolítico" era con cerámica. Se halló la fase con cerámica que fue bautizada como "Kotosh"; pero debajo apareció una fase precerámica, a la que se denominó "Mito", que era el nombre del río local, y que se trata de una ocupación que se inicia en el tercer milenio.

La fase Mito está representada por una serie de edificios con fogón central, los que fueron bautizados como Templo Norte, Templo Blanco, Templo de las Manos Cruzadas y Templo de los Nichitos. Son recintos cuadrangulares, hechos con muros de piedra de campo unida con barro y con la cara plana en el paramento. En el Templo de las Manos Cruzadas, los muros se conservaron altos, lo que permitió observar en el interior de los recintos la existencia de nichos rectangulares angostos, perpendiculares al piso, en cuyo interior fueron hallados restos de huesos a modo de ofrendas. Debajo de dos de los nichos, se encontraron manos, más bien brazos, modelados en barro, cruzados, de tamaño natural.

Al centro de los recintos hay una sección, generalmente a dos niveles, con una especie de banqueta que rodea un pequeño patio plano, en cuyo centro hay un hogar. El hogar reviste especial importancia, pues se trata de un fogón excavado cuidadosamente en el patio que tiene un tubo subterráneo que lo alimenta de aire desde el exterior y que se inicia en el fondo del hoyo, conectándose horizontalmente con el exterior. De la observación de un corte hecho en uno de estos fogones, se desprende que eran usados en períodos prolongados, abandonados y luego vueltos a usar. Quizá estos hogares cumplieron la función de conservar el fuego permanentemente, frente a la dificultad de producirlo en recintos cerrados y techados, con algún tipo de ritual y especialistas adscritos. En el sitio Paraíso, de la costa de Lima, se hallaron elementos semejantes, pero el fenómeno no es común en los sitios costeros.

Este tipo de elementos, vienen siendo encontrados cada vez con más frecuencia en sitios de la región, como ocurre en Piruro, Tantamayo (Huánuco), donde Elisabeth Bonnier y Catherine Rosenberg han encontrado recintos con las mismas características[84] y de la misma época, en asociación con viviendas subterráneas. Un hallazgo similar ha sido hecho en el sitio "La Galgada", que se encuentra en la cordillera occidental, en la

84. Bonnier, Zegarra y Tello 1985.

provincia de Pallasca, y que consiste en una serie de edificios de este tipo en un excelente estado de conservación. Los recintos tienen un horno central, nichitos en los muros y pisos pulidos. Como en los templos de Kotosh, se ingresa a estos recintos por un vano central, ubicado en uno de los muros que da acceso al cuarto rectangular, en cuyo centro está el hogar circular que recibía ventilación por medio del tubo construido con piedras y que tenía salida por debajo del umbral del vano. Rodeando al hogar, igualmente, hay una banqueta. Terence Grieder ha ubicado algo similar en Santiago de Chuco, en un lugar llamado Pajillas,[85] mientras que Richard Burger ha hallado, en el Callejón de Huaylas, recintos del mismo tipo, tanto en la fase precerámica como en la que tiene cerámica inicial. En Chavín, John Rick ha encontrado una capa con restos de un hogar que puede ser de este tiempo.

6. La aparición de la cerámica

Obviamente, cuando se difundió la cerámica en el Perú, tanto el régimen de la costa, como el de la sierra, estaban en pleno desarrollo, de modo que la fase "Formativa" que se inicia con su presencia es, en realidad, una prolongación del Arcaico. La difusión de la cerámica, desde el norte y el oriente, fue un evento dinamizador del proceso centro-andino, que afirmó las tendencias enunciadas en este capítulo, aun cuando no representó una fuente de grandes innovaciones tecnológicas. La antigua idea de que la difusión de la cerámica era un indicio del traslado de "culturas" totales no tiene el más mínimo sostén.

De acuerdo con los datos disponibles, la cerámica llegó a los Andes centrales en la primera parte del segundo milenio, difundiéndose a lo largo del territorio entre los años 1800 a 1200 a.C., tanto en la costa como en la sierra. Como ya está dicho, en varios lugares se ha encontrado el uso de barro crudo para modelar figurillas. Podría pensarse que estamos frente a comunidades que estaban en proceso de descubrir las virtudes de la arcilla, más allá de sus aptitudes plásticas, en camino hacia la terracota; pero debido a que unos años después apareció la cerámica en los mismos lugares, enteramente formada y evidenciando una cierta tradición alfarera previa, bien podemos asumir que los alfareros de Valdivia u otros de la Amazonía fueron los responsables de su difusión. Es posible, igualmente,

---

85. Bueno y Grieder 1979.

que la aparición casi simultánea de estos objetos de arcilla cruda en los contextos arcaicos del litoral y la sierra fuese el resultado de los primeros contactos con pueblos alfareros. A eso se agrega la evidencia que indica la existencia de intercambio con la zona valdiviana, como se prueba por la presencia de *Spondylus* en lugares como Los Gavilanes[86] o la concurrencia estilística de los diseños de los mates pirograbados de Huaca Prieta y los de la cerámica de Valdivia.

86. Bonavia 1982: 143.



Puntas talladas en piedra, Maqui.



Puntas talladas en piedra, Cajamarca.



Punta tallada en piedra, Cajamarca.



Maíz fosilizado, Huánuco.

Bibliografía

Adovasio, J. M. y Robert Maslowski
1980 "Cordage, basketry, and textiles". En: *Guitarrero Cave: early man in the Andes*, ed. Thomas Lynch, 253-290. Nueva York: Academic Press.

Adovasio, J. M. y D. R. Pedler
1997 "Monte Verde and the antiquity of humankind in the Americas". *Antiquity* 71 (273): 573-580.

Aldenderfer, Mark S.
1988 "Middle Archaic Period domestic architecture from southern Peru". *Science* 241: 1828-1830.

1990a "Asana: Un yacimiento arcaico al aire libre en el sur del Perú". En: *Trabajos arqueológicos en Moquegua, Perú*, eds., Luis Watanabe, Michael Moseley y Fernando Cabieses, 91-104. Lima: Programa Contisuyo del Museo Peruano de Ciencias de la Salud - Southern Peru Copper Corporation.

1990b "Sistemas de asentamientos del Arcaico en la sierra de Osmore, sur del Perú". En: *Trabajos arqueológicos en Moquegua, Perú*, eds., Luis Watanabe, Michael Moseley y Fernando Cabieses, 63-90. Lima: Programa Contisuyo del Museo Peruano de Ciencias de la Salud - Southern Peru Copper Corporation.

1990c "Late preceramic ceremonial architecture at Asana, Southern Peru". *Antiquity* 64: 479-493.

Alva, Walter
1986 *Las Salinas de Chao. Asentamiento temprano en el Norte del Perú*. Munich: C. H. Beck. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, Band 34.

Ardila, Gerardo
1999 "El poblamiento de los Andes (10 000 – 7 000 a.C.)". En: *Historia de América andina, vol. 1: Las sociedades aborígenes*, ed. Luis Guillermo Lumbreras, 47-76. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Ardila, Gerardo y Gustavo Politis
1992 "Nuevos datos para un viejo problema: Investigaciones y discusiones en torno del poblamiento de América del Sur". *Boletín del Museo del Oro* 23: 3-13. Bogotá: Banco de la República.

Arntz, Wolf E. y Eberhard Fahrbach
1996 *El Niño. Experimento climático de la naturaleza. Causas físicas y efectos biológicos*. Traducción de Claudia Wosnitza-Mendo y Jaime Mendo. México: Fondo de Cultura Económica.

Barber, Richard T. y Francisco P. Chávez
1983 "Biological Consequences of El Niño". *Science* 222 (4629): 1203-1210.

Bate, Luis Felipe
1983 "Comunidades primitivas de cazadores recolectores en Sudamérica". En: *Historia general de América*, 2 (I-II). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela.

1986 "El modo de producción cazador recolector". *Boletín de Antropología Americana* 13. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

1999 "Las comunidades andinas pre-tribales, los orígenes de la diversidad". En: *Historia de América andina, vol. 1: Las sociedades aborígenes*, ed. Luis Guillermo Lumbreras, 77-108. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Beadle, George
1977 "The origins of *Zea Mays*". En: *Origins of Agriculture*, ed. Ch. E. Reed, 615-637. The Haye: Mouton.

Benfer, Robert A.
1982 "El proyecto Paloma de la Universidad de Missouri y el Centro de Investigaciones de Zonas Áridas". *Zonas áridas* 2: 23-51. Lima: Universidad Nacional Agraria. Centro de Investigaciones de Zonas Áridas.

1983 "The chalenges and rewards of sedentism: the Pre-ceramic village of Paloma, Peru". En: *Paleopathology and the Origins of Agriculture*, eds. M. Cohen y G. Armelagos, 531-558. Nueva York: Academic Press.

1986 "Holocene coastal adaptations changing demography and health at the fog oasis of Paloma, Perú, 7500-5000 BP". En: *Andean Archaeology. Papers in Memory of Clifford Evans*, eds. Ramiro Matos Mendieta, S. A. Turpin y H. H. Eling, Jr., 45-64. Los Angeles: University of California. Institute of Archaeology.

Beynon, Diane E. y Michael I. Siegel

1981 "Ancient human remains from Central Peru". *American Antiquity* 46 (1): 167-178.

Bird, Junius B.

1943 "Excavations in Northern Chile". *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 38 (4). Nueva York.

1948 "Preceramic cultures in Chicama and Viru". *American Antiquity* 13, Part 2, Memoir 4 (2): 21-28. Salt Lake City: Society for American Archeology.

1963 "Pre-ceramic art from Huaca Prieta. Chicama valley". *Ñawpa Pacha* 1: 29-34. Berkeley: Institute of Andean Studies.

1965 "The Concept of a 'Pre-Projectile Point' Cultural Stage in Chile and Peru". *American Antiquity* 31 (2), Part 1: 262-270.

1970 "Culturas precrerámicas en Chicama y Virú". En: *100 años de Arqueología peruana*, ed. Roger Ravines, 111-121. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Bird, Junius B.; John Hyslop y Milica D. Skinner

1985 "The preceramic excavations at the Huaca Prieta, Chicama Valley, Peru". *The American Museum of Natural History Anthropological Papers* 62 (1): 1-294. Nueva York.

Bonavia, Duccio

1982 *Los Gavilanes. Precerámico peruano: mar, desierto y oasis en la historia del hombre*. Lima: Corporación Financiera de Desarrollo e Instituto Arqueológico Alemán.

Bonavia, Duccio y Alexander Grobman

1978 "El origen del maíz andino". En: *Estudios Americanistas I: Homenaje a H. Trimborn*, eds. R. Hartmann y U. Oberem, 82-91. St. Augustin: Haus Völker und Kultwes, Anthropos-Institut.

Bonnier, Elizabeth

1988 "Arquitectura precerámica de la Cordillera de los Andes, Piruru frente a la diversidad de los datos". *Anthropológica* 6: 335-361. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Bonnier, Elizabeth y Catherine Rozenberg
1988 "Del santuario al caserío: acerca de la neolitización en la Cordillera de los Andes centrales". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 17(2): 23-40. Lima.

Bonnier, Elisabeth; Julio Zegarra y Juan Carlos Tello
1985 "Un ejemplo de crono-estratigrafía en un sitio con superposición arquitectónica Piruru-Unidad I/II". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 14 (3-4): 80-101. Lima.

Bryan, Alan L. y Ruth Gruhn
1992 "La discusión sobre el poblamiento pleistocénico de América del Sur. Las sociedades americanas del post-Pleistoceno Temprano". *Revista de Arqueología Americana*, ene-jul: 233-261. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Bueno, Alberto y Terence Grieder
1979 "Arquitectura precerámica de la Sierra Norte". *Espacio* 1 (5). Lima.

1980 "La Galgada: Nueva clave para la arqueología peruana". *Espacio* 2 (9). Lima.

Cabrera, A. L.
1968 "Ecología vegetal de la puna". En: *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, ed. Carl Troll, 91-116. Bonn: Universität Bonn; F. Dümmlers.

Cardich, Augusto
1958 "Los yacimientos de Lauricocha. Nuevas interpretaciones de la Prehistoria Peruana". *Acta Prehistórica* 2: 1-65. Buenos Aires.

1959-60 "Ranracancha: un sitio prehistórico en el Departamento de Pasco, Perú". *Acta Prehistórica*, vol. 3-4: 35-48. Buenos Aires.

1964-65 "Lauricocha. Fundamentos para una prehistoria de los Andes peruanos". *Acta Prehistórica* 8-10 (1): 3-171. Buenos Aires.

1973 "Exploración en la cueva de Huargo, Perú". *Revista del Museo Nacional*, 39: 11-47. Lima.

1978a "Nuevas excavaciones en Lauricocha". *Kotosh: Revista de cultura* 3: 4-9. Huánuco.

1978b "Descripción y tipología de las industrias líticas más antiguas de los toldos". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 12: 225-242.

1978-80 "Notas sobre una visita al cerro Chivateros". *Revista del Museo Nacional* 44: 13-22. Lima.

1991 "Descubrimiento de un complejo precerámico en Cajamarca, Perú". *Antropología* 83: 39-51. La Plata: Notas del Museo de La Plata.

Carranza, Luis
1891 "Contra-corriente marítima, observada en Paita y Pacasmayo". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1 (9): 344-345.

Carrillo, Camilo
1892 "Hidrografía oceánica". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 1er. trimestre: 72-111.

Castro, Victoria y Miriam Tarrago
1992 "Los inicios de la producción de alimentos en el cono sur de América". *Revista de Antropología Americana* 6: 91-124. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Chauchat, Claude
1977 "El Paijanense de Cupisnique, problemática y metodología de los sitios líticos de Superficie". *Revista del Museo Nacional* 43: 13-26. Lima.

1982 "Le Paijanien du désert de Cupisnique". Thése de Doutorat, Université de Bourdeaux I.

1987 "Niveau marin, ecologie et climat sur la côte nord du Pérou à la transition Pléistocene – Holocène". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 16 (1-2): 21-27. Lima.

1988 "Early hunter-gatherers on the Peruvian coast". En: *Peruvian Prehistory. An Overview of pre-Inca and Inca Society*, ed. R. W. Keatinge, 41-66. Cambridge: Cambridge University Press.

Chauchat, Claude y J. P. Lacombe
1984 "El hombre de Paiján ¿el más antiguo peruano?" *Gaceta Arqueológica Peruana* 11: 4-6, 12. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

Clark, James A. y Craig S. Lingle
1979 "Antarctic ice-sheet volume at 18 000 years B. P. and Holocene sea-level changes at the West Antarctic margin". *Journal of Glaciology* 24 (90): 213-230.

Correal, Gonzalo y Thomas van der Hammen
1977 *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos del Tequendama*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular.

Cuatrecasas, José
1968 "Paramo vegetation and its life forms". En: *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, ed. Carl Troll, 163-186. Bonn: Universität Bonn; F. Dümmlers.

Damp, Jonathan
1988 *La primera ocupación Valdivia de Real Alto: patrones económicos, arquitectónicos e ideológicos*, 3. Quito: Corporación Editora Nacional - Espol. Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología.

Dauelsberg Hahmann, Percy
1983a "Tojo-Tojone: un paradero de cazadores arcaicos. Características y secuencia". *Chungara* 11: 11-30. Arica: Universidad de Tarapacá.

Díaz, Amanda y Luc Ortlieb
1993 "El fenómeno 'El Niño' y los moluscos de la costa peruana. Registro del Fenómeno El Niño y de Eventos Enso en América del Sur". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 22 (1): 159-177. Lima.

Díaz, H. F. y V. Markgraf (eds.)
1992 *El Niño: Historical and Paleoclimatic Aspects of the Southern Oscillation*. Nueva York: Cambridge University Press.

Díaz Suárez, P.
1976 "Informe nacional sobre el agua". En: *Recursos naturales del Perú, 1: Antología*, comp. P. Díaz Suárez, 65-84. Lima: Retablo de Papel.

Dillehay, Tom D.
1982 "Monte Verde: aporte al conocimiento del paleoindio en el extremo sur". *Gaceta Arqueológica Andina* 4-5. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

1989 *Monte Verde: A Pleistocene Settlement in Southern Chile*, I. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

Dillehay, Tom; Gerardo Ardila; G. Politis y M. C. de Moraes Coutinho Beltrão

1992 "Earliest Hunthers amd Gatherers of South America". *Journal of World Prehistory* 6 (2): 145-204.

Dollfus, Olivier

1981 *El reto del espacio andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Donnan, Christopher B.

1964 "An early house from Chilca, Peru". *American Antiquity* 30 (2): 137-144.

Engel, Fréderic

1957 "Sites et établissements sans céramique de la côte péruvienne". *Journal de la Société des Américanistes* 46: 67-155.

1958 "Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la costa peruana". *Arqueológicas* 3. Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología.

1960 "Un groupe humain datant de 5000 ans a Paracas, Pérou". *Journal de la Sociéte des Americanistes* 49: 7-35.

1963 "A preceramic settlement on the central coast of Perú: Asia, Unit 1". *Transactions of the American Philosophical Society*, 53, Part 3: 1-139. Philadelphia.

1964 "El Precerámico sin algodón en la costa del Perú". *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas* (México, 1962), 3: 141-152. México.

1966a "Le complexe précéramique d'El Paraíso (Pérou)". *Journal de la Société des Américanistes* LV-I: 43-96. París.

1966b *Geografía humana prehistorica y agricultura precolombina de la Quebrada de Chilca. I.* Tomo I. Lima: Universidad Agraria.

1967 "El complejo El Paraíso en el valle del Chillón, habitado hace 3,500 años: nuevos aspectos de la civilización de los agricultores del pallar". *Anales científicos* 5 (3-4): 241-280. Lima: Universidad Nacional Agraria.

1970a "La grotte du mégathérium a Chilca et les écologies du haut-halocène péruvien". En: *Echanges et communications. Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss à l'occasion de son 60ème anniversaire*, comps. Jean Pouillon y Pierre Maranda, 413-436. La Haye: Mouton.

1970b “Exploration of the Chilca Canyon, Peru”. *Current Anthropology* 11 (1): 55-58.

1980 “Paloma”. *Prehistoric Andean Ecology. Man, Settlement and Environment in the Andes*. Nueva York: Humanities Press.

1987 *De las begonias al maíz. Vida y producción en el Perú antiguo*. Lima: Universidad Nacional Agraria. Centro de Investigaciones de Zonas Aridas (Ciza).

1988 “Chilca, Pueblo 1. Implementos de hueso”. *Ecología prehistórica andina. El hombre, su establecimiento y el ambiente de los Andes. La vida en tierras áridas y semiáridas*. Lima: Centro de Investigaciones de Zonas Aridas (Ciza). Universidad Nacional Agraria.

Feldman, Robert A.

1980 “Aspero, Peru: architecture, subsistenbce economy and other artifacts of a preceramic maritime chiefdom”. Tesis doctoral, Harvard University.

Ferdon Jr., Erwin N.

1981 “Holocene Mangrove Formations on the Santa Elena Peninsula, Ecuador: Pluvial Indicators or Ecological Response to Physiographic Changes”. *American Antiquity* 46 (3): 619-626.

Fung Pineda, Rosa

1959 “Informe preliminar de las excavaciones realizadas en el abrigo rocoso Nº 1 de Tshcopik”. En: *Actas y trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú: Época Prehispánica*, vol. I, 253-273. Lima.

1969 “Observaciones arqueológicas sobre la obra ‘Perú antes de los Incas’ de Edward P. Lanning”. *Tecnia, Revista técnico-científica* 3: 142-152. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería.

1971 “Nuevos datos para el período de cerámica inicial en el valle de Casma”. *Arqueología y Sociedad*, 7-8: 1-12. Lima: Museo de Arqueología y Etnología; Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1972a “Las Haldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo”. *Dédalo: Revista de Arte y Arqueología,* V (9-10): 1-207. São Paulo: Universidade de São Paulo, Museu de Arte e Arqueologia.

1972b “El temprano surgimiento en el Perú de los sistemas sociopolíticos complejos: planteamiento de una hipótesis de desarrollo original”. *Apuntes arqueológicos* 2: 10-32. Lima.

1988 “The Late Preceramic and Initial Period”. En: *Peruvian Prehistory*, ed. R. Keating, 67-96. Nueva York: Cambridge University Press,.

1991 “El Precerámico Tardío en la Costa”. En: *Los Incas y el Antiguo Perú. 3000 años de Historia*. Tomo I , 152-167. Barcelona-Madrid: Lunwerg.

1999 “El proceso de Neolitización en los Andes Tropicales”. En: *Historia de America Andina, vol. 1: Las sociedades aborígenes*, ed. Luis Guillermo Lumbreras, 140-196. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Golte, Jürgen
1980 *La racionalidad de la organización andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Grieder, Terence y Alberto Bueno Mendoza
1981 “La Galgada Peru before Pottery”. *Archaeology* 34 (2):44-51.

1985 “Ceremonial architecture at La Galgada”. En: *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, ed. C. B. Donnan, 93-109. Washington: Dumbarton Oaks.

Grieder, Terence; Alberto Bueno Mendoza; C. Earle Smith, Jr. y Robert M. Malina
1988 *La Galgada, Peru. A preceramic culture in transition*. Austin: University of Texas Press.

Grobman, Alexander; Wilfredo Salhuana, Ricardo Sevilla y Paul C. Mangelsdorf
1961 *Races of Maize in Peru*, Publication 915. Washington, D.C.: National Academy of Sciences, National Research Council.

Guidon, Niede; A. M. Pessis; F. Parenti; M. Fordugue y C. Guérin
1996 “Nature and age of the deposits in Pedra Furada, Brazil: reply to Meltzer, Adovasio and Dillehay”. *Antiquity* 70 (268): 408-421.

Hawkes, John G.
1989 “The domestication of roots and tubers in the American tropics”. En: *Foraging and farming: the evolution of plant exploitation*, eds. D. R. Harris y G. C. Hillman, 481-503. Londres: Unwin Hyman.

Izumi, Seiichi y Tashuhiko Sono
1963 *Andes 2: Excavations at Kotosh, Peru, 1960*. Tokio: Kadokawa.

Izumi, Seiichi y Kazuo Terada
1972 *Andes 4: Excavations at Kotosh, Peru, 1963 and 1966*. Tokio: University of Tokyo Press.

Kaplan, Lawrence
1980 "Variation in the cultivated beans". En: *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes,* ed. Thomas F. Lynch, 145-148. Nueva York: Academic Press.

Klepinger, Linda; John Kuhn y J. Thomas
1977 "Prehistoric dental calculus gives evidence for coca in early coastal Ecuador". *Nature* 269: 506-507.

Kinzl, Hans
1968 "La glaciación actual y pleistocénica en los Andes Centrales". En: *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, ed. Carl Troll, 77-90. Bonn: Universität Bonn; F. Dümmlers.

Krieger, A.
1964 "Early man in the New World". En: *Prehistoric Man in the New World*, comps. J. Jennings y E. Norbeck, 23-84. Chicago: University of Chicago Press.

Lanning, Edward P.
1963 "A preagricultural occupation on the central coast of Peru". *American Antiquity* 28: 360-371.

1964 "Las culturas precerámicas de la costa central del Perú". *Revista del Museo Nacional* 33: 408-415. Lima.

1967 *Peru Before the Incas*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, Inc.

1970 "El hombre temprano en el Perú". En: *100 años de Arqueología en el Perú*, ed. Roger Ravines, 131-140. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Lanning, Edward y T. Patterson
1967 "Early man in South America". *Scientific American* 217 (5): 67-76. Nueva York.

Larco Hoyle, Rafael
1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.

Lathrap, Donald; Jorge Marcos y James Zeidler
1977 "Real Alto: An ancient ceremonial center". *Archaeology* 30: 2-13.

Lavallée, Danièle y Ollivier Dollfus
1973 "Ecología y ocupación del espacio en los Andes tropicales durante los últimos veinte milenios". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 2 (3): 75-92. Lima.

Lavallée, Danièle y Michèle Julien
1975 "El hábitat prehistórico en la zona de San Pedro de Cajas, Junín". *Revista del Museo Nacional* 41: 81-127. Lima.

Lavallée, Danièle; Michèle Julien y Jane Wheeler
1982 "Telarmachay: niveles precerámicos de ocupación". *Revista del Museo Nacional* 46: 55-127. Lima: Museo Nacional de la Cultura.

Lavallée, Danièle; Michèle Julien; Jane Wheeler y Claudine Karlin
1995 *Telarmachay. Cazadores y pastores prehistóricos de los Andes*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos. Tomo I-II. Traducción de D. Pozzi-Escot.

Lumbreras, Luis Guillermo
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Lima: Moncloa Campodónico.

1970 "La evidencia etnobotánica en el tránsito de la economía recolectora a la economía productora de alimentos". *Arqueología y Sociedad* 1: 7-41. Lima: Museo de Arqueología y Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1974a *The Peoples and Culture of Ancient Peru*. Trad. Betty Meggers. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.

1974b *Los orígenes de la civilización en el Perú*, 2da. edición. Lima: Milla Batres.

1981 *Arqueología de la América andina*. Lima: Milla Batres.

1986 "Childe y la tesis de la revolución urbana: La experiencia Central Andina". *Gens: Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos* 2 (3-4): 45-66. Caracas.

1989 *Chavín de Huántar en el nacimiento de la civilización andina*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

1996[1994] "Acerca de la aparición del Estado". *Boletín de Antropología Americana* 29: 5-33. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

2000a "Hologénesis: La domesticación del territorio". En: *Las formas históricas del Perú*, vol. 3. Lima: IFEA y Lluvia Editores.

2000b "Las condiciones materiales". En: *Las formas históricas del Perú*, vol. 2. Lima: IFEA y Lluvia Editores.

Lynch, Thomas F.
1970 *Excavations at Quishqui Puncu in the Callejón de Huaylas, Peru*. Pocatello: Idaho State University.

1973 "La cosecha inoportuna, trashumancia y el proceso de domesticación". *Estudios Atacameños* 3: 75-80, Universidad del Norte.

Lynch, Thomas (ed.)
1980 *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes*. Nueva York: Academic Press.

Lynch, Thomas y Pollock
1980 "Chobshi Cave and its place in andean and Ecuadorian Archaeology". En: *Anthropological Papers in Memory of E. Swanson Jr.*, eds. L. Hartman, C. Warren y D. Tuohy. Idaho: Museum of Natural History.

MacNeish, Richard S.
1969 *First Annual Report of the Ayacucho Archaeological Botanical Project*. Andover, Mass.: Robert S. Peabody Foundation for Archaeology.

1979 "The Early Man remains from Pikimachay Cave, Ayacucho". En: *Pre-Llano Cultures of the Americas*, eds. R. L. Humprey y D. Stanford. Washington, D.C.: The Anthropological Society of Washington.

1992 "Pikimachay, Perú. Algunas correcciones al análisis de Lynch". *Revista de Arqueología Americana* 5: 242-247. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

MacNeish, Richard, A. Nelken-Terner y A. García Cook
1970 *Second Annual Report of the Ayacucho Archaeological Project*. Andover, Mass.: Robert S. Peabody Foundation for Archaeology.

MacNeish, Richard; Thomas Patterson y David Browman
1975 *The Central Peruvian Prehistoric Interaction Sphere*. Andover: Philips Academy.

MacNeish, Richard; A. García; Luis G. Lumbreras, R. Vierra y A. Nelken-Terner
1981 *Prehistory of the Ayacucho Basin, Peru*, vol. III. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Marcos, Jorge
1980 "Intercambio a larga distancia en América: el caso del Spondylus". *Boletín de Antropología Americana* 1: 124-129. México, D. F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

1983 "El origen de la Agricultura". En: *Nueva Historia del Ecuador*, ed. E. Ayala, 129-180. Quito: Corporación Editora Nacional y Grijalbo.

1992 "The Neolithic Revolution in the Northern Andean Humid Tropics, and the Rise of Civilizatrion: Patterns of Especialization at Real Alto". En: *Model Building and Validation in New World Archaeology.* Papers in Honor of Donald W. Lathrap. San Francisco, Calif.: American Anthropological Association 91st. Annual Meeting.

1999 "El proceso de neolitización en los Andes ecuatoriales (8000 - 2000 a.C.)". En: *Historia de America Andina, vol. 1: Las sociedades aborígenes*, ed. Luis Guillermo Lumbreras, 109-140. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Matos Mendieta, Ramiro
1980 "La agricultura prehispánica en las punas de Junín". *Allpanchis* 15: 91-108.

1992 "El precerámico de Junín". En: *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*, ed. B. Meggers. Washington, D.C.: Taraxacum.

Matos Mendieta, Ramiro y John W. Rick
1978-80 "Los recursos naturales y el poblamiento precerámico de la puna de Junín". *Revista del Museo Nacional* 44: 23-68. Lima.

Moseley, Michael E.
1975 *The maritime foundations of andean civilization*. Menlo Park, California: Cummings Publishing Company.

Moseley, Michael E. y Gordon R. Willey
1973 "Aspero. Peru: a reexamination of the site and its implications". *American Antiquity* 38(4): 452-468.

Nials, F. L.; E. Deeds; M. Moseley, S.; T. Pozorski y R. Feldman
1979 "El Niño: The catastrophic flooding of coastal Peru". *Field Museum of Natural History Bulletin* 50 (7): 4-14 y 50 (8): 4-10.

Núñez Atencio, Lautaro
1969 "Sobre los complejos culturales Chinchorro y Faldas del Morro del Norte de Chile. Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología 1967". *Rehue* 2: 111-142. La Concepción: Universidad de Concepción, Instituto de Antropología.

1972 "Sobre el comienzo de la agricultura prehistórica en el norte de Chile". *Pumapunku* 4: 25-48. Instituto de Cultura Aymara de la Municipalidad de La Paz.

1889a "Los primeros pobladores (20000 a 90000 a.C.)". En: *Culturas de Chile, Prehistoria*, eds. J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, 13-31. Santiago de Chile: Andrés Bello.

1989b "Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5000 a.C. a 900 d.C.)". En: *Culturas de Chile, Prehistoria*, eds. J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, 81-105. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Núñez, Patricio y Vjera Zlatar Montan
1978 "Tiliviche - 1 b y Aragón -1 (estrato -V): dos comunidades precerámicas coexistentes en Pampa del Tamarugal, Pisagua - Norte de Chile". En: *III Congreso Peruano. El Hombre y la Cultura Andina*, ed. Ramiro Matos Mendieta, 734-756. Lima.

Ossa, Paul
1975 "A flutted 'fishtail' projectil point from La Cumbre, Peru". *Ñawpa Pacha* 13: 97-98. Berkeley, California.

Ossa, Paul y Michael E. Moseley
1971 "La Cumbre, a preliminary report on research into the early lithic occupation on the Moche Valley, Peru". *Ñawpa Pacha* 9: 1-16. Berkeley, California.

Parsons, James y Joy Schlemon
1987 "Mapping and Dating the Prehistoric Raised Fields of the Guayas Basin, Ecuador". En: *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region*, eds. W. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp. Actas del 45º Congreso Internacional de Americanistas (Bogotá 1985). B.A.R. International Series, 359, II: 207-216.

Patterson, Thomas

1966 "Early cultural remains on the Central Coast of Peru". *Ñawpa Pacha* 4: 145-154. Berkeley: Institute of Andean Studies.

Pearsall, Deborah Marie

1986 "Adaptation of early hunter-gatherers to the Andean environment". Precirculado del periodo de sesiones: "Recent Advances in the Understanding of Plant Domestication and Early Agriculture", World Archaeology Congress. Southhampton y Londres, Inglaterra.

1988 *La producción de alimentos en Real Alto: la aplicación de las técnicas etnobotánicas al problema de la subsistencia en el período formativo ecuatoriano.* Guayaquil: Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos. Escuela Politécnica del Litoral. Quito: Corporación Editora Nacional.

Pozorski, Sheila y J. Thomas G. Pozorski

1977 "Alto Salavery, sitio precerámico de la Costa peruana". *Revista del Museo Nacional* 17: 27-60. Lima.

1987 *Early Settlement and subsistence in the Casma Valley, Peru*. Iowa City: University of Iowa Press.

1990 "Reexamining the critical preceramic/ceramic period transition: new data from coastal Peru". *American Anthropologist* 92 (2): 481-491.

Pozorski, Thomas G. y Sheila J. Pozorski

1990 "Huaynuná, a late cotton preceramic site on the north coast of Peru". *Journal of Field Archaeology* 17(1):17-26.

Quilter, Jeoffrey

1985 "Architecture and chronology at El Paraíso, Peru". *Journal of Field Archaeology* 12: 279-297.

1989 *Life and Death at Paloma Society and Mortuary Practices in Preceramic Peruvian Village*. Iowa City: University of Iowa Press.

Raymond, Scott; Jorge Marcos y Donald Lathrap

1980 "Evidence of early formative settlement in the Guayas Basin, Ecuador". *Current Anthropology* 21 (5).

Reitz, Elizabeth J.
1988a "Preceramic animal use on the central coast". *Economic Prehistory of the Central Andes*, eds. E. S. Wing y J. C. Wheeler, 31-55.

1988b "Faunal remains from Paloma, archaic site in Peru". *American Anthropologist* 90 (2): 310-322.

Richardson, James B. III
1978 "Early Man in the Peruvian Coast, early maritime exploitation and the Pleistocene and Holocene Environments". En: *Early Man in America from the Circumpacific Perspective*, ed. A. Bryan, 274-289. Alberta: Edmonton University.

Rick, John P.
1980 *Prehistoric Hunters of the High Andes*. Nueva York: Academic Press.

1983 *Cronología, Clima y subsistencia en el precerámico peruano*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

Roosevelt, A. C.; R. A. Housley; M. Imazio da Silveira; S. Maranca y R. Johnson
1991 "Eigth Millenium Pottery from a Prehistoric Shell Midden in the Brazilian Amazon". *Science* 254: 1621-1624.

Sanoja Obediente, Mario
1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*. Caracas: Monte Ávila.

Santoro Vargas, Calógero
1989 "Antiguos cazadores de la Puna (9000 - 6000 a.C.). En: *Culturas de Chile, Prehistoria*, eds. J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H.Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, 33-55. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Schobinger, Juan
1988 *Prehistoria de Sudamérica. Culturas precerámicas*. Colección Quinto Centenario. Madrid: Alianza América.

Shady, Ruth
1997 *La ciudad sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Shady, Ruth, Jonathan Haas y Winifred Creamer
2001 "Dating Caral, a Preceramic site in the Super Valley on the Central Coast of Peru". *Science* 292: 723-726.

Smith, C. Earle, Jr.

1980 "Ancient Peruvian Highland Maize". En: *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes*, ed. T. F. Lynch, 121-143. Nueva York: Academic Press.

1988 "Floral remains". En: *La Galgada, Peru. A Preceramic Culture in transition*, ed. Grieder *et al.,* 125-151. Austin: University of Texas Press.

Standen, Vivien

1994. "Secuencia cronológica y momificación artificial en el norte de Chile, 7000-3600 a.C." *Resumen de ponencias*. XIII Congreso Nacional de Arqueología, pp. 3-5. Antofagasta.

Strong, W. D. y C. Evans

1952 *Cultural Stratigraphy in the Viru Valley, Northern Peru*. Nueva York: Columbia University Press.

Tello, Julio C.

1956 *Arqueología del valle de Casma*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Temme, Mathilde

1982 "Excavaciones en el sitio precerámico de Cubilán (Ecuador)". *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 2: 135-164. Guayaquil: Museos del Banco Central.

Thompson, Lonnie G.; E. Mosley Thompson; J. Bolzan y B. R. Koci

1985 "A 1500 year record of tropical precipitation in ice cores from the Quelccaya ice cap", *Science* 229: 971-973.

Thompson, Lonnie G.; E. Mosley Thompson; y Benjamín Morales Arnao

1984 "El Niño Suthern Oscillation events recorded in the stratigraphy of the tropical Quelccaya ice cap, Peru". *Science* 226: 50-53.

Tosi, Joseph A.

1960 "Zonas de vida natural en el Perú. Memorias explicativa sobre el mapa ecológico del Perú". *Boletín Técnico* 5. Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas OEA. Zona Andina.

Towle, Margareth A.

1961 *The Ethnobotany of Pre-Columbian Peru*. Nueva York: Viking Fund Publications in Anthropology.

Tschopik Jr., Harry

1946 “Some notes on the Rock shelter sites near Huancayo, Peru”. *American Antiquity* 12 (2): 73-80. Menasha, Wisconsin.

Uceda, Santiago

1987 “Los primeros pobladores del Área Andina Central. Revisión crítica de los principales sitios”. *Yunga* 1: 14-32. Trujillo.

1992 “Industrias líticas precerámicas en Casma”. En: *Estudios de Arqueología Peruana*, ed. Duccio Bonavia, 45-67. Lima: Fomciencias.

Ugent, Donald; Shelia J. Pozorski y Thomas G. Pozorski

1983 “Restos arqueológicos de tubérculos de papas y camotes del valle de Casma en el Perú”. *Boletín de Lima* 5 (25): 28-44.

Uhle, Max

1925 “Report on Explorations at Supe”. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 21 (6): 237-263. Berkeley.

Vallejos Arce, Miriam

1988 “Análisis y tipología de los textiles de Paloma: un pueblo de 7000 años en las lomas de Chilca, Perú”. *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 3: 6-37. Lima.

Weir, Glendon H. y J. Phillip Dering

1989 “The lomas of Paloma: human environmental relations in a central peruvian fog oasis: archaeobotany and palynology”. En: *Andean Archaeology, Papers in Memory of Clifford Evans*, eds. Ramiro Matos Mendieta, S. A. Turpin, H. H. Eling, Jr., 14-18. Los Angeles: Univ. of California, Institute of Archaeology,

Weir, Glendon H.; Robert A. Benfer y John G. Jones

1988 “Preceramic to early formative subsistence on the central coast”. *Economic Prehistory of the Central Andes*, eds. E. S. Wing y J. C. Wheeler, BAR International Series 427: 56-94.

Wendt, W. E.

1964 “Die präkeramische siedlug am Rio Seco y Peru”. *Baessler-Archiv* 11: 225-275.

Wheeler, Jane

1975 “La fauna de Cuchimachay, Acomachay A, Acomachay B, Telarmachay y Utco I”. *Revista del Museo Nacional* 41: 120-127. Lima.

Wheeler, Jane; Peter Kaulicke y Edgardo Pires-Ferreira
1976 "Preceramic animal utilization in the central Peruvian Andes: Uchcumachay Cave faunal remains document the process of camelid domestication in the Puna of Junín". *Science* 194 (4264): 483-490.

Willey, Gordon y John Corbett
1954 *Early Ancón and Early Supe culture: Chavín horizon sites of the Central Peruvian Coast*. Nueva York: Columbia University Press.

Wing, Elizabeth
1978 "Animal domestication in the Andes". En: *Advances in Andean Archaeology*, ed. D. Browman, 167-188. Chicago.

1980 "Faunal Remains". En: *Guitarrero Cave: early man in the Andes*, ed. Thomas Lynch, 149-172. Nueva York: Academic Press.

1988 "Utilization of Animal resources in the Peruvian Andes". *Andes 4* (Appendix IV). Tokio: University of Tokyo Press.

Wise, Karen
1990 "Late archaic period maritime subsistence strategies in the South-Central Andes". PhD., diss. Northwestern University, Illinois.

1995 "La ocupación Chinchorro en Villa del Mar, Ilo, Perú". *Gaceta Arqueológica Andina* 24: 135-149. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Indea.

Wrigth, H. A. y J. P. Bradbury
1975 "Historia ambiental del Cuaternario Tardío en el área de la planicie de Junín-Perú". *Revista del Museo Nacional* 41: 75-76. Lima.

Zeidler, James
1984 "Social space in Valdivia society: community patterning and domestic structure at Real Alto, 3000-2000 b.C.". PhD. diss., University of Illinois at Urbana-Champaign.

Ziólkowski, M. S., M. F. Pazdur, A. Krzanowski y A. Michczynski
1994 *Andes. Radiocarbon Database for Bolivia, Ecuador and Peru*. Warszawa-Gliwice: Andean Archaeological Mission of the Institute of Archaeology, Warzaw University, and Gliwice Radiocarbon Laboratory of the Institute of Physics, Silesian Technical University.

La economía en el período formativo

Peter Kaulicke

Introducción

El período Formativo representa un lapso de tiempo de unos mil quinientos años, aproximadamente entre 1700 y 200 a.C. (basado en fechados C14 calibrados). Con el fin de evitar malentendidos, es preciso señalar que existen básicamente dos sistemas cronológicos desde la década de los años sesenta del siglo pasado, pues otros anteriores ya cayeron en desuso.

En el primer sistema cronológico, el período Formativo enfatiza una faceta evolucionista, concebida como un proceso, cuyo término, en un inicio, fue prestado de la Historia de Arte, en la que un Formativo precede a un Clásico, como está aún en uso para el área de Mesoamérica o América Central. En el Perú, este período es posterior a un período Arcaico y anterior al período de Desarrollos Regionales. Este esquema fue popularizado por Luis G. Lumbreras.

Otro sistema fue elaborado por John H. Rowe (1918-2004), quien sistematizó la cronología del Perú Antiguo al usar subdivisiones de períodos (Período Inicial, Período Intermedio Temprano y Período Intermedio Tardío) y horizontes (Horizonte Temprano, Horizonte Medio y Horizonte Tardío). En este esquema, el Formativo corresponde al conjunto del Período Inicial (inicial por la introducción de la cerámica) y al Horizonte Temprano.

En el presente trabajo se usa el término Formativo, en primer lugar, como referencia cronológica. Dado su largo lapso de tiempo se reconocen cinco subdivisiones o fases: Formativo Temprano (1700 a 1200 a.C.),

Formativo Medio (1200 a 700 a.C.), Formativo Tardío (700 a 400 a.C.), Formativo Final (400 a 200 a.C.) y Epiformativo (200 a.C. a 100 d.C.) (Cálculos basados en fechados C14 calibrados, véase Kaulicke 1994, en prensa). Para fines del tema propuesto en este trabajo, es evidente que lo "socioeconómico" merece una atención dentro de este marco temporal.

Tanto el término Formativo como el de Horizonte Temprano y, más aún, el de Horizonte Chavín,[1] se centran en un sitio paradigmático: el complejo arquitectónico de Chavín de Huántar, en la Cordillera Oriental de los Andes, en el departamento de Ancash. Este sitio se caracteriza por la presencia de un estilo particular, plasmado en el arte lítico, asociado a una arquitectura que se relaciona con representaciones en otros soportes, tales como la cerámica. Debido a que cerámica parecida también aparece fuera de Chavín, en un ámbito dilatado que abarca la costa desde Piura hasta Yauca y la sierra desde Cajamarca hasta Ayacucho, se toma este fenómeno como justificación de un "horizonte", ya que se postula una contemporaneidad entre la elaboración y el uso de estos objetos tanto en Chavín como en los demás sitios.

Si bien el estilo lítico pertinente fue subdivido en fases por Rowe,[2] estas subdivisiones no se prestan para otros sitios, donde la presencia de piezas líticas correspondientes o parecidas es nula o escasa; y, por ende, se limitan a la cerámica que es la base del esquema cronológico general de Rowe. Ya Tello (1880-1947) había reconocido áreas dentro de esta "civilización" con características definidas, basándose en la arquitectura y en un sistema religioso compartido (véase Tello 1942). Larco[3] se concentró en el material procedente de contextos funerarios (cementerios) en la costa norte. Mientras que norteamericanos, como Kroeber, Strong, Willey y otros, confiaron en seriaciones de cerámica recuperada en conchales (véase Kaulicke en prensa).

De este modo, Chavín de Huántar se inserta en una red de sitios contemporáneos, pero también anteriores y posteriores, lo que complica el panorama en forma considerable. En lugar de la visión de un centro de irradiación —tal como fue concebido por Tello y otros—, parece tratarse de una especie de "imán" que atrae objetos desde zonas a veces muy lejanas, incluyendo la costa norte y la costa central. Esta situación es muy visible en

1. Burger 1992.
2. Rowe 1962.
3. Larco 1941.

una de las muchas galerías que se esconden en la arquitectura maciza del complejo: la Galería de las Ofrendas. En ella, más de setecientas piezas de cerámica y otras de piedra, concha y hueso parecen haberse traído al sitio, de modo que el componente local queda prácticamente ignorado.[4] Un escenario parecido se refleja en otras excavaciones.[5]

Otro problema, ya percibido desde los inicios de los estudios del Formativo, es el origen de este estilo. El propio sitio de Chavín no es el lugar indicado, ya que aparece en forma "madura" en el sitio epónimo. Evidencias comparables aparecen en Huaca Prieta,[6] Cerro Sechín[7] y otros sitios fuera de Chavín, iniciándose ya en el Arcaico Final,[8] lo que pone en duda la validez de la hipótesis de un origen forestal propuesta por Tello.[9]

Todos estos problemas o incongruencias, sin embargo, no merman la convicción general de la existencia (o la necesidad) de una base común de la civilización andina prehispánica. Chavín sigue siendo el emblema conveniente de la misma, pese a una reciente hipótesis parecida que lo reemplaza en favor de Caral, la cual remonta la identidad cultural a unos 5,000 años.[10]

I. Los centros ceremoniales y el culto felínico

Existen dos términos relacionados que requieren su explicación: "centro ceremonial" y "culto felínico". Ambos están estrechamente ligados a las diferentes definiciones del estilo Chavín, ya que —como se vio— tanto las piezas líticas o las de otros soportes suelen estar asociadas a arquitectura monumental. Asimismo, ambos términos consolidan la noción de una unidad conceptual en el campo ideológico.

El término "centro ceremonial", tal como está usado en la literatura correspondiente, se refiere a la arquitectura monumental, en el sentido de grandes plataformas superpuestas, a menudo en una forma de U; *i.e.*, un

---

4. Lumbreras 1993, 2007; Lumbreras *et al.* 2003.
5. Burger 1998.
6. Bird 1963; Bird *et al.* 1985.
7. Bischof 1995.
8. Kaulicke 1994; Bischof 1994, 2000.
9. Tello 1942, 1944-45.
10. Shady 2005.

cuerpo central principal, acompañado por dos alas laterales, con una apertura o acceso de todo un lado del cuadrilátero. Existen centenares de estos sitios atribuidos al Formativo, que miden entre 40 y 1,800 metros de largo, principalmente entre Piura y Mala, con menores ejemplos en la sierra, lo que podría deberse a problemas de visibilidad. Sus variantes involucran a todo el complejo o a sus partes constituyentes; pero, sus elementos constructivos se mantienen hasta el fin del Perú Antiguo.

El adjetivo "ceremonial", en forma evidente, se refiere a su función inferida (pues la gran mayoría no está excavada o investigada), lo que casi lleva al extremo de convertir arquitectura monumental —en el sentido de grandes dimensiones— en sinónimo de arquitectura sagrada; sin embargo, esta asociación ni es excluyente ni evidente. El término "huaca", que es otro sinónimo, en este sentido de topónimo, parece confirmar esta funcionalidad; pero, pese a su apariencia más "autóctona", es una referencia algo arbitraria que data del tiempo de la Colonia o incluso de la República sin referencia alguna a tiempos prehispánicos.

El término "centro" es más complejo debido a su connotación espacial, ya que involucra al paisaje. Este es un término cultural y existe una línea de investigación en la arqueología llamada arqueología de paisaje (para referencias, véase Kaulicke *et al.* 2003: 29-31). Como en otras partes del mundo, los sitios, lugares o paisajes rituales se concentran en cerros, manantiales, ríos o cuevas; así como en la presencia de ofrendas y sus motivaciones, en el simbolismo de colores, la conexión con la ancestralidad (véase abajo) y los nexos estrechos con el género, a menudo masculino, y el estatus. Por otro lado, dependen de una alta especificidad cultural que puede variar aun en grupos que comparten una misma cultura. Cambia también con el tiempo, lo que le atribuye un carácter dinámico (véase Carmichael *et al.* 1994; Kaulicke *et al.* 2003: 31).

En el Formativo, la ubicación de los lugares rituales se relaciona con el agua en forma de ríos con direcciones preestablecidas, así como con cerros o montañas de donde provienen estos ríos y que los rodean. El Este y la esfera de arriba se relacionan igualmente con el agua en forma de lluvia y enfatizan una verticalidad que se refleja en los cerros. El sistema de afluentes con o sin agua y la configuración de los cerros que se cierran para formar bolsones o se aplanan en mesetas establecen lógicas espaciales que deberían reflejarse en los centros.

En efecto, la relación cerro-centro ceremonial es notoria, ya que la arquitectura se acopla a los cerros, a menudo, en una hondonada en forma de

U (entre otros, el Cerro Sechín en Casma[11] y Ñañañique en Piura[12]), o bien se presenta como una modificación del propio cerro (entre otros, Las Haldas al sur de Casma,[13] así como Pacopampa y Kuntur Wasi en Cajamarca[14]). Plataformas superpuestas, totalmente artificiales, con edificios en su cima, incluso sustituyen al cerro. En estos últimos casos, existen cerros que acompañan a estos edificios o establecen interrelaciones —probablemente significativas— al formar una especie de U alrededor de ellos. Además de ello, se ubican cerca de ríos, a veces, en lugares de confluencias y se orientan hacia "arriba", al origen del agua; mientras que otros se asocian con el mar.

El paisaje, entonces, establece el marco espacial dentro de una lógica que predetermina la ubicación de estos centros en el núcleo de un espacio percibido como cosmos (o viceversa) y que diferencia lo "cultural" de lo "natural", en un cosmos entendido como los límites del mundo. En este sentido, el centro es, a su vez, una concentración o repetición del centro, un cosmograma. Evidentemente, no es un centro en un vacío, sino que se establece como tal en una red conformada por piedras esculpidas, pintura policroma en farallones,[15] geoglifos como cerros modificados;[16] y, en mayor cantidad y distribución ordenada, petroglifos que parecen marcar territorios, tales como cementerios (véase Pimentel 1986, Alva 1986, Seki 1997). Esta noción de espacios y centros en su faceta cultural o conceptual (véase Kaulicke 1997: 119-122) no excluye otros significados.

El calificativo "ceremonial" no está explicado aún, ya que lo expuesto no especifica la función en relación con las actividades humanas involucradas. Un primer problema reside en la construcción y la duración del uso del espacio construido. En este sentido, existen varias formas de centros que divergen en su estructura, sus dimensiones y su duración general; *i.e.*, en la relación entre construcción, uso, entierro y construcción renovada. Este fenómeno de "enterramiento" —conocido como "renovación de arquitectura"— encubre una analogía con la vida humana, en el sentido de que un edificio nace, madura, muere y renace en una especie de

---

11. Tello 1956.
12. Guffroy 1994.
13. Grieder 1975.
14. Kaulicke 2005; Onuki 1995.
15. Alva 1988.
16. Alva y Meneses 1982.

corporalidad espacial. Si bien se desconoce el ritmo de estas fases constructivas (generacional, intergeneracional o multigeneracional), se puede pensar en la presencia de ciclos de enorme relevancia social. Esta historia de edificios implica también que la labor humana involucrada en estas actividades se relativiza al reducirse el esfuerzo en ciclos de trabajo comunal.

Otro aspecto es la dramaturgia: estos edificios están diseñados de una manera muy "efectivista", al crear niveles con plazas, patios y edificios laterales en ejes centrales longitudinales simétricos. A ello se suman los programas iconográficos que varían según su ubicación, con colores intensivos que evocan sensaciones visuales igualmente intensivas. Asimismo, los sonidos producidos por trompetas de conchas marinas (*Strombus*), flautas (antaras en el Formativo Tardío y Final) y tambores, así como —quizá— los canales subterráneos que reproducían los sonidos del agua[17] y los efectos de luz y sombra, entre otras sensaciones, establecen un conjunto que se entiende como sinestesia o percepción multisensorial.

El movimiento de actores humanos dentro o hacia estos complejos, probablemente, se efectuaba a modo de procesiones; pero también presentaba elementos de exclusividad, ya que el espacio más relevante —aparentemente más restringido—, a menudo, se encontraba en el punto final de la subida, lo cual permitía el acceso de pocos individuos. Debido a esta lógica espacial se ha postulado la presencia de una especie de oráculo y procesiones a modo de peregrinaciones (véase Moore 1996, 2005); sin embargo, tales prácticas, conocidas en tiempos tardíos del Perú Antiguo (v.g. Pachacámac), no necesariamente se adaptan a las condiciones viables en el Formativo. Más bien, la alta diferenciación interna de los centros ceremoniales y sus espacios sugieren una diversidad de funciones rituales, incluyendo —quizá— otros tipos de actividades que pierden su valor explicativo y, a la vez, hacen dudar de la noción simple de centros ceremoniales del Formativo, como arquitectura monumental relativamente uniforme, que sustenta la supuesta uniformidad estilística del arte. Así, esta noción se revela como una simplificación intencional.

El término "culto felínico", de modo evidente, se relaciona con el del centro ceremonial, ya que podría entenderse como una especificación de lo "ceremonial". En esta definición, sin embargo, no se enfatiza

17. Lumbreras *et al.* 1976.



Pintura rupestre en Faical, prov. de San Ignacio, Cajamarca



Pintura rupestre con representaciones de guanacos, Qayaqpuma, Cajamarca



Cabeza clava Chavín.



Ceramio Chavín con rasgos felínicos.

tanto el aspecto ritual —como podría esperarse—, sino el de una esencia ideológica, como base de una religión animista. El término probablemente se debe a Larco;[18] pero se basa en reflexiones más complejas de Tello (véase, sobre todo, Tello 1923), para quien "el arte en el Antiguo Perú es sólo el reflejo de la religión, de la filosofía o del espíritu nacional o racial… La historia de su arte [del indio] es la de su filosofía; o sea el concepto del mundo… registrado en los monumentos y en los objetos dejados en sus tumbas".[19] En su estudio de las piezas de Chavín, reconoce una serie de pasos que llama idealización: una interrelación entre el felino y "la cabeza cadavérica humana" (cabeza clava), cuyos pelos y músculos se convierten en serpientes, una idea que se vincula también con las "cabezas-trofeo". Esta cabeza del felino se transforma en aves o serpientes de cuerpos enteros; y, finalmente, en divinidades principales.

El concepto de Wari se convierte en argumento principal, particularmente, en el aspecto que lo vincula a los fenómenos naturales, la preocupación por las precipitaciones y la vinculación con el tiempo. El jaguar se convierte en encarnación de las lluvias que vienen del oriente, "asciende, bramando las cumbres de la cordillera, y, envuelto en negras nubes arroja relámpagos, granizo y lluvia".[20] Según Tello, este concepto tiene una base empírica, ya que el jaguar "suele excursionar por las praderas andinas", su piel "despide al menor rozamiento chispas y haces luminosos. No debe extrañar, por tanto, que el indio imagine que el felino tiene en sus manchas focos luminosos encantados que en determinadas circunstancias podrían iluminar".[21] Hasta Pachacámac, el dios costeño, es identificado como "tigre escondido en el océano, o en el interior de la tierra, brama y se mueve produciendo temblores".[22] Finalmente, el felino es:

> La base física de todo un grupo de familia de dioses y demonios. Es la unidad arquetipo que constituye el fundamento genético y estructural de las principales representaciones demoníacas … entre los seres fantásticos [de Chavín]

---

18. Larco 1938.
19. Tello 1923: 204.
20. Tello 1929: 167-168.
21. Tello 1929: 168; 1923: 218.
22. Tello 1923: 154.

figuran como principales: el Felino humanizado o Divinidad Suprema; el Dragón; el Cóndor o Águila, el Pez y la Serpiente. Este Dragón es alado.[23]

Con ello llega al

sistema religioso predominante en la Antigüedad… Un Gran Demonio y cuatro dioses son los creadores y controladores de las fuerzas y fenómenos del mundo indio. El Demonio es un Dragón de formas monstruosas inspiradas en la de los animales más espectables y fieros del medio geográfico, como el lagarto, la serpiente o el felino, idealizados fantásticamente. Este Dragón es personificación de los poderes supremos de la Naturaleza; Creador y Padre común de todos los seres del Universo. Sus múltiples poderes se manifiestan por fuertes temporales, vientos huracanados, movimientos terráqueos y otros fenómenos meteorológicos. Es el dueño y supremo controlador de las aguas. Dos de los otros cuatro dioses son el Sol y la Luna, hijos del Dragón, hermanos y esposaos. El primero personificado en la figura de un varón zoomorfo, cuyo principal atributo es la producción de la simiente primera: célula germinal, elemento masculino generatriz, fundamento de la vida vegetal y humana y fuente primera de calor y luz. La segunda, personificada en la mujer ornitomorfa, cuyo principal atributo es la producción del huevo cósmico o del óvulo destinado a ser fecundado por el Sol. Los dioses restantes son los mellizos, hijos de los dos anteriores: uno macho, vigoroso e inteligente; el otro hembra o varón, débil y retardado. El primero acompaña al Sol y es el progenitor de la humanidad; el segundo acompaña a la Luna y es la víctima sacrificada, la débil aquénida o el raquítico niño o niña de cuyos despojos se originan las plantas alimenticias. El Dragón tiene su morada en los espacios infinitos del Océano, del Cielo y de la Tierra. Su dominio es el universo. Recorre libremente el Océano, la Tierra y el Cielo, y por todas partes manifiesta su poder como Temblor, Rayo y Lluvia, y se alimenta de la sangre de las víctimas sacrificadas; humanas o animales. Solo a cambio de estos sacrificios otorga sus dones.[24]

Este mito “modelo” está materializado en objetos de arte chavín:

1. Un dragón de cuerpo alargado, hocico armado con grandes colmillos y patas con garras, asemeja un cocodrilo. Este monstruo es hermafrodita lleva en su vientre una enorme boca con colmillos y en las paras manojos de yuca y ají [refiriéndose al Obelisco Tello], 2. Un monstruo felinoide antro-

23. Tello 1938.

24. Tello 1942: 615-616.

pomorfizado, que tiene como modelo arquetipo al felino que acompaña al dragón [Estela Raimondi], 3. Un monstruo ictiomorfo, que es igualmente representación idealizada del pez que acompaña al Dragón [Estela de Yauya] y 4. Felinos humanizados de composición más simple con rasgos generales más humanos de aspecto cadavérico [Cerro Sechín]".[25]

Se ha citado a Tello de una manera más exhaustiva debido a que sus ideas acerca del tema se desconocen en su mayoría, lo que llevó a simplificaciones posteriores. Tello parece haber pensado en una especie del principio "felino" que no tiene mucho que ver con el animal "real", sea jaguar u otro felino. Es una especie de principio ontológico, una fuerza concentrada en la cabeza que se convierte en "célula germinal" transformándose en otros animales y dioses. En este sentido, Tello postula una especie de "felinización", un fenómeno que caracteriza bien el arte chavín. Es, a la vez, un principio dual que presenta el mundo en opuestos complementarios. El Obelisco Tello, analizado por el mismo autor en una de las interpretaciones más detalladas y complejas,[26] parece representar, en efecto, un cosmograma cuyas representaciones complejas son, en su totalidad, representaciones del mundo en su aspecto cosmológico y cosmogónico (véase Kaulicke 1994: 454-466).

Después de Tello, los estudios del arte chavín se concentran en identificaciones "taxonómicas", con el fin de demostrar que el bestiario tiene sus "modelos zoológicos" en el jaguar *(Pantera onca),* la anaconda *(Eunectes murinus)* y la harpía *(Harpia harpyja)*, todos ellos animales de la selva, cuya presencia en Chavín de Huántar u otros sitios del Formativo implicaría un origen selvático (véase Lathrap 1973). Solo en la sierra norteña podrían haber sido parte de la fauna local donde estos animales, o al menos el jaguar, vivían hasta en el temprano siglo pasado. Lo que falta, sin embargo, es tratar de seguir en la línea de Tello al definir un panteón. No obstante, semejante tarea resulta difícil dado que no existe un catálogo completo de las piezas que se han conservado en Chavín de Huántar. En su afán de homogeneizar el Formativo, representándolo como base de una unidad geoétnica, cultural y religiosa, en la que la religión se presenta como pilar más sólido,[27] Tello parece contradecir lo expuesto acerca de los centros ceremoniales.

---

25. Tello 1942: 678-679.
26. Tello 1923.
27. Tello 1921.

Los programas iconográficos de sitios costeños como Huaca de los Reyes,[28] en el valle de Moche, y Limoncarro, en el valle de Jequetepeque, así como los de Cerro Blanco[29] y Huaca Partida, en el valle de Nepeña, entre otros también atribuidos al estilo Cupisnique (Formativo Medio), muestran una diversidad notable de temas y motivos que pueden asemejarse a piezas conocidas de Chavín de Huántar, pero que difieren mucho en otros aspectos. Algo parecido se nota en los centros ceremoniales de la costa central, donde se concentran los ejemplos parecidos al Obelisco Tello y sus transformaciones antropomorfizadas. En Kuntur Wasi y Pacopampa, las piezas líticas a modo de estatuas parecen representar otros seres distintos a los de Chavín. Esto significa que existen diferencias más o menos marcadas, incluso en un solo valle; y, por tanto, más aún, en regiones apartadas, lo que deja abierta la posibilidad de la existencia de diferentes panteones o —quizá mejor— la presencia de divinidades tutelares en centros ceremoniales particulares.

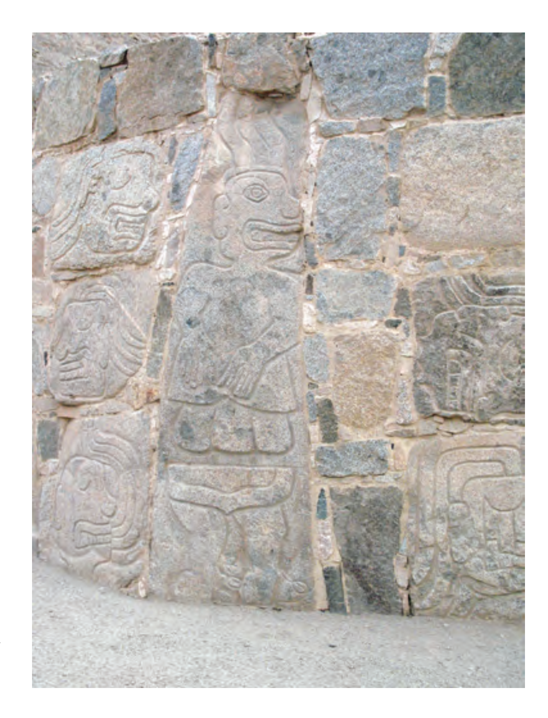
Otro aspecto vinculado es la interpretación de algunos temas como señales de coerción. La presencia de "cabezas-trofeo" —un elemento muy frecuente en cerámica básicamente funeraria, diseños murales y otros soportes—, las fauces semiabiertas de felinos u otros "monstruos" se interpretan a menudo como vehículos para infundir terror y para manifestar poder. Un ejemplo muy citado es Cerro Sechín, donde el edificio principal de un centro ceremonial (del Período Arcaico Final, pero constantemente atribuido al Formativo), en el valle de Casma, consiste en un zócalo que lleva un paramento de unas cuatrocientas lajas con relieves que representan personajes completos e incompletos y partes corporales, en particular cabezas aisladas. Si bien existen interpretaciones variadas, predomina la que parte de la presencia de conflictos armados o violencia ritual "real" (véase Swenson 2003: 266, Arkush y Stanish 2005: 6, Ghezzi 2006: 69, entre muchos otros).

En el caso de Cerro Sechín, conviene señalar que se trata de un centro ceremonial, donde las representaciones de victorias militares parecerían algo desplazadas. Como procuré demostrar,[30] es más probable que se trate de un concepto relacionado con la ancestralidad como tema mítico, en

28. Pozorski 1975.

29. Bischof 1997; Vega-Centeno 2000.

30. Kaulicke 1995.



Guerrero Sechín con prisionero capturado.



Guerrero Sechín victorioso.



Figurilla de barro de KunturWasi.



Escultura de piedra de KunturWasi.

lugar de ritual, siguiendo una lógica parecida a la de Tello. La obtención de cabezas y otras partes del cuerpo puede deberse a múltiples razones dentro de actividades variadas, como demuestran ejemplos distribuidos sobre el mundo entero y desde tiempos muy remotos hasta el presente.[31] Si actualmente se percibe una tendencia a enfatizar la presencia de la violencia, también puede deberse a motivaciones diferentes, una de ellas es tratar de defender la presencia del Estado ya desde el Formativo o incluso antes.

Si se ha discutido con cierto detalle problemas básicos del Formativo, plasmados en o relacionados con los dos conceptos de arquitectura y arte como manifestaciones ideológicas, se debía a un afán de relativizar enfoques corrientes o pasados que tienden a simplificar o unificar, en vez de dejar espacio para aceptar diferencias y alternativas en un amplio espacio geográfico y temporal. Por otro lado, enfatizan el aspecto cultural e ideológico que está poco vinculado directamente con las formas económicas y sociales que permitieron y sostuvieron este tipo de materializaciones. Sus definiciones son más difíciles, ya que no se plasman directamente en el registro arqueológico (al menos no en los centros ceremoniales) o no han sido objeto principal de las investigaciones llevadas a cabo hasta nuestros días. En este sentido, se percibe una desproporción marcada y desfavorable a otros contextos más relacionados con el tema por tratar. De acuerdo con esta situación, tampoco existe un tratado específico que presente la economía del Formativo como tema central, lo que obliga a buscar elementos que nos ayuden a definir este tema.

II. Hacia la definición de la economía en el Formativo

1. Las teorías de la historia económica de la Antigüedad

Para entrar al tema conviene detenerse en los principios de la historia económica estrechamente vinculada con la historia social. En cada sociedad, como las del Formativo, el medio de producción era la tierra. Lamentablemente, como faltan fuentes escritas, no se sabe cuáles eran los principios de la propiedad de esta tierra y qué grado de extensión tenían los diferentes grupos con propiedades de tierra. Se dispone de datos relativamente

31. Chacon y Dye 2007.

explícitos para el tiempo de la llegada de los europeos, pero estos probablemente no sirven mucho para situaciones con unos 3,000 a 2,000 años de anterioridad. Evidentemente, estos problemas están relacionados con los sistemas de cultivo y, en particular, con la irrigación artificial o sistemas de secano. Ante la escasez de evidencias concretas y el problema del argumento *ex silentio* (lo que no se conoce no existe), es inevitable que cada arqueólogo o historiador trabaje con modelos de sociedad, sea esto en forma consciente o inconsciente, pero pocos señalan sus fuentes.

En lo que sigue se resume lo que van de Mieroop expone como trasfondo para discutir la historia económica de Mesopotamia.[32]

El primer problema en el estudio de economías antiguas se presenta en la pregunta sobre si es posible acercarse a ellas con los conceptos y modelos de la economía moderna o si se debería aceptar su carácter esencialmente distinto. Estas posiciones fueron debatidas desde hace más de un siglo, a menudo, en términos dogmáticos. El alemán Karl Bücher (1835-1930) postuló un desarrollo unilateral desde una economía doméstica cerrada a una de ciudad hasta una economía nacional que correspondía a la periodización de la historia de Europa, en Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna. Fue atacado por Eduard Meyer (1855-1930), quien propagó que la economía griega del período clásico había alcanzado un estadio de evolución paralelo al de la Europa moderna. Estos debates presentan el problema de su presentación como sistemas opuestos y monolíticos que dejan poco lugar para compromisos, en el sentido que la economía antigua o era como la moderna o nada de la misma existía en la Antigüedad.

En Alemania, el historicismo de Leopold von Ranke (1795-1886) postuló que cada período histórico tenía sus características propias y únicas que favorecían el desarrollo de la industria de su tiempo. Como contraparte, existía la idea de una ley universal de maximizar los recursos económicos que podría aplicarse al análisis.

Este debate sigue siendo de relevancia para estudios modernos, en muchos de ellos se emplean enfoques modernistas bajo el disfraz de un primitivismo propagado. En todo caso, todos deben sus enfoques a dos pensadores sociopolíticos: Karl Marx (1818-1883) y Max Weber (1864-1920). Ambos estaban convencidos de la importancia del *oikos*, la unidad doméstica como unidad fundamental de la producción y del consumo en la Anti-

32. Mieroop van de 1999: 106-123.

güedad. Este término proviene del griego y significa "casa", pero más que nada se relaciona con economía doméstica y abarca también a la familia. En su forma básica solo incluye al patriarca, sus hijos y sus nietos con sus respectivas familias. La labor dependiente era parte de la economía doméstica, pero podría expandirse a complejos como palacios y templos encabezados por un líder secular o religioso con centenares de familias dependientes. En el caso de Mesopotamia del temprano y medio tercer milenio, el *oikos* de soberanos de señoríos territoriales pequeños se diferenciaba poco en su organización y función. Una diferenciación en dominios agrícolas de los templos, en manufacturas, unidades domésticas distributivas y funcionales solo existiría a partir del siglo XXI a.C.[33] Las interrelaciones entre estas unidades domésticas, en cambio, han sido interpretadas de maneras distintas.

La contribución fundamental de Marx y Engels reside en su énfasis en las relaciones de producción, es decir, en las relaciones sociales de los hombres en el proceso de producción que se expresan básicamente en relaciones de propiedad y relaciones laborales, lo que determina cualquier otro aspecto de la conciencia social de una persona. Por ello, el historiador tiene que estudiar las condiciones económicas en el período en cuestión tomando en cuenta que los medios de producción en la Antigüedad se concentraban en la tierra. Pero Marx y Engels parecen haber cambiado su opinión con los años al concederle un desarrollo separado al "Oriente", que se expresa en el concepto del "Modo de Producción Asiático". Este concepto se basa en la ausencia de propiedad privada de la tierra, en la presencia de sistemas de irrigación en la agricultura y en la existencia de comunidades aldeanas autárquicas que combinan artesanía con trabajo de cultivo, propiedad comunal de la tierra, ciudades burocráticas estancadas, así como también el dominio de una maquinaria estatal despótica que acumula el superávit y funciona no solo como aparato de represión, sino también como instrumento principal de explotación económica. No hay intermediarios entre las aldeas y el Estado, de modo que la interacción entre ambos era externa y tributaria. Este concepto ha sido criticado por estar impregnado de una ideología orientalista, pues se basó en el concepto del despotismo oriental de Wittfogel (1954), quien postuló que el origen del Estado se debe —en Mesopotamia y en otras regiones del mundo— a la necesidad de coordinar grandes proyectos de irrigación para poder sobrevivir en áreas

33. Renger 2000; Weber 1985: 230-233.

con precipitaciones insuficientes. Estas ideas carecen de bases empíricas sólidas y el autor exagera el punto de vista de alteridad orientalista al extremo de aplicarlo a cualquier civilización del mundo.

Otros enfoques de corte marxista están representados por Igor Diakonoff (1915-1999), basado en un modelo pre-capitalista de evolución universal en tres estadios: primitivo, esclavista y feudal, prestado de las ideas de Lewis H. Morgan (1818-1881). La comunidad sigue existiendo; pero, en forma paralela, se desarrolla una sociedad de clase en Mesopotamia, junto con el crecimiento del Estado. Los vínculos de parentesco se abandonan, el superávit económico lleva a una división del trabajo, acompañada de una intensificación de la producción y de una jerarquía de funcionarios estatales sobre la mayoría de trabajadores explotados que producen. En este caso, el trabajo se delegaba a una clase de esclavos sin propiedad y que se encontraban bajo coerción física e ideológica.

Esta existencia paralela entre Estado y sector comunal es sostenida por Mario Liverani,[34] quien contrapone el modo doméstico aldeano al modo palaciego de producción en las ciudades. Este último consigue sus recursos de las aldeas y los usa para despliegues ostentosos. Las comunidades libres vivían en estado de subsistencia, mientras que los que vivían en palacios podían convertirse en ricos, pero nunca lograron su libertad económica o política.

En 1909, Max Weber publicó su "Agrarverhältnisse im Altertum [La sociología agraria de las civilizaciones antiguas]",[35] con la ventaja sobre Marx de disponer de una documentación directa mucho más amplia. Insistía en que la economía antigua no podía separarse de las instituciones políticas. Los ciudadanos mantenían todo el poder político viviendo de las rentas de los campos cultivados por trabajadores dependientes, así como de los botines de la guerra. Estas ganancias les servían para exaltar su estatus social. El comercio y la manufactura estaban en manos de personas marginales. Pese a ello, Weber reconocía empresas de carácter capitalista, en particular en Babilonia: pero admite que esta existencia de instituciones económicas complejas no permite juzgar su relativa importancia en la estructura económica de Mesopotamia.

---

34. Liverani 1976.

35. Weber 1976.

La influencia de Weber se nota en Karl Polanyi (1886-1964), quien comparte la convicción de que la economía antigua o no occidental no existe sin las relaciones sociales, pero enfatizó el predominio social sobre el político. Estas relaciones sociales determinaban la distribución de bienes en una sociedad en tres modalidades: la reciprocidad entre grupos simétricos, la redistribución dentro de una sociedad con un centro poderoso y el intercambio a través de mercados que solo aparece en el siglo XIX. En Mesopotamia, la redistribución se llevó a cabo a través de instituciones como templos y palacios, mientras que la reciprocidad se reflejó en el intercambio de regalos por medio de contactos diplomáticos, pero no está bien aclarada a nivel de comunidades. Este modelo ha sido criticado por poseer un fuerte ingrediente de romanticismo, al relegar factores tales como el interés, la agresividad y la competencia.

Tanto Polanyi como Weber influenciaron los trabajos de Moses Finley (1912-1986). Este último no tomó en consideración a Mesopotamia, que entendía como algo parecido al despotismo oriental de Wittfogel. Pese a esa posición, sus ideas sobre la Grecia Antigua se aplican bien a Mesopotamia, desde un punto de vista "primitivista", en particular sus observaciones sobre el papel del comercio y el crédito, sobre la esclavitud antigua y sobre la ciudad como consumidora. Ni el comercio ni el crédito gozaban de alta estima. El problema de la esclavitud es complejo por sus gradaciones entre hombres libres y dependientes; para evaluarlo, es necesario separar el trabajo del hombre de su persona y del producto de su trabajo. Debía existir también un método para medir trabajo, al introducirse el tiempo de trabajo.

Van de Mieroop[36] termina el resumen presentado con una apreciación personal. En su opinión, el comportamiento de los antiguos habitantes de Mesopotamia no se puede entender usando teorías económicas contemporáneas, en el sentido de una economía capitalista de libre comercio. Como la economía está insertada firmemente en la sociedad, las actitudes eran diferentes a la nuestra. Nuestra aversión a un control estatal de la economía y a la ideología que dictamina que la empresa libre es la panacea de todos los problemas sociales y económicos, no debería llevar a la percepción que el comportamiento no capitalista conduce al estancamiento. El deseo de promover empresarios libres en Mesopotamia como fuerza promotora de

36. Mieroop van de 1999: 122-123.

esta economía parece deberse a nuestros deseos de realizar sueños actuales. Por otro lado, en las condiciones sociales de Mesopotamia, los actores económicos podían comportarse como lo hacen capitalistas contemporáneos y, en efecto, lo hicieron. Los individuos tenían que sobrevivir fuera de contextos institucionales o comunales, querían obtener beneficios y aprovechar oportunidades de negocio. La redistribución estatal o el intercambio comunal no podían satisfacer las necesidades de todos, por lo que no debería llevar a una visión utópica de una sociedad mejor y más comunal en tiempos pasados. Debido a ello, el autor propone el empleo de un método inductivo que estudie los datos empíricos a la luz de una visión más amplia de la naturaleza de la economía mesopotámica que, a su vez, reconozca el carácter fragmentario de estos datos.

Este resumen incluye algunas teorías que fueron aplicadas en forma implícita o explícita en la literatura sobre el Perú Antiguo y sobre el Formativo, en particular. El ejemplo de Mesopotamia es pertinente, también, por el énfasis en la irrigación artificial en el camino hacia la civilización y por los parecidos en la topografía, hidrografía y ecología. En lo que sigue, se presentan algunos enfoques relacionados con la economía en el Formativo del Perú Antiguo. La discusión a continuación no pretende ser exhaustiva, sino representativa de algunos problemas centrales que servirán luego para enfocar problemas económicos y políticos en casos específicos.

2. Los enfoques sobre la economía en el Formativo

Tello sostiene que:

> [l]a civilización de los Andes tuvo como cimiento de su extraordinario desarrollo, la explotación de los recursos de origen mineral, vegetal y animal, mediante el laboreo de las minas, el tallado de las piedras, el cultivo de las plantas y la domesticación de los animales… Podría afirmarse que la Civilización Andina surgió e irradió de una sola fuente natural de riqueza y de un solo ideal de vida: la tierra andina y el ingenio del indio puesto a su servicio; la conservación y la propagación de la tierra haciéndola más propicia para la vida animal y humana; y el esfuerzo humano, encausado hacia la prosecución del bienestar material y espiritual, mediante el trabajo cooperativo y coordinado.[37]

37. Tello 1942: 595-596.

Reincide sobre este punto en otro lugar:

> La población indiana de los Andes fue agrícola por excelencia. Cualquiera otra de las manifestaciones de sus actividades, como por ejemplo la cría de animales y las manufacturas, fueron secundarias o estuvieron subordinadas a la primera… De aquí que estas hoyas y quebradas fueron los primitivos asientos cuyos restos son tanto más abundantes cuanto mayor es la extensión de las tierras cultivables. Hipotéticamente se podría afirmar que las ruinas de una población, el área que ocupa y la densidad de sus restos, está en razón directa de la mayor o menor extensión de las tierras cultivables.[38]

Por tanto, Tello destaca, en forma elocuente, la riqueza natural y producida en forma variada en las regiones que él reconoce. Enfatiza el papel de la agricultura, pero no se detiene mucho en los productores de esta riqueza, los principios de la distribución y otros aspectos netamente económicos. Por el contrario, sugiere una producción comunal sin tener en cuenta la diferenciación social, la especialización o el poder, es decir, no toma en consideración cambios en la sociedad y la economía durante los milenios de su existencia. Con ello, se produce una cierta contradicción entre logros "civilizatorios" extraordinarios y sociedades "amorfas" sin mayor complejidad. Luego, los procesos de "irradiación" carecen de explicaciones de su carácter.

El entusiasmo de Rebeca Carrión Cachot (1907-1960), discípula de Tello, la lleva más allá de las sugerencias de su maestro, aunque se basa en sus argumentaciones. Para ella, Chavín fue un imperio cuyas extensiones harían palidecer al imperio de los Incas: "Este imperio fue religioso y no político…Sus obras [templos y su decoración] demandaron una elite de intelectuales y artistas, cuyo genio creador ha quedado perennizado en ellas. Se encuentran también millares de obras de arte colocadas como ofrendas en los templos y en los sepulcros de los sacerdotes y señores de rango".[39] Los artistas aludidos

> tuvieron un largo aprendizaje, en escuelas especiales en las que recibieron de maestros consagrados al arte, ó tal vez una casta sacerdotal… pues a través de las múltiples obras revisadas, se nota uniformidades el estilo, en la técnica y principalmente en las concepciones artísticas… Casi toda la producción

38. Tello 1942: 648.
39. Carrión-Cachot 1948: 169, 172.

> artística gira alrededor del culto; por todo el vasto territorio del Imperio Chavín existen gigantescos templos y santuarios que contrasta con la escasez de otra clase de edificios. La magnitud del área que ocupan… debieron demandar miles de obreros y un conjunto de artistas especializados: pintores, escultores, vaciadores de moldes, etc.[40]

Las piezas de orfebrería, según la autora, debieron ser mucho más frecuentes que las halladas "para los dignatarios y sacerdotes".[41] Además, postula la presencia de colonias: presenta una de Kuntur Wasi, como posible oráculo, implícitamente, de Chavín de Huántar; y otra de Ancón, como colonia forestal, presumiblemente, debido a su grado inferior de desarrollo.

Rafael Larco Hoyle (1901-1966), el gran oponente de Tello, enfatiza su visión de la presencia de grupos tribales que se manifiesta en aldeas y cementerios de dimensiones y complejidades reducidas, con la presencia de estilos de cerámica diferenciadas, en contraposición a un solo estilo Chavín.[42] Todo ello se basaba en la práctica de una agricultura relativamente simple (sin disponer de evidencias concretas). Esta idea de sociedades aldeanas agrícolas empeñadas en la construcción comunal de arquitectura monumental (centros ceremoniales) es retomada en trabajos posteriores de norteamericanos como Wendell C. Bennett (1905-1953), Gordon R. Willey (1913-2002), William D. Strong (1899-1962) y otros.

En 1965, Paul Kosok (1896-1959) publicó un libro con el título sugerente *Life, Land, and Water in Ancient Peru*. Es una obra particular, en una mezcla de ameno relato de viajes con muchos datos de gran relevancia y, sobre todo, ilustraciones, en particular abundantes fotos aéreas, concentrándose en la problemática de la irrigación. Kosok[43] presenta un esquema que tiene una columna llamada períodos económico-políticos, cuyo segundo período es llamado Desarrollo Agrícola Intra-valle (maíz, pallar), subdividido en un Período Formativo, probablemente, con colonos que cultivan maíz y que bajan de la sierra, donde ya habían practicado elementos de irrigación. Sus estructuras sociales inferidas son comunidades reducidas, federaciones de aldeas con estructura de protoclase. Sus edificios son montículos (¿entierros?) y pequeñas pirámides, refiriéndose a Cupisnique, Salinar y

---

40. Carrión-Cachot 1948:117-118.
41. Carrión-Cachot 1948: 134.
42. Larco 1938, 1941, 1945, 1948.
43. Kosok 1965: 72.

Gallinazo. Pese a este esquema relativamente simple, Kosok enfatiza la dinámica histórica de los valles que no se presta a paralelismos fáciles. Enfatiza, además, la necesidad de enfoques comparativos con fenómenos fuera del ámbito centroandino.

> La arqueología comparativa es necesaria, no solamente a una escala americana, lo que algunos científicos ya hicieron. Es aún más necesario llegar a una escala universal, no solo en términos de *formas culturales* o de *secuencias prehistóricas*, sino también en términos de la *similitud de sus estructuras sociales*. De esta manera, un análisis de las culturas costeñas con irrigación no puede considerarse completo sin comparaciones detalladas con culturas de sociedades con irrigación similares de Egipto, del valle del Indo y del temprano Río Amarillo en China. En nuestro actual estado de conocimiento, la antigua Babilonia parece más prometedora en la obtención de resultados. Pero aspectos más amplios tienen que analizarse también en esta arqueología mundial comparada. De este modo, las culturas de la sierra y la costa peruana son distintas en muchos aspectos, pero están *interrelacionadas* en otras. Se puede suponer que la primera agricultura con maíz y con el establecimiento de una economía básicamente agrícola... venía básicamente de la sierra con los clanes pequeños dominados por sacerdotes del período Chavín o pre-Chavín. Sin duda, los serranos conocían técnicas simples de irrigación que emplearon en años "secos". Muchos motivos pueden haberles conducido a la costa, incluyendo derrotas militares por sus rivales más exitosos que seguían practicando agricultura en secano o semisecano. Una vez establecidos en la costa, los de la costa y los de la sierra desarrollaron comercio entre ellos tanto con productos naturales como con bienes manufacturados. Este desarrollo de una economía agrícola con irrigación desde una economía con semiirrigación en la sierra, y el desarrollo en esta última de una economía basada en precipitaciones donde los granos originales fueron cultivados y luego domesticados, no parece ser peculiar para el complejo sierra-costa del Perú. Quizá se haya desarrollado también en el complejo México-Mesoamérica en una escala más pequeña y más compleja en sus formas. Más importante es el complejo similar de montaña-desierto que parece haber existido en la Babilonia desértica y las montañas vecinas de Persia y de Asia Menor... Resulta relativamente simple detectar diferencias. Requiere, sin embargo, un conocimiento mayor, más profundo y más maduro el reconocimiento de características básicas y de procesos de desarrollo compartidas.[44]

Una propuesta interesante es la comparación con los constructores de montículos de Mississippi (*Mississippi Mound Builders*, hoy conocido como

44. Kosok 1965: 247. Traducción del autor.

Complejo Ceremonial del Sureste [*Southeastern Ceremonial Complex*]), que constituían sociedades semiagrícolas y semirecolectoras-cazadoras, sin un sistema de irrigación muy desarrollado, al tiempo de la llegada de los europeos.[45] Este enfoque singular pertenece a uno de los pioneros del estudio de sistemas de irrigación, cuya muerte prematura, en 1959, truncó los proyectos diversificados de este eminente científico. Su llamado a un enfoque de una arqueología mundial comparada apenas fue seguido después de su desaparición.

La obra de síntesis de Edward P. Lanning (1930-1985), de 1967, se diferencia de las obras peruanas citadas por un enfoque mucho más sistemático, con la ventaja de contar con una base empírica mucho más sólida que sus precursores. Como discípulo de Rowe, emplea su esquema cronológico al diferenciar un Período Inicial y un Horizonte Temprano (véase arriba). Reconoce diferentes tipos de asentamientos, de acuerdo a su tamaño y su grado de cohesión.

Un primer tipo son los permanentes, con una población debajo de los 1,000 habitantes, entre 1,000 y 5,000 y pasando las 5,000 personas. Estos pueden ser aglutinantes o dispersos. Los de menor tamaño suelen ser dispersos y sincoríticos (presencia o ausencia de poblaciones rurales asociadas con asentamientos aglutinados), mientras que los mayores son acoríticos (todos los campesinos viven en ciudades) (véase Rowe 1963). También reconoce a especialistas como sacerdotes, oficiales estatales, artesanos, mercaderes, entre otros; de ahí conviene diferenciar entre asentamientos no especializados (sin o con pocos especialistas) y especializados (con muchos especialistas).

Un segundo tipo de sitio es el asentamiento nucleado alrededor de un centro, que puede ser un santuario, una plaza o un complejo de edificios públicos. Aunque los asentamientos muy grandes pueden tener varios núcleos. Todos ellos se agrupan en diez subtipos: el campamento estacional; la unidad doméstica campesina; la unidad doméstica de "nobles" rurales; la aldea (pequeña, permanente, aglutinada con menos de 1,000 habitantes, acorítica y básicamente no especializada, nucleada o no nucleada); la ciudad (*town*) de tamaño mediano (1,000 a 500 habitantes) que, a su vez, Lanning diferencia en dos tipos: la ciudad rural (acorítica y no nucleada) y la ciudad urbana (nucleada y sincorítica). La ciudad rural es, en principio,

45. Kosok 1965: 246.

una especie de aldea sobredimensionada, mientras que la urbana es una versión menor de las grandes ciudades (*cities*) antiguas. Probablemente hubo diferentes grados y tipos de especialización, como artesanos en el primer tipo y mercaderes y burócratas estatales en el segundo. Probablemente hubo otros tipos con santuarios y funcionaban también como pequeños centros ceremoniales para ciudades y aldeas vecinas. Un sexto subtipo es la ciudad (*city*), un asentamiento grande, aglutinado y permanente, con poblaciones que exceden el número de los 5,000 habitantes. Este tipo se conoce también en otras partes del mundo, en el Perú Antiguo probablemente todas las ciudades eran sincoríticas, especializadas y nucleadas, muchas como centros de mercados. Por regla, muestran evidencias de estratificación social en distritos residenciales con diferentes grados de lujo y riqueza. El sétimo subtipo es la comunidad dispersa, entendida como asentamiento no aglutinado y acorítico, con casi todos los grados y tipos de especialización. El octavo subtipo es la pirámide aislada o santuario, que es una estructura ceremonial individual sin la presencia de una población asociada sirviendo a una o varias comunidades cercanas. Estructuras de este tipo suelen encontrarse con comunidades dispersas que pueden incorporar varias pirámides o montículos con plataformas. Finalmente, se reconoce el centro ceremonial, ya discutido, que, en la definición de Lanning es un complejo grande y elaborado de estructuras ceremoniales, sin una población residencial grande o permanente, que servía de foco para muchos asentamientos en un área extendida. Los centros ceremoniales, por tanto, son la expresión máxima de núcleo y sincoritismo, ya que representan el núcleo mientras que toda la población es rural. Los únicos habitantes eran los sacerdotes-administradores y personas de servicio; mayores agregaciones de hombres solo llegaron para ocasiones rituales. Un centro ceremonial puede verse también como sector nuclear de una ciudad grande, sin sus distritos residenciales.[46]

Para el Período Inicial (Formativo Temprano),[47] Lanning destaca cambios en la economía alimenticia que se muestran en la expansión del cultivo de maíz sobre casi todo el Perú Antiguo, la aparición de la yuca y de maní en la costa y la domesticación de la llama. El crecimiento de aldeas y la construcción de centros ceremoniales que ocurren en este periodo solo pudieron realizarse en base a una economía agrícola productiva, ya que consumen

46. Lanning 1967: 32-37.

47. Lanning 1967: 88-95.

mucho tiempo y un número considerable de personas involucradas en las tareas de planificación y de trabajo de construcción. El cultivo de yuca y maní, según Lanning, encubre vínculos con la montaña oriental. No solo hay indicios del cultivo de las plantas mencionadas, junto con camote y lúcuma, sino también de un consumo incrementado en relación con tiempos anteriores.

En la costa se suele tratar de aldeas de pescadores que intercambian con aldeas en el interior. Por otro lado, se expande la vida aldeana por todo el Perú Antiguo, tratándose de sitios permanentes, en forma de aldeas o centros ceremoniales. Existen templos y santuarios al lado de aldeas nucleadas y ciudades (*towns*). Los templos más espectaculares eran verdaderos centros ceremoniales, enteramente sincoríticos y totalmente especializados. Sitios como La Florida son mucho más grandes que construcciones similares del período anterior y tienen construcciones y plataformas subsidiarias sin evidencias de basura doméstica. Así, se aprecian construcciones monumentales en Ancón con una serie de plataformas revestidas de piedras que forman el área nuclear de una gran ciudad (*town*) rural (una visión totalmente diferente a la de Uhle quien entendió Ancón como restos de pescadores primitivos). Además de las grandes construcciones ceremoniales existían también santuarios pequeños.

Para Lanning,[48] el concepto de civilización se caracteriza por siete elementos: 1. Subsistencia basada en agricultura intensiva con o sin ganadería; 2. Poblaciones relativamente grandes y densas; 3. Sistemas eficientes para la distribución de alimentos; 4. Diversidad de tipos de asentamientos; 5. Estructuras estatales; 6. Estratificación social intensiva; y 7. Especialización ocupacional extensiva en la que participa solo parte de la población. De estos criterios, cuatro o cinco aparecen en el Período Inicial. Cuando las poblaciones aún eran reducidas y la agricultura intensiva todavía no era la base de la vida en la costa, existía intercambio entre la costa y el valle, y los centros ceremoniales probablemente ocupaban posiciones claves en el sistema. Existían aldeas no nucleadas en la costa y nucleadas en los valles, así como diversidad de tipos de asentamientos. Los criterios 6 y 7 se cumplen por la existencia y las características de los centros ceremoniales. Queda poco claro si existían gobiernos estatales, aunque Lanning se inclina por aceptar su existencia, nuevamente, basándose en los centros ceremoniales.

48. Lanning 1967: 3.

Por esta misma razón, también favorece la visión de la presencia de civilización en el Período Inicial.

En su capítulo "El Culto Chavín" (Horizonte Temprano),[49] Lanning dedica mucho espacio a la caracterización del estilo, origen y expansión desde la costa norcentral, así como el ocaso de Chavín. Reconoce densidades diferentes hacia el final del periodo, con densidades relativamente altas en la costa sur y bajas en la costa central. El autor relaciona este fenómeno con las diferencias en la productividad de los recursos marinos. En la costa norcentral, ve los primeros indicios de presencia de guerra (Chankillo en el valle de Casma). Asimismo, acepta la presencia de irrigación artificial, aun pese a evidencias poco concluyentes. Las innovaciones en el campo tecnológico se manifiestan en la metalurgia con dos tradiciones diferentes: una en el norte y otra en el sur (Bolivia). En la textilería, aparecen muchos materiales y técnicas antes desconocidos, tales como gasa, tapiz, telas pintadas, telas dobles, brocado y la presencia del telar.

En resumen, se observa una diferencia marcada en el tratamiento de ambos períodos. Mientras que el más temprano está relativamente bien detallado, el segundo no alcanza estas precisiones, ya que predomina el aspecto de un estilo que opaca detalles importantes como la economía agrícola y, sobre todo, la estratificación social. No queda claro quiénes fomentaron la expansión y qué implicancias económicas y políticas tuvieron. La argumentación, por tanto, tiene facetas de circularidad. Deben haber existido especialistas y líderes políticos por la presencia de los centros ceremoniales, pese a evidencias materiales directas inexistentes o poco convincentes. La existencia de centros ceremoniales, por tanto, se convierte en testimonio indirecto. Otro ejemplo del problema se presenta en la irrigación, según Lanning, solo factible por la existencia de controladores y organizadores políticos, con lo cual se convierte en muestra de la misma argumentación que, además, encubre una línea de interpretación wittfogeliana (véase arriba). Los problemas generales de tecnología también son evidencias indirectas, ya que se parte de la existencia de productos que, por regla, provienen de contextos funerarios, sin tener mayores datos acerca de talleres, de herramientas usadas en la producción y de su uso o distribución posterior.

Luis Guillermo Lumbreras publicó otro libro de síntesis en 1969. En este libro, concebido como manual para estudiantes, el autor emplea otro

---

49. Lanning 1967: 96-111.

esquema, en lo que concierne aquí: Arcaico y Formativo. A su vez, ambos periodos están subdivididos: el Arcaico en Temprano, Medio y Tardío; y el Formativo en Inferior, Medio y Superior.

Para Lumbreras, la cerámica más temprana aparece en el Arcaico Tardío.[50] Piensa que "[l]a economía y los demás aspectos de Guañape Temprano [valle de Virú] indican que eran aún agricultores incipientes",[51] sin especificar más acerca de las condiciones económicas y sociales de este tiempo. En el Formativo Inferior,

> vivían, en el área impactada, grupos de *estructura formativa* variada, sobre los que se superpuso Chavín; en las otras áreas en donde no llegó a influenciar Chavín, al mismo tiempo que los *pre-Chavín* o más tarde, se establecieron núcleos de gentes *formativas*, que, en todo caso, son semejantes a las pre-Chavín que a Chavín mismo… Se supone que los grupos que se tratan como correspondientes a esta época están ya básicamente incorporados dentro de la economía agrícola, con o sin regadío, y que funcionan, por lo tanto, dentro de una estructura social formalmente aldeana, dependiente más de los productos cultivados que de la recolección.[52]

El Formativo Medio acaba con

> la oscura etapa del Arcaico tardío y el Formativo Inferior gracias a la presencia de un arte de características barrocas, al que los arqueólogos conocen con el nombre de Chavín... los habitantes andinos aparecen definitivamente dentro de un tipo de vida basado en una economía agrícola estable... determinada por el establecimiento de aldeas más cohesionadas, un sistema religioso uniforme, con centros ceremoniales de forma piramidal, y un desarrollo notable de todas las técnicas propias de la cultura andina.[53]
>
> Económicamente, el Formativo Medio debe significar, seguramente, una continuación del Inferior, aunque el asentamiento definitivo del sistema agrícola debe iniciarse en este tiempo. El maíz se convierte en ingrediente básico de la dieta alimenticia de los pobladores andinos, y, aunque en la costa no se abandona el fuerte énfasis en la alimentación a base de peces y mariscos, los productos vegetales cultivados se hacen cada vez más populares. En la sierra,

50. Lumbreras 1969: 76-78.
51. Lumbreras 1969: 77.
52. Lumbreras 1969: 84-85.
53. Lumbreras 1969: 95.

> el consumo de animales de caza todavía es considerable, aunque, debido a los intereses agrícolas, la población serrana tiende a trasladarse a lugares cercanos a los valles susceptibles de ofrecer terrenos de cultivo. Las diversas formas conocidas de cucurbitáceas y lagenarias mantienen su prestigio hasta bastante tarde, y el ají, el pallar, los frijoles, el algodón y las otras plantas encontradas desde el Arcaico persisten y desarrollan un número mayor de variedades. Aparecen, en cambio, la yuca *(Manihot utilisima*) y el maní (*Arachis hypogaea*) que pudieron haber ingresado a la costa peruana a partir de la región selvática. Igualmente, el pepino (*Solanum mauritanicum* y *Chyomandra splendens*) y la jíquima (*Pachyrrhizus tuberosus*), de dudosa utilización durante el Arcaico, aparecen ya definitivamente establecidos. Las plantas serranas, tales como la papa (*Solanum tuberosum* y *Solanum goniocalyx*), el olluco (*Ullucus tuberosus*), la maswa (*Tropaeolum tuberosum*), la oca (*Oxalis tuberosa*), la quinua (*Chenopodium quinoa*) y la cañiwa (*Chenopodium pallidicuale*), pudieron haber sido domesticadas antes; lamentablemente hallazgos de estas plantas son muy escasos. El camote (*Ipomoaea batatas*) debe hacer su aparición en esta época, pero tampoco hay evidencias que lo comprueben. En general cabe pensar que la población del Formativo Medio se alimentaba ya de casi todas las plantas que fueron más tarde el sustento de las gentes que los españoles encontraron en el territorio andino. Los sistemas de cultivo no son suficientemente conocidos, pero no es descartable la posibilidad de que ya se iniciaran, en cierta forma, algunos métodos de irrigación, tanto en la costa como en la sierra. La gran cantidad de plantas cultivadas hace suponer, además, que los conocimientos técnicos de cultivo fueron superiores a los de los periodos anteriores.[54]

El autor tiene menos que decir acerca del uso de animales domésticos y no domésticos, y sigue:

> La población aparece considerablemente crecida; el desarrollo está en íntima relación con las mayores posibilidades de vida que se dan en este tiempo. Casi todos los valles de la costa y la sierra se encuentran poblados, con características de tal naturaleza que hacen suponer un cierto excedente de población útil para dedicarse a tareas no productivas, de tipo artesanal o religioso. Las aldeas del periodo Chavín no difieren notablemente de las de los periodos anteriores en cuanto a la distribución y características arquitectónicas... Quizá la única diferencia pueda ser la de su mayor densidad o el mayor número de centros poblados en cada valle... Pero no son las aldeas en sí que diferencian esta etapa de las precedentes; la diferencia esencial está

54. Lumbreras 1969: 95-97. Véase Lumbreras 1970, 1974.

> en los centros religiosos asociados a estas aldeas… a partir de esta época se inicia, en la zona andina central, la edificación de grandes centros comunales de función mágico-religiosa; más aún, durante el Formativo Medio se desarrollan los más importantes centros religiosos que tuvo el área andina, tanto por su belleza arquitectónica cuanto por la cantidad de trabajo que ellos supusieron.[55]
>
> La naturaleza de los centros ceremoniales en el Formativo Medio, habla de la importancia que durante este tiempo debió tener la religión entre los pobladores andinos. Esto debe estar también, relacionado con el desarrollo de ciertas formas de culto que favorecieron el crecimiento en importancia de una casta sacerdotal que en periodos posteriores jugó un rol notable dentro de la estructura social, económica y política de los pueblos de agricultores aldeanos. Es posible que, durante este tiempo, el sacerdocio se haya constituido ya en una casta de poder notable, dado que los servicios religiosos le aseguraban el prestigio necesario para tal fin. Debe suponerse que al lado del oficio cultista, las funciones sacerdotales pudieron alcanzar incluso el control de cierto tipo de trabajos tales como los relacionados con la hidráulica, por otro lado, pudo asegurarles cierto número de privilegios que derivaron luego en factores de prestigio. La especial importancia del culto derivó en un insistente tratamiento de los elementos religiosos a través de todas las manifestaciones artísticas y tecnológicas. La artesanía, descontando la puramente instrumental, se convirtió, en todas sus formas, en objeto ceremonial, con singulares excepciones.[56]

En su artículo de 1972, Lumbreras reincide en algunas de las ideas expuestas, pero agrega algunas facetas más incisivas:

> Chavín... surge como una sociedad con una producción agropecuaria que supone el control de múltiples pisos ecológicos, el establecimiento de técnicas de adaptación interregional de productos, con una consecuente macro-adaptación social, cuyos mecanismos aún no conocemos… el período Chavín representa, en este sentido, el desarrollo de una nueva contradicción que pudo surgir, entre otros factores, por el proceso integrativo multiregional... La posibilidad de adaptar productos de ecosistemas diferentes de cada región, provocó la necesidad de nuevos recursos, como lo de la ingeniería hidráulica y los conocimientos cronológicos especializados; en este punto la costa debió

---

55. Lumbreras 1969: 97-98.

56. Lumbreras 1969: 112-113.

> cumplir un rol estimulante, en la medida en que su ecosistema sin apoyo hidráulico no resiste cultivos intensivos. La solución de esta contradicción permitió la aparición de un nuevo tipo social, al que podemos llamar "especialista hidráulico", diferente del campesino y punto de partida de un proceso que condujo a la sociedad de clases en los Andes… En torno a [los centros ceremoniales] debió vivir la mayor parte de la población campesinas, pero su mantenimiento sólo podía estar dado por personas dedicadas a ellos a tiempo completo: los "especialistas". Estos, para vivir sin necesidad de participar directamente en la producción campesina, debieron absorber una cantidad dada de excedente agrícola, pero al mismo tiempo, partiendo de supuestos ideológicos vigentes, crear un aparato mágico-religioso suficiente como para crear "su" necesidad y reproducir sus funciones "prematuramente". Una religión como la de Chavín, con dioses feroces, de historial amazónico, es un buen aparato represivo y reproductivo de la función "sacerdotal" de estos especialistas. El montaje litúrgico, además demandó la necesidad de incorporar nuevos especialistas, artistas alfareros, picapedreros, etc., expertos en la representación "plástica" de los dioses y su "mundo" mítico y sobrenatural... Así, Chavín aparecería como un centro de primera magnitud, con presumibles alcances interregionales, "síntesis" del proceso y, al mismo tiempo, foco irradiador de influencias en varias direcciones. No creemos que pudiera constituirse, en este tiempo, una forma de Estado centralista, ni que los sacerdotes tuvieran la capacidad superior a la de un poder en función; pensamos que se trata de una etapa de transición hacia la formación de estados más bien regionales y locales, con "centros" de mayor y menor prestigio, acreedores de excedentes agrícolas y de peregrinación y prestadores de servicios religiosos-hidráulicos que bien podrían expresarse en oráculos de su tiempo, las lluvias, etc. y servicios adicionales. En este sentido, Chavín es un lugar ideal para la observación de los movimientos estelares y al mismo tiempo un "punto medio" entre costa-selva-sierra.[57]

Fuera de divergir en una serie de puntos con el planteamiento de Lanning, el de Lumbreras se basa en una interpretación esencialmente marxista de corte childeano. Por ello, no tiene reparos en lanzar hipótesis que no están respaldadas del todo por evidencias pertinentes, lo que se refleja en su uso frecuente del condicional. La "dialéctica" aldea-centro ceremonial aquí está condicionada —más que en el caso de Lanning— con el estilo chavín. Lumbreras se empeña más en definir una especie de elite a la que llama, en forma algo enigmática, "especialistas" a tiempo completo que manejan estos

57. Lumbreras 1972: 90-91.

centros para la coerción (imágenes terroríficas) y para monopolizar la predicción económica (¿y política?) y su excedente. Con ello, sin embargo, no se llega, según él, a la consolidación de estados sino a una especie de protoestados. Las aldeas quedan como entidades casi sin definición, como necesario trasfondo económico de los centros ceremoniales. Su relevancia está medida según la importancia del centro, lo que, de nuevo, presenta el peligro de una argumentación circular.

Rosa Fung, en su tesis publicada en 1972, dedicada a sus excavaciones en el sitio Las Aldas (o Haldas), presenta algunas hipótesis en sus conclusiones que merecen ser consideradas. Fung postula que no hubo necesidad de agricultura intensiva para

> aumentar el volumen de comida para una población que crecía porque el mar literalmente era una chacra inagotable. Esta riqueza productiva retrasaría el cultivo en la región de aquél prolífico cereal: maíz… La distribución espacial de los centros ceremoniales tempranos, podría estar, pues, relacionada [a esta riqueza]... Postulamos que la unidad sociopolítica como una expresión de la temprana civilización peruana respondió a una necesidad de organizar la interacción, no sólo en el sentido vertical sino también horizontal y diagonal, de valles cercanos, como ocurriría en la costa central… además de la dependencia de los asentamientos en las playas. Una organización semejante cuyas condiciones ambientales prácticamente estaban dadas, ofrecía un fundamento social y económico de enormes potencialidades que facilitaría las realizaciones del grupo en el control político. Las evidencias demuestran que los mecanismos de expansión del sistema fueron predominantemente pacíficos. La productividad del mar en conjunción con el rápido crecimiento de la población y la interacción de estos valles costeños muy próximos que de hecho forman una unidad geográfica, sentarían las bases de la civilización peruana... La construcción del Templo [de Las Aldas] demandó muchos trabajadores... con una tecnología rudimentaria que naturalmente exigió una mayor inversión de energía humana... Sea de donde viniese la fuerza laboral, ella tuvo que ser controlada y coordinada por un grupo que tenía conocimiento preciso de lo que ordenaba y que a la vez estaba capacitado o investido para ejercer el mando. Se escogería Las Aldas como el lugar apropiado para edificar en centro ceremonial porque, no obstante a su apartamiento, se hallaba ubicado dentro de los límites accesibles a una fácil y pronta comunicación con los centros poblados de los valles vecinos, especialmente con el valle de Casma. Otras de las condiciones favorables, serían la cercanía a un manantial y la impresionante belleza del paisaje. La reverencia que inspira el acantilado sobre el que se levanta el Templo y la soledad del aislamiento constituirían situaciones sumamente apreciadas por la

> elite que ocupaba el Templo. Aquí en Las Aldas, sin ninguna clase de interferencias, podía llevarse a cabo los ritos y las actividades conectadas con el estudio de los cuerpos celestes y las influencias que ejercen las mareas. La disposición en la inmediaciones del Templo de ciertas piedras, cuidadosamente orientadas y la misma orientación determinada del Templo, peculiaridad observada en varios otros templos del valle de Casma, incluyendo el de Sechín Alto, sugieren una práctica de observaciones astronómicas. Su proximidad al mar haría de Las Aldas un observatorio completo porque facilitaría, adicionalmente, observar la regularidad de las mareas... Establecida la regularidad como un hecho, bastaba medir el tiempo que trascurre entre los ciclos de flujo y reflujo... Ciertamente, el poseer este conocimiento los concedería una enorme ventaja en la confección y aplicación de un calendario lunar. Sitios como Las Aldas cumplirían las funciones de observatorio astronómico, centro religioso y de control de la producción marina del sector para su envío a los centros ceremoniales principales ubicados en los valles...[58]

Pese a tratarse de un trabajo dedicado a un solo sitio, la relevancia de la tesis de Fung, presentada en 1967, radica en postular la importancia económica del mar que resulta en un factor importante para la complejización social y la presencia de elites que basan su poder en la predicción del tiempo. Estas ideas fueron retomadas por Moseley[59] y en los trabajos de Lumbreras.

Un aporte importante para la definición y diferenciación de los centros ceremoniales fue presentado por Williams en 1980. Desde su perspectiva de arquitecto, analiza formalmente las evidencias conocidas en una evolución temporal que se inicia en el Arcaico Tardío.

> La dimensión y calidad de la producción arquitectónica es tan sorprendente, que necesariamente desarticula los esquemas que asignan una organización social rudimentaria al segundo milenio antes de nuestra era. Considero que debe aceptarse... formas tempranas de organización estatal en el piedemonte andino. Formas de organización social con ámbitos definidos, cohesión interna, jerarquía de establecimientos y capacidad de interactuar con otras organizaciones semejantes. Es evidente el gradual y sostenido incremento del poder por elementos vinculados al culto. En los frisos de barro y en las esculturas de piedra, dioses y seres terribles ayudaron a la casta sacerdotal a manipular excedentes de mano de obra, tributo de las comunidades aldeanas. Los

58. Fung 1972: 192-194.
59. Moseley 1975.

arquitectos y jefes de obra, los matemáticos y astrónomos, los artistas y productores de bienes suntuarios pudieron tener dedicación completa, o casi completa a sus tareas. En término de historia cultural hay dos temas que han sido tratados ligeramente en la literatura vinculada a los Andes centrales: el tema de la forma como expresión de significado y el tema de la evolución de la misma como indicadora de modificación del contexto cultural... Se postula que la edificación, tanto en términos de su forma como del tratamiento del espacio y de las superficies, expresa ideas, tiene *connotación cultural*. Las obras arquitectónicas pueden leerse como: (I) *infraestructura*, en la medida que atienden a requisitos funcionales, (II) como *estructura*, en cuanto son parte de complejos orgánicamente vinculados y (III) como expresión de *superestructura* en tanto dan cuenta de valores, de modos de ver y valorar el mundo... La evidencia muestra que los edificios monumentales se dan en "series" y que las series siguen, en cuanto a estructura formal, a una "cabeza de serie"... Esta estructura formal —por alguna razón importante— es replicada por un "coro" de obras menores que tratan de cercarse y eventualmente de superar el original.[60]

En su análisis llega a los siguientes resultados:

(I) La pirámide o montículo es una estructura formal persistente... [que] responde a ciertos principios de valor internalizados… Se le utiliza para marcar el rango, elevar el *status* separarse de la tierra, destacarse visualmente. No se olvide que muchos de estos montículos estuvieran vivamente pintados en colores fuertes. Debe tenerse en cuenta que los montículos piramidales se utilizaron como áreas especializadas para el culto en los primeros ejemplos de zonificación urbana y que los *ushnu*, asientos del inca en las plazas… fueron pirámides escalonadas. (II) La forma de los montículos piramidales evoluciona en dirección de mayor complejidad... La variación formal responde a exigencias funcionales, cada vez más complejas, y a requisitos visuales de mayor impacto, consecuentes con sociedades también más complejas. III) Los montículos piramidales son parte de la infraestructura religioso-administrativa de los pueblos del Ande.[61]

Como ya se señaló en el inicio del presente trabajo, la arquitectura en planta de U es casi sinónimo del estilo Chavín. Williams especifica este aspecto también al formular una serie de hipótesis:

60. Williams 1980b: 399-400.

61. Williams 1980b: 410-415.

(I) La unidad en las formas arquitectónicas a través de un territorio extenso, representa difusión paralela (en el mismo espacio) de elementos supraestructurales, de liturgia, de cosmovisión, etc. ... (II) Los complejos con planta en "U" constituyen un grupo formal o "serie". Se han desarrollado a partir de un prototipo o "cabeza de serie"… (III) En el momento cumbre de la difusión, la "serie" cubre todo el espacio (estaban en uso, simultáneamente, todas las estructuras) y varias estructuras menores se organizaban jerárquicamente alrededor de un centro mayor ... (IV) Las diferencias formales en los complejos de "U" obedecen a (1) diferenciación jerárquica; (2) desarrollo histórico y (3) adaptaciones locales. El tamaño de las estructuras da un inicio claro de su posición en la línea jerárquica… [Existe] importante diferencia, en dimensión, de los edificios mayores, con los del nivel inferior. La variación local también es evidente… (V) Mientras que las pirámides que forman los conjuntos tienen una importante variación en el tiempo, la forma y dimensión del *patio principal* está fijado desde el inicio y no tiene modificaciones mayores… (VI) Las estructuras de gran tamaño se construyen después de un periodo de experimentación en complejos de menor área… (VII) La obras de mayor aliento corresponden al periodo de expansión y consolidación de las ideas vinculadas a los templos o grandes conjuntos en planta en U … (VIII) Los grandes espacios centrales estaban vinculados al cultivo, probablemente ritual. No eran diseñadas para la congregación de multitudes.

Williams fundamenta esta hipótesis con la nivelación de los terrenos, la posibilidad de drenaje y "con la idea del riego y del manejo de agua como elementos claves de este desarrollo".[62] Sigue:

(IX) Los pozos ceremoniales no ocupan un lugar preponderante en las grandes construcciones en 'U" edificadas entre Huaura y Lurín. Aparecen como elemento secundario de esas composiciones… (X) La apertura de la 'U" está entre el norte y el este, es relativamente consistente para cada valle y sigue la orientación básica del cauce.[63]

Con todo ello llega a una "hipótesis global sobre el desarrollo de la arquitectura en el área central (1750-600 a.C.)", en la cual resalta lo siguiente:

(1) La extraordinaria dimensión de las construcciones tempranas en la costa central. (2) La existencia de dos núcleos de creación arquitectónica formal,

62. Williams 1980b: 415-416.
63. Williams 1980b: 415.

> Lima-Huaura y Casma, y probablemente un tercero... el de Santa-Moche. (3) La existencia de varios "horizontes arquitectónicos" donde un conjunto de rasgos arquitectónicos se presenta simultáneamente sobre extensos territorios.[64]

Williams diferencia cinco tradiciones con subtradiciones. Así, este trabajo tiene la virtud de sistematizar la arquitectura monumental, definir su génesis formal y su evolución, reconocer la jerarquía y su concentración en núcleos diferenciados, tanto en tiempo como en espacio. Si bien no se detiene mucho en las implicancias sociales y funcionales, deja en claro que estos fenómenos se producen dentro de organizaciones estatales. Algunas de sus ideas y atribuciones (sobre todo cronológicas) fueron rectificadas posteriormente, pero sigue siendo la obra más consistente de síntesis del problema. El problema mayor —ya reconocido varias veces— es la omisión de la caracterización de las aldeas. Esto es sorprendente, ya que el propio Williams, en el mismo trabajo presentado, dedica mucho espacio al tema con anterioridad y posterioridad de los centros ceremoniales.

Yoshio Onuki agrega otra faceta al tema que se relaciona con la utilización del medio ambiente. Concentrándose en la parte central del Perú, piensa que la introducción de la cerámica,

> tiene la ventaja especial de cocinar tubérculos y frejoles. Considerando la existencia de yuca, maní y posiblemente camote en el Formativo Medio de la costa, es muy probable que en el período precedente se utilizase tales plantas en la *yunga* que… ya tiene la tradición cultivadora bastante larga. No es necesario buscar el origen de esos productos en la región selvática, puesto que la zona de *yunga* es el ambiente apto para el cultivo de las plantas de mayor importancia de los periodos posteriores. Si el cultivo de tubérculos estaba en una situación experimental, la adopción de la cerámica podría contribuir para asegurar la adquisición de hidratos de carbono. La alfarería fue introducida en la zona de *puna* casi al mismo tiempo, pero con menos variedad de formas y motivos decorados… Los restos de ají, zapallo y frejoles en la meseta de Junín, junto con los mariscos de la región costeña y la fauna y flora tropical, sugieren que los habitantes de *puna* extendían la relación con otras zonas ecológicas lejanas, y podríamos deducir que ya surgía el carácter de pastores-viajeros en los criadores de camélidos de la época posterior… En resumen, el período Formativo Temprano es la época en que la tendencia

64. Williams 1980b: 420-424.

> del periodo Arcaico Tardío llega al clímax con la introducción de cerámica y tejido, perfeccionando el cultivo de una plantas productivas de alimentación. No es muy arriesgado suponer que la yuca, maní y camotes ya estuvieran en cultivo y que el ecosistema agrícola de la zona de yunga fluvial estuviera establecido. Con el desarrollo de la vida agrícola sucedió el cambio de la organización social y la actividad ritual, y algunos miembros distinguidos de la sociedad gozaron de prestigio muy alto. En la zona de puna, perfeccionando la crianza de camélidos, explotaban varios modos de subsistencia así como la caza, pesca lacustre, y posiblemente el cultivo e tubérculos utilizando la parte alta de la zona de *suni*.[65]

Para el Formativo Medio y Tardío, Onuki destaca la diferencia entre estos y el periodo anterior, en un desplazamiento a la zona *quechua* posiblemente influenciado por un desmejoramiento del clima que lleva consigo un cambio de subsistencia.

> En la zona de *yunga fluvial* se cultivaba el maíz pero con menor importancia en las localidades marginales para el ecosistema entonces vigente, es decir, en la parte alta de la zona *yunga* o la parte baja de la zona *quechua* del fondo del valle, donde abunda el agua. La perturbación climática distinguió la ventaja del maíz, y con la predominancia del cultivo de maíz, se difundían la nueva ideología y el nuevo sistema ritual, y Chavín de Huántar llegó a ser un centro ceremonial trascendental y empezó a disfrutar el prestigio más alto de la sierra nor-central. La divulgación de la olla y el cántaro es notable… Esta nueva forma de cerámica del periodo Formativo Medio, que sigue confeccionándose hasta hoy, sugiere la divulgación de chicha preparada en base de maíz. En cambio, en la región de la selva preparan el licor en base a la yuca, utilizando la olla abierta con cuello corto, y la abundancia de la forma similar en el Formativo Temprano en la cuenca del Huánuco nos hace pensar de la vigencia de la misma tradición. Todo esto quiere decir que tal vez el cambio cultural en el Formativo Medio abarcara hasta el modo de preparar el licor posiblemente en relación con el cambio del sistema ritual. El desmejoramiento de clima afectó la zona de *puna*. Se perfeccionó la domesticación... [y se percibe una relación más íntima] entre el fondo del valle y la zona de puna en el Formativo Medio. En la costa los grandes centros del período Formativo Temprano también fueron abandonados, y la mayoría de los nuevos centros se encuentran en la zona de *yunga marítima*... El cambio drástico de la zona de residencia principal sugiere el incremento de la importancia de la yunga marítima y el cambio de subsistencia sugiere

65. Onuki 1982: 216-217.

> también cambios de la organización sociopolítica y religiosa, que sea tal vez semejante a lo sucedido en la sierra nor-central. El estilo Chavín desapareció en el periodo Formativo Tardío, pero el nuevo ecosistema se intensificó e iba logrando integrar la población creciente durante la época de mejoramiento climático. Comenzaron a explotar los nichos hasta entonces no utilizados, es decir, la zona de *quechua* y la zona de *chala*, lo cual era posibles debido a la adaptabilidad de maíz y a la mano de obra eficazmente organizada en base a la población creciente.[66]

El enfoque de Onuki relaciona la cultura material, en particular la cerámica, con la producción de algunas plantas básicas relacionada con zonas ecológicas particulares dentro de condiciones climáticas cambiantes. Esta correlación de factores lleva a cambios dentro de las sociedades y entre las mismas. En su énfasis en la producción alfarera y alimenticia, sus aportes se complementan con el de Williams.

La síntesis probablemente más exhaustiva del Formativo se debe a Richard Burger,[67] la cual se centra —como indica el título— en Chavín, en el sentido de un "Horizonte Chavín" que se debe mucho a los trabajos realizados por él en la zona de Chavín de Huántar. Su uso de la cronología es algo particular en reinterpretar el esquema de Rowe al crear un Periodo Inicial muy largo y un Horizonte Temprano algo más reducido.

En lo que sigue se trata de resumir el libro, concentrándose en lo que está presentado bajo los rubros asentamiento y subsistencia, así como entierros y organización social. Para el Periodo Inicial, Burger se concentra en la costa central (donde también excavó) y en la costa norcentral, en particular el valle de Casma, así como en Cupisnique, en la costa norte. Para la costa central, el autor inicia su presentación con lo conocido: la construcción de arquitectura monumental requiere una inversión notable de trabajo que, a su vez, requiere una economía estable y una población grande. Pero esto no necesariamente implica economías muy productivas, ya que el excedente puede haberse usado para banquetes comunales en la construcción cíclica de faenas de construcción. Burger reconoce varios tipos de sitios: los grandes centros, las aldeas pequeñas del litoral y los caseríos en la parte media del valle, todos interconectados por redes de intercambio. Los asentamientos del interior pueden haber cultivado coca y ají. También existen

---

66. Onuki 1982: 218-219.

67. Burger 1992.

pequeños centros cívico-ceremoniales en la parte media de los valles. Todos estos centros ceremoniales no eran "centros vacíos" y todos deberían corresponder a un grupo social local de un tamaño de más de 1,000 habitantes, aunque las evidencias disponibles no respaldan estos cálculos. Debía haber cultivo con irrigación a escala reducida. Además, parece haber una relación directa entre la escala de las construcciones monumentales y la tierra cultivable. Estos trabajos hidráulicos asumidos exceden las posibilidades de unidades domésticas, por lo que debería haber existido un control social que fortaleciera la coherencia social y la labor cooperativa. Si bien se cultivan básicamente las mismas plantas que en el periodo pre cerámico, se percibe una intensificación y la presencia del maíz. Las casas eran estructuras simples y de tamaño reducido, con evidencias de almacenamiento. Muestran también actividades como la producción de objetos óseos o líticos, así como de telas de algodón y esteras de plantas silvestres de río o litoral. El tamaño de las vasijas se triplica durante el Periodo Inicial.

El intercambio de mediana o larga distancia no parece haber sido muy relevante. Basándose en algunos contextos funerarios de áreas funerarias separadas, de sacrificios para construcciones y de arquitectura monumental, Burger postula que si bien existieron tratamientos diferenciales entre los individuos y sus objetos asociados, así como construcciones residenciales en arquitectura monumental, las sociedades deberían haber tenido una estratificación social débil, por lo que los centros mayores no deberían haberse integrado en una estructura política jerárquica generalizada. Esta naturaleza "balcanizada" se muestra por los diferentes estilos cerámicos localizados.[68]

Los grandes complejos del valle de Casma, ya mencionados en el caso de Williams, merecen a Burger un tratamiento similar al de la costa central. Pese a que se percibe una diversidad mayor de escala y una variación de arquitectura monumental algo menor, probablemente, asociada en varios complejos cercanos entre ellos, Burger no comparte la idea de una estratificación mayor con presencia de elite. Argumenta que el material asociado a estas construcciones, en general, no deja reconocer diferencias marcadas, aunque acepta la posible presencia de "líderes", pero que no serían reflejo de sistemas políticos de mayor complejidad como una sociedad clasista o un estado. Los pocos contextos funerarios ubicados, según él, apoyan la

68. Burger 1992: 69-75.

validez general de sus apreciaciones. Existen relaciones entre los sitios del litoral y los centros en la parte media del valle. De acuerdo con las evidencias recuperadas, la tecnología de obtención de recursos marinos no varía mucho de la anterior (Período Pre-cerámico Tardío o Arcaico Final). También hay una producción algo más especializada, como pueden ser los recipientes de piedra, de modo que las comunidades mantenían vínculos mucho más complejos que los puramente económicos.[69]

Para la costa norte, entre Lambayeque y Virú, la base de subsistencia es básicamente la misma que la de la costa central y norcentral, en el sentido de la presencia de centros en la parte media del valle y asentamientos menores en el litoral que intercambian productos. Burger reconoce variaciones en la organización en los diferentes valles de la costa norte que dependen del acceso a tierra de cultivo de diferente calidad y extensión, así como vínculos estrechos entre costa y sierra. Por otro lado, las técnicas como la alfarería y la metalurgia existen y alcanzan dimensiones notables en algunos sitios.[70]

En la sierra, el núcleo demográfico se ubicaba en los valles fértiles de la sierra norte y central. Existían grandes centros públicos en muchos de los valles interandinos, conectados con redes "sueltas" de relaciones ideológicas, sociales y de intercambio, aparentemente, sin sistemas políticos mayores. Los centros no eran urbanos, pues tenían poblaciones residenciales reducidas de carácter agrario. La base productiva era el cultivo en secano y la caza, lo que se confirma con la ubicación de los centros. Estos últimos se ubicaban con frecuencia en los mismos lugares que sus antecedentes del Pre-cerámico Tardío. Las grandes áreas poco pobladas se mantenían entre nucleaciones. En la periferia de esta esfera de interacción "amorfa", existían otras sociedades con recursos diferentes que interactuaban con los centros.[71]

El argumento central de Burger, sin embargo, es su interpretación del complejo Chavín de Huántar, al que dedica poco menos espacio que el reservado para la multitud de sitios del Período Inicial fuera de Chavín.[72] Como la mayoría de los otros centros serranos, Chavín se ubica en la zona quechua. El autor destaca sus virtudes para un sistema de cultivo mixto y

69. Burger 1992: 85-88.

70. Burger 1992: 97-98.

71. Burger 1992: 104.

72. Burger 1992: 128-182.

ganadería de camélidos, al ubicarse en un lugar estratégico para las rutas de transporte. Por ello, muchos productos como la coca, el ají, la sal, el pescado seco y otros, deben haber llegado de otras zonas. Las construcciones públicas más tempranas del complejo sugieren la presencia de una población mayor en el Período Inicial Tardío. Además, existen varias aldeas contemporáneas en la región quechua y suni alrededor de Chavín, por lo que parece que fue construido como centro para y por la población rural. Este templo proporcionaría el foco central para integrar esta población local en una sociedad cohesionada; además, las autoridades del templo influenciaban las relaciones económicas y sociales de estos grupos. El papel de estos sacerdotes no solamente era de intermediarios con la esfera sobrenatural, sino también de encargados de asuntos más seculares, tales como el intercambio con otros centros para adquirir bienes exóticos —como el *Spondylus*, una concha de las aguas más cálidas del Ecuador.[73]

Hay pocas evidencias directas para definir la subsistencia; pero parecen haberse consumido papas u otros tubérculos y, en menor cantidad, maíz. Además, consumían animales cazados (¿vicuñas?) y domésticos como llamas o alpacas y, en menor cantidad, venados, vizcachas, zorrillos, cuyes y aves. Para tales actividades, usaban puntas de proyectil lanzadas con estólicas. Los habitantes también fabricaban artesanía suplementaria, como la textilería y la elaboración de artefactos óseos. Por último, el éxito particular de este sistema se debe al culto, pese a la ausencia de una elite, al menos en forma de contextos funerarios pertinentes. La última razón, según Burger, fue la coerción expresada en las sangrientas representaciones del arte. Estas imágenes eran expresiones de autoridad que resultaban en la formación de grupos armados para la defensa y quizá para obtener cabezas. Burger es consciente que ya existían centros parecidos en otras partes. Por tratarse de un centro tardío, pudo seleccionar elementos de otros complejos religiosos, lo que vale también para otros elementos económicos y sociales.[74]

El cambio más decisivo se dio con la conversión de Chavín en un centro protourbano, transformación llevada a cabo en dos "pasos". Los trabajos hidráulicos se plasman en numerosos canales y las actividades económicas se vinculan más con el templo, ya que el abastecimiento de carne llegó en forma de conservas (charqui) desde las aldeas de altura que

73. Burger 1992: 128-130.

74. Burger 1992: 161-164.

formaban un solo sistema socioeconómico. Las llamas también fueron empleadas como animales de carga para los peregrinos y el comercio. De ahí llegan bienes de la costa y otros lugares en beneficio de toda la población, probablemente, adquiridos por las autoridades del templo y luego redistribuidos. La ocupación de Chavín termina con su auge en la fase Janabarriu, cuando el asentamiento crece a unas 42 hectáreas. La crianza de cuyes gana en importancia, pues sirven, fuera de alimento, como ofrendas. El consumo de tubérculos, como las papas, se mantiene en lo esencial, como también el de la carne de camélidos. Se agrega el batán como implemento. En la cerámica, se emplean sellos que simplifican el trabajo. Muchos elementos llegan de afuera y se encuentran a menudo en contextos domésticos. Burger piensa que hay elementos para pensar en una especialización y diferencias que indican el inicio de clases sociales. Estos procesos deben haber fortalecido las autoridades religiosas, pero no hay evidencias de que estas se conviertan en clase visible. Burger, por tanto, piensa que existen tres desarrollos interrelacionados en Chavín: la expansión del comercio de larga distancia, la popularidad panregional de su culto y la integración de la crianza especializada de llamas en el sistema agrícola local.[75]

Es, en particular, el culto y los vínculos ideológicos y sociales generados por su expansión, los que propician la aparición de sociedades estratificadas con elites poderosas en el sentido económico y político. Burger propone que los líderes regionales pueden haber adoptado el culto de Chavín de modo intencional al reconocer las ventajas personales. La asociación física con materiales exóticos y tecnologías innovadoras podrán haberlos ayudado a separarse del resto de la población. Estas suposiciones están apoyadas por la presencia de contextos funerarios de elite en varios lugares de la costa y la sierra norte, mas no en Chavín.

Al respecto de la economía, Burger enfatiza la diversidad. Durante el Horizonte Chavín, existían por lo menos cuatro sistemas de subsistencia: la agricultura mixta con plantas de altura y crianza de llamas; el cultivo de plantas bajo riego en quechua y temple, como el maíz; un sistema pastoral suplementado con caza y recolecta de plantas silvestres; y, por último, un sistema basado en pastoreo y cultivo estacional. El primer sistema está representado por Chavín de Huántar; el segundo, por Pacopampa, un centro en la sierra de Cajamarca; el tercero, por sitios en la puna de Junín; y el

75. Burger 1992: 166-172, 180-181.

cuarto, por sitios en la cuenca del Mantaro. En la costa hubo menor diferenciación con el cultivo intensivo de una amplia gama de plantas cultivadas con más presencia del maíz. Estas estrategias llevan a la presencia de poblaciones densas en la sierra norte y a poblaciones más reducidas y dispersas en la sierra central; algo parecido ocurre en la división entre las poblaciones de la costa norte y central comparada con las de la costa sur. Debido a ello, la heterogeneidad caracteriza el Horizonte Temprano en lugar de una homogeneidad.

El intercambio a larga distancia se incrementa notablemente en este Horizonte, sobre todo, debido al uso de la llama como animal de carga. Existen caminos detectados en la costa norte, básicamente siguiendo los cursos de los ríos, por medio de los cuales se interconectan previas esferas de interacción con Chavín, este último como *primus inter pares*. En este sistema multifocal se intercambiaban bienes, tanto para el consumo personal, como para su uso en rituales. Entre estos bienes se encontraba cerámica exótica, pescado seco, conchas, piedras semipreciosas, pigmentos, lana, tejidos finos y metales preciosos como el lapislázuli de Moquegua o Chile y el spondylus y strombus de Ecuador; mientras que la obsidiana fue usada en prácticamente todo el ámbito desde pocas fuentes ubicadas en la zona de Ayacucho y el cinabrio se conoce de Huancavelica.[76]

Burger termina su libro con algunas reflexiones acerca de la utilidad de comparaciones con otras civilizaciones para entender su formación y llega a la conclusión que la civilización chavín es muy distinta a la de Mesopotamia o Mesoamérica. Es, por tanto, distintivamente andino en su énfasis de labor pública, los principios duales de su cosmología y sociedad y la oposición privilegiada de los tejidos, entre otros aspectos.[77]

Sin ánimo de someter el trabajo de Burger a una crítica exhaustiva, se nota una cierta tendencia a minimizar los logros socioeconómicos del largo Período Inicial —pese a su diversidad— y a maximizar los de un solo sitio: Chavín de Huántar. Los motivos económicos y políticos presentados podrían darse para otros centros también, en contemporaneidad o con anterioridad. Es, por tanto, más la política exterior y, sobre todo, el culto exitoso, los que convierten el tardío Chavín en un centro protourbano poco antes de su ocaso no discutido. La elite, en sus manifestaciones tardías con

---

76. Burger 1992: 203-215.
77. Burger 1992: 220-227.

poder limitado y funciones poco aclaradas, sirve a una población amorfa que, pese a ello, incorpora el poder real. Dentro de esta lógica, se entiende que Burger enfatice el carácter netamente andino y, últimamente, incomparable de Chavín, acercándose a las hipótesis políticas de corte indigenista ya propagadas por Tello.

Con la presentación de otro libro, publicado el mismo año que el de Burger, escrito por Michael Moseley, se cerrará la discusión de aportes generales acerca del tema. Es inevitable que este autor repita varios de los argumentos ya señalados como ya lo hicieron otros colegas suyos con anterioridad, de modo que es suficiente destacar algunos puntos originales. Moseley enfatiza algunos puntos importantes en relación a la irrigación que, como se vio, resulta un fenómeno poco definido.

> Pese a que economías agrícolas aparecen en diferentes tiempos y en diferentes lugares, se vinculan con la introducción de la cerámica y el telar [véase arriba aporte de Lanning], la cerámica es vital para el almacenamiento, la cocina y la fermentación de comestibles; el cultivo y el pastoreo incrementan el acceso a algodón y lana; y el telar permitía la producción de tejidos en masa. Los tubérculos eran los mayores productos agrícolas, seguidos por pallares, legumbres, zapallos y frutas. El cultivo del maíz y la crianza de llama están presentes en la sierra, pero son inicialmente raros en la costa. La montaña árida y las costas sin precipitaciones convirtieron la irrigación en un aspecto integral del nuevo orden económico y la irrigación tenía influencia sobre dónde y cómo trabajaba la gente. Los pastores riegan bofedales de pastos y los conceptos básicos de canalizar agua no son complicados. La parte alta de la sierra recibe suficiente lluvia para permitir el cultivo de tubérculos de altura y de quinua. Más abajo, obras de irrigación de manantiales y riachuelos de la montaña hacen posible el cultivo de otras plantas como el zapallo, el pallar y el maíz que se siembran antes y se cosechan después de su ciclo natural. Con el suministro artificial de agua se puede plantar y cosechar varias veces al año y la tierra irrigada es apreciada por su rendimiento alto. Las pendientes de los cerros requieren su aterrazamiento para aplicar el riego. Las cuencas serranas más bajas proporcionan tierra limitada en condiciones aplanadas, pero presentan condiciones favorables para el cultivo. Estas tierras se usaban primero... por lo que estas actividades hacían bajar a la gente que vivía en las montañas tanto en forma permanente como estacional. Al abrir el hábitat de la parte baja de los valles y separarlo del cultivo dependiente de las lluvias en alturas más elevadas, la irrigación contribuye a la verticalidad. En la costa, la irrigación permitió la expansión humana en un nicho poco favorable, el desierto. Existen tres relaciones entre el agua del río y la tierra cultivable. Primero, los ríos descienden por cañones angostos

> donde los declives empinados permiten la instalación de canales cortos para alcanzar tierra cultivable escasa y en bolsones aislados. Segundo, los ríos pasan por un cuello para luego abrirse en un cono de deyección. Estos cuellos son los lugares preferidos para la instalación de la boca de canales cortos que alimentan, a su vez, canales que se abren a la medida que se descubre el valle... Parece que, en muchos valles, la irrigación se desarrolló en los cañones y los cuellos donde la inclinación del río es relativamente empinada y, en estas zonas, se encuentra la mayoría de los monumentos del Período Inicial. De este modo la irrigación no llegó al propio litoral... En sus inicios, los canales pueden haber sido instalados por campesinos independientes o por grupos corporativos, pero, de este modo, solo un 5% del desierto cultivado ahora podría haberse utilizado de esta manera, lo que no concuerda con la aparición de agricultores independientes en el Período Inicial... La irrigación fomenta el desarrollo de poblaciones segmentadas. El Período Inicial se caracteriza por un número excepcional de monumentos en el interior de los valles y estos centros ceremoniales tempranos probablemente conmemorizaron la aparición de numerosos grupos autónomos sostenidos por sistemas de canales independientes. Estos monumentos reflejan la presencia de poblaciones significativamente más grandes que los del Período Precerámico y la irrigación debe haber causado esta revolución demográfica... El número y el tamaño de los monumentos del Período Inicial no reflejan solo más gente sino también nuevas órdenes de organización. Los constructores de canales, por lo general, monopolizan la tierra y el agua con las que producen. Si la reclamación fue realizada por colectivos de parentesco, los medios de producción agraria fueron siempre controlados y poseídos en forma colectiva.[78]

Moseley piensa que estos grupos probablemente se parecían o aun formaban la base del sistema de ayllu en el siglo XVI, lo que permitía una nueva forma de monopolización colectiva.[79] En cuanto a la arquitectura monumental, el autor destaca su frecuencia, su variabilidad y su documentación escasa que desafían generalizaciones y su ubicación cronológica. Entre las características constructivas menciona que la irrigación formó suelos que servían para la elaboración de adobes. El enorme tamaño de las fachadas decoradas estaba destinado a su visibilidad para grandes acumulaciones de personas y un despliegue ostentoso relacionado con poder y política. Como estos edificios aparentemente no solían contener entierros de elite, pueden tomarse como santuarios; pero, sin duda, servían también para fines

---

78. Moseley 1992: 125-127. Traducción del autor.
79. Moseley 1992: 127.

cívicos y políticos, basado en un panteón variable y pluralista. De esta forma, coexistían creencias locales y cultos más difundidos.[80] Este poder está comparado con el del Vaticano, en el sentido de ser una institución poderosa sin gobernantes hereditarios. Son los grupos de parentesco, aunque las diferencias en el tamaño de los edificios monumentales permiten pensar en poderes diferenciados; pero "quien sostenía el poder que produjo los más colosales de los monumentos tempranos en los Andes [refiriéndose a los de Casma] queda como un fascinante rompecabezas para generaciones futuras".[81] En cuanto al papel de Chavín y su difusión en el Horizonte Temprano, el autor no proporciona argumentos originales.

3. Discusión

Los enfoques presentados, que —como ya se señaló— no pretenden constituir una base exhaustiva, servirán para poder evaluar los aportes respectivos a aspectos económicos y sociales.

En primer lugar, conviene concentrarse en los aspectos cronológicos y corológicos implicados, i.e. antes de comparar las evidencias y de generalizarlas, es preciso insertarlas con más precisión en el marco referencial de tiempo y espacio que es enorme. Esta precondición es inevitable si se quiere llegar a algo así como una historia económica de la que se partió en el inicio.

Por lo general, se nota una bipartición que convierte un sitio en eje de la argumentación cual es Chavín de Huántar, en la sierra de Ancash. Para algunos autores, se trata de un complejo con una secuencia muy larga que se remonta a tiempos del Arcaico (véase Lumbreras 2007), mientras que para la mayoría es una "síntesis" tardía (véase arriba Burger y otros). Ya que este sitio alberga cantidades apreciables de elementos que representan el "estilo Chavín", su posición es clave para diferenciar lo que es pre-Chavín (o Periodo Inicial) de lo que es contemporáneo (Horizonte Chavín). No solamente se ignora el origen de este estilo que no parece ubicarse en el sitio aludido, sino que tampoco se sabe cuándo aparece en Chavín. La idea de que se trata de una síntesis se debe al hecho de que no son raros elementos exó-

---

80. Moseley 1992: 128.

81. Moseley 1992: 142.



Templo Nuevo, Chavín de Huántar



Plaza circular hundida, Chavín de Huántar



Galerías al interior del complejo Chavín de Huántar.



Muro, Chavín de Huántar.

genos en el sitio, hasta el extremo que su secuencia depende casi enteramente de estos elementos. En otras palabras, no existe aún una secuencia consolidada. Este problema se expresa también en la arquitectura monumental que, según estudios recientes, tiene una historia expresada en unas 15 fases arquitectónicas que representan cambios morfológicos muy marcados en los que la planta en "U", en efecto, es relativamente tardía.

La escasez de trabajos intensivos tanto en la arquitectura monumental como en los alrededores no permite aún caracterizar el complejo y fundamentar las hipótesis de Burger acerca del carácter de la organización económica y política, así como sus relaciones "internacionalizadas". Pese a ello, Chavín de Huántar es visto, casi sin excepción, como motor de cambios sociales y económicos sustanciales que se vislumbran en la mayor parte del territorio del Perú Antiguo. Unos ocho asentamientos —probablemente contemporáneos— se encuentran en las inmediaciones de Chavín de Huántar, la mayoría en un radio de unos tres kilómetros hasta unos siete kilómetros,[82] lo que no parece indicar un territorio dilatado; sin embargo, la escasez de trabajos no permite más apreciaciones. Más adelante se volverá a esta problemática. Un caso parecido es el de Pacopampa, otro complejo grande en la sierra de Cajamarca, con doce asentamientos: seis en un semicírculo con equidistancias entre ellos y otro entre 4,5 y 6 kilómetros del centro de Pacopampa, con lo que se obtiene un territorio de poco más de 20 kilómetros cuadrados.[83]

En una lámina del trabajo citado de Williams,[84] se aprecian las grandes diferencias entre los enormes complejos tempranos del valle de Casma y de otros menores como Chavín de Huántar. Los complejos más grandes preceden a las construcciones de Chavín en varios centenares de años. En el valle de Casma y en su cercanía (v.g. Las Haldas) existen varios de estos complejos, así como otros menores, también en un territorio compartido de reducidas dimensiones. Ahí también se plantean problemas de contemporaneidad. ¿Existen varios de estos complejos grandes en conjuntos nucleados? Todos ellos parecen tener una historia relativamente larga que no tiene por qué ser siempre sincrónica en todo el valle.

82. Herrera s.f.: 80.

83. Kaulicke 1997, 2005 [1975].

84. Williams 1980b, fig. 2.4.

Además, existe una base cada vez más asegurada de edificios importantes del Arcaico Final en el valle de Casma, a los que pertenece Cerro Sechín —pese a reiteradas afirmaciones del contrario—, así como Culebras, un complejo poco estudiado al sur de Casma. Los 400 relieves de Cerro Sechín son, por ende, anteriores a la mayoría de las piezas de Chavín de Huántar, cuyo número total se desconoce por falta de estudios respectivos. Esto significaría que la labor invertida en Casma debería ser más alta que en Chavín, aunque estos cálculos carecen de sentido, ya que se distribuyen sobre varios centenares de años en ambos casos. En Casma, existen varios sitios en el litoral que aparentan ser contemporáneos, pero no parece que se trate necesariamente de pueblos rústicos de pescadores, sino de estructuras con su propia arquitectura pública.

Tanto en Casma como en Chavín, llama la atención que existan concentraciones notables de sitios ante una ausencia o escasez notable de sitios comparables en sus cercanías, de modo que se constituyen en islas sin comunicaciones constantes entre centros y entre centro y *hinterland*. A estos territorios mencionados, con concentración de arquitectura monumental, y a otros, con evidencias menos marcadas, se suman muchos otros más hacia el norte y el sur. Ya que tienen características propias deben tratarse de territorios básicamente independientes, cuya relación temporal no siempre está aclarada. A veces son los fechados de C14 y no tanto razones estilísticas los que complican las interrelaciones entre estos territorios.

De mayor relevancia son los resultados recientes de investigaciones en varios de los muchos sitios en el "Norte Chico" (la costa norcentral), básicamente, entre los valles de Supe, Pativilca y Fortaleza, cuya mayoría fue atribuida al Formativo, pero corresponden al Arcaico Tardío y Final. De esta forma, queda claro que el Arcaico no es un prólogo pobre del Formativo, sino que la tradición de la arquitectura monumental se remonta a unos dos mil años antes de Chavín.

De este modo, no solo se nota una nucleación en algunas zonas, sino también una escasez de arquitectura monumental en muchos otros valles, lo que no implica una ocupación irrelevante en los demás valles. Esto lleva a la evaluación de la arquitectura doméstica, un factor que es uno de los más contradictorios en las hipótesis sobre el tema que nos ocupa. Parece ser, en buena cuenta, una invención de los arqueólogos, ya que su existencia es más intuida que comprobada. Desde Uhle parece prevalecer la idea de pescadores primitivos del litoral o agricultores comunales en el interior, los

primeros a la merced de los últimos con quienes construyen sus templos ostentosos a distancia de sus chozas efímeras. Tanto en los sitios tempranos de Casma como en el de Ancón, donde Lanning percibió un pueblo grande, y en el anterior Bandurria (Arcaico Tardío), la arquitectura monumental no falta en estos sitios considerados aldeanos. Del Formativo Temprano, se conocen en número elevado aldeas estructuradas con su propia arquitectura monumental en el valle de Jequetepeque. Se volverá sobre este punto más adelante.

De esta manera, la distribución temporal y espacial de los sitios discutidos no es de ningún modo uniforme; por el contrario, se destaca una gran complejidad en el Horizonte Temprano, para el cual la existencia de aldeas o concentraciones de poblaciones fuera de los centros es aún menos clara que para las anteriores etapas. Esta complejidad no solo se aprecia en la distribución desigual en el espacio, sino en lo que parecen ser desplazamientos importantes tanto en un sentido local como regional. Por ello, la propuesta difusión de un estilo sobre otros preexistentes no es una explicación en sí, ya que requiere una discusión contextualizada en situaciones particulares antes de proceder a su generalización.

A partir de este punto, se puede proceder a las propuestas más específicas relacionadas con aspectos económicos. Las evidencias concretas se basan en pocas identificaciones botánicas, cuya procedencia precisa o sus contextos se suele ignorar. Estas evidencias son muy escasas para permitir su generalización. En 1998 escribí lo siguiente:

> Los enfoques [económicos] se basan en la distribución actual de cultígenos y otras plantas de uso económico tanto como en la de animales domésticos o silvestres. Esta distribución corresponde no solo a "hábitats naturales" sino también a tecnologías que a su vez dependen del carácter de la organización social, su tamaño, complejidad, etc. Este vínculo normalmente está establecido mediante analogías de modelos etnohistóricos, etnográficos y, en menor grado, teorías económicas. Este procedimiento analítico combina la analogía con las evidencias botánicas y zoológicas recuperadas de las excavaciones arqueológicas. Las identificaciones taxonómicas se convierten casi automáticamente en categorías culturales v.g. la presencia o la ausencia de maíz implica directamente una serie de connotaciones de orden cultural y tecnológico. Este maíz, sin embargo, es un cultígeno altamente desarrollado en la actualidad, mientras que existe una gama muy amplia que se manifiesta en tamaño, forma, color, sabor, etc. cuyo cultivo y cuyo rendimiento es variado y depende de una serie de aspectos culturales, geográficos, climáticos,

tipos de suelo, etc., y naturalmente también del conjunto de otros cultígenos y no cultígenos que forman la base de la subsistencia.[85]

La ubicación del espacio económico y del espacio habitado, en relación a las fuentes de agua, la calidad de los suelos, la distribución y extensión de los campos de cultivo, está resuelta con estimaciones procedentes de la topografía y de la ecología actual. ¿Correspondían estos campos de cultivo a sistemas de agricultura o de horticultura o a ambos? ¿Qué indican las evidencias de plantas cultivadas y en qué grado se utilizaron recursos no domesticados? La irrigación —a menudo usada como indicadora de complejidad— puede aparecer en muchas facetas; pero, ciertamente, no corresponde a los grandes sistemas conocidos en tiempos más recientes. Su aparición tampoco coincide con la difusión del estilo chavín, sino que se remonta al periodo Arcaico en evidencias consolidadas.

De este modo, resulta difícil definir la complejidad y los posibles cambios de la explotación del medio ambiente y, en particular, de los sistemas agrícolas, tanto como correlacionarlos con las aldeas, ya que ambas entidades son más postuladas que presentes en el registro arqueológico. Este problema no es de orden metodológico o teórico, sino que corresponde a preferencias adversas, ya que es factible concentrarse en excavaciones de canales y de campos de cultivo como, evidentemente, es factible excavar en aldeas, como se hizo en ocasiones. Estas observaciones conducen a un problema fundamental.

Se postula que existían comunidades que algunos ven como precursoras de los ayllus actuales, en el sentido de presentarlas como entidades autárquicas e igualitarias, con lo cual se presenta un caso que corresponde al orientalismo en las teorías económicas presentadas en el inicio, convirtiéndolo en una especie de "andinismo". Entonces, tanto como en el oriente (orientalismo), el hombre andino es, supuestamente, inmune a cambios y básicamente inafectado por cambios externos.

Se podría pensar que esta economía corresponde a lo que en el Viejo Mundo se llama *oikos*, en el sentido de economías domésticas familiares; pero se prefiere el término ayllu cuya definición económica no está aclarada, al menos para el Formativo. Sin embargo, en el caso del Formativo, se piensa que es precisamente esta comunidad "amorfa", la que es capaz de

85. Kaulicke 1998: 358.

emprender grandes obras sin que se entienda bien cuáles eran los beneficios en realizarlas ni quiénes, en particular, se beneficiaban. Si estas comunidades eran autosuficientes, debería preguntarse de dónde proviene el "superávit" de la producción que se invierte en estas obras. Si bien es perfectamente admisible que una comunidad se encargue de la construcción y del mantenimiento de la arquitectura "pública" de dimensiones modestas y de complejidades arquitectónicas y rituales modestas, ¿es factible que lo mismo ocurra con los edificios enormes que caracterizan algunas zonas?

Tanto en trabajos agrícolas de mayor envergadura como en los de la construcción de edificios mayores se requiere conocimiento tecnológico, capacidad y organización. Todos estos requerimientos exceden las posibilidades de un grupo colectivo, como lo ha reconocido la mayoría de los autores presentados. Pero la presencia y, por ende, la definición de este tipo de organización es aún más esquiva que la de la irrigación, de los campos de cultivo y de las aldeas. Los contados casos de actores políticos expuestos como en La Galgada o Shillacoto que menciona Moseley, ¿son excepciones ante una debilidad de ostentación tal que su presencia debe ser inventada en lugar de contar con evidencias comprobadas?, ¿o se trata de convertir un argumento *ex silentio* en evidencia positiva o de propagar un primitivismo romántico?

Existen básicamente dos tipos de evidencias pertinentes: la arquitectura residencial y la existencia de contextos funerarios destacados. Los primeros deberían, por lógica, relacionarse con la arquitectura monumental, en el sentido de acompañar los "centros ceremoniales" o aun convertirse en residencias de estos últimos. Para ello, es preciso enfatizar la poca precisión de la funcionalidad de los llamados "centros ceremoniales". Si bien, como se mencionó al inicio de este trabajo, existe la convicción de una especie de sinónimo de centro ceremonial/templo o adoratorio/santuario (véanse los enfoques presentados), i.e. con énfasis en una funcionalidad ideológica/ritual, no hay evidencias claras que corroboren estas afirmaciones en forma inequívoca. En todo caso, es poco conveniente separar nítidamente lo religioso de lo no religioso, ya que tales diferenciaciones delatan una imposición moderna sobre condiciones no occidentales.

Si incluimos en lo "no religioso" aspectos como economía y política, la discusión se vuelve más interesante. Si bien la idea de Fung y Lumbreras de la existencia de sacerdotes con conocimientos calendáricos para su aplicación en el ciclo agrícola constituye una forma de poder, no explica la necesidad de construcción de una arquitectura monumental de dimensiones

tales como las que existen en la zona de Casma y otros lugares. La ostentación de estos edificios no necesariamente se limita a distanciar la "residencia de los dioses", sino que se constituye en una forma común de crear una distancia social entre una elite y el resto de la población.

La presencia de una iconografía que se sirve de animales con fauces abiertas y otros símbolos que implican una cierta violencia podría utilizarse también para una exclusión social en lugar de una abierta coerción (imaginada o real). La compleja disposición de las cimas de las plataformas sugiere, en algunos casos, sobre todo los más monumentales, una multifuncionalidad en la que aspectos más "mundanos" —como almacenes de diferentes tipos, ambientes para la producción de bienes como chicha, etc., y viviendas de personal del culto y de la elite— no se pueden excluir.

En el Viejo Mundo, Mesopotamia incluida, la diferenciación arqueológica de lo que constituyen templos o palacios resulta muy difícil si faltan fuentes escritas pertinentes. En el caso de los Andes Centrales, semejante diferenciación se dificulta no tanto por el grado de destrucción de esta arquitectura, sino por la excavación muy parcial o inexistente de sus partes funcionales. Los altos funcionarios del culto podrían haberse desempeñado también como empresarios, en tanto los centros ceremoniales se pueden entender a la vez como nudos de captación y de distribución de bienes. En este sentido, la gradación de complejidad y escala de estos centros debería estar vinculada con las funciones: un chamán que sirve de intermediario a un grupo reducido con débil diferenciación social no es lo mismo que otros líderes con cargos establecidos de relevancia regional con grupos diferenciados socialmente en sus propios lugares de residencia. Existen unos pocos casos de este tipo donde se excavaron aldeas, como en Montegrande en el valle de Jequetepeque (Siveroni 2006, véase abajo). Estos lugares pueden entenderse también como ambientes para realizar fiestas, en el sentido de intercambio de comodidades y negociaciones, como en el caso de Cerro Blanco.[86]

Este tipo de enfoque, que trata de reconocer diferencias en lugar de confirmaciones de un postulado "igualitarismo" de aire utópico y ahistórico, parece ser más prometedor en el análisis del Formativo. Este debería encontrar sustento también en los contextos funerarios aludidos. Nuevamente el problema radica no tanto en la ausencia o escasez de tales evidencias,

---

86. Ikehara y Shibata 2007.

sino en la ausencia de la documentación correspondiente. De donde se dispone de documentación más amplia, como en el caso del valle de Jequetepeque, se tienen referencias de numerosas áreas funerarias ("cementerios"). En cambio, si bien desde hace tiempo se conocen otras áreas funerarias en la costa norte y central, ninguna de ellas cuenta con una documentación completa.

En algunos casos, también existen contextos "especiales" en centros ceremoniales como Kuntur Wasi, que forman parte de contextos similares desde Piura hasta Chicama, aunque cuentan con documentación muy parcial, ya que la mayoría procede de excavaciones clandestinas. Alva reunió numerosas piezas que parecen corresponder a centros como el de Jequetepeque, incluyendo Kuntur Wasi, Zaña (sobre todo Cerro Corbacho), Lambayeque (Chongoyape y Morro Eten) y "Marañón", un área poco definida arqueológicamente.[87] Alva ofrece las siguientes referencias de Cerro Corbacho:

> Lleva este nombre una emersión aislada que se ubica en la parte baja y central del valle de Zaña. En sus pendientes y flancos se encuentran restos de arquitectura monumental, cementerios y vestigios de ocupación de todas las culturas desarrolladas en el valle. Tan impresionante como su extensión, resulta el saqueo masivo al que fue sometido durante las últimas dos décadas este yacimiento. De la población lugareña se conoce que alrededor del año 1973 un grupo de profanadores localizaron y saquearon una importante tumba conteniendo muchos objetos de oro "Chavín" que... terminaron en colecciones de Lima y Europa... [P]uede estimarse que se habría tratado de uno de los más grandes, complejos y ricos ajuares funerarios elitarios del Formativo, comprendido: ornamentos, adornos personales y emblemas religiosos trabajado en oro; perteneciente a un alto dignatario de la época y del valle, aparentemente sepultado en una cámara funeraria decorada con exquisitas policromías. Fragmentos destrozados fue posible reconocer con estupor aún el año 1978.[88]

Si bien la mayoría parece corresponder a un Formativo Tardío y Final, no se puede excluir la presencia de casos anteriores. Burger (véase arriba) nota una diferencia clara entre las evidencias respectivas del Período Inicial

87. Alva 1992: láms. 32-34; también véase Olivera 1998.

88. Alva 1992: 28; para las piezas más impresionantes, véase *ibídem*: láms. 11 y 20.

y su Horizonte Chavín; pero esta posición quizá no explique bien la distribución norteña dentro del territorio de la cultura Cupisnique.

No se trata solo del hecho de que un número elevado de personas haya tenido acceso a oro o piedras semipreciosas. Los objetos recuperados ostentan todas las características de la indumentaria de elites posteriores ("coronas", orejeras, narigueras, pectorales, etc.). Los motivos corresponden a seres conocidos de otros contextos del ámbito religioso, de modo que se puede especular que los muertos se hayan podido transformar en estos seres convirtiéndose en ancestros. Así, en Kuntur Wasi no solo se aprecia esta transformación, sino que parece que las tumbas de estos ancestros se ubicaron intencionalmente en zonas donde se instalaron los puntos iniciales de canales rituales. Este manejo ritual del agua se conoce en muchos centros excavados, pero este dato implicaría que la elite muerta tenía poder generador sobre esta fuente económica de importancia vital; con lo cual se convertían en ancestros.

Estas presencias de la elite —aparentemente comunes en la costa norte y la sierra colindante hasta quizá la zona del Marañón— demuestran una economía basada en sociedades estratificadas hasta cierto grado. Si bien los aportes presentados, por regla, evitan clasificaciones evolucionistas, algunos lo hacen; por lo que existe una cierta pugna entre los que favorecen la presencia de jefaturas o protoestados y entre los que se pronuncian a favor de la existencia de Estados.

Norman Yoffee se ha dedicado a este tema al demostrar las dificultades de este procedimiento, en una perspectiva comparativa, en su libro *Myths of the Archaic State*.[89] En primer lugar, las jefaturas son vistas como precursoras "naturales" del Estado, por lo que la definición del Estado es la diferenciación de estas jefaturas usando analogías etnográficas. En esta empresa se nota que las jefaturas son muy distintas entre ellas. La redistribución fue considerada un elemento económico fundamental, siendo la diferencia con el Estado la de una gradación: sus líderes eran más poderosos que los jefes.

Si la jefatura está vista como un sistema político especializado, la centralización política tiene que preceder a la estratificación social y a la diferenciación económica. En este sentido, se comenzó a diferenciar poderes de tipos de jefes que en ningún caso emanan de un sistema estatal. En la

89. Yoffee 2005.



Ceramio Cupisnique.



Ceramica de la Fase Inicial Pacopampa.



"Corona" de oro Kuntur Wasi.



Orejeras de oro Kuntur Wasi.

arqueología, el término jefatura o bien significa sociedades que preceden lo que se considera Estado, sin implicar nada acerca de una organización social; o bien estudia sociedades que nunca llegaron a un nivel de Estado. De ahí resulta que no se pueda llegar a un modelo de un estado formativo de una sociedad estatal a través de un ejemplo etnográfico o prehistórico, ya que las trayectorias son completamente distintas.

Los neoevolucionistas no explican los cambios, sino que se limitan a identificar mecanismos evolucionistas a modo de cambios climáticos, ambientales o incremento poblacional, y tratan sociedades no estatales modernas como fallas de la trayectoria evolucionista normal. En cambio, la evolución de los estados más tempranos se centra en la manera como se inician roles sociales nuevos y tipos de relaciones sociales nuevas, de forma paralela o sustituyendo reglas de parentesco que también funcionan como marco para las relaciones de producción.

El liderazgo personalizado pasó a las ideologías formalizadas, en las cuales la acumulación de riqueza y estatus alto se convirtieron en propiedades de líderes, así como las relaciones sociales se transformaron en relaciones de dominación. En esta transformación es preciso definir lo que significa diferenciación e integración. El primer término se refiere al proceso en el cual los grupos sociales se disociaron de otros, por medio de actividades específicas, roles, identidades y símbolos; mientras que "integración" se refiere al proceso político por el cual grupos sociales diferenciados comienzan a existir dentro de un marco institucionalizado.

Los rasgos evidentes de evolución de los estados se generan por varias formas de poder y de relaciones cambiantes de poder, siendo "poder" la capacidad real o potencial de hacer cumplir tareas, es decir, es el medio por el cual los líderes intentan controlar la producción y la distribución de bienes, así como manejar el trabajo. Los estados más tempranos, por ende, consistían en un centro político con una estructura propia de liderazgo, en actividades y personas especializadas, y con la presencia de numerosos grupos diferenciados. Estos grupos sociales cambiaron constantemente en su organización y membresía, en relación con las necesidades y metas, la fuerza o debilidad del centro político. Además, existen sistemas explícitos de significado de las relaciones sociales y económicas sobre quién tiene el poder político y qué tiene que hacer para mantenerlo. El poder, por tanto, no fue impuesto desde arriba hacia abajo. Los actores sociales podrían pertenecer a diferentes grupos y ser empleados del centro político, lo que resulta en la posibilidad de explotar estas ambigüedades para evaluar sus

opciones, incluyendo sus identidades sociales; y, de acuerdo a las circunstancias, transferir su confianza a nuevos líderes y adoptar nuevas creencias.

En este sentido, el estudio de los Estados más tempranos no se centra en su definición, sino en el análisis de sus mecanismos, a través de los cuales se reestructuran las unidades sociales en camino a su diferenciación. En estas estructuras nuevas y más grandes, los ideales de orden, legitimación y riqueza en una sociedad fueron creadas o redefinidas, tal como lo fueron los mecanismos de transmisión de estos ideales. Las dimensiones (o fuentes) de poder son el poder económico, el poder social y el poder político: un estado no puede surgir sin la presencia conjunta de estas tres formas de control. El poder económico surge como proceso de diferenciación de tareas en la producción de subsistencia, el almacenaje y la distribución del excedente. La segunda fuente es la actividad mercantil. El poder social fue creado por medio de la segmentación horizontal de la sociedad, mientras que el poder político suele indicar la capacidad de imponer la fuerza incorporada en la administración y la organización militar.[90]

Sería conveniente evaluar las evidencias disponibles del Formativo peruano a través de estas definiciones, antes de definir qué tipo de sociedades son y qué grado de complejidad tienen. De acuerdo con lo expuesto, no parece muy prometedor buscar generalizaciones macroregionales o panandinas. Más bien, parece ser preferible procurar encontrar su definición en zonas más restringidas que podrían entenderse como reflejos de sociedades dentro de su evolución, desde el Preformativo hasta su final. Este intento se presenta en la siguiente sección.

III. La economía en el Formativo: algunos ejemplos

Si queremos atenernos a los principios de una historia económica, es conveniente detectar sus características dentro de un marco espacial y temporal que sea lo suficientemente reducido para poder definir sociedades concretas en su contexto económico y político particular.

Como ya se mencionó, existe un desarrollo notable en los valles de Supe, Pativilca y Fortaleza durante el Arcaico Final. La presencia de arquitectura monumental, residencial y doméstica ha conducido a postular la presencia

---

90. Yoffee 2005: 23-38.

de ciudad y de estado prístino en Supe.[91] Fuera de esta concentración notable, existen otras zonas donde hay evidencias parecidas, tanto en la Sierra (sobre todo Huánuco) como en la costa central y la costa norcentral y norte. Durante el Formativo Temprano aparecen otros centros de nucleación que se describirán a continuación.

1. Casma y la costa norte

Entre los valles de la costa norte y norcentral, el de Casma es uno privilegiado por haber sido objeto de investigaciones sostenidas y detalladas. Pese a tratarse de un valle pequeño, constituido por dos brazos —el río Sechín y el río Casma—, alberga sitios numerosos, de escalas diferentes y de todas las fases del Formativo. No faltan sitios del Arcaico Final que se caracterizan por una cierta complejidad, como el de Cerro Sechín, Sechín Bajo y otros por debajo, de arquitectura monumental del Formativo Temprano. Asimismo, se aprecian otros sitios del Arcaico Final en Las Haldas y en Punkurí, en el valle de Nepeña. Por otra parte, existen sitios de dimensiones mayores con arquitectura no monumental en el valle de Culebras y al norte del valle de Casma. Este conjunto de sitios tiene características algo diferentes a los del Norte Chico, con una complejidad propia de estilos arquitectónicos y de arte arquitectónico asociado (murales).

El Formativo Temprano

En el Formativo Temprano aparecen grandes complejos que mantienen rasgos de la fase anterior; pero se distinguen, fuera de su tamaño exorbitante, por una organización espacial distinta. Se trata de edificios de plataformas superpuestas con accesos vistosos de piedras grandes y construcciones de una organización diferenciada en su cima. Están flanqueados por edificios menores, organizados lateralmente, que a veces terminan en otra construcción grande al otro extremo. A menudo hay áreas de arquitectura doméstica en los costados del complejo.

Una serie de estos sitios como Sechín Bajo, Taukachi-Konkan y Sechín Alto se encuentra en un área de 10,5 kilómetros cuadrados, en hondonadas de cerros en la margen derecha del río Sechín; o, en el caso de Sechín Alto,

91. Shady y Leyva 2003.

probablemente el complejo más grande de las Américas, en la planicie fluvial a la margen izquierda del río. Otro complejo parecido, Pampa de las Llamas-Moxeke, se ubica en la margen derecha del río Casma, separado de los complejos mencionados por cerros que impiden el contacto visual pese a su cercanía.

Esta concentración de espacios construidos en forma tan masiva, organizada, diferenciada y densa ha llevado a Thomas y Shelia Pozorski a postular la presencia de varias formas políticas a modo de Estado, atribuyéndoles funciones religiosas, administrativas y políticas (palacio en el caso de Taukachi). Otros sitios menores se ubican en la parte media y alta de la margen derecha del río Casma, entre los cuales Wilson reconoce algunas fortalezas.[92] Este último autor se muestra inconforme con la atribución de Estado y prefiere la de una jefatura. Otros sitios, con y sin arquitectura monumental, de tamaños más reducidos se encuentran cerca del litoral al norte de la desembocadura del río Casma.

En lo concerniente a la subsistencia, existe una combinación de alimentos a base de recursos marinos, caza de animales terrestres (venados) y, sobre todo, el cultivo de plantas. Estos recursos marinos provienen de sitios algo más reducidos hacia el norte de la desembocadura del río Casma, en los que no faltan evidencias de arquitectura monumental con material cultural comparable con el de Pampa de las Llamas-Moxeke. En las excavaciones de este complejo aparece, en abundancia, algodón y maní, mates, zapallos, lúcuma, papas, camotes, achira y yuca. Mientras que la palta, ají, pacae, cansaboca y habas tienen distribuciones más esporádicas. En otros sitios excavados se aprecian combinaciones parecidas. Fuera de la ausencia de maíz, llama la atención la importancia de los tubérculos y de los árboles frutales. El cultivo de varias de estas plantas no requiere, necesariamente, sistemas complejos de irrigación. La presencia de papas podría sugerir contactos con otras zonas de cultivo en alturas más elevadas. Por lo general, sin embargo, es de presumir que las áreas de cultivo se encontraban cerca de los centros mencionados; y, en todo caso, el componente marino debe haber sido fundamental para la alimentación.

Es comprensible que los asombrosos tamaños de estos complejos y sitios menores asociados hayan conducido a la interpretación de sistemas políticos complejos; pero, por lo que se expuso como definiciones de

92. Wilson 1995.

estados tempranos, estos no parecen reunir todas las condiciones para asignarles la categoría de Estados. Las excavaciones no han podido definir bien las relaciones entre sitios dentro de un lapso de unos 400 años. La demostración de la presencia física de elites se complica por la ausencia de contextos funerarios destacados o de áreas funerarias que podrían definir diferencias sociales, en general. El no haberlos encontrado, en forma evidente, no implica una ausencia real. La atribución de funciones diferenciadas en lugares estrictamente religiosos, administrativos o políticos no corresponde a la lógica expuesta más arriba, en la que las funciones tienden a fusionarse. Por otro lado, es innegable que debería haber existido una organización mayor en la construcción y el mantenimiento de estos sitios colosales que exceden largamente en tamaño y complejidad a los sitios grandes conocidos en el período Arcaico, durante el cual algunos autores han postulado la presencia de estados prístinos.

Para el Formativo Temprano, las evidencias en otros valles son menos espectaculares, sobre todo en los valles adyacentes al Casma. En Jequetepeque, en cambio, se presenta una situación diferente. En la parte media, se conoce una serie de sitios de tamaños diferentes que corresponden a la categoría de aldeas. Estas, sin embargo, destacan por una organización interna bastante estricta que se manifiesta, en forma clara, en el sitio Montegrande.[93] Se trata de casas relativamente simples, ordenadas en dos grupos alargados, con orientaciones compartidas con una parte central que se destaca por una plataforma con arquitectura monumental; otras plataformas se ubican hacia el este. Estas construcciones dejan entrever una organización, en la cual la parte central es más elaborada, pero mantiene los rasgos de las construcciones.

Siveroni[94] compara estas construcciones con estructuras conocidas del Arcaico final (tradición Kotosh o Mito) y pone en duda la diferenciación entre santuario o adoratorio y vivienda, lo que implica que estas construcciones algo más sofisticadas indican una diferenciación social que se opone al igualitarismo propagado por muchos autores como característica de la organización del Arcaico Final y del Formativo Temprano. Fuera de esta propuesta, hay evidencias que apuntan hacia otras sugerencias.

---

93. Tellenbach 1986.

94. Siveroni 2006.

El espacio construido forma una especie de "U", en el sentido de una organización en mitades o un dualismo que se refleja también en las dos "huacas", una mayor que la otra, separadas y unidas por una plaza. Otro punto a considerar es la relativamente corta duración del asentamiento que, al abandonarse, se convierte en área funeraria. Tellenbach sugiere que esta duración total debería calcularse en menos de cien años.[95] Esto significa que se debe pensar en desplazamientos relativamente frecuentes que pueden deberse a diferentes razones, entre las cuales el factor económico puede ser una de las principales, como el agotamiento de las tierras de cultivo en las cercanías. Si bien no se cuenta con datos tan precisos como los de Montegrande, existe probablemente una cierta jerarquía de asentamientos, ya que se presentan casos de "pueblos" mucho más grandes que Montegrande. Finalmente, conviene destacar la presencia de petroglifos y de cementerios como marcadores del espacio.

Si se comparan estos resultados con los de Casma, se percibe una posibilidad de comparación. Los complejos grandes se parecen en muchos aspectos a lo que está presente en Montegrande. Existen muchas construcciones laterales al edificio central que se dejan ordenar en sectores. Estas "alas" no son idénticas, sino que muestran diferencias tanto cualitativas (tamaño, complejidad del diseño, etc.) como cuantitativas, lo que señala una diferenciación social, expresada en una especie de "sociograma".

Quisiera terminar esta discusión con un último caso en el cercano valle de Zaña. En San Luis, se han investigado dos estructuras con planta en "U", de dimensiones modestas, vinculadas con unos quince sitios domésticos pequeños donde se encontraron evidencias de maíz, frijoles, ají, maíz y algodón; venado, iguana y conchas marinas. Las excavaciones mostraron la presencia de pisos, cuartos pequeños en diferentes lugares de las plataformas y de las alas. En los atrios se ubicaron plataformas pequeñas y fogones en diferentes niveles. Las actividades rituales asociadas consistieron en quemas y vasijas quebradas que podrían corresponder a actividades relacionadas con unidades domésticas específicas llevadas a cabo en ciclos. Batanes, cristal de roca, líticos, cobre, conchas marinas, y restos botánicos y zoológicos estaban distribuidos en lugares específicos. Casi 600 rasgos consistieron en depresiones con quema de restos botánicos, como cactus y diferentes semillas, junto con cantos rodados e improntas de camélidos y

95. Tellenbach 1986.

humanos. Estos restos probablemente estaban en recipientes cerámicos de los que fueron derramados. Estas evidencias señalan episodios rituales individuales de ofrendas de plantas quemadas y otras actividades en las que se percibe ofrendas de alimentos. Todo ello parece indicar episodios de actividad ritual y constructiva y de abandono de unidades domésticas. Asimismo, parece señalar la adopción de patrones arquitectónicos, en pos de una integración social de las unidades, en lugar de señales de jerarquización política. Alrededor de 1100 a.C., estas construcciones colectivas fueron abandonadas definitivamente y "enterradas". Para Dillehay, este ejemplo es una respuesta, a nivel de comunidades reducidas, para integrarse por motivos económicos, como la necesidad de sistemas más efectivos de irrigación (de los que se han encontrado evidencias, tales como canales desde el Arcaico); pero, a la vez, para negociar su independencia.[96]

En general, por tanto, se percibe la impresión de temas compartidos en una multitud de respuestas que van desde discontinuidades a nivel de unidades domésticas hasta el manejo de espacios monumentales multigeneracionales con diferenciación social y un manejo económico y político que cohesiona la producción y la circulación de bienes bajo la presencia de autoridades cuyo poder excede en mucho el del caso de San Luis. La presencia de líderes, sin embargo, se percibe en una multitud de evidencias indirectas.

El Formativo Medio

Hasta el fin del primer milenio a.C., los sitios tratados —como muchos otros más en Casma y la costa norte— se abandonan y aparecen sistemas diferentes que suelen atribuirse a la presencia del estilo chavín. Los Pozorski[97] ubican el sitio de Pallka, primero descrito por Tello,[98] en el Período Inicial (Formativo Temprano), relacionado con otro, Huerequeque, por algunas características arquitectónicas como la presencia de pozos circulares. En cambio, Wilson[99] se inclina a asignarlo al Horizonte Temprano, probable-

96. Dillehay 2004.
97. Pozorski y Pozorski 1987: 86-89.
98. Tello 1956: 32-43.
99. Wilson 1995: 196-198, figs. 6 y 7.

mente confiando en los hallazgos de Tello. También muestra que Pallka estaba conectado con Sechín Alto y con los otros centros antiguos, así como con Huerequeque, por una red de caminos que, según información de Tello, incluso llegó al valle adyacente de Nepeña.

Tello[100] presenta una colección grande de fragmentos de cerámica que indica una clara presencia de estilos relacionados con zonas más norteñas y sureñas, pertenecientes al Formativo Medio, tanto en cerámica como en objetos óseos. Restos de arquitectura doméstica y quizá un área funeraria correspondiente se asocian con la arquitectura monumental de Pallka, mientras que Huerequeque está rodeado de terrazas con arquitectura doméstica que cubren un área de unas 35 hectáreas. Se reduce mucho el número de sitios menores que se concentran en el área entre los dos brazos del río Casma asociados al sistema vial. Como ninguno de estos sitios fue excavado, faltan por completo datos más precisos, lo que dificulta la apreciación social y económica. Parece, sin embargo, que Casma deja de ser un centro importante y que, probablemente, se relaciona con centros más innovadores en el valle de Nepeña.

En este último valle existen complejos en la parte media baja —Cerro Blanco y Huaca Partida— que son ejemplos vistosos de una decoración exuberante de sus fachadas. Excavaciones recientes han fechado la fase principal en el Formativo Medio (con fechados alrededor de los 800 a.C.). En el ala norte, se excavó un recinto que contenía residuos en superficies sobrepuestas, con grandes cantidades de cerámica junto con artefactos líticos y óseos. También se hallaron conchas marinas quizá usadas para caldos, así como perro y llama, mientras que el almidón en la cerámica indica la presencia de papa y yuca. Toda esta secuencia fue interpretada como residuos de eventos festivos, cuyo descarte finalizaba con quemas, quizá parecidas la de Zaña. El papel de Huaca Partida, aparentemente una construcción largamente contemporánea, demuestra una serie de diferencias que apunta a funciones ligeramente diferentes (¿dentro de una dualidad?). Ambos complejos aparentemente estaban relacionados con sitios domésticos de tamaños reducidos en la cercanía, que no han sido estudiados hasta el momento; todo lo cual apunta hacia una diferenciación social más aparente que real, en el sentido de competencias ritualizadas dentro de un sentido de cohesión.

100. Tello 1956.

En el valle de Moche funciona, aproximadamente por la misma época, un complejo grande compuesto de una serie de edificios monumentales, todos pertenecientes al Formativo Medio y Tardío, quizá con antecedentes poco definidos. El más grande de ellos se llama Huaca de los Reyes, que impresiona por la complejidad de su diseño "efectivista", con plazas y patios, salas hipóstilas, grandes figuras de bulto en fachadas y relieves, probablemente policromos. Si bien da la impresión de que se trata de un complejo destinado al culto, no se excluyen otras funciones adicionales como la autoridad y el poder de elites sacralizadas. Según los Pozorski,[101] la base económica de este complejo se parecía al de Moxeke de Casma, en el sentido de poseer un componente importante de recursos marinos, acompañado por tubérculos, árboles frutales, etc. Otro aspecto, poco considerado, es la relación de este complejo con un camino que va desde Loredo —por Quirihuac y Huaca de los Chinos— hasta Alto de las Guitarras, en cuyo transcurso se aprecia un paisaje impresionante con concentraciones de petroglifos de diferentes estilos; pero los más destacados pertenecen al estilo cupisnique, expresado en los monumentos arquitectónicos del valle. Este camino conecta el valle de Moche con el de Virú.

Edificios similares existen en el valle de Jequetepeque (Limoncarro), Lambayeque (Santa Lucía) hasta el de Piura (Ñañañique), entre otros. Esto hace pensar en un área con una cultura compartida, llamada Cupisnique; pero resulta muy difícil definir las relaciones temporales entre ellos, así como el inicio, funcionamiento y abandono de estos sitios con arquitectura monumental.

El problema de la escasez de fechados C14 tiende a homogeneizar el tiempo indebidamente. Parece que las construcciones del norte (Lambayeque y Piura) son relativamente recientes, mientras que otras en el sur parecen iniciarse antes. La duración de su uso tampoco está aclarada: en algunos casos puede tratarse de un uso multigeneracional; en otros, quizá solo intergeneracional. Todas las construcciones tienen en común el afán de ostentación, del impacto visual mediante el uso profuso de columnas —en el caso de Huaca Lucía con una sala hipóstila con 24 columnas de hasta 4 metros de altura— y de colores polícromos con motivos figurativos; de modo que los componentes arquitectónicos se parecen, mientras que la decoración varía.[102]

---

101. Pozorski y Pozorski 1987: 115.

102. Shimada *et al.* 1982.

Esta observación vale también para la cultura material mueble, en particular la cerámica. Existe la tendencia a decorar vasijas, conchas, madera, piedra, etc., con motivos geométricos y figurativos que, si bien dejan reconocer algunos temas compartidos, señalan diferencias que podrían relacionarse con identidades tanto individuales como de grupos sociales y territoriales. Estos afanes de demostrar una identidad materializada ya existen desde el Arcaico Tardío y, probablemente, haya sido más acentuada en el Formativo Temprano, para luego generalizarse durante el Formativo Medio y parte del Tardío. Dentro de su contexto parece estar vinculado a personas socialmente destacadas.

Así, algunos de estos objetos se pueden relacionar con la práctica del chamanismo (espejos de antracita y espátulas óseas), mientras que otros se vinculan al servicio en fiestas comunales (vasijas de piedra y, sobre todo, cerámica fina). Estas identidades también se vinculan a la corporalidad (tocados, orejeras, tatuajes o pintura corporal, sobre todo facial, adornos de concha o piedras semipreciosas). En estos casos, se prefiere materia exógena, tales como conchas del mar más cálido del norte, cinabrio para pintura de objetos y del cuerpo, y piedras semipreciosas. El intercambio reflejado en estos objetos o materias no se limita al área de la arquitectura monumental señalada, sino que afecta complejos monumentales de la sierra colindante y más allá hasta los Andes orientales, la costa central y la costa sur.

Con ello, de nuevo, se plantea el problema de la definición de elites. En los cementerios excavados por Larco, hay evidencias de riqueza en algunos de los contextos. En Cerro Blanco, cerca de Kuntur Wasi, otro contexto señala el acceso a spondylus y piedras semipreciosas, así como a cerámica de diferentes lugares distantes, entre ellos el área cultural cupisnique. Como ya se señaló, estos indicios son poco sustanciales, probablemente, por el hecho de que las elites se dejaron enterrar en otros lugares (quizá de origen), como en Corbacho, un cerro aislado en Zaña que sirvió de "huaca" a muchas sociedades en el curso de la historia del Perú Antiguo. Otros lugares de una topografía especial son Cayaltí, en Lambayeque, y Roma, en el valle de Chicama, tristemente famosos por la huaquería implacable. Otra zona preferida es el litoral en zonas "especiales" como el Morro de Eten, Puémape y otras áreas funerarias. Debido a que estos fueron investigados científicamente de forma excepcional (véase Elera 1986, 1998), solo se puede constatar la probabilidad de entierros más ricos que los que ya se conocen. Estas evidencias se intensifican en el Formativo Medio; y se vuelven evidentes y relativamente abundantes en el Formativo Tardío.

¿De dónde proviene esta riqueza? Esta pregunta conduce a indagar sobre lo que existe fuera de la arquitectura monumental y los cementerios. Los principios de orden social que se señaló para algunos lugares durante el Formativo Temprano, en particular Casma, parecen haberse concentrado en los edificios o "centros ceremoniales", sin la impresión de la presencia de residencias o zonas domésticas asociadas. Parece, por lo tanto, que la población se distribuyó sobre un área circundante en un patrón disperso de caseríos o aldeas pequeñas.

El cultivo no parece haber cambiado básicamente desde el Formativo Temprano; por ende, el excedente de la producción agrícola local debe haber sido solo parte de los ingresos. Es probable que sea preciso pensar en alianzas de territorios políticos, consolidadas por medio de fiestas; pero también en agresiones, como incursiones militares en otros territorios, con el fin de conseguir botines y cabezas. No hay razón, por tanto, para pensar en un ambiente armonioso e idílico, bajo la protección de un culto protector. Pero estas prácticas limitantes deben haber llevado a la necesidad de intensificar los sistemas de irrigación para, por este medio, aumentar la producción e incluir el cultivo de plantas como el maíz que, hasta este entonces, era cultivado solo de forma esporádica y suplementaria; por lo que no aparece en el registro de los pocos estudios al respecto. Esto último parece ocurrir hacia el fin del Formativo Medio. En lugar de hablar de culto, quizá sea más conveniente hablar de una cultura material compartida que permitió el desarrollo de sistemas políticos limitados y fluctuantes, debido a sus limitaciones políticas y económicas.

El Formativo Tardío y Final

Al iniciar la discusión de nuevo con el valle de Casma, se observa una situación muy diferente a las fases anteriores, caracterizada por la diferenciación arquitectónica. En primer lugar es preciso mencionar dos complejos: San Diego y Pampa Rosario. En ambos casos, se trata de unidades arquitectónicas compuestas de patios, recintos y conjuntos pluricelulares que forman "barrios", todos ellos orientados hacia el nornordeste. Conjuntos mucho menores aparecían ya con la construcción monumental de Pallka, aunque no está asegurada la contemporaneidad de ambos. No existen construcciones mayores que podrían entenderse como centros ceremoniales, en cambio, hay evidencias de unidades domésticas de kincha. La subsistencia consiste en recursos marinos del litoral cercano, aunque las plantas

aparecen en abundancia. El maíz es la planta más representada en ambos sitios; además de ello, aparece maní, mate, algodón, frijoles, ají, yuca, zapallo, haba, lúcuma y palta. En Pampa Rosario, también hay evidencia de llamas y cuyes. El consumo de lúcuma parece haber disminuido en comparación con fases más tempranas.

La cultura material consiste en cerámica más sencilla que la anterior, con botellas de asa estribo cuyas características concuerdan con botellas de otros lugares más al norte; además de ello, hay figurinas y antaras. Las impresiones de tejidos en la cerámica y piruros son evidencias de la elaboración de tejidos; mientras que las puntas de pizarra pulida indican quizá contactos con la sierra donde estas aparecen con frecuencia.

La arquitectura monumental subsiste en algunos casos, como La Cantina que no ha sido aún excavada. Chankillo es otro ejemplo de la variedad que, por regla, se interpreta como fortaleza. Iván Ghezzi[103] excavó ahí y ubicó el sitio en el tercer siglo a.C. Si bien acepta la presencia de guerras ritualizadas, sugiere también la presencia de templos dentro de las murallas, así como de observaciones astronómicas relacionadas con otras construcciones en su cercanía.

Estas evidencias de Casma señalan la presencia de cambios sociopolíticos y económicos profundos, pero dentro de situaciones transicionales. La población rural —dispersa en las fases anteriores— parece nuclearse e integrarse de diferentes maneras. Por otro lado, se mantienen aún rezagos de la arquitectura monumental anterior cuya función, sin embargo, queda ignorada por falta de excavaciones. Queda claro también que la agricultura debió basarse en sistemas eficaces de irrigación.

En el valle de Nepeña, se presentan diferencias también notables. En la parte baja del río hay asentamientos extensos, como Huambacho y Caylán. Chicoine[104] excavó en Huambacho y demostró una organización espacial bastante rígida, con dos plazas grandes y recintos. Muchas de estas construcciones tienen pilares que rodean el espacio interior. Estos suelen estar decorados así como los muros y paramentos, en forma de conos, cuya parte plana lleva diseños geométricos. El autor piensa que se trata de espacios ritualizados de elite. La cerámica es relativamente simple y se parece mucho a la del valle de Casma. Ahí también, el maíz parece ser el sustento principal.

---

103. Ghezzi 2006.

104. Chicoine 2006.

Este complejo se inserta en la tendencia de formar grandes conjuntos como en el valle de Casma. Por otro lado, da la impresión de que existe una especie de reformulación arquitectónica de edificios mucho más antiguos como el de Taukachi (Pozorski y Pozorski 2002: fig. 2.4).

En la parte alta del valle Nepeña, en un bolsón llamado Moro, se aprecian complejos grandes, levantados con bloques grandes de piedra (megalitos), como Paredones, Kushipampa, Huancarpón y otros. Muchos de estos ya se conocen desde el siglo XIX, pero hasta ahora no ha habido mayores investigaciones arqueológicas al respecto. Se trata de arquitectura monumental con recintos grandes ortogonales; y, asimismo, existen zonas domésticas extensas. Por la cerámica de superficie, se trata de la cerámica tardía conocida de Casma y, en parte, de Huambacho. En el sitio Cerro Blanco se percibe una reocupación de esta fase, calculada entre 700 y 500 a.C. Es probable, sin embargo, que subsista hasta los primeros siglos a.C. Así como en Casma, existen también sitios amurallados como Quisque.

Fenómenos parecidos también se pueden distinguir en otros valles hacia el norte, pero la escasa información arqueológica no ayuda mucho a esclarecer más de lo que ya se ha presentado para Casma y Nepeña.

Como resumen de esta parte, queda la impresión de la existencia de cambios algo bruscos que se deben, probablemente, a nuestro conocimiento muy parcial e incompleto, ante la enorme cantidad potencial de información y las diversas interpretaciones y generalizaciones de los pocos fechados C14. Por otro lado, lo presentado aboga por cambios que sugieren una dinámica compleja. En algunos lugares, aparecen nucleaciones importantes que luego desaparecen. Esta situación se podría explicar porque los auges posibles en las poblaciones involucradas son seguidos por una baja considerable, donde los desplazamientos de centros y no centros parecen ser comunes, mientras que las estructuras y organizaciones sociales simples coexisten con otras más complejas. La variedad aún prevalece en el "Horizonte Chavín"; también parecen ser frecuentes las reorientaciones al pasado. Esta visión podría resultar algo sorpresiva, pero corresponde a las características sociales y económicas, acordes a su grado de complejidad. Si bien las evidencias económicas son poco consistentes, parece justificado postular una agricultura menos compleja que lo propuesto, hasta las fases tardías del Formativo. Por otro lado, deben haber existido elites desde el Arcaico Final, pero difieren mucho en funciones y poder tanto en espacio como en tiempo. Desde el punto de vista de la economía y el poder, el Formativo Medio no significa un auge ni político ni

económico, más bien podría verse como preparación de cambios sustanciales. Se suele pensar que la desaparición —probablemente paulatina— de los centros ceremoniales, se haya debido a la presencia de mega-Niños; pero esta coincidencia no parece válida para muchos de ellos, pues algunos ya no existían cuando ocurrieron estos fenómenos, mientras que otros siguieron existiendo con posterioridad. Si bien en algunos casos este fenómeno climático pudo afectar los cambios, parece más probable la existencia de crisis interiores de las sociedades que obligaban a reformulaciones en el campo de la organización política y económica.

2. La costa central

El Formativo Medio

Como ya se mencionó, la costa central constituye otra región de arquitectura monumental del Formativo, caracterizada por un patrón de planta en "U" que consiste en una construcción central de plataformas sobrepuestas, con una escalinata frontal y un atrio en la parte superior. Las dos alas laterales pueden llegar a tener largos de varios cientos de metros. Williams[105] reconoce este tipo de arquitectura entre los valles de Huarmey y Mala, con una mayor concentración entre Chancay y Lurín. Su ubicación cronológica es poco precisa, ya que se supone que se inicia en el Arcaico Final y termina a fines del Formativo Medio y aun después.

La propuesta de un inicio temprano se debe a la interpretación algo dudosa del sitio El Paraíso, en la desembocadura del Chillón. La única parte excavada del mismo, que correspondería a la parte central de la "planta en U", ostenta correspondencias claras con Áspero —en el valle de Supe— que pertenece al conjunto de los sitios tempranos (Arcaico final) de Supe, Pativilca y Fortaleza y, por tanto, a una tradición arquitectónica diferente. Por otro lado, existen complejos arquitectónicos en la parte media del valle de Chancay y en el de Chillón que señalan claros vínculos con la tradición Mito de Kotosh. En Buena Vista, en el valle de Chillón, se encontraron relieves y murales asociados con esta tradición, los cuales señalan la presencia de un arte figurativo que podría tomarse como antecedente de las

105. Williams 1980a.

decoraciones de los edificios en planta de U. Los objetos óseos (tupus) recuerdan a los de Kotosh y los sitios de su tradición.

Los pocos ejemplos de los edificios con planta en U —excavados en parte, pero con documentación publicada poco completa— son Garagay, en el valle de Rímac; y Cardal y Mina Perdida, en el valle de Lurín. En estos casos, se proponen duraciones de ocupación entre 1400 y 600 a.C., aunque los vestigios recuperados señalan su atribución al Formativo Medio.

En el atrio de la estructura principal de Garagay, se observan pisos hundidos, quizá una reminiscencia de los patios hundidos de la Tradición Mito en Kotosh; los muros llevaban relieves policromos, en un estilo propio, que muestran seres híbridos parecidos a aquellos plasmados en los recipientes de piedra de la costa norte (Limoncarro, valle de Jequetepeque). Otros relieves en una de las alas laterales tienen paralelos en el arte rupestre de Alto de las Guitarras. Cabezas felínicas con filas de colmillos flanquean una escalinata de acceso a otro nivel no excavado. Estos se parecen a una vasija extraordinaria de Ancón que muestra, igualmente en relieve, un personaje alado, agarrando una vara, que está parado sobre estas mismas cabezas de Garagay.[106] Este motivo se parece mucho a los relieves de la Huaca de los Reyes. Asociada a estos relieves y su arquitectura, se encuentra una cerámica pulida con motivos incisos que incluyen estos motivos y otros,[107] cuyo conjunto más grande y espectacular fue encontrado en Chavín de Huántar. Esta cerámica parece estar presente en muchos de estos complejos arquitectónicos. Así, en Ancón,[108] un tiesto lleva un diseño muy parecido al relieve del atrio de Cardal.[109]

El detenimiento en el aspecto del arte arquitectónico y de sus objetos asociados se debe a la presencia de influencias, tanto contemporáneas como previas, que resultan en una fusión que le da un aspecto propio. Como ya indican los principios de construcción, la planta en U tampoco es una invención de la costa central. En este sentido, se perciben tendencias conservadoras y "sincretistas" que, en su conjunto, proporcionan a esta tradición arquitectónica la apariencia de una faceta más uniforme que en el norte.

106. Rosas 1970: Lám. XXVII.

107. Burger 1992: 66.

108. Rosas 1970: Lám. XVI.

109. Burger 1992: 67.

La distribución de estos edificios es algo particular al conformar grupos, a veces, con diferencias de tamaño, pero con orientaciones compartidas: en "parejas" a ambos lados del río o en un grupo "jerarquizado", como en el valle de Chancay. En el caso de los ríos Chillón y Rímac, parecen involucrar ambos valles en un sistema.

La información sobre asentamientos de otro tipo dentro del área en cuestión es tan o más incompleta que la del norte. Como ya queda mencionado, sitios del litoral como Ancón y Curayacu suelen considerarse como conchales, pero las capas de conchas parecen servir de relleno de construcciones o para sellarlas. Además, la cerámica de buena calidad y de orígenes distintos, los morteros de piedra, las grandes figurinas (como en Curayacu) y otras evidencias señalan que no se trata de simples "refugios" para pescadores y recolectores, sino que se destacan por una cierta monumentalidad, poco definida por las excavaciones limitadas. Aun más que en el norte, parece tratarse de asentamientos de cierta complejidad y con independencia política de los sitios monumentales más al interior.

Los sitios del valle medio, en cambio, no cuentan con información sustancial. Silva señala,[110] probablemente con razón, que en el Chillón, estos sitios deben encontrarse por debajo de construcciones o campos de cultivo posteriores. Por otro lado, existen construcciones anexas a Cardal, un sitio en U, excavado por Burger, en el valle de Lurín, así como evidencias de residencia en la cima del edificio principal.

Un caso particular se presenta en el complejo San Antonio, Huachipa, en el valle de Rímac, donde Palacios[111] describe un complejo asociado a un edificio en planta de U, llamado San Antonio. Este último estaba relacionado con unos 24 montículos aterrazados. Este complejo parece haberse iniciado con construcciones modestas en forma de un conjunto de plataformas bajas de cantos rodados con mortero. Mediante

> extensos rellenos horizontales, soportados por muros de retención, creaban nuevas superficies que luego de un tiempo de uso indeterminado volvían a ser cubiertos con rellenos posteriores. El gran montículo volvió a ser reutilizado durante la época Jicamarca, agregando un nuevo nivel constructivo y proporcionándole su configuración final de U. Adicionalmente se edificó todo un conjunto de montículos y construcciones menores a la espalda del

110. Silva 1998: 260.

111. Palacios 1988.

mismo, cuya estructura interna expuesta accidentalmente confirma su participación en una misma técnica constructiva.[112]

Este sistema de edificios superpuestos caracteriza también Garagay, Cardal, Mina Partida y probablemente muchos otros sitios de este tipo. Además de ello, Palacios ubicó una aldea relativamente grande al pie del Cerro Ventana. La cerámica del estilo Jicamarca muestra piezas del Formativo Medio e inicios del Formativo Tardío, entre las que no faltan especímenes con claros paralelos con la costa norte.[113]

En cuanto a la subsistencia, los datos disponibles tampoco ayudan mucho, pese a la buena conservación de los restos, ya que escasean los análisis detallados. Por su cercanía al litoral, no sorprende que en Garagay aparezcan moluscos en gran cantidad y diferentes especies marinas, entre las que destacan la macha (*Mesodesma donacium*) y cincuenta fragmentos de spondylus. En lo que respecta a evidencias botánicas, se registran pacae, maní, frijoles, haba, lúcuma, calabaza y zapallo fuera de plantas que indican un ambiente húmedo, como totora, grama, carrizo, caña brava, junco.

En Cardal, se identificaron camélidos, cérvidos y peces como anchoveta, cabrilla, coco, corvina, jurel y tiburón, así como vizcacha y aves, tales como cormorán, pelícano, palomas, entre otras. Entre las plantas cultivadas, aparecen maíz, zapallo, ají, frijoles, calabaza y ají, así como guayaba, pacae y lúcuma. Algo parecido caracteriza la dieta en Ancón, donde aparecen lúcuma (aparentemente en mayor cantidad), maní, guayaba, pacae, yuca, ají, pallar, palta. Rosas menciona bellotas de algodón mascadas,[114] lo que implica que el algodón no solamente fue una planta "industrial".

Si resumimos las evidencias presentadas, aparece un panorama que aparenta una simplicidad mayor comparada con aquellas presentadas para el norte. Esta impresión, sin embargo, puede deberse a un "artefacto arqueológico", en el sentido de que se ha captado solo una parte mínima del registro arqueológico aún conservado. Como se señaló en la parte introductoria, Burger, quien excavó arquitectura monumental en el valle de Lurín, llega a la conclusión de que se trata de sociedades con tendencia hacia un igualitarismo. No obstante, es difícil aceptar esta interpretación, no solo por el

---

112. Palacios 1988: 14; mapa 2; foto 3.
113. Palacios 1988: figs. 1-18; fotos 2 y 4.
114. Rosas 1970: 20.

esfuerzo y la organización reflejados en los complejos monumentales, sino por los contactos con zonas lejanas de las que hay muchos indicios.

Si la cerámica “Dragoniana” de la Galería de las Ofrendas originalmente procedía de la costa central o norcentral, lo cual resulta muy probable, esta muestra una complejidad decorativa y técnica tal que compite con los mejores productos alfareros de Cupisnique. Es precisamente esta mezcla entre el afán de producir objetos de una identidad propia y la emulación de elementos de ostentación foráneos (arte arquitectónico) la que hace pensar en líderes de cierto poder que se beneficiaban de los contactos a larga distancia. A ello se suma el hecho de que los edificios en Lurín se encuentren en la periferia de este tipo de arquitectura en tiempos del Formativo. No es de excluir tampoco que algunos de estos complejos en planta de U hayan servido de residencias para tales líderes.

Por otro lado, la presencia débil de asentamientos vinculados sugiere —como en el caso del norte— un sustento económico poco sofisticado, basado en técnicas poco desarrolladas ya que, fuera de la posibilidad de existencia de más sitios con arquitectura doméstica, estos no parecen haberse caracterizado por una organización interna compleja ni por dimensiones mayores. No es de sorprender, por tanto, que los datos relacionados con la actividad agrícola u otras técnicas de subsistencia no difieran mayormente de los que se observaron para la costa norte y norcentral. El componente de recursos marinos es tan o aun más significativo que en el norte, pero los sitios no distan mucho del litoral. Si se acepta el carácter más complejo de los sitios del litoral, sin embargo, el intercambio de productos del mar con los del interior debe haberse negociado. De nuevo, llama la atención la presencia masiva de la lúcuma —fruto de un árbol que crece aún hoy en día en las lomas—, fuera de otros frutos como el pacae, la palta y la guayaba. La evidencia de plantas que crecen en ambientes húmedos señala, además, un medio ambiente algo diferente al actual; y no excluye que se hayan utilizado pantanos, puquios y lomas para una agricultura que no dependía de un sistema de complejos canales de irrigación.

El Formativo Tardío y Final

El cambio del Formativo Medio al Formativo Tardío no queda claro en la costa central. En el caso de la ya mencionada zona de Huachipa, parece haber un hiato después del cual hay evidencias claras de un aumento poblacional con la presencia de asentamientos relativamente grandes y organizados,

caracterizados por una cerámica que muestra fuertes ingredientes de la costa sur y, en menor cantidad, de la sierra central. Esta cerámica, fechada en el sur, entre el siglo IV y I a.C. correspondería —en el esquema empleado para este trabajo— a un Formativo Final y a un Epiformativo Temprano.

Sitios como Garagay se encuentran reocupados o reutilizados, probablemente después de un tiempo indefinido de abandono. Parece probable que algunos de los sitios del Formativo Medio quedaron ocupados durante parte del Formativo Tardío —en Huachipa se postuló la presencia tentativa de una fase Ventanilla, con algunas evidencias de cerámica Cupisnique Tardía—, pero otros nuevos deben haberse instalado en zonas donde queda pendiente ubicarlos. El problema está vinculado con la presencia de cerámica que Burger asocia con su Horizonte Chavín. Formas y decoraciones similares aparecen en la costa central también, pero sin contextos claros y sin asociaciones aseguradas.

Debido a estas limitaciones, resulta muy difícil —si no imposible— proponer características económicas y sociales para las fases en cuestión. Como los conjuntos en planta de U parecen haber sido ocupados en un lapso —también indefinido— entre el fin del Formativo Medio y quizá la parte temprana del Formativo Tardío, las causas de su abandono pueden corresponder a grandes rasgos con las de la costa norte, sin que existan necesariamente ni una correspondencia cronológica estricta ni causas directamente interrelacionadas.

En el Formativo Final, parecen surgir asentamientos más grandes y organizados, los cuales carecen de la arquitectura monumental o esta se ve muy disminuida. Estas innovaciones no parecen corresponder básicamente a un desarrollo local o regional, sino provenir del sur, donde existen muchas evidencias de asentamientos grandes y complejos de este tiempo. La crianza de camélidos alcanza importancia y existen reservorios de agua de la quebrada de Jicamarca, con el fin de canalizarla luego en una red de irrigación, por lo que la agricultura parece estar más compleja que en las fases previas del Formativo.

Antes de terminar esta parte queda por presentar el caso de Chavín de Huántar en sus aspectos económicos y sociales.

3. Chavín de Huántar

Es preciso terminar esta selección con el sitio de Chavín de Huántar y su relevancia central, para la elaboración de hipótesis sobre lo que fue este

paradigmático complejo. En la larga discusión al inicio de este trabajo, se presentó la problemática relacionada a su relevancia como sitio y sus relaciones con zonas fuera de su ámbito directo. Es comprensible que la arquitectura monumental, tanto en su interior con las galerías impresionantes como en su exterior con plazas, escalinatas y arte lítico asociado, haya captado la atención y haya impulsado la elaboración de múltiples hipótesis probables y algo fantasiosas.

Sobre todo, la abstracción de estos elementos en la formulación poco precisa de un estilo se ha visto como causante de la formación de relaciones "internacionales" y de la postulación de la existencia de especialistas, entre los que se cuentan "ingenieros", arquitectos, artesanos como picapedreros, escultores, alfareros, etc., fuera de otros dedicados enteramente al funcionamiento del (o de los) templo(s).

La riqueza de este sitio supuestamente provenía de las ganancias del intercambio y del prestigio del "templo", a menudo, interpretado como centro de peregrinaje, lo que explica a su vez una especie de "síntesis" estilística. Como ya se mencionó, la idea de un centro de peregrinaje se debe mucho a un "modelo" formulado sobre la base de datos provenientes de Pachacámac, un centro de peregrinaje antes y durante el Incanato. Todas estas elucubraciones se caracterizan por interrelaciones de factores poco definidos y, por tanto, confían en analogías cuya aplicabilidad se mantiene incierta.

Un problema mayor es la relación de la arquitectura monumental con la no monumental. Esta última no necesariamente equivale a arquitectura doméstica. Así, Burger encontró plataformas con evidencias de ofrendas y sacrificios, construidas y usadas durante su fase Urabarriu, lo que implica la realización de rituales fuera del centro. En un proyecto más reciente, Rick[115] informa sobre la presencia de un aumento considerable en la producción especializada de productos; asimismo, encuentra evidencias de arquitectura de una elite altamente diferenciada y de otra más simple, en secuencias cronológicas aproximadamente entre 900 y 600 a.C., en el sitio La Banda. Este crecimiento, probablemente, estaba ligado al crecimiento paulatino del centro monumental. En esta misma zona, Matt Sayre excavó y recuperó muchas muestras de flotación. Lamentablemente, su tesis está aún por terminarse.

115. Rick 2005: 72-73; figs. 5.4, 5.5.

En el artículo mencionado, Rick se dedica a procurar definir autoridad y poder en el sitio. Llega a la conclusión que las autoridades tempranas elaboraron contextos cargados de símbolos que estaban relacionados con rituales canalizados por la tradición y motivados por una creatividad de autopromoción, con el fin de preparar caminos hacia autoridad y poder. Parece evidente la existencia de una porción fuerte de ingenio humano dedicado al problema de los cambios de los sistemas de creencias hacia la aceptación y la naturalización de la autoridad que pasa por largos periodos de experimentación. Por otro lado, cuando se estableció la autoridad, estos sistemas de creencias se vuelven más conservadores, con el fin de mantener la misma. Rick, por tanto, se centra en los cambios ocurridos en la elaboración de la cultura material en Chavín, basado en el reconocimiento del potencial de un manejo consciente de los sistemas de creencias hacia niveles más altos de poder. La parte monumental de Chavín, por ende, no se relaciona con modelos teocráticos cohesivos-devocionales, sino se debe a una manipulación sutil de los responsables de su construcción y manejo.

En otro artículo,[116] el mismo autor trata de definir más el papel del chamanismo dentro de esta problemática. Acepta evidencias relacionadas con el consumo de drogas para producir estados de consciencia alterada (tubos y espátulas encontrados en excavaciones en La Banda) y representaciones antropomorfas mostrando transformaciones; y propone actividades relacionadas con un número reducido de devotos que se iniciaron en el "culto chavín" y se capacitaron para "exportarlo". Si bien estas prácticas chamanísticas y su entorno sofisticado podrían haber servido a intereses personales, de quienes requerían de sus servicios, deben haber sido también vehículos para la autopromoción de los líderes religiosos. El arte, en este sentido, sirve para perpetuar sus poderes y la arquitectura sirve para crear un mundo alterno al cotidiano.

Estas ideas de Rick reflejan otras ya tratadas en la presentación de los aportes, en el sentido de deducir la presencia de poder y autoridad a partir de evidencias indirectas, en particular, de la arquitectura monumental o ceremonial y su arte asociado. Como en el de otros autores, se percibe una cierta "chavínmanía", ya que tácitamente el culto se inicia en Chavín, que se convierte en una especie de escuela de chamanes proselitistas que materializan sus conocimientos esotéricos y políticos en otras zonas. Queda casi

116. Rick 2006.

sin mención la población que sostiene este mecanismo complejo y su base de sustentación, pese a que se reunieron las evidencias respectivas.

En una versión modificada de su trabajo de 1993, Lumbreras[117] agrega algunos argumentos, a partir de su análisis de la Galería de las Ofrendas. Según él,

> [e]l prestigio de Chavín tiene que haberse consolidado con una oferta de "oráculo" eficiente y poderoso, donde el factor "nudo de caminos" solo tuvo un papel encubierto de las "juntas". Chavín no era un lugar de reunión tipo mercado, aunque sin duda permitió y facilitó intercambios; no era un punto de albergue, pero sí un lugar de encuentro. Pero, sin el prestigio de su poder tipo-oráculo, su capacidad de convocatoria y el poder que hizo posible su construcción y mantenimiento, no hubieran sido posibles. Para esta oferta, Chavín ofrecía a los costeños y serranos del Norte Fértil, un lugar muy apropiado para las prácticas adivinatorias y predictivas. Es un "planetario" natural…[118]
>
> Los dioses de Chavín, eran, sin duda, seres con atributos universales de predicción y de represión. Sus sacerdotes, poderosos señores, con poderes de función visiblemente exitosos, que gobernaban conciencias más que poblaciones. Es una especie de teocracia sin soldados, donde los funcionarios —incluidos los represivos— eran gentes asociadas al culto, tal vez con capacidad de organizar ejércitos de comuneros cuando la violencia colectiva se hacía necesaria. Los siglos XII-V a.C. no registran formas centralizadas de poder que rebasen fronteras locales, o tal vez regionales. Parece que en cada valle o sección de valle o cuenca, las jefaturas locales o las tribus tenían sus propios dominios, donde el poder quedaba en manos de los señores y jefes tribales de rango y de ámbitos desiguales. Así pues, parece que Chavín era un punto de concentración de peregrinos... el flujo centrípeto de los peregrinos induce a pensar en formas tributarias del culto y de sus servicios. Para eso era necesario un cierto nivel de concertación transregional que... sólo podía darse en el marco de ciertas concordancias ideológicas y a partir de un núcleo capaz de imponerlo. Implica jerarquías reconocidas y legítimas. Implica un aparato de poder, con funcionarios capaces de resolver la gestión de los encuentros y desencuentros, y, desde luego, de administrar el gasto y manejo de los tributos, que bien pudieron ser en trabajo en bienes. Implica una redistribución equitativa a tono con las relaciones establecidas y, por tanto, un presupuesto anual o multianual con capacidad de dar cuenta de la adecuada reproducción del sistema. Todo esto fuera de las exigencias técnicas

---

117. Lumbreras 2007.
118. Lumbreras 2007: 653.

> de la producción alimentaria y manufacturera... Requiere procesos de selección y aprendizaje y regímenes de control de los medios de producción y de la mecánica de la distribución y el consumo. Eso incluye el apoyo técnico a las conciliaciones agrarias entre los especialistas y los "comunes" y, desde luego, la participación de una voluntad central en las tareas especializadas de la creación de infraestructura productiva, con calculistas y maestros de obra... Chavín representa el punto de la historia andina cuando un sector de la población —los "sacerdotes" especialistas, nacidos en los tiempos de Caral— hubo de apartarse de la producción directa de los bienes de consumo —alimentos y manufactura— para constituirse en una clase de gente diferente a aquella constituida por los trabajadores del común.[119]

Esta interpretación reelaborada sobre otras anteriores presentadas arriba se sirve de un lenguaje más económico; pero enfatiza, como en otros casos presentados, el lugar preferencial de Chavín en el camino hacia el Estado, desde un concepto elaborado de peregrinaje y sus consecuencias. Comparte con otros trabajos la visión de una "gente común" pasiva, compasiva y estática, como una especie de "trasfondo" necesario para hacer posible la existencia de una minoría que se beneficie y se aproveche de ella. Si bien acepta la existencia de políticas territoriales restringidas, sugiere una hegemonía y un cierto "adelanto" político de Chavín de Huántar, relacionado con el concepto de la tributación.

IV. Conclusiones

Sin ánimo de resumir todas las evidencias, sus problemas de interpretación y la discusión de los aportes más teóricos al tema, quisiera destacar algunos puntos centrales. Queda establecido, como tema principal de la historia económica antigua, que el medio de la producción es la tierra; y no hay razón para dudar que esto valga también para el Formativo del Perú Antiguo. Como se vio, sin embargo, este tema merece solo referencias vagas, debido a la esencial ausencia de datos respectivos.

Si bien los campos de cultivo, probablemente, se encuentren en la cercanía de los asentamientos dada la presencia de suelos fértiles en la actualidad, ante la ausencia de evidencias concretas, se ignora qué extensión tenían, qué sistema de cultivo se aplicaba y qué tipo de irrigación se

119. Lumbreras 2007: 661-662.

empleaba. Tampoco se dispone de datos acerca del procesamiento de los productos agrícolas, su almacenaje y su conversión en conservas, en comida u otros productos.

El agua, fuente fundamental para la vida social, debe haber dejado rasgos en simbologías relacionadas y rituales vinculados. Existen algunas evidencias de ello en forma de canales rituales, el mar como lugar de muerte y regeneración, las conchas de aguas cálidas (spondylus y strombus) como instrumentos rituales de extrema importancia y el concepto de la elite como ancestros que garantizan o aun generan este elemento líquido vital.

Otro papel de la elite parece consistir en su rol de anfitriones en fiestas competitivas, en las cuales se consumía el agua procesada en forma de chicha, una especie de agua cultural. La fertilidad de los campos de cultivo, por tanto, dependía de factores rituales y políticos, por lo que requería reafirmaciones cíclicas para evitar catástrofes económicas y sociales. Por tanto, los ritos eran esenciales no solo en el campo comunal, sino también en el ámbito doméstico, lo que significa que la economía doméstica era funcional e involucraba factores sociales diversos, entre los cuales la ideología se incluía como componente básico.

Esto lleva al ámbito social de la "gente común". Los lugares de sus "viviendas" no suelen definirse debidamente. En los pocos casos de excavaciones en estos sitios, se observa que estos, desde el Arcaico Final, destacan por una organización espacial relativamente compleja, en la cual las diferencias de estatus no se pueden excluir. Disponen con cierta frecuencia de arquitectura pública y aun monumental, si bien en dimensiones más reducidas, lo que sugiere que las poblaciones respectivas deberían haber participado activamente no solo en la vida productiva, sino también en la vida social y política. El caso de Dillehay muestra este punto con evidencias concretas.

Visto de esta manera, parece que los grandes complejos del Formativo Temprano en Casma no son, en un sentido estricto, centros ceremoniales, sino más bien concentraciones de poblaciones sustanciales en un espacio estrictamente diseñado como "sociograma". En esta interpretación, la ostentación de la monumentalidad con un arte asociado puede verse como expresión de la exaltación de una identidad social compartida, expresada también por individuos o grupos que la incorporan. Esta organización de zonas residenciales con su propio aparato ritual no parece ser una "invención" del Formativo, pues ya aparece en el Arcaico Final de Caral, donde la complejidad residencial parece aumentar con el crecimiento y la creciente complejidad de la arquitectura monumental.

Parece que esta complejidad residencial es frágil, ya que los sitios cambian en forma constante y se abandonan, para desplazarse a otros lugares, después de permanencias restringidas en el tiempo. Si bien este fenómeno puede estar relacionado con conflictos internos o externos, parece que un factor crucial debió residir en las limitaciones de una tecnología agrícola poco apropiada para sostener estas agrupaciones sociales durante mucho tiempo. El principio de la dualidad arquitectónica y, probablemente, social puede expresarse en divisiones sociales competitivas.

El problema mayor de todo el Formativo se presenta en el Formativo Medio, durante el cual se propaga la difusión del estilo chavín por medio de los centros ceremoniales, en particular el de Chavín de Huántar. Este estilo chavín no es de ninguna manera uniforme, como tampoco lo es la arquitectura monumental en la sierra y la costa, ni se sabe dónde y cuándo se establece. Pese a ello, se parte de la convicción de que Chavín de Huántar no solamente es el centro de este arte, sino de que es una especie de modelo emulado fuera de su zona nuclear reducida. Este estilo es considerado sagrado debido a su asociación estrecha con la arquitectura considerada como "templo", por lo que las actividades rituales o quizá más mundanas deben haber estado reguladas por personas con carácter de "especialistas" religiosos. Esta argumentación complica la comprensión del sitio en el tiempo en cuestión, ya que resulta en una lógica desligada de los fenómenos que interesan en este trabajo: la economía y la organización social.

El propio Chavín es sujeto a cambios constantes dentro de un territorio reducido, espacio que, difícilmente, puede mantener una población densa, incluso con tecnologías sofisticadas que no existían en el Formativo. Además, se encuentra algo aislado de otros territorios contemporáneos en la sierra, aunque este aislamiento también puede deberse más al desconocimiento que a un distanciamiento real. Debería preguntarse de dónde provienen los que manejan este aparato "dramatúrgico" cada vez más sofisticado. Como las evidencias de arte parecido, el conocimiento de construcciones monumentales en piedra (con las características exhibidas en Chavín) y de arte en piedra ya aparecen con anterioridad a Chavín en Casma y algunos sitios en la Cordillera Negra y, probablemente, en el Callejón de Huaylas (v.g. La Pampa), no es de excluirse que ellos se encarguen de establecer un *outpost* o puesto avanzado en un lugar de importancia ideológica (v.g. origen del agua u origen del hombre, etc.) o de interés económico, como la zona de Huánuco, con la cual deben haber existido contactos desde el Arcaico Final.

Entre fines del Formativo Temprano hasta la parte inicial del Formativo Tardío suceden algunos cambios decisivos:

a) Parece haber una serie de desplazamientos o quizá colonizaciones, a partir de la caída de sistemas políticos, como los de Casma, que involucran zonas amplias en el norte y hacia el sur en la costa; así como las partes cercanas de la sierra marítima. En estas zonas, hubo ya antes evidencias de poblaciones más aldeanas y, en algunos casos, de arquitectura monumental en menor escala. Estos desplazamientos pueden deberse tanto a problemas interiores de las sociedades como al crecimiento de la población.

b) La elite, existente desde el Arcaico Final, consolida sus territorios y sus posiciones políticas por medio de construcciones masivas, cuya ostentación se resalta por un arte visualmente impactante (probablemente más que en las fases anteriores). Este arte no solo se limita a estos ámbitos, sino que se traslada a objetos de servicio en rituales, en fiestas y en la muerte.

c) Sobre todo en el ámbito de Cupisnique (costa norte, entre Lambayeque y Virú), este arte conforma un área relativamente unida en el campo cultural, pero políticamente fragmentada. En este arte, aparecen numerosos elementos compartidos con el arte de Chavín. El arte lítico es menos conocido, de modo que no se excluye que algunas obras de Chavín sean elaboraciones realizados en este ámbito, mientras que otras pueden haber llegado de sitios de la sierra. Por ello, tampoco se puede excluir que parte de la población de Chavín sea de extracción cupisnique. Mucho material hallado en la Galería de las Ofrendas, sobre todo el más sencillo y más numeroso, debe ser de producción o de imitación costeña, al lado de muchos productos de origen costeño. Pero, los productos de otros lugares, como Huánuco, la costa central y otros, no necesariamente son intercambiados, pues pueden corresponder a personas que vivían ahí, al menos temporalmente. Los intereses de tal estancia pueden deberse a varios campos fuera del religioso.

d) Estas interrelaciones múltiples, tanto entre costa y sierra como entre territorios costeños, deben haber creado una acumulación de riqueza en beneficio de las elites. Tal acumulación fue aumentada por estrate-

gias de alianzas, por fiestas competitivas en las que circulaban bienes y por actividades más agresivas, como conflictos bélicos con el fin de obtener botines.

e) A fines del Formativo Medio y a comienzos del Formativo Tardío, esta riqueza se plasma en tumbas elaboradas con muchos objetos de lucro, sobre todo en el área cupisnique.

f) Este desarrollo afectaba a las poblaciones, fomentando el crecimiento demográfico y la necesidad de mejorar las tecnologías agrícolas, particularmente el mejoramiento y la expansión de sistemas de irrigación, con una reducción de las actividades extractivas como la pesca y la recolección de mariscos.

g) Este desarrollo, sin embargo, vuelve obsoleto el sistema económico heredado desde el Arcaico Final, ya que la especialización, la distribución de los bienes y la consolidación social requieren una concentración o integración, en lugar de la previa dispersión, lo que se observa en las tendencias hacia la urbanización durante el Formativo Tardío y Final.

h) En este proceso, ciertamente desigual, con supervivencias del sistema antiguo en algunas partes y el colapso en otras, el tiempo de los centros ceremoniales termina, tanto en Chavín como en otros lugares. Dentro de esta lógica, no cabe visualizar una expansión del "culto chavín" dentro del tiempo que corresponde al Formativo Tardío o Final, como fue propuesto por Burger.

En esta interpretación más "mundana" del Formativo, se trata de involucrar factores económicos y sociales en un panorama, en el cual el arte equivale a la religión y la religión a los líderes religiosos. Fuera de su importancia innegable como centro "sagrado" de Chavín, se impone la tarea de insertar a Chavín de Huántar en un panorama general de sistemas políticos con intereses múltiples, en lugar de subordinar estos últimos a un solo complejo.

Bibliografía

Alva, Walter

1986 "Cerámica temprana en el valle de Jequetepeque, norte del Perú". *Materialien zur Allgemeinen und Vegleichenden Archäologie (Kava)* 34. Munich.

1988 "Excavaciones en el santuario del tiempo formativo Udima-Poro Poro en la sierra norte del Perú". *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 8: 301-352.

1992 "Orfebrería del Formativo". En: *Oro del antiguo Perú*, dir. José Antonio de Lavalle, 17-116. Lima: Banco de Crédito del Perú.

Alva, Walter y Susana Meneses de Alva

1982 "Geoglifos del Formativo en el valle de Zaña". *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 8: 301-352.

Arkush, Elizabeth y Charles Stanish

2005 "Interpreting Conflict in the Ancient Andes". *Current Anthropology* 46 (1): 3-28.

Bird, Junius B.

1963 "Pre-Ceramic Art from Huaca Prieta, Chicama Valley". *Ñawpa Pacha* 1: 29-34.

Bird, Junius B.; John Hyslop y Milica D. Skinner

1985 "The preceramic excavations of the Huaca Prieta, Chicama Valley, Peru". *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 62 (1).

Bischof, Henning

1994 "Toward the Definition of Pre- and Early Chavín Art Styles in Peru". *Andean Past* 4: 169-228. Ithaca.

1995 "Cerro Sechín y el arte temprano centro-andino". En: *Arqueología de Cerro Sechín II: Escultura*, eds. Salomón Lerner, Mercedes Cárdenas y Peter Kaulicke, 157-184. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1997 "Cerro Blanco, valle de Nepeña, Perú – un sitio del Horizonte Temprano en emergencia". En: *Arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos*, eds. Elizabeth Bonnier y Henning Bischof,

202-234. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana, Reiss Museum.

2000 "Cronología y Cultura en el Formativo Centroandino". *Estudios Latinoamericanos* 20: 41-71. Varsovia.

Burger, Richard L.
1992 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*. Londres: Thames and Hudson.

1998 *Excavaciones en Chavín de Huántar*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Carmichael, David L.; Jane Hubert; Brian Reeves y Audhild Schanche (eds.)
1994 *Sacred Sites, Sacred Places*. Londres; Nueva York: Routledge.

Carrión-Cachot, Rebeca
1948 "La Cultura Chavín. Dos nuevas colonias Kuntur Wasi y Ancón". *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1): 99-172.

Chacón, Richard J. y David H. Dye
2007 *The Taking and Displaying of Human Body Parts as Trophies by Amerindians*. Nueva York: Springer.

Chicoine, David
2006 "Architecture and Society at Huambacho (800-200 B.C.), Nepeña Valley, Perú". Tesis doctoral inédita, University of East Anglia, Norwich.

Dillehay, Tom D.
2004 "Social landscape and ritual pause. Uncertainty and Integration in Formative Peru". *Journal of Social Archaeology* 4 (2): 239-268. Thousand Oaks.

Elera, Carlos
1986 "Investigaciones sobre patrones funerarios en el sitio formativo del Morro de Eten, valle de Lambayeque, costa norte del Perú". Memoria de Bachiller inédita, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2 t.

1998 "The Puémape Site and the Cupisnique Culture: A Case Study on the Origins and Development of Complex Society in the Central Andes, Peru". Tesis doctoral inédita, University of Calgary, Canadá.

Fung, Rosa
1972 "Las Haldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú antiguo [1969]". *Dédalo: Revista de Arte e Arqueologia*, V (9-10): 1-207. São Paulo: Universidade de São Paulo, Museo de Arte e Arqueología.

Ghezzi, Iván
2006 "Religious Warfare at Chankillo". En: *Andean Archaeology III: North and South*, eds. William H. Isbell y Helaine Silverman, 67-84. Nueva York: Springer.

Grieder, Terence
1975 "A dated sequence of building and pottery at Las Haldas". *Ñawpa Pacha* 13: 117-121.

Guffroy, Jean
1994 *Cerro Ñañañique: Un établissement monumental de la Période Formative, en limite de désert (Haut Piura, Pérou)*. París: Orstom.

Herrera, Alex
s.f. "Die Veränderung vorspanischer Siedlungsstrategien im südlichen Yanamayobecken, Callejón de Conchucos, Peru". Tesis de Magíster, Freie Universität Berlin.

Ikehara, Hugo y Koichiro Shibata
2007 "Festines e integración social en el Periodo Formativo: nuevas evidencias de Cerro Blanco, valle bajo de Nepeña". *Boletín de Arqueología PUCP* 9 (2005): 123-159. Lima.

Kaulicke, Peter
1994 "Los orígenes de la civilización andina. Arqueología del Perú". En: *Historia General del Perú*, Tomo I, dir. José Antonio Del Busto. Lima: Brasa.

1995 "Arte y religión en Cerro Sechín". En: *Arqueología de Cerro Sechín II: Escultura*, eds. Salomón Lerner, Mercedes Cárdenas y Peter Kaulicke, 185-221. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1997 "La noción y la organización del espacio en el Formativo Peruano". En: *Espacio: teoría y praxis*, ed. Hildegardo Córdova, 113-127. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1998 "Reflexiones finales: Problemas y perspectivas". *Boletín de Arqueología PUCP* 2: 353-368. Lima.

2005 "Pandanche. Un caso del Formativo en los Andes de Cajamarca [1975]". *Arqueología y Sociedad* 16: 141-180. Lima.

e.p. "La(s) cronología(s) del Formativo. 50 años de investigaciones japonesas en perspectiva".

Kaulicke, Peter; Ryujiro Kondo; Tetsuya Kusuda y Julinho Zapata
2003 "Agua, ancestros y arqueología del paisaje". *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 27-56. Lima.

Kosok, Paul
1965 *Life, Land and Water in Ancient Peru*. Nueva York: Long Island University Press.

Lanning, Edward P.
1967 *Peru before the Incas*. Nueva Jersey: Prentice Hall, Englewood Cliffs.

Larco Hoyle, Rafael
1938 *Los mochicas I*. Lima: *La Crónica; Variedades*.

1941 "Los cupisniques". Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Americanistas de Lima, XXVII Sesión. Lima.

1945 *Los cupisniques*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.

1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.

Lathrap, Donald
1973 "Gifts of the Cayman: Some Thoughts on the Subsistence Basis of Chavin". En: *Dumbarton Oaks Conference on the Chavin*, ed. Elizabeth Benson, 73-100. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.

Liverani, Mario
1976 "Il modo di produzioni". En: *L'alba della civiltá 2: L'economia*, ed. Sabatino Moscati, 1-126. Turín: UTET.

Lumbreras, Luis Guillermo
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes en el Antiguo Perú*. Lima: Moncloa Campodónico.

1970 "La evidencia etnobotánica en el análisis del tránsito de la economía recolectora a la economía de alimentos". *Arqueología y Sociedad* 1: 7-41.

1972 "Los estudios sobre Chavín". *Revista del Museo Nacional* 38: 73-92. Lima.

1974 *La Arqueología como ciencia social*. Lima: Histar.

1993 "Chavín de Huántar: Excavaciones en la Galería de las Ofrendas. *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 51 (Kava). Mainz.

2007 *Chavín. Excavaciones arqueológicas 1 y 2*. Lima: UAP.

Lumbreras, Luis Guillermo; R. Gebhard; W. Häusler; F. Kauffmann-Doig; J. Riederer; G. Sieben y U. Wagner

2003 "Mössbauer Study of Ceramic Finds from the Galeria de las Ofrendas, Chavín de Huántar". *Hyperfine Interactions* 150: 51-72. Holanda: Kluwer Academic Publishers.

Lumbreras, Luis Guillermo; Chacho González y Bernardo Lietvaer

1976 *Acerca de la función del sistema hidráulico de Chavín*. Lima: Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia.

Mieroop, Marc van de

1999 *Cuneiform Texts and the Writing of History*. Londres; Nueva York: Routledge.

Moore, Jerry

1996 *Architecture and power in the ancient Andes: the archaeology of public buildings*. Cambridge: Cambridge University Press.

2005 *Cultural landscapes: the archaeologies of place*. Gainesville: University Press of Florida.

Moseley, Michael

1975 *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. Menlo Park, California: Cummings Archaeological Series.

1992 *The Incas and their ancestors. The Archaeology of Peru*. Londres: Thames and Hudson.

Olivera, Quirino

1998 "Evidencias arqueológicas del Periodo Formativo en la cuenca baja de los ríos Utcubamba y Chinchipe". *Boletín de Arqueología PUCP* 2: 105-112. Lima.

Onuki, Yoshio
1982 "Una perspectiva prehistórica de la utilización ambiental en la sierra nor-central de los Andes Centrales". En: *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*, eds. Luis Millones e Hiroyasu Tomoeda, 211-228. Osaka: National Museum of Ethnology.

1995 *Kuntur Wasi y Cerro Blanco. Dos sitios del Formativo en el norte del Perú*. Tokio: Hokusen Sha.

Palacios, Jonathan
1988 "La secuencia de la cerámica temprana del valle de Lima en Huachipa". *Gaceta Arqueológica Andina* 16: 13-24. Lima: Indea.

Pimentel, Víctor
1986 "Felszeichnungen im mittleren und unteren Jequetepeque-Tal, Nord-Peru". *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 31 (Kava). Munich.

Pozorski, Thomas
1975 "El Complejo Caballo Muerto: Los frisos de barro de la Huaca de los Reyes". *Revista del Museo Nacional* 41: 211-251. Lima.

Pozorski, Shelia y Thomas Pozorski
1986 *Early Settlement and Subsistence in the Casma Valley, Peru*. Iowa City: University of Iowa Press.

2002 "The Sechín Alto Complex and Its Place within Casma Valley Initial Period Development". En: *Andean Archaeology I: Variations in Sociopolitical Organization*, eds. William H. Isbell y Helaine Silverman, 21-51. Nueva York; Boston; Dordrecht; Londres; Moscú: Kluwer Academic / Plenum Publishers.

Renger, Johannes
2000 "Oikos-Wirtschaft". En: *Der Neue Pauly. Enzyklopädie der Antike* 8: 1137-1138. Stuttgart; Weimar: Metzler.

Rick, John W.
2005 "Evolution of Authority and Power at Chavín de Huántar, Perú". En: *The Foundations of Power in the Prehispanic Andes*, eds. Kevin Vaughn, Dennis Ogburn y Christina A. Conlee, 71-98. Washington D.C.: Archaeological Papers of the American Anthropological Association 14.

2006 "Chavín de Huántar: Evidence for an Evolved Shamanism". En: *Mesas & Cosmologies in the Central Andes*, ed. Douglas Sharon, 101-112. San Diego: Museum Papers 44.

Rosas Lanoire, Hermilio
1970 "La secuencia cultural del período formativo de Ancón". Tesis de Bachiller en Arqueología, inédita, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Rowe, John H.
1962 *Chavin Art: An Inquiry to its Form and Meaning*. Nueva York: The Museum of Primitve Art.

1963 "Urban Settlements in Ancient Peru". *Ñawpa Pacha* 1: 1-27. Berkeley.

Seki, Yuji
1997 "Excavaciones en el sitio La Bomba, valle medio de Jequetepeque, Cajamarca". *Boletín de Arqueología PUCP* 1: 115-136. Lima.

Shady, Ruth
2005 *La civilización de Caral-Supe: 5000 años de identidad cultural en el Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura / Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe.

Shady, Ruth y Carlos Leyva (eds.)
2003 *La ciudad sagrada de Caral. Los orígenes de la civilización andina y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura / Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe.

Shimada, Izumi; Carlos Elera y Melody Shimada
1982 "Excavaciones efectuadas en el centro ceremonial de Huaca Lucía-Cholope del Horizonte Temprano, Batán Grande, costa norte del Perú: 1979-1981". *Arqueológicas* 19: 109-210. Lima.

Silva, Jorge
1998 "Una aproximación al Periodo Formativo en el valle de Chillón". *Boletín de Arqueología PUCP* 2: 251-268. Lima.

Siveroni, Viviana
2006 "Mi casa es tu templo: Una visión alternativa de la arquitectura de la Tradición Kotosh". *Arqueología y Sociedad* 17: 121-148. Lima.

Swenson, Edward R.
2003 "Cities of Violence: Sacrifice, power and urbanization in the Andes". *Journal of Social Archaeology* 3 (2): 256-296.

Tellenbach, Michael
1986 "Las excavaciones en el asentamiento formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque en el Norte del Perú". *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 39 (Kava). Munich.

Tello, Julio C.
1921 *Introducción a la Historia Antigua del Perú*. Lima.

1923 "Wira-Kocha". *Inca* 1 (1): 94-320; 1(3): 583-606. Lima.

1929 *Antiguo Perú. Primera época.* Lima.

1938 "Una notable insignia de oro del Antiguo Perú". *Turismo* 133. Lima.

1942 *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima: Lib. e Imp. Gil. Reimpreso de: *Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas de 1939*, I: 589-720. Lima.

1944-5 "El país de los Inkas". En: *Perú en cifras*, 592-613. Lima.

1956 "Arqueología del valle de Casma. Culturas Chavín, Santa o Huaylas Yunga y Sub-Chimú". En: *Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello 1*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Vega-Centeno, Rafael
2000 "Imagen y simbolismo en la arquitectura de Cerro Blanco, costa nor-central peruana". *Bulletin de l'Institut Français d' Études Andines* 29 (2): 139-159. Lima.

Weber, Max
1976 *The Agrarian Sociology of Ancient Civilizations* (Trad. de Agrarverhältnisse im Altertum 1909). Londres: Mohr.

1985 [1922] *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie.* Tübingen: Mohr.

Williams, Carlos
1980a "Complejos de pirámides con planta en U, patrón arquitectónico de la costa central". *Revista del Museo Nacional* 44: 95-110. Lima.

1980b "Arquitectura y urbanismo en el Antiguo Perú". En: *Historia del Perú*, dir. Fernando Silva Santisteban, tomo 8: 369-585. Lima: Juan Mejía Baca.

Wilson, David J.
1995 "Prehispanic Settlement Patterns in the Casma Valley, North Coast of Peru: Preliminary Results to Date". *Journal of the Steward Anthropological Society* 23 (1-2): 189-227. Urbana, Illinois.

Wittfogel, Karl
1954 *Oriental Despotism*. New Haven: Yale University Press.

Yoffee, Norman
2005 *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Economía prehispánica en el área andina (período intermedio temprano, horizonte medio y período intermedio tardío)

Julián I. Santillana

Introducción

Este capítulo se referirá a la economía de las sociedades andinas prehispánicas del Período Intermedio Temprano, Horizonte Medio y Horizonte Tardío (ca. 200 a.C. a 1476 d.C.). Ha sido escrito tomando en consideración que las actividades de subsistencia, producción y de consumo han estado marcadas por el Fenómeno de El Niño (Enso), un evento natural cíclico que se manifiesta de antiguo, con efectos graves en la ya difícil naturaleza andina e incidencia mayor en varias expresiones de la vida humana. También fue escrito bajo la premisa de que las sociedades andinas prehispánicas de los períodos señalados se distinguían por tener una percepción religiosa de la naturaleza, por haber desarrollado un sistema agropecuario para producir bienes de prestigio, por haber impulsado una metalurgia —a decir de algunos investigadores— de "tendencia más ornamental" y por haber funcionado en una economía sin "mercado" ni "moneda".

Se ha establecido que el Enso es un factor decisivo en las oscilaciones climáticas, debido a que modifica las condiciones ambientales usuales que afectan las formas de vida humana y, de manera particular, el funcionamiento de la economía. Bawden[1] señala que, con la manifestación del Fenómeno de El Niño, la corriente marina peruana es reemplazada por otra de aguas templadas ecuatoriales que eleva la temperatura del agua de 15° C —consi-

1. Bawden 1996.

derada como normal— a otra por encima de los 20° C. El ascenso de la temperatura devasta la vida marina porque, al no aflorar los nutrientes del fondo marino, los peces adaptados a aguas frías mueren o migran fuera de su hábitat natural; y, aunque sean reemplazados por otras especies, estas no compensarían la inmensa pérdida. El evento de El Niño en nuestras latitudes produce también lluvias intensas en determinadas regiones, lo que provoca que los ríos destruyan asentamientos humanos y que arrasen áreas agrícolas; mientras que en otras regiones, como las alto andinas, los efectos que produce son asimismo catastróficos, sea debido a sequías o a inundaciones. De este modo, dicho fenómeno natural desestabiliza las sociedades y fuerza a que las poblaciones migren en busca de nuevos escenarios o sobrevivan en sus lugares habituales.

Si bien el medio ambiente y la intervención humana son indicadores muy importantes para explicar la manera en que las sociedades desarrollan sus actividades —sea en el marco de las estrategias económicas, de subsistencia o de producción—, las sociedades andinas tenían una percepción religiosa del paisaje en general, por la cual su entorno no era entendido solo como un espacio geográfico de recursos. Sobresalen en esta percepción el agua, la montaña y la tierra, por ser considerados entes generadores del sustento de las poblaciones, de manera que el trabajo y el rito fueron los medios que hicieron posible este vínculo. También por aquellas creencias, el mayor porcentaje de bienes producidos por familias e instituciones se destinaba a la celebración de ceremonias políticas, sociales y religiosas, como se desprende de la observación de contextos arqueológicos registrados, que se describirán posteriormente. En estas ceremonias, repetidamente, se invocaba por la abundancia de sembríos y la multiplicación del ganado, muchas veces, acudidos por ciertos bienes muebles como "elementos vinculados a la fertilidad".[2] Las montañas, las fuentes de agua y las tierras de cultivo fueron reconocidas también como divinidades con nombres propios, por lo que las representaron de manera metafórica a través de la arquitectura, la cerámica y la piedra tallada.

Otro rasgo característico concierne a la agricultura y la ganadería, actividades orientadas a la producción de bienes preferidos y de prestigio. La agricultura privilegió el cultivo del maíz, cuyos granos servían para la producción de chicha o *aqha*, producto que se consumía cotidianamente y en

---

2. Bawden 1996.

todo evento ceremonial. Asimismo, el cultivo de algodón en la costa permitió la obtención de fibra para fabricar tejidos. Por otro lado, la ganadería de camélidos andinos proveyó, ante todo, la lana para la producción textil.

Uno de los logros más espléndidos de las culturas andinas corresponde a la textilería altamente especializada, impulsada por el interés e intervención de las elites y los Estados. Así, esta sobresale por su destreza tecnológica, el volumen de producción, la finura de fibras empleadas, la tintorería, la calidad, la variedad estilística y porque el tejido era el medio más eficaz para comunicar cánones esencialmente religiosos.[3] La producción textil formaba parte de la "economía básica" de la familia común y de la "economía política" de las elites corporativas e instituciones estatales. Como señalan algunos investigadores, el tejido desempeñó un rol esencial en todas las etapas de vida de los individuos y en todas las actividades político-religiosas de las entidades políticas; pero quizá, por encima de todo ello, "a la muerte del individuo los textiles tenían el rol final más importante".[4] Así lo testimonian las evidencias textiles encontradas en tumbas —suntuosas o no— de todo individuo común o de elite, en el pasado andino.

Es distintivo también de las sociedades andinas —según determinados investigadores— no haber desarrollado la metalurgia con el objetivo principal de producir instrumentos de labranza, de construcción o de guerra, aunque sí existían herramientas agrícolas en menor cuantía y de calidad poco lograda en la costa norte. La metalurgia estaba orientada, sobre todo, a la producción de bienes empleados en la amplia esfera del ritual, como se explicará posteriormente. Desde períodos tempranos se trabajó el oro, la plata, el cobre, el estaño, entre otros metales; pero el cobre arsenical se habría usado recién en el Período Intermedio Temprano y difundido durante el Horizonte Medio.[5] La producción de objetos metálicos tampoco fue general a todas las sociedades, pues se restringió, más bien, a determinadas entidades que requerían objetos metálicos para destinarlos al ritual y a la ornamentación. La costa norte y la sierra sur del área andina fueron los núcleos de innovación y de difusión a otras regiones. La misma autora destaca también el rol de las ideas y de la cultura, además de la tecnología, en el desarrollo de la metalurgia andina.[6]

3. Gayton 1978.
4. Gayton 1978: 286.
5. Lechtman 1978.
6. Ibídem.

Las sociedades prehispánicas desarrollaron, en general, una economía ajena a la "economía de mercado" de modelo clásico. De manera que, por un lado, los bienes producidos tenían un valor en sí, lo cual implicó la ausencia de un medio de cambio convencional generalizado como la moneda; y, por otro lado, la circulación de bienes tenía sus formas propias, por las cuales fluían preferentemente objetos de prestigio y, en menor cuantía, bienes de consumo cotidiano. El tráfico a larga distancia era un medio de intercambio marcadamente más desarrollado y complejo en la costa, donde se habría usado un tipo de "moneda" en las transacciones y utilizado determinados espacios como "mercados".

En cambio, en la región alto andina el trueque era el sistema general de acceso a recursos de subsistencia que, en ciertas regiones, funcionaba de manera paralela al "sistema de control vertical de un conjunto de pisos ecológicos", una categoría desarrollada por Murra.[7] Se trata de un modelo mejor evidenciado y explicado para la sierra centro-sur, en el cual los miembros de una comunidad de altura usaban zonas de vida discontinuas. Así, una población pequeña podía manejar rebaños de camélidos en las alturas y cultivar en las partes bajas. Cuando las distancias eran considerables, las poblaciones serranas se asentaban —organizadas en colonias— en los nuevos territorios y podían acceder a recursos esenciales, sin romper ningún vínculo con sus comunidades de origen. Este patrón económico, en tiempos precolombinos, era ocasionalmente acompañado de una expansión política y de una posterior centralización del control económico; en cualquier caso, estos movimientos permitían también el flujo de componentes ideológicos.

Las características señaladas líneas arriba aparecen, explícita o implícitamente, en la descripción que se hace sobre diferentes aspectos de la economía prehispánica andina durante los períodos y horizontes culturales. La información que se presenta precisa, en primer lugar, los aspectos cronológicos y las características generales de cada período; en segundo lugar, la naturaleza política tanto de cada una de las entidades culturales representativas como de los territorios controlados; y, en tercer lugar, describe, en el marco general de la economía, la producción, la tecnología, el intercambio y el consumo en la esfera doméstica familiar y en los niveles político-religiosos del curacazgo y del Estado.

7. Murra 1975.

Se debe agregar que actividades tales como el transporte y el almacenamiento también formaban parte de la economía prehispánica de los Períodos Temprano y Tardío y del Horizonte Medio; pero, al no haberse culminado los estudios sobre estos temas, no se describen en detalle y solo se indican datos generales, como en el caso de los caravaneros, el cabotaje marino o los depósitos tanto de algunas ciudadelas chimú de Chanchán como los de wari del Horizonte Medio, en el sur de Ayacucho. Asimismo, nada se conoce, por ahora, sobre sistemas de medición, de cuantificación o sobre "la instrumentación de aspectos astronómicos" en la agricultura y el pastoreo, aspectos que, con seguridad, desarrollaron con éxito las sociedades prehispánicas que vivían entre el 200 a.C. y el 1476 d.C.

También es necesario señalar que los datos y las descripciones, que conforman el corpus del presente texto sobre las sociedades prehispánicas del Período Intermedio Temprano, Horizonte Medio y Horizonte Tardío, proceden de aquellas publicaciones a las que se ha tenido acceso y que son producto de investigaciones sistemáticas.

I. El Período Intermedio Temprano (circa 200 a.C. – 550 d.C.)

Las investigaciones realizadas sobre el medio ambiente y su correlación con el desarrollo de las sociedades prehispánicas indican una estabilidad ambiental durante este periodo: es decir, si bien se produjeron pequeñas oscilaciones climáticas, estas no afectaron sustancialmente el desarrollo de las sociedades por unos 300 años. Durante este tiempo se desarrolló un conjunto de culturas regionales que alcanzaron niveles de complejidad variados. Entre los logros generales, destacan el predominio de sistemas agrícolas de riego, el crecimiento de asentamientos urbanos y el desarrollo de la producción artesanal —esencialmente la cerámica, la textilería y la metalurgia—, según el parecer de los especialistas.

1. La costa norte

La sociedad moche

Corresponde a una de las primeras sociedades complejas desarrolladas en el área andina central. Los grandes centros monumentales moche fueron

núcleos del poder político, administrativo y religioso, pero también residencia de gobernantes y de la elite. Sus grandes construcciones, la diversidad de bienes producidos por grupos especializados y el empleo de una variedad de tecnologías revelan una capacidad especial de manejo del poder por parte del sector dirigente, capacidad que le permitió organizar la mano de obra, adquirir materia prima y transformarla en bienes por medio de una diversidad de talleres artesanales.

Se señala que alcanzó a tener una población estimada de unos 250 mil habitantes, distribuida entre los valles de Piura por el norte y Huarmey por el sur, territorio que corresponde a la época de mayor expansión moche. La mayoría de la población vivía en pequeñas aldeas asentadas en el interior de los valles, aunque las investigaciones arqueológicas de los últimos años han evidenciado que el área circundante a los centros ceremoniales —como el de la Huaca del Sol— también era un lugar de complejos habitacionales. Las unidades familiares eran espacios construidos para el desarrollo de la vida cotidiana, y donde —a la vez— se realizaban variadas actividades de producción.

Los diferentes ecosistemas existentes en la región norteña peruana —como el mar, los valles o el piedemonte occidental—, así como otras zonas de vida alejadas del núcleo central, fueron integrados a las diferentes formas de vida moche. El mar en la costa norte abasteció de variados recursos alimenticios e hizo posible el tráfico marítimo; además, proveyó otros recursos de significación religiosa, como las conchas. Bawden destaca la importancia del *spondylus* y el *strombus*, en la vida no doméstica de los pobladores moche, quienes se abastecían de estos bienes propios de las aguas tibias de la región ecuatoriana a través del comercio a larga distancia.[8]

La agricultura era una actividad esencial de la economía doméstica y no doméstica. En el caso de la practicada en la costa, hizo posible el cultivo de una variedad de plantas alimenticias, como el maíz, fréjol, calabaza, ají, papa y yuca, aunque el complemento proteico se obtenía del consumo de carne de llama, de pavo y de cuy. De modo que, gracias al manejo del núcleo habitable de esta región —constituida por los 12 valles existentes entre Piura y Huarmey—, se produjo una gran variedad de recursos que aseguraron el sustento cotidiano, por lo que la agricultura fue la base económica que permitió la compleja organización social y política.[9] Asimismo, se indica que

8. Bawden 1996.

9. Bawden 1996.


Piura
Lambayeque
Chiclayo
PAMPA GRAN
Trujillo
HUACAS DEL SOL
Y LA LUNA
PAÑAMARCA
CORDILLERA DE LOS ANDES
Lima
OCÉANO
PACÍFICO
Cusco
Perú
Sud América
HUACA DE LA LUNA

de la región conocida como yunga se abastecían de recursos minerales, tales como cobre, oro y plata; mientras que la puna sirvió para el manejo de camélidos, como la llama por su carne y como animal de carga, y la alpaca por su fibra.

Los moche manejaron una agricultura intensiva sobre la base de un sistema de irrigación, el cual implicó la construcción de redes de canales de diverso alcance que hicieron posible el riego de miles de hectáreas. De esta manera, se aseguró la alimentación; pero, sobre todo, se produjo maíz para transformarlo en chicha, bebida alcohólica consumida en eventos cotidianos y en diferentes ceremonias políticas, sociales y religiosas.

El cultivo del maíz, como también el de la coca, tenía una significación especial, además de un componente ritual, ya que las diferentes etapas de su producción estaban acompañadas de eventos ceremoniales, en donde se agasajaba a los trabajadores con chicha elaborada por mujeres.[10] Esto era usual tanto en el nivel comunal como en el estatal; y permitió consolidar, a su vez, la solidaridad, la reciprocidad y la práctica religiosa integradora. Se plantea que el trabajo agrícola fue administrado por grupos pertenecientes a la esfera estatal.

Según reporta Bonavia,[11] acudiendo a diversas investigaciones, la agricultura en el valle de Moche se realizaba sobre la base de subsistemas: uno identificado en el norte y el otro en el sur del valle, en el que se construyeron o reutilizaron canales de riego. Los canales más importantes conocidos a la fecha son: uno de 28 kilómetros de largo y otro de unos 80 kilómetros de extensión que permitió el riego —se dice— de un área mayor a la alcanzada en tiempos modernos.

Estudios arqueológicos llevados a cabo en diversos asentamientos moche han determinado también la existencia de trabajadores metalurgistas, de tejedores y de ceramistas, quienes producían objetos que tenían un valor mayor en la esfera política y religiosa, pues, muchos de ellos, eran símbolos de prestigio y de poder.[12]

La producción textil fue importante en el nivel doméstico y en el marco de la producción estatal. El tejido estuvo presente en diversas acciones realizadas por el Estado, como también en la vida de todo individuo. Para

---

10. Bawden 1996.
11. Bonavia 1991.
12. Bawden 1996.



Vista panorámica de la Huaca de la Luna, Trujillo



Pectoral de oro moche, con la representación de un arácnido.



Collar de oro y plata moche, con representación de maní.



Pieza ornamental de oro y esmeraldas moche, con la representación de una figura central y dos personajes.

su fabricación, emplearon el algodón y la fibra de camélidos. La producción para el Estado tenía una suerte de supervisores que monitorearon las etapas de manufactura textil. Según indica Bonavia,[13] para la producción textil se han empleado diversas técnicas como "el asargado, la doble tela, la gasa, el brocado y el teñido en reserva o resistente", además de otras como las telas llanas, de tapiz, etc. En los textiles se representaron figuras naturalistas y geométricas.

Los metalurgistas producían piezas finas que se empleaban para señalar el rango y el estatus, así como para revelar el simbolismo de la ideología política. Manejaron una variedad de técnicas, por lo que la región moche fue uno de los escenarios más tradicionales de desarrollo de la metalurgia andina. Se trabajó el metal en talleres supervisados, algunos de ellos, ubicados en aldeas cercanas a núcleos administrativos.

En el extremo norte del Perú, en el departamento de Piura en particular, se desarrolló una cultura identificada como Vicus, y uno de los aspectos destacables corresponde al desarrollo de la metalurgia. Las evidencias muestran que habrían trabajado el oro, la plata y el cobre. Entre los objetos producidos, destacan los cuchillos, cinceles, máscaras, pectorales, orejeras, narigueras, cuentas, vasos, brazaletes, discos, barras y placas para prenderlos en tejidos. Algunos investigadores señalan que la mayor producción metalúrgica en estos tiempos y en esta región corresponde a la producción moche, mientras que otros lo llaman "Moche-Vicus". Como un rasgo singular y poco conocido hasta hoy, se ha informado sobre la existencia de algunos instrumentos metálicos de labranza, como se señaló en la Introducción; lo que a su vez evidencia un desarrollo tecnológico más complejo. De la misma manera, las evidencias arqueológicas muestran un elevado desarrollo metalúrgico en la cultura Gallinazo, en el núcleo central del territorio moche, correspondiente a la época inicial de este mismo periodo. Las piezas encontradas en las tumbas Gallinazo corresponden a objetos de oro y de cobre.

Se señala que los moche trabajaron el oro, la plata y el cobre arsenical. La fundición se hacía en hornos simples que funcionaban por el fuego y por el calor, producido por el aire impulsado por tubos soplados por los asistentes de los metalurgistas. Luego, "El metal era laminado por martillado y recocido, luego se repujaba, cortaba, y doblaba".[14] Conocieron la técnica de

13. Bonavia 1991: 276.

14. Bonavia 1991: 276.

la cera perdida, la soldadura y el modelado. Produjeron objetos de diverso uso, tales como cinceles, agujas, anzuelos, hachas, ornamentos, porras y cuchillos "tumi". La aleación fue otro rasgo tecnológico importante, lograda —por ejemplo— del cobre y del oro, conocido como "tumbaga", o del cobre y la plata. Estas aleaciones fueron empleadas en la fabricación de ciertos objetos laminados.[15]

Se sabe que la producción cerámica fue otro rubro de producción especial y que se utilizaron diferentes técnicas en su manufactura y decoración. La variedad de piezas producidas eran usadas en diferentes contextos sociales, políticos y religiosos. Según algunos investigadores, se empleó la técnica del modelado para la producción alfarera; pero, especialmente, se acudió a la técnica del molde completo o parcial. También manejaron otras técnicas artificiosas para ornamentar las piezas. Así, todas las vasijas eran engobadas y posteriormente pintadas. Se producía cerámica en talleres especiales y supervisados; y la decoración de vasijas representaba la ideología política y religiosa del Estado moche. La decoración no solo se lograba empleando moldes, sino también a través del tallado, modelado, pulido y pintado.

Uno de los talleres de ceramistas investigados se encuentra en Cerro Mayal, una aldea adyacente al centro ceremonial moche conocido como Mocollope en el valle de Chicama, que habría funcionado entre el 550 d.C. y el 800 d.C. Según Rusell y Jackson,[16] la producción alfarera moche en Cerro Mayal formaba parte de una amplia estrategia política y económica de la elite gobernante. Este era un asentamiento estrechamente vinculado al centro religioso de Mocollope, a su vez, lugar de residencia del cacique, quien habría patrocinado la producción.

El taller identificado tenía un área de unos 5,000 m^2. Los alfareros vivían y producían en el mismo sitio, pero aún no se ha aclarado si la dedicación era a tiempo completo. En dicho taller se producían vasijas no utilitarias, aunque solo un porcentaje mínimo correspondería a la clasificada como cerámica fina.[17] También se elaboraban vasijas especiales —además de las finas— como figurinas e instrumentos musicales. La mayoría de la cerámica producida se habría utilizado en diferentes ceremonias correspondientes al ciclo ritual moche.

---

15. Lechtman 1978.
16. Rusell y Jackson 2001.
17. Rusell y Jackson 2001.

El análisis del 100% del material cerámico llevado a cabo por los autores muestra, con mayores precisiones, una mayor producción de vasijas (el 76% del total) para servir y consumir alimentos y bebidas en contextos rituales, tales como jarras, botellas, vasos a manera de floreros, cucharones, cuencos abiertos y jarras pequeñas con tapa; seguido por la producción de torteros, cucharas, moldes, etc., que representa el 12%. En tercer lugar, la producción de figurinas y talismanes, que equivale al 11%. Finalmente, se evidencia la producción de instrumentos musicales como silbatos, trompetas, tambores, sonajas, etc., que corresponde solo al 1%, y que se habría empleado durante la escenificación de ritos moche.

Las figurinas tienen diferentes tamaños y algunos de sus rasgos las definen como guerreros, prisioneros, mujeres vestidas o desnudas, efigies de animales, etc. Se debieron usar en ritos personales o en ceremonias en el ámbito familiar, al igual que en contextos religiosos de nivel local —como en los ritos de propiciación, fertilidad y de salud— y en petitorios a las deidades para merecer su protección.

También se han encontrado moldes para la producción de cerámica, lo cual evidencia el manejo de una técnica considerada sofisticada. El uso de moldes habría permitido la producción masiva de vasijas y habría servido para estandarizar y controlar información iconográfica.[18] También se emplearon moldes para la manufactura de figurinas, pendientes, trompetas y sonajas.

Todos los recursos requeridos por la sociedad y los objetos que se exportaban desde centros moche de producción o de tratamiento eran movilizados a través del comercio. Los comerciantes fueron quienes manejaban las recuas de llamas para transportar carga, tanto de recursos como de bienes, como el guano, *spondylus*, minerales, piezas metálicas, vasijas, fibra de camélidos y tejidos. Gracias a los comerciantes —se señala—, se articularon regiones distantes como la costa septentrional y los valles intermedios y serranos.

Además de los agricultores, ceramistas, tejedores y metalurgistas, existían pequeños grupos de trabajadores que tallaban huesos, maderas y piedras, y producían a escala pequeña, además de los pintores y talladores.

Otros grupos importantes de trabajadores fueron los constructores, los operarios comunes y la gente de servicio. Mención especial merecen los

18. Ibídem.

constructores que levantaron los centros ceremoniales y las residencias de la elite. La pertenencia a diferentes aldeas del concurso de grupos de trabajadores se evidenciaría, quizá, por sus signos de identidad impresos en los adobes que aportaban para la construcción de los complejos piramidales y que aparecen en distintos paños de muros. Se cree, asimismo, que los constructores de la Huaca del Sol estaban organizados por grupos pertenecientes a determinadas aldeas y que habrían prestado trabajo por turnos, a manera de la *mita* incaica.

Solo la participación de mano de obra especializada y común masiva explica la dimensión monumental de los centros ceremoniales. Una manera de calcular el volumen de mano de obra empleada en el levantamiento de la Huaca del Sol es observando el tamaño del sitio, en cuya construcción utilizaron unos 143 millones de adobes.[19] De la misma manera, se ha calculado el empleo de unos 50 millones de adobes en la construcción de la Huaca de la Luna, un asentamiento vecino a la Huaca del Sol, en el valle de Moche.

Otro conjunto arqueológico de este periodo que revela la complejidad de los sitios moche en la esfera económica es Pampa Grande, asentamiento urbano estudiado por Izumi Shimada y su equipo de colaboradores. De modo que los grandes centros urbanos moche eran, al parecer, productores; pero, sobre todo, consumidores mayores de todo tipo de recursos producidos. Shimada[20] describe la producción artesanal en Pampa Grande, donde se ha ubicado un conjunto de talleres de producción de bienes requeridos por el Estado, como cerámica fina y utilitaria; tejidos, artefactos metálicos y objetos ornamentales.

Shimada señala la existencia de talleres de manufactura de tejidos. Para ello, desarrolla un modelo sugerente a manera de una "cadena operativa" que empieza por la cosecha del algodón; el transporte en llama a Pampa Grande; la recolección centralizada y su procesamiento; el desmotado, escardado y su almacenaje; el control de calidad de la fibra, clasificación del color, hilado, teñido y secado; el tejido —en pequeños talleres dispersos—, cosido y un producto final de diferente calidad y naturaleza; y, finalmente, su distribución y uso (utilitario, ritual y político, y almacenaje).

Indica también el hallazgo de un taller metalúrgico que correspondería al único taller de cobre conocido a la fecha. Los estudios realizados sugieren también una "cadena operativa" que se inicia con la fundición,

19. Bawden 1996.

20. Shimada 2001.

seguido por la aleación con plata u oro, su procesamiento de corte y el moldeado y decorado hasta obtener la pieza requerida. Se señala asimismo que los metalurgistas estaban organizados en pequeños grupos de especialistas que trabajaban con ayudantes o aprendices, quienes —entre otras tareas— se dedicaban a mantener el fuego vivo de los braceros utilizando tuberas y abasteciéndolos de carbón. Probablemente, estaban presentes algunas personas encargadas de preparar la comida y bebida para la gente que trabajaba en el taller; de manera que la comida y la chicha fueron importantes en las relaciones productivas entre el artesano y la elite promotora. También se cree que un grupo de gente de distinto estatus monitoreó este tipo de talleres.

Asimismo, se encontró un taller de procesamiento de conchas *Spondylus* para obtener objetos ornamentales, y este tipo de talleres —sostiene Shimada— se encuentra dentro de complejos habitacionales de elite.

2. La costa sur

La cultura Nazca

Los nazca manejaron un territorio que comprendía los valles de Chincha, Ica, Palpa, Nazca y Yauca, en la costa sur del Perú. El núcleo central era el valle de Nazca donde se construyó Cahuachi, considerada la capital, sitio compuesto de montículos ceremoniales, plazas, terrazas y complejos habitacionales. Este valle es uno de los territorios costeros más difíciles, según indican los estudiosos, por ser un escenario desértico, de humedad limitada, de irradiación solar más fuerte, de vientos llamados "paraca" y de arenación más intensa. La capacidad de adaptación a este medio ambiente y el trabajo de los pobladores hicieron posible el desarrollo de un sistema agrícola singular que permitió la producción de recursos de subsistencia. Además de la inmensa tarea desarrollada en la construcción de un sistema agrícola especial, debe destacarse —afirman algunos arqueólogos— el volumen de trabajo invertido en la construcción de más de 100 km^2 de líneas y diversas figuras en diferentes escenarios desérticos de las cuencas de la región, imágenes que revelan el poder estatal nazca. Se trata de una obra pública monumental y compleja, llamada genéricamente "geoglifos", comparable, por el esfuerzo desplegado en su construcción, con los centros religiosos piramidales de la costa norte del mismo periodo, según Bonavia y algunos otros estudiosos.

De acuerdo a Silverman,[21] la economía de los nazca se ha reconstruido sobre la base de la prospección y excavación arqueológicas, así como de la información que proporciona la representación iconográfica. Los nazca desarrollaron un sistema agrícola a partir de una infraestructura de riego adecuado, que se conoce como "sistema de galerías filtrantes", por el cual se aprovecharon las aguas subterráneas. "Construyeron reservorios que estaban alimentados por canales de cielo abierto y galerías subterráneas".[22] Tanto la construcción como el mantenimiento debieron ser actividades permanentes. Y, como sugiere Silverman,[23] aquellas características particulares definieron "cultivos de unidades socio-territoriales", trabajados por grupos de agricultores que empleaban palos cavadores como herramientas.

La dieta de los nazca consistía en el consumo de una variedad de plantas, tales como el maíz, maní, frijol, calabazas, pallares; raíces, como la achira, camote, yuca, jícama, yacón y papas. Entre los frutos están el ají, pacae, lúcuma y palta, guava, pepino y vainas de guarango. Se presume que el cultivo de maíz para la alimentación era una actividad importante, y que se produjo en volúmenes considerables, pero no menos importante era el cultivo para consumir en contextos rituales, ya que —como propone Silverman—[24] en los centros ceremoniales se observa también un mayor consumo de maíz transformado en bebida fermentada llamada *aqha* o chicha.

Además del consumo de bienes agrícolas, los nazca se alimentaban también —y de manera generalizada— de carne de camélidos y de cuy, de peces y moluscos de mar, y de camarón de río. La crianza de animales abasteció también la demanda ritual, ya que las llamas eran sacrificadas y consumidas en festines. Las lomas pudieron haber sido los pastizales aprovechados para el manejo del ganado, según Silverman.[25] De la misma manera se cree que el cuy fue empleado también para sacrificarlos en eventos rituales.

Una segunda línea de producción agrícola corresponde al cultivo de algodón en los extensos campos ubicados en los valles de la costa sur, cuyas fibras se habrían empleado en la confección de la mayoría de textiles. La manufactura textil era otro rubro económico importante, que permitió

---

21. Silverman 2002a.
22. Bonavia 1991: 287.
23. Silverman 2002b.
24. Silverman 2002.
25. Silverman 2002.

el acceso generalizado a la vestimenta y satisfizo la demanda de tejidos de la elite, de la religión y del Estado, para usarlos en eventos ceremoniales de todo orden. Se empleaba fibra de algodón, lana de alpaca y de llama. Los tejidos policromos se lograban tiñéndolos o pintándolos; para ello se utilizaban pigmentos de animales, plantas y minerales. Se fabricaban también gasas, encajes, tejidos llanos pintados, tejidos de aguja en tres dimensiones, telas dobles, etc. Se han encontrado telas de grandes dimensiones hechas especialmente para las prácticas mortuorias. Sirvieron también para los sacrificios, para identificar el estatus individual y para el intercambio en el marco de las relaciones político-sociales.

Un tercer rubro de cultivo —indica Silverman—[26] corresponde a la plantación de mates o calabazos, de coca y de ciertas plantas alucinógenas. Los mates eran empleados como soportes para plasmar representaciones iconográficas. La coca se habría sembrado en la zona ecológica conocida como *chaupiyunga,* entre los 500 y 1,000 msnm. En cuanto a los alucinógenos, se sabe del cactus identificado como "San Pedro", de gran significación ritual.

Otro rubro de producción sobresaliente corresponde a la cerámica porque —según Carmichael— las condiciones ambientales eran muy favorables, ya que "la región posee arcilla apropiada, fuentes de mineral, agua y combustible, y se caracteriza por tener un clima seco acompañado de largos periodos de clima cálido y soleado". También porque el gran volumen de cerámica producida estuvo influenciada "[...] por necesidades utilitarias y socio-religiosas. A inicios del Período Intermedio Temprano los textiles bordados eran el medio primario para la transmisión de iconografía religiosa, pero la cerámica pronto asumió este papel, reasignado la importancia de la producción alfarera".[27]

Los nazca producían vasijas finas, en las que representaban una variedad de imágenes iconográficas. Aparentemente, la alfarería era una actividad desarrollada en unidades domésticas de diferentes grupos sociales y que no necesariamente habrían sido especialistas a tiempo completo quienes fabricaron la variedad y cantidad de vasijas. La producción de cerámica abastecía diversos requerimientos; pero se utilizaba, especialmente, en ceremonias y en ritos políticos y religiosos, así como en niveles sociales

---

26. Silverman 2002.
27. Carmichael 1994: 234, 240.

diferenciados. Por ejemplo, en Cahuachi se ha encontrado en abundancia: cuencos, botellas, vasos y platos decorados que indican consumo de comidas y bebidas. Asimismo, se producían vasijas para colocarlas en las tumbas. También se fabricaban tambores, silbadores, trompetas y antaras, mediante tecnologías especiales y con mayor cuidado en su producción. Estos instrumentos habrían servido para que los músicos tocaran en fiestas familiares y en ceremonias públicas.

Del mismo modo, se tiene evidencias de la producción metalúrgica, gracias a que las investigaciones arqueológicas han registrado objetos ornamentales de oro y de cobre, aunque la metalurgia "alcanzó poco desarrollo".[28]

Sea por intervención directa o a través del intercambio, los nazca tuvieron acceso a otro conjunto de objetos considerados como exóticos, tales como la obsidiana —de acceso fácil por la cercanía de las fuentes— y el *spondylus*, los cuales se abastecían por medio del intercambio a larga distancia, debido a que su hábitat natural se encuentra en el mar del área septentrional andina. También se señala la existencia de artesanos que producían mates pirograbados y tallaban madera y huesos; mientras que otros artesanos desarrollaban el arte plumario. Todos estos objetos transmitían imágenes religiosas.

II. El Horizonte Medio (circa 550 d.C. – 900 d.C.)

Las dos entidades representativas del Horizonte Medio fueron Wari y Tiwanaku. Con ellas surgen la ciudad y el estado prístinos en los Andes. Igualmente, ambas entidades desarrollaron sistemas económicos complejos, tanto en áreas rurales como en centros urbanos. En su estructura política, Wari fue "un Estado militarista disuasivo, persuasivo y conquistador por excelencia, y teocrático posteriori; mientras que el Estado Tiwanaku fue de naturaleza teocrática".[29] El fenómeno urbano en ambos escenarios se caracterizó por la construcción de grandes conglomerados arquitectónicos y por una composición poblacional estratificada, que participaba de manera distinta en la producción y en los servicios.

---

28. Bonavia 1991: 297.
29. Santillana 2000.

1. El Estado Wari (circa 550 – 900 d.C.)

El Estado wari fue una entidad política que dominó extensos territorios del área andina central a través del ejercicio de distintos mecanismos de poder, dada la diversidad y complejidad de otras entidades existentes durante el Horizonte Medio. Su capital fue Wari, considerada como la primera expresión de ciudad, ubicada en la cuenca ayacuchana, y que alcanzó a tener una extensión aproximada de 400 hectáreas. Fue el centro más importante de poder político-religioso y el lugar de residencia de la elite política y administrativa, de los trabajadores artesanos y de gente de servicio.

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por Brewster-Wray en uno de los conjuntos arquitectónicos del sitio han sugerido la

> presencia de una suerte de oficinas administrativas en conjuntos de recintos alargados articulados por espacios centrales a manera de patios que asociados con otros rasgos arquitectónicos como banquetas y otros bienes muebles ... habrían servido para realizar encuentros administrativos tanto entre los pobladores del sitio como probablemente con funcionarios de sus colonias, como podría sugerir el hallazgo de cerámica Pachacamac en el sitio según Isbell.[30]

Se sugiere, igualmente, que en este tipo de sitios se habrían empleado sistemas "contables de registro como los quipus incas para procesar con seguridad activos fijos y renovables del sistema económico wari y emplearlos en la buena administración y logística del Estado".[31]

Las evidencias de los materiales encontrados permiten postular que en el sitio de Wari, como en otros del área nuclear, se habrían desarrollado diversas actividades de producción artesanal. Así, en el sector llamado Turquesayoq de Wari se encontraron cuentas de collares y fragmentos de crisocola; mientras que en otros barrios se hallaron fragmentos de obsidiana, de moldes y de figuras humanas moldeadas como las ubicadas por Vescelius, en la década de 1970. Se presume que Robles Moqo era un taller alfarero.

Por otro lado, en la misma cuenca ayacuchana existían varios centros artesanales, de los cuales, a la fecha han sido identificados los de Concho-

---

30. Santillana 2000: 188.

31. Santillana 2000: 188.

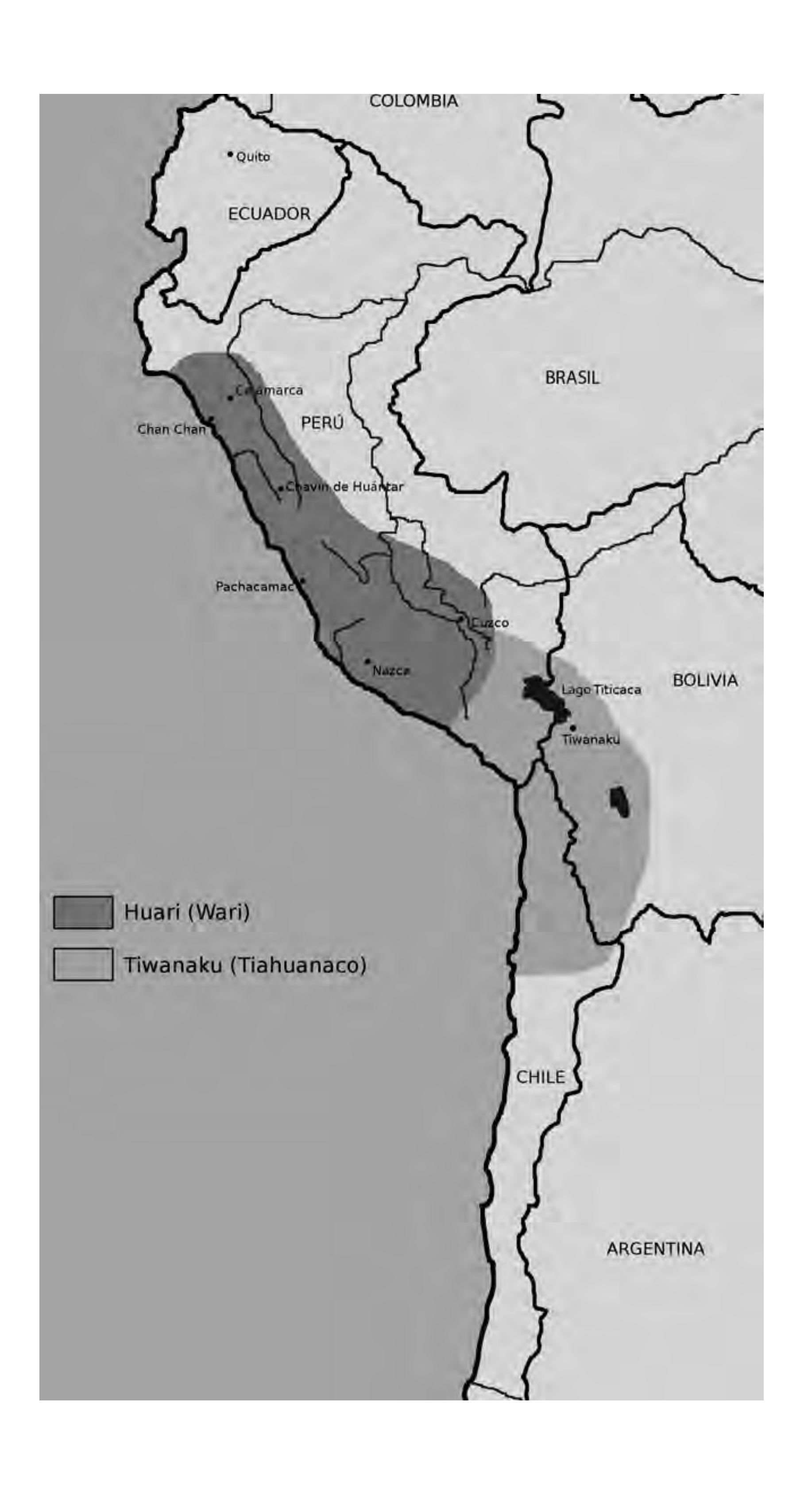
pata y Aqo Wayqo. Conchopata, ubicado en los linderos de la actual ciudad de Huamanga, es uno de los sitios wari más tempranos y en el que se han encontrado evidencias de actividades de producción de variada naturaleza y de "gran calidad tecnológica y artística". Una de ellas fue la producción alfarera, una tarea artesanal especializada y muy significativa por su volumen e importancia. Los talleres formaban parte de las unidades residenciales que producían tanto vasijas comunes para el uso doméstico, como otras finas para usos más bien ceremoniales.[32]

Ochatoma[33] hace mención de un pequeño taller de alfareros, manejado por familias que tenían diversas ocupaciones, por lo que compartían su espacio doméstico con áreas de producción. Se alude también a otros espacios donde se producía cerámica de prestigio con fines no domésticos, como también "utensilios de cocina", silbadores, además de pequeñas figurinas humanas y de animales. Asimismo, se menciona del hallazgo de una gran cantidad de herramientas de distinto tipo, tales como alisadores, pulidores, paletas, tornos o platos de alfarero, moldes, etc. El gran número de herramientas encontradas a la fecha por los arqueólogos[34] indica una producción de cerámica intensa y de volúmenes considerables en diferentes sectores del asentamiento, habitados por grupos de elite. Aqo Wayqo, en los linderos de la actual ciudad de Ayacucho, sería un centro alfarero menor.

Como parte de la expansión productiva wari, se intensificó el funcionamiento de más centros artesanales fuera del área ayacuchana. Uno de los identificados a la fecha es Maymi, ubicado en Pisco, en la costa sur peruana, investigado por M. Anders, quien señala que "fue un centro alfarero de producción de cerámica fina para el ritual" y que la manufactura alfarera revela el empleo de técnicas tradicionales e innovadas para la producción en serie, como aquella explicada a propósito de una vasija efigie de felino "que fue hecha a partir de cinco piezas, cada una formada en un molde distinto";[35] o dicho de otro modo, múltiples moldes usados para lograr una sola pieza. También se encontraron platos alfareros, conocidos como "tillas". La decoración de las piezas revela, asimismo, artificios tecnológicos especiales.

---

32. Lumbreras 1980; Pozzi-Escot *et al.* 1994; Ochatoma 2007; Cook y Benco 2000; entre otros.
33. Ochatoma 2007.
34. Véase Cook y Benco 2000: 491.
35. Anders *et al.* 1994: 262-264.


COLOMBIA
Quito
ECUADOR
BRASIL
Cajamarca
PERÚ
Chan Chan
Chavín de Huántar
Pachacamac
Cuzco
Nazca
Lago Titicaca
BOLIVIA
Tiwanaku
Huari (Wari)
Tiwanaku (Tiahuanaco)
CHILE
ARGENTINA

Como parte del instrumental, se encontró en Maymi doce unidades de pinceles, algunos, de puntas redondeadas y, otros, de puntas planas y de diferentes tamaños, hechos a base de mechones de cabellos humanos y amarrados a mangos de caña con hilos de algodón.

Los centros administrativos provinciales identificados a la fecha como Jincamoqo, Pikillaqta, Wiracochapampa, Wariwillka y Honqo Pampa contribuyeron también al impulso económico estatal fuera del área nuclear wari. Se sabe, por ejemplo, que Pikillaqta, un asentamiento wari levantado en un lugar estratégico de la cuenca de Lucre en Cuzco, permitió el control y el flujo de recursos y de gente de tres valles; pero, ante todo, fue un punto estratégico para controlar el acceso a la cuenca del Titicaca.

Santillana sugiere que el Estado wari desarrolló una economía política compleja, por la cual controló monopólicamente el abastecimiento, la producción y distribución de recursos esenciales. Así, “La fundación de colonias, las redes de intercambio de bienes a larga distancia, quizá el manejo de propiedades estatales, la tributación, la manufactura de bienes que se consumen internamente o se exportan fuera del núcleo central, configuran este carácter de la economía nacional e internacional wari”.[36]

Se plantea, igualmente, que uno de los objetivos de la política económica wari fue apoderarse de tierras en zonas templadas para la producción de maíz, un recurso estratégico y de múltiples implicaciones político-religiosas. De allí su interés por conquistar valles irrigados, en los que instaló centros administrativos y construyó sistemas de cultivo y de riego apropiados, como los identificados en las ubérrimas cuencas de la sierra central y sur. Jincamoqo, ubicado en el valle del Carhuarazo en la zona sur de Ayacucho, sería un asentamiento instalado para impulsar el cultivo de maíz de manera intensiva a través de la construcción de terrazas agrícolas. Se sugiere también que la producción lograda en estas tierras se habría almacenado en depósitos para trasladarlos después al núcleo urbano de Wari, en Ayacucho.[37]

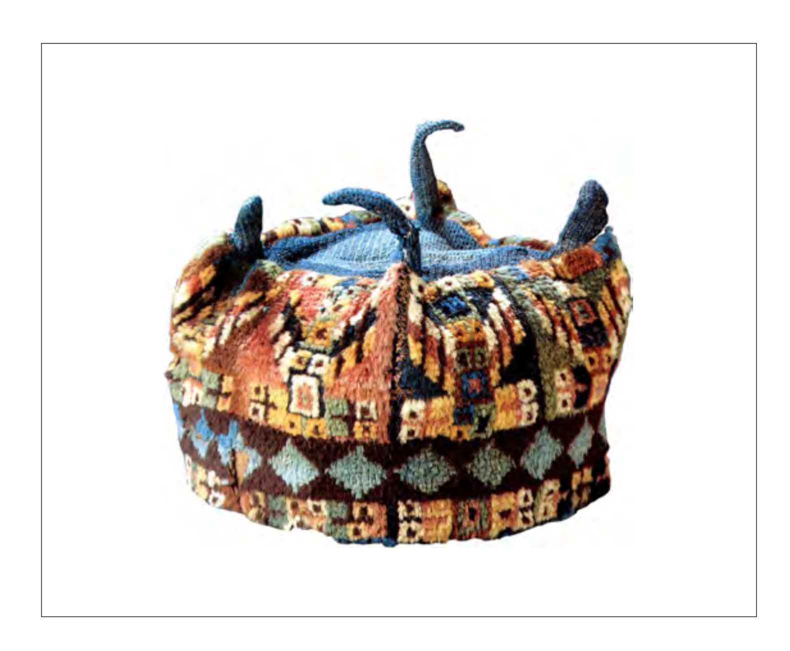
Debe destacarse en este contexto —además del político, señalado líneas arriba— que el centro provincial wari de Pikillaqta albergaba en su interior un sector compuesto de 508 recintos de traza planificada y de forma estandarizada investigados por MacEwan, y que “habrían servido para

36. Santillana 2000.

37. Schreiber 2000.



Kero wari.



Tejido con motivos geométricos wari.



Monolito El Fraile, Tiwanaku, Bolivia

hospedar trabajadores agrícolas levados temporalmente para laborar en las chacras estatales maiceras".[38]

Schreiber[39] señala que la prospección llevada a cabo en Sondondo (Ayacucho) en un área de 120 km^2 le permitió identificar un conjunto de centros administrativos wari, y que dos de ellos habrían servido para administrar la producción de maíz, cultivado en terrazas agrícolas y almacenado después de la cosecha. Todas estas actividades fueron llevadas a cabo por gente desplazada intencionalmente a estas zonas agrícolas. El tercer sitio, dado su proximidad a un yacimiento de obsidiana —se dice— habría sido un punto de control wari de este recurso especial.

Las investigaciones llevadas a cabo en la cuenca media y alta de la parte sur del valle de Nazca indicarían también el manejo de una agricultura especializada, que permitía la producción de coca en un espacio geográfico entre los 1,200 y los 1,600 msnm, por parte de pobladores serranos trasladados. Todo ello dentro de una perspectiva de "interacción económica" regional.[40]

Se indica también el desplazamiento de pobladores wari que —a manera de colonos— ocuparon distintos valles costeros, como el de Cerro Baúl en Moquegua, presumiblemente, para controlar el acceso a una variedad de recursos, incluido los domésticos. De manera que, como parte de su política de expansión, los wari colonizaron un conjunto de territorios, dentro de los cuales construyeron asentamientos administrativos, impulsaron núcleos de producción agrícola y controlaron la explotación y circulación de diversos recursos preferidos.

Es débil, sin embargo, aquella tesis que dice que el asentamiento wari de Cerro Baúl manejó recursos minerales y otras piedras semipreciosas, dada la escasa cantidad de estos bienes encontrada en sitios wari, según Williams, Isla y Nash.[41] Asimismo, se sugiere que los wari impulsaron sistemas agrícolas de alta productividad, para lo cual construyeron terrazas agrícolas y organizaron sistemas de irrigación en las proximidades de Mejía, además de Cerro Baúl. Del mismo modo, hay evidencias en Cerro Baúl de bienes producidos en la capital wari que fueron transportados para el

38. Santillana 2000: 27.
39. Schreiber 2000.
40. Schreiber 2000.
41. Williams, Isla y Nash 2001.

consumo de las elites presentes en este sitio.[42] Cerro Baúl, un asentamiento wari representativo, explicaría también un tipo de interacción entre entidades Wari y Tiwanaku, otro Estado serrano que, como se señalará líneas adelante, también colonizó algunos espacios de esta cuenca.

De la misma manera, se sabe de colonias waris en la vertiente oriental de los Andes. El éxito wari en acceder a la selva se evidencia por la presencia de dos sitios identificados como Vista Alegre y Palestina, en las riberas del río Apurímac, en el bosque tropical ayacuchano, que fueron investigados por S. Raymond.[43] La presencia wari en la vertiente oriental habría permitido tener acceso a coca, algodón y a otros bienes considerados exóticos, así como a determinados recursos alucinógenos.[44]

Otras dos actividades productivas de importancia ritual y estratégica fueron la textilería y la metalurgia, que se sugiere se produjeron tanto en la ciudad de Wari como en determinados centros provinciales. Para la producción de tejidos, debieron emplear fibra de camélidos y de algodón y usar una variedad de tintes y de otros materiales procedentes de distintas regiones, como se infiere de las primorosas camisas o unkus waris estudiados. La producción metalúrgica fue, asimismo, impulsada por los waris. Se trabajó el oro, la plata y el bronce con técnicas como el vaciado, forjado, laminado, martillado y repujado. Evidencias procedentes de Conchopata demuestran el funcionamiento de un taller, donde se fabricaron esencialmente tupus, hechos de cobre y de oro, para ser posteriormente distribuidos en diversos asentamientos waris.[45]

2. La cuenca del Titicaca y la costa sur andina

El Estado Tiwanaku (circa 550 d.C. – 1200 d.C.)

Tiwanaku se desarrolló en un territorio sobre los 3,800 msnm, definido por una altiplanicie que se extiende entre la cadena montañosa llamada Cordillera Real por el oriente y las sierras del lado occidental del lago Titicaca. Es un escenario identificado como un ambiente frío e inhóspito, donde las

42. Ibídem.
43. Raymond 1992.
44. Santillana 2000.
45. Pozzi-Escot *et al.* 1994.

heladas y granizadas son frecuentes, aunque más devastadoras son las sequías que cada cierto tiempo ocurren.[46] Debido a estas condiciones, muchas de sus actividades económicas se vieron afectadas, del mismo modo que los sistemas de asentamiento. Aquellas características medio ambientales estimularon, durante el Horizonte Medio, un proceso de articulación de la economía local con una economía política estatal durante unos 600 años de funcionamiento del Estado tiwanaku.

Los investigadores indican que, después del 400 d.C., Tiwanaku —aún una representación política local— atravesó por una transformación significativa, por la cual se convirtió en una entidad política de naturaleza expansiva debido, sobre todo, a su desarrollo económico e impulso religioso. Una centuria más tarde, el Estado tiwanaku habría transformado el territorio de su *hinterland* en zonas de producción agrícola, empleando para ello la mano de obra procedente de aldeas; de forma que la producción económica se desarrolló a gran escala y sustentó la base del poder político.

Janusek indica que el centro urbano más extenso fue Tiwanaku —la capital— que alcanzó a tener unos 6,5 km^2 y una población socialmente diversa entre los 10 mil y 30 mil habitantes.[47] Se presume también que, después del 400 d.C., el Estado tiwanaku construyó centros administrativos y de culto, con lo cual contribuyó, a su vez, a la expansión de tierras agrícolas y de pasturas. Sitios como Lukurmata, Pajchiri y Khonko Wankané replicaron elementos arquitectónico-urbanísticos relacionados con el sitio Tiwanaku y fueron centros de culto, puntos de poder y de administración política y económica. El suroeste del lago de Titicaca se pobló de asentamientos correspondientes a Tiwanaku IV y V, identificándose 39 sitios Tiwanaku en un área de 500 km^2, según reporta Stanish, entre sitios grandes de arquitectura fina y pequeños grupos de edificaciones asociadas a camellones.

Kolata[48] indica que la economía del distrito metropolitano Tiwanaku se caracterizaba por la agricultura intensiva, la ganadería de altura (llamas y alpacas) y por la explotación del lago Titicaca; de modo que la riqueza económica de Tiwanaku se encontraba en la agricultura y en el pastoreo, actividades que conformaron también la base del poder político y social.

---

46. Kolata 2003.
47. Janusek 2005.
48. Kolata 1993.

Por un lado, la agricultura intensiva se debió al sistema de cultivo conocido como “campos elevados” o “camellones”, que es un modo de cultivo propio de zonas propensas a inundarse como las orillas de lagos o riberas de ríos. Este sistema configura una infraestructura tecnológica hidráulica compuesta de diques, acueductos, plataformas elevadas y canales. Los campos elevados circundaban el lago Titicaca y definieron el más extenso sistema de cultivo. Se estima en unas 19,000 hectáreas las chacras elevadas que se manejaron en el área circundante a Tiwanaku, cálculo hecho por Kolata a partir de la identificación de camellones fósiles en esta área.

Se señala que las plataformas de cultivo tenían entre 5 a 10 metros de ancho y centenas y, a veces, miles de metros de largo, estando separado cada camellón por un canal. Los camellones se fertilizan de manera natural, debido a la descomposición de plantas o agregando estiércol de camélidos; asimismo, cuando, al rehabilitar las chacras, se deposita sobre la superficie de los camellones los sedimentos ricos en nutrientes que están acumulados en los canales. La masa de agua existente mengua los efectos de las heladas.

Merece destacar que las investigaciones hechas en Koani, Lukurmata y en Pajchiri revelaron la canalización de ríos para el manejo eficiente del agua y que muchos acueductos muestran plataformas de contención hechos de piedra. Se cree que existieron zonas de producción a manera de “propiedades de grupos institucionales” o de la elite, como en Koani.

Por otro lado, la ganadería de altura era también otra actividad económica esencial, tanto para el desarrollo continuo de la vida cotidiana familiar, como por ser un rubro estratégico para el Estado tiwanaku. La llama era un recurso alimenticio de acceso generalizado, por lo que debe destacarse el consumo de grandes cantidades de carne de llama. Además, proveía lana y fertilizante, sirvió como medio de transporte y se empleó como animal de sacrificio en eventos rituales. Un volumen importante del flujo de bienes económicos dependía de las caravanas de llamas que integraban regiones distantes o próximas, transportando recursos de diverso uso y valía. Kolata propone que el manejo de hatos de camélidos por parte del Estado tiwanaku y de las elites pudo haber estado comprendido dentro de la categoría de “propiedades”.[49]

Otra de las expresiones del desarrollo de la economía política tiwanaku fue el impulso dado a la instalación de colonias en cuencas orientales y

49. Kolata 1993.

occidentales de los Andes. En un primer momento, se copó todo el escenario altiplánico y, después, se incorporaron las regiones llamadas yungas que estaban constituidas por tierras fértiles, como la región al este boliviano, la cuenca de Moquegua en la costa sur peruana y la región norte chilena. El dominio de dichas regiones fue más producto de estrategias político-religiosas que de estrategias militares, según algunos investigadores; de modo que administraron políticamente aquellos territorios, combinando formas de poder directo e indirecto.[50]

En ambos territorios habrían desarrollado sistemas agrícolas adecuados al ecosistema regional. Se presume que la producción agrícola en la zona húmeda del este boliviano se manejó por el sistema de tala y quemado, mientras que en los valles de la costa se cultivó por el sistema de riego.

Además, Kolata señala[51] que la colonización de determinadas regiones de Cochabamba en el este boliviano, la cuenca de Azapa en el norte chileno y el valle de Moquegua en la costa sur peruana se debió a intereses económicos específicos. Esta política colonizadora permitió la interacción entre el área altiplánica y regiones de tradiciones distintas; pero, sobre todo, hizo posible el acceso a dos recursos preferidos y necesitados en el altiplano: el maíz y la coca, bienes posibles de cultivar en forma intensiva solamente en tierras yungas al este y al oeste del lago Titicaca. Ambos productos tenían mucho prestigio y se consumían en ceremonias realizadas por diferentes actores sociales y políticos. El maíz se empleó esencialmente para la elaboración de chicha o *aqha,* una bebida alcohólica utilizada en contextos políticos, sociales y religiosos. Así, el Estado tiwanaku tenía especial interés en manejar el cultivo de maíz y coca de manera restringida, para lo cual acudió a tecnologías apropiadas.

Investigaciones llevadas a cabo en la cuenca de Moquegua revelan que la ocupación tiwanaku privilegió la construcción de grandes centros de culto y de administración, a través de los cuales manejaron una agricultura tecnificada y de producción a gran escala. De esta manera, se construyeron chacras y canales de riego aprovechando el agua de los ríos y de los manantiales. Muchas de estas chacras están asociadas con pequeños grupos de viviendas y con aldeas grandes. Una de las colonias tiwanaku más representativas fue Omo, sitio que reprodujo los cánones de la arquitectura

---

50. Kolata 1993: 243-244.

51. Kolata 1993.

ceremonial de la capital y que cumplía funciones religiosas y administrativas similares a las de Lukurmata, en el altiplano del Titicaca. En el sector ceremonial, se han encontrado evidencias tanto de ritos celebrados como de elaboración y consumo de chicha. Estos hallazgos mostrarían que en sitios como el de Omo se ofrecían banquetes auspiciados por entidades estatales.

La cerámica encontrada en Omo, así como la hallada en San Pedro de Atacama y en otros sitios en la región de Cochabamba, evidencia la importación de vasijas del altiplano del Titicaca. Estos hallazgos demuestran, asimismo, que el Estado tiwanaku produjo grandes cantidades de vasijas y de textiles finos, entre otros objetos suntuarios, con el objeto de exportarlos a sus colonias, satisfacer la demanda de sus elites estatales y locales e incrementar su prestigio.[52]

Durante la fase Tiwanaku V (750 a 1000 d.C.), se intensifica la ocupación tiwanaku en los valles costeros. Caravanas de llamas transportaban materias primas, productos locales y bienes manufacturados desde aquellas regiones al núcleo central de Tiwanaku. A su regreso llevaban, como emblemas de la sociedad tiwanaku, cerámica fina y textiles iconográficos, al parecer el rubro de exportación más importante. Bolsas, cinturones, túnicas y gorros se encontraron en tumbas de la elite local de la costa peruana y chilena. Dada la variedad y magnitud de las actividades realizadas en Moquegua, se señala que fue una provincia económica de Tiwanaku.

Por último, se indica que el flujo de gente y de bienes entre el altiplano y diferentes regiones articuladas económicamente era permanente y seguro. Este acceso fue posible gracias a las recuas de llamas manejadas por caravaneros. Se señala, por ejemplo, que grupos de caravaneros transportaban basalto procedente de Querenita, a 300 kilómetros de Tiwanaku, en el lago Poopó, un material muy importante para elaborar instrumentos y armas, como azadas, raspadores y cuchillos, martillos y yunques.[53]

Otro aspecto importante de la economía tiwanaku, que destaca Stovel,[54] era el esfuerzo desplegado por los diferentes actores de la sociedad para lograr el abastecimiento de recursos no tradicionales. De entre ellos, sobresalen los alucinógenos que se habrían utilizado en contextos ceremoniales.

52. Kolata 1993.

53. Kolata 1993: 272.

54. Stovel 2000.

En este sentido, "los objetos vinculados con la insuflación de polvos alucinógenos son tabletas, tubos, cucharillas, y bolsas";[55] y, también, cajitas de madera y espátulas de hueso, registrados arqueológicamente. Además, muchos de aquellos objetos aparecen también representados en ciertas esculturas líticas tiwanaku; de modo que dichas imágenes refuerzan la posibilidad del consumo de drogas.

Así, el uso de alucinógenos parece haber sido un rasgo común entre los waris y tiwanakus. En Conchopata, un asentamiento wari ubicado en su región central, a poca distancia de la ciudad Wari, en Ayacucho, se han encontrado evidencias iconográficas del alucinógeno más difundido durante el Horizonte Medio. "Por medio del análisis estilístico de plantas del arte wari",[56] se ha identificado la planta alucinógena conocida como *Anadenanthera colubrina* en unos fragmentos de jarras grandes. La misma autora sugiere otras representaciones en uno de los "ángeles" acompañantes presentes en la llamada Portada del Sol de Tiwanaku. Se habría consumido en polvo e inhalado en tabletas o agregado a ciertas bebidas; pero siempre en contextos rituales.

La actividad metalúrgica tiwanaku estuvo orientada, sobre todo, a la producción de objetos ornamentales de oro, plata y cobre. Se fabricaron también vasos-retrato, keros, hachas, campanillas, collares de malaquita, láminas de estaño y placas, tanto en el área nuclear del altiplano, como en la costa norte chilena.[57] Emplearon también el bronce "auténtico",[58] producto de la aleación de cobre y estaño. Mientras que el cobre se empleó para fabricar grapas que sirvieron para "sujetar bloques de piedras" de ciertas edificaciones tiwanaku.[59]

Las formas de vida social, la producción económica y la celebración de ritos en el área metropolitana de Tiwanaku fueron también complejas y, de alguna manera, distintas a las de su *hinterland*. Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en Tiwanaku han revelado una diferenciación social acentuada entre quienes vivían dentro del espacio nuclear de mayor prestigio circundado por una fosa artificial,[60] que conformaban la elite; y los otros,

55. Stovel 2000: 381.
56. Knobloch 2000: 81.
57. Stovel 2000.
58. Bray 1991.
59. Rovira 1991.
60. Kolata 1993.

que vivían en el espacio exterior a este núcleo y que eran grupos de menor estatus y con otras ocupaciones, algunos de ellos, artesanos especializados.

Los grupos residenciales de elevado estatus se concentraron alrededor de las estructuras monumentales y los complejos religiosos del núcleo central. En cada uno de estos espacios, habrían desarrollado formas de vida distintas y habrían tenido acceso de manera diferenciada a variados bienes económicos de subsistencia y suntuarios. Janusek[61] destaca que las unidades residenciales Tiwanaku cumplían múltiples funciones y no solo las domésticas: más bien, las residencias eran unidades en las que se celebraban prácticas rituales periódicas y donde se desarrollaban actividades económicas especializadas, como el intercambio.

El análisis arqueo-botánico, realizado a partir de las evidencias encontradas en las viviendas, indica que consumían productos variados procedentes de distintos medio ambientes. La variedad y cantidad de alimentos consumidos evidencia también la diferenciación social entre sus habitantes. La proporción de tubérculos, quinua y maíz a la que se tenía acceso varía entre los distintos grupos sociales que ocupaban Tiwanaku. La quinua estaba más y mejor distribuida en el sitio que los tubérculos y el maíz. Aunque el maíz, conseguido por intercambio a larga distancia o a través del "sistema vertical de pisos ecológicos", no estaba restringido a los grupos de elevado estatus. Se señala que se consumía también una variedad de gramíneas, al igual que carne de camélidos, vizcachas, pájaros y cuyes, en sectores residenciales de Akapana.

Las actividades ceremoniales en las que se utilizaban bienes económicos especiales se evidencian en las viviendas excavadas en diferentes secciones de Akapana, un sector monumental de Tiwanaku. Se demuestra así que en los complejos residenciales se realizaban, entre otras actividades, eventos rituales religiosos y ceremonias sociales, entre los cuales destacan los enterramientos de niños y adultos, de camélidos y de otros objetos. Se encontraron también sahumadores para quemar, quizá, resinas o grasa de animal. Se postula que el entierro de un feto de llama estaba dedicado a la vivienda y sus habitantes, mientras que el enterramiento de niños podría haberse dedicado a todo el grupo social que vivía en el complejo residencial.[62]

61. Janusek 2005.

62. Janusek 2005.

Investigaciones realizadas en otro sector de Tiwanaku, llamado Putuni, muestran que las actividades llevadas a cabo eran distintas a las de Akapana. En este caso, los enterramientos humanos fueron más complejos; y las ofrendas, más lujosas, incluyendo vasijas, turquesas y adornos de láminas de oro.

También se realizaban actividades de producción artesanal especializada y de menor cuantía, pero de gran demanda y prestigio. Estos bienes se utilizaban en eventos, tales como festines y cultos en contextos sociales diferenciados. Se señala que las vasijas, los tejidos y otros objetos de valor fueron importantes medios para afirmar y negociar el estatus social e identidad durante la celebración de fiestas periódicas, lo que confirmaría la variabilidad de la actividad residencial en tiempos tiwanaku. Se indica también que los residentes urbanos deseaban tener vasijas de alto valor y textiles decorados para utilizarlos en contextos de mayor visibilidad social, como cuando participaban en fiestas con música, baile y consumo de bebidas.[63]

En Chiji Jawira, como en otros sitios metropolitanos, las residencias también variaron en cuanto a las actividades desarrolladas. En este asentamiento vivía gente dedicada a tareas domésticas y a actividades artesanales, como es el caso de grupos alfareros que alternaban sus trabajos con la celebración de ceremonias sociales. Así lo sugieren los sahumadores y figurinas humanas y de animales encontrados, objetos que se habrían utilizado en ceremonias familiares, como el rito de propiciación. Por otro lado, se señala que en un barrio de Lukurmata vivían los fabricantes de instrumentos musicales.

Pues bien, esta sociedad religiosa, políticamente compleja y con una sólida economía colapsó entre los siglos XI y XII. A partir de información climatológica procedente de los registros hechos por glaciólogos en el nevado Quelcaya, ubicado entre el lago Titicaca y Cuzco, y por palinólogos en el lago Titicaca, Kolata[64] señala que después del 1100 d.C. se produjo un cambio climático, fenómeno por el cual decrecieron las lluvias y se produjo una gran sequía que tuvo efectos catastróficos. Este fenómeno natural coadyuvó a que colapsara el Estado y la sociedad tiwanaku, ya que fueron desapareciendo paulatinamente los campos elevados y las *cochas* en la zona altiplánica. En las colonias, como las de Moquegua, el abandono de la

63. Janusek 2005: 156, 157, 164.

64. Kolata 1993.

agricultura fue aun más rápido, ya que dependía directamente de las lluvias, de los ríos y de los manantiales que proveían el agua para el riego.

Los efectos del cambio climático fueron dramáticos en la población tiwanaku. Se produjo una dispersión generalizada de su población y se modificó el patrón de asentamiento, en busca de espacios de vida algo más apropiados. Con el colapso de la agricultura, se incrementó el pastoreo, actividad que permitió reemplazar la fuente tradicional de alimentación.[65] Proliferaron los asentamientos en las partes más elevadas de las cuencas para lograr un mejor aprovechamiento de la humedad existente. Solo unos 300 años después se recuperó la humedad en esta región sureña y se configuraron los llamados Reinos Altiplánicos que, en un número de doce entidades, dominaron la cuenca del Titicaca, ya durante el Período Intermedio Tardío.

III. El Período Intermedio Tardío (circa 900 d.C. – 1476 d.C.)

Los inicios de este período corresponden a la etapa de anomia generalizada, a la que ingresaron las sociedades andinas como consecuencia del colapso de finales del Horizonte Medio, y de la cual se recuperaron solo algunas centurias después debido al mejoramiento del clima que hizo posible el surgimiento de nuevas culturas. De esta manera, resurgen, por segunda vez, un conjunto de entidades políticas de menor complejidad, organizadas en curacazgos o en pequeños Estados de alcance regional. El final de este período está marcado por la emergencia del Estado inca en las primeras décadas del siglo XV.

Para el caso de las sociedades alto andinas, se cuenta con datos más precisos sobre ciertos sucesos acaecidos en los inicios del Período Intermedio Tardío. Alrededor del 900 d.C., se produjo una sequía —tal vez ligera— seguida de otra más drástica hacia el 1100 d.C., las cuales mermaron las fuentes de agua de las zonas *kishua* y obligaron a que la mayoría de las sociedades se desplazara de sus ecosistemas templados originales a regiones frías, ubicadas entre los 3,500 msnm y los 4,000 msnm. Solo cuando se produjo una recuperación de la humedad de los suelos, debido al incremento de lluvias hacia el 1300 d.C., varias de las sociedades regionales enclaus-

---

65. Stanish 1992.

tradas en pequeñas cuencas recuperaron sus formas de vida estables, de desarrollo económico sustentable y transitaron a formas de organización más complejas. Sin embargo, en el complejo marco de la heterogeneidad cultural, se puede afirmar que las manifestaciones culturales del Período Intermedio Tardío, en el escenario serrano y costero, fueron representaciones dicotómicas.[66] Por un lado, entidades políticas complejas costeras; y por otro, entidades serranas menos complejas, quizá, con excepción de las formaciones políticas de la cuenca del Collao.

Un rasgo que identifica al Período Intermedio Tardío es el cambio radical sucedido en el patrón de asentamiento y en el uso del espacio. Desaparecidos la ciudad andina y los centros provinciales del Horizonte Medio, surgió una nueva estructuración de la sociedad en los Andes centrales, por la cual la población común asentada en la sierra se organizó en pequeñas aldeas, levantadas sin planificación alguna o empleo de tecnologías especiales. En contraposición, la sociedad en la costa se rigió, al parecer, por otros parámetros, opuestos al patrón propuesto para las regiones altoandinas. En la costa norte y central, además de la organización de la población rural en aldeas, se construyeron conglomerados urbano-religiosos, de estilos arquitectónicos variados y finos, donde radicaban las elites y los trabajadores muy especializados.

El espacio geográfico, como escenario de recursos, fue manejado de manera intensiva por las sociedades del Período Intermedio Tardío. Todas las zonas de vida de la costa y de la sierra se aprovecharon para la pesca, el sembrío o la recolección de variados recursos. Gracias al acceso al mar, al agua para el riego y al manejo de tierras de cultivo, se aseguró la producción de bienes de subsistencia. Sin embargo, las maneras de acceder a los diversos productos de alimentación o de uso en contextos rituales variaban, aunque también podían ser complementarias. Se accedió a dichos bienes a través del trueque y del sistema de intercambio regional transversal y horizontal. De esta manera, se formó un eje de intercambio económico transversal a los Andes, que integró regiones serranas, costeras y yunga orientales, y otro paralelo a la costa marítima.

No obstante, el sistema de intercambio predominante en la costa correspondía a un modelo más complejo que algunos llaman "sistema de mercado", por el cual se tenía acceso a diferentes recursos por medio de

66. Conrad y Demarest 1984.

grupos especializados que comerciaban en territorios cada vez más distantes. Al parecer este sistema se estaba ampliando a más regiones del área central y septentrional andina a finales del Período Intermedio Tardío —como a las del Ecuador y, quizá, de Colombia y de Bolivia— en caravanas por tierra o como mercantes que manejaban pequeñas embarcaciones marítimas. Estos grupos de mercantes estaban protegidos por sus respectivas entidades políticas.

Por otra parte, las sociedades serranas, preferentemente sureñas, organizaron el acceso a diversos recursos a través del control vertical de pisos ecológicos, sistema que les permitía manejar enclaves económicos a manera de colonias en ambientes ecológicos escalonados al Oriente y Occidente cordilleranos. Ejemplos de este exitoso modelo son los llamados Reinos Altiplánicos, como los lupaqas de la cuenca del Titicaca y los chupachos de la cuenca media del río Huallaga, a una escala intermedia de unas 3 mil unidades familiares. Los diferentes ecosistemas eran compartidos con grupos pertenecientes a otras entidades políticas, de manera que el usufructo de un medio ambiente no era monopolio de un solo grupo étnico.

Este modelo se manifiesta, asimismo, aunque a una escala menor, en entidades políticas poco complejas que manejaban solo una pequeña cuenca serrana. En este caso, la gradiente facilitó el acceso a ambientes cálidos, templados y de frío, en un espacio más pequeño. Obviamente, solo en pocos casos y, por ahora, escasamente documentados, en estas pequeñas cuencas se podía tener acceso a coca, ají y algodón.

En la esfera de la tecnología no hubo ninguna innovación durante el Período Intermedio Tardío. Se cree, sin embargo, que solo las sociedades costeras del norte y centro-sur monopolizaron ciertos conocimientos e intensificaron el dominio de ciertas tecnologías, quizá, como parte de la continuidad de tradiciones tecnológicas regionales que se impulsó durante el predominio Wari y Tiwanaku del Horizonte Medio. Estos logros se perciben más en objetos producidos y usados en núcleos como Chanchán o en asentamientos Lambayeque. Sucede lo mismo con el "Señorío de Chincha" que destacó por el manejo de una tecnología de navegación que facilitó el cabotaje marino y por el predominio de una actividad económica de intercambio de bienes a larga distancia. Esta actividad incorporó en un circuito económico diversas sociedades complejas, como las de la costa norte y de la cuenca del Titicaca.

El sistema agrícola más desarrollado se encontraba en la costa, basado en una compleja tecnología hidráulica, quizá, la más relevante de todos los

tiempos precolombinos, ya que —según algunos investigadores— se construyó un sistema de canales de riego intervalles. También se construyeron sistemas complejos de pozos, que constituyeron una forma ingeniosa de capturar la humedad del medio ambiente a través de "muros de condensación", para luego regar cultivos de corto ciclo vegetativo en algunos bolsones costeros.

Durante el Período Intermedio Tardío, se plantea que las guerras eran frecuentes, tanto entre grupos étnicos pequeños, como entre algunas entidades políticas complejas. Estos conflictos se originaban por la necesidad de acceder a recursos como el agua y las tierras de cultivo.

1. La costa norte

Durante el Período Intermedio Tardío se desarrolló de manera simultánea, como señalamos líneas arriba, un conjunto de entidades políticas regionales posteriormente al colapso Wari, entre las cuales sobresale Chimú como la entidad más compleja. Esta percepción se debe —de acuerdo a diversos estudios— al mejor conocimiento que se tiene de la época final de su desarrollo (hacia el 1350 d.C.), cuando Chimú se convirtió en un Estado expansivo y dominara unos 1,000 kilómetros de la costa peruana. De la misma manera, se desarrolló otra entidad política llamada Lambayeque o Sicán en un pequeño territorio constituido al norte del antiguo territorio moche.

Lambayeque o Sicán

Para algunos estudiosos, la constitución de la dinastía Lambayeque y la fundación de los primeros asentamientos sucedieron hacia el siglo X; y para otros, hacia el siglo XII. El héroe fundador en esta narración fue Naylamp. Donnan[67] sugiere que el complejo arquitectónico de Chotuna-Cornancap fue el solar palaciego del legendario fundador y de su real esposa. Está ubicado en el interior del valle, a unos cinco kilómetros de línea de la costa. Después de este primer gobernante habrían reinado once soberanos más hasta Fempellac, quien habría gobernado hacia el 1350 d.C., cuando la región fue conquistada por otro mítico rey Chimor, al inicio de la etapa expansiva chimú.

---

67. Donnan 1990.

En términos culturales, Lambayeque o Sicán recibe en sus etapas iniciales influencia del Moche Tardío, cuyo centro más importante en aquella región era Pampa Grande, sitio que colapsa hacia el 700 d.C. Su cerámica tendría influencias foráneas como Cajamarca y Wari-Pachacamac. Shimada denomina a esta fase: Sicán Temprano (700-900 d.C). Mantiene cierta autonomía ideológica hacia el 900 d.C., pero a partir de esa fecha hasta aproximadamente el 1350 d.C., sus rasgos culturales se manifiestan de manera más nítida.

Lambayeque está considerada como una sociedad que alcanzó niveles de desarrollo cultural complejo. Era una entidad política, cuya base económica se sustentaba en la agricultura intensiva, la misma que era posible gracias al manejo eficiente del agua que aseguró la producción de extensos campos de cultivo entre los valles de Jequetepeque y La Leche. Estudios hechos en la actualidad señalan que esta región es la porción de tierra cultivable más grande de los valles costeros y que sus ríos tienen mayor volumen de descarga de agua que los otros de la costa peruana. En la época Lambayeque, estas aguas se distribuyeron a través de un complejo sistema de canales que aseguraba el riego y la subsecuente producción, quizá, hasta de dos cosechas.

Destaca, asimismo, el logro alcanzado en la arquitectura y el urbanismo. Gracias a la tecnología de construcción y al manejo de mano de obra masiva y especializada, se pudieron construir los grandes conjuntos piramidales de funciones múltiples que caracterizan a esta cultura. Entre ellos, sobresalen los de Batán Grande con unas veinte pirámides y los de Túcume, con unas treinta.

Sin duda, Lambayeque se distinguió por un gran desarrollo arquitectónico y urbanístico, sustentado en una sólida producción económica en distintos rubros. El complejo piramidal de Batán Grande es uno de los monumentos que demuestra estos logros. Las pirámides eran las tumbas de los Señores Lambayeque. Tenían planta en T y rampas principales y secundarias. El mausoleo central estaba circundado por pequeños cuartos. La tumba excavada en Las Ventanas —reporta Shimada—[68] era de 5 x 3,5 metros, construida con adobes y maderos de algarrobo. Otras excavaciones realizadas, como en el caso de la huaca El Corte, revelaron columnas cuadradas, pintadas y alineadas en 12 filas de 4 columnas cada una. Este

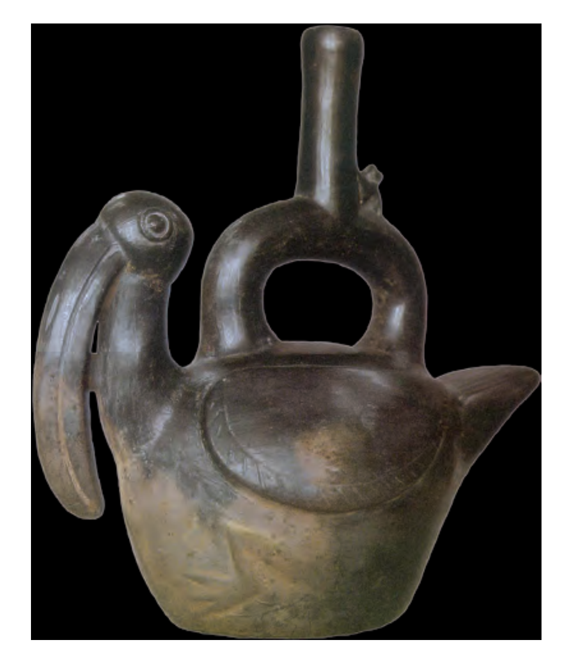
68. Shimada 1985.



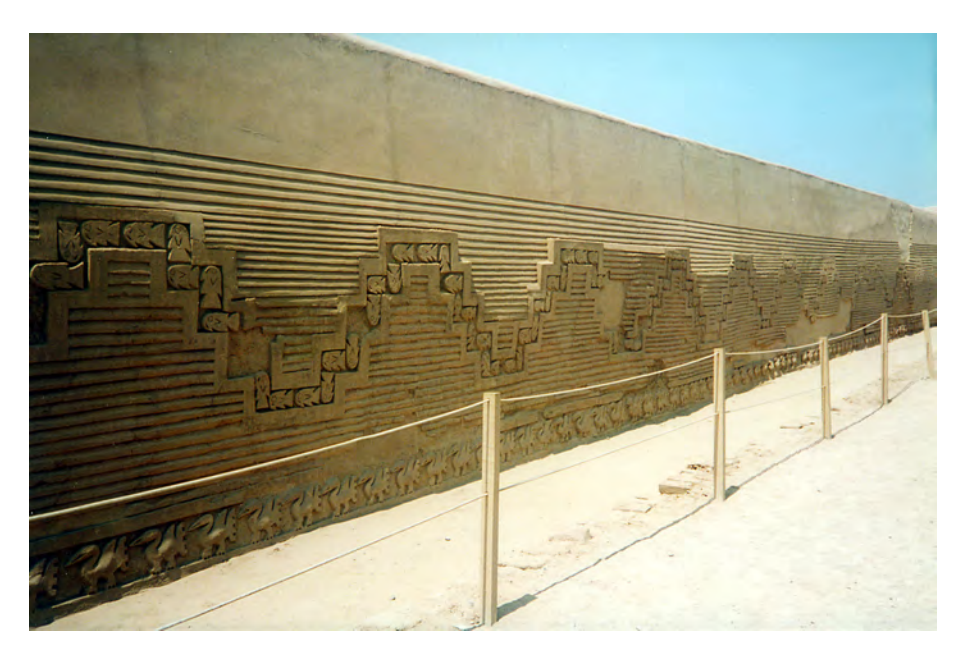
Ceramio Lambayeque.



Cabeza de oro Lambayeque.



Ceramio Chimú.



Muro de Chan Chán.

rasgo representa una tradición tecnológica que viene de continuo desde Moche, como se observa en Pampa Grande. Varias de estas construcciones exhiben frisos o murales.

Para lograr la forma piramidal, los planificadores y albañiles construían pequeños cuartos a manera de cámaras que luego eran rellenados. En las construcciones piramidales, destacan los adobes marcados con distintos signos geométricos, los cuales han sido interpretados como signos que identifican a los que elaboraban los adobes y señalan a estos trabajadores como integrantes de un modelo que explicaría una forma de trabajo similar a la *mita* de tiempos inca. Sugerencia que también procede de una comparación con el modelo explicativo dado para Moche. En el caso particular de Lambayeque, Shimada cree, más bien —aunque sin desechar la propuesta anterior en su totalidad—, que se trataría de marcas de los patrocinadores que controlaban las adoberías, quienes tenían moldes y marcas propios.

Excavaciones hechas en algunas pirámides funerarias de elite demuestran que se trata de prácticas mortuorias complejas, cuyo cuidado, mantenimiento y servicio convocaba a personal especializado patrocinado por el Estado y la elite. El personaje real enterrado estaba sentado con las piernas cruzadas y tenía la cara cubierta con una máscara de oro tumbaga o de cobre. El mausoleo central estaba asociado a otros cuerpos sacrificados, como parte del rito funerario que acompañaba el cuerpo real, y contenía también un ajuar funerario diverso, abundante y rico. Sobresalen los objetos de oro tumbaga, *spondylus,* cinabrio, cetros de madera, láminas de oro tumbaga y cobre arsenical, ceramios lambayeque y de otros estilos foráneos, collares de cuarzo y paquetes de naipes de cobre (conocido como "hachas moneda"). A propósito de estos "naipes", los arqueólogos han señalado que se trata de láminas de cobre producidas por los lambayeque, que se habrían distribuido en un área geográfica extensa, incluida la costa ecuatoriana. Se cree que fue una suerte de "moneda primitiva" y que su uso se extendió desde el Período Intermedio Tardío hasta la época inca a través de mercaderes, entre ellos, los de Chincha. La gran cantidad de objetos de culto revela que el destino de la producción de bienes de prestigio no estaba dentro de los límites propios de la economía laica, como señalamos en la Introducción.

En la producción artesanal descollaron sobremanera en la metalurgia, considerada como la más tecnificada y especializada. La abundancia de objetos metálicos encontrados como parte de los entierros hizo que el equipo de Shimada estudiara los aspectos tecnológicos de la producción metalúrgica. El resultado de estos trabajos señala que los Sicán habían logrado

una producción a gran escala, sobre todo de cobre arsenical, técnicamente muy sofisticada y con fines exclusivamente ceremoniales. De igual manera, el volumen de producción de objetos de oro tumbaga fue considerable. Shimada señala, por ejemplo, el registro arqueológico de "180 vasos de oro en una sola tumba".[69] Los hornos de fundición eran numerosos y, preferentemente, de cobre arsenical, como el encontrado en la huaca El Pueblo de Batán Grande.

La importancia de los ritos religiosos y del predominio de una deidad se observa en la primacía que habría tenido una efigie llamada "Dios Sicán", la que fue representada por trabajadores especializados en diferentes ramas artísticas. Se trata de una figura antropomorfa con alas como ornamento adicional. Tiene tocado, ojos almendrados y pintados, aretes y collar. La representación central está rodeada de figuras como "cabezas de serpientes", "figuras humanas ornamentadas y volando", además de zorros. Algunas de las representaciones de esta deidad tienen la boca abierta mostrando unos dientes a manera de colmillos. Se le llama también "Huaco Rey" y aparece, tanto en murales, como en ceramios. La distribución de esta vasija, preferentemente con la representación de la "cabeza del dios Sicán", ha sido amplia, registrándose en territorios lejanos como en la costa central peruana y en la costa ecuatoriana.

El Estado Chimú

Corresponde a una sociedad organizada políticamente como un Estado regional, quizá fue —como señalan muchos investigadores— la entidad más compleja del Período Intermedio Tardío en los Andes centrales. En una etapa inicial, era una entidad política local, tal vez, del nivel de un curacazgo que estaba limitado, en términos territoriales, al valle de Moche. A medida que se iba incrementando la base económica de su desarrollo, la expansión se realizó de manera sostenida. Al momento de la conquista inca, los dominios chimú eran exclusivamente costeros y ya habían alcanzado unos 1,000 kilómetros de extensión.

El límite oriental, en la etapa de mayor expansión chimú, eran las estribaciones del piedemonte occidental andino; por el norte llegó hasta el extremo septentrional peruano, donde estaban asentados los tallanes, en

---

69. Shimada 1985.

el actual departamento de Tumbes. Por el extremo sur llegaron a dominar hasta Barranca y, a decir de varios investigadores, la anexión chimú de territorios al sur de Huarmey estaba en marcha cuando los incas —también en proceso de expansión— detuvieron dicho avance. Esta idea se sustenta en la presencia de algunos rasgos culturales chimú en el valle del Chillón, en la costa central. Adicionalmente, el extenso territorio chimú no habría estado administrativamente consolidado, observación que procede de los territorios sureños; y coadyuva, en cierta manera, a la tesis de la coexistencia de entidades políticas menores al interior del territorio chimú.

Parece ser que el dominio y el incremento del contacto cultural entre Chimú y otras entidades de la región se fueron acrecentando durante la fase de consolidación o época final de la expansión chimú, hasta que se truncó por la conquista inca. Este mismo proceso de contacto se estuvo dando entre Chimú y el Señorío de Cajamarca, así como con sociedades norteñas asentadas en la sierra liberteña.

En términos político-administrativos, el dominio chimú de los valles al norte y al sur de Chanchán se manifiesta por la presencia de centros administrativos. Estos centros aparecen en mayor número en los valles cercanos al valle de Moche (núcleo chimú) y, por el contrario, escasean cuando se alejan. El sitio de Farfán representa uno de los centros administrativos chimú construido para controlar el valle de Jequetepeque.

El interés chimú por incorporar nuevas regiones era económico porque aquellas zonas abastecían al área nuclear de recursos necesarios. Esta modalidad debe entenderse, quizá, como una relación de intercambio lineal de base económica, por la cual circulaban de la periferia al centro, además de productos de subsistencia, recursos suntuarios para los rituales. Si la extensión territorial del dominio chimú fue, como plantean algunos investigadores, desde Tumbes hasta la cuenca del Chillón en la costa central peruana, el Estado chimú habría dominado un territorio que albergaba el 60% de las tierras agrícolas de toda la costa peruana.

Diversas investigaciones arqueológicas realizadas sobre el desarrollo chimú postulan que la etapa de gestación cultural debe ser entendida como una síntesis, producto de aportes culturales, políticos y económicos wari; de elementos locales; y, sobre todo, de influencia Lambayeque. Así, la región de Lambayeque puede considerarse como impulsora de muchos de los logros Chimú. Luego de su conquista, Lambayeque fue incorporada a través de mecanismos distintos a los empleados en otras regiones, conclusión que parece sugerir la evidencia arqueológica chimú encontrada en

diferentes sitios de los valles lambayecanos en los que no se observan cambios grandes o radicales.

Quizá este momento fundacional se explique a partir de una narración mítica que aparece en una fuente virreinal escrita. En ella se menciona el viaje de un legendario personaje llamado Taycanamo, quien surgido del mar se adentra en uno de los valles del antiguo territorio moche, funda el sitio primigenio y gobierna como primer soberano del mítico chimú.

El colapso chimú parece ser un hecho singular. Chimú decae como entidad política cuando sus ejércitos son vencidos por batallones incas después de sucesivos encuentros; sin embargo, como cultura no desaparece. Todo parece indicar que los rasgos culturales chimú pervivieron e influyeron por varias décadas después de su caída. Por un lado, los incas fueron los cultores de ciertos logros tecnológicos chimú; y, por otro, fueron los más eficientes difusores de su estilo alfarero, a decir de algunos arqueólogos. También los chimú aportaron ciertos conceptos político-administrativos que moldearon algunos organismos institucionales incas y los hicieron más eficientes.

A la caída de Chanchán, los incas habrían conducido al Cuzco al vencido gobernante chimú llamado Minchancaman, último gobernante en la relación de soberanos mencionados en un documento virreinal temprano. Lo acompañaron en el destierro o, quizá, a un "cautiverio dorado" otros miembros de la elite chimú. También fueron conducidos al Cuzco grupos de artesanos especializados, preferentemente, orfebres. De esta manera, el Cuzco se benefició de la tecnología, de los materiales y de las instituciones de la costa norte. De acuerdo a Rowe, basado en gran parte en documentación virreinal, el botín capturado a los chimú fue llevado al Cuzco y se utilizó en la ornamentación del Templo del Sol y la fabricación de ídolos, como el de Wiracocha, el Sol y el de Mama Ocllo.[70] Topic confirma la salida masiva y apresurada de Chanchán de grupos de artesanos al momento de la conquista inca (1460-1470 d.C.).[71]

La cifra estimada de la población chimú es de unos 500 mil, distribuida en asentamientos nucleados, aldeas rurales y unidades familiares dispersas en zonas costeras y en partes media y alta de los valles. Se puede decir que el mayor porcentaje de pobladores estaba asentado en áreas rurales, quizá,

70. Rowe 1970.

71. Topic 1990.

repitiendo un viejo patrón dominante en el sistema de asentamiento del área andina en general. Chanchán —la capital chimú y núcleo urbano más grande e importante— debió albergar algunas decenas de miles de habitantes.

Diversos datos arqueológicos y etnohistóricos indican que la sociedad chimú estaba organizada en estratos jerarquizados que cumplían variados roles. Las excavaciones arqueológicas han revelado diferentes tipos de edificios, como residencias de elite y viviendas de habitantes comunes, talleres de producción, tumbas reales y cementerios populares, centros ceremoniales, edificios con objetos no religiosos ni domésticos, etc., que señalan espacios deliberadamente construidos para determinados usos. Además, los hallazgos de objetos asociados a ciertos personajes o a espacios sagrados y seculares indicarían jerarquías y funciones especiales. Por otra parte, las investigaciones arqueológicas revelaron que determinados objetos y bienes de subsistencia eran resultado de formas de intercambio zonal y regional, en los que intervenían grupos especializados.

Se sabe que la población chimú se concentraba en Chanchán y en diversos centros provinciales. En Chanchán estaba asentada sobre todo la elite, constituida por gobernantes, sacerdotes y por familias nobles, que ejercían cargos militares y político-administrativos, además del selecto grupo de artesanos especializados. Estos estamentos estaban representados, en menor número y con menos boato, en los centros provinciales.

En Chanchán, como en los centros provinciales, vivían diversos sectores sociales dedicados a actividades muy especializadas, como los metalurgistas que fabricaban, quizá, los objetos de mayor demanda, ya que producían ornamentos para la elite, el culto y el ritual. La utilización de estos objetos se ha encontrado, por ejemplo, en las tumbas reales, en las cuales el ajuar funerario presenta una variedad de objetos metálicos de finísima calidad; en las ofrendas halladas en centros ceremoniales; y, en menor cuantía, en el utillaje familiar.

Se indica que el desarrollo metalúrgico chimú se basó en la tradición Lambayeque, la misma que habría influenciado en el arte y la tecnología, después de ser conquistada por los reyes chimú. Trabajaron el oro, la plata, el cobre y también se conoció el bronce arsenical. Se produjeron vasos retratos, vasos de doble fondo, máscaras funerarias, orejeras, recipientes, platos, pendientes, brazaletes, figurinas, cuchillos ceremoniales como los conocidos "tumi", etc. Tecnológicamente, dominaron el dorado, el enchapado, el vaciado en cera perdida, la soldadura y el martillado. Además, gran parte de los objetos producidos muestran la técnica de aleación.

Los tejedores también conformaban otro ramo productivo importante que elaboraba textiles esencialmente de algodón. Asimismo, se ha señalado la existencia de talleres textiles en Chanchán y de especialistas en el arte plumario. Topic postula que la distribución de la población artesanal en Chanchán estaba organizada en parcialidades.[72]

Los ceramistas constituían, igualmente, un gran sector de trabajadores especializados. Gracias a los estudios hechos por Tschauner en Pampa de los Burros, en Lambayeque, se sabe que la producción alfarera estaba dirigida, controlada y sostenida por la administración central. Excavaciones llevadas a cabo en diferentes edificios del sitio han revelado que se trata de una aldea de viviendas-talleres, conformada por grupos de familias alfareras muy especializadas, como se observa en la sofisticada tecnología empleada. Se trataba de una actividad que requería de trabajadores dedicados a tiempo completo, con el objeto de que produjeran vasijas para "un tipo de intercambio horizontal".[73]

El sector mayoritario de la población se dedicaba a la agricultura y a la pesca, actividades que abastecían de bienes de subsistencia. Se señala que en tiempos chimú existían comunidades de pescadores especializados que constituían castas sociales.[74] La agricultura era también una actividad en la que el Estado tuvo injerencia. Así, por ejemplo, la producción de algodón era manejada por funcionarios estatales. Los rebaños de camélidos constituían otro rubro importante, al que la administración chimú habría asignado gente para el cuidado del ganado y para el manejo de las caravanas de llamas que hacían posible el intercambio de bienes al interior del territorio chimú.

La composición poblacional chimú comprendía también a los constructores especializados, seguramente, dedicados a tiempo completo, quienes emplearon conocimientos empíricos para edificar residencias reales, centros ceremoniales y fastuosas tumbas reales.

Otro grupo social importante lo constituía la gente de servicio. Moseley estimó en unos 3 mil a las personas que servían en los grandes canchones o ciudadelas de Chanchán.[75] Muchos de ellos vivían en su interior, mientras

---

72. Topic 1990.
73. Tschauner *et al.* 1994.
74. Bawden 1996, citando a Ravinovitz y a Rostworowski.
75. Moseley 1992.

que otros lo hacían en precarias viviendas en los exteriores. La servidumbre se dedicaba al mantenimiento de palacios y mausoleos, y se presume que también desarrollaban actividades cotidianas relacionadas con la vida de la elite en Chanchán.

Finalmente, se señala la presencia de pobladores muy especializados que vivían en el litoral, en cuyas actividades el Estado chimú también tenía injerencia. Eran los mercaderes chimú que desarrollaron el cabotaje marino para facilitar el intercambio económico. Gracias a estos mercaderes, circulaban bienes suntuarios como el *mullu,* desde las costas del Ecuador hasta el área andina central costera. El movimiento de estos bienes formaba parte de un gran sistema de "mercado primitivo". Quizá emplearon también un tipo de moneda como las llamadas "hachas moneda". Los "mercaderes chimú" comerciaban con los "mercaderes de Chincha", ubicados en la costa sur del Perú, al parecer, la entidad más prominente en este tipo de intercambios.

- *Economía, religión y política chimú*

Debemos a Conrad y Demarest, entre otros, el señalamiento del carácter dinámico del sistema de creencias, por el cual la religión habría impulsado el desarrollo político e incrementado la riqueza económica.

Conrad y Demarest plantean que el culto al ancestro habría posibilitado un sistema de gobierno chimú basado en la "herencia partida", sistema conocido también como "herencia dual". De acuerdo a este modelo, el heredero del gobernante heredaba solo el cargo político con sus derechos y obligaciones, mientras que los bienes y otras fuentes de rentas del individuo pasaban a sus descendientes quienes lo administraban. De esta manera, cada gobernante al asumir el gobierno, debía edificar su palacio y constituir unas rentas que le permitiesen reproducir una vida social regia. Adicionalmente, dicho sistema habría impulsado las nuevas conquistas en busca de tierras y otros recursos, ya que en la cercanía al núcleo central las buenas tierras estaban copadas por "las propiedades" de sus predecesores.

Al parecer, la implementación de este modelo hizo que cada gobernante construyera su palacio, y la suma de todas estas residencias configuró la traza urbanística de Chanchán. Cada ciudadela era residencia real de un soberano. En ella vivía él, su familia real, su corte, los funcionarios, trabajadores y la servidumbre. En ella el soberano despachaba asuntos de Estado. Finalmente, en ella se enterraba. Después de muerto, era honrado con

ofrendas, sacrificios y ritos, y se presume —como sucedió posteriormente con el *Mallqui* inca— seguía participando en actos políticos públicos y privados. Cada ciudadela —como en tiempos cuando el gobernante vivía— continuaba funcionando, gracias a su familia real y a la base económica que seguía produciendo sus propiedades.

Si bien el gobernante era considerado como representante divino, sus atributos sagrados se legitimaban al morir. Los ritos funerarios y la renovación permanente de sacrificios y de ofrendas, que los arqueólogos han registrado en varias tumbas reales, parecen demostrarlo así. Reafirma la sacralidad del soberano, la ubicación central de su mausoleo y los cientos de enterramientos humanos (preferentemente mujeres jóvenes) ubicados en terraplenes y celdas contiguas a la tumba real. También asociado a los cuerpos reales se encontraron —a manera de ofrendas— conchas *spondylus* en cantidades significativas, otras especies de conchas y huesos de llamas.

Se reconoce que Chanchán era la capital del Estado chimú, y se considera como "sitio tipo" del urbanismo y arquitectura chimú. Fue construida utilizando barro como material para la elaboración de adobes y para la decoración de paredes de ciertas edificaciones de usos político-religiosos, en base a "frisos modelados en relieve". Complementan la ornamentación urbana un conjunto de murales pintados y pequeños elementos arquitectónicos agregados. Predominan en el arte decorativo arquitectónico diversas figuras geométricas, imágenes de aves y peces; y también el mar, a través de figuras que representan diversas evocaciones marinas, como las olas. La suma de todos estos diseños es referido por algunos investigadores como "iconografía imperial chimor".

Se ha calculado el área total de Chanchán en 20 km^2 y una población, igualmente estimada, de 20 a 30 mil habitantes. Presenta evidencias de arquitectura monumental y de construcciones sencillas, en las que habría vivido una numerosa población de trabajadores y de servidores. Como capital, Chanchán encabezaba la jerarquía de centros urbanos construidos en todo el territorio chimú. De ella, también se cree partía un conjunto de caminos que integraban administrativamente todos los centros regionales y servían, a la vez, como rutas por las que fluían bienes y transitaban funcionarios religiosos y políticos.

En base al estudio realizado en la ciudadela Ribero, a la que se señala como perteneciente al soberano Minchancaman, se infiere que todas las ciudadelas se componen de grandes muros de cerramiento, un solo vano de ingreso general; de plazas, rampas, patios y corredores de circulación

restringida; de recintos habitacionales y de estructuras administrativas llamadas audiencias caracterizadas por tener planta en U; de depósitos, fuentes de agua de uso doméstico y ceremonial, de plataformas funerarias y tumbas reales. Existe también un espacio construido en el lado opuesto al ingreso llamado "huachaque", que era una gran poza de agua que servía para la recreación, el cultivo de ciertas plantas y para usos rituales. La misma cantidad de soberanos legendarios y de ciudadelas puede sugerir, efectivamente, que cada ciudadela correspondía a un gobernante.

Entre los centros provinciales que habrían tenido funciones administrativas y que habrían permitido el flujo de bienes, de mano de obra y de tributos hacia Chanchán, se encuentran, según los estudios hechos, los de El Milagro de San José, Katuay y Quebrada del Oso, además de Farfán, ya referido.

La agricultura fue una actividad que sustentaba la vida familiar y las diversas formas de vida no domésticas de la sociedad chimú. Esta próspera actividad se debía a la convergencia de dos elementos. Por un lado, el desarrollo de una ingeniería hidráulica que permitió que se aprovechara el considerable aforo de agua de los ríos y que hizo posible el riego controlado a través de un sistema de canales. Por otro lado, la existencia de grandes extensiones de tierras aluviales y de extensas chacras artificiales que fueron ganadas al desierto e incorporadas a la producción agrícola. Debe señalarse también que durante este periodo se desarrolló la agricultura de "chacras hundidas" que, al parecer, fue complementario al sistema agrícola de riego.[76] La producción y uso de instrumentos de labranza está muy poco documentado. Eran instrumentos hechos generalmente de bronce arsenical y fabricados en poca cantidad; y, tecnológicamente, eran poco sofisticados, a decir de los especialistas.

Destaca entre los canales construidos el de La Cumbe, considerada la obra de riego más lograda en tiempos prehispánicos en la costa norte del Perú.[77] Se considera, a la vez, como el canal intervalle más extenso por sus 84 kilómetros de recorrido. Se origina en el valle de Chicama y se extiende hasta el valle de Moche. Es una obra que demuestra la pericia de sus constructores y la eficiencia de los administradores de aguas. Es una obra de tal envergadura que, de acuerdo a Orloff, su construcción refleja el trabajo de

76. Parsons y Psuty 1981: 56.

77. Orloff 1981.

ingenieros que solucionaban los problemas de "la pendiente crítica" del terreno, que calculaban y hacían mediciones topográficas de las variaciones del terreno, y que controlaban el flujo de agua en relieves cambiantes.

Los canales fueron considerados obras públicas y, como tales, debieron construirse con el concurso de mano de obra masiva procedente de diferentes aldeas. Los canales habrían sido también los referentes físicos que sirvieron para organizar espacialmente la población del *hinterland* rural y para controlar más eficazmente la producción. Los técnicos debieron, asimismo, manejar el exceso de agua entre los meses de diciembre y marzo, así como la sustantiva merma entre abril y noviembre de cada año. Otra obra hidráulica importante corresponde al "sistema de canales Pampa Huanchaco", al norte de Chanchán en el valle de Moche, construido y manejado por el Estado chimú.[78]

Las ventajas del sistema de agricultura de riego chimú fueron múltiples. Gracias a este sistema, las chacras familiares o aldeanas producían bienes de subsistencia a una escala mayor. Debido a este sistema se ampliaron también los sembríos de plantas "industriales", como el algodón de diferentes colores, y de los cultivos de gran demanda por sus diferentes usos.

El registro arqueológico de la dieta alimenticia de aquellos tiempos señala el consumo combinado de frejol, calabaza, ají, camote, maní, yuca, caigua; de frutos como el ciruelo, el lúcumo, la guanábana, el pacae, etc., con productos marinos como pescados y mariscos. El registro indica también el consumo de carne de llama en un porcentaje considerable.

La expansión chimú incrementó el volumen de tierras agrícolas y, de acuerdo a evidencias arqueológicas, se percibe una preferencia por desarrollar la agricultura intensiva y extensiva en los valles al norte del valle de Moche. Sin embargo, parece que la agricultura enfrentaba algunos problemas; v.g., las tierras ubicadas en las partes bajas de los valles se tornaban salitrosas, debido al uso excesivo que se le daba, de manera que los agricultores tenían que reconvertirlas en terrenos aptos para el cultivo.

El incremento de tierras y de bienes cultivados se habría logrado, sobre todo, al incorporarse los valles comprendidos entre Jequetepeque y La Leche, como territorio productivo chimú. Los investigadores señalan, por ejemplo, que la construcción civil chimú en dichos valles constaba de centros de almacenamiento temporal de productos agrícolas y de recursos

78. Orloff 1981.

militares, así como centros de control político y religioso. Farfán, Talambo y Pacatnamú fueron algunos de estos centros provinciales levantados en el valle de Jequetepeque. Se cree que los asentamientos chimú ubicados en el valle de Chicama, como el de Moche, Virú y Chao habrían servido también para "la administración de la producción agrícola". El flujo de tributos agrícolas estaba encomendado a los señores locales. Por el contrario, se postula que los valles en el extremo sur del núcleo chimú no habrían tenido, para los funcionarios chimú, una significación económica muy importante. El límite sur de la administración agrícola chimú parece corresponder al valle de Huarmey, donde a la vez, termina la construcción monumental.

Merece mencionar, por otro lado, que el Estado chimú tenía otros proyectos de interés económico en los valles incorporados a la administración central, incluso en algunos valles sureños habrían construido centros artesanales, de acuerdo a Mackey y Klymishyn.[79] Las autores señalan varios sitios chimú como centros alfareros, metalúrgicos, textiles y de producción de chicha; el de Manchán, en el valle de Casma, habría sido uno de ellos. Destacan que los textiles de Casma fueron confeccionados con fibras de alpaca. Quizá estas evidencias indican de manera más certera el uso en la costa de lana procedente de la sierra. También se evidencia la producción de chicha a gran escala para consumirla en ceremonias públicas y, de este modo, afianzar los lazos de reciprocidad entre el soberano y los súbditos provincianos. El sitio de Manchán habría albergado unas 420 personas.

La evidencia arqueológica encontrada en Chanchán por Topic,[80] muestra una producción artesanal concentrada en la producción textil y metalúrgica llevada a cabo en residencias-talleres con una población estimada en 10 mil. Se debe distinguir entre el trabajo de manufactura básica hecho en los barrios y el acabado final dado en áreas de los servidores.[81] Las áreas ocupadas por gente de servicio están asociadas a las llamadas ciudadelas o residencias de elite; y se presume que los servidores habrían tenido un estatus distinto al de los comunes de los barrios. Señala adicionalmente que la producción artesanal pasó de una etapa de producción a pequeña escala en la fase temprana de ocupación de Chanchán, a otra etapa de producción amplia, especializada y monitoreada en las fases media y final.

---

79. Mackey y Klymishyn 1990.
80. Topic 1985: 149.
81. Topic 1990.

Para la etapa final chimú, Topic ha estimado una población adulta de artesanos de unos 12 mil, sustantivamente mayor a la de la fase previa. Asimismo, ha calculado en unos 7,300 los artesanos dedicados a la textilería y la metalurgia, como resultado del traslado de trabajadores de territorios conquistados. Los metalurgistas procederían de la región de Lambayeque, zona de una tradicional producción metalúrgica anterior a Chimú, como postula Shimada. Los tejedores y metalurgistas conformaban, cada cual, unidades familiares, y eran tanto hombres como mujeres quienes se dedicaban a estas actividades.

Destacan entre los objetos metálicos fabricados, a propósito de la tumbaga, "las grandes máscaras de 28 pulgadas de ancho y grandes láminas de oro que cubrían las paredes interiores de palacios chimú con un metal de baja concentración de oro";[82] y que la pieza metálica no se exponía, sino que se recubría de piedras preciosas o se pintaba. Se plantea asimismo que estos talleres eran supervisados. Algunos de los talleres evidencian ciertos espacios llamados arcones que habrían servido para actividades de supervisión de trabajos artesanales.

Se ha identificado también la presencia de grupos de caravaneros que permitían el flujo de un conjunto de recursos desde Chanchán hacia las provincias y desde las provincias a la capital. Los caravaneros ocuparon determinados espacios centrales del sitio, distribuidos en unidades de residencia familiares. Uno de estos complejos excavados revela: una cocina comunal, grandes corrales, una plataforma usada como cementerio de llamas y cuartos con posibles banquetas que habrían servido como camas. Se estima que podía albergar algunos cientos de caravaneros. Debieron transportar —entre otros bienes— minerales y lana de alpaca, fibra que seguramente era usada en menor proporción que el algodón. Se señala igualmente que desde Chanchán transportaban artefactos finos y, quizá también, pescado salado y seco, como señalan algunos otros investigadores.

Existen asimismo evidencias de producción artesanal en sitios provinciales chimú, aunque en cantidades menores. Uno de los sitios chimú de producción metalúrgica era Cerro de los Cementerios, en la región de Batán Grande. Otro sitio en la misma región de Lambayeque era Huaca Chotuma, un centro metalúrgico cuyas actividades especializadas se remontan desde épocas anteriores a la conquista chimú y continuaron durante el Período

82. Lechtman 1978.

Intermedio Tardío. Sus talleres producían agujas, tenacillas y adornos personales. La producción artesanal satisfizo las necesidades de la elite urbana, y también la demanda de las elites locales. Se señala, por otro lado, evidencias de talleres especializados en elaborar "miniaturas textiles" en Pacatnamú, en el valle de Jequetepeque.

Otros sitios chimú en la región sur corresponden, según resumen hecho por Topic, a los ubicados en el valle de Casma, en los que se han encontrado evidencias de producción artesanal de tejidos y de piezas metálicas. La producción de chicha a gran escala en un barrio de Manchán, como en Laguna II, evidencia que era también una actividad muy importante, aparentemente patrocinada por el Estado y las elites locales para su consumo en eventos laborales y en ceremonias de naturaleza religiosa y político-social.[83]

2. La costa central

La composición cultural en esta región era variada durante el Período Intermedio Tardío. Los diferentes grupos humanos se asentaron en las partes altas, medias y bajas de los valles, pero las tierras regadas por los ríos que bajan de la sierra se aprovecharon con más intensidad para la producción agrícola. Se menciona que durante este periodo las sociedades estaban organizadas en señoríos o curacazgos. Sin embargo, combinando fuentes arqueológicas y etnohistóricas, tendríamos que señalar que estas entidades aparecen con más claridad en las cuencas del Chillón, el Rímac y Lurín; mientras que en los extremos norte y sur de la costa central son más difíciles de precisar, quizá, porque estaban organizadas en unidades políticas aún menos complejas y con ocupaciones distintas a la agricultura. Investigaciones recientes llevadas a cabo señalan que en el valle de Cañete se desarrolló el curacazgo de Huarco, cuya organización económica especializada describiré líneas adelante. De la misma manera, en el norte chico se desarrolló la llamada cultura Chancay.

La cultura Chancay

Si fuera cierto que la cuenca del Chillón correspondía a la frontera sur del territorio chimú, tendríamos que aceptar que el valle de Chancay estaba

83. Moore 1989.

incluido en los dominios chimú. Quizá Chancay haya mantenido más bien cierta independencia después de la conquista chimú, como parece sugerir la secuencia de ocupación cultural en esta región, de acuerdo a investigaciones arqueológicas.

El territorio de la cultura Chancay comprendía el valle de Huaura por el norte hasta el valle bajo del Chillón por el sur, en Lima. Era una sociedad con una densidad poblacional alta, lo que se observa en el gran número de asentamientos habitacionales y de cementerios que existen en su área nuclear. Los arqueólogos polacos, que han hecho estudios sucesivos en la zona, han identificado adicionalmente la presencia de centros residenciales de elite, centros administrativos y centros ceremoniales, lo cual evidencia un nivel de complejidad de su organización política. Algunos de los centros administrativo-ceremoniales Chancay serían Pisquillo Chico y Lauri; mientras que Pancha la Huaca sería un complejo residencial de elite.

El estudio realizado en cementerios Chancay y el posterior análisis del material recuperado señalan que fue una sociedad que se regía por un complejo sistema religioso y una práctica ritual esencialmente orientada al culto de sus muertos. La muy lograda producción artesanal especializada estaba vinculada al sistema de creencias. Los materiales cerámicos analizados indican que los Chancay eran diestros alfareros que producían vasijas de formas diversas, entre las que sobresalen los llamados "chinos", que eran vasijas elegantes y sobrias, con representaciones antropomorfas y decoración geométrica.

También descollaron por su sofisticada producción textil. Se les considera innovadores en esta tecnología y en su representación artística. La producción de gasas es la más reconocida. Combinaron en muchos casos el algodón y la lana; también pintaron telas. Los fardos funerarios Chancay contienen réplicas de cabezas, de caras enlucidas de pintura, máscaras, muñecas, además de ofrendas.

El valle del Chillón

Información etnohistórica referida al valle del Chillón, por otro lado, ha permitido saber que durante el Período Intermedio Tardío y en parte del Horizonte Tardío, las distintas entidades ocuparon espacios geográficos de diferentes medio ambientes, aprovechando las diferentes zonas de vida presentes gracias al escalonamiento del valle. Una de ellas fue la llamada *chaupi yunga,* ambiente propicio para el cultivo —entre otros productos— de coca,

hoja muy cotizada por sus usos ceremoniales. Uno de estos enclaves cocaleros habría sido la zona donde hoy se asienta Santa Rosa de Quives. Dada la importancia de este medio ambiente, se dice, que diversos curacazgos se disputaban su control.

La trascendencia de estas tierras en tiempos prehispánicos se evidencia aun más durante el Horizonte Tardío, porque cuando los incas dominaron la región, trasplantaron *mitmas* para el cultivo especializado de coca; algunas de estas chacras parecen inclusive haber sido propiedad de los reyes incas.

El señorío Ichma

Para los valles de Lurín y Rímac abundan también indicadores arqueológicos y etnohistóricos que señalan el dominio del "Señorío Ichma", cuya sede principal fue Pachacamac, donde residía el curaca principal.

Los ichma se caracterizan por haber ocupado la parte media y baja de los valles mencionados, en donde construyeron aldeas y complejos piramidales, quizá también compartiendo estos escenarios con otras pequeñas formaciones políticas. La arquitectura ichma destaca, sobre todo, por las pirámides con rampa construidas en base a tapiales.

Eeckhout ha realizado excavaciones en la pirámide con rampa III del complejo de Pachacamac. Señala que las tres pirámides componentes de este complejo fueron construidas aproximadamente después del 1400 d.C., y fueron ocupadas de manera sucesiva por unos 30 o 40 años, para luego ser abandonadas luego de un ritual que incluyó ofrendas y clausura de sus ingresos.[84] Por otro lado, otros autores postulan que las pirámides se ocuparon simultáneamente.

Parece ser que las pirámides con rampa eran residencias palaciegas de funciones múltiples, en las que se realizaban actividades cotidianas de elite, se celebraban ceremonias y se almacenaban recursos para su posterior consumo y redistribución. También se realizaban enterramientos en ellas. Todo ello revela el empleo de mano de obra masiva en la construcción de grandes montículos y una producción especializada de bienes consumidos en ceremonias políticas y religiosas.

Se señala que la agricultura y la pesca eran actividades que les permitía un sustento variado y abundante. Esta sociedad fue asimilada por los incas

84. Eeckhout 2004.

luego de la conquista de la costa central, ejerciéndose el poder a través de mecanismos indirectos de dominio.

3. La costa sur

En la costa sur del Perú se desarrollaron un conjunto de curacazgos. Los más representativos son el de Huarco en Cañete, al sur de Lima, y el de Chincha en Ica. Ambos fueron investigados desde una perspectiva arqueológica y etnohistórica.

El Curacazgo de Huarco

Llamado también Señorío de Huarco. Se dice que dominó un territorio de unos 140 km en el valle de Cañete y que estaba regido por un curaca. Limitaba con los de Lunahuaná por el Este, con quienes mantuvo relaciones amistosas; por el Sur, con los de Chincha; y, por el Norte, con los de Mala, cuyas relaciones fueron hostiles. Cerro Azul fue una comunidad de pescadores especializados, representativa de este curacazgo, que se ubicó sobre un promontorio rocoso de la bahía. Fue estudiado por Joyce Marcus y sus colegas. La información que reproducimos procede de sus investigaciones interdisciplinares.[85]

En el marco de una explicación general del escenario donde se desarrollan las comunidades de pescadores, se destaca que las condiciones ambientales de tipo costero desértico y la corriente marina, que acarrea masas de nutrientes para las especies mayores, facilitan todo tipo de actividades pesqueras. Se indica asimismo que, durante el Período Intermedio Tardío, los de Cerro Azul y los pescadores de otros asentamientos tenían acceso —además de los recursos marinos— a ganado de zonas alto andinas, a animales domésticos pequeños, a recursos agrícolas para su alimentación, aunque de manera diferenciada por sus respectivas posiciones sociales.

Si bien consumían productos agrícolas, los pescadores no se dedicaban a la agricultura, aunque dada su actividad especializada sí habrían cultivado totora y algodón. Tan especializada e importante era su actividad que una vez incorporados al Tawantinsuyu, los pescadores no cumplían la *mita*, que era una obligación de los grupos étnicos en tiempos incas.

---

85. Marcus 1987; Marcus *et al.* 1999.

Marcus indica también que los pescadores de Cerro Azul reconocieron tres hábitats costeros: la peña, la costa y la playa. De manera particular, aprovecharon de la playa la anchoveta y la sardina; y, en menor cuantía, la corvina y la lorna, entre otras especies, empleando redes para la pesca, a manera de las actuales atarrayas, además de la red de cortina. Se dice que familias nobles dirigieron centenares de pescadores que pescaban en cantidades que superaban las necesidades de la comunidad.

La extracción de recursos marinos tenía doble fin. Por un lado, servía para la alimentación de la población; y, por otro, la recolección de anchoveta y sardina se destinaba al intercambio económico regional. Por medio de este sistema, el excedente de pesca de ambas especies, previamente procesado (secado) y temporalmente almacenado en capas de arena al interior de los cuartos, se enviaba a las comunidades agrícolas. De esta manera, a través de los productos de mar, se podía tener acceso a otros bienes de zonas ecológicas diferentes. Así, los productos de la sierra se movilizaban a la costa y los productos de la pesca marina hacían lo propio en caravanas de llamas, realizando un intercambio que con el tiempo se configuró en un sistema económico regional complementario.

Otro rasgo importante de los pescadores de Cerro Azul concierne a la complejidad de sus actividades económicas domésticas. Excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en varias estructuras residenciales de elite y de servicio evidenciaron que no solo se trataba de habitaciones, sino de unidades residenciales con funciones variadas, como indican las áreas de cocina, las áreas de trabajo y algunas edificaciones que servían como almacenamiento de pescado seco.

Las áreas de consumo evidencian igualmente el acceso a recursos procedentes de hábitats distintos a los de la costa. La llama fue uno de los importantes recursos alimenticios complementarios de los pescadores, procedente de zonas alto andinas. Se encontraron huesos de camélidos en edificios habitacionales, lo que señalaría consumo de carne de llama, fresca o transformada en *charqui,* insumo que se conseguía a través del trueque. Se encontraron solo 458 fragmentos de huesos en las estructuras habitacionales excavadas, escasa cantidad si se la comparara con la encontrada en basurales de sitios habitacionales del curacazgo de Lunahuaná, en la parte alta del valle. Los caravaneros llegaban a Cerro Azul en determinados periodos trayendo productos del interior y, de regreso, llevaban pescado seco.

Veinte de las grandes especies se capturaban para el consumo local: las elites prefirieron la corvina y el robalo; y los del común, el pezgato. Los

basurales excavados revelan que el 80% de los restos identificados corresponden a anchovetas y sardinas. Las familias de elite prefirieron las sardinas, mientras que el común consumía anchoveta.

La elite, como el común, tenía acceso diferenciado a la carne de camélidos. Las familias de la elite obtenían ocasionalmente camélidos enteros o porciones de charqui de manos de los caravaneros visitantes, mientras los del común solo conseguían charqui. También se consumía carne de cuy en Cerro Azul, un uso alterno al empleado en contextos ceremoniales. Se encontraron 377 fragmentos de huesos en ambos complejos excavados, según reporte final de Marcus.

Para incrementar con más información relevante y reciente sobre la implicación del Enso (Fenómeno de El Niño) en la vida económica de las poblaciones de períodos prehispánicos, se indicarán datos recuperados y analizados por Daniel Sandweiss del sitio llamado Lo Demás, un asentamiento de pescadores de tiempos incas que se ubica muy cerca del sitio de La Centinela en Chincha Baja, en Ica; el cual, no obstante, habría sido ocupado desde el Período Intermedio Tardío.[86]

Se señala que el régimen de anchoveta corresponde a condiciones frías costeras y de baja frecuencia de eventos Enso, mientras que el régimen de pesca de sardinas está asociado a condiciones más templadas y alta frecuencia de Enso. En Lo Demás, se documenta el paso o desplazamiento de la pesca dominante de anchoveta a la de sardina hacia el 1500 d.C. Este cambio se correlaciona con el crecimiento de la frecuencia Enso; de modo que el cambio obedece a una variabilidad natural.

El Enso tiene una frecuencia de 2 a 7 años. Durante el fenómeno de El Niño se reduce dramáticamente el flujo de nutrientes. Un efecto crítico durante el Enso es la baja captura de anchoveta. El *stock* de anchoveta es muy sensible a las condiciones ambientales. Los autores acuden también a información procedente de un evento reciente para señalar que, durante El Niño de 1982-1983, se produjo un dramático descenso en la producción primaria de fitoplancton, motivo por el cual —entre otras consecuencias— decreció la supervivencia de la anchoveta (porque los adultos se alimentan de fitoplancton, baja su multiplicación y disminuyen también las larvas).

El *stock* de sardinas es menos sensible al Enso que la anchoveta. En Lo Demás, la presencia de anchoveta dominó los estratos inferiores en los dos

86. Sandweiss *et al.* 2004.

complejos excavados (B y C), mientras que las sardinas fueron más abundantes en los niveles superiores. Esto significaría un cambio de régimen de pesca de anchoveta de clima frío al régimen de pesca de sardina de ambiente más templado entre los 1480 d.C. y el 1540 d.C., y se descarta así que el cambio se haya debido a un asunto tecnológico.

El Señorío de Chincha

El Señorío de Chincha dominó el escenario político de la costa sur durante el Período Intermedio Tardío. La ocupación del valle de Chincha fue intensa, continua y con una población numerosa. Los complejos piramidales y las aldeas caracterizan el sistema de asentamientos chinchanos. Los primeros fueron núcleos residenciales, centros ceremoniales, tumbas y centros administrativos, mientras que las aldeas fueron pequeños conglomerados habitacionales ocupados por poblaciones comunes.

Existen dos complejos piramidales contemporáneos llamados La Centinela de Tambo de Mora, ubicado en la parte norte del valle, y La Centinela de San Pedro, en el lado sur. Según algunos arqueólogos, estos dos complejos fueron los núcleos que habrían definido el patrón de distribución de los sitios chinchanos; de tal manera que habrían sido los referentes arquitectónicos de otros pequeños complejos habitacionales o de centros ceremoniales menores.

Adicionalmente, la disposición de los asentamientos en todo el valle estaba aparentemente organizada y distribuida a partir de una percepción simbólica del espacio.[87] Se observa un sistema de distribución radial de caminos que se originan tanto en la huaca La Centinela como en la de San Pedro. Los caminos están articulados con un conjunto de asentamientos y centros cívico-religiosos correspondientes al Período Intermedio Tardío y al Horizonte Tardío. Sobresale un camino extenso que une estos dos centros cívico-ceremoniales y que corre paralelo a la playa entre Chincha y Pisco.

Esta configuración de caminos, sugiere Wallace, no solo fue usada en contextos religiosos, sino que también facilitó el flujo de bienes económicos en todas las direcciones, integrando quizá regiones como Pisco, Ica y Nazca; Topará y Cañete; y la sierra, ya que se presume que aquellos caminos identificados para el valle chinchano se extendían hasta regiones distantes. Por

---

87. Wallace 1991.

tanto, el sistema de caminos tendría una función doble: la de permitir el peregrinaje a los centros religiosos y la de facilitar el tránsito de tratantes. Así, peregrinos portando ofrendas y mercantes transportando bienes habrían sido los usuarios de estas rutas.

Los reconocimientos arqueológicos realizados en diferentes sectores de distintos complejos arquitectónicos señalan que, algunos de ellos, se componen de un gran templo, de probables áreas para celebrar ritos religiosos, políticos y sociales, de viviendas de elite y de edificaciones para el almacenaje, respaldando así, la posibilidad de la doble función señalada.

Wallace postula también, que "el sistema de caminos puede ser visto como una expresión física de integración de factores ideológicos, económicos y sociopolíticos",[88] de modo que pudo ser un eficiente mecanismo para movilizar bienes y también peregrinos entre el valle chinchano, la sierra andina y los valles costeros del sur; quizá, diríamos, un tráfico en el área de prestigio de la huaca chinchana, hija de Pachacamac.

La Centinela de Tambo de Mora, considerado por Menzel y Rowe como capital de este reino,[89] tiene unas 32 hectáreas de extensión; y en tiempos del Período Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío debió ser más grande, pues hay restos de estructuras en un área aproximada de 60 hectáreas. Entre las construcciones piramidales destacan dos, por su ubicación y sus atributos monumentales. La primera corresponde al montículo más grande, con casi 50 metros de altura; en la parte superior se observan algunos frisos en plano relieve y murales pintados con motivos propios de la tradición estilística local. La segunda corresponde a un conjunto de construcciones incaicas que reproducen el más fino de los estilos de la arquitectura inca de barro. Los otros montículos, si bien corresponden al Período Intermedio Tardío, presentan evidencias alfareras y arquitectónicas de haber continuado funcionando durante la ocupación inca. Wallace señala que este sitio fue un centro de actividades ceremoniales, de residencia de elite y de "funciones económicas concomitantes".[90]

La economía de subsistencia se sostenía en el aprovechamiento de recursos marinos, de frutales y de otros bienes agrícolas producidos en las amplias tierras irrigadas del valle. Evidencias de este consumo diverso se

88. Wallace 1991.

89. Menzel y Rowe 1966.

90. Wallace 1991.

encuentran en basurales y en pisos habitacionales excavados por arqueólogos en algunos de los montículos de La Centinela, de Tambo de Mora y en otras pequeñas aldeas en el interior del valle.

Los datos más verosímiles sobre actividades económicas proceden de la etnohistoria, y se debe a M. Rostworowski la descripción más acuciosa sobre el tema.[91] Y, si bien corresponden a la época inca, se postula que las actividades desarrolladas eran similares a las realizadas durante el periodo anterior a la ocupación incaica y que fue incorporada sin cambios por el Estado inca. Las fuentes revelan la existencia de una significativa población en el valle con actividades económicas diferenciadas. Se habla de 30 mil tributarios, de los cuales 12 mil eran agricultores, el grupo más numeroso cuyas actividades satisfacían las necesidades de toda la población.

Debe destacarse una información que grafica la fertilidad de la región, la cual señala que el valle de Chincha tiene unas 22 mil hectáreas de tierras cultivables por riego, con un litoral costero de unos 25 kilómetros y una entrada hacia el piedemonte, por el que se accede a la sierra y por donde —a su vez— bajan los ríos para el riego directo, lo que permite el almacenamiento de la napa freática para la utilización posterior a través de pozos de agua. De modo que se puede afirmar que el riego está asegurado de manera permanente y que el valle constituye el área más extensa de siembra en esta parte de la costa sur del Perú, como indican algunos investigadores.

Por otro lado, se menciona la existencia de pescadores en número de 10 mil, igualmente una cifra elevada y que correspondería tanto a los pescadores de Chincha como a los de Pisco, ya que se trata de un litoral continuo en el que se habrían organizado en distintas caletas. La pesca en gran volumen, lograda por los pescadores, satisfacía también la demanda de pobladores de algunas regiones serranas, adonde fue transportada después de su procesamiento previo.[92] Se presume que los pescadores y sus familias vivían, separados de otros grupos de trabajadores, a ambos lados del gran camino que corre paralelo al litoral marino y une La Centinela con San Pedro.

Asimismo, se señala que el Señorío de Chincha manejaba una economía básicamente de intercambio y que en ella radicaba la verdadera riqueza y opulencia de dicho curacazgo. Además, el intercambio se considera

---

91. Rostworowski 1977.

92. Wallace 1991.

como la actividad más compleja entre todas las desarrolladas durante la época precolombina. Este sistema habría tenido repercusiones económicas en otras entidades menores contemporáneas. Posteriormente, los incas comprendieron las implicaciones político-económicas de esta actividad, por lo que todo el sistema pasó a la administración estatal y, parece ser, que el Estado inca monopolizó todo el sistema de intercambio.[93] Para tiempos incas se menciona la existencia de 6 mil mercantes, evidentemente, una cantidad poblacional alta para una sociedad preindustrial.[94]

Este sistema consistía en el intercambio de bienes recolectados o producidos en la cuenca chinchana y en otras regiones de ambientes distintos, a través de un sistema de comunicación integrado por el cabotaje marino y por las caravanas de llamas. Estaba a cargo de grupos de personas especializadas llamadas "mercaderes" que, en muchos casos, habrían usado como medio de cambio para sus transacciones una suerte de "moneda primitiva", hecha de cobre de procedencia serrana. Esta actividad hizo posible la articulación económica de la costa ecuatoriana, de casi toda la costa peruana y de las tierras alto-andinas del Titicaca, de acuerdo a documentos etno-históricos. Durante el Período Intermedio Tardío, esta actividad comprometió también la participación de "mercaderes chimú" para alcanzar "mercados" de territorios septentrionales. Se cree, entre los investigadores, que inclusive formaban parte de una suerte de "liga de mercaderes". Resulta aún especulativo, sin embargo, el postulado que sostiene que el intercambio a larga distancia comprometía también territorios de Centroamérica.

Entre los bienes de prestigio se traficaba el mullu (concha *spondylus*) que circulaba entre la costa ecuatoriana y la peruana. El circuito incluía también el Cuzco y el Collao. Rostworowski menciona asimismo el tráfico de bienes menores como mates y otros pequeños ornamentos. Se señala también que, como parte del intercambio, circulaban metales preciosos, gemas y esmeraldas del norte andino. Se trataba de bienes que no tenían que ser transportados en grandes cantidades para ser ventajoso o lucrativo y, además, requerían solo de un mínimo de almacenaje.[95]

Los documentos etnohistóricos no mencionan la existencia de "mercados" en sí, de modo que se sugiere que el intercambio de bienes locales

93. Murra y Morris, comunicación personal.

94. Wallace 1991.

95. Rostworowski 1977.

habría ocurrido en La Centinela o muy cerca de ella, en períodos de temporada alta de peregrinos. Sin embargo, desde una perspectiva más amplia y elaborada, Wallace señala que el sistema económico chinchano puede ser visto dentro del modelo planteado por la escuela de Karl Polanyi, quien denomina "puerto de mercado" a un centro de intercambio políticamente neutro que evita el colapso de la red de mercados durante una disputa política. Su poder, en términos materiales —agrega— pudo ser estrictamente económico, mientras que el éxito de sus actividades de intercambio a larga distancia pudo incrementarse por su postura no militarista. El éxito se encontraba en el grupo móvil de mercaderes.[96]

Si se acepta la existencia de un sistema de intercambio económico extensivo aparejado con una estudiada neutralidad política, este resulta ser un modelo distinto o contrario al existente en la sociedad chimú, dada su centralización urbana y su política expansiva, mientras que Chincha fue —más bien— internamente descentralizada.[97] De manera que el poder y prestigio del Señorío de Chincha no radicaba en el manejo de un gran territorio producto de su expansión y posterior dominio territorial —como sucedió con el modelo político Wari o Tiwanaku—, sino en el manejo del sistema de intercambio económico de bienes esenciales.

El estatus elevado de los señores de Chincha, la riqueza acumulada y, sobre todo, el manejo del intercambio a larga distancia por los curacas hicieron que el Estado inca adoptara mecanismos diplomáticos para su introducción al sistema político-administrativo imperial. El privilegio otorgado a estos Señores se ve, por un lado, en la incorporación de elementos arquitectónicos cuzqueños en sus nuevas residencias, como el complejo La Centinela de Tambo de Mora.[98] Este mismo fenómeno sucede con sus vajillas. Por otro lado, el uso de ciertos objetos y las atenciones dadas a los señores chinchanos eran similares al de los reyes incas, como se ve en la descripción hecha de una escena en la toma de Cajamarca por Pizarro, donde los dos únicos personajes que eran conducidos en literas eran el Inca Atahualpa y el Señor de Chincha: "Cuentan que un día le preguntó Francisco Pizarro al Inca cautivo la razón de este privilegio, a lo que respondió

96. Wallace 1991.

97. Wallace 1991.

98. Morris y Santillana 2007.

Atahuallpa que se trataba de un amigo suyo, del mayor Señor de los Llanos, y que disponía de cien mil balsas en la mar".[99]

4. La sierra central

La sociedad huanca

La ocupación humana en el valle del Mantaro durante el Período Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío ha sido investigado a partir de fuentes etnohistóricas y de trabajos arqueológicos, sobre todo los llevados a cabo por el equipo de arqueólogos de la Universidad de California, en los años Ochenta del siglo pasado, estudios que han permitido caracterizar los rasgos sociopolíticos y económicos de los huanca. Esta entidad alcanzó el clímax de su desarrollo independiente durante el periodo Wanka II (1350-1460 d.C.), de acuerdo a la secuencia regional, y continuó funcionando cuando los incas dominaron la zona, período que se conoce como Wanka III (1460-1533), ya durante el Horizonte Tardío. De modo que, para tener un mejor entendimiento sobre las formas de vida huanca del periodo regional y los cambios ocurridos en la sociedad local cuando los incas conquistaron la región, utilizaremos las informaciones arqueológicas recuperadas y publicadas por los miembros de este equipo arqueológico.[100]

¿Qué significó la presencia inca en la región del Mantaro? Los investigadores mencionados sostienen que, durante el periodo Wanka III (1460 - 1533 d.C.), los incas dominaron la región y su presencia permitió, por un lado, el incremento de las tierras agrícolas y, por otro, la reestructuración del patrón poblacional local. De esta manera, gran parte de la población nativa huanca de los pequeños enclaves de altura se trasladó a la parte baja del valle que contaba con extensas tierras irrigadas; y así, la región se convirtió en productora de gramíneas, sobre todo, de maíz a gran escala para fines propios del Estado cuzqueño. Accedieron también a la yunga húmeda, ubicada al cruzar el contrafuerte oriental de la cuenca del Mantaro, para procurarse recursos de subsistencia y bienes ceremoniales.

Los autores han estudiado las diferentes expresiones sociales y económicas de un conglomerado de curacazgos huanca durante el Período Inter-

---

99. Pizarro 1944: 186, citado en Rostworowski 1977: 107.

100. Costin y Earle 1989.

medio Tardío (Wanka II, 1350-140 d.C.). Indican que la guerra permanente entre dichos curacazgos determinó que los asentamientos fueran fortificados o que se construyeran en lugares protegidos naturalmente. Asimismo, señalan que, durante el período Wanka II, los signos de estratificación social eran muy claros y se modificaron a raíz de la ocupación inca; además, los símbolos de referencia de la elite durante el Período Intermedio Tardío cambiaron posteriormente al modo inca. Igualmente, han observado cambios en las actividades económicas y en el acceso a los variados recursos de gran valía económica y ritual.

Durante el período Wanka II, los asentamientos centrales de cada curacazgo se distinguieron por sus plazas públicas y edificios usados en ceremonias religiosas y políticas. Asimismo, las unidades domésticas de elite destinaron mayores áreas para el almacenamiento y para celebraciones de fiestas, mientras que en el período Wanka III disminuyeron estas áreas. Las diferencias entre nobles y comunes también se redujeron porque el "Estado Inca absorbió las prerrogativas del estatus y poder de la elite local".[101]

Parece ser que la densidad poblacional fue elevada, sobre todo, en las épocas finales del Período Intermedio Tardío. La población de los curacazgos fluctuaba entre los 12 mil y 17 mil habitantes, estimaciones que proceden de prospecciones arqueológicas realizadas en la región. La población habría crecido porque, de acuerdo a estudios climatológicos, el área atravesaba por un tiempo de estabilidad climática y porque se habría incrementado la humedad y, en consecuencia, se habría elevado la producción agrícola en las extensas tierras aluviales del valle.[102]

Entre los sitios representativos de este período, por su extensión y densidad demográfica, destacan: Hatunmarca de 130 hectáreas y con una población estimada en 12 mil habitantes; Tunanmarca de 32 hectáreas y con 8 mil habitantes. Podrían ser —de acuerdo a los citados investigadores— sitios que desempeñaron roles administrativos sobre otros asentamientos pequeños dentro de un modelo de jerarquía de sitios. Y, Unpamalca, un sitio menor en la estructura jerárquica, con una población aproximada de 3,500 habitantes. En Hatumnarca se han identificado algunas "estructuras públicas" que señalarían que el sitio, además de ser una aldea esencialmente residencial, albergó en sus épocas finales algunos recintos en los que se ejercían funciones políticas algo especializadas.

101. Costin y Earle 1989.

102. Costin y Earle 1989.

Tanto las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en determinadas unidades familiares de elite y del común, como el análisis de evidencias encontradas permitieron conocer diferentes aspectos de la economía de subsistencia, de la economía productiva de bienes suntuarios y de las formas de vida de los huanca antes de la llegada de los incas. De igual manera, ha sido posible señalar la incidencia de los cambios ocurridos después de la presencia incaica en una variedad de aspectos de la economía como la tecnología, el consumo, la función que tenían determinados espacios y la celebración de fiestas. Para ello, se centraron las indagaciones en los patios de diversas unidades familiares: 7 pertenecientes a la elite y 11 pertenecientes a la población común, correspondiente al Wanka II, los mismos que se han comparado con 6 unidades de la elite y 8 de la población común del Wanka III, cubriendo un total de "31 unidades analíticas".

De igual modo, los arqueólogos evaluaron una variedad de evidencias materiales encontradas en las excavaciones, a las que se les reconoció valores distintos. Los autores lamentan, sin embargo, la falta de textiles, dado que el tejido era un indicador de prestigio, de simbolismo, de poder y de desarrollo tecnológico.

Durante el Wanka II, el acceso a los recursos de subsistencia fue diferenciado. La elite consumía una mayor cantidad de maíz procedente de tierras templadas del valle; de la misma manera, consumía más carne, especialmente, de camélido y cérvido. Por otra parte, solo en unidades familiares de elite se han encontrado productos agrícolas que no son de subsistencia, pero que sí tienen alto prestigio, como el ají, la coca y el tabaco, importados de medio ambientes tropicales. En cambio, las poblaciones comunes consumieron menos maíz y mucha menos cantidad de carne. Ambos sectores sociales, sin embargo, consumieron un porcentaje mínimo de carne de perro. La diferencia en la cantidad de carne consumida entre la elite y el común —afirman los autores— debe ser por las diferencias en el acceso a la carne y debe ser un reflejo de las prerrogativas administrativas y las posiciones en la red de intercambio entre cacicazgos del Período Intermedio Tardío.

Durante el Wanka III, se incrementa el consumo de carne en ambos sectores; sin embargo, el consumo de carne de camélidos y de perros es mayor en la población común que en la elite. Asimismo, la elite consumía un porcentaje mayor de carne de venado que los sectores comunes. También se indica que, durante esta etapa, los hombres consumían más maíz que las mujeres.

Durante el período local (Wanka II), utilizaron más vasijas utilitarias locales "de gran valor" en eventos ceremoniales, como las jarras y los cuencos decorados. "En el periodo Wanka II, el estatus y el poder estuvieron marcados por símbolos definidos localmente. Las elites mantuvieron su base de poder en la construcción de alianzas entre ellas. Estas alianzas fueron aparentemente simbolizadas en parte a través del intercambio de vasijas de prestigio".[103] Durante el Wanka III, estas redes regionales decayeron en importancia y fueron reemplazadas por una manera nueva de entablar alianzas. En esta época, hubo una relativa concentración de cerámica inca, especialmente del llamado aríbalo.

Los sistemas de prestigio definidos localmente decayeron porque los huanca fueron incorporados a la burocracia estatal inca. De la misma manera, las relaciones políticas y sociales entre las vecinas elites regionales que eran tradicionales y horizontales se convirtieron en vínculos verticales, por los cuales las elites locales pasaron a ser subordinadas al Estado y, al mismo tiempo, dependientes respecto del Estado, para lograr distinción social y legitimar su autoridad.

Del mismo modo, durante el período de desarrollo local, los bienes metálicos —como agujas de cobre o bronce— fueron escasos y se concentraron en las residencias de elites y, escasamente, en los del común. En cambio, la circulación de estos objetos durante el Wanka III fue significativa y, además, se incluyeron otros bienes como cinceles, hachas y bolas. El bronce debió obtenerse a través del intercambio a larga distancia durante el Wanka III; inclusive creció sustantivamente el uso de objetos de bronce entre los comunes.

La diferenciación social se ve también reflejada en el patrón constructivo habitacional y en la introducción de determinados elementos arquitectónicos, pero no en la tecnología ni en el material constructivo. Durante el Wanka II, las edificaciones fueron simples y circulares, por lo que la diferencia entre las edificaciones de la elite y las del común radicaba más bien en el tamaño y en el acabado de los patios.

En el Wanka III, los comunes mantuvieron las formas de sus edificaciones, mientras que la elite empezó a construir recintos de formas rectangulares con los característicos nichos trapezoidales del estilo arquitectónico

103. Costin y Earle 1989.

inca, a manera de un nuevo símbolo adquirido y, en consecuencia, nuevos estilos de vida asimilados y nuevas necesidades económicas.

Asimismo, se indica la producción y circulación de ciertos bienes especiales, considerados de lujo. Este tipo de objetos incluyen cerámica exótica, metal, concha marina y otros bienes obtenidos solo a través del intercambio regional y de larga distancia. Fueron objetos importantes en la sociedad huanca porque formaban parte del fondo de riqueza económica y porque algunos otros constituyeron símbolos de control de la elite huanca. La elite en el periodo Wanka II tuvo 5 veces más cantidad de cerámica exótica y plata que los comunes. Igualmente importante fue, en ambos períodos, la concentración de objetos de metal lujosos —como tupus y discos— en unidades familiares de elite. Curiosamente, en el Wanka III, se incrementó la circulación de plata y cobre en general, pero disminuyó entre la elite y subió entre los comunes; quizá esto se explique por la intervención del Estado inca en la circulación de bienes.

El almacenaje es otro indicador económico de la variedad y cantidad de recursos. Así, en el periodo Wanka II, el almacenaje era una actividad desarrollada dentro de la esfera familiar, mientras que durante el Wanka III los incas construyeron grandes y numerosos almacenes alejados de las comunidades locales, como parte de la economía política estatal.

Finalmente, debe señalarse que los bienes especiales usados en actividades ceremoniales servían para consolidar la "distinción del estatus social"; y la más importante de estas ceremonias fue el festín ofrecido por las elites durante el período Wanka II. Los festines o ceremonias de hospitalidad ofrecidos eran expresiones simbólicas de reciprocidad para reforzar alianzas con los comunes.

Se realizaban continuamente en los patios de las residencias de elite, como se desprende del registro de vasijas de cocina utilizadas en abundancia, así como por el uso de un gran número de batanes y la concentración de huesos quemados, lo que indicaría —a su vez— consumo de carne asada y hervida; asimismo, por el uso de vasijas para servir: las pequeñas para porciones individuales, y las más grandes y de más fondo para chicha o comida preparada. Durante el Wanka III, las evidencias de festines entre las elites disminuyen, mientras que los festines financiados por los incas iban en aumento, aunque el consumo de maíz continuaba concentrado entre la elite.

A manera de resumen, Costin y Earle señalan que con el advenimiento de la paz incaica en la región se ganó libre acceso a recursos locales, inclu-

yéndose las tierras agrícolas, las pasturas, los cotos de caza y los productos artesanales.[104]

Los Asto

Al sur del valle del Mantaro —aún en el curso medio y bajo del río Mantaro, que viene a ser la parte nororiental de Huancavelica—, se asentaron los Asto, una formación política que tuvo el nivel de curacazgo, de acuerdo a los estudios de un equipo arqueológico francés.[105] En la parte occidental de Huancavelica y los límites con los departamentos de Junín y Lima se encontraban también los Chunku y Laraw.

Los asentamientos Asto se encuentran entre los 3,600 msnm y los 4,400 msnm; espacio altitudinal que fue el preferido por los grupos serranos del Período Intermedio Tardío. Durante el Horizonte Tardío, sin embargo, hay una modificación en el uso del espacio altitudinal, por lo que muchos asentamientos locales se trasladaron a zonas de vida más templadas, ubicadas en las partes bajas de las cuencas.

Se han ubicado once (11) sitios por encima de los 4,000 msnm; catorce (14) se encuentran entre los 3,500 y los 3,900 msnm; y dos (2) por debajo de los 3,500 msnm. La información etnohistórica que señala a los Asto concentrados en las partes bajas de los valles corresponde más bien a reasentamientos, producto de las reducciones toledanas de tiempos virreinales tempranos. En este tiempo, se abandonaron los asentamientos prehispánicos y solamente volvían a ellos cuando tenían que enterrar a sus muertos o realizar alguna actividad ritual, precisan las investigadoras citadas.

Los fechados radiocarbónicos obtenidos en distintas aldeas Asto señalan ocupaciones que van desde el 900 d.C. hasta el 1200 d.C. Los sitios característicos son: Olluta de 5 hectáreas, con una población aproximada de 800 habitantes; Aukimarka de 5 hectáreas y unos 800 pobladores; Asomara de 32 hectáreas y una población estimada en unos 5,000 habitantes; Chuntamarca de 3 hectáreas y 500 pobladores; y, finalmente, Cunaire de 9 hectáreas y unos 1,400 habitantes.

En algunas aldeas, sobre todo en aquellas ubicadas en las cumbres, se han identificado construcciones circulares levantadas en el interior de

---

104. Costin y Earle 1989.

105. Lavallée y Julien 1983.

recintos, ubicados en sectores más protegidos del sitio. Parecen ser depósitos de alimentos para uso colectivo, según unos arqueólogos; o pozas de agua, al parecer de otros.

Los asentamientos por encima de los 4,000 msnm correspondían a unidades domésticas pastoriles, asociadas a corrales de pirca de forma ovalada o rectangular. Las casas excavadas indican haber tenido funciones múltiples: en algunas partes se guardaban instrumentos para labores agrícolas, algunas pequeñas armas, instrumentos para el cuidado del ganado y herramientas para tejer, hilar y coser. Otros espacios se usaban para guardar alimentos y también se han ubicado espacios con evidencias de fogones, fragmentos de vasijas utilitarias y desperdicios de alimentos.

Quizá, en las épocas finales del Período Intermedio Tardío, los Asto conformaron un curacazgo de unos 15,000 habitantes, con una economía agropecuaria básicamente de subsistencia que complementaron con el aprovechamiento de recursos de zonas de vida más templadas.[106]

Zona de Ayacucho y Apurímac

Siguiendo hacia el sur, ya en los actuales departamentos de Ayacucho y Apurímac, fuentes etnohistóricas y arqueológicas señalan la presencia, antes de la conquista inca, de un gran número de grupos étnicos organizados políticamente a nivel tribal. Se debe recordar que esta región involucionó después de la caída wari en el Horizonte Medio. Así, de ser una zona donde la sociedad estaba organizada políticamente en un Estado expansivo y urbanísticamente inventora de la ciudad andina, devino en una región sin recursos y sin instituciones políticas complejas. Al parecer el cambio climático drástico, al que hemos hecho referencia, afectó esta región mucho más que a otras y, como consecuencia de ello, mermaron los recursos hídricos y no manejaron tecnologías eficaces que les permitieran modificar los efectos de esta catástrofe.

Entre la región ayacuchana y apurimeña existieron durante el Período Intermedio Tardío unos diez grupos étnicos de un nivel de desarrollo más bien tribal segmentado. Destacan entre ellos los tanquihuas, los guamanes, los chancas, los rucanas, los soras y los quichuas. Todos ellos se caracterizaron por copar las partes altas de los valles y por construir sus viviendas

---

106. Lavallée y Julien 1983.

en partes inaccesibles, o bien hacerlas más seguras construyendo muros de protección.

Sus edificaciones eran circulares u ovaladas; quizá, en algunos casos, agrupadas en unos cuantos recintos. Algunas aldeas presentan pequeñas plataformas, sobre las cuales se construyeron recintos; así también, varias de estas aldeas tenían canchones. Las casas eran de aparejo rústico. La cerámica era tosca y ya no exhibía ni la tecnología ni otros rasgos finos del Horizonte Medio. Sus habitantes manejaron una economía de autosuficiencia y vivían en permanente conflicto.

5. La sierra sur

En la región cuzqueña el panorama cultural del Período Intermedio Tardío es bastante distinto si se compara con el de la cuenca del Titicaca, del Pampas y del Apurímac, que describimos líneas arriba. De acuerdo a datos arqueológicos, se acepta que Pikillaqta —el centro provincial wari más importante en el Cuzco— fue abandonado alrededor del 900 d.C., como parte del colapso general de las sociedades al final del Horizonte Medio. Este colapso dio inicio a una nueva etapa conocida como Inca Temprano o cultura killke que concluye, a su vez, con la emergencia del Estado inca alrededor de 1438.[107]

La llamada cultura killke corresponde a una entidad política, cuyo territorio nuclear comprendía los valles de Quispicanchis, Anta y Vilcanota, con un área de influencia mayor que abarcaba regiones contiguas a dichas cuencas. Recientes reconocimientos arqueológicos llevados a cabo por Bauer en Paruro han demostrado la presencia de cerámica killke junto con otra cerámica de estilo local que el autor llama colcha y que pertenece también al Período Intermedio Tardío.

Además, a partir de la dispersión de la cerámica killke en la zona de Limatambo (próxima a la cuenca del río Apurímac), en el lado occidental del Cuzco, se ha incorporado una nueva región en la discusión de las modalidades de dominio territorial killke.[108] En consecuencia, la amplia distribución y la ubicación altitudinal variada de los sitios killke han permitido que se sugiera que, durante el Período Intermedio Tardío, aquel escenario

---

107. Rowe 1944; 1945.

108. Heffernan 1989.

se caracterizó por mantener un intercambio económico recíproco sobre la base de la circulación de objetos de prestigio. En este extenso espacio regional, se habrían asentado los grupos étnicos incas, chilques, mascas y tambos; y, quizá, la presencia generalizada de cerámica killke refleje —según Bauer— el intercambio regional de vasijas desde el núcleo central cuzqueño.

Los sitios killke se caracterizan por ser pequeñas aldeas que tienen en común una arquitectura sencilla de aparejo rústico. Tanto Dwyer como Bauer observan que la mayoría de los sitios killke no se encuentra en las crestas de los cerros, sino en espacios más bajos de los valles, construidos sin protección alguna y a los que se podía acceder fácilmente. Los sitios killke con defensas y en partes altas se limitarían quizá a la periferia circundante a la cuenca cuzqueña. La planta de sus edificaciones es circular, ovalada o rectangular, y sus pobladores vivían de recursos que procedían del "control vertical básico".

En la cuenca del Urubamba, algunos sitios están asociados a terrazas agrícolas y se presume que se estaba impulsando un nuevo sistema tecnológico que se cristalizó recién en tiempos incas y que modificó el paisaje de la cuenca del Vilcanota, por medio de la construcción de complejos sistemas de terrazas para la producción de maíz.

6. La cuenca del Titicaca

Los reinos altiplánicos

El Período Intermedio Tardío en la altiplanicie del lago Titicaca es conocido también como Período Altiplano, en el que se desarrollaron entidades políticas que dominaron la cuenca lacustre y que controlaron económicamente zonas ecológicas en regiones de la costa sur peruana y chilena, así como en el lado oriental correspondiente a Cochabamba, en Bolivia. Se sugiere que las formas de vida, los sistemas económicos ganadero-agrícolas propios del Período Intermedio Tardío continuaron durante el Horizonte Tardío, aunque con ciertos cambios introducidos por los incas, como se puede interpretar en las informaciones etnohistóricas que aparecen en la Visita de Chucuito de Garcí Diez de San Miguel.[109]

---

109. Diez de San Miguel 1964 [1567].

Las oscilaciones climáticas producidas en el área andina central, registradas por los glaciólogos, como señaláramos para el colapso de Tiwanaku, marcaron el inicio de un periodo crítico. Se indica que entre el 1100 y 1200 d.C. se produjo un período más seco. También se registra otro episodio de sequía entre el 1245 y el 1310 d.C. Estas oscilaciones climáticas habrían alterado todas las actividades económicas en áreas urbanas y rurales, habrían dificultado las posibilidades de abastecimientos de productos de alimentación y materia prima diversa; y, por último, se habría generado un ambiente de inestabilidad general que se transformaría en conflictos crónicos y de competencia entre diferentes grupos existentes en la región.[110]

Aquellos grupos pugnaban por aprovechar las pocas zonas húmedas, los pastizales y las escasas áreas de cultivo. De modo que la región se convirtió en un escenario de frecuentes batallas, por ejemplo, entre lupaqas y collas, lo que determinó que los sitios ocupados por estos grupos se levanten en la cumbre de los cerros y con construcciones defensivas adicionales. Uno de los asentamientos más impresionantes de este tipo es el llamado Pucara Juli que tiene unos 16 kilómetros de muros defensivos escalonados.[111] Investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en áreas de Chucuito-Cutimbo y Juli-Pomata evidencian también formas de vida distintas; y se presume que se vivía de manera menos holgada que en el Horizonte Medio.

Los efectos drásticos generados por las oscilaciones climáticas se refleja, asimismo, en el cambio en los patrones de asentamiento, al abandonarse los centros políticos y residenciales Tiwanaku de la altiplanicie y provocar que la población en general se disperse. Esta población procuró ocupar espacios preferentemente de altura que tenían más recursos naturales disponibles, como los pastizales, cuyo manejo impulsó una economía gana-dera en desmedro de una agrícola.

De esta manera, los cambios implican un crecimiento de asentamientos en zonas ecológicas agro-pastoriles y una mayor dedicación al manejo de rebaños de camélidos. En algunos casos, ciertos grupos habrían abandonado la agricultura para dedicarse íntegramente a la ganadería.[112] El registro arqueológico de los asentamientos de este período permite confirmar este nuevo desplazamiento, por el cual los sitios grandes y fortificados

110. Frye y de la Vega 2005: 173, 183.

111. Hyslop 1976.

112. Frye y de la Vega 2005.

se levantaron en zonas ecológicas entre los 4,000 msnm y los 4,500 msnm, evidentemente, en un escenario esencialmente de pasturas.

Fuentes etnohistóricas y arqueológicas señalan que las etnias más importantes durante la etapa más tardía de este periodo fueron los lupacas, pacajes y los collas. Hatuncolla, ubicado en las proximidades del lago Umayo, habría sido la capital del reino colla; y Chucuito, la capital lupaqa. En términos políticos, todos aquellos grupos representaban pequeños curacazgos liderados por dos jefes paralelos, como podría ser el caso de los lupaqa —repetimos, en épocas más tardías— gobernado por dos reyes llamados Cari y Cusi, mismos que quizá representaran a los Anansaya y Urinsaya, en el marco de un sistema político dual.

La riqueza de estos gobernantes, como la de la sociedad en general, se centraba la ganadería de altura. Ellos manejaban inmensos rebaños, compuestos por docenas de miles de llamas y de alpacas en las extensas altiplanicies cubiertas de pastos. Mientras que las tierras agrícolas de altura producían recursos de consumo básicos, como tubérculos y ciertas gramíneas. Complementaron su subsistencia y ampliaron su esfera económica y política acudiendo, una vez más, al "control vertical de múltiples pisos ecológicos". Este sistema les permitía tener acceso a diferentes bienes, procedentes de Arequipa, Moquegua y de las sierras templadas de Cochabamba, y de coca de las yungas húmedas orientales. Todo ello fue posible gracias a caravanas de llamas que transportaban una variedad considerable de productos ceremoniales, suntuarios y de subsistencia. Cuando los incas conquistaron la región, no alteraron las tradicionales formas de vida económica de los pobladores de la región.

Bibliografía

Anders, Martha

1990 "Maymi: un sitio del Horizonte Medio en el valle de Pisco". *Gaceta Arqueológica Andina* 5 (17): 27-40. Lima: Indea.

Anders, Martha; V. Chang; L. Tokuda; S. Quiroz e I. Shimada

1994 "Producción cerámica del Horizonte Medio Temprano en Maymi, valle de Pisco". En: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, ed. Izumi Shimada, 249-267. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Bawden, Garth

1996 *The Moche*. Oxford, UK.: Blackwell.

Bauer, Brian

1991 *Avances en arqueología andina*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas.

1996 *El desarrollo del Estado Inca*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas.

Bonavia, Duccio

1991 *Perú: hombre e historia. De los orígenes al siglo XV*. Lima: Edubanco.

Bray, Warwick

1991 "La metalurgia en el Perú prehispánico". En: *Los incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*. Tomo I: 58-81. Sociedad Estatal Quinto Centenario. Madrid: Lunwerg.

Brewster-Wray, Christine

1983 "Spatial Patterning and the Function of a Huari Architectural Compound". En: *Investigations of the Andean Past*, ed. D. Sandweiss, 122-135. Ithaca: Cornell University Press. Latin American Studies Program.

Browman, David

1970 "Early Peruvian Peasants: the Culture History of a Central Highlands Valley". PhD. diss., Harvard University.

Carmichael, Patrick

1994 "Cerámica nasca: producción y contexto social". En: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, ed. Izumi Shimada, 229-242. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Conklin, William
1978 "Estructura de los tejidos Moche". En: *Tecnología andina*, comp. Roger Ravines, 300-332. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Conrad, Geoffrey y Arthur Demarest
1984 *Religión e Imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca*. Madrid: Alianza Editorial.

Costin, Cathy y Timothy Earle
1989 "Status distinction and legitimation of power as reflected in changing patterns consumption in late prehispanic Perú". *Ame-rican Antiquity* 54 (4): 691-714.

Cook, Anita y Nancy Benco
2000 "Vasijas para la fiesta y la fama: producción artesanal en un centro urbano huari". *Boletín de Arqueología PUCP,* 4: 489-504. Lima.

Curatola, Marco
1997 "Guano: una hipótesis sobre el origen de la riqueza del señorío de Chincha". En: *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes. Homenaje a M. Rostworowski*, eds. Rafael Varón y J. Flores, 223-239. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Banco Central de Reserva del Perú.

D'Altroy, Terence
1991 *Provincial Power in the Inka Empire*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

Diez de San Miguel, Garcí
1964 *Visita hecha a la provincia de Chuchito por Garcí Díez de San Miguel en el año 1567*. Lima: Casa de la Cultura.

Donnan, Christopher
1990 "An assessment of the validity of the Naylamp Dynasty". En: *The Northern dynasties kingships and statecraft in Chimor: a Symposium at Dumbarton Oaks, 12th and 13th October 1985*, eds. Michael Moseley y Alana Cordy-Collins, 243-296. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Dwyer, Edward
1971 "The early occupation of the valley of Cuzco, Perú". PhD. diss., University of California, Berkeley.

Early, Timothy; Terence D'Altroy; Christine Hastorf; Catherine Scout; Cathy Costin; Glenn Rusell y Elsie Sandefur
1987 *Archaeological Field Research in the Upper Mantaro, Perú, 1982-1983 investigations of Inka expansion and exchange.* Los Angeles: University of California Press, Institute of Archaeology.

Eeckhout, Peter
2004 "Excavaciones arqueológicas en la pirámide con rampa III de Pachacamac, costa central del Perú, temporada 1999". *Tipshe. Revista de Humanidades* 4 (4): 161-174.

Frye, Kirk y E. de la Vega
2005 "The Altiplano period in the Titicaca basin". En: *Advances in Titicaca Basin Archaeology*, eds. Charles Stanish, Amanda Cohen y Mark Aldenderfer, 173-184. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology at UCLA.

Fung, Rosa
1978 "Análisis tecnológico de encajes del antiguo Perú: Período Tardío". En: *Tecnología andina*, comp. Roger Ravines, 333-345. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Gayton, Ann
1978 "Significado cultural de los textiles peruanos: producción, función y belleza". En: *Tecnología andina*, comp. Roger Ravines, 269-297. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Heffernan, Ken
1989 "Limatambo in late prehistory. Landscape archaeology and documentary of Inca presence in the periphery of Cuzco". PhD. diss., Canberra, ANU.

Hyslop, John
1976 "An archaeological investigation of the Lupaqa kingdom and its origins". PhD. diss., Columbia University.

Isbell, William
1991 "Huari administration and the orthogonal cellular architecture horizon". En: *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, eds. William Isbell y Gordon McEwan, 293-315. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Isbell, William y Gordon McEwan (eds.)
1991 *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Janusek, John
2005 "Residential diversity and the rise of complexity in Tiwanaku". En: *Advances in Titicaca Basin Archaeology*, eds. Charles Stanish, Amanda Cohen y Mark Aldenderfer, 143-171. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology at UCLA.

Julien, Catherine
1983 *Hatunqolla: A View of Inca Rule from the Lake Titicaca Region*. Berkeley: University of California Press, Publications in Anthropology, vol. 15.

2005 *Los Incas*. Madrid: Acento Editorial.

Kaulicke, Peter y William Isbell (eds.)
2001 "Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera y segunda parte". *Boletín de Arqueología PUCP* N° 4 y 5. Departamento de Humanidades. Especialidad de Arqueología. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

Keatinge, Richard
1980 "Centros administrativos rurales". En: *Chanchan. Metrópoli Chimú*, ed. Roger Ravines, 283-298. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Itintec.

Keatinge, Richard (ed.)
1992 *Peruvian Prehistory*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

Keatinge, Richard y K. Day
1973 "Socio-economic organization of the Moche Valley, Perú, during the Chimu occupation of Chanchan". *Journal of Anthropology at Research* 29 (4): 275-279. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Klymishyn, Alexandra
1980 "Inferencias sociales y funcionales de la arquitectura intermedia". En: *Chanchan. Metrópoli Chimú*, ed. Roger Ravines, 250-266. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Itintec.

Knobloch, Patricia
2000 "Chronology of Wari contact and close encounters". *Boletín de Arqueología*, 4: 69-87. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Kolata, Alan
1993 *The Tiwanaku. Portrait of an Andean Civilization*. Cambridge, Mass.: Blackwell.

Krzanowski, Andrezj (ed.)
1991 *Estudios sobre la cultura Chancay*. Krakow: Universidad Jaguelona.

Lavallée, Danièle y Michèle Julien
1983 *Asto: curacazgo prehispánico de los Andes Centrales*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Lechtman, Heather
1978 "Temas de metalurgia andina". En: *Tecnología andina*, comp. Roger Ravines, 489-520. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Lumbreras, Luis Guillermo
1978 *El arte y la vida Vicús*. Lima: Banco Popular del Perú.

1980 "El imperio Wari". En: *Historia del Perú. Perú antiguo*, tomo I: 9-91. Lima: Mejía Baca.

McEwan, Gordon
1991 "Investigations at the Pikillacta site: a provincial Huari center in the valley of Cuzco". En: *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, eds. William Isbell y Gordon McEwan, 93-119. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Mackey, Carol y Alexandra U. Klymishyn
1990 "The southern frontier of the Chimu empire". En: *The Northern Dynasties Kingships and Statecraft in Chimor: a Symposium at Dumbarton Oaks, 12th and 13th October 1985*, eds. Michael Moseley y Alana Cordy-Collins, 195-226. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Marcus, Joyce
1987 *Late intermediate occupation at Cerro Azul late intermediate occupation at Cerro Azul, Perú: a preliminar report*. Ann Arbor: University of Michigan Museum of Anthropology.

Marcus, Joyce; Jeffrey Sommer y Christopher Glew
1999 "Fish and Mammals in the Economy of Ancient Peruvian Kingdom". *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 96: 6564-6570.

Menzel, Dorothy y John Rowe
1966 "The role of Chincha in late pre-spanish Perú". *Ñawpa Pacha* 4: 63-76. Berkeley.

Moseley, Michael E.
1992 *The Incas and their Ancestors: The Archaeology of Perú*. Nueva York: Thames and Hudson.

Moseley, Michael y Alana Cordy-Collins (eds.)
1990 *The Northern Dynasties Kingships and Statecraft in Chimor: a Symposium at Dumbarton Oaks, 12th and 13th October 1985*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Moore, Jerry
1989 "Pre-hispanic beer in coastal Perú: technology and social context of prehistoric production". *American Anthropologist* 91: 682-695.

Morris, Craig y Julián Santillana
2007 "The Inka transformation of the Chincha capital". En: *Variations in the Expression of Inka Power*, eds. Richard Burger, Craig Morris y Ramiro Matos, 145-173. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Murra, John
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Ochatoma, José
1989 *Aqowayqo: un poblado rural de la época Wari*. Lima: Concytec.

2007 *Alfareros del imperio Huari: vida cotidiana y áreas de actividad en Conchopata*. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

Ochatoma, José y Martha Cabrera
2000 "Arquitectura y áreas de actividad en Conchopata". *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (1): 449-488. Lima.

Orloff, Charles

1981 "La ingeniería hidráulica Chimú". En: *La tecnología en el mundo andino*, eds. Heather Lechtman y Ana María Soldi, 91-134. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Antropoloìgicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ortiz de Zúñiga, Íñigo

1967 [l562] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en l562. Vol. 1. Visita de los cuatro waranqa de los Chupachu*. Huánuco: UNHV (Documentos para la Historia y Etnologia de Huánuco y la selva central).

1972 [1562] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562. Vol. 2. Visita de los Yacha y mitmaqkuna cuzqueños encomendados en Juan Sánchez Falcón*. Huánuco: UNHV (Documentos para la historia y etnología de Huánuco y la selva central).

Parsons, Jeffrey y Norbert Psuty

1981 "Chacras hundidas y subsistencia prehispánica en la costa norte del Perú". En: *La tecnología en el mundo andino*, eds. Heather Lechtman y Ana María Soldi, 51- 89. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Parsons, Jeffrey; Charles Hastings y Ramiro Matos

1997 "Rebuilding the state in highland Perú: herder-cultivator interaction during the late intermediate period in the Tarama-Chinchaycocha region". *Latin American Antiquity* 8 (4): 317-341.

Pozzi-Escot, Denise; Marleni Alarcón y Cirilo Vivanco

1994 "Cerámica Wari y su tecnología de producción: la visión desde Ayacucho". En: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, ed. Izumi Shimada, 269-294. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Pozorski, Sheila

1980 "Subsistencia Chimú en Chanchan". En: *Chanchan. Metrópoli Chimú*, comp. Roger Ravines, 181-193. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Itintec.

Pozorski, Sheila y T. Pozorski

2003 "La arquitectura residencial y la subsistencia de los habitantes del sitio de Moche: evidencia recuperada por el proyecto Chanchán - valle de Moche". En: *Moche: hacia el final del milenio*, eds. Santiago Uceda y Elías Mujica, tomo 1, 119-150. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Universidad Nacional de Trujillo.

Ravines, Roger (ed.)
1980 *Chanchán. Metrópoli Chimú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Itintec.

Raymond, Scott
1992 "Highland colonization of the peruvian montaña in relation to the political economy of the Huari empire". *Journal of the Steward Anthropological Society* 20 (1-2): 17-30.

Ríos, Marcela
1987 "Qonchopata: examen de la metalurgia wari". *Gaceta Arqueológica Andina* 4 (15): 11-14. Lima: Indea.

Rostworowski, María
1977 *Etnía y sociedad. Costa peruana prehispánica.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Rovira, Salvador
1991 "Metales y aleaciones en el antiguo Perú. Evolución de la tecnología metalúrgica". En: *Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*. Tomo I: 82-97. Sociedad Estatal Quinto Centenario. Madrid: Lunwerg.

Rowe, John
1944 *An Introduction to the Archeology of Cuzco.* Cambridge: Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology.

1945 "Absolute chronology in the andean area". *American Antiquity* 10: 265-284.

1970 "El Reino del Chimor". En: *100 años de arqueología en el Perú*, ed. Roger Ravines, 321-355. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; PetroPerú.

Rusell, Glenn y Margaret Jackson
2001 "Political economy and patronage at Cerro Mayal, Perú". En: *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, ed. Joanne Pillsbury, 207-221. Washington, D.C.: National Gallery of Art.

Rusell, Glenn; Leonard Banks y Jesús Briceño
1994 "Producción de cerámica Moche a gran escala en el valle de Chicama, Perú: El taller de Cerro Mayal". En: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, ed. Izumi Shimada. 201-227. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Sandweiss, Daniel; Kirk Maasch; Fei Chai; C. Fred; T. Andrus y Elizabeth Reitz
2004 "Geoarchaeological evidence for multidecadal natural climatic variability and ancient Peruvian fisheries". *Quaternary Research* 61: 330-334.

Santillana, Julián I.
2000 "Los estados panandinos: Wari y Tiwanaku". En: *Historia del Perú*, 175-233. Barcelona: Lexus.

Schreiber, Katharina
2000 "Los wari en su contexto local: Nasca y Sondondo". *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (1): 425-447. Lima.

1991 "Jincamocco: a Huari administrative center in the South Central Highlands of Perú". En: *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, eds. William Isbell y Gordon McEwan, 199-213. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Shimada, Izumi
2001 "Late Moche urban craft production: a first approximation". En: *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, ed. Joanne Pillsbury. Washington, D.C.: National Gallery of Art.

1985 "La cultura Sicán. Caracterización arqueológica". En: *Presencia histórica en Lambayeque*, ed. E. Mendoza, 76-133.

Silverman, Helaine
2002a *The Nasca.* Malden, Mass.; Oxford: Blackwell.

2002b *Ancient Nasca. Settlement and Society*. Iowa City: University of Iowa Press.

Stanish, Charles; Amanda Cohen y Mark Aldenderfer (eds.)
2005 *Advances in Titicaca Basin Archaeology.* Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology at UCLA.

Stanish, Charles
1992 *Ancient Andean Political Economy*. Austin: University of Texas Press.

Stovel, Emily
2000 "Patrones funerarios de San Pedro de Atacama y el problema de la presencia de los contextos tiwanaku". *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2): 375-395. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Tschauner, Harmut; M. Vetters; J. Dulanto; M. Saco y C. Wester

1994 "Un taller alfarero chimú en el valle de Jequetepeque". En: *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, ed. Izumi Shimada, 349-393. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Topic, John

1990 "Craft production in the kingdom of Chimor". En: *The Northern dynasties kingships and statecraft in Chimor: a Symposium at Dumbarton Oaks, 12th and 13th October 1985*, eds. Michael Moseley y Alana Cordy-Collins, 145-174. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

1991 "Huari and Huamachuco". En: *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, eds. William Isbell y Gordon McEwan, 141-164. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Topic, Theresa y John Topic

1980 "Agricultura en Chanchán". En: *Chanchan. Metrópoli Chimú*, ed. Roger Ravines, 194-208. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Itintec.

Uceda, Santiago y Elías Mujica (eds.)

2003 *Moche: hacia el final del milenio.* Lima: Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Universidad Nacional de Trujillo, 2 vols.

Wallace, Dwight T.

1991 "The Chincha roads: economics and symbolism". En: *Ancient Roads Networks and Settlement Hierarchies in the New World*, ed. Ch. Trombold, 253-263. Nueva York: Cambridge University Press.

Williams, Patrick; Johny Isla y Donna Nash

2001 "Cerro Baúl: un enclave Wari en interacción con Tiwanaku". *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2): 69-87. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Economía política y doméstica del Tahuantinsuyo

Waldemar Espinoza Soriano

Introducción

Esta es una temática que estudia las actividades humanas que se refieren, tanto a la utilización de los recursos, como a la organización, mediante la cual los bienes se relacionan con las necesidades inherentes al hombre. En lo atingente a la época del Tahuantinsuyo (Tawantinsuyu), sin dubitaciones, se conoce que conformó una sociedad con una ordenación económica digna de este nombre, donde sus recursos humanos y naturales estaban manejados en forma sostenida y sustentable en conexión con los medios y los fines. Se sabe que tal estructuración económica era fundamental para su existencia, por lo que estaba ligada con su funcionamiento social, con el régimen de gobierno, con su tecnología y con sus instituciones mágico-religiosas expresadas a través de rituales.

Es necesario advertir que se trataba de una economía donde los precios en moneda acuñada en metales preciosos no existían. Estrictamente, tampoco se puede hablar de "capital", "salario", "renta" y "ahorro" con mucha frecuencia; y de usarlos, hay que hacerlo en un sentido distinto al de los economistas modernos, por tener implicaciones no aplicables a las situaciones de la vida antigua en los Andes, ya que se trató de una sociedad precapitalista. Lo que sí se asume es el conocimiento común tanto de las condiciones técnicas de las ocupaciones artesanales, como del trasfondo social de la estructura económica, perspectiva que no podemos alcanzar respecto a la mayoría de las comunidades distribuidas en ayllus o grupos de parentesco. Se debe tener en cuenta que la estructuración económica

dependía mucho de ellos. Como ninguno de los aspectos de la sociedad marcha desunido uno de otro, tienen que ser puestos en su contexto para comprender y explicar a dicha civilización.

La economía es una cosa y las actividades tecnológicas son otras. La descripción de las artes y oficios de estos pueblos, así como de las formas con que elaboraban los objetos, son de interés cuando se ponen en correlación con los problemas, tales como el de la invención y el de los procesos de adaptación, o con los rituales y mitos nativos y con su organización social. Sin embargo, desde la óptica económica, podemos tomar los procedimientos técnicos como "factores ya dados" en la ordenación de la producción. Infelizmente —por ausencia de fuentes— no es posible descubrir el cien por ciento de los efectos de las diferentes técnicas existentes en el tiempo del Incario, más el rendimiento de la producción por unidad y la división y organización del trabajo, sea en cualquiera de los cuatro suyus o regiones del Imperio.

En lo tocante a la alfarería, ejercida por los especialistas de la costa norte y central, por ejemplo, es difícil saber quién obtenía la arcilla o el lapso que tardaba la manufactura de una pieza: ¿Para ello se sustraían a otras actividades personales y familiares o aprovechaban todas las horas del día sin dejar intervalos de descanso?, ¿con qué otros objetos intercambiaban sus piezas?, ¿qué porcentaje de los ingresos de una persona provenían de su trabajo de alfarero?, etc.

El propósito de este capítulo dedicado a la economía debería versar, en lo fundamental, sobre el examen del volumen y naturaleza de la producción o, mejor dicho, establecer los verdaderos ingresos de los individuos, de las familias, de las comunidades y del Estado, y medir la cantidad de recursos necesarios para conseguir tales utilidades, incluyendo el trabajo, lo que podría dar significado al concepto de "nivel de vida" andino. Es deplorable la inexistencia de material estadístico completo para este análisis. Claro que existían "precios" o equivalencias de una cosa por otra, pero las hachuelas-monedas de cobre para transacciones ilimitadas solo funcionaban en la costa central y norte. Con todo, sí perdura una ponderable información acerca de la propiedad de tierras, de las áreas aprovechadas por cada individuo, del rendimiento de las cosechas y rebaños, de la cantidad de trabajo necesario en varias ocupaciones, del tipo y cuantía de bienes poseídos y de los que se utilizaban en los hogares. Existe información valiosa sobre la situación económica de grupos domésticos, de ayllus o comunidades e incluso de algunos individuos de la nobleza.

La organización económica del Tahuantinsuyo puede ser analizada convenientemente a partir de cuatro encabezados: 1º la estructura de la propiedad y posesión de la tierra; 2º la organización del trabajo; 3º lo concerniente a la producción, distribución, intercambio y consumo; y 4º las cuentas y medidas de valor.

I. La estructura de la propiedad y posesión de la tierra

1. Las formas o tipos de propiedad

En lo que atañe a las formas de tenencia, recordemos previamente que propiedad es la suma de derechos que uno o varios hombres tienen sobre las cosas, lo cual anuncia que los objetos así poseídos constituyen su propiedad o propiedades. Consecuentemente, es la razón por la que hay distintos tipos de pertenencia: 1° de bienes inmuebles (tierra, casas, caminos, puentes, pozos, árboles); 2° de objetos domésticos, como herramientas de trabajo y armas, que difieren según el sexo y la edad y que, por lo común, son heredados de acuerdo a la consanguinidad; 3° de efectos almacenados y acorralados (alimentos, ganado) que, en el caso de los pastores aymaras, chocorvos y chinchaycochas, constituían su más preciada riqueza, cuyo valor incluso estaba determinado por el color de la pelambre; 4° derechos sobre el uso económico (usufructo de las heredades ocupadas por los ayllus); 5° derecho de los poderosos sobre personas y servicios humanos (yanas, mitayos, piñas); y, 6° otras modalidades de dominio, como derechos exclusivos sobre canciones, danzas, hechizos y artesanías concretas.

En este sentido, cabe citar cómo únicamente los yaros o yarovilcas de la sierra central podían ejecutar el baile del *huacón*, por considerarse dueños de él; o el caso de los pastores collas y lupacas respecto a la danza de la choquela —o chuquilla—, privativa de los cazadores de vicuñas y guanacos. La etnia inca se sentía, por igual, propietaria de la chicha llamada *yamur* y de las danzas y canciones denominadas *cayo* y *chamayguarisca*, cantada la primera en el Intirraymi y la segunda únicamente en la festividad del Huarachicu.[1] Mientras que el himno de la huallina (huarina), dedicado al dios Wiracuchan, apenas lo entonaban el sapainca y el príncipe heredero-

1. Guaman Poma 1615: 320, 321, 798.

correinante.[2] Aunque aquí lo que más interesa es la tenencia del suelo o, en otras palabras, de la tierra. Antes de proseguir, es imprescindible auscultar otras categorías andinas, asaz importantes, de propiedad y bienes poseídos, por ser acreedoras a una consideración especial:

Bienes inmuebles macroétnicos de índole comunal: Conformados por los predios, caminos, puentes, canales, pozos, edificios y árboles locales y bien focalizados. Las mejoras hechas en la tierra, en las plantaciones e incluso en los bosques podían ser estimadas como propiedad distinta del suelo en que estaban. Hay datos suficientes para sostener la existencia de edificios poseídos y mantenidos por otras asociaciones distintas de los grupos domésticos ordinarios y nativos de un espacio. Así, los mitmas colliques de Chiclayo tenían en el valle de Cajamarca casas, chacras, moyas o pantanos de totora y bancos de arcilla para su artesanía alfarera, la mayoría de la cual era encaminada al Estado.[3]

Bienes inmuebles estatales: Tierras, caminos, puentes, tambos u hospederías, pozos, canales, bosques, plantaciones de coca, asentamientos urbanos (llactas), almacenes, guarniciones, armas, templos, acllahuasis, talleres; aparejos de trabajo agrícola, minero, ceramista, textil y de metalistería.

Objetos domésticos y útiles de trabajo: Es decir, el menaje del hogar. Utensilios de cultivo, aperos e instrumentos especiales. Desde luego que la propiedad de los implementos y avíos de laboreo estaban conectadas con la distribución de faenas, según el sexo, los grupos de edad, rango, clase, etc. En la unidad doméstica se mantenía un sistema de control y de herencia de los artefactos de uso familiar, que reflejaba su estructura de parentesco. Si recordamos que imperaba la descendencia paralela, los bienes del padre pasaban a ser heredados por los hijos varones, mientras que los de la madre correspondían a las hijas mujeres.[4] En los ayllus de artesanos del norte y centro del litoral, es factible que la propiedad de los equipos de trabajo de los especialistas haya estado restringida a esas asociaciones. También es posible que hayan considerado como propiedad la capacidad de utilizar o manufacturar algo. En cuanto a muebles —mesas, sillas, bancas, catres—,

---

2. Molina 1575; Cobo 1653: 210-211.

3. Archivo General de Indias, Escribanía de Cámara 501.

4. Molina 1575: 65; Garcilaso 1609: 385.

no existían, salvo las tianas o dúhos de una cuarta de altura, unas veces de madera y otras de metal y piedra, para uso exclusivo de los varones de la nobleza imperial y curacal.

Efectos personales: O, en otras palabras, los vestidos y adornos de cualquier modelo, pues los había de uso cotidiano y otros únicamente para temporadas específicas, con el agregado de haber disfrutado del poder para disponer de ellos, excepto los regalos que otorgaban los sapaincas a los más eminentes curacas, como sucedió con los mantos de plumería que Túpac Inca obsequió a Guarache, mallco o señor de Quillaca-Asanaque al sur del lago Poopó (Bolivia), prenda de la que no podía desprenderse, salvo al pasar a su sucesor después de muerto su antiguo propietario.[5] Asimismo, amuletos para diversos fines. Tales objetos podían estar hechos por ellos mismos, o se conseguían por donaciones de los superiores, o mediante el trueque simple y el sistema de equivalencias. Los heredaban de acuerdo a la modalidad de la descendencia paralela. Hubo ocasiones en que dichas piezas circulaban como regalos, muy apreciados por su mancomunidad con lo ritual y ceremonial, o sea, más meritorios por su valor económico intrínseco. Podían ser objetos tradicionales en manos del grupo doméstico, o en poder del shamán o del sacerdote del ayllu, o de las agrupaciones sociales políticas o religiosas. En las enunciadas situaciones es comprensible que hubiesen sido inalienables, aunque posibles de circular como regalos, intercambiándolos tradicionalmente. Si bien es preciso resaltar que su valor no puede expresarse en términos de moneda.[6]

Objetos rituales: En una sociedad como la andina, donde todos los actos de la vida caminaban enlazados a lo mágico y religioso, tenían una serie numerosa de cosas muy estimadas por sus vínculos con lo cabalístico y las divinidades, con más fuerza que su valor intrínseco económico. Los mencionados materiales podían ser efectos heredados tradicionalmente por personas, familias, ayllus o grupos sociales, políticos o religiosos, por lo que eran considerados inalienables. En otras ocasiones, circulaban como regalos que se intercambiaban tradicionalmente; sin embargo, pese a su gran valor, resulta imposible expresarlos en términos de moneda.

---

5. Archivo General de Indias, Escribanía de Cámara 868.
6. Ibídem.

Objetos almacenados: En este apartado —como lo formulamos— se incluye al ganado, alimentos, materias primas, sembríos maduros sin recoger, minería, canteras, metalurgia, alfarería, sal. La acumulación de reservas de riqueza consistía —por lo general— en ganado y cosechas, al mismo tiempo que en tierras, metales y caracolas consideradas —estas últimas— como un tesoro para ofrendar a los dioses de las aguas. El valor de su circulación, a través de las redistribuciones realizadas por los jefes, era, con frecuencia, importante. Cuidaban más la cantidad que la calidad, por ejemplo más abundaba el oro de 14 a 21 quilates que el de 24. En el ganado, el aspecto externo —o sea el matiz y las señales— podían ser lo determinante de su estima y valor. Se otorgaba mucho apego y cariño al maíz, quinua, cecinas y chuño almacenados. Durante las cacerías de ganado silvestre y la matanza de los domesticados, los más afectados constituían los machos y hembras machorras y viejas. También ponían esmero en el apareamiento de las alpacas y llamas en la estación correspondiente, para lo cual las reunían en corrales apropiados acondicionados en las punas y jalcas, e igual en la parición de las crías. Los hatos estaban distribuidos en cuatro sectores 1º de la comunidad; 2º del Estado; 3º de las divinidades; y 4º de muchos nobles que los disfrutaban en calidad de bien privado, lo que les daba prestigio. Criaban ganado camélido para sacrificarlos a sus seres sobrenaturales, así como para aprovechar su pelambre, carne, sangre, cuero, huesos y estiércol. Por lo que, es lógico, estaba reglamentada su crianza y degollina. Todos quienes se hallaban presentes en un acto ritual tenían derecho a una presa de carne.[7]

Derechos sobre el uso económico: Sobre todo el usufructo de las aguas de riego, que podían prestar servicios a varios ayllus por cuyo circuito circulaba; leña de un bosque ajeno, para cuyo usufructo había que corresponder con regalos o concesiones de parcelas modelo enclave u otro tipo de premiaciones. Es clásico lo acaecido con los de la etnia Huambo (Cutervo-Jaén) que gozaban de parcelas en la costa de Jayanca y otros puntos de la etnia Lambayeque, cedidos por estos en retribución al recibimiento de los ríos bastante cargados que bajaban de la sierra.[8]

---

7. Molina 1575: 54.
8. La Lama 1540: 271; AGI, Justicia 458.

Derechos sobre las personas y servidumbre humana: La prerrogativa de propiedad de la nobleza imperial y de los señores locales o curacas sobre el trabajo de otros seres humanos tomaban cinco formas diferentes: 1ª El laboreo de los mitayos por turnos para generar excedentes agrícolas, ganaderos, mineros, alfareros, textiles, artesanales y en construcciones. Los mitayos no braceaban gratis, pues el Estado u otro de los señores les retribuían muy bien con alimentos, bebidas y otras dádivas. 2ª La diligencia asidua de las acllas para confeccionar hilos y tejidos, también magníficamente sustentadas. 3º La ocupación de varones y mujeres en los ejércitos en campaña y en guarniciones de frontera y otros lugares estratégicos del territorio. 4ª La utilización de la energía de los siervos o yanaconas, tanto en beneficio de los nobles de la etnia inca como de los curacas de provincias, y en los terrales y pastizales de muchas divinidades controlados por sus sacerdotes. 5º Y, por último, la laboriosidad de miles de piñas o esclavos recluidos en los cocales de la selva alta para producir la hoja mágica que tanto necesitaban los reyes para gratificar los servicios de sus servidores y amigos leales.[9]

La clase social con capacidad de ejercer derechos de propiedad sobre el trabajo de todo espécimen de personas aglutinaba solamente a los de la alta nobleza inca, pues la aristocracia curacal provinciana únicamente la detentaba sobre los yanaconas y determinado servicio de mitayos. Lo que indica que la totalidad de las elevadas clases sociales tenían derechos de propiedad sobre uno o más individuos pertenecientes a otros rangos o escalas inferiores. Además, las tenencias de la nobleza estaban en los parajes productivos de la integridad de las localidades y en diferentes pisos y nichos ecológicos. Lo llamativo es que ejercían derechos sobre el trabajo, tanto de mujeres y de varones y hasta de niños, e incluso sobre familias nucleares, grupos domésticos, grupos de edad, asociaciones de danzantes, ayllus de artesanos y de etnias enteras, como veremos adelante.

Otras formas de bienes incorpóreos: Son los sobrenombres honoríficos, las canciones, los hechizos, así como ciertas habilidades y especializaciones que podían ser objetos de propiedad y, por consiguiente, sujetos a regalo, herencia, trueque.

9. Santo Tomás 1560: 57v, 161r; Quiroga 1563: 163.

Las categorías de formas de propiedad acabadas de enumerar no se excluían mutuamente. No olvidemos que pervivían manadas de llamas y alpacas exclusivas como objetos rituales propiedad de los dioses; otras como tenencia personal del sapainca; y otras, propiedad del Estado, para suministrar pelambre y cecina a los guerreros y administradores del Imperio.

Desde luego que el tipo de prerrogativas diferían según el modelo de las posesiones y según los acuerdos de control individual o por grupos. Constituían derechos con aspectos económicos, religiosos, legales y políticos en dichas facultades. En tal sentido se descubren los siguientes opciones: 1º derecho de uso; 2º derecho a controlar el uso o la disposición de las propiedades de otros (trueque, donación, etc.), con lo cual el sapainca entregaba terrenos a forasteros o mitmas; 3º derecho a disponer de las propiedades de otros, tales como de pastizales, minas, aguas, etc.; 5º derecho a recibir un ingreso u otros beneficios del uso de las propiedades ajenas; y 6º derecho a ser el propietario titular sin otros beneficios.

Varias de estas tipologías de derechos podían ser ejercidos simultáneamente sobre la misma propiedad por distintas personas o grupos. Por ejemplo, un cabeza de hogar (puric) podía detentar el uso exclusivo de cierto ganado, pero no estar capacitado a disponer del hato sin consultar con un grupo más amplio de sus parientes. O también podía suceder que careciese de poder para decidir sobre el ganado sin consultar con el jefe del ayllu o del curacazgo. En otras situaciones, al matar a un animal tenía que dar una parte de la carne al jefe, a sus parientes y a sus vecinos.

En cuanto a los asentamientos urbanos imperiales (llactas), todas las construcciones —incluyendo las viviendas, templos, talleres y trojes edificados en lugares estratégicos— pertenecían a los bienes el Estado o, mejor dicho, al sapainca, ya que él los mandaba erigir para cumplir funciones *ad hoc* en temporadas precisas, cada cual bajo la guarda de encargados especializados en dichas gestiones, cosa confirmada en la vida práctica.

Como se ve, funcionaban muchas formas de propiedad en general. A las que habría que agregar lo que respecta a las embarcaciones mercantiles de la costa norte y a las balsas de pesca, tanto en el mar como en el lago Puquinacocha (Titicaca). Respecto a las primeras, sabemos que tenían su tripulación compuesta por gente perteneciente a distintas etnias,[10] bien que no sabemos cómo los elegían ni qué relación tenían unos con otros. Tam-

10. Sámano-Xerez 1526: 68.

poco conocemos cómo les retribuían por su trabajo ni menos aún quién, cuándo y cómo debían usarse las embarcaciones mercantiles, igualmente desconocemos quién haría las retribuciones.

La herencia

En lo que atañe a la herencia, encontramos que había sucesión de derechos sociales y de grupos políticos. Existían derechos de herencia sobre el usufructo y uso de la tierra y otras propiedades. Y la herencia no solamente comprendía las reglas de transmisión de las propiedades de un difunto a sus herederos, sino la transferencia en vida de propiedades muebles mediante donaciones intervivos. También aquí se considera la dote y el precio de la novia, etc., figuras que afectaban directamente a la herencia. En la figura de la dote, en caso de disolución del matrimonio, la mujer recogía lo que había aportado, con la finalidad de sacarlo y llevarlo consigo.[11]

Es posible que entre las diversas reglas de herencia estas reflejen tendencias conflictivas. En primer lugar, las obligaciones hacia los parientes más próximos o el deseo de una persona de disponer a su manera de sus propiedades muebles y semovientes. Las evidencias documentales y la fuente etnológica refuerzan la persistencia de la primera propensión. En la herencia por libre voluntad satisfacían por entero la segunda inclinación. Como ahora sabemos muy bien que practicaban la costumbre de la adopción de hijos,[12] eso permitiría un compromiso entre ambas disposiciones. De todas maneras, la herencia de libre voluntad se desenvolvía con poca frecuencia, lo que militaba era una gran variedad de obligaciones hacia los parientes, en lo principal las prestaciones de trabajo o ayni. Justamente, debido a que los ayllus eran grupos de parentesco, donde los individuos tenían derechos sobre diferentes bienes, todos ellos no eran transferidos a un solo heredero, sino al conjunto del grupo doméstico. Lo dicho denota que sabían racionalizar sus sistemas de herencia.

Los bienes inmuebles de los reyes o sapaincas muertos pasaban a su panaca o ayllu real, mientras que otras de sus pertenencias, incluyendo tierras, rebaños, servidumbre y esposas quedaban —a perpetuidad— para el mantenimiento ritual de su cadáver momificado. Y lo mismo ocurría con

---

11. Ninalingón 1573: 450-462.
12. Santo Tomás 1560: 5r.

los cuerpos difuntos de las coyas o reinas (cuyas). Claro que existieron algunas diferencias en las reglas hereditarias, de conformidad al tipo de los bienes y al sexo del heredero. Hay certeza de que los nobles incas y curacas heredaban los derechos de propiedad sobre los yanaconas o siervos, y también heredaban a las viudas de sus progenitores poligínicos, grupo del que excluían a la madre del heredero para evitar el incesto. De modo semejante, los hijos e hijas heredaban los compromisos de las obligaciones de sus padres y madres, respectivamente, contraídas cuando estaban vivos.

Las reglas que regían la herencia de las tierras son, en particular, importantes. En los ayllus comunes y dentro de la familia de la realeza, la transmisión de los suelos la hacían de manera colectiva. Pero, tratándose de las parcelas o haciendas privadas pertenecientes a distintos nobles, a veces, de segundo orden —incas de privilegio, pallas, esposas del soberano—, los terrales pasaban a sus hijos, aunque ignoramos si fragmentados o no. Por cierto que desconocemos las reglas según las cuales el grueso de la propiedad hubiese podido pasar a un solo heredero, como por ejemplo al hijo mayor, bien que dicha forma no tenía validez ni trascendencia en la vida familiar andina, por la nula importancia que otorgaban a los primogénitos, por dar más validez a la capacidad y no a la edad. Lo que estaría señalando que más bien las repartirían entre varios herederos tanto del sexo masculino como del femenino. Debieron distribuirlas en determinadas proporciones de acuerdo al grado de parentesco.

En la circunstancia de existir herederos múltiples, no conocemos si todos recibirían montos equivalentes de propiedades muebles y semovientes. Como la descendencia era paralela, es natural que cierto monto de bienes lo coheredaran los varones y otro, las mujeres. En consecuencia, la propiedad de una fémina pasaba solo a sus hijas y el de un padre a sus hijos. Y en la posibilidad de carecer de prole el uno y la otra, entonces sucedía la hermana de la madre o el hermano del padre. Había oportunidades, como en la etnia Guayacundo (Ayabaca - Huancabamba), donde el heredero era el hijo mayor de los miembros sobrevivientes de un grupo doméstico extenso de cognados, cuando el progenitor tenía preferencia sobre él y no sobre otros de sus hijos.[13] Como no existían los conceptos de "hijos legítimos ni ilegítimos", la integridad de los descendientes eran vistos por igual desde el punto de vista social, sin desventajas económicas ni buroáticas para nadie.

---

13. Pineda 1557-1558: respuesta nº 20.

De todas maneras, no faltaron disputas por la sucesión del poder. Las normas morales que respaldaban al ganador consistían en demostrar que el desfavorecido carecía de perfiles mentales o físicos suficientes para ejercer el mando del ayllu, del curacazgo, o del Estado Imperial. Además, en una sociedad en la que prevalecía la descendencia paralela, los hombres heredaban a los hombres y las mujeres a sus progenitoras.

Los oficios artesanales y los bienes de carácter esotérico de los nigrománticos, adivinos y magos (shamanes / chamanes) solo se transmitían a los iniciados en dichas actividades, tanto dentro de las estructuras de parentesco, como fuera de ellas.

En cuanto a la familia, la mujer, además de poder disolver su matrimonio, tenía derecho a varias cosas que consideraba de su propiedad personal, heredados por sus hijas, excepto cuando hubiese tenido varones.

La tenencia del suelo

En lo que concierne a esta figura, hallamos derechos de personas, de grupos y de instituciones sobre el piso. Para todos, el uso de los terrenos conformaba una facultad fundamental, porque les permitía tener parte o la totalidad de los productos, ya directamente o ya como renta, sin contribuir con trabajo. Conocían opciones para transferir la propiedad, ya sea mediante la enajenación por trueque o por regalo. También utilizaban la concesión de derechos de uso a otros. En cualquier situación existían, además, diversos tipos de tierras sobre las que se ejercía poder y, lógicamente, la naturaleza de tales derechos también diferían. No cabe duda de que la posesión de predios privados acarreaba prestigio, aparte de implicar beneficios materiales al propietario. Dependía, pues, de las personas, grupos e instituciones que las usufructuaban o usaban. En tal aspecto, funcionaban las siguientes formas de aprovechamiento territorial:

a) Del Estado.
b) Del sapainca, como patrimonio suyo.
c) De las panacas o ayllus de la realeza cusqueña.
d) Colectivas de los ayllus, ya fueran de regnícolas, o de mitmas (extranjeros).
e) Del culto, a cargo de los sacerdotes.
f) De los nobles curacas regionales o locales.

g) Parcelas en usufructo a cargo de yanaconas y yanayacos en tierras del Estado, del sapainca, de las panacas, del culto y de curacas.
h) Lotes en usufructo a cargo de piñas (esclavos), pero únicamente en los aledaños a cocales del Estado y del sapainca en la ceja de selva o selva alta.

Los únicos que no tenían acceso al usufructo de chacras eran muchos de los artesanos orfebres, plateros y de otras ocupaciones del litoral centro-norte, así como todos los uros del Collao y los changos de las playas de Arequipa a Chile. Cosa semejante ocurría con un número bastante considerable de personas de la costa norte y central, donde, por estar atareados con la mercadería a dedicación exclusiva habían abandonado las ajetreos inherentes al campo, sin otro medio de vida que las ganancias de sus ejercicios transaccionales.[14]

Los pastizales seguían el mismo orden de distribución, excepto en lo que incumbe a los piñas, para los cuales no se ha detectado la existencia de rebaños. Pero, en cuanto a minas, todas ellas pertenecían al Estado. A las aguas las conceptuaban como de uso comunal e interétnico. Y los bosques y salinas, además de comunales, también eran interétnicos, o sea públicos. Y en lo que toca al mar y a las islas guaneras, correspondían colectivamente a las nacionalidades frente a cuyos territorios y playas estaban,[15] aunque en el sur (Arequipa-Moquegua) tenían el singular permiso de entrar a ellas los ayllus puquinas de las serranías para sacar abono orgánico.[16]

En lo que concierne a este tipo de tierras, no les bastaba registrar y clasificarlas solo en las dos formas económicas primarias de terrales de cultivo y de pastizales, sino que, asimismo, consideraban los usos subsidiarios; por cuanto —como comunidades agrarias— no solo reputaban importante lo que cultivaban, sino, de manera similar, las reservas de tierras que podían abrirse al cultivo en el futuro. Se preocupaban por dejar reservaciones para obtener combustibles o arbustos para preparar techumbres, otras para aprovisionamiento de agua, solares para edificios, previsiones de pesca, áreas sagradas.

Las reglas de propiedad aplicadas a un tipo de tierras no eran adaptadas necesariamente a otras. Había casos en que a un determinado pedazo

14. González de Cuenca 1566; AGI, Justicia 458; Anónimo de Chincha 1577: 170-171.
15. González de Cuenca 1565; Murúa 1616: 53-55.
16. Álvarez y Jiménez 1792: 277.

de parcelas podían darle distintos usos en diferentes estaciones del año; de manera que lo que para el agricultor era barbecho, podía ser pastura para los ganaderos. Los árboles pertenecían a los ayllus en cuyas tierras crecían. Los incas y curacas de hecho tenían acceso a productos obtenidos en chacras situadas en otros pisos ecológicos y hasta en etnias muy lejanas. Como se ve, existían distintas personas con derechos diferentes sobre un terreno; por lo que, a veces, los intereses entraron en conflicto, siendo estos pronto solucionados por el poder gubernamental.

Cuando a sus tierras las dividían para sembrar, cazar, recolectar y pastorear, en lo que respecta a las tres últimas resultaba impracticable la delimitación previa de las tenencias en usufructo individual. En tales coyunturas, el grupo o ayllu en conjunto reclamaba para sí los derechos colectivos sobre un área pocas veces vagamente delimitada de herbajes. Es una experiencia que prevalece hasta hoy en las altipampas.

Por el contrario, los terrenos dedicados a la agricultura estaban mejor definidos; en especial, donde el cultivo era realizado de manera intensiva. De existir gran abundancia de tierras, como en el ámbito de Guayacundo, surgía la posibilidad que los derechos fuesen simplemente cultivar y cosechar, sin repartos periódicos, con especificaciones de lugar o espacio. En los lugares donde se practicaba la rotación de los cultivos, se contaba el transcurso de los años para hacerlo, previo conocimiento de la especie vegetal para sembrar. En las aludidas oportunidades, las demarcaciones de las chacras permitían conservarlas intactas durante los períodos de barbecho.

Como en la mayor parte de la sierra, se acostumbraban los repartos de tierras y se ponían en efecto el descanso de suelos y la rotación de semillas, por lo que es insospechable que conocían los años que duraban los derechos individuales de los usufructuarios. Se ponían en ejercicio estrategias para aumentar las parcelas con el objetivo de satisfacer a quienes las necesitaban cada que aumentaba el número de sus hijos e hijas, función que corría a cargo de los curacas locales y regionales, sin mucha vigilancia del poder estatal. De ahí que lo más exacto —dentro del ayllu— sea hablar de "propiedad familiar" o, más exactamente, de un grupo de parientes y no de "propiedad individual".

En concreto, cuando las tecnologías permitían mantener la tierra en cultivo permanente por gozar de aguas constantes y empleo de abono, como acontecía en la costa, los mismos individuos que la usufructuaban la sembraban año tras año, generación tras generación, sin que los terrales les pertenecieran en absoluto de manera individual o privada. Otro aspecto que

se debe tener presente es que los ayllus sabían clasificar los suelos, según sus propiedades productivas. También dividían las tierras en chacras de siembra permanente y otras de siembra temporal, las primeras por tener riego y fertilizantes continuos y asegurados.

Ahora que conocemos esto, hay que pensar en el tamaño de las "propiedades" y sus variaciones de acuerdo al tipo de tierra. En esta perspectiva, se tenía en cuenta la feracidad del suelo. En lugares de gran producción, los lotes que se adjudicaban eran de corta extensión; y donde escaseaba la fecundidad, el ámbito concedido aumentaba considerablemente. En las comarcas donde los terrales lo permitían, la gente cultivaba todo lo que podía o le hacía falta en compartimentos tipo melgas (surcos de sembrío que el labrador señalaba en una chacra para esparcir simientes distintas, con uniformidad y proporción).

Otro rasgo impactante es que todas las parcelas estaban delimitadas por medio de acequias, quebradas, colinas, senderos, cerros, cercas —naturales y artificiales— y hasta mojones o hitos de pirca y gigantescas piedras, a las que daban el nombre de saygua, atribuyéndoles virtudes sacralizadas. La documentación de archivo evidencia que la totalidad de tierras, ora estuviesen localizadas de manera continua o compacta, ora desperdigadas por diferentes sitios, siempre estaban alinderadas con señales naturales y artificiales para evitar disputas; las cuales, de presentarse, eran resueltas con jueces especiales.

Existen indicios de que los mencionados linderos fueron grabados y perennizados por medio de planos, maquetas y quipus, o bien confiando en la memoria de los ancianos. Los derechos así adquiridos eran considerados incontrovertibles, por lo que echaban mano de ellos en momentos de controversia, cuya solución estaba bajo la responsabilidad de los curacas u otras autoridades *ad hoc*, las cuales inspeccionaban los lugares y escuchaban a los testigos. Los litigios acababan rectificando o confirmando las marcas divisorias.[17]

Las chacras estaban demarcadas para su identificación. Ya fue señalado que, en algunos parajes, los límites permanecían delineados por canales de riego; en otros, por zanjas de drenaje o por cercos de aliso y otras plantas pequeñas, de preferencia espinas; pero, lo más corriente eran los simples terrenos sin cultivar, por donde trazaban senderos entre una y otra

---

17. Garcilaso 1609: II, XIV; Murúa 1616: III, XVIII.

parcela, que no solo las separaban sino que también permitían el desplazamiento de sus usufructuarios. Escaseaban los muros de piedra (pirca) como líneas divisorias, debido a la inexistencia de animales domésticos que motivaran daño; sin embargo, cuando los construían, empleaban las propias piedras extraídas de la misma chacra para dejar el campo libre a la agricultura.

Un hecho muy particular de estos lotes es que cada cual tenía su propia toponimia: una palabra que reflejaba algo típico del paraje. Y cuando no llevaba designación taxativa, hecho muy raro, lo particularizaban llamándole por el nombre de su poseedor. Por consiguiente, la gente conocía muy bien la tierra de la familia, del ayllu, de los incapacitados, de la saya, de las divinidades y del sacerdocio, de los curacas, del Inca y del Estado, la totalidad en estricto orden jerárquico. Lo que advierte que había terrales en usufructo, privados, familiares, de clan y de nobles, detentados por derechos ancestrales y amparados por mitos o prerrogativas permitidas por una suprema autoridad o ambas cosas a la vez.

Los agentes del Imperio inspeccionaban y medían las tierras y pastos de cada etnia o nacionalidad conquistada y anexada, sin pérdida de tiempo, para dedicarlos a la producción agraria y pecuaria, cuyos excedentes debían incrementar las rentas del Estado y de los sacerdotes dedicados al culto solar. En ambos casos, bajo la responsabilidad de la población del ayllu recién incorporado o de grandes colonias de mitmas traídas de otros lugares.

Los sapaincas y el Estado basaban su potestad sobre la tierra en el derecho de conquista, pacificación e incorporación de otras nacionalidades, a las que aseguraban proteger; en cambio, los curacas y demás privilegiados la sustentaban por herencias, repartos y donaciones recibidas, tanto en sus zonas de residencia, como en otros pisos ecológicos. Así, los señores del abra del Alto Rímac tenían tierras para maíz en Huamanga y Jauja.[18] Los funcionarios, salvo rarísimas excepciones, no percibían regalos de parcelas para su usufructo; pues eran mantenidos, durante el tiempo de sus actividades administrativas, con los productos extraídos de los almacenes.

Cada sapainca se posesionaba de tierras para conformar sus haciendas (heredades extensas). Así, las poblaciones de Calca y otras —en parte de Andahuaylas, Ollantaytambo, Amaybamba, Picchu, Vitcos y Vilca-

18. Guamanyanac 1575-1590: pregunta nº 3.

bamba— correspondían a las propiedades de las panacas o linajes de Pachacútic y Túpac Inca.[19] En un documento del 20 de diciembre de 1557, se mencionan las cien fanegadas de parcelas de Tiobamba, localizadas junto al pueblo de Maras, que durante el Tahuantinsuyo pertenecieron al citado Túpac Inca Yupanqui, quien las hacía sembrar en la época de lluvias con "ruin maíz", por sus yanayacos de Chinchero que le abastecían de buenas cosechas. Por cierto que Tiobamba beneficiaba tanto al sapainca como a sus siervos, ya que estos cultivaban de modo similar algunas chacras para su manutención.

La problemática estriba en especificar quiénes retenían más extensión. En tal cuestionamiento, los documentos demuestran que no imperaban reglas uniformes. Las tierras que se adjudicaban para el Estado y para el culto a las divinidades en cada etnia conquistada nunca representaban el mismo porcentaje o porción que las dejadas para los ayllus. Las vastedades de cada cual diferían mucho, ya que dependía del número de personas que poblaban la etnia. De manera que en algunas partes el Estado y el sacerdocio exhibían tierras de bastante amplitud; en otras, una mediocre cantidad; y en otras, muy poca. Y lo mismo sucedía respecto a las tierras de los ayllus.

El poder cusqueño ponía inagotable esmero en no dejar a los ayllus con falta de tierras —excepto a los uros y changos—, por lo que tomaba únicamente las sobrantes, aquellas que no hacían falta a los nativos. En otras oportunidades, el Estado o el sapainca habilitaba terrenos para sí, desbrozando la maleza, con la finalidad de hacerlas productivas, tal como lo realizó Huayna Cápac en Matibamba, al sur de Ancara o Angaraes (Huancavelica), para ampliar sus cocales.[20] Con el mismo objetivo, mandaban construir terrazas o andenes con fuertes muros pétreos de contención, rellenados con tierra vegetal, en los que no plantaban árboles ni arbustos, sino solo maíz y, eventualmente, papas. Prueba de ello se muestra en la documentación referente a Chincha. Allí las tierras destinadas al cultivo estatal sumaban mucho menos de las dedicadas a los agricultores autóctonos: una extensión inferior a 400 fanegadas tanto entre las de buena como entre las de inferior calidad. No obstante, hubo lugares (como Cochabamba / Bolivia, Abancay, Chaupiguaranga, El Quinche, etc.) donde las tierras

19. Julián 2002.

20. Arias y Verdugo 1566-1567: 34-64.

fueron incautadas en su totalidad por el Estado para hacerlas producir, empleando la energía de yanayacos y mitmas multiétnicos.[21]

En lo que concierne al Cusco y al valle de Yucay, casi la integridad pertenecía a las familias reales incaicas. De todas maneras y en términos generales, parece que las tierras colectivas de los ayllus igualaban en tamaño a las del Estado. Los espacios territoriales dedicados para el sustento del culto, así como las propiedades "privadas" adjudicadas a los nobles provincianos, no aparentaban enormidad, salvo contadísimas excepciones, como la hacienda del curaca Hacho, de Latacunga, cuyos confines se extendían hasta donde alcanzaba su vista.[22]

Para las concesiones a aristócratas y otros afortunados se tenía en consideración la fertilidad del suelo: a más rendimiento, menos amplitud; a menos productividad, más dimensión. Desde luego que también dependía del rango e importancia del agraciado. En la situación del apo Hacho, señor de Latacunga, Huayna Cápac le donó predios inmensos, hasta donde alcanzara su visibilidad, en lontananza.

Además, el tamaño de cada parcela difería de región a región y sus dimensiones dependían de la fecundidad del suelo. En consecuencia, el tupo —medida agraria por antonomasia— divergía; debiendo entenderse por tal el área suficiente que permitía mantener a una unidad doméstica de cosecha a cosecha. De ahí que las chacras localizadas en tierra de secano (sujetas a lluvia) daban una cosecha al año (como ocurre en las faldas y lomas de las cordilleras), a diferencia de las situadas en valles cálidos, beneficiadas con riegos incesantes que les permitía obtener hasta tres cosechas anuales, como era el caso del valle del Chira (Tallán / Piura).

La tenencia colectiva

La tenencia colectiva de los ayllus sobre sus tierras, aguas, pastos y bosques; y, en caso de las etnias costeñas, sobre las islas guaneras, derivaba de un derecho ancestral. En torno a ella, habían sido elaborados hermosos mitos, leyendas y creencias, los cuales contaban, por lo común, que sus primeros fundadores quedaron allí convertidos en altos y gruesos monolitos, sustentado así su dominio. Por lo demás, el derecho sobre sus posesiones

---

21. Pérez 1960: 242, 249; Wachtel 1981.
22. Hacho 1587: Archivo Histórico Nacional, Quito.

prediales se afianzaba en el culto a sus muertos y pacarinas (lugares de origen), ubicadas en su entorno.

Otro de los rasgos más sobresalientes de la propiedad comunal de los ayllus serranos es que funcionaba no tanto en forma compacta, sino más bien de manera esparcida, es decir, se encontraba en diversos pisos ecológicos o diseminada en sitios de la misma altitud, con la finalidad de coparticipar, con equidad, de las contingencias y ventajas que provoca el clima costeño y serrano. Así, la familia se trasladaba de una choza a otra, pues el runa siempre tenía varias cabañas de campo, una especie de refugio en cada chacra. La explicación de ello se encuentra en que la tradición andina no consiente nunca labrar un solo campo grande, sino pedacitos dispersos por aquí y por allá; por eso, sus cabañas estaban diseminadas.

De esta manera, las pampas, laderas y valles estaban salpicadas de estas viviendas desparramadas de familias individuales, las cuales no producían más de lo que ellos mismos consumían y necesitaban. Sus viviendas, invariablemente, se levantaban en sitios rocosos; casi siempre, a dos horas o varios días de camino una de la otra; y, a veces, separadas por precipicios y ríos, por lo que de hecho cada hogar vivía una vida ermitaña.

En esta naturaleza maravillosa, hay productos de todos los climas, a veces, confinando unos con otros en diversas altitudes. Se cultivaban y se siguen cultivando pedazos de tierra desde arriba —en los altiplanos—, donde se producían tubérculos, hasta las partes de abajo —en los valles—, donde se cultivaba ají, palta, coca, camote, yuca y frutales.[23] La ubicación desperdigada en diferentes paisajes y nichos ecológicos tenía, pues, su finalidad: compartir por igual entre todas las familias las ventajas y desventajas climáticas, para que nadie fuera menos ni más perjudicado que otro. Ponían, por lo tanto, mucho cuidado en poseer parcelas en todos los microclimas a su alcance. Como es racional, los productos cosechados iban a sus poseedores respectivos.

De manera paralela, existen documentos que constatan cómo el Es-tado rehuía, lo más que podía, intervenir en los problemas propios del ayllu. Por eso, algunos camachicos o jefes de ayllus intercambiaron, previa consulta con su comunidad, parte de sus tierras colectivas, incluso con hombres, sin avisar a las autoridades supremas del Tahuantinsuyo. Hecho que, a su vez, indica que los incas no se arrogaron de facto la propiedad suprema de la totalidad de las tierras, como podríamos suponer. Lo que anuncia, a su

23. Humboldt 1802: 88.

turno, que hubo —entre otras— tres formas predominantes de tenencia: la estatal, la de las divinidades y la colectiva de los ayllus.

Acerca de la tercera modalidad es muy notable un manuscrito de 1592, titulado: *Testimonio de don Alonso Atoc Ñaupa sobre el trueque de tierras y pastos por cuatro indios plateros entre los pueblos de Carania y Guaquis, en Yauyos, en tiempo de Túpac Inca Yupanqui*. Este documento prueba que ciertas comunidades podían ensanchar sus heredades enajenándolas a otras mediante el trueque con seres humanos. Por ser un pliego de tanta importancia y único en su género, es conveniente reproducirlo:

> Alonso Atoc Ñaupa, indio anciano que ha vivido y se ha criado en puna, dijo como testigo que desde que nació saue y ha visto los mojones de las tierras y pastos del pueblo de Carania. Asimismo ha oído decir a los indios más antiguos de aquel tiempo y, en especial a su abuelo, como las tierras, mojones y pastos eran del cacique y común de sus indios del pueblo de Carania. Y por querer bien a su alma y por temor de Dios Nuestro Señor, dirá la verdad de lo que sabe y ha visto.
>
> Primeramente dice que el mojón nombrado Ranrra es del cacique de Carania. Y que de allí se sigue Sanancacancha, Caycayhorco, Sococancha, Sanancacancha, Cochatopicancha. Es del pueblo de Carania. Que le dio cuatro indios plateros. Que hubo pacto y concierto sobre estas tierras entre dos caciques nombrados Cargua Ispilco y Alonso Atoc, que el inga Yupanqui y Túpac Yupanqui llegó al pueblo y tierra nombrado Guaquis, que fue cacique de dicho pueblo y tierra nombrado Guaquis. Y el inga le mandó y pidió al cacique de Guaquis cuatro indios plateros, y si no le daba luego le castigaría. Y por temor de este dicho el cacique de Guaquis, por no tener en su pueblo indios plateros, llegó a suplicar al cacique del pueblo de Santiago de Carania que le hiciese merced y diese la vida porque el inga le hauía dicho que le hauía de castigar sino le daua luego indios plateros; y que le agradecería y besaría sus manos, y así Vuesa Merced me dé cuatro indios plateros porque hay en su tierra para entregar al inga: yo le daré a Vuesa Merced para siempre jamás unas tierras nombradas Ranura, Sanancacancha, Caycayhorco, Sococancha, Cochatopicancha. Y el cacique de Carania le entregó cuatro indios plateros. Y el cacique de Guaquis nombrado Cargua juró en su antigua ley que las dichas tierras que le daua en trueque y cambio (de) cuatro indios plateros no hauía de pedir las dichas tierras ni hablar sobre ellas hasta el día del juicio. Y diciendo esto se cortó tanto y cuanto el codo de su pie que era para cumplir y guardar el juramento de su antigua ley. Y dijo más el dicho Cargua, que el platero que le daua, aunque hayan hecho muchos hijos y nietos que tuuieren no le ha de pedir el dicho Ispilco, sino ha de ser suyo hasta para siempre jamás. El dicho cacique Ispilco lo aceptó y recibió dichas tierras para la

comunidad de sus indios y suyo. Y también dicho Ispilco cortó el codo de su pie y se ajustaron en contrato ambos caciques de Guaquis y Yauyos.

Asimismo dice Alonso Atoc que los mojones de Santiago de Carania saue y ha visto la primera: Atalirpo-Mojón, Guascacochacancha, este nombre se interpreta y quiere decir corral; Quinoacancha, este nombre se interpreta Tierra de árboles que llaman quinua; Canchanacancha-Mojón, este nombre se interpreta y quiere decir arroyuelo que corre el agua hasta que llega (a) los mojones del pueblo de Santiago de Carania, como está puesto en las letras. Y dice Alonso Atoc que en todos estos tratos y contratos se hallaron presentes los caciques nombrados Chauca, que fue quipucamallo (que) quiere decir escribano; y Geuja, cacique; y Xptóual Guamán, cacique que tuvo poder del inga para mandar y gobernar a todos los caciques de aquel repartimiento, que fue medio xptiano por hauer ya entrado los españoles a este reino, este fue muy viejo y que siempre ha vivido en la puna este Xptóual Guamán, fue padre del dicho Alonso Atoc. Todos los susodichos fueron testigos en el trato y contrato que tuvieron ambos caciques de Guaquis y Yauyos y el cacique de Guamanmarca.

Y está según parece vna firma más abajo que dice Alonso Atoc.

[Prosigue] Y hauiéndosele mostrado otra declaración que está a fojas doce de dichos autos, questá asimismo en lengua general, dijo que traducida en lengua española es como sigue:

[Declaración] Don Alonso, indio anciano, cacique que fue del pueblo de Yauyos, que gouernaua en tiempo de Guayna Cápac Inca siendo mozo, dijo quel inga Yupanqui tuuo por su hijo a Topac Yupanqui Inga. Estos gouernauan a este Reino y a todos los indios mandaua y repartieron a los indios las tierras y chacras de puna, carneros de la tierra y llerua (sic) de coca. Y que en el pueblo de Santiago de Carania hauía muchos indios plateros, y que en el pueblo de San Agustín de Guaquis no hauía indios plateros, y en dicho pueblo era cacique nombrado Cargua Millui, y que este dicho cacique le envió recaudo dos veces diciendo si quería dar cuatro indios plateros a Espilco. Y dicho Espilco no quiso dar indios ningunos. Y para (ello) tres veces fue en persona Cargua Millui con todos sus principales a rogar a Espilco a que le diese cuatro indios plateros para dar al inga Yupanqui y Topa Yupanqui, porque el inga le hauía dicho que le hauía de castigar si no le entregaua luego indios plateros. Y por temor del dicho inga, Cargua dijo a Espilco que le besaba sus manos y le diese la vida. Y dicho Espilco, cacique de Carania, respondió que no podía dar palabra de dar indios plateros hasta consultar con sus principales y común de sus indios.

Hauiendo entrado Espilco en consulta con todos sus principales e indios si podía dar o no cuatro indios plateros en trueque de vnas tierras, salió la

consulta que todos dijeron al cacique Espilco que le diese. Y en esta conformidad el cacique de Guaquis (y) el cacique de Santiago de Carania tuvieron pacto y concierto en que dice el cacique Cargua le daría las tierras de puna y otras tierras. El cacique Espilco daría cuatro indios plateros con que se ajustaron dicho concierto el vno y el otro. Y recibió Cargua los cuatro indios plateros nombrado(s) Guaro-Cara, y la mujer de este indio se llama Guara-Chumbi; otro indio viejo nombrado Noqui, la mujer de este indio se llamaba Colquicargua. Y el cacique de Guaquis hizo jurameto en su antigua ley que las tierras de puna y otras tierras que le daua en trueque y cambio no hauía de pedir ni hablar hasta el día del juicio. Asimismo hizo juramento Espilco y lo aceptó en todo.

Asimismo vido al señor marqués don Francisco Pizarro y al capitán nombrado Soto y Hernán Ponce. Que estos españoles salieron de Cajamarca y llegaron al pueblo de Santiago de Carania y al pueblo de Guaquis. Y el marqués don Francisco Pizarro mandaron a los indios de Carania y el de Guaquis recibiesen al encomendero en las tierras que tienen y poseen cada cacique. Y así lo hicieron en aquel tiempo de Pizarro. Y nunca hauían hablado el cacique ni sus indios por las dichas tierras de puna.

Y dicha declaración dijo estar escripta por el mes de julio, añó de mill quinientos y noventa y dos, firmada de don Alonso.

Y que lo dicho y declarado es la verdad para el juramento que tiene fecho a su leal saber y entender. Y lo firmó. Francisco de Quezada. Don Pablo Fernández Culquiruna.[24]

Las pasturas, cocales, salinas

Las tierras de pastores y el ganado seguían casi el mismo modelo de los terrales agrícolas. Por lo tanto, hubo pastos y ganados del Estado, del sapainca, de las divinidades y de ayllus. Pero la tenencia de las manadas era mucho más amplia, porque incluso podía ser particular o individual como lo acreditan las visitas de Chucuito (Lupaca), redactadas por Garcí Díez de San Miguel[25] y el Fray Pedro Gutiérrez Flores.[26] Allí vivían señores que tenían cientos de cabezas de camélidos, disfrutándolos como de su propiedad particular; por lo que, es incontestable, que se les consideraba ricos.

---

24. Biblioteca Nacional de Lima / Espinoza Soriano 1981: 120-122.
25. Díez de San Miguel 1567: 210-212.
26. Gutiérrez Flores 1574: 305-344.

La documentación al respecto, en lo atingente a las áreas Lupaca y Chinchaycocha, es convincente.

En la sierra, a diferencia de los pastizales, que no los distribuían por familias, las tierras de cultivo sí lo eran. Cada miembro del ayllu recibía su lote en uno o más puntos; de ahí que cuando el individuo fallecía, sus chacras retornaban al fondo común para dárselas a otro que las necesitara. Las parcelas se entregaban a las parejas que acababan de formalizar sus uniones matrimoniales y, con ellas, configuraban chacras distribuidas en diversos parajes o pisos ecológicos, de acuerdo a las posesiones territoriales que gozaba el ayllu. Así, la producción agrícola que apetecía el hogar para su abastecimiento quedaba asegurada de por vida.

En lo que corresponde a los cocales, había unos que pertenecían a curacas individualmente, por donación del sapainca; otros, a ayllus, señoríos o reinos, y —como es comprensible— también al Estado y al sapainca. En los cocales pertenecientes a curacas, trabajaban sus yanas; mientras que en los del Estado y el sapainca laboraban los piñas.

Los yacimientos de sal doméstica en la sierra, ya fuesen canteras o manantiales, eran considerados de usufructo público, es decir, de acceso libre a cualquier persona de la etnia donde estuviesen ubicados y a otros individuos pertenecientes a etnias extranjeras: no se impedía el ingreso a nadie. Así acaecía en las salinas de Yanacachi (Yaros / Pasco), Cochac (Chinchaycocha), Cachi (Cajas / Tarma) y Cachicachi (Huanca), los cuales constituían focos de concentración multiétnica. Los interesados llegaban sin exigencia de "pasaportes" ni de licencias específicas. Pero en la costa era diferente: allí cada yacimiento de sal conformaba la propiedad de un ayllu de salineros que, por lo usual, tecnificaba su explotación, transporte y comercialización.[27]

Aparte del cloruro de sodio, todo gran yacimiento o centro productor de materias primas minerales estaba a cargo del Estado. Así sucedía con los lavaderos y minas de oro, plata, cobre y estaño, a donde se enviaba una cantidad numerosa de mitayos (atunrunas o mitmas) para explotarlos.

El patrimonio del sapainca y de los curacas

Párrafo especial merece el patrimonio personal de cada sapainca. En efecto, desde Pachacútec se percibe la formación de propiedades rurales o prediales

---

27. González de Cuenca 1566.

en provecho de soberanos y de curacas, separadas de las tierras estatales y comunales. Sin embargo, es imposible hablar de latifundios andinos; a lo más se les podría calificar de "haciendas".

La confusión sobre las tierras del Estado y del sapainca —que se creían haber sido una sola hasta hace poco— estriba en los cronistas, principalmente, de los tempranos o del primer momento de la invasión colonial (siglo XVI), quienes, como recién venidos, desconocedores del idioma y de las mentalidades, no podían captar la realidad de las instituciones y costumbres, además de lo cual veían a la sociedad andina de acuerdo a su propia óptica cristiana y occidental, típica del Medioevo. En este sentido, entreveraron las tierras del Estado y tierras del sapainca, como si se hubiera tratado de un solo fenómeno. Error del que, al fin y al cabo, también participaban infinidad de runas.

Pero el reestudio de nuevas fuentes permite descubrir que el sapainca, como individuo, tenía sus propias rentas que consistían en tierras y productos. Al fallecer el sapainca, estas rentas pasaban a sus descendientes que, con el transcurso del tiempo, se multiplicaban geométricamente. De esta forma reunían excedentes para el mantenimiento de su persona y de su panaca, lo que les impelía a proporcionarse suficientes territorios y servidores perpetuos o hereditarios (yanas). Con tal medida también aseguraban el culto y conservación de sus cadáveres momificados, dotándolos de bienes suficientes.

Cada sapainca formaba, pues, su propio patrimonio. Objetividad que implica, a su vez, que las tenencias personales del sapainca no eran heredadas por el jerarca sucesor en el gobierno, sino por sus otros hijos y nietos que no iban a gobernar. De ahí que cada nuevo sapainca tuviera que incautar tierras y otros bienes para crear su flamante y propio patrimonio. Asimismo, como el sapainca sabía que sus descendientes iban a multiplicarse, de antemano, procuraba acumular bastantes tierras y yanas. Los derechos de un sapainca muerto eran, por lo tanto, escindidos en dos partes: 1° sus bienes heredados por todos sus familiares, excepto el sucesor del reinado; y, 2° este último que solo recibía el cargo, mas no los recursos. Es así que cada sapainca se iniciaba supuestamente "pobre", por lo que debía lanzarse a nuevas adquisiciones de bienes para él y su futura panaca o linaje. Y así acontecía sucesivamente con cada sucesor.

Si el patrimonio individual de cada sapainca pasaba a ser propiedad de toda su panaca a su fallecimiento, quiere decir que ellas, por igual, tenían el carácter de tierras colectivas de la mancomunidad que componía la panaca;

sin que eso fuera obstáculo para que, en algunos momentos, varones o mujeres, individualmente, se hicieran acreedores a uno o a varios tupus privados en otras parajes.

Pocos son los métodos de transferencia de derechos sobre la tierra que nos han llegado a través de las fuentes. El sapainca se otorgaba a sí mismo feudos a su satisfacción y gusto. Había casos de enajenación o trueque de pastos por parte de artesanos, como sucedió entre las comunidades de Huaquis y Carania (Yauyos), en donde la primera entregó pastos a la segunda a cambio de cierto número de plateros, que forjaran objetos exigidos por Túpac Inca Yupanqui, como vimos líneas atrás. Se sabe también de regalos —consistentes en tierras de extensiones considerables— a dioses, oráculos, santuarios, curacas, esposas de incas y a guerreros famosos. En Piura, existía el alquiler de lotes y la aparcería, donde el jefe-dueño recibía parte de los productos cosechados, si bien —a su turno— tenía obligaciones recíprocas de buen trato.[28]

Pachacútec incautó para sí las tierras de Tambo (Ollantaitambo) hasta Picchu (ahora Machupicchu); Túpac Yupanqui las de Tiobamba (Maras) y en Chincheros mismo, donde hizo construir sus aposentos; y Huayna Cápac hizo lo mismo al tomar las tierras de Yucay, Jaquijaguana, Gualaquija y Pucará, con sus correspondientes servidores. A la esposa principal de Túpac Inca Yupanqui la hicieron propietaria de dilatadas tenencias en la provincia de Parinacochas, excepto de las pertenecientes a los ayllus y curacas.[29] Cuando a los miembros de algunas panacas los enrumbaban a otros lugares por diversos fines, también les otorgaban tierras en sus nuevos asentamientos. Las posesiones de las panacas jamás eran divididas por individuos; su usufructo era colectivo.

En lo que respecta al grupo de poder, existían, pues, tierras del Estado, dominios patrimoniales de cada sapainca, posesiones conjuntas de cada panaca y heredades personales concedidas a determinados hombres y mujeres de la aristocracia imperial. Tales terrenos podían estar en el Cusco o desperdigados en diferentes etnias. En suma, los únicos que podían ser "terratenientes" eran los sapaincas y los dioses (representados por los sacerdotes), cuyas fincas o fundos eran trabajados por sus yanayacos, los cuales eran considerados parte de sus predios.

---

28. Salinas Loyola 1572: nº 176.

29. Rowe 1999: 277-286.

En las tierras patrimoniales de los sapaincas, se sembraba primordialmente maíz, planta de prestigio; y, muy rara vez, papas. Mientras que en otros parajes únicamente se trabajaban cocales, como ocurría en Picchu, Avisca y Tunu, que las trabajaban yanayacos conducidos de diferentes nacionalidades del Tahuantinsuyo. Solo de la etnia Cañar, sin contar a otras, trabajaban en el valle de Yucay decenas de braceros que, con sus mujeres e hijos, en la época de Huáscar y Atahualpa aún obedecían a un señor llamado Chilchi.

Por cierto que en estas jerarquías de señores, de superior a inferior, estaban incluidos desde el líder del clan o ayllu hasta el propietario individual con facultad a usufructuar todos los derechos consistentes o durables sobre un mismo lote de tierra. En tales situaciones, esos dueños eran reputados como "señores" o "propietarios de la tierra", bien que en la vida cotidiana ellos mismos jamás trabajaban las tierras, aunque es cierto que iniciaban y organizaban las tareas de cultivo y cosecha, tales como el deshierbe de los barbechos, la quema de la maleza y el echar la primera semilla. También podían ser los comprometidos de llevar a cabo ciertas ceremonias relativas a la fecundidad y toda la magia relacionada con la agricultura. Por lo demás, sabían recompensar el trabajo de sus siervos o yanaconas, permitiéndoles sembrar pequeñas chacras y poseer su ganancia.

En el devenir cotidiano, las más de las veces funcionaban lazos religiosos entre los individuos y linajes con respecto a ciertos sectores de tierras. Así, los sitios que rodeaban a las pacarinas o lugares de origen de las etnias, o los ámbitos señalados para ser cementerios de los cuerpos difuntos de los antepasados, estaban enlazados con un sentido de propiedad de dichos circuitos. Los derechos alegados sobre tales tierras los respaldaban con mitos, explicaciones legendarias y hasta históricas, las mismas que, unas veces, otorgaban consistencia, mientras que otras más bien se convertían en fuente de disputas.

Los enclaves ecológicos

Una realidad interesantísima que despertó la curiosidad de los propios españoles en el siglo XVI y que sigue provocando elogios en el siglo XXI es la posesión que ejercían los reinos altiplánicos y algunos otros ubicados en distintas partes de las tierras altas sobre terrenos emplazados o enclavados en otros reinos —administrativamente autónomos—, localizados en

diversos ecosistemas, aptos para producir lo que no podían cosechar en sus respectivos terrenos nucleares.

Desde luego que no conformaba un escenario genuinamente andino, ya que los mismos hispanos conocían de tal funcionamiento, por ser —la de los enclaves— una figura estructural en la demarcación territorial y geopolítica de España; de manera, que cuando los conquistadores llegaron a los Andes, para ellos no constituyó, realmente, una auténtica novedad. Así, el término (o distrito) de La Matanza —o Villaverde de Trucios—, ubicado en la provincia de Vizcaya, pertenecía y pertenece a la de Santander. Berzocilla y Quintanilla de Las Torres, situados en la provincia de Santander y Villarrodrigo en la de Burgos, corresponden a la de Palencia. Puebla de Arganzón y Treviño; mientras que antiguas posesiones del condado de Treviño, localizadas en la provincia de Álava, tocan a la de Burgos. Roales y Quintanilla del Molar, emplazados entre las provincias de Zamora y León, pertenecen a la de Valladolid. Petilla de Aragón, ubicado en la provincia de Zaragoza, corresponde a la de Navarra. El Rincón de Ademuz, situado entre Cuenca y Teruel, toca a la de Valencia. El Rincón de Anchuras, localizado entre la provincia de Badajoz y Toledo, pertenece a la de Ciudad Real. La Cepeda, metida entre las provincias de Ávila y Segovia, toca a la de Madrid; y en la de Madrid misma existe un enclave de la provincia de Cuenca. En la de Sevilla hay otro que cae bajo la jurisdicción de la provincia de Córdoba. Gerona posee, igualmente, un enclave en la provincia de Barcelona y otro más ubicado en el territorio meridional de Francia (Llivia), etcétera.[30]

Claro que los motivos para la existencia de estos enclaves en España fueron diferentes al de los andinos; pero si bien en el fondo variaban, no así en la forma. Lo interesante es que para los conquistadores hispanos dicho modelo no les resultó desconocido ni absurdo, lo que contribuyó para que los jueces respetaran su funcionamiento en el Perú durante los siglos XVI y XVII e incluso en gran parte del XVIII.

Entre los magiares de la Antigüedad y del Medioevo también fue normal el funcionamiento de la territorialidad diseminada de sus clanes. Entre ellos, sus comarcas tampoco constituyeron entornos compactos, sino que "se encuentran en todas partes sin orden ni sistema, a primera vista". Sus causas, sin embargo, no radicaban en migraciones sin rumbo ni sentido. La existencia de terrenos de un clan enclavados en las tierras de otro, además,

30. Aguilar 1973: 26-103. / *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* 1892.

no habrían existido allí sin el permiso previo de los jefes y de las asambleas de los clanes en cuestión. Tanto los unos como los otros tenían interés en conocer cuántos y quiénes eran los que entraban en sus prados a apacentar sus animales. De todas maneras, los enclaves quedaban para siempre en propiedad de los beneficiarios.[31]

En el mismo Virreinato peruano, los propios españoles establecieron demarcaciones diseminadas, como sucedió con la afamada doctrina de San Pedro de Chuquisongo, denominada también curato de las Estancias, en la provincia de Huamachuco. Sus espacios jurisdiccionales estaban conformados por cuatro comarcas localizadas en diferentes lugares, sin continuidad geográfica de la una hacia la otra. Por eso, para visitar sus anexos, el sacerdote tenía, obligadamente, que cruzar por aldeas, haciendas y chacras correspondientes a otras parroquias.[32]

Al respecto, los casos mejor conocidos en el Tahuantinsuyo son los enclaves ecológicos que gozaban los lupacas del Altiplano collavino en las costas de Moquegua y Tacana o Tacna y en Capinota, hacia Cochabamba; los de los chupaichos y yachas (Huánuco) en las montañas del Monzón; y los de los cantas en el valle del Chillón. Pero, además de estos, también hay datos con relación a los enclaves carangas y huarochirís en Arica y Huanchihuaylas, respectivamente.

Unas veces los enclaves permanecían situados a corta distancia, a solo uno o cuatro días de caminata, como sucedía con los cantas que disfrutaban de cocales en Quives; o con los yauchas del alto Rímac que poseían también cocales en el bajo Rímac (Huanchihuaylas y Lima). En contraste, en lo que incumbe a los reinos lacustres o aymaras, debido a razones geográficas, sus enclaves se hallaban ubicados a centenares de kilómetros, por lo que precisaban de 25 a 30 días para desplazase por trochas que se extendían y atravesaban distintos señoríos. Los lupacas, verbigracia, tenían enclaves ecológicos localizados a 300 kilómetros en Larecaja y Cochabamba, al otro lado del lago Titicaca. Mientras que sus enclaves más cercanos quedaban en el litoral de Moquegua y Tacna.[33]

Por su parte, las carangas (karanka) se encontraban desplazados transversalmente hacia la vertiente occidental de la cordillera andina, dominando

31. Ferdinandy 1961, II. 122.
32. Bueno 1776: 60-61.
33. Diez de San Miguel 1567: 18, 208.

distintos pisos ecológicos bajo el sistema del control vertical puna-valle. Este sistema les permitía tener acceso y vigilancia a una vastedad de recursos ecológicos que en las zonas altas eran imposibles de conseguir; para ello, ocuparon selectivamente diferentes ámbitos, tanto en la vertiente oriental de los Andes como hacia las arroyadas occidentales del macizo andino. Se distribuían en forma continua algunas zonas climáticas, como es el caso de las quebradas tarapaqueñas, y mediante el sistema de mitmas en el sector de los valles yungas mesotérmicos, como Cochabamba. Se ha detectado, por lo restante, que los valles occidentales fueron los primeros que ocuparon los carangas, los más cercanos a Sabaya, sede de los mallcus o curacas de la citada etnia. Y algo asimismo notorio es que dichos valles estaban ocupados por colonos tipo mitmas, pertenecientes a diversas etnias altiplánicas, con lo cual conformaban una multiplicidad compartida en un mismo perímetro del valle. Así, en el valle de Tarapacá hubo presencia de quillacas y lipez, además de carangas; en la quebrada de La Mocha hay evidencias de grupos carangas, uros y lipez; en la quebrada de Miñimiñi existen vestigios de carangas; en el valle de Camiña hubo población caranga, pacaje e incluso atacama; en el oasis de Pica y en la quebrada de Guatacondo hay rastros de grupos carangas y lipez de Atacama. Todos ellos conformaron un mosaico étnico, bien que no hay evidencias de sus vínculos sociales, políticos, religiosos y culturales. Lo interesante es que funcionaban como enclaves exactos, es decir, perfectamente articulados a sus señoríos étnicos de procedencia.[34]

El aprovechamiento de nichos ecológicos de los grupos alto-andinos en las tierras bajas tenía sus objetivos y metas: la producción y abastecimiento directos —sin intermediación ni intercambio— de artículos que no podían generar en sus altiplanicies nativas, por razones climatológicas o altitudinales; pero que urgían para balancear su dieta cotidiana y para contar con una gran cantidad de coca, planta ceremonial por excelencia. Solo así los collas, aymaras, chinchaycochas y yaros de Pasco, entre otros, podían tener acceso a maíz, cocales y algunas plantas inherentes a climas tropicales y semitropicales.

¿Cómo lograron tener entrada a esos enclaves distribuidos en distintos pisos ecológicos, ubicados en los territorios de otros reinos y señoríos? Solamente cabían tres alternativas: 1° El convenio entre las jefaturas de las

34. Riviére 1984; Díaz-Morong 2006: 131-132.

etnias o nacionalidades pactantes; 2° la toma de posesión mediante la violencia; y 3° la consumación mediante una disposición estatal emitida por el Imperio. Las dos primeras, es insoslayable, ya funcionaron en la época preinca y hay documentos del siglo XVI que así lo confirman, por ejemplo los manuscritos referentes a Canta-Collique. Mientras que la tercera circunstancia, pudo ocurrir durante la dominación y reordenamiento impuestos por los sapaincas.

Pero hay otra pregunta: ¿cuándo empezaron a aparecer los enclaves ecológicos en el mundo andino? Evidentemente, ello constituía un afán y una ilusión que inquietaba a los pueblos de las tierras altas (serranos y altiplánicos) desde épocas muy remotas. Se percibe que los primeros enclaves ecológicos de los habitantes de las altas mesetas, que ansiaban el acceso a tierras agrícolas emplazadas en los valles del litoral y en la ceja de selva, ya se había convertido en costumbre y práctica durante la Era Clásica andina (300 a.C. - 600 d.C.), hecho que, a todas luces, fue ampliado y defendido por los dos grandes imperios del Horizonte Medio (Puquina/Tiahuanaco y Huari). De manera que, después de la destrucción de estos dos organismos político-estatales, los que les sucedieron en el Collao, como fueron los aymaras, prosiguieron con la tradición y se apoderaron de tierras situadas en la costa y en la ceja de selva.

Más tarde, los incas no innovaron absolutamente en nada esta realidad, sino más bien la respetaron y extendieron a otras etnias que necesitaban de tal sistema. Lo difícil es decir qué enclaves ecológicos datan de tal época. La documentación los retrotrae, por lo común, apenas al tiempo de los incas; pero esto ahora es inadmisible, como lo prueban las fuentes escritas referentes a Canta, Chupaicho y Lupaca. Lo que ocurre es que, en los años de la Colonia, para defender dichas posesiones, las atribuían a decisiones de los sapaincas para así obtener el reconocimiento y legalización del poder virreinal.

Por otro lado, el control de pisos ecológicos no fue un fenómeno panandino. Las etnias costeñas, de conformidad a la documentación exhumada, no tenían ni se interesaban por poseer parcelas en las faldas y cimas de los cerros ni en los valles interandinos, por la simple razón de que en sus hábitats de las tierras bajas gozaban de una ecología excelente para producir lo vital y aun más de lo que precisaban con el riquísimo mar que les proveía de una gran variedad de carnes (de pescado). Incluso en la misma sierra, hubo decenas de señoríos y reinos que tampoco se inquietaban por controlar enclaves ecológicos en la costa, porque en sus respectivos terri-

torios detentaban todos los microclimas, como aconteció en las etnias Huaylla, Tarma, Quinua, Quechua, Ancara, Caxamarca, Huamachuco, Huambo, Guayacondo, Caranqui, etc.

Ya se mencionó que el deseo por disfrutar de enclaves ecológicos, muy apetecido por los reinos aymaras y por los de Chinchaycocha y Yaro, obedecía a la idea de tener acceso directo a recursos, sin depender de intermediarios y de los mecanismos del intercambio modelo trueque y equivalencias. Se trataba, pues, de un esfuerzo por llegar al estado de autarquía, ideal ciertamente nunca alcanzado a plenitud, por lo que era habitual, inclusive entre los mismos lupacas —una de las etnias mejor beneficiadas con enclaves ecológicos en costa y valles cálidos del este—, ver a sus integrantes viajando para intercambiar parte de sus productos. No obstante, el sistema de los enclaves ecológicos redujo en forma estimable las transacciones comerciales entre los serranos, quedando estas circunscritas a canjes esporádicos. Esta situación se presentaba en las tierras altas, pero no en las bajas del litoral central y norteño, por cuanto allí las actividades artesanales habían generado un activo comercio entre trabajadores de distintas especialidades, a las cuales se dedicaban a tiempo completo, desligados de las faenas agrícolas y pecuarias y sin acceso a pisos ecológicos en las elevadas cordilleras.

La producción de especies vegetales de clima subtropical y tropical en los enclaves de la costa y selva alta era realizada por mano de obra enteramente movilizada desde los centros nucleares de la etnia. Al parecer eran trabajadores migratorios o temporeros que descendían periódicamente a realizar la siembra y la cosecha mediante turnos. Quienes se desplazaban a cumplir tales faenas, no perdían sus opciones en sus ayllus de procedencia; pues en estos seguían conservando sus tierras de cultivo, cabezas de ganado y acceso a pastizales. En fin, proseguían como sujetos de derecho tanto en su país como en el enclave, con obligaciones, deberes y privilegios iguales a quienes no se trasladaban de un lugar a otro.

Los enclaves de mitmas para controlar nichos ecológicos podían estar vigilados por grupos pertenecientes a una misma etnia o repartidos entre varias. Modelos del último caso son las chacras ubicadas en la zona yunga de Larecaja, donde vivían grupos procedentes de todos los reinos o nacionalidades en que estaba dividida la etnia aymara, inclusive los mitmas reubicados en la península de Copacabana. Y aunque los terrenos ocupados por ellos podían estar —y de hecho estaban— formando un mosaico, cada cual ocupaba tupos perfectamente demarcados. No había, pues, caos

ni confusión.[35] Pero eso sí, los mitmas-mitayos reubicados en los enclaves ecológicos obtenían productos, principalmente, para que sus curacas tuvieran materiales o bienes que redistribuir.

Otra cosa digna de notar es que las etnias serranas, por estar consideradas como las dadoras de aguas a los agricultores costeños para irrigar sus tierras secas, como recompensa estos últimos entregaban en usufructo un terreno al curaca de las alturas, una vez al año, con derecho a sembrar lo que apetecían; por ejemplo, ají. Por consiguiente, los habitantes del litoral pagaban o retribuían por el consumo del agua que bajaba de las cordilleras.[36]

2. El usufructo de tierras y posesión de la cosecha

Algunos documentos detallan que los repartos de tierras que llevaban a cabo los curacas se efectuaban anualmente; pero otras fuentes aseguran que lo hacían una sola vez y que los hijos las "heredaban" para usufructuarlas. Tales informes constituyen una aparente contradicción. Lo que se conoce es que existían tierras que se asignaban de por vida y otras, cada año o cada cierto número de años. Las primeras correspondían a aquellas, cuyos productos sembrados no consumían los nutrientes del suelo, por ser chacras sometidas a un permanente riego y abono. En cambio, cuando los terrenos se debilitaban, unas veces debido al producto cultivado y otras por no acostumbrar fertilizarlos, era necesario dejarlos en descanso y reemplazarlos por otros ubicados en distintos lugares. Esto sucedía, en lo medular, con las papacanchas. Además, se debe tener en cuenta que los terrenos adjudicados para levantar las casas y corrales eran de por vida; y, por lo común, "heredados" y ocupados por los descendientes.

De ahí que cuando se dice que una persona solo recibía un tupo (lote) haya que explicarlo, porque en la práctica, en infinidad de casos, no solamente era un tupo sino varios, debido a que el reparto de tierras se efectuaba tomando en consideración los largos intervalos de descanso a los que quedaban sometidas las chacras por su agotamiento, en lo cardinal cuando se trataba de terrenos dedicados al sembrío de tubérculos. En lo que importa, pues, a papacanchas (hijuelas destinadas a la obtención de papas /

35. Archivo General de Indias, Justicia 651.

36. La Gama 1540: 70-71; AGI, Justicia 458.

Solanum tuberesum) fue ineludible asignar de seis a siete tupos en las estepas o punas, en razón a que jamás se sembraba el mencionado tubérculo año tras año en un terral, sino después de cinco años de inacción en climas templados, de siete en ecologías frías y de nueve en las punas más bravas. De ahí la necesidad de redistribuir tierras cuando se iniciaba el año agrícola y también la obligación de adjudicar varios tupos a un solo individuo, porque darle apenas uno habría significado dejarlo en la miseria. En el Cusco cada papacancha (tupo de papas) medía 20 varas por lado, o sea, 400 varas cuadradas.[37]

En la sierra, a diferencia de los pastizales que no eran distribuidos por familias, las tierras de cultivo sí lo eran. Cada miembro del ayllu aceptaba su lote en uno o más puntos; de ahí que cuando el individuo fallecía, sus chacras retornaban al fondo común para dárselas a otro que las necesitara. Las parcelas se entregaban a las parejas que acaban de formalizar sus uniones matrimoniales y configuraban heredades distribuidas en diversos escenarios o nichos ecológicos, de acuerdo a las posesiones territoriales que gozaba el ayllu. Así, la producción agrícola que apetecía el hogar para su abastecimiento quedaba asegurada de por vida.

Consecuentemente, lo que verificaban los curacas era la repartición de los derechos de usufructo de tierras, o en otras palabras, los terrenos en usufructo. Lo que quiere decir que el suelo pertenecía al ayllu, pero lo sembrado y cosechado allí correspondía al beneficiado durante la distribución de chacras. Pero eso sí, las parcelas señaladas al curaca cubrían bastante extensión, lo que a su vez exigía un número crecido de yanas y mitayos para hacerlas producir. Por lo tanto, en los ayllus había personas que, por detentar gran cantidad de chacras, obtenían abundantes cosechas. Esta situación los convertía en individuos opulentos, riqueza necesaria para llevar a cabo prácticas de generosidad, es decir, para la redistribución de bienes que, en el espacio andino, constituía una actividad obligatoria por parte de los grandes señores.

El almacenamiento de la cosecha

De los productos de la chacra familiar, se separaban —calculando muy bien— los porcentajes necesarios para su alimentación hasta la próxima

37. Munibe 1713.

cosecha; también lo que se precisaba para ofrendar a sus divinidades, para regalar, para semillas y para trueque con otros productos, actividad, esta última, que siempre se llevaba a cabo, aun en la situación de tener acceso a lotes emplazados en distintos niveles ecológicos.

Los alimentos obtenidos en los terrales familiares, comunales y estatales eran almacenados como es de rigor. Tenían, por consiguiente, trojes para todo. Los instalados en las propias casas o viviendas recibían el nombre de *pirguas*, especie de canastos o rungos elaborados de totora y otras fibras vegetales. Ahí, se guardaban los productos secos, como el maíz y el chuño. Mientras que las carnes deshidratadas se suspendían en una estaca o en cuerdas, sobre todo, en el interior de las habitaciones. En otras viviendas, los productos se embodegaban en los soterrados y desvanes que recibían el nombre de *marcas*. Tanto las pirguas como las marcas cumplían sus funciones de acopio hasta la futura recolección, configurando una apreciable reserva para los años de sequía, heladas, plagas y otras calamidades.

Para contrarrestar el gorgojo y el ataque de otros insectos dañinos, en las superficies de las colcas (almacenes) y entre los productos entrojados, se colocaban hojas y yerbas de olores intensamente repelentes, las cuales servían para ahuyentarlos. Entre estas plantas, las más utilizadas eran la coa, la ishmuña o muña y la siaya.[38]

Las colcas o almacenes del Estado ascendían a cantidades "incontables", es decir, eran muchísimos. Estaban erigidos, por lo usual, en las laderas de los cerros cercanos a las llactas o asentamientos urbano-administrativos del Imperio. Unos almacenes eran redondos, otros cuadrangulares y hasta rectangulares. Sus formas dependían del producto conservado en ellos, para poder identificarlos a simple golpe de vista. El maíz se guardaba tanto tostado como crudo, pero siempre seco.

3. Los bienes de los curacas, del sapainca y del Estado

Los curacas también tenían su patrimonio personal, consistente en chacras que les donaba el Estado, en cuyo caso la concesión se ubicaba en terrenos cercanos o en los de otras etnias. En el caso de los señores de Picoy y Yaucha (quebrada del medio y alto Rímac), recibieron parcelas de tal condición en el valle de los huancas (Jauja-Huancayo), Quinua (Ayacucho) y Vilcas-

38. Cobo 1653, I: 275.

huamán.[39] El regalo no solamente de tierras, sino también de ganado, coca, ropa, joyas y hombres a los curacas regionales o locales tenía su objetivo: fomentar y mantener alianzas. Asimismo, con ello, se daba origen a la aparición y formación de "dominios" señoriales, con la respectiva presencia y multiplicación de yanas: verdaderos siervos de la gleba. Como es natural, ello acrecentaba la reputación de los linajes étnicos.

Como se nota, los patrimonios territoriales de sapaincas y curacas constituían las primeras formas de la propiedad privada y familiar de los recursos productivos tipo "hacienda" en los Andes. Y ello se inició en forma sistemática desde el tiempo de Pachacútec, adquiriendo más amplitud durante la época de Huayna Cápac. De esta manera, hombres, tierras y rebaños comenzaron a ser enajenados como parte de la política estatal, para ser entregados en propiedad privada a jefes de huarangas y atuncuracazgos. Es aconsejable aclarar que todavía no configuraba el sistema dominante. Frente a la exigua cantidad de tierras privadas, prevalecía la tenencia colectiva de los ayllus, la estatal del Imperio y la sacerdotal o los bienes del culto.

En síntesis, en el Imperio hubo tierras explotadas como un bien privado o personal del sapainca (y, después de extinto, por su panaca o descendientes); y otras que eran directamente bienes del Estado, sin que hubiese oposición entre lo uno y lo otro. No obstante, en la existencia real, el sapainca, como hijo de dioses y supremo mandatario, disponía de todo, de la tierra y de los que vivían sobre ella. De ahí que, en el devenir cotidiano, los atunrunas (o pobladores) no distinguieran cuál era la propiedad personal del sapainca ni cuál la estatal, de manera que daban a todas la categoría de "tierras del Inca" en los informes suministrados a los cronistas. El atunruna no comprendía aquella diferencia, planteada en teoría, porque dentro de la comunidad no estaba permitida la propiedad privada del suelo. Tampoco esta realidad pudo ser captada por los primeros españoles, debido a sus concepciones diferentes, como ya se indicó.

II. El trabajo

1. La organización de la fuerza de trabajo

El trabajo es un proceso que se desarrolla entre el hombre y la naturaleza. Una interacción en la que el ser humano produce, regula y controla el inter-

39. Guamanyanac y Caxayauri 1576-1590.

cambio entre sí mismo y su medio ambiente. Para ello, pone en movimiento simultá neo las fuerzas musculares pertenecientes a su cuerpo, brazos, piernas, manos y cerebro, con la finalidad de apropiarse de los materiales de la naturaleza y darles uso para su propia vida. Consecuentemente, el trabajo es la actividad por la cual el hombre modifica la naturaleza con la meta de utilizarla para sus fines. Así, se adueña de los recursos naturales, lo que significa que el trabajo del hombre es diferente a la actividad de los animales porque el ser humano transforma las materias naturales para satisfacer las exigencias de su existencia. Es la invariabilidad de la necesidad la que pone en funcionamiento los modos de abastecimiento. Cada especie tiene su mecanismo biológico para ello.

Por lo tanto, el hombre modifica el medio ambiente en función de sus necesidades, que cambian con el curso de la historia, de conformidad al conocimiento de las propiedades de la materia. Para conseguirlo echa mano de diversas cosas, por ejemplo, se sirve de instrumentos producidos gracias a los metales, maderas, piedras y huesos que recoge en su entorno. Elabora esas herramientas con observación y experiencia, transformándolas en objetos capaces de satisfacer las necesidades humanas. De ahí que el trabajo de este tipo sea un fenómeno exclusivamente humano, motivo por el cual tiene características generales que valen en su época y ámbito, sea del pasado o del presente. La sociedad es la que asigna un papel al trabajo, mientras que las relaciones sociales son las que designan un destino al producto. Lo que quiere decir que hay productos del trabajo que tienen valor de uso y otros tienen valor de mercancía. Y por último, hay productos que no pertenecen a los productores sino a otras personas.

En las sociedades complejas, como fue la del Tahuantinsuyo, el trabajo se dividía según la participación de los campesinos y de los artesanos especialistas. Esta división era indispensable para el funcionamiento del sistema económico en su totalidad. Por lo tanto, en el Incario el trabajo se apuntalaba en tres pilares claves: la edad, el sexo y el rango social. Así, existían labores únicamente para personas jóvenes y otras para adultas, las mismas que resultaban imposibles de ser ejecutadas por niños y ancianos. Otras ocupaciones estaban en manos exclusivas de determinadas clases sociales superiores, en contradicción a las labores a cargo de la nobleza de segundo y tercer orden y de los runas comunes. Por su parte, había quehaceres propios de los varones y otros de las mujeres, aunque podían existir labores indistintamente desempeñadas por uno y otro sexo. La clase o rango se transmitía a los descendientes, ocupando estos un lugar en la pirá-

mide social. Hasta en los acllahuasis se guardaban las referidas jerarquías, de ahí se explica porque siempre el cargo de directora o mamacuna recaía en las emparentadas con el sapainca. En cambio, si la muchacha pertenecía al grupo de los runas o campesinos, su trabajo lo orientaba hacia el servicio, la ayuda en la chacra, en la cocina, etc.

Los yanaconas y piñas

El yana, por su lado, era un siervo considerado eufemísticamente como un "ayudante" salido no solamente de entre los prójimos de la clase baja, sino también —en ciertas coyunturas— de los hogares de la nobleza inferior provinciana en interés de otros de estatus más elevado, al margen de las expectantes retribuciones y redistribuciones a que se hacían merecedores los que estaban sujetos al ayni y la mita. Cuando estos siervos proporcionaban su energía al sapainca recibían el nombre de yanayacos, y cuando trabajaban en favor de otros nobles regionales los denominaban simplemente yanas.

Constituían los siervos de la gleba y la servidumbre doméstica en las mansiones de los grandes señores. Gozaban del usufructo de alguna chacra dentro de las propiedades de su amo, conservando su estatus de manera hereditaria. Hubo yanayacos que, por su buena conducta, se hicieron acreedores a dádivas por parte de sus señores, como el permitirles tener dos esposas, ocupar el cargo de jefes en determinados grupos de yanas o encargarse de puestos de curacas en algunas comarcas del territorio, cosa que fue practicada en el valle de Lima y en la sierra de Pauxamarca y Chachapoya.[40]

Los piñas constituían los prisioneros de guerra, recalcitrantes en reconocer la derrota; por lo que eran castigados con el confinamiento de por vida y hereditario en los cocales que tenían el sapainca y el Estado en la cálida, húmeda y bochornosa selva alta. Bregaban en condición de verdadera esclavitud, hasta acabar afectados por la incurable uta o espundia que comenzaba desgarrándoles las partes más visibles del rostro: labios y narices.[41]

---

40. Álvarez 1571: 294-300.
41. Santo Tomás 1560: 161; Quiroga 1563:103; González Holguín 1608: 286, 450.

Las acllas: escogidas pero cautivas

El poder estatal, que se arrogaba todas las facultades, al mismo tiempo que tomaba hogares y a veces ayllus íntegros para convertirlos en yanas o en piñas, también levaba muchachas para concentrarlas en unos edificios singulares, para entrenarlas y tecnificarlas en manufacturas que beneficiaran al Estado. A estas muchachas se las denominaba *acllacuna* o *acllaca* (o acllas, castellanizado).

Aclla o agcria es una voz quechua que deriva de *acllaca* o *acllay* que, vertida al español, quiere decir "escogida" o "seleccionada", pero no tanto por su belleza sin par como insistía la propaganda oficial del grupo de poder cusqueño. Más bien, eran preferidas, entre otras del Imperio, por su vocación artesanal en el hilado y tejido, por su grado de calificación de habilidad profesional, semejante al del *camayoq* que se usaba para el sexo fuerte y que equivalía al maestro de la etapa gremial.

Su origen, al parecer, no es incaico. Los soberanos del Cusco las restauraron, siguiendo las experiencias de los puquinas y huaris, antiguos Estados imperiales andinos que precedieron al Tahuantinsuyo, cuyas economías y cultos jamás hubieran podido funcionar sin este tipo de institución femenina. Por cierto que con la caída de puquinas y huaris, colapsaron los acllahuasis hasta su reimplementación con el advenimiento de los incas, concretamente con Manco Cápac, el primer señor y caudillo legendario de la etnia inca en el Cusco. Este, al adjudicar tierras para el culto solar, no se olvidó de mencionar a las "mamaconas", es decir, a las maestras de las acllas, de seguro por la obligatoriedad de aglomerar telas para realizar alianzas, pues el regalo de estas constituía la mejor garantía de la paz y de la amistad interétnica.[42]

Esta institución adquirió más relevancia durante Lloque Yupanqui, el tercer jefe tradicional y leyendario,[43] bien que su auténtica preeminencia la alcanzó cuando gobernaba Pachacútic Inca Yupanqui.[44] Cosa explicable porque este sapainca, al formalizar la existencia del Imperio, concomitantemente se vio urgido a engrandecer el acllahuasi del Cusco, constreñido por la reorganización y auge del culto solar en el Coricancha remodelado

42. La Bandera 1557: 73.
43. Pachacuti Yanqui 1613: 290.
44. Guaman Poma 1615: 109r.

y por la necesidad de telas para vestir a los soldados y donar a los amigos y aliados del poder. Desde entonces, fueron concentradas en sus aposentos 500 doncellas para el servicio del Sol.[45]

Los Acllahuasis, en consecuencia, no eran establecimientos monjiles en sentido riguroso, sino talleres textiles a cargo de mujeres jóvenes y adultas, de cuyo trabajo se aprovechaba el Estado, el cual las compensaba proveyéndoles alimentos, bebidas, vestidos, joyas, música, danzarinas y aposentos con habitaciones muy confortables. El sapainca disponía de ellas, retirando a unas para introducirlas en sus aposentos; y a otras, para regalarlas como esposas a jefes guerreros, curacas, etc., es decir, a personas a quienes quería gratificar por sus servicios calificados. Ropa, esposas y coca configuraban las mejores muestras de gratitud a los fieles y sobresalientes servidores del Estado.

La descripción que se acaba de exponer —apuntalada en la *Nueva coronica y buen gobierno* de Guamán Poma— admira por haberse apoyado en dos reglas fundamentales de la férrea y bien organizada sociedad incaica, basadas en la obligatoriedad del trabajo y la preeminencia del Estado sobre el individuo. Nadie podía vivir ocioso, consigna tan severa que comprendía a los niños y a los defectuosos o discapacitados. Con respecto a estos últimos, la regla consistía en unirlos a las labores en las que podían complementarse, como en el caso de los ciegos y de los mancos, para que el uno viera y el otro lo hiciera.

Hay que tener presente que el territorio agrícola escaseaba, pero existía una población abundante a la cual alimentar. Además, el frente interno tenía a su cargo las faenas para el sostenimiento de los soldados en campaña, quienes, por tal razón, desatendían dichas labores mientras duraran las largas expediciones militares. Por eso, en este sistema no escapaban del trabajo ni las muchachas más lindas y aristócratas del Tahuantinsuyo.

Por lo tanto, esta manera de organizar a las mujeres constituyó un elemento logístico perfecto en manos del Estado que, a través de la enunciada institución, canalizaba una serie de intereses gubernamentales que no se limitaban al plano religioso —el más evidente a simple vista—, sino que de modo análogo se extendía al nivel político y económico. Ya José Carlos Mariátegui afirmó que en el Imperio de los Incas, "la iglesia era el Estado mismo".[46]

---

45. Betanzos 1551: 32.

46. Mariátegui 1928: 136.

La totalidad de estas mujeres seleccionadas era encerrada en aquellos aposentos peculiares que —ya se enunció— recibían el nombre de acllahuasis, cuya estructura y planificación hacen recordar en algo a los monasterios católicos de la Edad Media, puesto que apenas exhibían una sola puerta para ingresar y salir, minuciosamente custodiada por guardas que cumplían ahí este tipo de tributo. Tales mansiones existían en la integridad de los centros administrativos (*llactas*) fundados por los incas. Allí, permanecían enclaustradas bajo la tutela del Estado hasta llegar a la adolescencia, educadas por las acllas mayores de edad que recibían el título de mamaconas (señoras, madres). El acllahuasi del Cusco tenía la categoría de huaca grande en la estructura de ceques.

Los acllahuasis tenían, pues, sus guardianes que revisaban a las que entraban y salían, incluyendo sus fajas y collares para evitar que ingresasen varones mediante hechizos.[47] Las faltas y delitos que cometían eran investigados, juzgados y sentenciados por el sumo sacerdote solar, quien tenía competencia incluso para colgarlas a ellas y a sus amantes.[48]

- *Otros roles de las acllas*

Aparte de talleres en tales menesteres —como se advierte— los acllahuasis constituían auténticos almacenes de mujeres, de donde el sapainca las sacaba para donarlas. Cumplían, por lo tanto, tres funciones esenciales: 1° el servicio al culto solar, por lo que los acllahuasis siempre estaban cerca de sus templos. 2° Un importante papel económico, consistente en hilar, tejer y preparar cientos de vestidos con la pelambre y el algodón, tanto de los rebaños como de las plantaciones pertenecientes al Sol y al Estado. El Inca necesitaba miles de trajes, tanto para retribuir los servicios de los leales servidores y amigos del poder, como para quemarlos durante los sacrificios al Sol y otras divinidades. Y 3° ser cedidas como esposas de los paniaguados y servidores del Estado, quienes eran de esta manera compensados, premiados y halagados por el poder. En suma, las acllas no venían a ser otra cosa que expertas trabajadoras textiles que producían telares para que el gobierno pudiera allegar las prendas más codiciadas a guerreros, administradores y privilegiados en general, como elemento de pago.

47. Murúa 1616 II: 19.

48. Cieza 1554: 204.

Las acllas, sometidas a un régimen de alta productividad textil, sustentaban el sistema incaico, el cual, para lograr sus objetivos, les imponía una soltería obligada mientras permanecieran encerradas, sin libertad para tomar un marido, oprimiendo sus impulsos sexuales humanos. Y si alguna incurría en la citada falta, le aplicaban penas severísimas. Sus vidas transcurrían dentro de medidas muy severas, consagradas a las ocupaciones programadas por el Estado, en pleno aislamiento y castidad hasta que el poder dispusiese lo contrario. Sus instintos hormonales eran adormecidos mediante un intenso trabajo y la ejecución de piezas concernientes al arte musical y rítmico (danzas). Existían grupos de acllas que, únicamente, se dedicaban a esta última actividad.

Sin embargo, es imposible tipificarlas como esclavas, por cuanto en los acllahuasis gozaban de bastantes comodidades y porque allí permanecían enclaustradas hasta ñustas y pallas (princesas y eminentes señoras) de la casta inca. A lo más, podríamos llamarlas mujeres cautivas. Entraban niñas y las sacaban adolescentes o adultas para regalarlas a hombres que habían reunido méritos en acciones a favor del sapainca y del Estado.

De todas maneras, las acllas dan la idea de haber formado una "esclavitud doméstica", toda vez que como productoras y trabajadoras eran propiedad del Estado, representado por la voluntad soberana del sapainca, quien las podía regalar a sus amigos y servidores beneméritos. A pesar de dicha evidencia, esta no sirve de sustento para los que propugnan caracterizar al Incario como un régimen esclavista.

Finalmente, se debe enfatizar que, entre las más hermosas y nobles de las pertenecientes a la primera clase, el sapainca escogía a las que debían ser sus esposas secundarias; como también elegía a otras de la segunda clase para donarlas a los curacas, capitanes y parientes beneméritos, en calidad de premio para compensar servicios prestados al Estado, militares de alta jerarquía y a otros personajes del la propia etnia inca.

También había un grupo de acllas a quienes les respetaban su castidad, quedando recluidas toda su vida con el nombre de mamaconas, mujeres expertas para instruir a otras. Subsistían en medio de un nivel económico y social muy alto. Justamente, las acllas pertenecientes a la alta nobleza eran las que desempeñaban las labores más importantes, dirigían la administración o gobierno del centro manufacturero y, más tarde (aproximadamente a partir de los 30 años de edad), pasaban a ocupar el rango de mamaconas.

De ahí que lo más atinado sea llamarlas mujeres cautivas, por constituir —ante todo— una fuerza productiva, cumpliendo un rol de segundo

orden como "sacerdotisas del Sol". Por eso, la arquitectura donde moraban poseía toda clase de holguras para efectuar sus fines artesanales: alacenas, clavos, estacas, descansaderos o poyos —tallados sobre rocas en la sierra y confeccionados de adobe en la costa—, cocinas, corrales, dormitorios, talleres, etc. Los acllahuasis guardaban relaciones exclusivas y precisas entre sus formas plásticas y funcionales: la producción textil, con un poco de propósito religioso, pese a que el Estado sostenía que esto último constituía su verdadero destino.

- *El trabajo de las acllas. Sus rangos y enseñanza*

En la producción, las acllas empleaban la técnica de la cooperación en su forma más desarrollada y eficaz, bregando en conjunto con la mente puesta en un objetivo común. De modo que había concurrencia entre las lavanderas de pelambre que paraban en los espacios cercanos a las fuentes o corrientes de agua; entre las tintoreras, cuyas habitaciones poseían morteros; entre las hilanderas y las elaboradoras de telas. Un trabajo coadyuvante interno, proporcional a cada especialidad y siempre con miras a la producción estatal, realizándose en cada sector que reunía las características arquitectónicas *ad hoc*.

Con el tiempo, la colaboración sincronizada de las acllas no solamente generó el aumento de las fuerzas productivas, sino que acabó por superespecializarlas en sus técnicas manufactureras: lavanderas, tintoreras, hilanderas, tejedoras, confeccionadoras de trajes, mantos, etc. Obras que eran realizadas de manera artesanal y manual. Las hilanderas manejaban con habilidad husos y copos para producir hilos gruesos o finos, según su predefinición: para sandalias u ojotas, o para tapicería, etc. Las tejedoras de tapices conocían estupendamente los secretos y pericias de la elaboración de tocapus: motivos geométricos-ornamentales entretejidos, cada uno de los cuales simbolizaba algo y al mismo tiempo exornaban los uncus (camisetas) del soberano y demás nobles de la etnia Inca. En ello ponían todo su ingenio artístico.

La materia prima que empleaban consistía en pelos de vicuña y alpaca, así como los de llama y guanaco. También manipulaban el algodón obtenido en las tierras cálidas de los valles costeños e interandinos, plantaciones vigiladas por el Estado. Los trajes hechos para arropar al sapainca y a los sumos sacerdotes, semejantes a los que se obsequiaban a los grandes personajes, se elaboraban —de preferencia— de pelo de vicuña, de preparación

muy ardua. Mientras que los ropajes comunes eran confeccionados con pelo de alpaca, guanaco y llama, y también con algodón. Todo este sistema brinda una idea del complejo trabajo que cumplían en sus edificios, fabricando al por mayor. Así, es posible que los acllahuasis hayan rivalizado entre sí para producir cada vez más y mejor.

Como cada acllahuasi concentraba a mujeres escogidas de todas las clases sociales, estas conservaban sus diversas categorías dentro de los muros y aposentos. Desde luego que existían acllahuasis donde la mayoría era integrada por mujeres de alta alcurnia, como ocurría del Cusco y la isla de Coatí (Titicaca), por razones políticas y mágico-religiosas: la primera, por ser la capital política y sagrada del Estado; y la otra, por ser la sede del mayor templo dedicado a la Luna en el espacio andino.

La enseñanza impartida según los grupos mostraba mucha preocupación por imprimir conocimientos prácticos, pero diferenciados, como es lógico. Las jóvenes de la elite más prominente recibían una enseñanza distinta a la de las hijas de los curacas y de los runas comunes. En gran medida, la preparación brindada dependía del puesto que iban a ocupar en el futuro.

El número de mujeres que daba albergue cada acllahuasi fluctuaba: los más poblados eran justamente los del Cusco y Coatí, cada cual con centenares de acllas. Pero el de Huanucopampa, ampliado por Huayna Cápac, superó a todos: casi mil. El de Tumibamba cobijaba a más de 200; el de Caxas, 500; el de Cajamarca, 200; el de Tumbes, construido por Huayna Cápac, contaba con más de 200 acllas.[49] Mientras que del de Pachacámac se sabe escasamente que tuvo "gran cantidad de sacerdotes y mamacunas".[50]

- *Categorización de las acllas*

Con todo, no hay unanimidad en lo concerniente a la categorización de las acllas. En seis cronistas examinados, de los que proveen la más abundante información, hay divergencias: Santillán, el jesuita Anónimo, Pachacuti Yanqui, Guaman Poma, Murúa y Calancha. Vamos a ver lo que dice el penúltimo, por contener —al parecer— la versión más didáctica:

---

49. Cieza 1554: 8, 90; Guaman Poma 1615: 149r, 154v, 161v, 174r, 179r; Jerez 1853: 54; Calancha 1638: 409; Calancha 1653: 7.

50. Murúa 1616, II: 216.

CATEGORIZACIÓN SEGÚN MARTÍN DE MURÚA

1. Mujeres escogidas	Hijas de curacas y parientes del Inca.	Dedicadas al Inca. Tejen cumpi para él y para la Coya.
2. Mujeres de la segunda casa	Hijas de principales y de gente común.	Tejen ropa para sí. Labran chacras para los depósitos del Inca.
3. Mujeres de la tercera casa	Hijas de señoras.	Sirven comida al Inca. Hacen chicha. Agricultoras.
4. Mujeres de la cuarta casa	De 9 a 15 años. Se renuevan cada seis años.	Cantoras en las fiestas del Inca. Trabajan en el campo. Tejen ropa. Pastoras de rebaños sagrados.
5. Mujeres de la quinta casa. Uinachucuy	De 5 a 6 años. Instruidas. Hijas de hogares del común.	Criadas. Agricultoras. Hilan y tejen para los dioses.
6. Mujeres de la sexta casa	De 15 a 20 años. Extranjeras en Cusco. Exceden en número a las demás.	Tejen. Labran huertos del Inca.

Sin embargo, hay otra categorización más simple de las acllas internadas en aquellas mansiones de las Escogidas, que es la siguiente:

1º Yurac acllas, del linaje inca, consagradas al servicio ritual del Sol; no les permitían tomar marido. Preparaban las bebidas y el sango para los ritos en que participaban el sapainca y el clero. Eran las únicas que permanecían vírgenes, perpetuamente encerradas. Dirigían y vigilaban a las demás.

2º Huayruro acllas, mujeres procedentes de los ayllus que circundaban el Cusco con rango de incas simbólicos, y también las hijas o hermanas de los curacas provincianos. De ellas, el sapainca tomaba a muchas para transformarlas en sus cónyuges secundarias.

3º Paco acllas, hijas de caciques regionales y locales de menor categoría. Eran dadas como esposas a los nobles provincianos y a guerreros sobresalientes.

4º Yana acllas, quienes conformaban las servidumbre de los acllahuasis. Las daban como esposas a runas comunes; por ejemplo, a los jefes de grupos de yanas y yanayacos.

5º Taqui acllas, aquellas que, por sus dotes artísticas (canto, danzas y tañido de instrumentos: tinyas o tamborcitos y flautas), no mostraban más diligencia y actividad que alegrar a las otras acllas y a los incas cuando estos las requerían. Tenían de nueve a 15 años de edad, sacándolas cada seis meses para reemplazarlas con otras con la finalidad de que jamás faltasen.[51] Se ocupaban de una función importante y necesaria en una sociedad donde las festividades mágico-religiosas se sucedían con frecuencia. Así, acompañaban a los cortejos ceremoniales durante el *rutuchicu* o rito de iniciación de las muchachas al advenirles la primera menstruación que coincidía con un nuevo corte de su cabello. También estaban presentes en las fiestas agrícolas, en la entronización de algún sapainca, en rituales de sacrificios humanos y otros más.

Lo común de todas, excepto de las primeras, es que el sapainca disponía de ellas de acuerdo a su capricho, gusto y conveniencia personales, de grupo y según las razones de Estado.

Es de lo más interesante que determinadas acllas —las de 10 años— ayudaran al sembrío de las chacras del Sol y del sapainca, a diferencia de otras dedicadas a preparar chicha para el soberano y de los trabajadores que gastaban su energía en el cultivo de las tierras del dios Sol. La colaboración de la mano de obra femenina en las tareas agrarias es una tónica permanente en la cultura andina. Durante la siembra, el hombre abría el surco y la esposa arrojaba las semillas. El mismo hecho de que ellas preparasen las bebidas para los trabajadores de las parcelas del Sol, es otra manara de intervenir en las labores del campo.[52]

---

51. Murúa 1616, II: 76-80.
52. Pizarro 1571: 194-196.

- *Trabajadoras al servicio de la economía política*

En fin, la actividad más notoria en el interior de estas instituciones consistía en el hilado y tejido. Producían piezas en ingentes cantidades que demandaba el sapainca para sus consabidas retribuciones y redistribuciones. Las telas variaban en cantidad y calidad, de acuerdo al destino que iban a darles: para los soldados comunes, bastaban los textiles burdos; para los regalos a beneméritos y vestimenta del sapainca y la coya, los más sofisticados y en ingentes cantidades, ya que la suprema nobleza jamás se ponía un traje dos veces. Por igual, elaboraban ropa para sí mismas. Lo que permite imaginar la necesidad de mucha mano de obra y la producción cuantiosa de sus productos a base de fibra animal y vegetal. A lo que hay que adicionar el apremio de ofrendar con telas a los dioses.

En el hilado y el tejido laboraban todas las escogidas, de cualquier edad y rango, auténticas especialistas, controladas directamente por el monopolio del gobierno. Trabajadoras a tiempo completo, al servicio de la economía política del Imperio, como parte esencial de la reciprocidad y la redistribución de bienes de lujo que ponía en práctica el grupo de poder.

Pero tampoco se puede preterir de su función religiosa. La integridad de las acllas dedicaba también su vida al servicio de las huacas principales del Imperio, en lo primordial, al dios Sol; por igual, a la Luna y Estrellas; y en menor escala, al Apo Con Ticsi Wirakuchan, Huanacauri y a los apus Ausancati, Vilcanota Coropuna, etc. Se encargaban de tejer ropa y mantos para los ídolos y sacerdotes, preparar la bebida sagrada llama *yamur* y el *sancu* (una mezcla de harina de maíz y sangre de llamas sacrificadas) para ofrendar al Sol en sus dos fiestas o raymis y en la del Situa.[53]

Intervenían, asimismo, en el cuidado de las momias de los sapaincas. Con esmerado sentimiento, velaban para que no les faltara alimentos y ropajes, para conservarlos eternamente,[54] lo que les permitía tener de modo constante en la mente el recuerdo de los soberanos. Buen número de acllas estaba señalado para morir durante los holocaustos en honor de algunos dioses, mientras que docenas de ellas eran sacrificadas en los funerales del sapainca, con el objetivo de acompañarlo a la otra vida.[55]

53. Garcilaso 1609: 121-127, 273-274; Guaman Poma 1615: 803, 895.

54. Pizarro 1571: 193-196.

55. Cobo 1653: 134.

- *Economía de las acllas*

Veamos también lo referente a su economía. Las acllas gozaban de terrenos de cultivo y pastizales para ganado, adjudicados exclusivamente para su manutención, los cuales eran trabajados por yanaconas y acllas de nivel inferior, todo por voluntad del sapainca. En la circunstancia del acllahuasi de la isla de Titicaca, sus tierras o heredades —con sus cosechas respectivas de legumbres— eran trabajadas por los mitayos de Umasuyo, Urcosuyo y Lupaca, como una obligación. Así también, los yungas de Larecaja les sembraban y cogían maíz. De partes más lejanas les enviaban los productos de lo sembrado, no con el nombre de tributos, sino de regalos.[56]

Para la sustentación del acllahuasi del Cusco, por mandato real, les generaban rentas en la integridad de las provincias del Imperio en porciones bien calculadas de mitas, en una cuantía admirable, inclusive vajilla de cerámica y objetos de metales preciosos y hasta telas. Sus pastos recibían el nombre de *Intip-moyan-guayrur-aclla*, o sea, el huerto de la acllas guayrur del Sol. Entre ellos, existían sotos de guanacos y vicuñas (*intip llamam*) o, expresado de otra manera, las llamas del Sol. Todos los acllahuasis tenían sus heredades, hasta las divinidades.[57] Luego, como muchas de las escogidas pertenecían a la nobleza, disponían por su cuenta de granes rentas para vivir bien.

2. Las formas de trabajo

En el Estado Inca funcionaban varias formas de trabajo: 1° el personal o individual; 2° el familiar o doméstico; 3° el ayni o reciprocidad; 4° la minca o colectivismo; 5° la mita o estatal, en toda índole de actividades, ya fuese dentro de un señorío o del imperio; 6° el del ejército profesionalizado que, estrictamente, no constituía un modelo de mita, al igual que el de las acllas; 7° el servil, a cargo de yanas y yanayacos; 8° el de los piñas o esclavos en los cocales del Inca; 9° el de los artesanos libres de la costa centro-norte y de Quito; 10° el de los mercaderes del litoral y del extremo norte del Chinchaysuyo (Chinchaysuyu); 11° el indirecto de los administradores del Estado; 12° el indirecto de los sacerdotes; y, 13° los servicios especiales

56. Calancha y Torres 1653: 18; Cobo 1653: 190-194, 231-232.

57. Guaman Poma 1615: 260.

(chasquis, danzantes, músicos, bufones, cargueros del Inca y curacas, probadores de los alimentos y bebidas del soberano), solamente cumplidos por gente seleccionada.

Del listado anterior, salvo los indicados en los numerales 10 y 11 de las mencionadas formas de trabajo, corresponden a sociedades de escaso desarrollo de sus fuerzas productivas. Precisamente, tales figuras laborales se venían ejercitando desde los lejanos tiempos de Chavín, Moche, Nasca, Huari, Tiahuanaco y Chimú. Desde entonces, la tecnología no avanzaba, lo que justamente determinó la persistencia de la organización de los ayllus o clanes, o sea, de las comunidades, ya que el ayni, la minca y la mita eran posibles gracias a su funcionamiento. Hecho que, a su vez, favorecía para que las etnias y el Imperio fueran bastante autosuficientes en lo esencial de su vida. Una serie de mitos y máximas sostenían este ejercicio.

Mientras el laboreo familiar y el ayni dependían de los compromisos y reciprocidades de cada grupo doméstico (familias nucleares simples y compuestas); la minga, por el contrario, dependía del consenso de quienes integraban el ayllu (familia extensa), por lo que era planificada y controlada por sus líderes (curacas, camachicos, camayos).

La gran forma de tributación para producir rentas al Estado, al sapainca o a otros jefes consistía en la mita o trabajo por turnos. Por lo restante, nadie pagaba impuestos por el derecho a utilizar la tierra o por residir en una vivienda. La cantidad de bienes producidos por los mitayos dependía de las cuotas predeterminadas y calculadas por el poder. Los hombres estaban gustosos de trabajar para el rey, por considerarlo hijo del Sol, de cuya divinidad participaba, y porque mientras laboraban recibían comida y bebida en cantidades suficientes para que se desempeñaran contentos y alegres. Desde luego que el poder podía reforzar sus exigencias empleando medidas legales de castigo. En el caso de los que alquilaban o conseguían parcelas en condición de aparcería o arriendo en la costa Tallán, los mismos trabajadores eran los que cumplirían sus mitas al sapainca. Este es un tema que ha merecido ser indagado por científicos especializados en antropología económica.

El ayni o reciprocidad

En primer lugar, hay que esclarecer que toda forma de producción se llevaba a efecto dentro de una estricta planificación; raras eran las que se efectivizaban por casualidad o a discreción personal. El ayni, una de las

formas más antiguas y comunes de trabajo en el planeta, operaba en el desarrollo del ciclo agrario y en toda actividad inmanente a ella (siembra, cosecha). Y, análogamente, cuando se trataba de la construcción de una vivienda; hechos que no ocurrían todos los días.

Conformaba un vínculo laboral, formalizado a través de normas tradicionales de reciprocidad. Allí no intervenían las leyes del mercado para reglar los intercambios y circulación de bienes ni había retribución monetaria, sino más bien patrones culturales transmitidos y adquiridos mediante relaciones tradicionales, donde lo determinante constituía la pertenencia a la familia o al grupo de parentesco. Esa pertenencia grupal gobernaba y orientaba la dirección que tomaban los encadenamientos económicos.

La devolución del trabajo prestado se realizaba de manera similar a lo recibido, es decir, era una forma de intercambio de bienes y servicios entre personas conocidas entre sí y de la misma clase. Aquí entra a tallar una prestación, cuya devolución transcurre dentro de un cierto lapso. De ahí que no se trata de una contraprestación simultánea, por eso hay negociación entre las partes. No hay abierto regateo, ya que está encubierto por formas de comportamiento ceremonial.[58] Las partes interactuantes pueden ser individuales y asimismo familiares.

Como es una relación de trabajo normada por la cultura, son las costumbres las que expresan los deseos de las familias, las cuales siempre tienen en cuenta la división del trabajo por sexos y edades, dinamizadas por los nexos del parentesco (las más de las veces consanguíneo y en otras por el ceremonial); pero que solo se dan en el interior de la parentela. En no escasas circunstancias, la familia busca un excedente de fuerza de trabajo, sobre todo, para llevar a cabo la siembra y cosecha en sus parcelas o la edificación o reparación de su morada. Y justamente para esa seguridad económica y emocional apela a la ayuda de sus parientes que conforman otra unidad doméstica. Con esta actividad demostraban que pertenecían a una familia extensa, es decir, a un ayllu.

El pariente socorre oportunamente solo cuando otro de sus consanguíneos le pide colaboración y lo hace meditando que en algún momento del futuro deberá ser correspondido de idéntico modo. De ahí que el carácter del ayni, es el de ser equivalente. O en otras palabras: la reciprocidad es una transacción en la que una persona recibe una cantidad mensurable

58. Mayer 1974: 15-50.

de horas de trabajo, según su propia valoración y criterio cuantificable. Se convierte, entonces, en un intercambio para cubrir necesidades. Sus reglas las conocen y comparten todos. Valorativamente representa un canje de ayuda entre participantes, impuesta por la carencia de mecanismos avanzados de tecnología de producción campesina, o por las condiciones de subsistencia de la vida rural. Y eso se cumple recurriendo a una persona o a una familia con vinculación parental —consanguinidad, afinidad— para la prestación de un servicio en forma de trabajo, de bienes o de materiales. Como se ve, son labores de ayuda mutua, no estrictamente graciosas o gratuitas, sino correspondidas con comidas, bebidas y puñados de coca, además de la promesa implícita de la devolución de esta energía.

En el micro mundo de los ayllus funcionaba un solo tipo de ayni: el simétrico, que se daba entre personas y familias pertenecientes a iguales dentro de una misma etnia. Ahí, el circuito de intercambio andaba bien deducido y estimado, de manera que el tiempo y cantidad de trabajo —mano de obra, esfuerzo y laboreo— aseguraba recibir el mismo monto, incluso la alimentación, la bebida y puñados de coca en alguna fecha del futuro. La devolución la conceptuaban equitativa a lo recibido por el otro. Por lo tanto, aquí el trabajo se efectuaba de persona a persona, o de familia a familia. Por eso la reciprocidad establecía vínculos entre individuos y entre unidades domésticas, que es lo mismo si dijéramos entre productores y consumidores. El ayni interrelacionaba a todos.

En estos trueques recíprocos, las relaciones no estaban investidas de formalidades, encubiertas por una aparente falta de interés económico, como si los bienes y servicios solo se canjearan en momentos oportunos, sin simultaneidad, en apariencia obedeciendo a una normativa cultural. Lo verdadero era la convicción de servir a otro, el cual quedaba obligado a su restitución cuando se le solicitara su trabajo, al momento de arribar la hora de corresponder. Por eso, el ayni funcionaba entre unidades domésticas o económicas que contaban con recursos productivos intercambiables en la oportunidad necesaria. Así, el que brindaba su energía tenía derecho a solicitar la devolución de ella en el tiempo que lo consideraba oportuno, cuando el ciclo económico productivo lo hacía inaplazable.

En este sistema, los productos generados pertenecían a los dueños de las parcelas. De modo que el ayni gozaba del atributo del vínculo entre personas y grupos domésticos, entre productores y consumidores, interconectándolos. Se trataba de un proceso en el cual cada individuo o familia seguía determinada racionalidad económica, aquella que permite la unidad

económica productiva, de la que son agentes productores que operan según sus necesidades y de acuerdo a condiciones singulares que rigen la producción. Esas condiciones son la existencia de fuerza de trabajo limitada en la familia, lo que implicaba buscar energía laboral en otras unidades afines de parentesco. Por falta de dinero, el trabajo se pagaba con trabajo. Cuanto más amplia fuera la red de parentesco, se poseía más seguridad en la ayuda. Así, se afrontaba victoriosamente la vida social.

La relativamente extensa explicación precedente merece un resumen didáctico. El ayni es un intercambio de trabajo entre los grupos domésticos (familias nucleares-simples y familias nucleares-compuestas) que enmarcaban un ayllu. En otros términos: el préstamo de energía laboral que una persona o conjunto de personas brindaban a otro individuo o conjunto de individuos, respectivamente, a condición de que se les devolviera en fecha oportuna y en iguales estipulaciones de tiempo y envergadura de tarea.

En buena cuenta, el ayni configuraba, solo en apariencia, una ayuda recíproca o mutua que simulaba no revestir caracteres rituales ni ceremoniales. En realidad, no constituía un simple préstamo de energía, sino que corría a cargo del beneficiario la alimentación y bebida los días que duraba la faena, amén de dádivas consistentes en algunos puñados de coca. Estrictamente, entonces, no era una ayuda mutua, sino un perpetuo negocio, sujeto a intereses y conveniencias personales y familiares.

Cualquier hombre de un ayllu podía eludir el ayni, negándose a prestar su ayuda al pariente o al vecino; pero dicha actitud significaba que él ya no podía pedir colaboración a otro. Por eso quienquiera, como exacto conocedor de que iba a necesitar auxilio en algún momento del porvenir, no rehusaba su energía a quien la requería; por el contrario, más bien andaba buscando amigos para ofertarles su colaboración siempre que la necesitaran. De manera que el ayni no se reducía puntualmente a un socorro mutuo de hermandad, sino a un trajinar interesado en dar para recibir, un dame y toma sinfín.

Se tenía un definido y amplio concepto de la reciprocidad generalizada y del concepto de que nadie debía proporcionar nada a otro por el elemental hecho de regalar. Todo lo que se daba se hacía con la idea de recibir una recompensa; o en otras palabras, se llevaba a efecto meditando en la devolución. De allí que los favores que recibían de sus dioses tenían que retribuirse con ofrendas, sacrificios y oraciones. Lo mismo era llevado a cabo en relación al Mar y a la Tierra: con el primero, para sacar, peces, mariscos y algas; y con la otra, para lograr benévolas cosechas.

Por último, el ayni recibe diversos nombres según las regiones: uyay, wajate, wajewaje, rantin, alicata, wakepauja y satja; y ahora, ya castellanizado: tornapeón y *voluntad*. Los científicos sociales le nombran reciprocidad. El ayni persiste hasta hoy en día.

La Minca o colectivismo

Todo sujeto que pertenecía a un ayllu tenía obligaciones que cumplir en tareas de trabajo, tanto de modelo ayni, como de otro denominado minca o minga: faenas colectivas en obras de bienestar de la familia extensa completa (ayllu). Pero si bien, por cualquier motivo, alguien podía eludir el ayni; en cambio, las mingas tenían que ser acatadas obligatoriamente por el clan entero, salvo que se estuviera enfermo, inválido o ausente llevando a efecto misiones justificadas. Nadie se inhibía de servir a su comunidad o etnia en ninguna etapa competente de su vida, en faenas adecuadas a sus habilidades y fuerzas. De ahí que las mingas fueran multitudinarias, porque concurría la integridad de la comunidad, sin distingos de rangos, edades y sexos.

Los curacas mayores, secundarios y menores, cada cual en su nivel, actuaban como los responsables de su planificación y convocatoria, para la consiguiente distribución bien organizada de las tareas y faenas. No había turnos de trabajo como en las mitas, ya que la muchedumbre laboraba al unísono, por grupos, en áreas bien calculadas (*chutas*), donde debían cumplir ocupaciones específicas. Ahí residía el éxito para culminar con el avance magistral de las obras, cada cual era dirigido por oficiales experimentados bajo la supervigilancia de sus señores étnicos. Como se advierte, la minga no implicaba intercambio de trabajo ni retribución por el mismo. En las mingas, cada cual aportaba sus herramientas, sus alimentos y bebidas. Claro que los curacas podían repartirles alguna porción de coca y más chicha.

Otro aspecto notable es que, en medio de una intensa cohesión colectiva, el ayni y la minga —que tienen un origen muy antiguo en el universo andino— eran llevados a efecto sin la intervención, imposición o control del Estado imperial. Es evidente que los sapaincas y los gobernadores provinciales no mostraban ninguna preocupación para su cumplimiento y observancia, pues el ayni y la minga, como faenas inseparables al ayllu mismo, eran mantenidos en vigencia por este para resolver sus parvas, intermedias e ingentes necesidades agro-pastoriles, entre otras, desde milenios anteriores al Tahuantinsuyo.

La minca canalizaba el trabajo de los integrantes de las unidades domésticas que configuraban los ayllus, cada vez que se presentaban contingencias y urgencias comunes que satisfacer. Consecuentemente, tenía trascendencia e importancia. Gracias a las mingas, el Imperio dejaba que las provincias o *wamanis* proyectaran sus obras de infraestructura que afectaban a uno o a todos los ayllus de las etnias, ya hubiesen ocupado territorios amplios o cortos, cuando se trataba de construcciones que interesaban o relacionaban a diferentes circuitos del atuncuracazgo.

En otras palabras, la minga permitía llevar adelante una política de bienestar zonal: edificación y vigilancia de andenes; erección e inspección de puentes; acondicionamiento y conservación de caminos, senderos y tambos; apertura de canales matrices y zanjas derivadas para el suministro de aguas con su respectivo mantenimiento; trazos de acequias de regadío con su correspondiente limpieza antes del inicio de la siembra; empinamiento y custodia de huacas o lugares sagrados; y construcción de almacenes de interés local, étnico y regional para resolver las carencias de los ayllus de la provincia, etc. Lo que aclara el por qué en las mingas únicamente participaban los habitantes que se beneficiaban con ella, pues iban a cubrir con holgura los aprietos y apuros colectivos de los campesinos de los atuncuracazgos. Es decir, participaban los que deseaban llenar las falencias materiales y espirituales de los sujetos del trabajo. De esta manera, se resolvían los requerimientos de los pueblos o ayllus de sus propias etnias, nada para la gente ajena, colindante y extraña. En los Andes era y es otra costumbre milenaria.

Por lo tanto, la minga constituía el mecanismo o forma de trabajo para dar solución a las ausencias infraestructurales de los integrantes de un ayllu o de muchos ayllus a la vez, o quizá, de la totalidad de la etnia. La energía estaba conformada por las multitudes pertenecientes a un solo ayllu en determinadas ocasiones o a toda la etnia en otras, donde nadie escapaba del trabajo simultáneo o recurrente, en medio de una división del trabajo por sexos y edades. Representaba un ajetreo al cual asistían familias íntegras, portando sus propias herramientas, alimentos y bebidas. Este sistema permitía que, en tiempo rápido o congruentemente veloz, construyeran o reconstruyeran todo lo que urgían para seguir viviendo en paz y abundancia, inclusive después de soportar cataclismos, lluvias torrenciales y cualquier otro embate de la naturaleza por más cruel y devastador que hubiese sido.

Un elemento característico de la minga fue su obligatoriedad, aparte de ser un servicio tutelado por las autoridades curacales. Para ello contaban



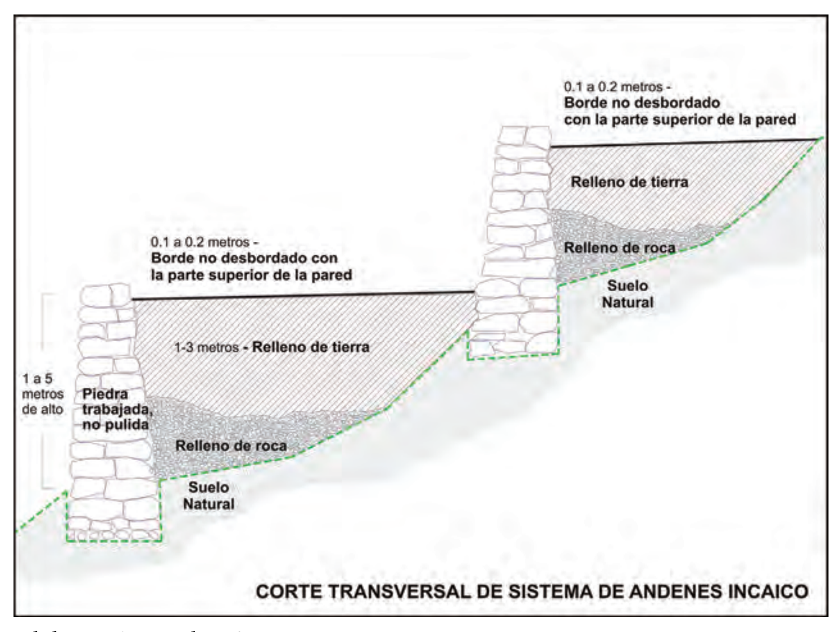
Quipu.



Spondylus.



Andenes en Písac, en el valle del Urubamba.



Elaboración: Carla López.

con diversos medios de coerción, con el fin de exigir su cumplimiento. Eran imperativos porque afectaban y correspondían a la población entera, cuyos hijos y futuros descendientes iban a ser los beneficiarios. Configuraba, pues, parte de sus obligaciones y derechos. De ahí que los triunfos que alcanzaban con las mingas les provocaban seguridad emocional, con plena pasión y confianza de seguir siendo integrantes de su ayllu o de su etnia, por la sencilla razón de que lo realizado pertenecía a los habitantes de la comunidad o ayllu o de la totalidad de su etnia o "nación".

Las mingas o trabajos colectivos engendraban y engendran vínculos de solidaridad, pues es una ocupación que garantizaba el confort de cada ayllu mediante el ejercicio común o mancomunado, impulsado por la profunda necesidad de solventar los problemas socio-económicos. Es lógico que, para resolver estas cuestiones que beneficiaban a todos, se hacía perentorio el trabajo de la totalidad.

Entre otras formas de laboreo modelo minga, no sujeta a devolución, aparece el que se ejecutaba a favor de los discapacitados, viudas, menores de edad, huérfanos, enfermos y ancianos. Tratándose de tales personas, el íntegro de los miembros aptos del ayllu cultivaba sus terrales y recogía sus cosechas, sin aceptar recompensa por el esfuerzo ni devolución del mismo. Los productos de cualquier especie y variedad conseguidos para este efecto eran conservados en unos trojes sui géneris denominados pirguas, levantados empleando adobe o pirca en áreas escogidas, debidamente circundadas por una alta cerca, a veces techada, que apenas tenía una puerta de entrada y salida, cuidadas por un administrador-quipucamayoc, en cuya honestidad confiaban los demás. El aludido conjunto recibía el nombre de *sapsi*: bien común.[59]

Un subsiguiente estilo de trabajo, que fluctuaba entre minga y ayni, es el que se prestaba a los jóvenes recién casados, con el fin de construirles su casa. En los mencionados acontecimientos intervenía la integridad de mujeres y hombres dispuestos de la comunidad o ayllu.

De ahí que no cumplir con las mingas convocadas por el jefe del ayllu, constituyera un delito que convertía al omiso en un ser abominable. Quien esquivaba la minga, primero era amonestado; pero de reincidir, el ayllusca o camachic (jefe del ayllu), en consenso con otros interlocutores influyentes y de prestigio, procedía a la aplicación de la sanción máxima: la expulsión

59. Guaman Poma 1615: 864r.

del grupo. Quien se hacía merecedor a tal pena, se transformaba en un verdadero apátrida porque, de acuerdo a las supraestructuras dominantes, quedaba "fuera de ley", sin derecho al usufructo de tierras ni al ayni de sus paisanos y sin esperanzas para solicitar su incorporación ni asimilación a otro ayllu, ya que la endogamia no la consentía. De manera que al expulsado solo le restaban tres posibilidades para seguir viviendo: 1° dedicarse a la mendicidad; 2° al bandidaje; 3° o ponerse al servicio de alguien en calidad de sirviente-ayudante.

De ahí que en la sierra no fuera nada insólito encontrar mendigantes y bandoleros que, como se ve, no conformaba otra cosa que el resultado de una sanción de carácter social impuesta por los mismos ayllus; y jamás el fruto de una lacra social, como sucede en otros sistemas económicos-sociales del mundo. Claro que, múltiples veces, después de purgar su falta y si es que las partes arribaban a un entendimiento, eran indultados, procediendo a su readmisión. Así lo constata la fuente lingüística y etnográfica reportada en la serranía.[60]

La Mita: un trabajo para el Estado muy bien organizado

Mita o *mittantin mitta-chanaguy* es el nombre de una categoría de trabajo, tanto en quechua como en aymara, de data muy antigua, preinca. Vertido al español significa alternancia, tiempo, obligación periódica, a cada paso, a menudo, turno, veces, temporada, remudarse, etc., dependiendo de lo que se quiera expresar. De ahí que *mitacuni* signifique realizar una cosa alternadamente. *Mittachiccuni* es hacer que se sirva por su vez. *Mittanacucni* significa hacer algunas cosas a veces, también rehusarse. *Mittanpi-canapi* o *mittanpi-pachallan* o *mittan-mitampo* es a su tiempo u ocasión. *Mittachini* o *mitacuchini* es hacer que se sirva por sus veces. *Mittani* o *mittacuni* es caberle a su vez de hacer algo. Como se ve, siempre predomina el sentido de responsabilidad. Pero, al mismo tiempo que indica hacer algo, también simboliza recibir alguna cosa en remuneración.[61]

Configuraba un laboreo ordenado, planificado y supervigilado por el Estado con la mediación de sus numerosísimos administradores. La mita le generaba rentas al cultivar sus tierras; custodiar sus ganados; conservar

60. González Holguín 1608: 586; López Albújar 1920: 41-54.

61. Santo Tomás 1560; González Holguín 1608; Bertonio 1612.

sus pastizales; explotar sus minas y lavaderos; confeccionar armas, telas y otros objetos artesanales; y, al mismo tiempo, prestar diferentes servicios personales en la edificación de construcciones y otras actividades (chasquis, tambos, puentes, caminos, asentamientos urbanos, levas para el ejército).

Consistía en un faenar por turnos, llevados a efecto por millares de trabajadores, por enjambres de mitayos hábiles (18–50 años de edad, más o menos), extraídos exclusivamente de los ayllus para quehaceres en obras que demandaba el Estado, en número sin tasa ni limitación, una veces pocas y en otras muchas, de conformidad a la envergadura de las infraestructuras.[62] El soberano necesitaba productos alimenticios, textiles, artefactos, vías y puentes, pastos, aposentos. Pero retribuía a esos productores directos con comidas, bebidas y otras cosas secundarias para que faenaran con satisfacción. Los millones de brazos que representaban los mitayos garantizaban el funcionamiento y reproducción del Estado panandino. En otra forma no lo hubieran podido lograr, por carecer de dinero para pagar servicios y de herramientas para reemplazar a la energía de los hombres y mujeres. Los mitayos configuraban, pues, los productores directos del Tahuantinsuyo.[63]

Como el trabajo era ejercitado en grupos, colectivamente, con suficiente comida y excitante bebida y música, los mitayos se enardecían emulándose los unos a los otros, con el corolario de la realización de obras extraordinarias y abundantes. La mita no extinguía, pues, la competencia; al contrario, permitía continuarla, asegurarla e incentivarla con excelentes compensaciones a través de redistribuciones dispuestas por el sapainca y verificada por sus funcionarios. De manera que quien producía en abundancia y mejor era premiado con más coca, ropa y otros objetos. El denuedo bien remunerado a los mitayos permitía al Estado acumular excedentes cuantiosísimos. La mita era planificada por cuadrillas, salidas de cada uno de los ayllus o pachacas, de las huarangas, de las sayas (o mitades) y de las nacionalidades (wamanis o capac-curacazgos). De modo que eran estos los competidores y no los individuos, lo cual acicateaba la competición durante las tareas de producción.

Claro que también hubo división del trabajo por sexo, edades y según la capacidad vocacional de la gente. Es innegable que existían especialistas,

---

62. Cobo 1653: XX-XXXIII.

63. Cieza 1554: XVIII; La Bandera 1557, I: 79; Falcón 1567; 144; Garcilaso 1609: II-V.

pero trabajaban sin desligarse de la agricultura y cría de animales, con la excepción de los artesanos centro-costeños. Por consiguiente, el Estado sabía sacar ventaja de quienes poseían capacidades innatas o adquiridas para ciertas artesanías; por ejemplo, en la platería, orfebrería, tapicería, plumajería, etc. Para ello, el Estado dictaba medidas extremas de previsión, vigilancia, control y justicia, cuyo cumplimiento fue puesto en marcha por una miríada de administradores, un exceso de burocracia, pero una burocracia ágil, funcional, competente: unos perfectos productores indirectos.

Lo genuino es que el pleno funcionamiento del ayllu o familia extensa, colectivista y agraria, fue lo que permitió al Estado llevar a cabo obras públicas colosales, sea en el campo de la agricultura como de la pecuaria, ingeniería, textilería, arquitectura, artesanal, militar y otras actividades. Con el trabajo planificado y retribuido de las mitas, el Estado podía poner en marcha todo lo que quería y le convenía.

- *Tipologías de mitas*

Como en toda sociedad dividida en clases, había personas liberadas de las mitas o, mejor dicho, exoneradas de la fatiga física que genera el trabajo en las actividades agropecuarias, en la explotación minera, en obras de construcción (edificios, caminos, puentes y talleres artesanales). En tal aspecto, los relevados del referido tipo de labores eran los del linaje de los incas puros de sangre, los curacas, los guerreros en actividad, los quipucamayos y mercaderes de la costa y septentrión del Chinchaysuyo; todos los cuales, excepto los últimos, recibían sus raciones alimenticias sacadas de los trojes y almacenes del Estado, reputados también como depósitos del gran rey.

La tributación, en consecuencia, estaba fijada en trabajo que constituía la forma común de crear utilidades económicas al Estado. Por lo tanto había: 1° rentas estatales ordinarias generadas por los mitayos, desde su inicio hasta el almacenamiento; y, 2° rentas extraordinarias, constituidas por las mitas de los ayllus de artesanos que entregaban artículos típicos de su región.

La obligación de prestar mitas se restringía a los hombres adultos y casados (18–50 años de edad, aproximadamente), por la simple razón de que recibían sus parcelas únicamente al contraer nupcias, jamás antes. Lo que explicita la inquietud y presión del Estado para que los jóvenes se matrimoniasen inmediatamente después de ingresar al grupo de edad que les permitía tomar compañera.

Otra división que se debe tener presente es que funcionaban: 1° mitas de servicio general (erección de fortalezas, templos, *llactas* o centros urbanos, caminos, puentes, tambos), con turnos que fluctuaban de dos, tres y más meses, según los lugares y objetivos de las faenas;[64] y, 2° mitas de servicios especiales (artesanos, danzantes, músicos, bufones, cargueros del sapainca, guardias del mismo, probadores y servidores de sus alimentos y bebidas, adivinos auténticos, acllas, chasquis), puestos que no eran cumplidos por cualquier hombre o mujer, sino por un personal seleccionado, con una duración de muchos años y, a veces, de por vida.

Corrientemente, las mitas se realizaban laborando en obras programadas en los territorios de los mismos señoríos y reinos de donde eran oriundos los mitayos; sin embargo, tal figura no constituía la norma general porque existían vías, tambos y minas atendidos por mitayos traídos de señoríos y reinos aledaños. Por ejemplo, algunos hospedajes de Cajamarca y Huambo (Cutervo-Jaén) permanecían atendidos y servidos por trabajadores llevados de la costa de Chimú (Chepén, Moro, Collique, Cinto) y del oriente (Chilcho, Paushamarca, Lonya, etc.), mientras que ciertas minas de Huari (Ancash) tenían entre sus trabajadores a mitayos de Ichoc-Huánuco. Y en cuanto a las edificaciones monumentales ejecutadas en el Cusco, Vilcashuamán, Huaytará, Atunjauja, Bombón o Pumpu, Huánucopampa, Tumebamba, Machupicchu y otras similares, requerían la asistencia de miles de mitayos extraídos y conducidos de etnias lejanísimas, como sucedió en Ollantaytambo, a donde —entre otros— concurrieron los collas; o en el Cusco mismo, a la cual fueron llamados, aparte de otros, centenares de chupaichos (Huánuco actual).

Como todo ayllu o pachaca tenía un jefe supeditado a otra autoridad mayor, perteneciente a una huaranga o tal vez a una saya o mitad, esta a su vez caía bajo el control del señor o curaca principal de la totalidad de la etnia. Configuraban jefes que por sí mismos no realizaban ninguna faena manual. Su misión no se desenvolvía dentro del trabajo directo, sino en el indirecto. Consecuentemente, cuando lo decretaba el gobernador imperial, tomaban a su cargo la iniciación de las empresas, orientándolas —casi siempre directa e inmediatamente— mediante ciertos cauces. Dichas jefaturas provinciales tenían gran estatus social, económico y político, ya que contaban con medios a la mano para hacer respetar su voluntad y los mandatos

64. Garcilaso 1609: V-XV.

dispuestos desde arriba. La mejor táctica consistía en disponer la repartición de alimentos, bebidas y otros regalos (verbigracia, coca) con la finalidad de entusiasmar a los mitayos.

El éxito de los proyectos dependía de la dirección del organizador central, es decir, del sapainca, a través de su gobernador o *totricoc* provincial, bajo cuyo control actuaban los curacas, cada cual dentro de sus rangos. Allí entraba a tallar la experiencia acumulada de las autoridades estatales, locales y regionales, así como la de los individuos; por ejemplo, para la realización de cultivos y cosechas o el almacenamiento de provisiones, regidos por ceremonias específicas en determinadas estaciones del año, en lo primordial, en las semanas vinculadas a las fases lunares.

Podían ser empresas concebidas solo por el gobernador provincial que representaba al Estado imperial, sin esperar una resolución extraordinaria del sapainca. Esto era posible porque la producción mediante mitas estaba instaurada de manera tal que permitiera guardar provisiones para afrontar contingencias de cualquier tipo, sobre todo sequías, inundaciones, plagas, epidemias y terremotos, como también para sostener cotidianamente a los guerreros, administradores, sacerdotes, acllas, artesanos estatizados, etc. No cabe duda de que gracias a la energía desplegada por los mitayos, había sobreproducción de todo para la buena gobernabilidad del Estado. Y el principal interesado en que se llevase a cabo este plan era el Gran Rey (sapainca), más los gobernadores (totricoc) y los curacas de cada etnia.

Es recomendable no olvidar que las laboriosidades del ayni, minga y mita fueron cumplidas únicamente por los dirigidos y dominados, jamás por los grupos de control y dirigencia curacal e imperial. En otras palabras, los trabajadores directos estaban encarnados por los atunrunas (hubiesen sido regnícolas o mitmas), por yanayacos, yanaconas, piñas y artesanos sin tierras; los últimos en el litoral central y norteño.

Desde luego que existían personas importantes en los ámbitos político, social y religioso exoneradas de prestar este tipo de ajetreos y ocupaciones. Entre ellos, los miembros de la familia real (panacas), los curacas, el clero de divinidades famosas, los mercaderes de la costa nor-central y del septentrión del Chinchaysuyo, los adivinos y médicos celebérrimos. Tales sujetos tenían mucha influencia económica y social, aunque, manualmente, trabajaban poco o casi nada. Lo que anuncia que las diferencias de clase y rango tenían su contrapartida en el laborar directo.

Existen evidencias de que las personas que gozaban de mayores ventajas sociales, militares y políticas incluso podían acumular excedentes para

aumentar su opulencia; pero, se trataba de una riqueza destinada para invertirla en regalos y dádivas entre los propios trabajadores y otros amigos, porque esto les daba más valimiento y popularidad. La distribución de obsequios convalidaba una de las manifestaciones más atractivas para los trabajadores indirectos. Consolidaba un mecanismo que convertía a los jefes en los mejores organizadores económicos, en líderes eximios, en legisladores justos, en excelentes árbitros políticos, en funcionarios sacerdotales idóneos.

Así, los gobernantes y agentes imperiales aparecían como los "accionistas" más dadivosos en épocas de trabajo y en tiempos de crisis ecológicas y desastres naturales, en suma, los más valiosos sujetos de la etnia y del Estado. Estos jefes privilegiados tenían fuentes de donde derivar sus inmensos ingresos, para disponer de ellos. Los atunrunas no reprochaban la posición de los grupos dominantes y dirigentes, porque estos sabían regalar y redistribuir, por lo cual todos aceptaban de buena voluntad las tareas para las que los convocaban en cualquier lugar del país.

- *Estatus de los mitarunas o mitayos*

Los mitayos nunca se consideraron seres desgraciados: 1° por no estar sometidos a un trabajo intensivo la integridad de los días de sus vidas, sino por estrictos turnos para que nadie laborara más ni otros menos; 2° porque niños, mujeres, ancianos e inválidos no estaban compelidos a prestar servicios pesados, por quedar estos a cargo de los adultos de 18 a 50 años, hombres con buen estado de salud; y, 3° porque en tanto se ocupaban en las mitas, el Estado les suministraba comidas, chicha, coca y hasta ropa a los que más destacaban. Efectivamente así sucedió.

Quienes participaban en las mitas de minas, lavaderos, tambos, chasquis, tierras, centros ganaderos, pastos, etcétera, no eran esclavos ni reclusos condenados a pasar el resto de sus existencias en las citadas unidades de producción. Los minerales eran procesados en el propio asiento minero, desde donde los acarreaban a las *llactas*, bajo cuya jurisdicción permanecían, o al Cusco finalmente. He ahí por qué los mitayos marchaban rumbo a las mitas con sus vestidos de gala, tañendo sus instrumentos musicales, cantando, danzando y exhibiendo flores en sus tocados. No arrastraban, pues, una vida miserable, ya que, mientras duraban las faenas, no consumían para nutrirse nada de sus pirguas o bodegas particulares, preservando sus productos como un ahorro adicional y familiar. Los incas estaban

convencidos de que los trabajadores eran los verdaderos creadores de la riqueza, por eso los compensaban muy bien, sin omitir las diferencias de capacidad, rendimiento y responsabilidad.

Hay documentos que grafican de manera nítida este asunto. Son las visitas de Ichoc-Huánuco y Chupaycho en 1549 y la de Colic o Collique de 1571. La primera de ellas manifiesta que en su mismo terruño daban mitayos para extraer oro, y otros para sacar plata en una mina ubicada en la colindante provincia de Huari, para lo cual tenían allá sus mitimaes. Ambos metales, ya beneficiados, lo transportaban al Cusco o al lugar que lo disponía el soberano. E igualmente proporcionaban "todas las demás cosas" existentes en su etnia, actividades en las que se ocupaban la tercera parte "de los indios mancebos", o sea, de la población físicamente capaz. En épocas de guerra acudían todos a las rutas y puestos que el sapainca los juzgaba estratégicos, ya hubiesen sido en la sierra de Quito, o en la del Collao.[65]

La segunda fuente, por su parte, es mucho más nimia. Manifiesta: 1° que de cada centenar de chupaychos trabajantes metían en las minas de oro a tres varones y tres mujeres, para extraer durante todo el año ese metal precioso, que era acarreado al Cusco; 2° sus cuatro parcialidades o huarangas entregaban 120 personas, la mitad hombres y la otra mujeres, para que —igualmente, un año entero— bracearan en ciertas vetas de plata ubicadas en el territorio Yaro (Pasco), de donde las conducían al Cusco; 3° cuatrocientos, entre gente de ambos sexos, para servir a los incas fabricando paredes en el Cusco de manera continua, y si fallecía alguno, lo sustituían de inmediato por otro; 4° cuatrocientos más para chacareros en el valle del Cusco, cuyas cosechas estaban destinadas a la alimentación de los incas y para que estos tuvieran con qué hacer sus camaricos o regalos; 5° ciento cincuenta individuos para yanaconas de Huayna Cápac, de modo permanente; 6° ciento cincuenta seres humanos para la guarda de la momia de Túpac Inca Yupanqui, también de manera constante; 7° diez yanaconas para la custodia de las armas de este difunto; 8° doscientos varones para la guarda de los chachapoyas; 9° doscientos más para la guarda de Quito; 10° veinte hombres para la vigilancia de la momia de Huayna Cápac; 11° veinte para dedicarlos a la plumajería; 12° sesenta para extraer miel de abejas silvestres; 13° cuatrocientos tejedores especialistas en la confección de cumpis o tapices finos; 14° cuarenta para preparar tinturas y colores; 15°

65. La Serna y Espinosa 1549: 60.

doscientos cuarenta para el pastoreo de rebaños; 16° cuarenta para el mantenimiento de las chacras estatales de maíz en el valle de Chupaicho, cuyos granos, en su mayor parte, los trasladaban al Cusco y a otros depósitos; 17° más cuarenta labradores para sembrar ají, con el fin de ser también llevado al Cusco; 18° simultáneamente, a veces, 60 trabajadores o cuarenta o cincuenta, según las circunstancias, para obtener sal; 19° otros 60 varones para beneficiar los cocales, hojas que de modo semejante las transportaban tanto al Cusco como a los almacenes de Huanucopampa, cuya cantidad producida no era fija, unas veces sacaban cuarenta costales y en otras hasta doscientos; 20° cuarenta sujetos para acompañar al Inca cuando a este se le ocurría cazar venados; 21° cuarenta para elaborar suelas con el objetivo de abastecer al Cusco y a otros depósitos, de seguro a los de Huanucopampa; 22° cuarenta carpinteros para labrar platos, escudillas y otros artefactos para el uso del inga, por lo que los transportaban al Cusco; 23° cuarenta ceramistas para moldear ollas con las que debían proveer a Huanucopampa; 24° sesenta y ocho hombres para la guarnición del tambo (de Huanucopampa); 25° ochenta cargueros para conducir los fardos y bultos desde el tambo (de Huanucopampa) al de Pumpo o Bombón y desde Atuncancha a Tambo; 26° cuarenta hombres para el aseguramiento del acllahuasi de Huanucopampa y posiblemente también del de Pumpu; 27° quinientos hombres para acompañar a los ejércitos del Inca en las guerras y carguío de hamacas en las campañas de Quito y otras partes; 28° quinientos hombres para cultivar y otras actividades más en sus tierras específicas del espacio chupado.[66]

La tercera fuente puntualiza que la guaranga de Huancayo, del señorío de Collique en el valle del Chillón, proporcionaba: 1º cinco cestos grandes de coca; 2º veintiséis piezas de ropa de algodón, la mitad de hombre y la otra de mujer, a la que agregaban dos piezas de cumpi o tapiz; 3º tres fanegas de maíz; 4º cuatro cestos grandes de ají; 5º veinte pares de ojotas; 6º diez petacas de pequeños pájaros secos, convertidos en charqui; 7º cinco petaquillas de coca directamente para el sapainca; 8º dos petaquillas de camarones secos, también para el sapainca; 10º tres petaquillas de guabas deshidratadas; 11º diez pares de *rodejones* de palo para los orejones incas; 12º una manta galana de algodón para hamaca; 13º una huertecilla de coca consagrada al Sol, la que cortaban en estado verde para llevarla y ofrecerla, quemándola

66. Mori y Soto Malpartida 1549: 40-41.

en honor a la enunciada divinidad; 14º cada pachaca de esta guaranga daba anualmente diez *pocchas* o almudes de maíz, es decir, un total de cinco fanegadas, para las mamaconas; 15º diez *pocchas* de frijoles, lo que equivalía a cinco fanegas; 16º diez ollas, entre grandes y chicas; 17º cinco cargas de algodón por hilar; 18º la custodia de trescientas cabezas de ganado del sapainca, de las cuales extraían carne para la alimentación de las mamaconas; 19º otras cantidades de maíz, zapallos, yucas y ají, de conformidad a los montos que les parecía a las autoridades estatales; 20° tres hombres valientes, hijos de tres caciques, para el servicio del sapainca, y otros tres para la guarda del acllahuasi; 21º de toda la guaranga, diez mujeres hermosas y escogidas para las mamaconas del soberano.[67]

Los chasquis o corredores adiestrados, muy eficaces por su velocidad, conducían las comunicaciones de un lugar a otro. Se componía de un servicio que suministraban las etnias por las rutas mientras cruzaban por sus territorios. Las noticias las transmitían ora mediante quipus ora a *viva voce*. Solo tenían la misión de correr determinadas distancias, entregando al siguiente chasqui el mensaje, sin parar, sino trotando simultáneamente. Con la mencionada táctica una novedad salida del Ancasmayo, en la frontera norte, podía llegar al Cusco en siete días, cubriendo una distancia de más de 2,000 kilómetros. Pero los chasquis constituían un servicio exclusivo del grupo de poder; de ellos no hacían uso los atunrunas comunes y, seguramente, ni siquiera los curacas, salvo cuando estos se dirigían a las cúpulas gubernamentales del Imperio.

Siempre ha despertado asombro la técnica y arte arquitectónico, al imaginar cómo movilizarían piedras tan enormes de docenas de toneladas, sin haber conocido ruedas, poleas, ni máquinas de hierro, ni animales de tiro. Sin embargo, la respuesta es una sola: el potencial de la energía muscular humana de miles y miles de mitayos campesinos que se sustituían por ciclos o tandas, trabajando trimestre tras trimestre, o semestre tras semestre, o año tras año, para construir llactas (centros urbanos administrativos), caminos, puentes, tambos, templos, aposentos y fortalezas; campesinos que al terminar sus faenas o turnos retornaban a sus ayllus o comunidades muy bien compensados.

Los mitayos braceaban desde la salida del sol hasta el ocaso del mismo, unas 12 horas diarias, con los consabidos intervalos para comer y beber. En esos días no bregaban en sus casas ni chacras. Para ir a la mita,

---

67. Martínez Rengifo 1571: 56.

eran convocados por sus curacas mediante los broncos sonidos de las *guayllaquepas* (o pututos: trompetas de caracola marina), llevándolos enseguida a las tareas preestablecidas por el poder. Invariablemente, laboreaban en conjunto, es decir, por ayllus o mitades (sayas) o grupos étnicos, cada cual en su respectiva parcialidad. Esta división cumplía con dos finalidades: que su etnia cumpliera con la labor asignada y que hubiera emulación o competencia para rendir resultados óptimos por cada lado. Un sobrestante o capataz llevaba la cuenta en quipus de todo lo que se ejecutaba, de lo que no se hacía y de lo que se gastaba en darles de beber y alimentarlos.

- *Circuito de los mitayos*

En cuanto a lo producido por los mitayos, el ideal consistía en que cada etnia trabajara generando los productos y artesanías que podía gestar en su espacio, procurando evitar la salida a tierras ajenas para adquirirlas. Braceaban en tierras estatales, del sapainca y de las divinidades sin ir muy lejos, de modo que no deambulaban de un lado a otro en busca de cosechas.[68] Sin embargo, la realidad era distinta, ya que existían múltiples excepciones, como lo demuestra la documentación de archivo. Así, los ichoc-huánuco caminaban a cumplir sus mitas mineras a tierras de Huari; o los chupachos, al Cusco; o los collas, a Ollantaytambo.

La ropa se elaboraba en talleres fijos con fibras provenientes de los rebaños o algodonales del Estado, del sapainca y de las divinidades, ya de las serranías como de las zonas yungas. Se manufacturaban tres suertes de ropa de fibras: 1º de pelambre de vicuña, muy selecta, elaborada por quienes tenía habilidad y paciencia para realizarla; 2° la de awasca o ahuasca, de pelambre burda de alpaca y llama; y, 3° la de algodón. Asimismo, se confeccionaba calzado donde había cabuya, fibra arrancada del maguey. Se labraban y pulían armas, siempre que se dispusiera de materiales para hacerlas. Así, los arcos y flechas se traían del Antisuyo (Antisuyu), etc.[69]

3. La división del trabajo

La división del trabajo entre los runas del Tahuantinsuyo, por lo general, se basaba en el sexo, la edad y las habilidades. Dependía también del rango

68. Garcilaso 1609: lib. V, caps. VI y IX.
69. Garcilaso 1609: lib. V, caps. VI y IX.

social de los grupos estratificados. Existían separaciones en forma total y exclusiva en muchas ocupaciones: así, únicamente los varones roturaban la tierra para que solo las mujeres echasen en los hoyos las semillas; las féminas eran las únicas llamadas a servir los vasos de chicha para dárselos a los hombres con el fin de que bebiesen. En las estepas, los hombres ejercían de pastores; y entre los guayacundos las mujeres se desempeñaban como alfareras.[70] La orfebrería, platería y tapicería de cumpis corría a cargo exclusivo de los varones. Pero, también abundaban las oportunidades en las que los dos sexos se combinaban en diversas tareas de una misma ocupación. Tal situación se presentaba en la siembra, cuando el marido abría con la taclla o tira-píe los huecos y de inmediato la esposa arrojaba allí las semillas; o, cuando los guerreros marchaban a las campañas seguidas por sus esposas, sin las cuales no habría existido quién les preparara los alimentos. Todo lo explicaban con mitos y ritos mágico-religiosos.

En una sociedad de este tipo, los efectos económicos resultaban extraordinarios. En las mincas o faenas colectivas se constituían grupos iguales para laborar todo el tiempo sin parar —salvo en las noches— hasta concluir la obra. En las mitas se mudaban por turnos. En el ayni o tareas recíprocas influía el parentesco. Las mingas y mitas corrían bajo la responsabilidad de la integridad de los adultos de los ayllus, sayas y provincias.

Hemos expuesto que también se tomaban en cuenta las habilidades manuales. Consecuentemente, se aprovechaba tanto a individuos como a determinados conglomerados sociales, para dedicarlos a quehaceres inherentes a sus inclinaciones o vocaciones. Existían ayllus (o poblaciones), sobre todo en la costa central y norte, especializados en algún oficio: canteros, salineros, orfebres, plateros, tapiceros, olleros, carpinteros, sastres, alpargateros, cocineros, chicheros, albañiles, arquitectos, pescadores, pintores, tintoreros, estampadores, cocineros, venaderos, huseros, plumajeros, contorsionistas y malabaristas circenses, etc.[71]

Fue en el litoral donde se veían ayllus enteros tecnificados en una labor artesanal. Había, pues, comunidades que poseían pericia en definidos oficios, lo que vale decir que persistían personas que dedicaban a determinadas actividades más tiempo que a otras, al punto de poder ser calificadas de "especialistas a tiempo completo", por lo que sus manufacturas gozaban

70. Pineda 1556-1557: 39.

71. Ruiz de Arce 1540; Santillán 1563; González de Cuenca 1566; Falcón 1567: 149-151.

de demanda por su belleza y utilidad. En la sierra también podía suceder lo mismo, pero no con la rigidez de las poblaciones del centro y norte del litoral. Así, los huaros y alcahuizas en las inmediaciones del Cusco gozaban de renombre por su destreza en los conocimientos adivinatorios y hechiceriles, como maleros, curanderos y envenenadores. Y lo mismo ocurría con los médicos callahuayas y los shamanes llacuaces de Las Huaringas, en Huancabamba. Pero los habitantes de la sierra no se dedicaban a tiempo completo a sus oficios, sino que los alternaban con sus labores agrícolas y hasta ganaderas, entre otras.

El control demográfico y de otros recursos

El control minucioso de la fuerza de trabajo (mitayos, acllas, yanas, piñas) se alcanzaba mediante la realización de censos de población a intervalos muy próximos. En los quipus, se registraba el número de jefes de familia; la cantidad de individuos que ocupaban una casa, un ayllu, una saya, un reino, una región; también el monto de animales que les pertenecía; las tierras en descanso y las que estaban en producción; los pastos, minas, bosques, lagos, ríos. La integridad de lo cual era sometido a inspecciones y comprobaciones permanentes. Los recursos humanos y naturales estaban, pues, inventariados.

Aquel exhaustivo conocimiento permitía al Estado asegurarse la totalidad de los medios para poder existir y reproducirse. De ahí que cualquier tipo de mitas era ejecutado a nombre del sapainca, que personificaba al dios Sol y al Estado, hecho que le facilitaba sacar enormes rentas del territorio, para lo cual imponía prestaciones de toda clase: para cultivos, pastoreo, caminos, puentes, tambos, represas, andenes, transportes, construcciones múltiples, chasquis, levas militares, etc. En lo que respecta a la etnia Chupaichu y a la huaranga de Huancayo en Collique, se conoce muy bien lo que "tributaban" al Estado y a las divinidades.

Por consiguiente, como el único recurso efectivo para generar rentas estaba representado por la energía muscular, inspeccionada y planificada de los mitayos, el poder cusqueño no podía accionar ni proyectar nada, si previamente no hacía catastros de los recursos humanos y naturales. Tenía, pues, la necesidad de conocer el número de recién nacidos, de niños, de adolescentes, de hombres solteros y casados, de adultos, de artesanos, agricultores, pastores, ancianos, huérfanos, inválidos, viudos, enfermos, fallecidos. Solo así, podía racionalizar lo inherente a la economía política. De lo

contrario, le habría sido imposible movilizar a trabajadores, mitmas, guerreros, acllas. Y eso, únicamente podía establecerlo mediante censos o empadronamientos periódicos, en forma tan completa y puntual que los márgenes de error resultaban realmente imposibles.

El control demográfico era llevado a efecto por unos especialistas llamados quipucamayos, quienes se auxiliaban para realizar dicha tarea con cuerdas de pelambre, algodón y cabuya, a veces, mezclados con pelos humanos y de venado, debidamente anudados, donde cada uno de los bultitos representaba cifras. En sus registros, empleaban el sistema decimal, el mejor artificio contable, sin que esto signifique que los ayllus y etnias hayan estado, en realidad, divididos en un exactísimo procedimiento numérico de este tipo.[72]

Lo que se ve es que la preocupación —primordial y auténtica— de la etnia inca era extraer del vencido y conquistado el máximo de energía posible para crear rentas. Así, al invadir y anexar una etnia, el triunfador consideraba a su civilización como superior a la derrotada, a la cual trataba de conservar y reservar en su beneficio. Conquistaba bienes y cuerpos, desvelándose también por convencer a los conquistados de que el sapainca administraba y gobernaba a nombre de los dioses mayores del cosmos andino.

Pero lo paradójico es que el Estado no mostraba interés para que la población aumentara. Prueba de ello es que no favorecía abiertamente las segundas nupcias de todos los tipos de viudas, ni tampoco la disolución de los matrimonios con mujeres estériles.[73]

Los grupos de edad

La ocupación de las personas, cuyo fin incontrovertible era extraerles un plus-trabajo y un plus-producto, era llevada a cabo en medio de un asombroso control, encaminado no solo a la efectividad de la tarea, sino también a la división social de la misma, de acuerdo a los sexos y a las edades a partir de los cinco años. La división por edades difería según las nacionalidades andinas; pero el ideal cusqueño que, por entonces ejercía el dominio, se esforzó por uniformizarlo mediante las siguientes categorías:

---

72. Guaman Poma 1615: 358r-364v.

73. Baudin 1928: cap. IV.

VARONES	MUJERES
De 25 a 50 años	
1. *Aucacamayoc*. Mita agrícola. Artesanos. Mineros. Ejército. Mitmas.	1. *Aucacamayo huarmin*. Tejedoras de cumbi (tapicería) para el Estado.
De 50 a 80 años	
2. *Puricmachus*. Leñadores. Servicio de limpieza en las casas de los nobles. Camareros. Despenseros. Porteros. Quipucamayos. Lacayos de la aristocracia.	2. *Payac-cuna*. Tejedoras de auasca para el Estado. Porteras. Despenseras. Camareras. Cocineras. Mayordomas. Criadas de acllas.
De 80 a más años	
3. *Roctomachu*. Por lo general, descansaban; pero quien podía trenzaba sogas, cuidaba conejos y gatos. Los preferían como porteros de los acllahuasis y casas de coyas y señoras mamacuracas. Otros trabajaban en sus chacras. Eran los narradores de mitos, leyendas y cuentos. La comunidad les pedía su consejo.	3. *Puñocpaya*. Por lo usual, no hacían nada. Pero, a quienes podían las dedicaban como porteras, acompañantes, tejedoras de costales criadoras de conejos y patos, cuidadoras de niños. Despenseras y porteras de las señoras de la aristocracia regional y estatal.
De cualquier edad	
4. Aquí estaban comprendidos los enfermos crónicos, lisiados, cojos, mancos, tullidos, mudos, ciegos, enanos, baldados, idiotas u opas y locos, tanto del sexo masculino como del femenino; sin embargo, no se les dispensaba a quienes podían desempeñarse en actividades apropiadas a su estado. Los enanos, por ejemplo, se desempeñaban en la bufonería y chocarrería; los mancos, como lazarillos; los tullidos, como quipucamayos y tejedores. Los enanos con dotes histriónicas eran reclutados por orden del sapainca para que divirtieran a sus esposas y otras señoras de la corte. Mientras que los enanitos jorobados eran preferidos como pajes de señoras y señores, por creer que traían suerte. Precisamente, el dios Equeco, que velaba por la buena fortuna de la gente, ostentaba una figura de jorobado.Lo mismo sucedía con las mujeres pertenecientes a este grupo: las que podían se encargaban de labores textiles, de bordado, confección de chumbis y winchas (fajas y cintas), preparación de potajes en las cocinas de algunas familias nobles, a quienes eran donadas.	
De 18 a 25 años de edad	
5. *Sayapayac*. Chasquis. Pastores. Guerreros. Mitayos.	5. *Allin suma sipascuna*. Acllas para ser regaladas a los nobles y otros privilegiados.
De 12 a 18 años	
6. *Mactacuna*. Caza de aves y disecación de su carne. Obtención de plumas. Participación en el ayni interfamiliar y mingas del ayllu. Servicio al curaca.	6. *Rotuscatasca*. Hilado. Pastoreo. Tareas agrícolas en las tierras de los señores.

sigue...

viene...

De 9 a 12 años	
7. *Tocllayoc huarnacuna*. Caza de aves. Obtención de plumas. Hilandería. Pastores. Leñadores. Muchachos de mano o mandaderos de las autoridades.	*Pagua pallac*. Recojo de flores tintóreas. Recolección de yerbas para la dieta familiar y de los señores. Podían ser llevadas a la Capacucha: sacrificios humanos.
De 5 a 9 años	
8. *Pucllacoc huaracuna*. Ayudantes de sus padres, por lo común, cuidando a sus hermanitos menores.	8. *Pucllacoc huarmi huanra*. En lo mismo que los varoncitos y, además, en las labores de la cocina. También como pajes de las señoras nobles.
De 3 a 5 años	
9. *Llullollocac huanracuna*. Fuera de la producción. Niños dados al juego y para que otros los atiendan y cuiden.	9. *Llucac huarmiguagua*. Igual que los niños de su edad.
De 1 día a 3 años	
10. *Guagua quiraupicoc*. Bebitos de teta.	10. *Llullu guagua huarmi*. Igual que los bebitos de su edad.

Las relaciones asimétricas de trabajo

Como se habrá podido apreciar, estaba nimiamente reglamentado para que todos produjeran, de los cinco a seis años para arriba; pero el mayor peso del trabajo productivo en provecho del Estado recaía —es innegable— sobre los hombres y mujeres de 18 a 50 años de edad.

En conclusión, mitayo era el hombre casado con o sin hijos. Mientras estuvieran solteros, aun en el caso de tener prole, no podían ser reputados ni reclutados como tales. A los viejos de 50 años para arriba, inclusive en la coyuntura de estar matrimoniados no se les consideraba como mitayos. Pero en ocasiones en que sus hijos solteros tuvieran de 16 a 20 años, estos habituaban colaborar ayudando a sus padres adultos.

El número de años fijados en el cuadro anterior a cada grupo de edad es aproximado, deducido de lo que consta en las principales crónicas de los siglos XVI y XVII. Las cifras exactas son desconocidas por las razones ya alegadas. Ninguno de los señalados para ella, podía escapar a los deberes de la mita, porque sin prestaciones de este tipo el Estado se habría visto

compelido a detener su marcha. Paralizar la mita o consentir que escaparan de ella, hubiera forzado a declarar al país en "recesión". Por eso, para quien se negaba a mitar tuvieron que reelaborar un drástico derecho penal, aparte de acusarlos de "ociosos". Se asegura que fue Huayna Cápac quien impuso más ímpetu para el funcionamiento del trabajo con el fin de producir más excedentes al Estado.[74]

Únicamente los que cumplían mitas de servicio militar, es decir, los que permanecían ocupados en las expediciones de conquista, represión y guarnición se hacían acreedores a estupendos privilegios: obsequios de ropa, esposas, comidas, coca, joyas, etc. No quedaban, además, constreñidos a otras prestaciones para las que se exigía entrega de energía física. Ahí estuvo la razón para que muchos hombres prefirieran servir como soldados del Estado y no como mitayos agrícolas, ni ganaderos, ni constructores.[75]

Las diversas categorías de trabajo en utilidad del Estado y de los señores recibían, pues, el nombre de mita, la cual no debe ser confundida con la minga, por cuanto esta constituía el trabajo obligatorio, no en beneficio del poder, sino en provecho de la comunidad o ayllu que urgía una serie de obras de infraestructura. Tampoco hay que involucrarla con el ayni que era el préstamo de trabajo al pariente o al vecino, con cargo a reciprocidad idéntica. A nivel de runas, no había entrega de plus-trabajo ni de plus-producto; aquí las relaciones eran de igual a igual, sin explotación del hombre por el hombre. Las asimetrías comenzaban a percibirse cuando las relaciones de producción se presentaban entre comuneros o atunrunas y el poder local o imperial, en lo cual, naturalmente, la aristocracia dominante acaparaba lo mejor y la mayor parte.

Hay que tenerlo muy en cuenta para no seguir cometiendo los errores en que cayeron los estudiosos hasta la generación anterior a nosotros, que confundieron los conceptos y las figuras, al extremo de entender y definir la mita como un trabajo comunal que habría caracterizado al Estado del Tahuantinsuyo como una sociedad colectivista o comunista-agraria.[76] Efectivamente, así lo era, pero solamente en sus relaciones dentro del ayllu o comunidad campesina, jamás a nivel del Estado imperial. Este —como se ha visto— confiscaba tierras, pastizales y rebaños a los intervenidos y, en

74. González 1556: 1-18.

75. Murúa 1600: 168.

76. Mariátegui 1928: 30-84.

forma dulcificada y hasta compulsiva, les extraía plus-trabajo y excedentes productivos para conseguir las rentas que necesitaba para poder funcionar y reproducirse.

Estas realidades, cabalmente, enrumban a otra conclusión: que el Estado nunca se preocupaba por la suerte de los ancianos, de los huérfanos, ni inválidos. Las tierras de estos eran trabajadas por los miembros hábiles de sus ayllus respectivos, como fruto de una costumbre antiquísima que los incas no pudieron ni quisieron destruir. En suma, sobre la responsabilidad de los atunrunas recaía íntegramente el peso de todo, hasta el de mantener a sus parientes y vecinos decrépitos y discapacitados.

Cuando el mitayo tenía el auxilio de su mujer e hijos, el trabajo en lucro del Estado y de sus curacas le resultaba extraordinariamente leve, porque la ayuda de sus parientes le abreviaba el tiempo y la pesadez de la faena. Pero, cuando no acontecía eso, la cosa discurría de modo diferente, ya que, sin el refuerzo de una esposa y de prole, tenía que hacer por sí solo toda su mita; estos eran los *huaccharuna*: los pobres. Mientras que aquellos que procreaban dos o más retoños configuraban los felices y afortunados o "ricos".

La mita o cualquier otra forma de trabajo productivo, en cambio, no afectaba a los miembros de las panacas; o, mejor dicho, al sapainca ni a sus familiares ni a los sacerdotes ni a los militares de alta jerarquía ni a la aristocracia imperial y curacazgal, en general. El trabajo productivo únicamente se mantenía de manera coactiva para los atunrunas. Lo que vale decir que la actividad del trabajador estaba vista como un acto indigno de las elites, propia exclusivamente de las clases sociales bajas. Claro que el sapainca y sus gobernadores, que también pertenecían al linaje inca, daban inicio al año agrícola: el primero en la chacra de Sausero, tomando una taclla con reja de oro y abriendo surcos para que su mujer echara la semilla. Pero ello configuraba apenas una mera escenificación simbólica y ritual; pues allí comenzaba y concluía simultáneamente todo el laboreo físico del grupo dirigente y dominante. Sausero se ubicaba en lo que hoy es el aeropuerto internacional de la ciudad del Cusco.

4. El material cuantitativo del trabajo

Sabemos que toda la población en aptitudes de laborar prestaba servicios, pero no podemos hablar de aspectos cuantitativos exactos del trabajo, por haberse extraviado las fuentes documentales respectivas. De manera que,

por ahora, es imposible fijar la cantidad de fuerza necesaria para la realización de determinadas obras, como acaece con la edificación de Sacsayhuaman, de Ollantaytambo, de Machupicchu, de Vilcashuamán, de Huanucopampa o de Huaytará. En este sentido, solamente podríamos hacer intentos para deducir la cantidad de energía humana disponible y para calcular los trabajadores que de hecho se reunían.

Existían grupos e individuos exceptuados de participar en las tareas productivas, situación que era justificada por ser partícipes del sector gobernante, es decir, aristócratas cuyos linajes estaban bien establecidos mediante reglas de parentesco y otros lazos sociales con la persona o familia para quien se trabajaba. Quienes braceaban lo hacían porque reunían los requisitos prácticos y técnicos necesarios para ello. También es importante conocer que les retribuían con alimento, bebida y coca. Lo interesante es que todo aquel que prestaba servicios a los curacas, a los dioses y a los sapaincas, participaba de las rentas del beneficiario, ya en el mismo momento o en el futuro, gracias a las redistribuciones asimétricas.

Las modalidades de las relaciones de trabajo

En cuanto a los aspectos cuantitativos del trabajo, sabían computar la cantidad de trabajadores y el cronograma pertinente para culminar con satisfacción las tareas de aynis, mingas y mitas. Cuando se trataba de obras descomunales, como el templo-fortaleza de Sacsayhuamán, dedicado al rey de los astros, o de asentamientos administrativos como Vilcashuamán, Huanucopampa, entre otros, hacían venir a trabajadores de todo el Imperio, que llegaban a sus destinos por turnos. Por ejemplo, la edificación de Ollantaytambo exigió la presencia de por lo menos 1,800 operarios, la mayoría procedentes del Altiplano Colla-Aymara.[77]

Por cierto que había provincias con más razón de laborar que otras. Así, los changos y uros permanecían dispensados de intervenir en obras de gran envergadura. Mientras que los técnicos y trabajadores de gran experiencia y destreza estaban más obligados, por lo que eran muy bien retribuidos.

En suma, las relaciones de trabajo revestían múltiples modalidades y desempeñaban diversas funciones. En la reciprocidad, las favorecidas eran

---

77. Protzen 2005: 221-226.

las personas o las familias; en las mingas, la colectividad; en la mita, el Estado. Estas tres formas tenían una serie de figuras internas, de conformidad a los casos que se reciprocaban.

5. La organización del trabajo

Varias eran las formas de producción desarrolladas de manera individual, familiar, comunal y multitudinaria. Como en cada ayllu había un jefe llamado ayllusca o pachaca-curaca, es decir, señor de cien familias, quien, sin realizar necesariamente él mismo ninguna labor manual, estaba encargado de iniciar las faenas y de orientar, directa o indirectamente, el trabajo por determinados cauces. El estatus social de ese jefe aparecía como el más ínfimo en la pirámide de agentes del poder y siempre estaba en manos de una persona nativa o foránea, en situación de conformar una agrupación de mitmas.

Por cierto, que gozaba de medios para hacer respetar su autoridad, con facultad para poner en acción amonestaciones, capturas y algunos castigos de poca monta. Las autoridades superiores visibles otorgaban a dicho jefe donaciones, o mejor dicho, redistribuciones de productos agrícolas, ganaderos, artefactos, joyas, coca y hasta alguna esposa adicional por sus buenos servicios. Por dirigir los trabajos en la comunidad o ayllu, disponía de tierras en usufructo y trabajadores para ella. En tal sentido, existían buenas bases para el planeamiento del trabajo de no pocos individuos, con efectos óptimos.

Desde luego que, tanto para producir como para cosechar los productos durante definidas estaciones, tales acontecimientos regulares permanecían regidos por ceremoniales especiales que, a veces, resultaban espectaculares por estar dirigidas por sus jefes. Lo curioso es que en los trabajos modelo minca o comunal, nadie recibía premios o redistribuciones de la comunidad, por cuanto quienes trabajaban eran los propios miembros de ella que actuaban en empresas concebidas por sus líderes para el bienestar de la totalidad del clan. Ejemplos de tales trabajos eran el abrir y mantener en buen estado los puentes y caminos, o bien almacenar provisiones en los trojes del curaca mayor durante una precisa estación del año.

En muchos ayllus, la producción estaba organizada de tal manera que les permitía guardar abastecimientos para afrontar las calamidades, como sequías e inundaciones. Lo que hace pensar en un plus o sobreproducción que les permitía darse aquella satisfacción. Claro, como se trataba de una

producción organizada, los principales interesados en llevar a cabo el plan eran los integrantes de las comunidades o ayllus, pues el beneficio estaba canalizado para el íntegro de la comunidad.

Desde luego que se reconocían privilegios para distinguir a señaladas personas que podían ostentar importancia desde la óptica económica. Entre ellos, precisamente, se encontraban las jefaturas civiles y los sacerdotes, que eran los que mayor influencia económica tenían, sin realizar ningún trabajo manual, aunque sí intelectual. Las diferencias de rango y clase tenían su contrapartida en el campo económico. De ahí que las personas que gozaban de mayores ventajas económicas estaban en situación de "explotar" a los habitantes menos afortunados. Por cierto que los jefes, pese a estar eximidos de llevar a efecto labores manuales, podían desempeñar otras figuras de servicios valiosos para la comunidad y para las etnias, como pue-de ser la de organizadores económicos u opulentos dadivosos en épocas de crisis, o como coordinadores políticos, jurídicos y hasta religiosos.

Los personajes omnipotentes derivaban sus ingresos extraídos de sus tenencias —tierras, pastos, ganado, minas, tareas de mitayos y yanaconas—, cuyos excedentes eran conservados en almacenes, donde constituían una riqueza formidable para disponer de ella cuantas veces fuese necesario con el objetivo de mantener su celebridad en la jefatura, mediante retribuciones o regalos. Dichos delineamientos originaban, entre los habitantes de los ayllus y las etnias, la idea de que los gobernantes y sus agentes conformaban una casta de gente bondadosa, de abnegado corazón para con sus súbditos, lo que traía como consecuencia la aceptación de buena gana de todo lo dispuesto por sus señores. Lo que transparenta que los jefes acumulaban cantidades más que suficientes para mantener vigente aquellas percepciones de los habitantes campesinos.

Por lo demás, en todas las comunidades existía una estrecha relación entre la producción y el ritual, rituales con efectos económicos en términos de producción, intercambio y consumo de los recursos. Por lo tanto, había rituales de matiz productivo, en los que intervenía la magia agrícola, ganadera y minera, al igual que los sortilegios en los oficios, con los cuales se buscaba el auxilio de las fuerzas divinas. O bien podían ser de carácter protector, como los que se desplegaban en la construcción de una casa, de un edificio, en los matrimonios y en los funerales.

Así pues, para todo trabajo —al inicio, durante su desarrollo y finalización— no faltaban las ceremonias para azuzar su realización, con efectos extraordinarios sobre los bienes producidos, que incluso promovían el

interés por el trabajo perseverante. Es verdad que se invertían muchas horas en rituales, tiempo quizá tan semejante al destinado a la producción de bienes y al descanso. Lo que indica que sustraían gran cantidad de bienes para cumplir con los ceremoniales día a día; pero lo tenían tan bien previsto que cada mes y estación era dedicado a algún rito relacionado con la vida económica, de preferencia al ciclo agrario del maíz.[78]

III. La producción, distribución, intercambio y consumo

1. La producción

La producción compelía a una organización para transformar los recursos en bienes o en servicios para usarlos y satisfacer las aspiraciones de los campesinos, del sacerdocio, de los gobernantes y del Estado. Cualquier esfuerzo realizado con el mencionado fin caía dentro de la categoría de producción, como acontecía con el transporte de materiales de un lugar a otro, en cuya actividad demostraban conocer procesos y conocimientos, es decir, aprovechaban la tradición, la tecnología y el conocimiento del medio ambiente (recursos potenciales, bosques, tierras sin usar, agua utilizable para riegos, métodos para explotarlos).

Como los tipos de economía se clasificaban de acuerdo a su técnica de producción, en el interior del Imperio tahuantinsuyano, encontramos: 1° pueblos predominantemente recolectores —de frutas, semillas y raíces— en los contornos periféricos del Antisuyo o Selva Alta, fronterizos con los sacharrunas (selvícolas); 2° cazadores y pescadores, no solo en las áreas anteriores, sino en otras mucho más centrales (urus del Altiplano, changos de las playas meridionales); 3° agricultores y pastores avanzados, que conformaban la mayoría poblacional; 4° artesanos y mercaderes, de preferencia en la costa nor-central y también en el extremo septentrional del Chinchaysuyo (Quito, Pasto).

Desde luego que ni unos ni otros permanecían excluidos mutuamente. Lo natural era que los pastores altiplánicos frecuentaran la agricultura de gramíneas y tubérculos de altura; o que los agricultores recolectaran algunas plantas silvestres, cazaran y pescaran, y pudieran también tener manadas, trabajando por temporadas en lugares cercanos y distantes.

---

78. Molina 1575: 24-103; Guaman Poma 1615: 236v-260v.

Estaban preparados, por práctica y experiencia, para aplicar en cualquiera de esas actividades sus respectivas tecnologías, de las que obtenían buenas ventajas económicas. Sin embargo, etnias con técnicas parecidas de producción podían ser totalmente diferentes desde la óptica cultural por tener diferentes estructuras sociales, como ocurría cuando comparamos a los pescadores tallanes y chinchas con los también pescadores uros y changos. O similarmente por tener sistemas de parentesco *sui generis*, por ejemplo el patrilineal y matrilineal sincrónicamente, o en otras palabras, una descendencia paralela, que es lo que preponderaba en el mundo andino. O por la ausencia de una autoridad centralizada, como se cumplía entre los chachas, chilchos, chimbos y pastos antes de que fuesen incorporados por los incas.

En las sociedades bien ordenadas y hegemónicas, el funcionamiento caminaba con resultados expectantes en todo sentido; sin embargo, se conoce que todos conocían las técnicas de producción suficientes para obtener en el volumen que ansiaban. Y, para ello, sabían planificar la cantidad de trabajo, organizado con corrección y debidamente controlado por sus autoridades en medio de reglas despótico-paternales. Además, constituía una tecnología si bien no tan desarrollada, sí bastante estandarizada, por lo que podríamos calificarla de flexible. Configuraba una técnica tradicional a la que estaban muy aferrados.

A veces en una misma etnia empleaban métodos y tecnologías distintas, pero siempre dirigidos a conseguir recursos con eficiencia, mucho mejor que cuando lo alcanzaban empleando un solo procedimiento. Esta situación sobrevenía cuando aplicaban sistemas agrícolas diferentes según el tipo de suelos y las estaciones del año. Y, como derivación de ello, el efecto de esas varias técnicas redundaba en las cosechas, ya con uniformidad o ya con desequilibrio. Sabían explicar lo concerniente a la racionalización para fijar una forma de economía preferencial. De ahí la existencia de agrupaciones de pastores, pescadores y artesanos que vivían apartados de la agricultura, porque creían improcedente forzar a la Madre Tierra a producir más.

Con sus actividades productivas buscaban: 1° auto proporcionarse bastimentos para la subsistencia; 2° bienes para regalar a los parientes; 3° bienes para satisfacer otras obligaciones sociales, verbigracia, obsequios a los superiores y a los padres de la futura esposa; 3° ofrendas a los ancestros, espíritus y divinidades; 4° el intercambio con productos vegetales, animales y minerales de otras ecologías cercanas y lejanas; 5° la reserva de semillas

para la próxima siembra; y, 6° excedentes para situaciones de emergencia, almacenados en depósitos.

En la situación de pueblos paradigmáticamente ganaderos, los camélidos tenían diversas aplicaciones: 1° por su pelambre; 2° como sacrifico a seres sobrenaturales; 3° como bestias de carga y, a veces, de transporte de niños, mujeres e inválidos; 4° por su estiércol, que es un buen abono en las alturas; 5° por sus huesos, que los convertían en herramientas para tejer y en instrumentos musicales; 5° por su carne para la alimentación; 6° por sus pieles que eran utilizadas como pellejos para alfombrar el piso y acondicionarlos como colchonetas para dormir y como cortinas para tapar sus puertas; 7° como recompensa por la futura esposa; 8° como regalo a los niños en el rito de paso denominado *rutu-chicuy* o *landaruto* o corte del primer cabello; y, 9° como reparaciones de ofensas.

Estos factores determinaban las escalas y formas en que se disponían las ocupaciones productivas, por lo que la distribución de las poblaciones se relacionaba con los recursos disponibles. Así, el tiempo que los individuos dedicaban a la producción de bienes podía ser diariamente en tareas bien determinadas. Esto acaecía, tanto en las labores familiares como en las comunales y estatales, de continuo dentro de un calendario prefijado de acuerdo al devenir de las estaciones del año. Con todo, había días favorables y desfavorables para el trabajo, ya fuese para la consecución de alimentos, realización de funerales y de actos mágico-ceremoniales. Así, por ejemplo, pensaban que la aparición de la luna llena favorecía la siembra, el corte de madera y techado de edificios.

En el perímetro andino, pocos espacios estaban relacionados con actividades económicas especializadas. Más bien, fue en la costa central y norteña donde pululaban los artesanos con hasta 30 ocupaciones singulares. En la misma área y en el norte del Chinchaysuyo (Quito-Caranqui), incluso operaban mercaderes que compraban y vendían. En otros lugares, como en las haciendas de personajes, ya masculinos como femeninos, pertenecientes a la elite inca y a uno que otro de los grandes curacas regionales, era factible encontrar relaciones de señor a siervo o yanayaco. Pero, en toda situación, la unidad doméstica o social constituía al mismo tiempo el núcleo económico, lo que significa que las conexiones económicas concomitantemente funcionaban como relaciones sociales.

Los lazos de parentesco conformaban el cimiento de las correspondencias económicas. Los bienes de una familia dependían de la ayuda de otros miembros de su parentela. De modo que resultaba común ver a los yernos

trabajando en provecho de sus suegros, como gratitud por haber recibido a una de sus hijas en calidad de cónyuge, además de haberles ya compensado con algunos objetos, granos y bebidas. Se trata de servicios de razón social, pues son retribuciones inmediatas y directas de carácter económico.

Lo manifestado hasta aquí denota que la vida económica andina era algo más que la búsqueda de alimentos; por cuanto, al lado de esa preocupación, bullían otras acciones de conveniencia colectiva. Por eso, la organización productiva implicaba la división del trabajo e integración de la aportación de cada individuo a la tarea común, lo que a su vez permite comprender que las formas de trabajo andino totalicen parte de un vasto complejo cultural que —forzosamente— dio lugar a tres grandes figuras: 1º los trabajos de ayuda mutua; 2º las labores de confort comunal; y, 3º las faenas para crear excedentes al Estado imperial. O mejor dicho, a lo que en quechua se conoce como ayni, minca y mita, respectivamente. Ninguna de las tres era asalariada con monedas, porque contribuían al desarrollo particular, social e integral o estatal, adecuado para el entorno rural de una sociedad precapitalista. De ahí que para entender esta sociedad sea necesario tener nociones de la familia y del parentesco. El trabajo por turno o mita implicaba la redistribución de productos a los laborantes: una trama que gobernaba la base económica de las actividades sociales del Estado andino. En cambio, la minca socializaba —y sigue socializando— al ayllu y a la etnia, gracias a la puesta en marcha de maneras definidas de comportamiento colectivo.

La ideología de la producción

Cada ayllu de especialistas tenía sus razones económicas y sociales para explicar y defender sus ocupaciones. Los habitantes del litoral lo atribuían a la falta de tierras agrícolas que, desde muy antiguo, los había impelido a otros menesteres para sobrevivir. Sus capacidades y adiestramiento eran transferidos de padres a hijos mediante juegos miméticos o gracias a la observación directa de lo que hacían los mayores o en mérito a una instrucción deliberada, y hasta es factible que hayan puesto sobre el tapete un sistema de aprendizaje. Eran artesanos hereditarios, con una desenvoltura y pericia continua, cuyos ingresos afectaban a individuos y a grupos.[79]

---

79. MacLean 1944: 41-56.

Empero, además de las ideas sociales que conducían a la división del trabajo de individuos y de ayllus, militaban otros puntos de vista relacionados con valores morales expresados, como son el aprecio y desprecio hacia determinados menesteres. Las primeras actividades entusiasmaban, lo que favorecía su perfeccionamiento y eficiencia, con el consiguiente incremento de su reputación. Este era el caso de los orfebres, plateros, arquitectos, cumbiqueros, sacerdotes y adivinos puros.

Pero los valores rituales no otorgaban notabilidad a todos, sino que establecían diferencias entre diversos tipos de laboreo, así el clero del Sol era superior al clero de los Jircas o Huamanis o Apus, dioses menores de los ayllus y etnias. En el Tahuantinsuyo la gente tenía aptitud para uno o más tipos de trabajo, pero no para todos, desde luego; de modo que cualquiera no podía ser sacerdote del Sol, orfebre, plumajero, platero, tapicero, arquitecto, estratega o adivino puro. Ciertas ocupaciones dignificaban, por lo que se convertían en deseables, por ejemplo, la clerecía solar, la adivinación exacta, la metalistería. Sus éxitos e infalibilidad estaban bien compensados con obsequios.

Los expertos adquirían la honra de exhibir algunos adornos, lo que los incentivaba para amplificar su perfeccionamiento. Los estímulos podían ser asimismo provenir de drogas y canciones que glorificaban sus nombres en aldeas y pueblos precisos, como sucedió con el guerrero Ollanta, un cañar al que por sus hazañas Pachacútec dio el rango de inca por privilegio y la prerrogativa de que su nombre fuese antepuesto al de la llacta o asentamiento urbano de Tambo, por lo que desde entones se le llama Ollantaytambo.[80] Los adivinos infalibles eran atraídos hasta por los sapaincas para que viviesen y viajasen a su lado como asesores y consejeros. Eran visibles los efectos de estos halagos en el trabajo de los homenajeados, quienes eran trasmutados en hombres importantes.[81]

Durante el Imperio del Tahuantinsuyo, las unidades domesticas (familias nucleares simples y nucleares compuestas) prosiguieron produciendo para ellas mismas y colaborando unas con otras dentro de los clanes donde permanecían distribuidos. Pero, de modo semejante, generaban un plus para sus curacas; para la burocracia estatal, civil y militar; y, por igual, a sus di-

80. Llano Zapata 1776: 107.

81. Sarmiento 1571: 251.

vinidades y sacerdotes. Todo recaía sobre los hombros y brazos de los jóvenes y adultos agrupados en ayllus o *hathas* o pachacas (comunidades). Es una realidad que obliga a indagar cómo planificaban las faenas para que nadie escapara de su cumplimiento en medio de un halo de felicidad, sin poner caras malhumoradas frente a tal mecanismo de trabajo.

En el epicentro de la unidad doméstica, no se percibe un desborde demográfico. Los padrones tempranos del siglo XVI dejan traslucir que cada hogar tenía por lo común dos hijos, pocos aparecen con tres o con cuatro. En este sentido, son excepcionales los censados con cinco. En cambio, los curacas de ayllu, huaranga, saya y provincia sí figuran con varios retoños, de seguro por estar avezados a la poliginia.

Lo que se acaba de expresar permite calibrar que en las unidades domésticas la explosión demográfica estaba atenuada, objetividad que caminaba al unísono con un lento desarrollo tecnológico, por lo que no se creaban las condiciones necesarias para que hubiesen podido obtener más rentas en trabajo y productos. Ahí está la razón del por qué las sociedades comunales (ayllus) aparecían como igualitarias y recíprocas. En este modelo de organización social, solamente los curacas o mallcus (caciques) obtenían un plus trabajo y un excedente en especies.

El "capital"

Es la categoría que empleamos aquí para referirnos a todos los bienes en existencia, es decir, a los que iban a consumirse directamente, a los que se embodegaban como valores o a los que se aplicaban para proseguir el proceso de producción. Su rol productivo era de lo más importante, lo que explica que una buena proporción de los bienes almacenados por los individuos o ayllus fuera destinada a promover la producción de otros bienes.

Así, las herramientas que se usaban directamente y otros artículos —como la comida, ropa, cuentas, caracolas y rebaños— podían ser destinados para mantener o "pagar" a quienes ayudaban en el trabajo o para obtener medios con que pagarles. Sea en el ayni, en la minca y hasta en las mitas, cada persona aportaba y concurría con sus herramientas para el trabajo tomándolas de su despensa familiar. Aunque también se podía prestar las herramientas a otros, poniendo en evidencia un acto de ayni o reciprocidad que, en algún momento, debía devolverse con igual gesto. Entre los individuos y grupos concurrían, por lo tanto, diferencias en la posesión de artículos o bienes.

La cantidad y tipo de artículos que constituían el "capital" de la comunidad era más que suficiente para garantizar su reproducción, pues se trataba de bienes correctamente distribuidos para atender a las reparaciones o renovaciones necesarias. Los ingresos de los individuos para mantener su nivel de vida dependían de sus trojes renovados cada período de tiempo en proporción suficiente para suplir sus necesidades alimenticias, rituales y de intercambio. La gente se contentaba con reemplazar sus artículos depreciados. En los ayllus o comunidades, salvo los jefes o curacas, nadie intentaba acrecentar sus riquezas mediante la acumulación y expansión del sistema de producción, ya que de hacerlo acabaría mal visto por la población, por atentar contra el balance del prestigio y poder. Ya sabemos que los únicos que llevaban a cabo esta extensión eran los curacas regionales y locales; y en la situación del Imperio, el sapainca, cosa no censurada ni criticada por los otros sectores poblacionales.

En los ayllus pastoriles del Collasuyu, Chinchaycocha, Ancara y Chucorvo (hoy Castrovirreina), así como en varias comunidades agrícolas, el ganado camélido configuraba el "capital" más importante. Asociados con el modo natural de crecimiento biológico —en contraste con el capital en forma de objetos inanimados, como la cerámica o las lanzas—, ponían en vigencia la herencia de tales ejemplares y préstamos de ellos sin interés. La fuente etnográfica constata que los hatos representaban el símbolo de las relaciones sociales, por ser objetos de afección sentimental, al extremo que sus dueños hasta podían resistirse a su enajenación a cambio de otros bienes. Por eso, con frecuencia, pasaban de una generación a otra o de una familia a otra, como parte del precio de la novia o como compensación de daños corporales. En consecuencia, el ganado, en consecuencia, tenía un valor concreto, por generar equivalentes en otros bienes.[82]

Es conveniente clarificar que en la sociedad andina desconocían el "capital" mantenido con propósitos de inversión, no se sabe ni siquiera de ejemplos excepcionales. Es posible que parte de sus bienes almacenados, en situación de sobrantes, fuesen prestados a los parientes y amigos en ocasiones de emergencia, lo que sucedía con frecuencia. Por ejemplo, se podían prestar herramientas, balsas de pesca, adornos y trajes para danzas y hasta productos alimenticios. Hay pruebas documentales de que las devoluciones podían hacerlas con una adehala —agregado o interés—, aunque esto no debió funcionar siempre así, bien que debió tener cierta

82. Flores Ochoa 1995, I: 37-42.

importancia.[83] Pero no conformaban deudas que hubiesen podido sustraer y empobrecer los ingresos de "capital" de las familias campesinas. Al parecer constituían préstamos de objetos solo dentro del grupo local. Como en la sociedad andina se practicaba la descendencia paralela, los adeudos del padre los heredaban sus hijos varones, mientras que las deudas de la madre correspondían a sus hijas. No hay pruebas de que los débitos se hubiesen anulado con la muerte. La pena común y corriente a los deudores insolventes consistía en no volver a confiarles nada.

Como los sapaincas tenían derechos sobre la propiedad del trabajo de los yanayacos y de los piñas, esta configuraba una forma de "capital". Ambos tenían significación en el sistema productivo, claro que los yanas o siervos en mejores condiciones que los piñas, pues estos últimos trabajaban en condiciones de esclavitud o, por lo menos, sujetos a un trabajo forzado.

La producción y el ritual

Existía estrecha relación entre la producción y el ritual. Todo estudio sin este aditamento resulta infructífero o incompleto. La magia y la religión tenían efectos económicos en términos de producción, intercambio y consumo de los recursos. Los rituales de tipo productivo se desenvolvían enmarcados dentro de las cábalas agrícolas, los sortilegios de los oficios y las supersticiones concernientes a la salvaguarda del ganado.

Se conocían prácticas de culto de trasfondo protector, incluso en los matrimonios y funerales. Se sabía, pues, activar el trabajo mediante escenas ceremoniales, con secuelas sobre los bienes producidos que —según manifestaban— promovía y estimulaba al trabajador. Por eso, se invertía mucho tiempo en celebraciones mágico-religiosas, casi el mismo que el empleado en producir y en descansar. Se substraía gran cantidad de bienes para cumplir con tales solemnidades y hasta conocían estaciones y meses para efectuar las citadas ritualidades, con resultados exitosos en la disponibilidad de la mano de obra y en la generación de excedentes.

2. La distribución

En el presente rubro —sobre todo—, hay que considerar a las recompensas que, mediante la figura de las redistribuciones, recibían los diferentes

83. González Holguín 1608: 588, 640-641.

actores o agentes del proceso productivo directo e indirecto. Tales gratificaciones bien podían ser obtenidas mediante el reparto de un producto colectivo (por ejemplo, de una cosecha de maíz) o por una remuneración proveniente de otros bienes, cuando el producto resultaba imposible de ser divisible, como en la situación de una balsa o de una casa. Tales indemnizaciones las recibía el trabajador como una ganancia de su trabajo en las mitas agrícolas, ganaderas, o artesanales.

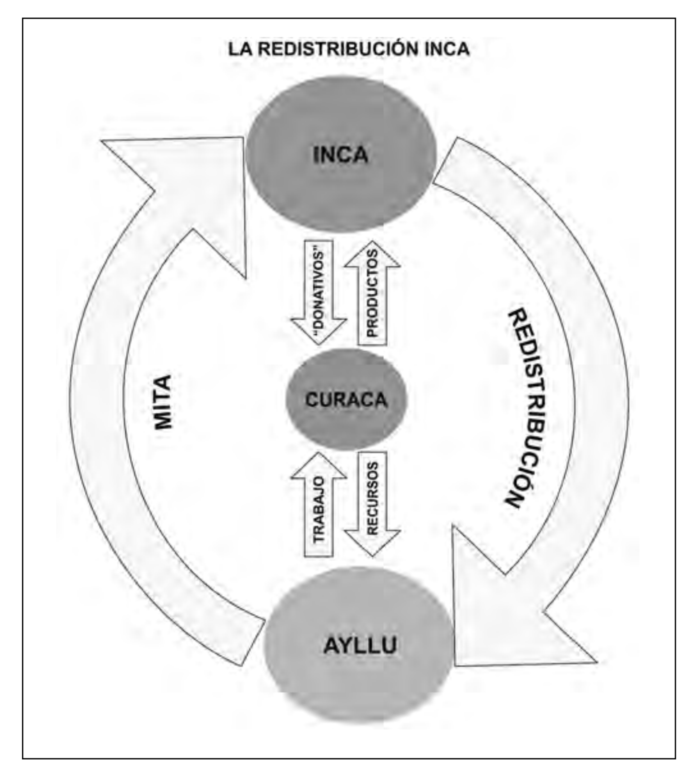
Desde luego que la porción recibida no representaba el esfuerzo invertido, brindado y gastado por el productor directo, pues el señor siempre se quedaba con un excedente a su favor. Lo mismo ocurría con las compensaciones a los especialistas y técnicos en rituales o con los organizadores de las tareas. Realmente, la retribución constituía un pago al trabajador; aunque no se puede negar que las redistribuciones descansaban más sobre bases sociales que económicas; de manera que las redistribuciones resultaban, con frecuencia, convencionales, tanto en la cantidad como en la calidad de bienes. De ahí que las citadas redistribuciones se presentaran de acuerdo al tipo de trabajo o de servicio prestado, al tiempo dedicado o a la categoría de la persona a quien se recompensaba. En varios casos, el servicio de asistir al trabajo o el estatus del trabajador determinaban la recompensa y no la cantidad de esfuerzo realizado. Pero de todos modos, en la idea primaba que todo trabajo debía ser reciprocado.

En los laboríos colectivos de las comunidades (mincas), donde los trabajadores se reunían impulsados por sus lazos de parentesco, no existía el sistema de retribuciones o pagos. En las referidas circunstancias, cada familia participante en la faena mancomunada conducía sus herramientas, alimentos y bebidas, sin esperar gratificación de nadie. Aquí, la única remuneración se conseguía mediante la celebración de una fiesta, para cuya realización los mismos trabajadores contribuían con sus bienes.

En todas estas tipologías diversas de redistribución no había, pues, variaciones en cuanto a la preferencia de los trabajadores, porque ellos optaban por el reembolso o retribución en comida y bebida, es decir, granos y tubérculos por haber braceado en una cosecha, lo que les permitía ahorrar lo obtenido en sus parcelas.

La redistribución asimétrica

Se ha hablado lo suficiente acerca de las redistribuciones, por ser las mitas las que más exigían este modelo de pago. De manera que la redistribución



Elaboración: Carla López.

conformaba una manera de circulación de bienes y servicios; con una trama de connotaciones, en la cual se movían intereses sociales y políticos que dinamizaban y enlazaban las actividades económicas con las relaciones de trabajo.

Pero en la mita y su retribución había asimetrías. Aquí los beneficiarios (señores curacas e incas o Estado) no devolvían el mismo servicio ni costo por lo producido por parte del trabajador, pese a que con la entrega de bienes cumplían con el pago del servicio. Tenía, por consiguiente, un valor variable y desigual que no era equivalente al esfuerzo gastado por el productor directo, por más que el "patrón" diera al peón exquisitos alimentos, abundante chicha, coca, festejos y hasta alguna pieza de vestir. Mayormente, significaba un reconocimiento, con apariencia de convite, por la ayuda proporcionada a los señores regionales e imperiales.

En este sistema, como se ha visto, varias personas e instituciones podían obtener provecho de la energía de una sola familia, a la que retribuían. Pero se sacaban más beneficios de los miles de brazos o, mejor dicho, de

multitudes en tareas agrícolas, ganaderas, mineras, militares, textiles. En la referida situación, casi toda la riqueza se concentraba bajo el poderío del jefe, quien devolvía parte de ella en bien de los mitayos en momentos de crisis para auxiliar a la comunidad entera, proporcionalmente a la magnitud de los infortunios. Realidad que mantenía y acentuaba la diferencia de estatus y de clase.

No olvidemos que la redistribución funcionaba, sobre todo, en las mitas, entre gente que laboraba en equipos y en medio de turnos distribuidos en riguroso orden, a nivel comunal, en concordancia a las edades de las personas. Todo *atunruna* (campesino), no en una sino en varias etapas de su vida, tenía que ser útil al Imperio. La totalidad de los ayllus de la etnia estaba compelida a prestar servicios en ventaja del Estado, ocupándose en alguna labor en el entorno de sus propias etnias o en lugares distantes. Entonces, la mita no venía a ser otra cosa que la extracción de un plus-trabajo por el Estado, regulado por tandas. Conformaba la carga tributaria que el Imperio reclamaba a las comunidades o etnias, para retornarles como "salario" o redistribución solo una porción. Así, daba la impresión de que todos los miembros hábiles de los ayllus compartían el producto de manera equitativa.

Lo incontrovertible es que tales relaciones eran asimétricas. El Estado inca acumulaba riquezas, donde las redistribuciones hechas a los trabajadores no eran equivalentes al trabajo solicitado. El regalo que hacían los curacas, los *totricocs* y el sapainca —en agradecimiento a la movilización de grandes masas de trabajantes— jamás resultaba equipolente a los beneficios brindados por ellos. Había, pues, una apropiación de excedentes por parte del Estado, pues el mayor volumen de los productos no pertenecía a los productores directos, sino a otros: al Imperio.

El poseedor de los medios de producción organizaba los turnos, prefijándose los fines técnicos y económicos. El Estado disponía de la asignación de esos bienes. Y, no obstante ello, los mitayos nunca se sentían explotados ni subyugados, no percibían nada de ello. La redistribución, además, no llegaba a todos, era restrictiva a determinados sujetos que vinculaban su trabajo con el Estado. Los jefes aumentaban su renombre y fascinación, redistribuyendo.

En suma, con las mitas se llevaban a cabo infraestructuras de desarrollo vial, agrario, pecuario, andenerías; obras de irrigación, almacenamiento de alimentos, tambos, asentamientos urbanos, edificios, fortalezas. Todo en beneficio del Estado.

Lo expuesto en páginas atrás, trata de lo que podríamos denominar la mita formal. Pero, al lado de ella, se aplicaba otro sistema de trabajo que salía de los cánones ordinarios. Al respecto, vale citar lo que hizo una vez Huayna Cápac cuando paraba en Tumibamba y le llegaron noticias de un conato de sublevación gestado por ciertos señores de algunos ayllus de la comarca del Cusco. Su irritación fue tan tremenda que dispuso la captura e inmediata decapitación de los corifeos, en tanto que a los miembros de aquellos ayllus los sentenció a transportar piedras del Cusco a Tumibamba para la erección de aposentos. No fue una labor tipo mita, es decir, por turnos de cuadrillas de trabajadores, sino una faena larga, pesada y agotadora. Constituía parte de las medidas extremas que a veces imponían para sojuzgar a las multitudes, sin réplica de nadie. Era común deshacer cerros y rocas para transponerlos a otro lugar como medida punitiva. Lo que explica el por qué en Quito se veían edificios erigidos con pedregones cusqueños.[84]

3. Los intercambios y las monedas

Existían formas de conseguir cosas necesarias, pero que no se podían producir por sí mismos. Entonces, se echaba mano de la figura del trueque, de las equivalencias, de algunos productos a los que les habían otorgado el valor de monedas, lo que vale decir, monedas mercancías; y, en determinados lugares de la costa norteña y central, hasta de determinadas hachuelas de cobre que llenaban algunas de estas funciones, ya que con ellas medían el valor de sus bienes y servicios.

Además, funcionaban contexturas periódicas de intercambio de bienes y de servicios. Justamente, uno de los papeles del intercambio era facilitar el proceso productivo, por cuanto permitía que los actores de la producción recibieran sus recompensas en bienes distintos de los que producían. Otro de los cometidos del intercambio era complementar los recursos de la comunidad.

Habría que distinguir entre el intercambio "interior" y "exterior". El primero no solamente incluía el intercambio de regalos y trueques entre los miembros de un ayllu, estrechamente organizados, en especial, entre grupos de parientes de las comunidades de aldea, sino también el intercambio mediante monedas mercancías. El segundo tipo se refiere al fenómeno

84. Cieza 1554: 297.

general de los mercados, al intercambio con forasteros y a las expediciones comerciales organizadas. Precisamente, hay información documental sobre la existencia de algunos mercados, con gran importancia en circuitos fijos de aprovisionamiento, con periodicidad y ordenamiento definido. Tales mercados espoleaban la producción. En el mercado de la isla de Plata, en el mar de Manabí, se intercambiaban caracolas traídas de los mares ecuatoriales por cerámica, telas y metales, acarreados en balsas desde del espacio andino. En la "feria" o mercado anual de Yanatile, en la zona del Urubamba, se canjeaban productos selvícolas por serranos; y no en pocas, sino en cuantiosas cantidades, para consumirlos, unas veces, de manera inmediata y, otras, más espaciadamente.

Trocar caracolas de los mares cálidos constituía una necesidad de primera importancia, por configurar la ofrenda preferida por las divinidades andinas dadoras de lluvias y aguas en general, imprescindibles para las gestiones agrarias y pecuarias y la existencia humana en definitiva; por ello, permutar caracolas y mullu era tan importante como trocar ropa y alimentos. Las caracolas conformaban la parte más notable de la vida ritual y económica andina, por lo que se conservaban como riqueza, de la que se derivaba el bienestar y prestigio económico de las comunidades.[85]

En lo que concierne a la costa centro-norte y al extremo septentrional del Chinchaysuyo (Quito, Caranqui, Pasto), existía una clase especial de mercaderes que ponían en relación a diferentes cuerpos o grupos de productores de costa, sierra y selva. Les atraía, de preferencia, el intercambio de caracolas, fármacos y sal; lo que obtenían en ganancias consistía en otros productos en su beneficio y para continuar con los intercambios.[86] Aunque manejaban un lenguaje bastante burdo, los mercaderes eran apreciados por la gente de sus circuitos, por considerarlos oportunos para el aprovisionamiento de productos exóticos procedentes de otras regiones y mares. Pagaban sus tributos no en trabajo, sino con parte de su stock comercial. El Imperio, por su parte, los utilizaba como espías, encaminándolos a lugares que premeditaba invadir y conquistar.[87] Por tales razones, en dichas oportunidades eran privilegiados con dádivas y favores especiales, lo que permite deducir que los citados mercaderes se movilizaban libremente ante la admiración de las multitudes.

85. Marcos 1981: 136-154; Valdez 1846: 98-100.

86. Salomón 1984: 398.

87. Cieza 1554: cap. 60.

En lo atingente a monedas y valor, es un asunto que debe ser tratado con moderación. En las comunidades andinas, se usaba con frecuencia algún medio de cambio puesto en circulación, pero que no era empleado para medir los valores de la totalidad de los productos. Claro que existían varias esferas y circuitos de intercambios, y los artículos de cada uno podían ser calculados o medidos en relación con los otros, pero no intercambiados. Por ejemplo, las vasijas de cerámica y las taclla o arados modelo tira-pies se permutaban entre sí, pero resultaba imposible canjear tacllas por chacras. El valor de los productos estaba condicionado por muchos factores sociales, tales como la abundancia o escasez o por la cantidad de trabajo requerido para hacerlos, análogamente, por su valor ritual y mágico. Así, a una caracola se le otorgaba más estima que a una modesta ofrenda de papas.

El trueque simple

Pues bien, en el rubro del sistema monetario, hay que mencionar que el trueque llevado a cabo por los agricultores y pastores serranos era mínimo, debido a que las etnias explotaban distintos pisos ecológicos que les permitían autoabastecerse casi de todo y tener pocas razones para canjear bienes con etnias que practicaban el mismo sistema. Internamente, se prestaban trabajo individual o entre familias, unos a los otros, o bregaban cooperativamente, en forma tal que se excluía el mercado laboral.

Solo acaecían intercambios tipo trueque, cuando los nichos ecológicos y las redistribuciones de bienes no abastecían a todos o cuando se carecía de recursos naturales o, mejor dicho, de materias primas para producir lo que necesitaban para su vida cotidiana. Por eso, el comercio serrano no progresaba, a diferencia de la costa norteña y central del Perú, caracterizada por un visible movimiento en la circulación de bienes. En el litoral central y norteño del Perú, los tratos y contratos funcionaban con mucha vitalidad.

De todas maneras, es en la sierra donde se practicaba con más intensidad el trueque, que consistía en el canje de cosas, de preferencia en lugares donde no producían lo que apetecían, como cerámica, adornos de metales preciosos y artefactos de madera, por carecer en sus comarcas de arcillas, minas y bosques, respectivamente. Lo que les compelía a obtenerlos en otras etnias, a cambio de algo que sí producían.

En la referida permuta de bienes, prevalecía el valor de uso y no el valor de cambio, lo que esclarece el por qué para nosotros el trueque es

asimétrico. Por cuanto, en el mundo moderno y globalizado manda el valor de cambio que implica ganancias, lo cual no era entendido así los antiguos pobladores andinos.

Este trueque era inter-étnico e inter-ecológico sincrónicamente, en ámbitos determinados, según las alturas del territorio en el cual vivían y de acuerdo a las actividades que ejercían de conformidad a los recursos naturales que poseían (arcillas, metales, maderas, ganado). Lo evidente es que la especialización total no existía en la sierra y costa sur. Por allí sus habitantes sabían hacer de todo.

Sobre el funcionamiento del trueque, hay pruebas documentales, etnográficas y lingüísticas. Se contracambiaba, pues, sal, alfares, fibras textiles, fármacos, maíz, tubérculos, coca, ají, etc. Había etnias agricultoras que poseían en su espacio algún ayllu que también manufacturaba cerámica, tanto para ellos mismos como para intercambiar.

Por lo tanto, no sólo existía el trueque inter-étnico, sino incluso dentro de un mismo señorío o etnia, con ayllus cuyos terrenos estaban localizados en distintos niveles altitudinales. En tales ocasiones, el canje casi siempre era realizado directamente en la misma chacra, a la cual acudían los interesados, o en parajes acondicionados para ello, llamados *catu* (mercado). Lo preferían al menudeo. Otros descendían de las punas a los valles bajos y templados para permutar bienes, deteniéndose de casa en casa en busca de amigos o parientes, lo que conformaba una costumbre repetida año tras año.

Por cierto que entre las familias de un mismo ayllu que moraban en una ecología similar no funcionaba el trueque, porque todos producían lo mismo. El trueque se movía cuando la producción de cosas difería de un ayllu a otro, o de una etnia a otra.

4. El consumo

Es el término económico que sirve para analizar el uso final que se daba a los recursos de la comunidad y del Estado. Ya hemos visto que uno de esos recursos era el trabajo humano y que sabían dividir el tiempo laborable entre los diferentes tipos de trabajos, en lo primordial, en lo concerniente a la producción familiar, en equipo productivo, y la producción de bienes que iban a consumirse de manera directa. Es evidente la imposibilidad de calcular los ingresos reales o exactos, como es el caso de la totalidad de bienes y servicios que recibían los mitayos y yanaconas durante un

período dado; ni siquiera nos quedan muestras para llegar a una conclusión aproximada.

No obstante tal materialidad, esto nos conduce a indagar en lo tocante al nivel de vida, no solo en términos de las necesidades de comida y abrigo de las personas, sino también de la realización de sus deseos, definidos por los valores de la comunidad en que vivían. Sin embargo, según lo que manifiestan las fuentes de los siglos XVI y XVII, se puede apreciar que dichas aspiraciones podían ser satisfechas mediante el proceso de producción, intercambio y distribución que practicaban.

Por lo tanto, la frase "nivel de vida" debe usarse con precaución. Afirmaciones tales como "alto nivel de vida" o "bajo nivel de vida" no significan nada, salvo que se descubra la base para poder establecer las comparaciones. En insoslayable que los sistemas andinos antiguos no pueden ser fácilmente correlacionados con los traídos por los españoles. Un examen cuantitativo de los recursos durante un cierto período de sequía puede ayudar a determinar si el nivel de vida fue alto o bajo. El aumento rápido de los recursos materiales podía, durante un tiempo, perturbar la estructura social y económica, en lugar de mejorar las condiciones generales.

Los bienes poseídos por una comunidad tenían diferentes aplicaciones de uso, de conformidad a los miembros que la componían. Es obvio, asimismo, que la existencia de diferencias sociales estaba vinculada con distinciones económicas, como se expresa, por ejemplo, en el mayor poder sobre los bienes disponibles que disfrutaban los de la etnia Inca, en contraste con los atuncuracas de provincias y señores de ayllu, es decir, un poder mayor o menor sobre los bienes aprovechables, con diversos métodos para servirse de ellos.

Las clases sociales altas consumían bastante y sus regalos daban visos de ostentación, para tener contentos a los funcionarios, guerreros y trabajadores. Aquella riqueza que enaltecía a los poderosos, la prodigaban a individuos y a grupos, de acuerdo a las circunstancias, en forma tal que llamaba la atención acerca de lo que disponían y de lo que podían disponer. La riqueza era una figura que les daba reputación social y política, pues fungían de autoridades de buen corazón, magnánimas.

Así, se desarrollaban festividades, en las cuales los sacrificios humanos y las redistribuciones aparentaban ser un derroche de obsequios enrumbados a los nobles visitantes provincianos, los que, a su turno y de manera análoga, correspondían al sapainca con otros objetos en calidad de regalos, bien que tales actos no constituían una competencia de valores. Cada

cual juntaba para sí dichas donaciones, para conducirlas a sus casas con el objetivo de disfrutarlas, guardarlas y hasta para brindarlas a otros de sus amigos. Las dádivas efectuadas por los jefes eran, pues, muy valiosas para conseguir el máximo efecto social, económico y político. Los nobles cusqueños pasaban los atardeceres y noches de todos los días comiendo, pero medularmente bebiendo en grandes cantidades, con lo que atraían la atención de otros y —a su vez— lograban resaltar su alta capacidad de consumidores, inherente a su elevado rango y clase social.[88]

De ahí la necesidad de que los conspicuos señores incas y cápaccuracas pusiesen mucha perseverancia para obtener un excedente de bienes, es decir, en producir en mayor cantidad de lo que se consumía. Este excedente conformaba un plus que les permitía el "ahorro". En tal forma que los miembros de los ayllus no ponían un excesivo cuidado en almacenar en sus chozas lo suficiente para hacer frente a las contingencias de la naturaleza, confiados en que sus señores les suministrarían lo necesario hasta la normalización de los ciclos agrícolas productivos.

La economía andina, por lo tanto, configuraba un sistema dinámico, pues el trabajo de la gente y los recursos almacenados generaban las condiciones para las recompensas futuras y para la existencia de bienes y servicios, en términos de los valores de la sociedad. El almacenamiento y la redistribución actuaban bajo presión, para evitar conflictos manifiestos o latentes en el sistema económico, especialmente, en relación con la distribución desigual de la riqueza y de las recompensas a los servicios prestados.

Al respecto, sin embargo, ya se presentaban algunas transformaciones. Huayna Cápac introdujo un nuevo esquema de trabajo en puntuales extensiones dedicadas a la producción de maíz estatal, como ocurrió en el valle de Cochabamba. Allí estableció la concurrencia de braceros, ya no estrictamente de estilo mitmas, sino de trabajadores temporales y de yanaconas originarios de etnias aledañas y hasta distantes. Indudablemente, se trató de un elemento de cambio con indisputables efectos cuantitativos y cualitativos sobre el sistema económico.[89]

---

88. Pizarro 1571: 47, 105.

89. Wachtel 1981: 37-48; Gyarmati y Varga 1999: cap. V.

IV. Las cuentas y medidas de valor

1. Las equivalencias

Se conocían dos formas principales de trueque: el simple y el avanzando. El primero configuraba un mero canje con regateo y yapa o adehala (un agregado). El avanzado, por el contrario, conformaba todo un sistema de equivalencias de productos intercambiables, sin regateo ni yapa. Los dos eran directos, es decir, objeto contra objeto, de conformidad al acuerdo entre las partes.

En el mecanismo de las equivalencias, sus montos solían ser cantidades u objetos determinados y fijos, conformando auténticos patrones de medida común, como ya se dijo, sin regateo ni yapa. Su funcionamiento debió comenzar al generalizarse los intercambios, de modo que las equivalencias los organizaron. Con tal finalidad, quedaron establecidos los patrones de medida común, donde el valor de uso fijaba el valor del intercambio.

Lo que significa que la equivalencia consistía en que cada una de las partes interesadas daba igual valor a los productos intercambiados, de conformidad a su eficacia. En otras palabras, ninguno de los productos debía perder su valor de uso, hecho precisamente que facilitaba el intercambio. Las equivalencias, como se percibe, conformaban escalas de valores. He aquí tres ejemplos acreditados por la fuente etnográfica:

1° Una olla podía ser adquirida entregando maíz, llenado el recipiente con el enunciado grano, hasta el ras. El que ofrecía la olla recogía el maíz; y el que proporcionaba el maíz se llevaba la olla. Lo que demuestra que el volumen del maíz dependía del tamaño de la vasija.

2° La equivalencia de un cántaro por chicha se alcanzaba colmando de bebida dicho recipiente. De manera que la persona que cedía el cacharro, ingería la poción, mientras que quien suministraba la chicha se quedaba con el cántaro. La porción del líquido dependía de la capacidad del botijo.

3° En la equivalencia de una manta por papas, se cosía a la primera por dos de sus lados formando una bolsa provisional que era colmada de tubérculos, y esa era la equivalencia. El que se desprendía de la manta se adueñaba de las papas, mientras que el que se deshacía de sus papas se apropiaba de la manta. La cuantía de papas dependía de la dimensión del saco o bolsa, de modo que quien deseaba más cantidad de papas ofrecía una manta enorme y viceversa.

En este modelo de intercambio no había alza de precios ni lucro ni moneda ni regateo ni yapa, porque las magnitudes de las equivalencias configuraban medidas estables o rígidas bajo reglas fijas que estaban al margen de las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Podemos aseverar que no era un negocio, sino una reciprocidad para el consumo. Con todo, hay un informe que asegura cómo, excepcionalmente, en casos de crisis extremas, de largas sequías, por ejemplo, se presentaban escenas de especulación en el Collao. Pero, superadas las dificultades, retornaba la normalidad.[90]

En el mecanismo de equivalencias, no se tomaba en cuenta el valor invertido en la producción, ya que lo que preponderaba era el valor de uso. Para nuestra óptica actual, se trataba de un intercambio asimétrico; bien que para la población nativa de los Andes no existía tal agio y usura. Ninguno de los dos contratantes atesoraba, por lo que no encarecían el producto. De manera que cuando alguien anhelaba adquirir más cosas, lo que hacía era entregar más objetos equivalentes.

Este mecanismo funcionaba muy bien en las economías de subsistencia y la llevaban a efecto, tanto en sus moradas mismas, como en las chacras y aun en lugares conocidos que tenían para intercambiar: catus (mercados). Pero eso sí, tenía que realizarse entre bienes en excelente estado de conservación. Jamás se daba una cosa buena a cambio de una mala, porque eso dejaba de ser equivalente. En consecuencia, el sistema de equivalencias funcionaba como una genuina lista de precios o escala de valores (precio es el valor de cambio).

El intercambio mediante equivalencias seguía normas consuetudinarias. De ahí que todos conocían qué productos tenían tales y cuáles equivalentes, lo que explica por qué cada interesado conducía la cantidad exacta de productos para canjear. Tales hechos revelan el porqué en las equivalencias no se suscitaban discusiones. O en otras palabras: nada de regateo ni competencia, ya que los objetos sometidos a equivalencias tenían muy bien señalados sus equivalentes tradicionales. En general, las equivalencias evitaban, entre ellos, la explotación del hombre por el hombre.

Todavía perduran muchas equivalencias en la sierra peruana. En el valle de Chaupiguaranga —entre Pasco y Huánuco—, se daba en la década de 1960 la cantidad de 132 mazorcas de maíz por un pernil de carnero (anca y

90. Diez de San Miguel 1567: 120.

muslo); y 660 mazorcas por un carnero completo. La equivalencia de una olla por papas consistía en colmar el recipiente dos veces con el citado tubérculo. En situación de permutarlas por maíz, solo la llenaban una vez; y lo mismo sucedía con el chuño y la caya (*Oxalis tuberosa* deshidratada). Para intercambiar una manta por papas se sigue convirtiendo en un costal, aunque ahora solo la embuten hasta las tres cuartas partes de la altura. Tres onzas de coca —pesada en *huipe,* un modelo de balanza andina— era el equivalente de una arroba de papas o de un cuy grande (*Cavia cobaya*). En Chumbivilcas —al sur del Cuzco— entregan dos libras de coca por una arroba de maíz; o una libra de coca por una arroba de frijoles.[91] Las equivalencias perduran en gran forma en la serranía central y sureña del Perú. También ha sido reportada en determinados parajes en la sierra del Ecuador y en Bolivia, entre los grupos tradicionales campesinos.

Asimismo, se advierte que el monto de las equivalencias podía variar de una región a otra, de acuerdo a factores sociales y ecológicos. Claro que algunas equivalencias eran “universales”, como en el intercambio de una olla por maíz. Similarmente, se nota que las equivalencias diferían según la distancia del lugar del cual traían el producto deseado. Así, las caracolas en Tumbes valían menos que en el Collao y orillas del lago Titicaca, por estar a más de dos mil kilómetros del anterior.

No sabemos de qué época puedan datar las equivalencias. Solo conocemos que ya funcionaban al lado del trueque simple durante el Tahuantinsuyo y que agilizaba las transacciones. Todo lo cual constata que el Estado Inca no tenía implantadas leyes de pesas y medidas.

En los tiempos nuestros de neoliberalismo o de plena libertad de los mercados, las vetustas equivalencias andinas que aún perviven nos parecen irracionales, por no guardar proporción simétrica. Para la manera de ver actual, los campesinos reciben artículos menos valiosos de lo que nosotros obtenemos de ellos. Dan la sensación de que malbaratan sus cosas; pero no es así, porque lo que ellos persiguen es el valor de uso. Antiguamente, entregar oro a cambio de ají no era nada infame para ellos. Como tampoco lo es ahora, en las altas y remotas mesetas, cuando reciben una lata de kerosén a cambio de un toro.

91. Fonseca 1973: 113-124, 127-128, 137.

2. El problema de las monedas andinas

Primeramente, recordemos qué es moneda: un instrumento de cambio que produce un beneficio; un implemento típico que sirve para comprar mercancías y pagar servicios. Constituye algo que se utiliza para adquirir mercancías y venderlas. Es, asimismo, un instrumento que se presta a condición de recibir algo en recompensa (intereses); y también para darlo sin obtener ninguna remuneración en determinados contextos.

No es suficiente decir que tal o tales objetos servían de moneda en el ámbito andino. Antes, es urgente precisar los conceptos en que los empleaban. Solamente así se podría establecer el rol que ocuparon en la economía prehispánica.

Previamente hay que recapitular que, en el espacio andino, estaba muy generalizada la reciprocidad (*ayni*), el colectivismo (*minca*), el tributo en trabajo debidamente retribuido (*mita*) y la redistribución de bienes en cantidades que dependían de la jerarquía de cada jefe étnico. En la sierra, también estaba expandido el conocimiento y uso de los diversos pisos y nichos ecológicos, para la obtención de diferentes especies y variedades de productos comestibles. Tanto la reciprocidad como el colectivismo, las prestaciones en trabajo, las redistribuciones y el manejo de los pisos y nichos ecológicos, si bien no extinguieron el intercambio; por el contrario, sí redujeron considerablemente el movimiento del comercio y de las monedas.

Ya se ha visto que el ayni era una ayuda mutua o recíproca entre individuos y grupos domésticos dentro del ayllu (familia extensa, clan). Por cierto que configuraba una ayuda interesada. Nadie regalaba o proporcionaba nada por gusto, sino con la idea de ser correspondido algún día inmediato o mediato. Se desenvolvía, por lo tanto, un negocio permanente. Quien ofertaba su trabajo, lo hacía con el pensamiento de que la persona beneficiada con él, le devolviese aquel cuando necesitara ayuda. Lo que significa que la llamada reciprocidad no tenía nada de gratuita, ya que —además— el beneficiado con la energía de su pariente o paisano, estaba obligado, mientras duraba dicha labor, a darle alimentación y bebida, aparte de algunos puñados de coca. Al individuo que no restituía la energía prestada se convertía en un desdichado; porque, a partir de ese momento, nadie confiaba ya en él, y era abandonado y dejado fuera del circuito de la reciprocidad.

El colectivismo, por su lado, conformaba las tareas de la totalidad de los miembros hábiles del clan en obras de bien común: canales, andenes,



Escaleras de un camino inca.



Camino inca empedrado.



Vista lateral de Machu Picchu.



Machu Picchu.

caminos, puentes, templos. En esta categoría de trabajo, cada cual sufragaba sus alimentos y bebidas. El curaca o cacique, a lo más, redistribuía algunos puñados de coca.

Mientras que la redistribución de bienes de prestigio y lujo consistía en un verdadero pago hecho en especies por parte de los señores o autoridades, en beneficio de sus servidores y amigos fieles y leales.

3. Las monedas-mercancías

Veamos enseguida las monedas-mercancías. Estaban conformadas por productos que tenían valor de dinero para pagar y comprar. Hemos averiguado qué artículos poseían valor de moneda en el Antiguo Perú. O dicho de otro modo, qué cosas eran generalmente aceptadas para conseguir la conversión de un objeto o de un servicio.

Hemos encontrado que dichos medios dependían de los lugares, es decir, según las etnias que practicaban la referida modalidad. Así, en unas era la sal; en otras, la lana o el algodón o el maíz, etc. Sin embargo existían también artículos de aceptación universal o general en la totalidad de etnias, tales como el mullu, el ají y la coca: tres productos de común acogida. Hombres y mujeres les otorgaron el carácter de moneda. De manera que, gracias a ellos, el trueque simple y las equivalencias fueron superados. Mullu, ají y coca conformaban objetos que a la integridad de los ayllus les era imposible producir. Además, eran considerados elementos ceremoniales y raros; pero económicamente útiles entre pueblos culturalmente semejantes. Como recursos de cambio, servían para conseguir otras cosas. Aunque el mullu, aparte de instrumento mágico-religioso, servía también de ornamento y de medicina espiritual y sicológica.

Es posible que el florecimiento y prosperidad de los artesanos especialistas de la costa central y norte del Perú hayan sido los que acarrearon la aparición y desarrollo de las monedas-mercancías. Ellos transformaron al mullu, ají y coca en moneda natural, logrando que las transacciones se generalizaran y dinamizaran, favoreciendo incluso el comercio a larga distancia. Por cuanto, ya no era solo un producto el que podían adquirir con mullu, ají y coca, sino cualquier artículo en poca, mediana y enorme cantidad; porque estas tres monedas naturales podían ser cambiadas sin dificultades con otros productos.

Precisamente, la característica de las tres monedas-mercancías mencionadas es que no perdían su valor de uso, ya que podían ser utilizadas y

también consumidas por sus poseedores. Lo que quiere decir que aquellas tres monedas-mercancías andinas no eran simples cosas, sino bienes económicos; pues calculaban las porciones para hacer las compras. En fin, eran objetos con poder adquisitivo, consideradas como bienes circulantes. Consecuentemente, mullu, ají y coca, fueron los frutos que gozaban de preferencia para intercambiar y rescatar (adquirir una cosa por otra), y debido a que servían para eso, fueron aceptados.

Coca y ají siguen siendo objetos de carácter utilitario, pues son materias de consumo de aceptación indiscutible. Constituyen elementos empleados para ritos, prácticas medicinales y para comprar. Hechos que aclaran el por qué fueron elevados en el mundo andino a la categoría de moneda-mercancía un producto de mar (mullu) y dos del suelo (ají y coca). El ganado nunca fue admitido en el Tahuantinsuyo en la categoría de moneda. En cambio, al mullu, ají y coca los aceptaron con agrado: el mullu, para ofrendar a sus dioses y como medicina espiritual; la coca, para agasajos que socializaban, para ritos y medicinas; y el ají, como sazonador de comidas. Desempeñaban un gran rol en todos los actos de la vida andina, desde el nacimiento a la muerte de las personas. Con ellos, podían abastecerse de todo, por eso procuraban allegar mullu, ají y coca para mercar cosas en cualquier momento y lugar. Es evidente que, con ellos, apareció la compra y la venta, activando cuantiosamente el intercambio.

Tales bienes (mullu, coca, ají) tenían, pues, el mérito de ser admitidos con beneplácito. Las chaquiras de mullu procedían de caracolas despostilladas, adaptadas para adornos y ofrendas, aunque a veces se preferían las conchas enteras como amuletos y panaceas. Las hojas de coca, secas y sanas, para ritos y aplicaciones terapéuticas; el ají, similarmente fresco y enjutos, para saborear sus alimentos. Chaquira, ají y coca eran objetos preciosos, porque gracias a ellos lograban "comprar" cosas que deseaban tener para saciar sus necesidades ideológicas y fisiológicas esenciales, porque desempeñaban un enorme papel ritual en los ritos de pasaje o en circunstancias críticas de la vida: nacimiento, adolescencia, matrimonio, muerte, ayni, minga, mitas, adivinación. La coca estaba ligada a los grandes y decisivos momentos de la existencia humana.

De todas las caracolas, las llamadas a cumplir este papel fueron tres: las *Spondilus pictorum*, las *Spondilus princeps* y la *Strombus galeatus*. Unas y otras imposibles de conseguir en el mar del Perú, por no ser propias de aguas frías sino tibias; por lo que urgía traerlas de los templados mares ecuatoriales, incluso desde Centro América.

Las monedas-mercancías resultaron preciosas porque, merced a ellas, se proveían de todo lo que hacía falta (obsidiana, hachas, ropa, adornos). En virtud de ellas, se superaban los límites de los recursos y las restricciones impuestas por sus ecologías y economías; ya que el ayni, minga y retribuciones no podían satisfacer a plenitud las apetencias de los ayllus.

He ahí por qué estas primeras monedas andinas constituyeron los instrumentos más buscados y codiciados, para aplicarlos en la adquisición de otros objetos. He ahí, asimismo, porque los mullus ecuatoriales alcanzaron el valor más alto, logrando en los Andes centrales y meridionales el rango muy singular de genuinas monedas-mercancías, tal como lo reconoció también Paul Baudin.[92]

Por lo demás, en la documentación del siglo XVI se habla reiteradamente de estos instrumentos de cambio. En la montaña de Quijos (Archidona / Ávila) se cita la presencia de una moneda consistente en chaquira de hueso, es decir, de caracola, a la cual le daban el nombre de carato, la misma que en una Información de 1577 es descrita así:

> Son unos hilillos de cuentas pequeñas de hueso, como abalorio, que contienen veinte y cuatro contenzuelas. E se alquilan por entre ellos por un día para trabajar, e dan sus comidas e resgates por ello y aun sus mujeres a los indios caminantes que van de unos pueblos a otros. Si les da voluntad del vicio de la carne, llaman a la mujer del huésped para aquella noche, e danle un carato de estos dichos por pago, y a la mañana siguiente vanse de camino sin ninguna pesadumbre del huésped. Cásanse de esta manera, en su ley, el que se aficiona a una india si tiene padres o parientes, igual hace ponellos por tantos caratos de chaquira y pagan por la iguala. Y otro día viene cargado de leña y paja e alguna comida de la tierra, y poniendo a la puerta de a donde vive la tal mujer y luego se le entregan.[93]

Se ignora si guardaban o no similitud con las chaquiras coloradas y blancas con las que los mindalas de Otavalo pagaban sus tributos a sus curacas, a diferencia de los runas campesinos. Los quijos, del este de Quito, debieron recibir gran influencia andina.

Por su lado, los padres José de Acosta y Bernabé Cobo insinúan que el maíz y, tal vez, algunos tejidos desempeñaron, análogamente, la función de

---

92. Baudin 1928: 273-275.

93. Ortegón 1577: 14.

monedas-mercancías en focalizadas circunscripciones del perímetro andino. No hay datos de que otros productos hubiesen sido manejados como tales.

Así fue como el mullu, el ají y la coca permitieron que los productos circularan con celeridad, ya que con ellos conseguían cualquier cosa. De ahí por qué ya podemos hablar de compra y venta, por cuanto al dar una de estas monedas-mercancías se podía adquirir un objeto que iba a ser usado. Era, es manifiesto, un trueque, pero ya no con cualquier producto, sino con mullu, ají o coca, solamente.

Las fuentes escritas hablan ya de estas monedas mercancías en el Perú desde 1543.[94] Y en cuanto a la coca, lo enfatizan Pedro Gutiérrez de Santa Clara y Juan de Matienzo.[95] Estamos, por lo tanto, frente a una economía monetaria, pero con una moneda natural. Por lo restante, estas fueron monedas panandinas. Como vemos, no fueron muchas las monedas-mercancías; bien que esas pocas facilitaron y simplificaron las transacciones. Cabe reiterar que no constituían monedas como las nuestras, pero desempeñaban muy bien la función de "dinero" en el sentido estricto de la palabra, porque eran cómodas intermediarias y medidas de valores.

La chaquira, derivada del mullu, conformaba una moneda interétnica o "internacional", aceptada y tan estable como el ají y la coca. Quizás un poco hiperbólicamente podríamos decir que conformaban los dólares de aquella época: una "divisa" fuerte no sujeta a devaluaciones. No olvidemos que tenían poder para ser cambiadas con cualquier otro producto. Podían dividirse en porciones y por unidades, lo que posibilitaba el convenio o negociación; eran susceptibles de ser guardadas por su tamaño y durabilidad, por lo que, quien codiciaba, podía retenerlas y "atesorarlas" por su alto poder ceremonial (mullu, coca); pese a que la coca y el ají no perduran toda la vida. En fin, configuraban monedas arcaicas, y es posible que hasta las hayan acumulado como "capital".

Lo que no sabemos son los montos de sus equivalentes. Por ejemplo, no conocemos cuántas vainas de ají o puñados de coca o sartas de mullu ofrecerían por una cabeza de ganado (Lama glama, alpaca). Pero, de todas maneras, permitió la brevedad de los intercambios, sin extinguir el trueque ni las equivalencias. Análogamente, no estamos todavía en condiciones de decir de cuándo datan las monedas-mercancías andinas. Lo interesante es

---

94. Vaca de Castro 1543: 469.

95. Gutiérrez de Santa Clara 1550, III: 170, 242; Matienzo 1567: 161-179.

que una de ellas perdura hasta hoy en las tierras altas de la sierra central y sureña del Perú: la coca.

4. Las hachuelas de cobre

Con todo, el descubrimiento más notable de las últimas décadas es el que relacionado con las hachuelas-monedas de cobre arsenical. Bien que es imprescindible aclarar previamente que no hubo moneda-signo, como las que manipulamos hoy. Los documentos del siglo XVI apenas hablan de trozos de metal que funcionaban en forma aislada y limitada.

En lo que incumbe a la etnias ubicadas en la serranía del Perú actual y en la parte surcosteña, se puede asegurar que continuaron muy apegadas a sus trueques simples, equivalencias y monedas-mercancías. No les atraía los pedazos de cobre arsenical. Por el contrario, los habitantes del litoral central y norteño del espacio peruano eran quienes manipulaban los mencionados fragmentos de cobre que exhibían la forma de hachitas. Realidad que es comprensible si recordamos que las etnias de este ámbito actuaban en medio de un progreso artesanal con especialistas a tiempo completo hasta en 30 oficios, dando lugar a un gran movimiento de adquisiciones y enajenaciones.

En la faja costanera, desde Chincha a Manta (noroeste de Guayaquil) y en la serranía ecuatoriana, la economía de tratos y contratos era bastante ejercitada. Los pueblos, a partir del valle de Chincha a la etnia Huancavilca, se desenvolvían en forma diferente a los ayllus de la sierra peruana y altiplánica. No olvidemos que en aquellas áreas ribereñas al mar y norte de Quito existían artesanos y mercaderes a tiempo completo, realidad que les obligó a inventar la moneda tipo hachuelas de cobre. Un objeto pequeño, ágil y funcional que les iba a servir de mediadora de las transacciones. Los artesanos especialistas y los mercaderes ya no podían seguir únicamente con trueques, equivalencias y monedas mercancías, pues trababan el tráfico cada vez que este prosperaba.

El material para activar las transacciones fue suministrado por el cobre arsenical, fácil de manejar y transportar en forma de pedazos, empleándolo como medio de pago y reserva de valor. Fue, no hay por qué dudarlo, una revolución fecunda, ya que permitió un auge nunca antes conocido: un adelanto real.

Seguramente, su introducción no acarreó consecuencias graves; porque los trueques simples, las equivalencias y las monedas-mercancías siguieron

vigentes, para quienes los preferían. Lo que significa que los del centro y los costeños septentrionales, pese a la aparición de las hachuelas, no extinguieron las monedas naturales. Consecuentemente, fueron los artesanos y mercaderes del litoral peruano los que inventaron la moneda metálica en el antiguo espacio andino. Le dieron la figura de hachitas diminutas, de cobre casi puro, por ser el metal más útil para ellos. Han sido desenterradas arqueológicamente y en impresionante profusión en la isla de La Puná, Chono, Huancavilca y Lambayeque. Por las fuentes documentales, se sabe que existieron en Chincha y en el callejón Cañar-Quito.[96]

En el siglo XX fueron Marshall H. Saville, pero capitalmente R. Verneau y Paúl Rivet (1912), a base del hallazgo de ejemplares de hachitas en la isla de La Puná, los primeros que hicieron comparaciones con sus similares de México, donde, de acuerdo a las crónicas escritas del siglo XVI funcionaron como monedas. Y 45 años más tarde, Olaf Holm (1953), sin negar el valor de las conchas y sus derivados como monedas-mercancías, hizo reflexiones más agudas sobre las citadas hachuelas de cobre, conocidas por las civilizaciones tardías de la cuenca del Guayas, entre cuyos mercaderes adquirió entonces el valor de moneda. Aclaró que el mencionado cobre se conseguía de varias minas serranas ubicadas en los Andes centrales y meridionales (Perú - Bolivia). Holm pudo identificar las hachitas de cobre que circularon en el área Chono, llamada cultura Milagro-Quevedo por los arqueólogos, hachas que se distinguen por no tener filo en el extremo y ser muy delgadas. En un 99.5% son de cobre puro. Había, como se infiere, una gran importación de este metal a la costa de Huancavilca (actual Guayaquil). Especificó, entonces, que era un misterio el origen temporal y espacial de difusión de las citadas hachuelas.

Pero todo esto quedó dilucidado a plenitud con la publicación de un extraordinario texto documental de 1577 referente a los renombrados mercaderes del valle de Chincha, una de cuyas copias de conserva en la Biblioteca del Palacio Real en Madrid. Ahí se expresa con elocuencia y convicción:

> Era la gente de Chincha muy atrevida y de mucha razón y policía, porque podemos decir que sólo ellos en estos reinos trataban con moneda, porque entre ellos compraban y vendían con cobre lo que habían de comer y vestir. Y tenían puesto lo [que] valía cada marco de cobre. Y demás de esto estima-

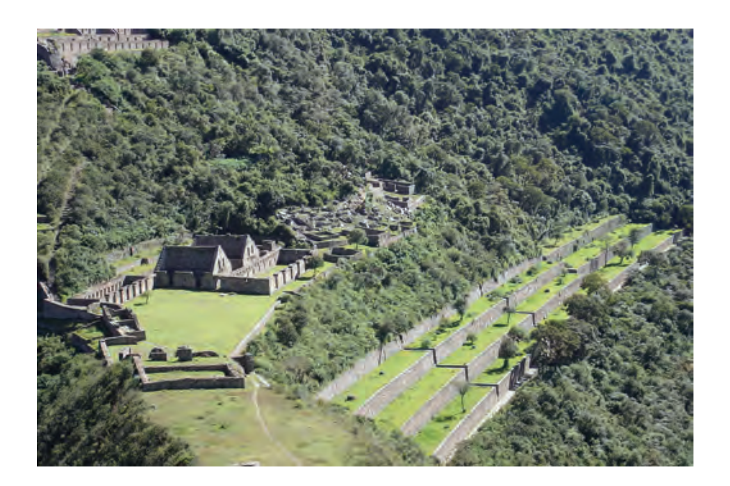
96. Anónimo 1577; Salomón 1963.



Hachuela de cobre.



Aríbalo.



Choquequirao.



Andenes en Choquequirao.

> ban cada peso de oro en más de diez veces el peso de plata. Y tenían sus pesos y pesas con que pesaban oro y plata y sus toques con sus puntas con que tocaban el oro desde diez quilates hasta veinte y uno y medio, porque hasta agora no se ha visto del oro que se ha hablado, labrado, que haya tenido más quilates.[97]

El manuscrito chinchano, entre las fuentes escritas, es uno de los dos textos que, en forma rotunda, habla del empleo de moneda metálica, en este caso, por los mercaderes de esa etnia y señorío. En cuanto al otro, hace poco se han ampliado las evidencias sobre el manejo serrano de las hachitas-monedas. Un proceso judicial inédito de 1563 "muestra que los cañares sepultaban hachuelas de cobre por centenares y que las aceptaban en pago de deudas". Las mencionadas hachitas, en el callejón interandino de Cañar a Quito, eran acumuladas para entregarlas como dote a las novias.[98] Lo trascendental de uno y otro documento es que mencionan al cobre como elementos de cambio y pago. Los de Chincha "compraban y vendían con cobre" dice el autor de 1577, y agrega que usaban de un "marco de cobre", o sea, que conocían un patrón o tipo por el cual debían regular o controlar las pesas y medidas.

También utilizaban dicha moneda para comprar y vender todo lo que necesitaban, tanto para alimentarse como para vestirse. Para su empleo habían elaborado una escala de precios, de manera que sabían lo que costaban las cosas. Por lo demás, cada peso de oro era estimado en diez veces más que el peso de plata. Desde luego que tenían sus pesas y balanzas para equiponderarlas.[99]

En consecuencia, por lo que se desprende del citado documento, las hachuelas de cobre constituían un auténtico dinero, si bien imposible de comparar con el sistema monetario actual, ya que en sí no poseían ningún respaldo en metales preciosos (ni en divisas extranjeras, como ahora), pero contenían valor para verificar transacciones.

En la costa sur y en la sierra de los Andes centrales y meridionales, en cambio, jamás crearon una moneda de metal generalizada, para aliviar los obstáculos del trueque simple, de las equivalencias y de las operaciones con monedas-mercancías. Pero sí en el litoral central y norteño, de Chincha a

---

97. Anónimo de Chincha 1577: 171.
98. Salomón 1984: 398.
99. Anónimo de Chincha 1577: 171.

Huancavilca, y en el Callejón de los cañares a Quito. Claro que aun por allí tardó en expandirse, pero dieron con ella en el período Intermedio Tardío, en los siglos próximos a la expansión incaica. Una vez que se dieron cuenta de que el cobre arsenical puro podía desempeñar la referida función, comenzaron a elaborar tal tipo de monedas. Desde luego que aparecieron tarde, en forma paulatina, tras un largo proceso evolutivo. Su invención y circulación corresponden, en calidad de signo o símbolo, manipulable por lo diminuto, a tiempos tardíos.

Son hachuelas pequeñitas y marcadas con estrías. Y si bien se las encuentra en las excavaciones desde Huancavilca a Chincha, lo inequívoco es que abundaban más en el litoral norteño. Son hachuelas en exceso endebles, miles de ellas minúsculas. En la situación de la etnia Lambayeque, el cobre arsenical lo podían conseguir en su propio territorio; pero las otras "naciones" costeñas lo obtenían de las vetas serranas.

Ahora preguntémonos: ¿a quiénes corresponde el invento de las hachitas-monedas andinas?, ¿a los lambayecanos, a los chinchanos, a los chimús, o a los huancavilcas? Es un punto aún no dilucidado en forma concluyente. Con todo, los hallazgos arqueológicos en Lambayeque evidencian ser los más antiguos: del año 800 al 1100 después de Cristo a juzgar por los resultados del Carbono 14, lo que otorgaría a dicha etnia la prioridad.[100] De allí pudo difundirse al sur y al norte, acaso los últimos en aceptarla serían las etnias serranas de Cañar a Quito.

En pleno siglo XV, ya estaban en amplia difusión desde Chincha a Huancavilca. La mayoría ha sido exhumada en los espacios pertenecientes a los chonos y huancavilcas (Guayaquil), algo menos en Lambayeque y Tumbes y todavía menos en Chincha. Pero, su escasez arqueológica en este último lugar no es prueba de que hubiesen sido raras, ya que como todo metal servible pudieron ser buscados, recogidos y fundidos para convertirlos en otros objetos durante y después de la conquista española, en particular, en el lapso de las guerras civiles entre pizarristas y almagristas, cuando los españoles urgían de cobre para fabricar armamento. Precisamente, el espacio de la costa central del Perú, donde está Chincha fue escenario de varias contiendas bélicas en las primeras décadas de la implementación del Estado colonial.

Por lo demás, no cabe incertidumbre de que todas las etnias marítimas de la costa central y norte tuvieron mucho que ver en la forja de la

100. Elera Arévalo 1984: 1.

citada "moneda". En lo que atañe a Chincha, la fuente ya mencionada la circunscribe al Intermedio Tardío (1200-1460) e igualmente a la era del Tahuantinsuyo.

La arqueología patentiza que los chonos —al este de Guayaquil— pasaron por dos fases en su desarrollo: primero, el período Quevedo; y el segundo, el período Milagro. El último justamente se identifica, entre otras cosas, por sus hachuelas-monedas de cobre fundido. El progreso de la metalistería fue tan conspicuo que llegó a ser una de las zonas de más preponderancia en el conocimiento y manipulación de metales. Entre los chonos, las aludidas monedas comenzaron a circular en la fase Milagro, por lo que estaba en pleno funcionamiento durante el apogeo del Estado chimú, del Horizonte Imperial de los incas, y en los años de la invasión hispana, a semejanza de lo que sucedía en el valle de Chincha.[101]

La invención de la moneda de cobre arsenical en la costa peruana es, pues, relativamente reciente, data de los siglos XII-XIII después de Jesucristo. Las antiguas, desenterradas en la demarcación de Lambayeque, consisten en dobles hachitas, aparentemente en forma rectangular, recortadas en láminas, sin perforaciones ni marcas.

Las hachuelas-monedas realmente exhiben figuras diversas. Sus formas están determinadas por el proceso de martillado. Las de los chonos y huancavilcas muestran grafilas características y tienen los bordes levantados. Las de Lambayeque configuran láminas de doble cabeza; mientras que entre los chonos y chinchas aparecen con una sola cabecita. En cuanto a la silueta de las de Lambayeque, fueron una creación *sui generis*, por cuanto no hay precedentes en otra localidad costeña.[102] Las grafilas de las hachitas chonos sugieren haber sido marcas, lo que las apareja es que todas son pequeñitas y delgadas, realmente endebles.

Por lo tanto, si los cálculos de la expedición arqueológica que las excavó son veraces (800-1200 d.C.), se arriba a la conclusión de que las hachitas-monedas son más antiguas en la costa norte de los Andes centrales (Lambayeque) que en la costa centro-sur de los Andes septentrionales (1200 d.C. / La Puná, Chono, Huancavilca). Las hachuelas de Chincha, con todo, deben pertenecer cronológicamente a la misma época que las de Lambayeque.

---

101. Holm 1967; Espinoza Soriano 1987, II: 140-141.

102. Elera Arévalo 1984: 1.

Otro aspecto trascendente es que existen hachuelas de diverso tamaño, prueba que se crearon monedas divisionarias o fraccionarias, semejantes al actual sencillo, al parecer para dar vuelto o adquirir objetos de bajo valor. La integridad de ellas era elaborada en metal laminado y cortado; no siendo, pues, acuñadas.

Creemos que la invención de las hachuelas de cobre arsenical, ciertamente, imprimió una mejora sustantiva, por lo que podemos llamarla una innovación fecunda. Con ellas, muchos se vieron librados de andar por aquí y por allá con fardos de mercancías hasta poder encontrar a algún interesado en llevar a cabo el trueque. No es una exageración si la denominásemos como "un invento revolucionario", porque renovó de modo radical las relaciones económicas. Justamente, el examen del documento chinchano de 1577, cuando afirma que aquellos fragmentos de cobre servían para adquirir todo, nos permite arribar a las siguientes conclusiones esenciales:

1) Constituían un equivalente general para comprar y pagar (cambio y pago), favoreciendo la adquisición de cualquier mercancía y servicio disponible.
2) Era un medio de cambio, porque facilitaba la circulación de mercaderías y servicios disponibles.
3) Era una medida de valor, indicador y patrón de precios, ya que el valor de cada mercadería se expresaba en una cantidad y peso determinado de metal, es decir, en moneda. El dinero no es otra cosa que esta expresión monetaria del valor. El dinero ideal expresa el precio de cualquier mercadería, al punto que basta casi con nombrarlo.
4) Era un medio de pago general.

De ahí por qué las etnias del centro y norte de la costa del Antiguo Perú apuntalaron y mantuvieron la superioridad del artesanado y de las transacciones.

No conocemos casi nada en lo relacionado al nombre que tuvo esta moneda en los idiomas Mochica y Tallán de las etnias de la costa septentrional. Su terminología en lengua quechua es relativamente fácil de averi-

---

103. La Carrera 1644: 184.

104. Murúa 1616, II: 217.

guarla, pues los chinchanos se expresaban muy bien en *runashimi*, aunque no figura con precisión en los diccionarios del siglo XVI. Tal vez fue una voz que provendría del mullu o del ají o de la coca o del cobre. O quizás tendría una designación indicadora estrictamente de su valor, lo cual no es improbable, por cuanto es inconcuso que se trata de una "moneda" empleaba con el consentimiento de muchas etnias, donde los tratos y contratos prevalecían con vigorosidad.

El padre Fernando de la Carrera, en su *Arte de la lengua yunga*, deja entrever que en lengua muchic existía la palabra *nassop*, pronunciada única y exclusivamente para contar las monedas, en tanto que para la contabilidad de otras cosas empleaban la palabra *napong*.[103]

Y cuando examinamos los vocabularios quechuas y aymaras de González Holguín (1608) y de Ludovico Bertonio (1612) descubrimos que en las 18 maneras de designar a la moneda española, interviene demasiado la voz huarcu (warcu). Hecho reforzado por el cronista Fray Martín de Murúa, quién anota este dato valioso: "Otros quieren sacar el nombre, de que, preguntando un capitán al Marqués Pizarro cómo se llamaba la moneda de que usaban y gastaban, le dijo que en su lengua se decía guarcu."[104]

Los informes anteriores nos llevan a la inferencia de que tal palabra fue el nombre de las hachitas-monedas costeñas, por lo menos en la costa central, donde sus pobladores hablaban quechua.

También es fructuoso interrogarnos, ¿por qué dieron preferencia al cobre natural y no al oro ni a la plata para la elaboración de este tipo de moneda? Seguramente, por ser raro en la costa, salvo en Lambayeque; y porque podían convertirlo en herramientas de trabajo. En realidad, casi no hay minas de cobre en la costa, excepto la de Sicán (Lambayeque). Los más abundantes y mejores yacimientos cupríferos se encuentran en la sierra.[105] Por otro lado, las referidas hachuelas no estorbaban debido a su escaso tamaño y peso. Tampoco se menoscababan con rapidez pasando de mano en mano. Eran poco más o menos homogéneas en dimensiones y figura. Tenían la ventaja de ser divisionarias, de manejo estable durante un tiempo prolongado y de ser reconocidas expeditamente mediante la vista y el tacto.

En síntesis, el hecho de que el cobre haya sido aceptado en el litoral andino como equivalente general fue porque le atribuían una serie de atributos intrínsecos, descubiertos específicamente por los mercaderes y arte-

---

105. Shimada 1981.

sanos, cualidades que lo hacían particularmente apto para representar y desempeñar dicho rol: 1° por su transporte liviano; 2° por ser duraderas y resistentes al desgaste; 3° por su fácil fragmentación, cuyos pedazos pueden otra vez unirse con docilidad; 4° por ser factible reconocerlas y detectar falsificaciones.

También habría que preguntarnos: ¿quién garantizaba su confección y valor? Con toda seguridad los grupos de poder. La historia comparada demuestra que ninguna moneda funciona emancipada de la potestad del Estado. Su emisión y circulación permanecía, pues, controlada por jefes y mercaderes. En ningún momento meditaron en hacer monedas de oro y plata, por no serles provechoso en la vida práctica.

Por lo restante, para producir esta moneda se percibe que pesaban el cobre. Y para monetizarlo no lo acuñaban; lo que hacían era moldearlo, laminarlo y cortarlo. Retenían un 99,5 % de cobre arsenical, lo que hace pensar que gran parte era de cobre meteórico. Como se nota, constituía una moneda monometálica, con peso y ley constante, imposible de desvalorizarse.

No conocemos si en aquel modelo de moneda adoptaron el sistema decimal o tal vez el duodecimal o el vigesimal. A simple golpe de vista, el decimal es el más factible por servirse de los diez dedos de las manos para contar. Pero el hecho tan repetido de que, entre los chonos, huancavilcas y punaneños, las hachitas se encuentren en paquetes conteniendo siempre veinte monedas, demostraría que, al menos en las mencionadas etnias, la estrategia contable fue vigesimal. De todas maneras, tenían un concepto de numeración fija y definida, debido, tal vez, a su ponderable actividad artesanal y mercantil. Con todo, lo más factible es que su procedimiento fuera tanto decimal como vigesimal.

Finalmente, hay que manifestar que estas hachuelas, como cualquier otra moneda, poco a poco se desgastaban al circular de mano en mano a través de los años, perdiendo así parte de su silueta y peso. Cabe entonces interrogarnos: ¿las sacaban de la circulación?, ¿disminuía su valor?, ¿hasta qué extremo aceptaban su desmedro?, ¿quiénes estaban obligados a cambiarlas por nuevos ejemplares?, ¿hubo falsificadores de hachuelas? De haber existido, ¿qué sanciones aplicaban a esos suplantadores?, ¿la emisión fue masiva o restringida? En fin, esta y otra serie de cuestiones quedan en el tintero para poder ser contestadas si es que en el futuro se llegaran a exhumar más fuentes documentales.

Conclusión

En suma, la autosuficiencia de los runas andinos en la era prehispánica estuvo apuntalada en cuatro factores fundamentales: la racionalidad en el buen manejo de los pisos y nichos ecológicos, en la reciprocidad o *ayni,* en el colectivismo o *minca* y en el tributo en trabajo o *mita* correctamente retribuido. El primer sistema les permitió cosechar productos de todos los climas; el segundo les facilitaba la reproducción de la familia; el tercero, la reproducción de la comunidad; y el cuarto, la reproducción del Estado.



Vista panorámica de Choquequirao



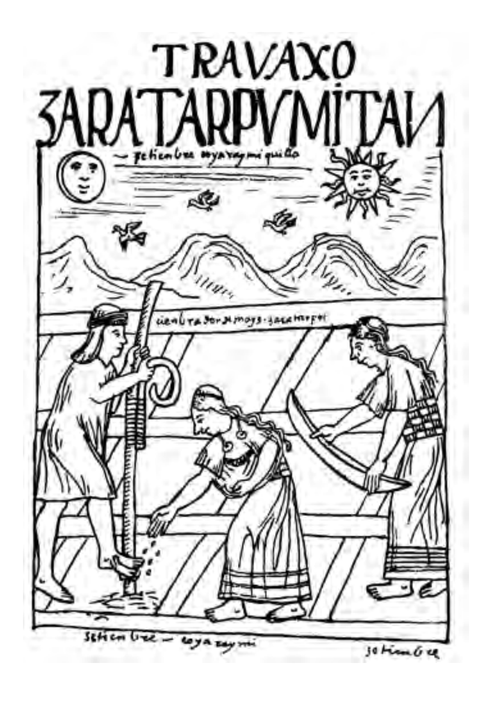
Ushnu en Vilcashuamán.



Portada en Vilcashuamán.

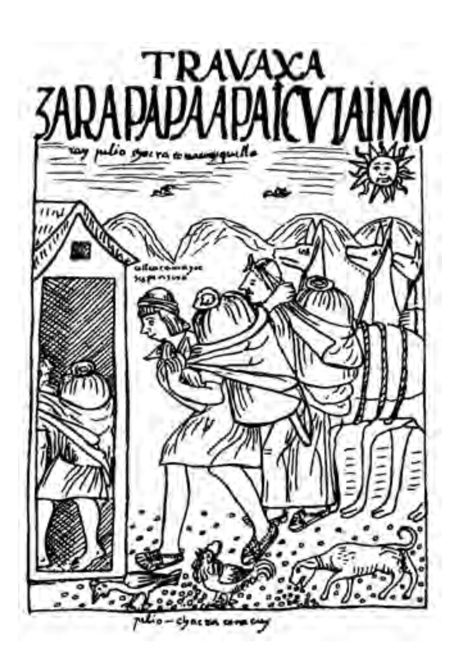


Asiento del inca en Vilcashuamán.









Diversas escenas de trabajo, según Guanán Poma.

Bibliografía

Atlas de España
1973 Madrid: Aguilar, primera edición.

Acosta, José de
1950 *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Atlas.

Alberti, Giorgio y Enrique Mayer
1977 *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Alberti Manzanares, Pilar
1986 "Una institución exclusivamente femenina en la época incaica: las acllacuna". *Revista Española de Antropología Americana*, 16. Madrid: Universitaria.

Alcina Franch, José
1974 "Navegaciones prehistóricas en las costas americanas del Pacífico". *Jano* 146: 115-120. Barcelona.

Álvarez, Diego
1967[1572] "Información de oficio sobre el curacazgo de Leimebamba y Cochabamba". *Revista Histórica*, 30: 292-301. Lima.

Álvarez y Jiménez, Antonio
1946[1790] "Puquina". En: *Memorias para la historia de Arequipa*, Tomo II, ed. Víctor M. Barriga. Arequipa: Establecimientos Gráficos La Colmena S.A.

Anónimo de Chincha (¿Pablo de Castro?)
1970[1577] "Aviso de el modo que havía en el gobierno de los indios en tiempo del inga y como se repartían las tierras y tributos". *Revista Española de Antropología Americana*, 5. Madrid.

Arias, Luis y Francisco Verdugo
[1566-67] "Información hecha a pedimento de Luis Arias y Francisco Verdugo sobre las chacras de coca de los miitimaes cayambis en el asiento de Matibamba, a cuatro jornadas del pueblo de Pampas". *Anales Científicos de la Universidad Nacional del Centro* 2: 34-64. Huancayo – Lima.

Atoc Ñaupa, Alonso
1981[1592] "Testimonio de don Alonso Atoc Ñaupa sobre el trueque de tierra y pastos por cuatro indios plateros entre los pueblos de Carania y Guaquis, en Yauyos, en tiempos de Túpac Inca Yupanqui". Año 1592. En: *Etnohistoria y Antropología Andina*, comps. Amalia Castelli, Marcia Koth, Mariana Mould de Pease, 120-122. Lima: Centro de Proyección Cristiana.

Basadre, Jorge
1939 "El cultivo de la tierra y las comunidades agrarias prehispánicas". *Turismo*, mayo. Lima.

Baudin, Louis
1962[1928] *El imperio socialista de los incas*. Santiago de Chile: Zigzag.

1923 "Las comunidades agrarias del Perú precolombino". *Revista Tributaria Peruana*, agosto: 918-921. Lima.

Bertonio, Ludovico
1612 *Vocabulario de la lengua aymara*. Impreso en la casa de la Compañía de Jesús de Juli de la provincia de Chucuito.

Bueno, Cosme
1971[1776] *Geografía del Perú virreinal.* Comp. Carlos Daniel Valcárcel. Lima.

Burzio, Humberto F.
1949 *La moneda de la tierra y de cuenta en el régimen monetario colonial hispanoamericano*. Madrid: Imprenta y Editorial Maestre.

Cabello Balboa, Miguel
1951[1586] *Miscelánea antártica. Una historia del Perú Antiguo*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos.

Calancha, Antonio de la
1638 *Coronica moralizada de la orden de San Agustín en el Perv, con sucesos ejemplares en esta monarquía*. Barcelona.

Calancha, Antonio de la y Bernardo de Torres
1972[1653] *Crónicas agustinianas del Perú.* Tomo I. Edición, introducción y notas de Manuel Merino. Madrid: OSA. C.S.C.

Carrera, Fernando de la
1880[1644] *Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Trujillo*. Lima: Imprenta Liberal.

Castro, Cristóbal de y Diego de Ortega Morejón
1934[1557] *Relación y declaración del modo que este valle de Chincha y sus comarcanos se governaban antes que oviese yngas que los vuo hasta que los cristianos entraron en esta tierra*. Colección Urteaga-Romero. Tomo X. Lima.

Cieza de León, Pedro de
1947[1553] *La crónica del Perú*. Madrid.

1943[1554a] *Del señorío de los incas.* Prólogo y notas de Mario Alberto Salas. Buenos Aires: Ediciones argentinas Solar.

1909 [1554b] *La guerra de Quito*. Madrid: BAE II.

Cobo, Bernabé
1653 *Historia del Nuevo Mundo*. BAE. Tomos 91 y 92. Madrid.

Collapyna, Supno *et al.*
1920[1543] *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los incas*. Colección Urteaga-Romero. 2da. Serie, III: 3-53. Lima.

Díaz, Alberto y Gemán Morong
2006 "El desierto y la miseria: indios y tributación en el sur peruano (Sibaya, 1822)". *Anthropológica*, 24: 5-27. Lima.

Diez de San Miguel, Garcí
1964[1567] *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*. Lima: Casa de la Cultura.

Elera Arévalo, Carlos
1984 "Hallan monedas prehispánicas en Lambayeque". *El Comercio*. Lima, 28 de mayo.

Espinoza Soriano, Waldemar
1977 "La poliginia señorial en el reino de Caxamarca. Siglos XV y XVI". *Revista del Museo Nacional* 43: 379-466. Lima.

1984 "Los señoríos de Yaucha y Picoy en el abra del medio y alto Rímac. Siglos XV y XVI, El testimonio de la etnohistoria". *Revista Histórica* 34: 157-279. Lima: Academia Nacional de la Historia.

1987a *Artesanos, transacciones, monedas y formas de pago en el mundo andino, siglos XV y XVI*. Lima: Banco Central de Reserva, 2 tomos.

1987b *Los Incas. Economía, sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyo*. Lima: Amaru Editores.

Estete, Miguel de
1924[1535] *Noticia del Perú*. Colección Urteaga-Romero. Segunda serie, 7: 1-71. Lima.

Estrada, Víctor Emilio
1957 *Últimas civilizaciones prehispánicas de la cuenca del Guayas*. Guayaquil.

Falcón, Juan
1918[1567] *Representación por el licenciado Falcón en el Concilio provincial sobre los daños y molestias que se hacen a los indios.* Lima: Colección Urteaga Romero, XI.

Falk Moore, Rally
1957 *Power and Property en Inca Peru*. Nueva York: Columbia University Press.

Ferdinandy, Miguel de
1961 *En torno al pensar histórico*. Palencia de Castilla: Ediciones La Torre, Univ. de Puerto Rico.

Fernández de Oviedo, Gonzalo
1548 *Historia natural y general de Las Indias*. Madrid: BAE. Tomos 119 y 121.

Flores Ochoa, Jorge
1994 "El ser humano se relaciona con los camélidos". En: *Oro de los Andes.* Tomo I: Capítulo 2. Barcelona-Madrid.

Fonseca Martel, César
1973 *Sistemas económicos andinos.* Lima: Universidad Mayor de San Marcos.

García, Gregorio
1607 *Origen de los indios de el Nvevo Mvndo e Indias Occidentales [...].* Valencia: Casa de Pedro Patricio Mey.

Garcilaso de la Vega, Inca
1963[1609] *Primera parte de los comentarios reales de los incas*. Madrid. BAE. Tomo 133.

Golte, Jürgen
1968 "El trabajo y la distribución de bienes en el runasimi del siglo XVI". En: *Actas del LX Congreso internacional de Americanistas*, tomo II: 489-506. Roma - Génova.

González, Juan
1977 [1556] *Repartimiento de tierras por el inca Huayna Capac*. Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón.

González de Cuenca, Gregorio
1987a[1566-7] *Peticiones, licencias, proveimientos y autos*. Publicado por WES.

González Holguín, Diego
1951[1608] *Vocabulario de la lengua general de todo el Pirv llamada lengua quichua*. Lima: Imprenta Santa María.

Guamán Poma de Ayala, Felipe
1936[1615] *Nueva coronica y buen gobierno*. París: Edición facsimilar.

Guamanyanac, Antonio y Jerónimo de Caxayauri
1984 [1575-90] "Memoriales, interrogatorios y testimonios sobre los caciques y cacicazgos de de las guarangas de Picoy y Yaucha en el repartimiento de Mama". *Revista Histórica* 34. Lima.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro
1963[1555] *Quinquenarios o historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548). Y de otros sucesos de las Indias*. Madrid: BAE. Tomos 165 a 167.

Gutiérrez Flores, Pedro
1964[1574] "Padrón de los mil indios ricos de la provincia de Chucuito". En: *Visita hecha a la provincia hecha en la provincia de Chucuito por Garcí Díez de San Miguel en el año de 1567*, 301-363. Lima: Casa de la Cultura.

Gyarmati, János y András Varga
1999 *The Chacaras of War an Inka State Estate on the Cochabamba Valley, Bolivia*. Budapest: Museum of Ethnography.

Hartmann, Roswith
1971 "Mercado y ferias prehispánicas en el área andina". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 118. Quito.

Hernández Príncipe, Rodrigo
[1621] "Idolatría en el pueblo de Ocros, cabeza de esta comunidad. Año de 1621". *Inca* 1: 50-64. Lima.

Holm, Olaf
1953 "El tatuaje entre los aborígenes pre-pizarreanos de la costa ecuatoriana". *Cuadernos de Historia y Arqueología* 7-8: 56-92. Guayaquil.

1967 "Money axes from Ecuador". *Folk* 8-9: 135-143. Kopenhagen.

Hosler, Dorothy; Heather Lechtman y Olaf Holm
1990 *Axe-monies and their relatives*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Humboldt, Alexander von
2005[1802] *Diarios de Viaje en la Audiencia de Quito.* Editado por Segundo Moreno Yáñez, traducido por Christiana Borchart de Moreno. Quito: OXY.

Jerez, Francisco de
1947[1534] *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada La Nueva Castilla.* Madrid: BAE. Tomo XXVI.

Jesuita Anónimo
1589 "Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú". En: *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Asunción, Paraguay: Guarania.

Jiménez de la Espada, Marcos
1881-1897 *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: Tipografía de Manuel G. Hernández. Cuatro Tomos.

Julien, Catherine
2002 *Los incas. Historia-Cultura-Religión.* Madrid: Acento.

La Bandera, Damián de
1924[1557] *Gobernación del Inga*. Colección Urteaga-Romero, 2da. Serie. Tomo 3: 70-86. Lima.

La Gama, Sebastián de
1975[1540] "Visita hecha en el valle de Jayanca por Sebastián de La Gama". Año 1540. *Boletín del Instituto de Estudios Andinos* 4 (3/7): 260-272. Lima.

La Serna, Miguel de y Juan de Espinosa
[1549] "Visita del repartimiento del cacique Guanca en la provincia de Guánuco, hecha por el capitán Miguel de La Serna y Juan de Espinoza". *Anales Científicos de la Universidad Nacional del Centro* 4. Huancayo-Lima.

Latcham, Ricardo E.
1927 "El dominio de la tierra y el sistema tributario en el antiguo imperio de los Incas". *Revista Chilena de Historia y Geografía* 12.

López Albújar, Enrique
1965[1920] *Cuentos andinos*. Lima: Juan Mejía Baca. Cuarta edición.

Llano Zapata, José Eusebio
2005[1776] *Epítome cronológico o idea general del Perú. Crónica inédita de 1776.* Madrid: Fundación Mapfre Tavera.

Maclean y Roberto Estenós
1944 *Sociología educacional peruana*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Marcos, Jorge C.
1980 "Intercambio a larga distancia en América. El caso del Spondylus". *Boletín de Antropología Americana*, 1: 124-129. México, D. F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Mariátegui, José Carlos
1968[1928] *7 ensayos de la interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.

Martínez Rengifo, Juan
1963[1571] "La visita de Huancayo, Maca y Guaravni". *Revista del Museo Nacional* 32: 51-62. Lima.

Masuda, Shozo
1982 "Dinamismo interregional en los Andes Centrales". *Senri Ethnological Studies* 10: 93-106. Tokio.

Matienzo, Juan de
1967[1567] *Gobierno del Perú*. París: Institut Français D'Études Andines.

Mayer, Enrique
1974 "El trueque y los mercados en el imperio incaico". En: *Los campesinos y el mercado*, 13-50. Lima.

Medina, José Toribio
1912 "Monedas usadas por los indios de América al tiempo del descubrimiento, según los antiguos documentos y cronistas españoles". En: *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires.

Molina, Cristóbal de "El Cusqueño"
1926[1574] *Relación de las fábulas y ritos de los incas*. Colección Urteaga-Romero, tomo I. Lima.

Mori, Juan de y Hernando de Soto Malpartida
1955-56 [1549] *La visitación de los pueblos de los Indios*. París; Lima: Institut Français d'Études Andines.

Munibe, Francisco
1964[1712] "Visita y composición de tierras efectuadas por el marqués de Valdelirios como visitador de la ciudad del Cuzco". *Revista del Archivo Nacional del Perú* 28. Lima.

Murúa, Martín de
1946[1600] *Historia del origen y genealogía real de los reyes ingas del Perú*. Introducción, notas y arreglo de Constantino Bayle. Madrid.

1962[1616] *Historia general del Perú. Origen y descendencia de los Incas*, 2 vols. Madrid: Ed. de Manuel Ballesteros G.

Murra, John V.
1978 *La organización económica del Estado Inca*. México: Siglo XXI.

Ninalingón, Sebastián
1977[1573] "Información hecha por don Sebastián Ninalingón, cacique principal de una pachaca de la guaranga de Guzmango en la provincia de Caxamarca para probar que desciende de Cosa Vanun Chipac, mujer principal de Angasnapón, señor desta prouincia en tiempos de Atabalipa y de Guascar Inga". *Revista del Museo Nacional* 43: 448-462. Lima.

Ortegon, Diego de
1970[1577] Descripción de la gobernación de Quijos y La Canela [...]. *Cuadernos de Historia y Arqueología* 40. Guayaquil.

Pachacuti Yanqui, Juan de Santa Cruz
1879[1613] *Relación de antigüedades del Perú.* Madrid.

Pérez, Aquiles
1960 "Quitus y caras". *Llacta* 10. Quito: Talleres Gráficos Nacionales.

Pineda, Diego de
2006 [1557-8] "Uisita de los guayacndos de la provincia de Caxas [...]. En: *La etnia Guayacundo en Ayabaca, Huancabamba y Caxas (Siglos XV-XVI),* W. Espinoza Soriano. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos.

Pizarro, Pedro
1978[1571] *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Polanyi, Kart *et al.*

1976 *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Madrid: Labor Universitaria.

Polo De Ondegardo, Juan

1916[1571] *Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros. Junio 26 de 1571*, Colección Urteaga-Romero, tomo III: 45-188. Lima.

Protzen, Jean-Pierre

2005 *Arquitectura y construcción. Incas en Ollantaytambo.* Lima: PUCP. Fondo Editorial.

Quiroga, Pedro de

1922[1563] *Libro Intitulado Coloquio de la Verdad* [.....]. Sevilla: Tip. Zarzuela. Álvarez Quintero 72.

Rivière, Peter

1984 *Individual and Society in Guiana : a Comparative Study of Amerindian Social Organization*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rodríguez Ruiz *et al.*

1978 *Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático*. Madrid: Akal Editores.

Rowe, John

1997 "Las tierras reales de los incas". En: *Arqueología, antropología e historia en los Andes [...]*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Banco Central de Reserva del Perú.

Ruiz de Arce, Juan

1952[1543] *Advertencias de Juan Ruiz de Arce a sus sucesores*. Buenos Aires: Colección Austral.

Salinas Loyola, Juan de

[1572] *Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura*. RGI. II: 226-242.

Salomon, Frank

1877 "Pochteca and mindala: a comparison of long-distance traders in Ecuador and Mesoamerica". *Journal of the Steward Anthropology Society* 1-2: 231-242. Urbana.

1981 *Los señoríos étnicos de Quito en la época de los incas*. Otavalo: IOA.

1984 "Comentarios". *Revista Andina* 2: 398. Cusco.

Sámano-Xérez
1937[1526] "La relación Sámano-Xérez". En: *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*. Raúl Porras Barrenechea, 61-68. París.

Santillán, Fernando de
1950[1563] "Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas". En: *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Asunción: Editorial Guarania.

Santo Tomás, Domingo de
1560 *Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú* [...]. Valladolid.

Sarmiento de Gamboa, Pedro de
[1571] *Segunda parte de la historia general llamada Índica*. BAE. Tomo 135: 193-279. Madrid.

Señores que sirvieron al Inga
1920[1575] *Relación del origen e gobierno que los ingas tuvieron y del que había antes que ellos señoreasen a los indios deste reino [...]*. Colección Urteaga-Romero. Tomo III. 2da. Serie. Lima.

Shimada, Izumi
1985 "La cultura Sicán. Caracterización arqueológica". En: *Presencia histórica en Lambayeque*, ed. E. Mendoza, 76-133.

Utchenki, S. L. *et al.*
1980 *Estado y clases en las sociedades antiguas*. Madrid: Akal.

Vaca de Castro, Cristóbal
1909[1543] "Ordenanzas de Tambos". *Revista Histórica* 3-4. Lima.

Valdez y Palacios, José Manuel
1971[1846] *Viaje del Cuzco a Belén en el Gran Pará (por los ríos Vilcamayo, Ucayali y Amazonas)*. Estudio preliminar por Estuardo Núñez. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

Verneau, R. y Paul Rivet
1912 *Ethnographie ancient de L'Equateur [...]*. Tomo 6. París: Villor's et Cia. Editeurs.

Wachtel, Nathan
1982 "Los mitimaes del valle de Cochabamba: la política de colonización de Wayna Capac". *Historia Boliviana* 1: 21-57. Cochabamba.

Sobre los autores

Luis Guillermo Lumbreras (n. Ayacucho), antropólogo y arqueólogo peruano, especialista en economía prehispánica andina y museografía. Obtuvo su doctorado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1963, como catedrático de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, fundó la primera facultad de Ciencias Sociales en el país. Ha sido director del Instituto Nacional de Cultura y profesor visitante en diversas Universidades del mundo. Entre sus libros figuran: *Los orígenes de la civilización en el Perú*. Lima: 1983; *Historia de América Andina*, v. I, ed. Quito: 1999; *Arqueología y sociedad*. Lima: 2005, y *Chavín: excavaciones arqueológicas*. 2 vols. Lima: 2007.

Peter Kaulicke (n. Buntenbock, Alemania) es arqueólogo, con doctorado en la Universidad Friedrich Wilhelm de Bonn. Profesor ordinario y coordinador de la especialidad de Arqueología en la Pontificia Universidad Católica, director del *Boletín de Arqueología* de la Pontificia Universidad Católica. Desde 1971 ha llevado a cabo proyectos de prospecciones y excavaciones en la sierra y costa del norte y centro del país. Ha escrito más de 120 artículos en revistas especializadas y 17 libros (9 de ellos como editor) en varios idiomas. Entre estos figuran: *Memoria y muerte en el Perú antiguo*. Lima: 2000 y *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*. Lima: 2001.

Julián I. Santillana (n. Huanta) es Doctor en Arqueología y Prehistoria por la Australian National University. Profesor de Arqueología Andina en la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha sido distinguido con becas de investigación y de estudio por la Fulbright/Cornell University, Stipendienwerk Lateinamerika Deutschland E. V.; Junius Bird/The American Museum of Natural History, N.Y. Ha publicado en el Perú y en el extranjero estudios referidos a la economía agrícola, el urbanismo y el sistema religioso incas.

Waldemar Espinoza Soriano (n. Cajamarca), es etnohistoriador, especialista en historia andina prehispánica y colonial. Obtuvo su doctorado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es Profesor Principal de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde en el momento dirige la Unidad de Postgrado. Es autor de una gran cantidad de artículos y libros, entre los cuales destacan: *Los huancas, aliados de la Conquista* (Huancayo: 1971), *La destrucción del imperio de los incas* (Lima: 1973), *Los incas. Economía, sociedad y estado en la era del Tahuantinsuyo* (Lima: 1990) y *Amazonía del Perú: historia de la gobernación y comandancia general de Maynas (hoy regiones de Loreto, San Martín, Ucayali y provincia de Condorcanqui): del siglo XV a la primera mitad del siglo XIX* (Lima: 2007).

Créditos de las imágenes

Capítulo III PÁGINA

Capítulo IV

Impreso en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156 - Breña
correo-e: tareagrafica@terra.com.pe
Telfs.: 332-3229 / 424-8104
Octubre 2010 • Lima-Perú

ECONOMÍA PREHISPÁNICA

Este libro da cuenta de los aspectos económicos en el antiguo Perú o período prehispánico. Recorre así el desenvolvimiento de la producción y el consumo material en el territorio de los Andes centrales, desde unos veinte mil años atrás, hasta el siglo XVI de nuestra era. El elemento común de este prolongado lapso fue el aislamiento en el que vivió la población andina respecto del mundo. En la medida que el contacto posterior ocurrió de forma traumática para la población del país, se entiende que algunos historiadores hayan calificado a esta era como la de la "autonomía".

Aislados y sin depender de nadie, hasta hace cinco siglos los habitantes de este suelo debieron inventar sus propios artefactos y crear su propia cultura. Los logros no debieron ser escasos, porque al momento de la conquista o invasión europea, el territorio que hoy ocupa el Perú, sumaba entre cinco y nueve millones de habitantes, según los cálculos más aceptados. Mantener esa densidad de población en un país de poca tierra agrícola y sin comercio que atrajese alimentos desde otras regiones del mundo, exigió una organización económica compleja y eficaz. A explicarla es que se abocan los autores de este volumen, todos ellos connotados especialistas en el tema.





IEP Instituto de Estudios Peruanos